

La saga que ha conquistado a más de 50.000 lectores

**BAJO EL
CIELO
PÚRPURA
DE ROMA**

ALESSANDRA
NEYMAR

SEGUNDA ENTREGA

**BAJO EL
CIELO
PÚRPURA
DE ROMA**

ALESSANDRA
NEYMAR

SEGUNDA ENTREGA
TRAICIÓN

Copyright © 2019 Alessandra Neymar
Todos los derechos reservados.

¡Gracias por adquirir este libro!
Únete a mi comunidad y comparte tu opinión con otros lectores.
¡Te estamos esperando!



Te invito también a que leas otras de mis historias.



Espero que disfrutes de la lectura.

·ÍNDICE·

[ÍNDICE](#)

[SINOPSIS](#)

[Capítulo - 1](#)

[Capítulo - 2](#)

[Capítulo - 3](#)

[Capítulo - 4](#)

[Capítulo - 5](#)

[Capítulo - 6](#)

[Capítulo - 7](#)

[Capítulo - 8](#)

[Capítulo - 9](#)

[Capítulo - 10](#)

[Capítulo - 11](#)

[Capítulo - 12](#)

[Capítulo - 13](#)

[Capítulo - 14](#)

[Capítulo - 15](#)

[Capítulo - 16](#)

[Capítulo - 17](#)

[Capítulo - 18](#)

[Capítulo - 19](#)

[Capítulo - 20](#)

[Capítulo - 21](#)

[Capítulo](#)

[: 22](#)

[C:](#)

[:](#)

[22](#)

·SINOPSIS·

Cristianno ha perdido. Al ver que Kathia se entrega a Valentino en pos de salvarle la vida, el joven, junto a sus compañeros, decide librar su propia guerra. No quiere que los Carusso lo conviertan en una herramienta con la que someter a Kathia.

Pero, por el camino descubre que, no solo le traicionan aquellos en los que confiaba, sino que existen secretos con los que no se puede jugar.

Kathia, mientras tanto, asume sus decisiones. No lamenta las imposiciones de su padre, ni siquiera cuando Valentino está cerca impartiendo su tiranía. Resistir es el único modo de salvar a Cristianno.

Sin embargo, la situación cada vez es más tensa en la ciudad. Cualquier excusa es buena para desatar un enfrentamiento.

Todo empeora cuando Kathia y Cristianno se reencuentran. Momento que les empujará al borde del precipicio, arrastrando consigo a todo su entorno. Y es entonces cuando entenderán que amarse no es tan fácil como ellos pensaban.

Capítulo · 1

Sarah

«Un túnel rojo».

No alcancé el final.

«Un chirrido metálico. ¿Ruedas? ¿Grilletes? ¿Ambos?». No lo sabía.
Puertas. Cerradas.

«Una, dos, tres...». Conté doce. Y me detuve en la decimotercera.
Apreté los ojos.

«¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí?».

Necesitaba saberlo. Pero ese recuerdo no existía. Y supe que mis pies no tenían nada que ver.

«Estoy atada». Sí, me habían encadenado.

Miré de un lado a otro. Dos hombres me empujaban. Sus rostros ocultos bajo una máscara, manos enguantadas. Se abrió la puerta. Entramos.

«Desinfectante».

Olía a detergente mezclado con un aroma que no fui capaz de identificar. Cinco hombres más sin rostro. Bajo una luz roja. Una cama. Cuerdas. Tijeras.

«Tijeras».

—¿Se ha recuperado? —Una voz masculina. Me llegó distorsionada, a pesar de tenerla a mi lado.

—Eso parece, jefe.

—Bien. Veamos cuánto resiste esta vez. —Le escuché sonreír. No. Eran varias sonrisas.

Alguien más tiró de mí. Deduje que me habían desencadenado porque el frío del suelo me atravesó los pies. Fui arrastrada hacia unas cuerdas, con las que me ataron de nuevo.

Me dolían los brazos. Las costillas. Me costaba respirar. Visión distorsionada. Un intenso terror en la garganta.

«Tengo frío».

—Eres un buen material, pequeña Grecia. Carne de primera calidad.

«Pequeña. Grecia».

Unas manos muy calientes sobre mi pecho. Estaba desnuda.

«Pequeña».

Descendieron por mi vientre. Se acercaron a mi centro.

«Pequeña».

Esa maldita voz colándose en lo más profundo de mis entrañas.

«No me toques. No quiero». Pero no hablé. No pude.

Y entonces abrí los ojos.

La hermosa mirada de mi abuela me dio la bienvenida.

—Mira que eres perezosa —sonrió antes de hacerme cosquillas—.
¡Venga, arriba! He preparado tortas de huevo.

Las cocinaba a principios de mes, cuando cobraba su nómina. Ella siempre decía que las tortas de huevo con sirope eran un capricho de ricos y que estaba bien parecerlo, aunque fuera un solo día.

—Abuela —sollocé incorporándome en la cama.

—Sí, mi pequeña. Soy yo. —La melancolía atravesó su rostro cuando acercó una mano a mi mejilla.

Me aferré a su contacto. Ambas sabíamos que aquello no era real, pero nos dio igual. En ese momento, tan solo valía que nos teníamos.

—Te echo tanto de menos —gemí cerrando los ojos.

—Y yo a ti, mi amor. Pero debes resistir. Ya viene.

—¿Quién?

—El final. —Me abandoné a sus caricias cuando estas empezaron a recorrer cada rincón de mi cara—. Todo está a punto de terminar.

—No es verdad...

—Resiste. Solo un poco más. Ya viene. —Su voz cada vez más lejos.

—Abuela...

—Te quiero, mi pequeña.

Desperté.

Un fuerte mareo me atravesó la cabeza. Me dolía cada rincón del cuerpo. Pero, por entre toda aquella densa bruma de agotamiento e intenso malestar, pude ver el rostro del causante.

—Buenos días, Grecia —dijo Mesut Gayir antes de sonreír—. Tres días. Has batido tu récord. Te creía una mujer mucho más vigorosa.

Me incorporé como pude en aquel catre y analicé mi entorno. El turco no estaba solo, su inseparable esbirro, Vladimir, le acompañaba y vigilaba la puerta de aquella mazmorra forrada de satén rojo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Mesut—. Yo te veo hecha un desastre, querida.

—Que te... jodan —balbuceé.

—¡Oh, vamos!

Bastó aquel estúpido comentario para reconocer que mi estado se debía a los efectos causados por algún tipo de estupefaciente. No era la primera vez que lo sentía. Mesut era muy dado a emplear narcóticos en aquellos que se negaban a obedecer sus órdenes.

—¿Qué me has dado? —pregunté. Me picaba la piel.

—Escopolamina —admitió orgulloso—. En vista de que la rudeza de Vladimir no te ha hecho hablar, hemos tenido que recurrir a métodos un poco menos ortodoxos. Pero lamentablemente terminaste desmayándote.

Casi lo agradecí, porque la inconsciencia detuvo la brutalidad.

—Torturar tampoco es ortodoxo...

—¡Cierto!

Mesut acercó sus dedos a mi mejilla y me enroscó un mechón de pelo tras la oreja. No tuve fuerzas para evitarlo.

—Podría sonsacártelo, sé que podría —murmuró—. De hecho, me apetece bastante. Pero tenemos un cliente de los gordos y no queremos que te vea así. Te ha salvado aquello que tanto detestas, ¿no es irónico? —terminó canturreando.

Le miré de reojo. Un ramalazo de ira me atravesó el vientre, me invitó a saltar sobre él y asfixiarle con mis propias manos. Pero Vladimir no me quitaba ojo de encima y sabía de las represalias. Además, siquiera tenía fuerzas para respirar.

—En fin, estará aquí a principio de semana.

—¿Aquí dónde?

—Oh, es cierto, tres días dan para mucho. —Se acercó para susurrarme al oído—. Me he tomado la libertad de ahorrarnos tiempo. Estamos en Japón, querida.

Ahogué una exclamación justo antes de que me lamiera la mejilla.
Mesut se carcajeó al verme llorar.

Capítulo · 2

Cristianno

Nunca me había importado morir.

Solo un demente piensa de esa manera. Solo quien no ama lo logra.

Eso dicen, y tenían razón.

La osadía más imprudente y el amor desmedido convivían en mí con gran entereza.

Morir. Un acto, a veces heroico, que en cualquiera de los casos deja un vacío enorme en aquellos que siguen con vida. No lo había pensado lo suficiente. Hasta que el cañón del arma de Angelo Carusso se apoyó en mi frente.

Morir. Oh, sí, qué gran acción, si tenía como resultado la supervivencia de mi familia y mi Kathia.

Arriesgaba mi vida día a día, sabedor de las consecuencias que acarrearba y también de mi estúpida adicción a la adrenalina. El peligro me seducía constantemente, me gustaba sentirlo. Saber que era capaz de vencerlo, jugar con él, manipularlo a mi antojo.

La mafia vivía en mí como si fuéramos uno. Jamás me había planteado ser alguien diferente, ni siquiera cuando las circunstancias empezaron a apretar.

No, nunca me había importado morir.

Pero Kathia me miró esa mañana. Y supe que si caía, algo de ella sucumbiría conmigo.

«Yo solo quiero un mundo en el que tú existas», y con ese pensamiento llego la decepción. Por primera vez me arrepentí de ser yo mismo.

De haber sido alguien diferente, no habría conocido el miedo a perder a uno de los míos por un balazo. No hubiera entendido la traición más deleznable ni querría combatirla con severidad.

Hubiera sido del tipo de chavales que se acercan a la chica que le gusta, coquetea con ella, la invita a cenar, le regala flores el día de San Valentín o la sorprende con un apasionado mensaje. El amor es eso, detalles, miradas furtivas, sonrisas tontas, rubores, palabras íntimas, besos en la puerta de casa.

Kathia jamás habría conocido el peligro con alguien así y yo nunca hubiera experimentado la decepción. Mi deseo y amor por ella nos habían llevado hasta ese momento y, en el fondo, lo había sabido desde el principio.

Pero ya era demasiado tarde para las lamentaciones.

El aeródromo era un caos. Había muerto gente. Sus cuerpos desfigurados y sin vida se estaban vaciando de sangre tirados en el suelo. Cristales por todos lados, coches ametrallados, restos de bala. El aire arrastraba un ligero aroma a pólvora y batalla. Un tiroteo que debería haber ganado.

Miré a mi padre. Él oteaba el horizonte con aire ausente. Todas las líneas de su cuerpo denotaban tensión. Sabía lo que estaba pensando. Maldita sea, y tanto que lo sabía. El miedo a verme morir y no haber podido hacer nada, más que observar. Esa impotencia cobraba fuerza en sus hombros, y también en mi pecho.

Era mi culpa. Yo tenía la puta culpa, joder.

Me hubiera gustado acercarme a él y decirle que no pasaba nada, que estaba bien, que no había sido peor que en otras ocasiones. Abrazarle, pedirle perdón. Llorar como un estúpido. Mierda, sí, quería llorar.

—Cristianno... —me dijo Mauro, pegado a mi oreja.

Un calambre recorrió mis brazos y terminó atravesándome el espinazo. Mi cuerpo había pasado los últimos tres minutos sometido a la inesperada fortaleza de mi primo. Él sabía cómo controlarme.

Pero debió haber tenido en cuenta que yo le conocía tan bien como a mí mismo y que encontraría el modo de escapar.

—Deja que me acerque a mi padre —le pedí.

—Mientes. No lo harás.

—Mauro.

—Ahora mismo una promesa tuya no vale nada. Así que no te haré prometer, porque no voy soltarte. Se removió para fortalecer su retención.

Pero dejó espacio suficiente entre su costado y el mío.

Mis reflejos se activaron de golpe.

Un golpe seco. Ponerme en pie de un salto, correr hacia el coche más cercano. Dos metros. Alex estaba a cinco. Arrancar el motor y maniobrar. Las probabilidades de ser capturado por mi amigo eran enormes. Pero debía intentarlo.

Cogí aire y cerré los ojos. Mala idea. Pensar en Kathia me restaba reflejos.

«Han debido pasar unos seis minutos desde que se la llevaron», pensé creyéndome capaz de alcanzarla.

—Cristianno, por favor —resopló Mauro como si ya intuyera mi objetivo.

—¡¡¡Suéltame!!! —bramé atrayendo la atención de todos.

Le di un golpe en las costillas y lo lancé a un lado con todas mis fuerzas. Me sentí dolorosamente liberado, razón por la que perdí el equilibrio al ponerme en pie. Para cuando conseguí erguirme por completo, Mauro me soltó una patada en el muslo. Me hincué de rodillas en el suelo antes de ser placado duramente por él.

—¡Alex! —gritó. Pero el nombrado ya había reaccionado.

Los metros se acortaban y yo no iba a lograr nada.

Forcejeé con Mauro. Brazos, piernas, empellones, inmovilización. Habíamos aprendido las mismas técnicas, los mismos movimientos. Éramos tan similares que nunca logramos vencernos, ni siquiera empleando artimañas.

Pero las emociones jamás tomaron la iniciativa, siquiera cuando a veces terminábamos tomándonoslo demasiado en serio. Mauro no podría impedir una reacción que no conocía.

Arremetí contra él. Nos cogimos del cuello. Mi frente sobre la suya, su aliento rabioso entremezclándose con el mío. Esperé. Contuve todo lo que pude sus embestidas. Alex se acercaba.

—Lo siento... —susurré.

—No lo hagas, Cristianno —gruñó él.

—Espero que puedas perdonármelo.

Nos empujé contra Alex hasta caer al suelo. Por un instante creí que había sido una maniobra de lo más estúpida, pero el repentino alboroto me dio los segundos que necesitaba para adelantarme.

Esquivé como pude las manos de Mauro y eché a correr hacia el coche. Alex no tardó en seguirme.

—¡Basta, Cristianno! ¡Te matarán! —rugió.

Me zafé de sus manos de puro milagro lanzándome al interior del vehículo y arranqué casi al tiempo que bloqueaba la puerta. Mi amigo se puso a darle golpes, ajeno a que Diego y Mauro pronto se le unirían.

Aceleré. La voz de mi padre sonó de fondo, gritó mi nombre.

«Me odiarán después de esto, lo sé», me dije empezando a lamentarlo ya. Pero en ese momento no tenía el control de mí mismo.

Derrapé al virar en dirección a la salida del aeródromo. Un humo blanco inundó mi alrededor con la aceleración. El volante bloqueado por un instante, las ruedas patinando sobre el asfalto. El chirrido fue tan intenso que tuve que apretar los dientes.

Finalmente, salí propulsado hacia delante. Diego no insistió en seguirme y echó mano a su teléfono, y Mauro resbaló, pero Alex continuó corriendo tras de mí a una velocidad asombrosa. Al menos hasta que llegué a la verja.

«Lo siento...», murmuré en mi mente antes de girar para incorporarme a la carretera.

El retrovisor derecho se desintegró al rozar el muro y, aunque por un segundo perdí el control, logré continuar con la trayectoria. Sin embargo, me equivoqué al pensar que tenía vía libre.

Un coche negro al final del camino. Se acercaba a mí. Cada vez más rápido, más nítido. No tenía intención de frenar. Pero yo tampoco. Estaba lo bastante jodido como para importarme una mierda estrellarme contra él.

Apreté el volante y clavé el pie en el acelerador.

La respuesta era sencilla: no parar. Pero mi cuerpo no quiso obedecer y el coche, lejos de precipitarse, comenzó a aminorar. Porque no estaba dispuesto a perder a Enrico también.

Esa duda, ese corto instante en que recapacité, bastó para que su Bentley maniobrara con destreza y me echara de la carretera. Pude tirar del freno de mano antes de que saltara el airbag y me estampara contra él.

Nada de huesos rotos ni de heridas sangrantes. Solo el desconcierto y la soberbia consciencia de la distancia que me separaba de Kathia. Y aún más grande se hizo la rabia cuando descubrí que Enrico había sabido cómo detenerme sin dañarme.

Grité de frustración y le di un puñetazo al airbag antes de abrir la puerta y lanzarme al suelo. Vi a mi hermano postizo salir de su coche y encaminarse a mí hecho una furia

—¿Qué coño pretendes, eh?! ¿Has perdido la puta cabeza?! —gritó mirándome desde arriba.

En raras ocasiones se enfadaba y siendo asquerosamente sincero, siempre que lo hacía, llevaba razón. Pero no iba a dársela. Mucho menos después de ojear la posición de su vehículo, obstaculizando el camino.

Súbitamente me puse en pie y me acerqué a él sintiendo grandes deseos de partirle la cara.

Empecé por empujarle contra su coche.

—Apártate —gruñí.

Se incorporó colérico y me devolvió el gesto. Sus ojos azules se oscurecieron de golpe. Supe que estaba dispuesto a pegarse conmigo si era necesario.

—No.

—¡Quita el puto coche, joder! —chillé y lo trinqué de la solapa de la chaqueta. Enrico se dejó llevar sin oposición incluso cuando lo estampé contra mi pecho—. Quítalo, ahora.

Él torció el gesto y casi me pareció ver una mueca provocadora en su boca. El condenado Materazzi tenía tanto control sobre sí mismo que no tuve idea de cómo gestionarlo.

—¿Qué harás, Cristianno? —me desafió.

—No me provoques.

—¿O sino qué? Venga, vamos, adelante.

—Puto arrogante —rezongué—. ¿Crees que no podría?

—Por supuesto que no.

Su maldita insolencia me estaba llevando al límite. Era evidente que no iba a ceder, así que la única opción que me quedaba era coger su puto Bentley, aunque con ello terminaríamos enfrentados. Odiaba la idea de pelear con Enrico. Él era mi hermano, le quería como tal.

Ya sabía que era estúpido ir en busca de Kathia, que complicaría mucho la situación y me haría ver como un insensato, pero debía intentarlo. Merecía un instante de irracionalidad, hiriente y punzante.

—Te lo pediré una vez más, apártate —mascullé casi suplicante.

—Desvarías si piensas que voy a dejarte ir —repuso él severo y también un poco desesperado.

Y entonces me pudo la rabia.

Ataqué.

Le solté un puñetazo en la cara y arremetí con un empujón antes de lanzarme a su coche. Creí que el factor sorpresa jugaría a mi favor, que Enrico tardaría en reaccionar. Pero olvidé quién era y lo bien que se le daba serlo.

Me trincó del gorro del jersey y aprovechó mi traspié para darme un codazo en la mandíbula. Contuve el dolor y me valí de la inercia para saltar sobre él, enganchándome a su cintura. Nos estrellamos contra el lateral del coche.

Apenas me dio tiempo a enderezarme. Enrico enseguida atacó dándome un puñetazo que por poco me noquea. Traté de devolvérselo, pero me esquivó y se colocó tras de mí con una resolución asombrosa. Capturó mi brazo, lo contorsionó tras mi espalda y me estampó la cabeza contra el capó sirviéndose de toda su envergadura para inmovilizarme.

—No luches contra mí en tu estado, Cristianno. Perderás —me susurró al oído, gutural.

—No deberías subestimarme.

—Nunca lo he hecho. —Sus manos insistían en retenerme. Me estaban aplastando.

—Suéltame —gruñí.

—Si para salvarte la vida tengo que partirte la cara, créeme, lo haré gustoso.

—¡Deja que yo decida si quiero o no que me salven! ¡Tú no eres nadie!

El arrebató me dio una momentánea liberación que quise aprovechar para escapar de él. Pero Enrico supo leer mis intenciones y volvió a estamparme contra el capó. Esta vez con un poco más de fuerza.

—Imagina que logras liberarte —me dijo—. Vas en su busca. Das con ella. Después ¿qué, eh? ¿Qué harás? Sin refuerzos, sin sentido común, sin arma. ¿Quieres que te maten? ¡¿Quieres que ella te vea morir?! ¡Dime, puto obstinado de mierda!

Sus reclamos me invitaron a cerrar los ojos. Padecer un delirio no resta razonamiento si este habita en la propia naturaleza, y yo me consideraba alguien juicioso, aunque en ese momento no lo pareciera.

Las palabras de Enrico bastaron para que el desconsuelo no tardara en tomar partido. Lentamente asomó y se hizo con el control de todo como si fuera una ola gigantesca.

Claro que no quería morir. Había llegado a esa conclusión al ver que Angelo sería capaz de matarme delante de su hija. Caer hubiera sido demasiado cruel para ella. Pero la soledad bajo el yugo de un Bianchi también podía serlo.

—Me necesita... —gimoteé.

—Te necesita vivo, Cristianno —matizó el Materazzi.

—Le harán daño... Lo sé...

—Sabes que no pienso dejar que eso ocurra, compañero.

—¿Cómo? Tú no estás con ella.

No hubo respuesta. En realidad, ninguno de los dos la precisaba, porque ambos sabíamos que aquella separación impuesta llevaba por objetivo algo mucho más grande.

Enrico solo me estaba pidiendo cautela. Planear cada paso, ejecutarlo con precisión, sin errores. No dejar alternativas.

Algo que no se lograba pensando en caliente.

—Está bien, puedes soltarme —advertí—. No haré ninguna locura.

Enrico aflojó muy despacio, evaluándome. No fue hasta que nos miramos que me di cuenta de su expresión decaída. No solo había perdido a su cuñada, sino que le había obligado a enfrentarse a mí.

—Pienso matarlo —le aseguré—. No descansaré hasta conseguirlo, ¿me oyes?

—Te equivocas si crees que lo impediré. Solo quiero que analices las cosas con esa frialdad tuya.

—Parece que la he perdido.

—No, está ahí, bajo toda esa furia. Lo sé.

Tiró de mí para darme un abrazo. El gesto me desorientó al principio, pero enseguida me abandoné al confortable calor de su contacto.

—Tengo que reunirme con ella de inmediato —dije bajito.

—Uno a uno, Cristianno. En silencio —me susurró entre dientes—. A nuestro estilo.

Miré al horizonte por encima de su hombro.

Ví la sangre que se derramaría.

Y después la vi a ella.

Capítulo · 3

Kathia

No encontré valor para mirar al cielo.

En una dimensión diferente a la mía, justo en ese momento quizá estaría sobrevolando Europa junto a Cristianno. Resultaba sencillo imaginar que podría haber salido bien. Creer que una versión alternativa de nosotros lo había conseguido.

Pero en mi realidad ese hecho no era más que una fantasía. Y casi sonaba pretencioso admitir que una parte de mí sospechaba que todo podía terminar así, conmigo cada vez más lejos de Cristianno y junto a un hombre al que detestaba.

Agonía era una palabra que podía describir muy bien mi estado, pero no bastaba. No englobaba lo suficiente cómo me sentía. Era cierto que yo misma había provocado tal emoción y sabía que mis decisiones habían herido a Cristianno, pero también le habían salvado, a él y a toda su familia.

Papá quería disparar.

Estaba tan segura.

¿Cómo iba yo a permitir que los Gabbana vieran morir a uno de los suyos? ¿Cómo iba a consentir que Cristianno cayera?

La elección era sencilla: su vida o la distancia.

No existió el debate ni tampoco la duda.

«Lo siento, Cristianno. No puedo lamentar que continúes respirando, aunque sea lejos de mí».

—Me resulta patético verte llorar de esa forma, ¿lo sabías? —La arrogante voz de Valentino me produjo un escalofrío de pura rabia.

Traté de ignorarlo. No quería verme reflejada en sus pupilas verdes y mucho menos justificar un hecho que no iba a importarle. Así que mantuve la concentración puesta en el exterior.

Llevábamos alrededor de una hora conduciendo. El aroma a mar se colaba por la rendija de la ventanilla, me advertía que estábamos próximos a la costa. Pude confirmarlo unos minutos después, cuando la playa asomó por entre las casas que franqueaban la carretera.

—¿Dónde estamos? —pregunté conforme el coche aminoraba.

Atravesó una verja y se detuvo en el patio. Valentino sonrió al acomodarse en su asiento para deleitarse con mi desconcierto. Pero yo no podía apartar la vista de los cinco hombres que custodiaban la entrada. Eran enormes y estaban armados hasta los dientes.

Los reconocí, al menos a dos de ellos, los había visto en la mansión. Tan solo uno me miró. Lo hizo de reojo y con una frialdad que me heló la sangre.

—Me ha costado decidirme, ¿sabes? —comentó el Bianchi—. Pero adoro el mar. Así que finalmente he optado por una de las residencias que mi abuela me dejó en herencia.

Apreté los ojos y los dientes. Mis instintos temían entrar en esa casa y lo que sea que me esperara dentro. Y aumentó aún más cuando Valentino desbloqueó las puertas y se bajó del coche. Esa ligera oscilación del vehículo ante el movimiento me provocó náuseas.

A continuación, el Bianchi abrió mi puerta, me retiró el cinturón y me obligó a seguirle fuera.

—Te presento villa Viola Mussi —dijo como si estuviéramos ante una de las maravillas del mundo.

Lo que tenía ante mí era una gran casa de estructura glacial y moderna que denotaba una ostentación innecesaria. Grandes salas delimitadas por paredes de cristal, escaleras exteriores de lujosa forja negra y un jardín selvático que acogía una piscina con pretensiones intimistas. Cualquiera que pasara por los alrededores podría ver qué sucedía en su interior, como si los habitantes fueran un producto expuesto en un escaparate.

Sin embargo, no era más que una casa a pie del mar en un bonito pueblo de la costa romana.

La verja que delimitaba la propiedad no medía más de dos metros. La seguridad constaba de unas pocas cámaras repartidas por la zona, a los esbirros podría esquivarlos con ingenio. Y la playa siquiera estaba cercada, se unía a la de uso público a través de unas rocas. Si me lanzaba al agua podía nadar hasta las pequeñas lanchas que había en la orilla.

Estaba reparando en detalles demasiado chocantes para mi corta experiencia con la peor versión de la mafia y me satisfizo saberme tan capaz. Pero la supervivencia de Cristianno pendía de mi actitud. No habría servido de nada salvarle

—¿Te vanaglorias de tu inteligencia y me traes a un lugar que cualquiera podría encontrar echando un vistazo a tus bienes? —ironicé—. Qué gato más tonto.

—Cuando quieras hacer gala de tu estúpida insolencia procura contar con todos los datos, Kathia. —Acarició mi mentón—. Mi abuela era una pirata con exceso de fortuna, tenía a mozos en cada puerto. Y varios de ellos le robaron el corazón. Esta casa no es más que el capricho de una vieja por contentar a su amante. Piero, creo que se llamaba, no me acuerdo bien.

—Supongo que Piero está muerto, ¿no?

—Supones bien. —Volvió a sonreír—. Sino, estaríamos cometiendo allanamiento. Pero, tranquila, me firmó un poder antes de morir. Si pido que me lo traigan, quizá descubramos su nombre completo.

—Eres un psicópata —gruñí.

—Pero muy amable —susurró él—. Otro en mi lugar te encerraría en un zulo subterráneo. Yo lo haré en una bonita casa con vistas al mar. Y, para colmo, te he preparado un regalo de bienvenida. Así que sé buena chica, ¿quieres?

Un escalofrío me recorrió el espinazo cuando me obligó a caminar. Subí la escalinata a traspiés. Valentino me sujetaba con fuerza, me arrastraba como si fuera un animal al que deseara domar. Los pasos de sus esbirros nos seguían de cerca. El miedo era un hecho y creí que no podía empeorar, que saberme sola allí dentro era más que suficiente.

Pero me equivoqué.

Porque en la mafia no se puede razonar como un civil.

En aquel gran salón, por el que se colaba la radiante luz del sol, había una mujer que observaba el exterior cruzada de brazos. Atuendo arrogante y ceñido, postura ingrata, cabello recogido, aquellas piernas enfundadas en unas medias negras, rematadas con unos zapatos altos.

Me daba la espalda. Y la certeza cobró una forma desconocida para mí. Ni siquiera supe qué nombre darle, tan solo sentí que todo mi cuerpo se

contraía violentamente y que miles de pequeños espasmos me recorrían las extremidades hasta quemarme la piel.

«¿Así que esta es la forma que tiene la traición?», pensé conforme aquella mujer desvelaba su rostro.

Erika sonrió cuando sus ojos encontraron los míos.

—Hola, mi querida amiga —entonó con voz petulante, y contuve el aliento mientras el corazón se me subía a la garganta.

—¡Sorpresa! —me susurró Valentino al oído.

Después, sus carcajadas inundaron el lugar, pero yo ya no podía escucharlas. Mi propio pulso me aturdía demasiado.

Quise hablar. De verdad que lo intenté, incluso abrí la boca. Pero apenas pude liberar un quejido. Erika puso los ojos en blanco, pensó que exageraba.

Aquella ya no era la chica alegre que sonreía amable y se movía coqueta. No quedaba rastro de la amiga que en su día compartió la vida conmigo, y me dolió descubrir lo cómoda que se sentía en esa retorcida versión de sí misma.

Caminó presuntuosa hacia la barra del mini bar y cogió una botella de agua. La abrió y le dio un sorbo con la normalidad de quien viene de dar un paseo. No me atreví ni a moverme, siquiera para repeler los labios de Valentino pegados a mi cuello.

—Supongo que tendrás preguntas —comentó Erika—. Tengo mucho que hacer, así que te pediré que seas concreta. No queremos un circo innecesario.

—¿Quién eres? —jadeé.

—Erika Bruni. Esa mujer cansada de ser tu sombra.

—Dijiste que te ibas a Turquía. Ni siquiera te despediste.

—Una mentirijilla de nada —se justificó encogiéndose de hombros en plan inocente—. Se había convertido en algo muy molesto tener que soportar tus bobadas de niña engreída y caprichosa. Así que Valentino me facilitó la oportunidad de disfrutar de unos días de calma antes de la acción. —Miró al nombrado—. Llevabas razón, Imperia es un lugar hermoso y tu primo, Marco, fue de lo más... complaciente.

—¡Qué traviesa! —bromeó el Bianchi.

La distancia que les separaba se llenó de complicidad. Erika y Valentino no solo se comprendían, sino que además compartían una

simpatía muy inesperada. Nunca hubiera imaginado que las cosas pudieran llegar a ese límite.

—¿De qué va todo esto, Erika? ¿Qué... demonios pretendes? —Me tembló la voz y solo entonces fui consciente de que unas ardientes lágrimas se habían deslizado por mi mejilla.

—Sé más creativa con tus preguntas, anda.

—¡Entonces, no las esperes y habla! —grité—. ¡Es lo que has venido a hacer, ¿no?!

—¿De verdad todavía no te has dado cuenta?

—¿De qué? —Casi supliqué.

—Ahora tiene vía libre —canturreó Valentino.

Me llevé las manos a la cabeza, presioné con fuerza y negué incapaz de entender nada.

—¿Vía libre para qué, maldita sea?

—Cristianno —sentenció Erika.

Contuve el aliento y la miré de súbito. Su expresión gélida y un tanto cruel me advirtió que hablaba muy en serio, que él era el centro de sus maliciosas motivaciones. Y que, aunque para mí fuera un hecho desconocido, para ella era algo con lo que se había comprometido desde hacía tiempo.

Retiré de un manotazo la mano de Valentino que se había acomodado en la parte baja de mi espalda. Una ola de calor subió por mi vientre. Empezaron a temblarme las manos y las cerré en un puño tenso.

No dejé de observar a Erika. Fue como si todo lo demás no existiera. Casi me daba igual qué contara y que tan importante fuera. Mencionar a Cristianno la había convertido en mi enemiga.

—No hay nada que no pueda comprarse con dinero —advirtió adoptando una mueca de autoridad—. Es una ley que todos conocemos. Tan típica que da grima, pero funciona muy bien. Esa estúpida azafata, Giselle, se dejó untar con tanta rapidez que incluso resultó cándida. Sabes quién es, ¿no?

—Oh, y tanto que lo sabe —matizó Valentino.

—La lástima es que no podrá disfrutar de su incentivo. Pero tampoco es que lo lamente. No ha interpretado bien su papel, y con el tiempo yo misma hubiera tenido que deshacerme de ella, así que me he ahorrado trabajo.

De pronto, mi mente dejó de prestar atención a mi entorno y se adentró de lleno en los recuerdos más recientes, analizando cada detalle a una velocidad abrumadora. El cambio de Erika no fue obvio, se tomó su tiempo y fue mostrando ramalazos de su verdadera identidad poco a poco, conforme yo iba adaptándome a la vida en Roma.

Ahora entendía sus desaires cuando hablaba con Mauro o sus severos escrutinios cuando pensaba que nadie la veía. También sus reproches y su negación a hablar conmigo. Todo aquello fueron señales de lo que estaba por venir. Y como la buena cobarde que era, eligió la traición por encima de la amistad.

Por un corto instante, pensé en apelar al cariño que supuse haber compartido con ella y hacerla entrar en razón, hablar como nunca antes lo habíamos hecho. Pero al mirar de nuevo sus ojos me di cuenta de que esa chica falaz y maliciosa era la verdadera Erika.

«Tiene que haber un topo», pensé.

—¿Cómo lo descubriste? —pregunté sin preámbulos.—. Muy pocos sabían lo que iba a pasar.

—Uno de esos pocos era Luca. —Se balanceó de un lado a otro, exhibiéndose y disfrutando de mi corrosivo asombro, que se extendió por mis brazos y aumentó el ritmo de mis temblores.

«Luca Calvani es el traidor». Y lo peor fue que no tenía modo de avisar a los demás.

—Si tú no hubieras metido tus estúpidas narices en ayudar a Eric a que por fin asumiera sus sentimientos, Luca jamás se hubiera enterado de tu paradero. No pensaste en las consecuencias —me dijo.

—Porque no deberían haber existido —mascullé.

—Pero aquí estás, ¿no?

Cogí aire hondamente y apreté los dientes. No podía dejar que el desconcierto me sometiera y mucho menos mostrarles cuánto me estaba hiriendo todo aquello. Tenía que resistir y mantener el coraje.

—Te equivocas. —Di un paso al frente—. No estoy aquí por mis actos, sino porque una traición me ha empujado a tener que entregarme a mi enemigo para poder salvar la vida del hombre que amo. Eso, Erika Bruni, no es tomar malas decisiones.

—¡El error fue ser tu amiga! —chilló sobresaltándonos a todos—. Tanto tiempo fingiendo. Siempre detrás de ti, soportando que todos te

adoraran, siempre llamando la atención, brillando allá donde fueras. — Habló sin detenerse a coger aire, como si hubiera estado mucho tiempo callándolo y ya no pudiera soportarlo más—. Regresar a Roma me dio la oportunidad de empezar de cero, de obtener la posición que merezco...

»Entonces, conocí a Cristianno. Fue el primero en hablarme, iluminó todo el maldito vestíbulo de San Angelo con su condenada sonrisa y me extendió la mano. Ese calor que me invadió, esa energía que sentí en mi pecho... —Se señaló la zona clavándome una mirada enloquecida conforme daba cortos pasos en mi dirección—. Él nunca prestó atención a ninguna chica, nunca tuvo pareja estable, siempre con sus rollos de una noche... Hasta que llegaste tú. —Su rostro cambió, pasó de tener una expresión irascible a transmitir una frialdad terriblemente espeluznante—. Supe que le habías embrujado con tus artimañas de zorra barata en cuanto le vi mirarte. Lograste que se enamorara de ti en tan solo unos segundos. Y lo que debería haber sido un juego para él, terminó convirtiéndose en esta estúpida historia de amor. La mala decisión, Kathia Carusso, fue creer que te darías cuenta de mis necesidades. Pero eres demasiado arrogante.

Su discurso dejó muy clara la situación. Poco podíamos hacer Cristianno y yo en un entorno que se empeñaba en separarnos, luchar era casi una causa perdida. Pero el juego iba de imposibles y yo no estaba dispuesta a someterme.

Me recompuse como pude y alcé el mentón en actitud desafiante. No sucumbiría al desconcierto de saber tanto en tan poco tiempo.

—Así que todo esto se reduce a tu capricho por un Gabbana y a la rabia que te da no poder alcanzarle —dije y torcí el gesto—. No, Erika. No te creo. Hay más...

Ella sonrió satisfecha.

—Eres tan víbora como yo.

«Al parecer, sí».

—Habla —exigí.

De nuevo, se tomó su tiempo en acomodarse la chaqueta y echarle un vistazo a su atuendo, como si quisiera hacerse de rogar.

—Un Gabbana es como tener una llave universal, te abre todas las puertas. Incluso aquellas que ni siquiera sabes que existen. —La frivolidad sobresalió de inmediato—. Mi familia necesita un pedazo de ese poder y yo aspiro a conseguirlo sin renunciar a los placeres de la carne.

Deseo y poder.

—No te queda bien ser poética.

—¿Prefieres que diga que me encantará tirarme a Cristianno?

—Ese tipo de vulgaridad estaría más a tu altura.

Erika creyó que el comentario me dolería, que todo estaba a su favor y podría noquearme con facilidad. Pero mi resistencia insistía y había comenzado a sacarla de quicio.

Me miró con violencia.

—Es mío, Kathia —gruñó en voz baja—. Será mío.

—No deberías estar tan segura. —Cristianno no se sometería con facilidad.

—Yo no he dicho que vaya a conseguirlo amablemente.

El comentario me atravesó como si fuera una estaca, justo en el centro del pecho. Contuve el aliento, los latidos de mi corazón me perforaron los oídos. Sentí que el suelo oscilaba bajo mis pies. Ahora lo entendía todo.

—Cuento con su oposición, pero tengo la herramienta necesaria para obligarle.

—Esa eres tú —intervino Valentino al tiempo que me acariciaba el brazo.

Me estremecí. Apenas tenía voluntad sobre mi cuerpo y comencé a asentir con la cabeza conforme una sonrisa triste asomaba en mi boca.

—Así que es eso —murmuré—. Nos separáis para obligarnos a cumplir vuestros deseos.

Valentino me necesitaba. Todavía no sabía con qué objetivo, pero era un hecho que algo existía. Y Erika quería a Cristianno por exactamente lo mismo. Ambos satisfechos con el producto. Era un buen negocio, ganaban en todos los sentidos. Lejos quedaba el daño que hicieran a su paso, el dolor que nos causarían. Sus deseos estaban muy por encima.

—Yo no lo llamaría así. Digamos que nuestros intereses se ven afectados si estáis juntos —justificó Valentino y Erika sonrió como una niña muy buena.

—Cristianno aceptará porque temerá perderte. Exactamente como tú has hecho hoy —comentó—. Y si resulta demasiado obstinado, siempre puedo recurrir a su familia.

No dejaba alternativa. Sabiendo cómo era Cristianno, tan fiel y leal a los suyos, no dudaría en lanzarse a sus brazos y darle a Erika todo lo que

pidiera. Aceptaría sus condiciones para mantenernos a salvo.

La rabia afloró en mí como un torrente. Me vi capaz de cualquier cosa, como saltar a su cuello y apretarlo hasta dejarla sin aliento.

Podía aceptar la traición, estar lejos de Cristianno, que mi familia no me amara, que Valentino tan solo me deseara para su beneficio o lo que mierda quisiera. Pero no estaba dispuesta a que amenazaran a ningún Gabbana. No permitiría que Cristianno se viera en la encrucijada de aceptar algo que odiaría. Estaba en mi mano evitarlo.

Algo se movió a mi derecha. Miré de reojo. Era uno de los esbirros. No dejaba de controlarme, como si estuviera preparado para atacar en cualquier momento. Le tenía cerca. Muy cerca. Si decidía estirar el brazo podía alcanzarle.

A él y al arma que tenía en la cintura.

—Fui tu amiga —comenté un tanto ida—. Aunque insistas en lo contrario, yo te aprecié sinceramente y me sentí orgullosa de tu cariño. Jamás he pensado en herirte. Pero una de las cosas que me ha enseñado Roma es que, si alguien traiciona, no merece compasión. —Le clavé la mirada a Erika—. Si este es el final que has decidido para nuestra relación, lo acepto. Pero no esperes que me quede de brazos cruzados viendo cómo arrasas con todo. Tú y yo ahora somos enemigas.

—¿Y qué harás? —se mofó—. Deja que yo te lo diga. Nada. Porque has perdido. Porque estás atrapada. Porque la mafia no es para débiles. No eres más que un producto, igual que Cristianno.

Un chasquido. Muy sutil. Casi inapreciable. Creí que en realidad había sido fruto de mi imaginación porque nadie más reaccionó ante él. Pero al mirar de nuevo al esbirro descubrí que su arma estaba mucho más a mi alcance.

—Ni se te ocurra acercarte a él —mascullé, y Erika sonrió malévolamente antes de pegar su mejilla a la mía.

—Seguramente imaginará tu rostro mientras me folla —me susurró al oído—. Buen cautiverio, Carusso.

«Ahora o nunca, Kathia», me dije. «No puedes permitir que se vaya». Y no lo haría.

Erika se alejó para coger su chaqueta y el bolso de la silla donde los había dejado y se encaminó hacia el vestíbulo. Se agotaba el tiempo. Si

lograba hacerme con el revólver solo podría efectuar un disparo antes de que los esbirros se lanzaran a mí.

No podía fallar.

Súbitamente salté a la cintura del esbirro, capturé el arma y la empuñé con rapidez en dirección a Erika.

Un instante después, el disparo resonó en toda la estancia antes de atravesar el pecho de la que una vez creí mi amiga. Me dio tiempo a ver que abría los ojos, sorprendida y aterrada. La sangre salpicó las paredes y empapó la alfombra cuando el cuerpo de Erika se desplomó en el suelo, ya sin vida.

Entonces, alguien se lanzó a mí y me empujó con brusquedad hasta hacerme caer. Apenas pude incorporarme, enseguida me redujeron entre tres tipos mientras yo gritaba.

—¡Traed el cloroformo, rápido! —chilló Valentino.

Me opuse todo lo que pude, luché con todas mis fuerzas. Pero se dieron prisa. Alguien me estampó un trapo en la cara. Un fuerte olor a alcohol penetró en mis fosas nasales provocándome un ligero mareo. Y clavé la mirada en mi adversario. Era el mismo a quien le había arrebatado el arma.

Los ojos comenzaron a pesarme, la mente apenas procesaba información. Poco a poco caí presa de un sueño impuesto que me empujó a un vacío oscuro.

«Cristianno, no sé si he actuado bien o si merezco un castigo por ello, pero ya está hecho». Su rostro fue lo último que imaginé antes de perder la consciencia.

Capítulo · 4

Sarah

Resplandecían en torno a mis muñecas. Después de casi una semana de recuperación, las heridas aún no habían cicatrizado y su tono rosado le daban un aspecto retorcidamente elegante, como si fuera una sádica pulsera.

Cada vez que cerraba los ojos, me veía encadenada a esos malditos grilletes mientras me torturaban. Había sido tan intenso que apenas recordaba fragmentos de lo sucedido.

Dejé de observarme las manos y eché un vistazo al exterior desde la ventanilla de aquella limusina en busca de algo que me mantuviera distraída.

Miré al cielo, no había estrellas esa noche, quizá porque miles de luces las ocultaban. Tokio era un espléndido mar de brillo y contraste, que ya engrosaba la lista de lugares que había visitado sin tener la oportunidad de explorar.

Siempre atrapada. Siempre sometida.

—Apenas se notan. —La voz de Mesut me produjo una descarga—. Las heridas, quiero decir. El señor Gadaf es un hombre de gustos singulares, así que pasará por alto ciertas taras. Es más, puede que hasta disfrute de ellas.

La rabia me empujó a mirarle con resentimiento, pero recapacité pronto y agaché la cabeza. Él y su inseparable esbirro Vladimir se echaron a reír.

—Oh, vamos, sonrío, Grecia. —Esquivé su caricia notando el habitual remolino de puro terror que me retorcía el vientre—. Estás espléndida esta noche. Te favorece el color azul. Te convierte en alguien más dócil.

Chasqueó los dedos a Vladimir, quien enseguida capturó dos copas y sirvió champán en ellas. Yo apreté las piernas y tragué saliva con

disimulo. No me gustaba que Mesut me diera de beber antes de reunirme con un cliente. Normalmente, sus licores llevaban añadidos que ayudaban a desinhibirse y estos me destrozaban durante la resaca.

El turco aceptó las copas de su esbirro y, a continuación, me tocó la rodilla. Me entiesé. Nunca terminaba de acostumbrarme a todo aquel juego de perversa intimidación.

—Bebe —me exigió Mesut.

Por su modo de observarme, lo mejor era obedecer. No quería represalias después. A veces, reunirse con un cliente era lo mejor que podía pasar.

El champán me ardió en la garganta.

—Buena chica —sonrió Vladimir al coger mi copa vacía.

Mesut, en cambio, optó por llenársela de nuevo.

—¿No hablas? —preguntó curioso.

—No tengo nada que decir —repuse sin dejar de mirar por la ventana. Acabábamos de pasar por el Palacio Imperial.

—Estás pensando que soy un mal hombre, ¿cierto?

Mesut Gayir era una enorme mentira con patas esbeltas y media melena negra. Su presencia engañosa convencía a cualquiera de su honesta amabilidad, pero la realidad era mucho más perversa. Sus castigos eran buena prueba de ello. Él decía que, cuando le llegaba un producto rebelde, tenía que amansarlo y hacerle entender la jerarquía. Yo misma había sufrido sus habilidades de «gran domador», así lo llamaban en el mundo de la trata.

Con el tiempo, olvidé cómo era yo antes de él, y él mejoró sus métodos. Así que cualquier cosa que dijera podía valerme una paliza de las gordas.

—De acuerdo, no quieres hablar, lo comprendo —comentó como si estuviera pidiéndome disculpas—. Pero seamos profesionales y repasemos las preferencias de Gadaf, ¿sí?

Rashir Gadaf era un empresario petrolero con influencias en el gobierno jordano. Había pagado mucho dinero por mis servicios y dentro de sus peticiones estaba que me reuniera con él en Tokio, aprovechando que estaba en la ciudad por negocios. Lo que ascendió aún más el precio debido al traslado.

—Sé perfectamente qué debo hacer. Siempre es lo mismo.

—Por supuesto que lo sabes, Sarah. —Tragué saliva al verle incorporarse—. Yo mismo te lo enseñé, ¿recuerdas? Te convertí en la gran puta que eres.

Empecé a temblar y le miré de reojo tan aterrorizada como furiosa.

—¿Estás orgulloso? —jadeé.

«Cierra la boca, Sarah», me dije.

—Más que eso —rezongó—. Me has hecho ganar muchísimo dinero, eres lo mejor de mi catálogo. ¿Sabes cuántos empresarios se mueren por tocarte? Tu valor subasta sube de nivel cada semana, eres una privilegiada. Toda una superestrella.

Tenía ganas de llorar. En realidad, en los últimos cuatro años no recordaba un instante en que no quisiera hacerlo. Incluso había momentos en que la necesidad podía equipararse a respirar. Pero si derramaba una lágrima delante de Mesut, por muy débil que fuera, lo pagaría caro. Así que me contuve pellizcándome las heridas de mis muñecas con disimulo; el dolor punzante me haría pensar en otra cosa.

—Con lo que he ganado en el último mes, mi deuda ya debería estar saldada. —Una deuda que había heredado por ser hija de la mujer equivocada.

—Cierto. —Hizo una mueca de diversión—. La has saldado una media docena de veces. Pero ¿quién en su sano juicio dejaría escapar una joya, Grecia? Yo no, desde luego. —Vladimir y él se echaron a reír de nuevo—. Eres mía, al menos hasta que tu cuerpo deje de ser útil. Después, ya veremos qué hacemos contigo. Venderte como carnaza de caza no estaría mal. Ya tengo interesados.

—Me amenazas —murmuré apretando los ojos.

Tuve que obligarme a no imaginar la situación. Lo había visto, una vez, durante un viaje a las Maldivas. Disparaban mientras los rehenes huían desnudos por una llanura en pendiente, maniatados y con una venda en los ojos.

Ese recuerdo era uno de los más deplorables.

—Solo porque a veces olvidas quién soy. Deberías estarme agradecida. —Me señaló con desgana y se sirvió otra copa de champán. Ya era la tercera—. Hay chicas que han cometido la misma traición que tú y han tenido mucha menos suerte. Pero tienes algo especial, querida mía. —Me cogió de la barbilla y me obligó a mirarle de frente—. Esa mirada dulce e

inocente, esa expresión de constante melancolía, como si estuvieras esperando a que alguien venga a salvarte. Hace que cualquier hombre pierda la cabeza, les haces sentir importantes, necesarios.

Mesut me envió una mirada espeluznante. La mantuvo hasta que supo que el miedo se me había instalado en la garganta. Después apoyó la mano sobre mi muslo y comenzó a subir en dirección a mi centro. Se me disparó el pulso.

—Puedo ser benévolo, Sarah —susurró acercando sus labios a mi cuello—. Puedo alejarte de este mundo que tanto detestas. Te doy la oportunidad de pedirme lo que quieras. Tan solo dame un nombre. Y lo tendrás.

«Cristianno Gabbana». Cerré los ojos. Toda mi piel se estremeció.

Pensar en él se había convertido en mi única motivación. La ilusión por verle de nuevo, por compartir un instante a su lado me mantenía viva de algún modo, aunque la realidad se impusiera constantemente.

Jamás diría su nombre.

Cristianno tenía que habitar en mi memoria por lo que hizo y no por cómo terminaría si Mesut daba con él.

Saboreé un valor momentáneo que me empujó a mirar desafiante al turco.

—¿Cumplirás tu promesa tan bien como las demás? —dije y esperé la represalia, pero el coche se detuvo.

El hotel Grand Hyatt se alzaba impetuoso a nuestra izquierda.

—Hemos llegado, señor —dijo el chófer, y Mesut rompió a reír escandalosamente.

Tardó un par de minutos en controlarse antes de volver a mirarme.

—Adelante y ve. No queremos que Gadaf espere —comentó como si nada.

Mi puerta se abrió. La helada de la noche pronto se coló en el interior de la limusina. Puse un pie fuera. Los labios de Mesut se apoyaron en mi nuca.

—Recuerda a tu salvador cuando el jordano te esté follando a cuatro patas, Grecia —susurró cubriéndome de escalofríos—. Veremos si para entonces sigues queriendo protegerle.

Salí del coche con los ojos entelados. Completamente desolada.

«Te equivocabas, abuela. No existe un final para esto».

Capítulo · 5

Kathia

Cristianno me miró a los ojos. Iba vestido de etiqueta, con un traje de tres piezas negro como el carbón. Sus labios formaron una sonrisa tímida, un aviso de la lentitud con la que rompería el par de metros que nos separaba.

Comenzó lento, un poco indeciso. Quizá creía que yo le prohibiría acercarse. Aquella versión de mí que habitaba en lo más profundo de mi mente estaba dispuesta a impedir que Cristianno me tocara. Pero finalmente no se negó a la cercanía cada vez más obvia.

La visión de su rostro tan cerca del mío me cortó el aliento. Jamás me acostumbraría a la abrumadora belleza del Gabbana, ni siquiera en sueños. Lo más curioso fue ver mi reflejo en sus pupilas más vívido que nunca, señal de que Cristianno sentía por mí lo mismo que yo por él.

Me sentí afortunada y también desdichada.

—No eres real... —Cerré los ojos y agaché la cabeza—. Tú no eres Cristianno.

Su mano se acomodó en mi mejilla. Un escalofrío me invadió con violencia y me aferré a su brazo obligándole a que ejerciera más fuerza sobre mi piel.

—Voy a despertar y tú no estarás. Y ni siquiera sé si volveré a verte de nuevo —sollocé aterrorizada con la idea.

Mi cuerpo cada vez más inestable, mi mente más consciente de la ficción de aquel momento. Y Cristianno no habló. No articuló palabra alguna. Tan solo me miraba de un modo nostálgico y devoto.

—Te quiero —le dije y él volvió a sonreír antes de evaporarse como el humo.

Desperté. Más lento de lo que esperaba.

El sol se derramaba en la habitación, me cegó la vista unos segundos, el tiempo que tardé en darme cuenta del entumecimiento de mis extremidades. Poco a poco fui moviendo las piernas y los brazos y después la cabeza. Traté de acostumbrarme a la luz diurna, y entonces advertí la presencia de dos hombres.

Uno de pie con las manos cruzadas sobre el regazo, cerca de la puerta. El otro sentado en una cómoda silla junto a la cama donde estaba tumbada.

—Hasta que al fin despiertas, pequeña delincuente. —Valentino sonrió cual crío travieso.

—Que te jodan —mascullé desviando la vista.

—Buenos días a ti también.

Pero ya no me importaba nada de lo que dijera. Debía averiguar cómo demonios había llegado a una cama y cuánto tiempo había pasado. Me incorporé lentamente. Todo mi entorno perfectamente arreglado, los ventanales mostrándome un exterior esplendido.

«Cloroformo», recordé dándole sentido a mi dolor de cabeza.

—Por si te lo estás preguntando, sí, has dormido todo un día. Al parecer estos malditos cabrones se pasaron con el cloroformo. —Señaló al tipo que había junto a la puerta—. Tuvimos que llamar incluso al médico. Dijeron que lo mejor era que te dejáramos dormir. Te librate de arreglar el estropicio que liaste.

Fruncí el ceño. Todavía estaba un poco dispersa, así que a duras penas fui capaz de asimilar todo lo que había sucedido.

—¿Qué estropicio? —quise saber un instante antes de que las imágenes me abordaran como si fuera una ventisca.

Cerré los ojos, cogí aire. No lo había olvidado, ni mucho menos, pero tampoco esperé recordar con tanto realismo el momento preciso en que maté a mi amiga de un disparo a bocajarro.

—¿Oh, te acuerdas? —sonrió Valentino antes de acercarse a mí y susurrar—: Sí, mataste a tu querida amiga, Erika Bruni. —Apreté los dientes—. Vamos a tener que hacer algo con esas lagunas mentales tuyas, ¿eh? Y de paso hablar del remplazo de la alfombra. Era una pieza de quince mil euros tan exclusiva, ya no la fabrican. Se llenó de sangre.

—Lástima que no fuera la tuya —gruñí.

—Qué feo eso, Kathia. —Se levantó de la silla y se ajustó su bonita indumentaria—. En fin, tengo que irme. Adecéntate un poco, ¿quieres?

Me extrañó verle salir de la habitación como si tal cosa. El Valentino que yo conocía aprovechaba cualquier oportunidad para lanzarse a mí. No creí que le hubiera intimidado la presencia de uno de sus esbirros.

—¿Quieres desayunar? —preguntó el tipo.

Le eché un vistazo rápido.

—Que te jodan a ti también. Déjame en paz —rezongué y volví a tumbarme en la cama.

Me tapé la cabeza con la colcha y apreté los ojos con fuerza. Estaba lista para mi cautiverio, yo misma lo había elegido, pero no se lo pondría fácil a nadie.

Sarah

—

Tenía calambres en las piernas y un persistente hormigueo en la punta de los dedos. Me había despertado el constante latido de una jaqueca, que no dejaba de crecer, y me levanté tratando de no hacer ruido.

No estaba sola en aquella lujosa habitación de hotel. Rashir dormía bocabajo en la cama, aferrado a la almohada con medio cuerpo desnudo oculto bajo una sábana de seda blanca.

Por los ventanales se colaba la poderosa luz de una luna llena. Bastó para alumbrarme el camino hacia el sillón donde estaba mi batín. Sorteé las prendas que había en el suelo caminando de puntillas y me cubrí al tiempo que salía de la habitación.

Todavía perduraba en mí el vaivén de las duras embestidas. Pero lo bueno era que apenas me acordaba de nada. Había aprendido a pausar mi memoria cuando me enfrentaba a ese tipo de situaciones. Y los narcóticos hacían el resto del trabajo.

Lo peor no era el durante, sino el después. Cuando mi mente poco a poco volvía a la calma y asimilaba lo que había sucedido, libre de influencias de estupefacientes. Me asolaban los temblores y unos densos escalofríos que apenas me dejaban caminar. Una fina capa de sudor instalada en mi piel, fría como el hielo, pero también caliente como una brasa.

Era la segunda noche con Rashir Gadaf.

A la mañana siguiente de nuestro primer encuentro, el jordano habló personalmente con Mesut y le dijo que quería disponer de mis servicios al menos tres días.

Crucé como pude la estancia evitando mirar el evidente desorden. Todo había empezado en la terraza, cuando Rashir decidió que no podía esperar al postre. Creo que sonreí antes de verme dando tumbos entre los brazos del hombre, acogiendo sus abusivos besos y caricias. Hice bien en tomarme un par de píldoras antes la cena. Tuvo su efecto llegado el momento y me ahorró el mal trago de sufrirlo todo con plena consciencia.

Lo que sí recordaba con una nitidez escalofriante fue el rostro de Cristianno Gabbana. Mesut llevaba razón cuando dijo que pensaría en él.

Sin embargo, en lo que más pensé fue en la despedida en el aeropuerto de Hong Kong. Aquel abrazo protector, su atrayente aroma, el suave contacto de sus manos apoyándose en mi espalda. Nunca nadie me había tocado con tanta delicadeza y respeto.

«Si la vida decide volver a juntarnos, entonces te abrazaré bien fuerte». Fue lo último que me dijo.

Me detuve frente a los ventanales del salón, me crucé de brazos y miré el horizonte tokiota sintiéndome demasiado pequeña. Demasiado lejos del Gabbana.

Hubiera sido posible verle de nuevo de haber tenido oportunidad de coger su tarjeta de contacto. Pero esa mañana salí a comprar algo de desayuno. Las calles de aquel tranquilo barrio ateniense respiraban tranquilas. Recuerdo incluso que sonreí. Y para cuando llegué al portal de mi pequeño apartamento supe que mi única oportunidad se había quedado sobre la mesilla de noche.

No dejaba de perseguirme ese maldito trozo de papel. De haberlo tenido no hubiera dudado en llamar.

«Pero no es la única salida, Sarah», pensé de súbito y casi al mismo tiempo miré la tableta que había sobre la mesa. Perteneecía al servicio del hotel.

Me lancé a ella sin saber muy bien qué demonios me proponía. Tan solo obedecí mis instintos. La desbloqueé y accedí a internet tras echarle un vistazo a Rashir; continuaba dormido.

Entre convulsiones, escribí en el buscador información telefónica de Roma. No sabía si lograría algo, pero no estaba de más intentarlo. Y no fue

complicado. En las primeras posiciones apareció una web en la que facilitaba un número de contacto con tan solo introducir el nombre.

«Cristianno Gabbana».

Aparecieron cuatro números. Todos ellos de línea fija. La oportunidad estaba a mi alcance. La probabilidad de que Cristianno descolgara tras uno de esos números era del veinticinco por ciento. Mucho más alentadora que nada.

Cogí papel y boli y apunté cada uno de los dígitos. Después arranqué el papelito y me lo guardé en el bolsillo del batín antes de acceder al historial y borrar todo rastro de mis movimientos.

—¿Qué estás haciendo? —Rashir se había levantado.

Estaba allí de pie, a solo unos metros de mí, completamente desnudo, y desconocía cuánto me había visto hacer.

—Me he desvelado y de pronto me ha entrado hambre —me justifiqué disimulando como pude el miedo que me suscitaron sus miradas inquisidoras—. Estaba pensando en pedir algo de comer, si le parece bien.

El pedazo de papel ardía en mi bolsillo, mi corazón latía como loco, el pulso disparado, la garganta oprimida. Estaba al borde de un colapso.

—Oh, mi pequeña princesa, puedes pedir lo que te plazca. —Su respuesta me hizo sentir un ácido alivio. Pero no fue placentero. Tomó asiento a mi lado, capturó mi mano y se la llevó a su miembro—. Y de paso...

Forcé una sonrisa y le di un beso en la mejilla. Necesitaba ser todo lo complaciente posible si quería lograr mi objetivo.

—Está a punto de amanecer y tiene una reunión a primera hora —le dije coqueta. Él ni se dio cuenta de la asfixia en mi voz—. Debería comer algo, tomar una ducha y acicalarse.

—Maldita sea, cuánta razón llevas. —Se puso en pie de un salto—. Está bien, me has convencido. La puntualidad nipona es demasiado molesta y no queremos enfadar a un japo, son demasiado peligrosos. —Iba diciendo de regreso a la habitación—. Por cierto, he reservado para celebrar nuestra última noche juntos. Ponte el vestido rosado que compramos ayer.

Asentí con la cabeza y forcé una sonrisa.

Unas tímidas lágrimas resbalaron de mis ojos en cuanto me quedé sola. Llamar mientras Rashir estaba en la ducha era demasiado peligroso,

además de arriesgarme a un cargo en la factura del jordano que no sabría cómo explicar.

Pero no estaba dispuesta a perder aquella oportunidad. Así que me lancé al teléfono y marqué el número de recepción.

—Buenos días, soy el cliente de la *suite* 211 —dije en cuanto descolgaron—. ¿Sería posible un desayuno continental en la terraza común de la última planta?

Capítulo · 6

Cristianno

Silencio.

Y una gota de sangre golpeando el suelo. Su rastro resbalando por la hoja afilada de un cuchillo. Un grito de dolor. Mi reflejo atrapado en el acero, frío, distante. Un jadeo penetrante. Temblor.

El silencio es la primera ley de un hombre perteneciente a la mafia. No puede romperse ni aunque la muerte llame a su puerta. Es una muestra de lo implicado que está con la familia a la que se debe.

Los ojos oscuros de aquel esbirro mostraban dos cosas: dolor y compromiso. No diría una palabra. Me entregaría su vida por guardar los secretos de Angelo Carusso.

Oh, sí, lo habían amaestrado bien. A él y a los tres anteriores.

Detuve el vehículo a unos metros del acantilado. Enseguida nos rodeó una densa espesura nocturna. En Anzio no llovía, pero la niebla y el frío hicieron su aparición del modo más inquietante.

Habíamos seguido a ese maldito esbirro Carusso hasta ese pueblo creyendo que podríamos dar con Kathia. Tenía entendido que solo unos pocos sabían de su paradero. Así que seleccionamos a aquellos que presentaran actitudes sospechosas.

Pero resultó que Anzio tan solo era un despiste. El esbirro se había dado cuenta de que le seguíamos y jugó sin saber cómo podía terminar ese juego.

Ahora estaba en el maletero del coche, amordazado y maniatado. Tras varias horas de interrogatorio supimos que la *omertá* se impondría, y apenas le quedaban dedos con los que negociar.

Ya no hacía ninguna falta que siguiera vivo.

Respiré hondo y miré el acantilado libre de remordimientos. Aquellos tres últimos días me habían convertido en alguien un poco más cruel de lo

esperado y menos paciente. Sentía un vacío constante, la mente en blanco.

Tan solo sabía que continuaba siendo yo por aquel susurro interior que me obligaba a continuar. Por mí, por ella.

Mauro me miró expectante desde el asiento del copiloto, esperaba mis órdenes. Eric y Alex estaban en la parte de atrás. El primero, recostado con los brazos cruzados sobre el pecho. El segundo, fumando un cigarrillo mientras observaba el oscuro paisaje.

No se habían alejado de mí ni un instante, aun sabiendo que lo que estaba haciendo se alejaba de mis principios.

—Alex, saca a esa rata de mi maletero —le pedí antes de coger su cigarro y mirar a mi primo. No volví a hablar hasta que nos quedamos a solas—. Sabías desde un principio que esto no serviría de nada y aun así estás aquí. Y ellos también. ¿Por qué no me pides que pare?

Mauro frunció los labios y cogió aire. Estaba agotado, se lo notaba en la curva ojerosa que rodeaba sus bonitos ojos azules.

—Necesitas darte cuenta tú mismo, Cristianno —dijo bajito al tiempo que el maletero se abría y nuestros amigos sacaban al rehén. El coche tembló—. De poco sirve que yo te diga qué debes hacer si tú no quieres verlo.

—Y dejas que me comporte como un loco. —Algo de lo que no estaba orgulloso.

—Solo porque sé que será momentáneo. —Abrió su puerta—. Y porque esa niña me importa tanto como a ti.

Me dejó solo asumiendo sus palabras y la rapidez con la que inundaron mi cuerpo. Mauro llevaba razón, mi actitud de ejecutor era momentánea, ya percibía su fin. Pero mi decepción para con mis reacciones no se debía a lo cruel que estuviera siendo, sino a lo poco que estaba consiguiendo. Y no podía detenerme porque una parte de mí insistía y se aferraba a la esperanza de hallar una pista que me llevara a Kathia.

Fue entonces cuando mi mente proyectó su silueta entre la niebla. Volví a evocar el momento en que la apartaron de mí en el aeródromo. Su último beso cuando Angelo me empujó contra ella, su última mirada antes de que Valentino se la llevara.

Todo mi maldito pensamiento estaba dedicado a Kathia, incluso en los momentos de dudosa honra. Era imposible reprimir la ansiedad que me proporcionaba saber que estaba en manos de un Bianchi.

De pronto, mi móvil comenzó a sonar. No era la primera vez que lo hacía aquella noche, pero lo ignoré de nuevo. No respondería a una llamada desconocida en mitad de una situación como aquella.

Alex arrastró al esbirro hasta al borde del acantilado y le obligó a arrodillarse mientras Eric retiraba la bolsa que le cubría la cabeza.

Puse el cigarro en mis labios, salí del coche recomponiendo los puños de mi chaqueta, caminé lento hacia ellos. Que el tipo me mirara con miedo dijo mucho más que su silencio.

Tiré el cigarro y me acuclillé frente a él antes de quitarle la cinta de la boca.

—¿Has tomado una decisión? —pregunté.

«Último intento».

—¡Que te jodan, Cristianno! —gritó.

Apreté los dientes y me puse en pie. Sin darme tiempo a pensarlo demasiado, le estampé un rodillazo en la barbilla que lo tumbó. Escupió sangre, lo que indicaba que le había partido el labio, pero lo extraño fue que no gritó. Seguramente porque ya lo tenía partido de antes.

Volví a agacharme y machaqué su cabeza contra el asfalto hasta que empezó a asfixiarse.

—Puedes salvar el culo. Al Carusso le importas una mierda. Te estoy dando la oportunidad de sobrevivir. ¿Dónde está Kathia?

—Pregúntaselo al Materazzi. Ese cabrón lo sabe todo —balbuceó como pudo.

Fruncí el ceño y eché un vistazo a los chicos. El comentario les chocó tanto como a mí. Aquel esbirro involucraba a Enrico en algo que él mismo había negado. Una especulación que me acercaba al límite.

Tenía sentido que Enrico supiera el paradero de Kathia y que no quisiera decirme nada. Pero la molestia que me causaba sospechar no tenía nada que ver con lo que habíamos ido hacer allí.

Seguía sin saber nada de Kathia.

—Te lo estoy preguntando a ti. —Señalé los grilletes que Alex y Eric le habían encadenado a los tobillos; se conectaban a un bloque de hormigón de unos treinta kilos—. Tengo la llave de esas cadenas en el bolsillo trasero de mi pantalón. Puedo cogerla y liberarte. Fíjate que caída más tonta te ahorrarías. ¿De verdad quieres arriesgarte?

El tipo estaba asustado. Mostró una mueca de puro terror que me disparó las expectativas.

—A estas alturas, tu Kathia debe de estar muy calentita en la cama de Valentino. —Temblé y al bastardo le hizo la suficiente gracia como para soltar una carcajada.

—Cristianno, terminemos con esto —medió Mauro, consciente de mi estado y de lo poco que merecía la pena seguir.

Súbitamente, Alex puso al tipo en pie. Yo también me incorporé, pero sin apenas fuerzas.

Se acercó a mí y colocó una mano sobre mi hombro.

—*Arrivederci* —murmuré mirando fijamente al esbirro.

Exhalé y después estampé mi pierna contra el pecho del tipo. Todo pareció ocurrir a cámara lenta. Antes de levantarse del suelo, sus pies removieron la arenilla y crearon una pequeña polvareda. Su cuerpo se precipitó al vacío mientras agitaba brazos y piernas desesperadamente, luchando por encontrar la forma de salvarse.

Esperé allí hasta que la marea lo engulló.

Sarah

—

—Ha sido una sorpresa maravillosa, princesa —dijo Rashir, más que orgulloso con mi iniciativa.

—No exagere, señor. Tan solo quería tener un detalle. Y, en cualquier caso, paga usted —bromeé haciéndome la elocuente, algo que le arrancó una sonrisa.

—Eres extraordinaria.

El plan era sencillo, o al menos eso creía. Había pedido a recepción que organizaran un desayuno por todo lo alto en la terraza cubierta de la última planta porque aquel lugar tenía menos vigilancia que el restaurante principal. Además, gozaba de unos reservados maravillosos que interrumpían la visión de todas las salidas. Lo que me daría los minutos que necesitaba para encontrar el modo de llamar a Italia.

Y a Rashir le encantó la idea. A más me ensalzara y deseara, menos sospecharía de mí.

—Dime, querida, ¿estarías dispuesta a convertirte en la esposa de este?
—dijo antes de llevarse un trozo de tortilla a la boca.

Forcé una sonrisa y me bebí todo el zumo que había en el vaso haciendo malabarismos para no atragantarme.

De pronto el jordano comenzó a hacer espavientos con las manos mientras hablaba a toda velocidad en su extraño idioma. El camarero concluyó por deducción que me sirvieran más zumo, así que obedeció con la rapidez de quien es amenazado de muerte.

—Bueno, ¿qué me dices sobre la propuesta? —continuó.

—Señor Gadaf, usted ya tiene una esposa. Y dos amantes. —Fingí amabilidad—. Además de doce hijos. No necesita más cargas.

Nos echamos a reír. Él con una sinceridad honesta, yo ampliamente falsa. Estaba haciendo tiempo.

—Créeme, no lo serías. Te agasajaría a todas horas —añadió deteniéndose a observarme con aquella típica mirada severa—. Te noto menos conversadora de lo habitual. ¿No has descansado bien? ¿La comida no es agradable?

—Oh, no. No se preocupe. Es solo que tengo un poco de jaqueca. Si me disculpa un momento iré al tocador.

—Por supuesto, adelante —sonrió indicándome que me retirara.

Cualquiera hubiera creído que estaba fingiendo una actitud amable conmigo. Pero en verdad el hombre estaba siendo sinceramente cordial. No por ello abusaría de su confianza. Así que tenía que darme prisa.

Cogí mi bolso, abandoné el comedor y me adentré en un pasillo que llevaba hacia la puerta de personal. La abrí mirando de un lado a otro y entré sin esperar dar con unas escaleras. No tuve más remedio que subirlas para dar con un enorme salón a medio recoger.

No había nadie a la vista y tampoco se me ocurría por dónde empezar. Pero al parecer tenía la suerte de mi lado. Apareció un muchacho portando un carrito de ruedas. Se disponía a recoger los platos que había en una mesa. Ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. Al menos hasta que me lancé a él.

Soltó un gritito.

—Necesito su ayuda —le dije en inglés, acorralándolo—. Tengo que hacer una llamada internacional. Es muy urgente.

—Dispone de teléfono en recepción, señora —respondió asustado.

—No. Es demasiado peligroso.

—Lo siento.

Trató de irse, pero lo cogí del brazo y volví a tirar de él. Enseguida eché mano a mi bolso y capturé la caja aterciopelada que minutos antes me había entregado Rashir. El muchacho me miró tan asustado como intrigado. Quizá creía que iba a sacar una bomba o algo así, quién sabía. Pero se topó con una pulsera de oro blanco y zafiros comprada en el Tiffany & Co de Ginza y valorada en unos ocho mil dólares. Lo que cambió su expresión asustada a una bastante más codiciosa.

—Imaginas su valor, ¿cierto? Tómela como incentivo.

—Pero yo... —tartamudeó.

—¡Tiene que ayudarme! ¿Lo entiende? Estoy en peligro.

Se dio unos segundos para pensarlo antes de coger la pulsera y tirar de mí hacia una puerta batiente que había al final de la sala.

Cristianno

—¿Dormirás? —me preguntó Mauro. Yo le miré agotado desde el interior del ascensor.

—Eso intentaré —le aseguré, porque realmente deseaba lograrlo.

Él asintió con la cabeza y entonces se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Al principio me desorientó un poco, pero enseguida me abandoné al efecto casi narcótico de su contacto. Sentí una vez más que aquel chico, apenas dos meses menor que yo, podía hacer conmigo lo que quisiera. Cualquier cosa.

—Procura que así sea, ¿de acuerdo?

Tras aquello, las puertas del ascensor se cerraron. Los cortos segundos que tardé en llegar a mi planta me valieron para sentirme como una mierda. Estaba preocupando a mi primo, a mis compañeros y a toda la gente que me importaba.

Debía parar, porque no estaba logrando nada. Pero no sabía cómo.

Al entrar en el vestíbulo, dos cosas llamaron mi atención. La primera fue el reloj de forja que había colgado de la pared; marcaba casi las dos de la madrugada. La segunda, no esperé hallar luz, por tenue que fuera.

A esas horas, todo el mundo dormía, y sin embargo Enrico observaba la ciudad a través de los ventanales bajo un silencio solo interrumpido por el tintineo del hielo de su vaso.

Me acerqué sigiloso, estudiando su postura. Había tomado asiento en el pequeño rincón que había frente al acceso a la terraza principal. La luz de la lamparilla que había en la mesa jugaba a crear sombras en su rostro, enfatizando su expresión de dureza agotada.

—¿Estás orgulloso? —mencionó cuando siquiera me había visto.

—Si pensabas sermonearme podrías haber esperado al amanecer.

Tomé asiento a su lado. No nos miramos, ni siquiera de reojo. Él estaba molesto y yo frustrado. Habíamos leído en el ambiente que cualquier cosa que dijéramos no sería bienvenida. Pero, aun así, saboreamos un silencio que, aunque parecía tenso, resultó pacífico.

Cogí un cigarro y lo prendí cerrando los ojos con la primera calada. Después se lo extendí a Enrico, que lo aceptó gustoso a la vez que capturaba la botella de coñac que había en la mesilla y se servía otra copa.

—¿Bebes? —Me ofreció.

—No, me duele la cabeza.

Él asintió, se tomó el licor y se quedó mirando el vaso vacío con los brazos apoyados en los muslos. Que estuviera estirando la trivialidad significaba que no quería discutir conmigo. Estaba dándonos tiempo para razonar como ambos necesitábamos. Y yo esperé. Lo hice porque en realidad sabía que llevaría razón en cada una de las cosas que eligiera decir.

—Pietro Salvatore. Luciano Adami, Attilio Colonia, Sebastiano Palmieri. —Empezó diciendo con suave severidad—. Te has cargado a cuatro de los quince informadores más directos de Angelo en solo dos días.

Les había seleccionado precisamente por su rango y cercanía al Carusso. Pero a mayor era la posición, más complicado se hizo sacar información.

—Acordamos paciencia y estrategia, no libre albedrío —continuó—. ¿No fui lo suficientemente claro?

—Acordar no es lo mismo que imponer —protesté.

—No tergiverses mis palabras.

—Te ha mencionado —le interrumpí de súbito clavándole la primera mirada—. El tipo ese, Pietro creo que era. Lo he lanzado por un precipicio de Anzio hace un par de horas, atado a un bloque de hormigón de más de treinta kilos.

Recuperé mi cigarrillo y me acomodé en el sillón ansioso por escuchar lo que diría a continuación.

—¿Así que ahora juegas a ser un monstruo?

Sonreí sin ganas, reconociendo que le molestaba mucho más que me arriesgara a perder mis principios que la propia acusación que acababa de hacerle. Lo cual hizo que sintiera emociones demasiado ambiguas. Por un lado, quise lanzarme a él y dejar que su contacto me consolara. Su mera presencia era sinónimo de seguridad y bienestar. Pero en contraposición sentía ganas de sacarle a golpes toda la información que tuviera.

—Eso da igual. ¿No tienes nada que decir? —Decidí ir al punto.

—Se me ha acusado. ¿Y bien, qué dijo? —Aceptó el desafío.

—Que te preguntara, a ti, sobre el paradero de Kathia, y pensé «ya lo he hecho» y la respuesta siempre es la misma: «no lo sé, estoy tratando de averiguarlo». Pero resulta que empiezo a sospechar y ya sabes qué sucede cuando eso ocurre.

Esa vez fue él quien sonrió y lo hizo de un modo que me cabreó bastante. El control de Enrico parecía no tener límites. Capturó de nuevo la botella de coñac y se sirvió otra copa. Le dio un corto sorbo y se puso en pie al tiempo que se guardaba una mano en el bolsillo de su pantalón. Su poderosa presencia creció exponencialmente, llegando incluso a cohibirme un poco.

—Y en vez de pensar por qué lo hago, pierdes tu tiempo en amenazar poniéndome al nivel de los hombres a los que vas dando caza. —Me señaló con su vaso—. ¿De eso va el juego?

—Ahora mismo solo quiero mandarte a la mierda —mascullé.

Se inclinó hacia mí.

—Solo porque sientes la necesidad de imponerte, y conmigo no te vale la obstinación. Lo sabes bien —dijo bajito.

Yo le clavé una dura mirada y me puse en pie a tan solo unos palmos de su rostro.

—Usas bien el poder que ejerces sobre mí, Enrico. Incluso lo acepto, porque sé bien qué objetivo lleva. Pero no puedes olvidar que tomo mis

propias decisiones.

—¿Qué harás cuando Angelo descubra que has matado a cuatro de sus hombres, ah? ¿Qué harás, Cristianno?

—¿Qué hiciste tú cuando mataron a Fabio? —contraataqué duramente —. ¿Qué estás haciendo aquí mientras Kathia está ahí fuera?

Me sentí asquerosamente decepcionado con mi comentario.

—Buscas herirme.

—¿Lo estoy consiguiendo?

Aquella conversación ya no iba a nada. Tan solo nos haríamos daño y odiaba esa idea casi tanto como Enrico.

Apagué el cigarrillo y me dispuse a irme cuando su voz llegó a mí de nuevo.

—No serviría de nada que dieras con ella, Cristianno. De nada.

Me detuve de espaldas a él y apreté los puños. No quise mirarle. Tan solo respondería ocultando lo mucho que me atormentó estar tan cerca de Kathia y no poder hacer nada.

—Por tanto, lo sabes. ¿Ves como es bueno sospechar?

Tragué saliva y reanudé mi camino bajo el suspiro frustrado de Enrico. Pero fui interrumpido una vez más, esta vez por la insistente vibración de mi móvil.

«Otra vez... ¿Quién coño será?», pensé frunciendo el ceño.

Eché un vistazo a Enrico. Sorprendía que él hubiera reaccionado tan desconfiado. Fue lo que hizo que me pusiera en alerta.

Rápidamente, me acerqué a él y descolgué activando la función de manos libres.

—¿Quién es? —respondí violentamente.

—¿Tengo el gusto de hablar con Cristianno Gabbana? —preguntó una voz masculina, ronca y grave.

—Yo he preguntado primero.

—Sí que eres escéptico, *baby*.

Se escuchaba un fuerte jaleo de fondo, el rumor de una música y el murmullo de un considerable tumulto de gente. Lo que me hizo suponer que estaba en algún club o en una fiesta.

—¿Quién eres? —insistí.

—Alguien que tiene información muy interesante —dijo, socarronamente.

Miré al Materazzi. Su reacción confirmó mis sospechas. Él esbirro había dado en el clavo arrojándome la duda sobre Enrico. Era un hecho que sabía del paradero de Kathia, que no me lo diría para protegernos, tanto a ella como a mí. Pero muy pocos conocían la verdad y los implicados estaban bien sujetos a la ley del silencio.

Por tanto, aquello era una trampa.

Mi cabeza comenzó a especular creando el perfil del hombre.

«Hombre adulto. Alrededor de los treinta años».

—Tiene que ser muy importante para hayas insistido tanto. Habla de una vez —impuse.

—No, por teléfono no.

«Corpulento. Adicto a los estupefacientes».

—Di un lugar.

—Zona Morta, mañana noche.

«Convicto reincidente».

—Dame un nombre.

—Eres un poco desconfiado, ¿no?

—Quiero un nombre —exigí violento.

—Joshua Chiellini —repuso al tiempo que Enrico dejaba su vaso en la mesa y echaba mano a su teléfono para escribir un mensaje—. Estaré en el sector cuatro. No vengas armado si quieres saber dónde está Kathia.

«Traficante. Impulsor de carreras ilegales».

—¿Tienes miedo, Joshua? —me mofé para ocultar mi desconcierto.

Enrico apoyó una mano sobre mi hombro, provocando que cerrara los ojos un instante para recuperar fuerza.

—Es muy inquietante tener enfrente a un Gabbana con un revólver. Y todos conocen la habilidad que tienes, Cristianno. Ya sabes lo popular que eres en esta ciudad.

«Me conoce».

—Entonces, también deberías saber que no me hace falta un arma para matarte.

—No me amenes. —Dejó la jactancia—. Pretendo ser tu amigo.

—Dame la hora —ordené.

—A medianoche. De paso te diviertes un poco con las carreras. Trae tú Bugatti.

Colgué y me detuve un instante a coger aire hondamente y recapacitar sobre lo sucedido.

—Conclusiones —dije.

—He enviado el nombre a la central, tendré su historial en unos minutos. Análisis inicial, delincuente de los bajos fondos, traficante de poca monta, politoxicómano y violento.

Dio razón a todos mis pensamientos.

—Es bueno estar en sintonía. —Agaché la cabeza.

Enrico se acercó a mí y me obligó a mirarle de frente al capturar mi rostro entre sus manos.

—Siempre lo estamos, Cristianno —susurró—. Aunque tú a veces seas un cabezota de cuidado. —Me dio un golpecito en la mollera arrancándome una sonrisa tranquila.

—¿Por qué piensas que es de los bajos fondos? —quise saber.

—Porque conozco a todos los de alto y medio rango.

—Bien... Voy a hacerte una pregunta y quiero que me respondas con sinceridad. —Su silencio me dio la aprobación—. ¿Conoces el paradero de Kathia?

Se mordió el labio, pensando bien cómo responderme.

—Sí.

Tragué saliva y contuve un instante el aliento.

—¿Cuántas personas conocen ese hecho?

—Los cinco hombres que tengo custodiando su protección, tres más de la seguridad del Bianchi. Thiago, Angelo y yo. No incluiré a tu padre, aunque lo sospecha.

Debería haberme centrado en la información tan trascendental que me había dado, pero mi mente solo pudo reparar en un hecho.

—Custodiando su protección...

«Está a salvo...», pensé. Sí, estaba a salvo, aunque no fuera conmigo a su lado. Había sido muy estúpido suponer que Enrico dejaría a Kathia en manos de Valentino sin oponer resistencia. Y es que a veces olvidaba lo duro que era estar en el pellejo de un infiltrado.

Enrico debía disimular la lealtad a su familia para salvaguardar nuestra integridad, además de la suya propia. Me sentí terriblemente culpable, y él pudo verlo porque volvió a acariciarme.

—Te has parado a pensar solamente en el acto de ocultarte información, pero es bueno ver que empiezas a razonar como es debido —explicó, quitándole importancia a mi deseo de disculparme.

—¿Está bien protegida de ese canalla? —tartamudeé.

—Por los mejores. Créeme.

«Frialdad, Cristianno», me impuse.

—Por tanto, tenemos un topo. Joshua Chiellini no está en la lista de hombres que conocen el paradero de Kathia. Sin embargo, sabe que ella no está en la mansión Carusso y que tenemos una relación.

—Además podemos descartar que los Carusso y los Bianchi tengan algo que ver. —Porque él conocía cada uno de los movimientos de ambas familias—. Debemos organizar un efectivo —sentenció—. Nos reuniremos a primera hora para valorar el lugar y todas las reacciones que podemos esperar. Es evidente que Joshua es un mandado.

—Exacto.

Pero aquello no sería lo único que nos deparara la madrugada.

El desconcierto causado por Joshua incrementó con la intrusión de una nueva llamada.

Esa vez al teléfono fijo. Y con prefijo extranjero.

Capítulo · 7

Sarah

Empecé a tener serios problemas de equilibrio cuando el camarero se puso a hablar en su idioma con la operadora telefónica. Apenas deduje una palabra; *Itaria*, creo que dijo.

No le hubiera dado importancia si los espasmos no me hubieran empujado a hiperventilar. Estaba terriblemente nerviosa. Me zumbaban los oídos, la garganta se me había cerrado hasta dolerme y tuve que apoyarme en la pared para no desplomarme.

Cuando el joven me pidió el número de teléfono, el papelito salió disparado al suelo. Ni siquiera mis manos respondían a las órdenes de mi mente. No estaba segura de poder mencionar nada si lograba contactar con Cristianno.

Pronto comenzaron los escalofríos y estos me llevaron a tiritar como si estuviera en medio de una ventisca de nieve en ropa interior. Y aumentó con la mirada del camarero.

Tragué saliva.

—Su turno. Han logrado establecer contacto con la segunda opción — dijo al entregarme el teléfono—. No tarde demasiado, por favor.

Supuse que dijo algo más porque le vi mover los labios, pero no escuché nada más que mi respiración atolondrada.

Capturé temblorosa el aparato y fruncí los labios hasta incluso morderlos por dentro, instándome resistir.

—Su llamada está siendo transferida. Por favor, espere. —Aquella voz artificial en italiano repitió el mensaje al menos tres veces.

Hasta que, en la cuarta ocasión, alguien descolgó.

—¿Sí? —Tuve una fuerte sacudida que me arrastró al suelo sin apenas fuerzas—. ¿Quién es?

Comencé a llorar como una estúpida. Nunca creí que escuchar la voz de alguien a quien apenas conocía fuera a causarme tal estado.

—Eres tú... —sollocé entrecortada. Me moría por darle un abrazo—. Cristianno...

—Si no me dice con quién hablo, colgaré.

—Soy Sarah... —clamé de súbito, aterrorizada con la idea de perder la conexión—. Nos... nos conocimos en... Nos vimos en...

—Hong Kong. —Le escuché exhalar con violencia y el murmullo de un movimiento—. ¿Por qué estás llamándome desde Tokio, eh? ¿Qué ha pasado? —Ahora su voz sonaba desquiciada.

—Me capturaron. Mesut... me encontró. Yo... no tengo mucho tiempo... No sé qué hacer...

Era toda ansiedad, miedo, descontrol. Incluso rememoré cada mota de dolor que había pasado desde que Mesut había dado conmigo en Atenas. Fue una emoción tan densa que no podía creer estar manteniendo la cordura. Siquiera la consciencia.

—Sarah, no llores, cariño. Pienso ir a por ti, ¿de acuerdo?

—No sé adónde iremos después... Tengo mucho miedo, Cristianno.

El objetivo no era responsabilizar al Gabbana de mi integridad. No podía hacerle cargar con ese peso. Pero no pude evitar tener esperanza.

—Escúchame bien, Sarah, nadie va a hacerte daño, ¿entendido? Iré a por ti —dijo con aquel autoritarismo que le caracterizaba. Casi pude sentirle allí, conmigo, trasmitiéndome la fuerza de sus palabras.

—Cristianno... —Me llevé una mano a la boca.

—Viene alguien —exclamó el camarero, desencajado—. ¡Vamos, cuelga de una vez!

—¡Sarah, iré por ti! —Fue lo último que escuché antes de que el joven me arrebatara el teléfono y pusiera fin a la llamada.

Alguien entró en aquel almacén.

—No te muevas —me dijo el chico. Entonces salió y cruzó unas palabras con su compañero.

Yo me mantuve muy quieta, ahogándome en un llanto silencioso que contuve al enterrar mi rostro entre las manos. Pasó un rato hasta que reaccioné y eché mano de la polvera que tenía en el bolso para retocar mi maquillaje. Rashir no debía ver que había estado llorando.

El camarero regresó y me ayudó a ponerme en pie antes de salir de allí.

—Ve por aquellas escaleras —me señaló—. Llegarás directamente al reservado.

Comencé a caminar sin más, un poco taciturna y terriblemente desolada. No sabía si lograría disimular, pero tampoco lo conseguiría si no me esforzaba. Así que alcé el mentón, recompuse mi postura y entré en el reservado fingiendo una sonrisa dulce y tímida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Rashir en cuanto tomé asiento—. Has tardado demasiado y para colmo tienes mal aspecto.

«Mierda...», pensé adoptando una mueca tierna. Para tipos como el jordano, lo mejor era fingir ser una damisela frágil y desvalida.

—Creo que algo me ha sentado mal. No sabe cuánto lo lamento, señor Gadaf.

—En absoluto. Regresemos a la habitación, haré que te vea un médico.
—Se levantó abruptamente de la silla.

—¡Oh, no es necesario! Me basta con un té caliente y dormir un poco.

—No se hable más. —Desde luego, su amabilidad estaba siendo una gran aliada.

Cristianno

—

—¡Sarah, iré a por ti! —No estuve seguro de si me escuchó.

El pitido de la línea enseguida atravesó mis oídos y me dieron ganas de golpear el teléfono hasta hacerlo añicos, gesto que evitó el confundido escrutinio de Enrico.

Había fruncido el ceño y tenía la boca entreabierta en una mueca a medio camino entre la incredulidad y la preocupación.

Él sabía de la chica a la que ayudé en mi viaje a Hong Kong, pero le impresionó bastante que fuera ella quien estuviera al otro lado de la línea y hubiera provocado tal reacción en mí.

Maldita sea, ni siquiera yo mismo me creía haber estado hablando con Sarah. Cuando le di mi tarjeta, no esperé que algún día se pusiera en contacto conmigo y mucho menos que me llamara tan desolada. Confié en que estaría a salvo.

Pero por entonces no sabía que Mesut Gayir era su captor, y hombres como él no dejaban escapar tan fácilmente a sus presas.

No recuerdo el tiempo que pasé mirando el teléfono. Supongo que algo de mí esperaba que volviera a sonar. Me sentía furioso y también imposibilitado, porque Sarah me necesitaba cuando más lejos estaba de ella.

Tardaría horas en llegar a Tokio y para cuando llegara, nadie me aseguraba que ella siguiera en la ciudad o incluso que continuara respirando.

Cerré los ojos y me desplomé en el sillón.

—¿Vas a contarme qué ocurre? —preguntó Enrico, siguiéndome para acomodarse a mi lado.

—¿Recuerdas la chica griega de Hong Kong?

—He deducido que sería ella. ¿Qué le ha pasado?

—Resulta que es propiedad de Mesut Gayir. Y la han capturado de nuevo. Se la han llevado a Japón.

Enrico se hundió en el sillón y se frotó la cara con las dos manos. Esa información le sorprendió bastante. Ambos conocíamos bien a ese puto bastardo.

—Lo que me sorprende es que siga viva. —Tenía mucha razón.

Gayir era un multimillonario turco, dueño de una de las mayores redes de prostitución de lujo del mundo. También hacía sus pinitos en el narcotráfico. Actualmente vivía en una isla de Chipre, donde blanqueaba dinero y ocultaba la droga. Tenía todo tipo de clientes: desde actores mundialmente conocidos hasta jugadores de los mejores equipos. Un increíble negocio tan asqueroso como él.

Mi familia y yo le conocíamos desde hacía algún tiempo ya que tenía negocios en Italia. Y como siempre decía mi abuelo, es bueno conocer a los enemigos. Así que sabíamos bien lo escurridizo y canalla que era.

—He prometido que iría a buscarla cuando no tengo el control de esa promesa.

—Joder... —resopló.

Ir a Japón me haría perder la posibilidad de hallar al topo. Me sentía atrapado, y Enrico lo sabía.

—Estaba destrozada, ni siquiera podía respirar. —Agaché la cabeza apoyando mi frente en las manos. El corazón me latía en la sien. Solo quería tumbarme en la cama junto a Kathia y olvidarme de aquella

pesadilla—. No quiero ni imaginar las barbaridades que han debido hacerle.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —murmuré.

¿Y si Sarah había colgado el teléfono porque la habían descubierto? ¿Y si no volvía a saber de ella? O peor aún, ¿y si la mataban? La culpa me perseguiría el resto de mi vida. Tenía que hacer algo.

«Menuda mierda de noche, joder».

De pronto, caí en la cuenta. Era cierto que Joshua esperaba verme a mí. Si aparecía otra persona, corríamos un riesgo que no conocíamos porque no sabríamos a quién enfrentarnos.

Sin embargo, Enrico estaba eximido de carga y no se me ocurría mejor persona para hacer frente a la situación.

—Podrías ir tú. —Fui rotundo. Siquiera había terminado de pensarlo que ya estaba diciéndolo en voz alta.

La única reacción que obtuve de Enrico fue una mirada muy suspicaz, como si de alguna manera hubiera estado esperando mi petición.

Quiso hablar, pero le interrumpí.

—Sabes que Joshua solo se reunirá conmigo. Debo ir y averiguar qué información tiene.

—¿Te haces idea de lo que me estás pidiendo? —protestó—. Es muy difícil disimular un viaje tan largo en la mansión Carusso. Si me descubren, estamos jodidos.

—Sí, pero también sé que podrás solucionarlo. —Me acerqué a él y apoyé una mano en su hombro—. Angelo sabe de tus escarceos, está acostumbrado a tu independencia y nunca se ha opuesto a ella. Además, conoces a Mesut Gayir mejor que yo y sabes que Sarah podría morir en cualquier momento.

—Por eso mismo. ¿Crees que merece la pena arriesgarse ir a Tokio para enfrentarnos a uno de los mayores proxenetas del mundo por una mujer que ni siquiera conozco? —No utilizó su habitual contundencia, lo que me indicó que estaba valorando con minucia todas las posibilidades que teníamos.

—La miré, Enrico. La vi llorar... —murmuré—. Y si no te importara lo más mínimo, te hubieras negado de inmediato.

Se perdió en sus pensamientos acomodándose en el sofá y escrutándome con la mirada. Después resopló, sacó su móvil del bolsillo del pantalón y comenzó a marcar.

—Eres muy persuasivo y no sabes cuánto me molesta. —Se llevó el teléfono a la oreja—. Thiago, soy yo. Lamento despertarte. Sí, de acuerdo, te lo compensaré. Pero antes necesito un favor. Despierta a Rainer y prepárame un vuelo con destino a Tokio.

Como era de esperar, a Thiago no se le podía pedir tal cosa sin explicar el porqué, así que Enrico le contó todos los detalles sin dejarse en el tintero lo peligroso que era crear una coartada que Mesut aceptara. Pues sabiendo que la joven había escapado una vez, ya no se fiaría de nadie, y mucho menos de un cliente nuevo.

—Sarah se pondrá nerviosa al verte —comenté con los ojos fijos en los suyos.

Los párpados me pesaban, caería rendido en cualquier momento, y esa idea le hizo gracia a Enrico.

—¿Por qué? —quiso saber, curioso y bastante interesado.

—Porque no espera a un desconocido. Puede ser muy inaccesible.

—Como si eso fuera un problema.

Le hablé de ella sin restricciones, del rato que compartimos juntos y su fortaleza, que, aunque maltratada, insistía en salir. Enrico escuchaba atento, creaba su propio perfil y supe que, al mismo tiempo, estaba valorando cómo enfrentarse a ella sin procurarle un miedo innecesario. Mi hermano postizo sabía que su presencia podía llegar a intimidar bastante.

Un rato más tarde, recibimos una alerta de mensaje. El Materazzi leyó interesado y enseguida me mostró la pantalla con una mueca de fingido enfado.

—¿Contento? —Asentí con la cabeza y me despatarré en el sofá—. Capullo obstinado.

—Te quiero muchísimo, aunque a veces no lo parezca.

—Nunca lo parece.

Capítulo · 8

Cristianno

La reunión tuvo lugar a eso de las nueve de la mañana. Había logrado dormir un poco, pero hacerlo en un sillón tenía sus consecuencias. Así que presté tanta atención a lo que se estaba diciendo como a mi maldito dolor de cuello.

Enrico nos informó de los antecedentes de Joshua Chiellini. Como habíamos supuesto, el tipo había estado en la cárcel tres veces por tráfico de drogas y vehículos de lujo. Era uno de los cabecillas de una banda dedicada al robo de joyerías y para limpiar su historial había falseado hasta en seis ocasiones su identidad. Fue una suerte que me diera su auténtico nombre.

No parecía tener relación alguna con altos cargos, ni Carusso ni Bianchi ni cualquiera que se le pareciera. Lo que reducía el cerco considerablemente. Pero su conocimiento sobre la situación de Kathia insistía en mantener la hipótesis de la existencia de un topo y por ese indicio bien valía arriesgarse.

Mi padre asumió las sospechas y dio luz verde al dispositivo tratando de buscar alternativas a mí. Quería sustituirme alegando que no confiaba en mi imprevisibilidad. Pero no había opciones, Joshua solo aceptaría reunirse conmigo.

—De ti depende. Si no mantienes el control, perderemos esta oportunidad —me advirtió. Al gran Silvano le importaba un carajo quién fuera el topo si la vida de uno de sus hijos corría peligro.

Ya por la tarde, a eso de las siete y tras insistir demasiado, me reuní con los chicos en la terraza de la habitación de Mauro.

Me hubiera gustado dejarlos al margen. La situación era arriesgada y no quería involucrarles en un posible resultado fatal.

Pero habíamos nacido juntos. No había modo de evitarnos u ocultarnos algo. Si uno caía, todos le seguían, esa era nuestra consigna desde que empezamos a tener uso de razón, y así había sido siempre.

Allá donde fuera uno de nosotros, tenía que ir el grupo completo. Así que descarté mentirles y les expuse el problema dándoles la opción de irse en cualquier momento.

—¿Quién creéis que es? —barruntó Eric.

—Puede ser cualquiera —respondió Mauro.

—No, cualquiera no —sentencié—. Debe tener contacto con la cúpula, sino no se explica por qué conoce detalles tan concretos. Siquiera los esbirros de la mansión saben dónde está Kathia. No tiene sentido que lo sepa un delincuente de tres al cuarto.

—Eso es cierto. —Mi primo asintió con la cabeza.

Mirándonos desde una perspectiva neutral y aséptica, casi parecía una reunión como las que normalmente teníamos hacia unas semanas. Allí sentados, con unos refrescos en las mesas, intercambiando sonrisas, conversaciones banales, haciendo competiciones estúpidas, como quién aguantaba más una vertical o encestaba más aceitunas en la boca.

Ni lo suficientemente adultos como para tomarnos la vida en serio, ni lo bastante niños como para saber qué era ser adulto. Estábamos justo en ese lugar, en ese momento en que todo se decide, y no parecía tener buena pinta.

—Entonces, ¿sugerís que el traidor es alguien conocido y poderoso? —aventuró Eric, de nuevo.

—Conocido, puede. Poderoso, ya no tanto —añadió Mauro—. De serlo, hubiera empleado otras artimañas.

Y no utilizar a un tercero sin valor ni recursos como lo era Joshua. Fuera quien fuera, le había escogido por algún motivo y descubrirlo era vital.

—O quizá quiere despistarnos. —Fue lo primero que dijo Alex, que había estado en silencio desde que nos habíamos acomodado en la terraza—. Tal vez está intentando jugar con nosotros. Al centrar nuestra atención en Joshua, consigue vía libre para su objetivo.

Fruncí el ceño y no me hizo falta mirar a los demás para saber que el comentario les había desconcertado tanto como a mí.

—¿Qué objetivo podría tener? —pregunté bajito.

—Si provoca una guerra abierta, nos tendría muy entretenidos.

Lo que sugería era muy significativo. Planteaba la posibilidad de enfrentarnos a un peligro invisible, que no solo nos acechaba a nosotros, sino también a los Carusso y a los Bianchi. Tres familias enfrentadas, mientras un rival desconocido campaba a sus anchas.

Era una buena estrategia. Sobre todo porque contaba con el anonimato y eso era una herramienta fundamental para lograr el monopolio de la ciudad.

—Un tercer enemigo... —murmuré más para mí mismo—. Es una hipótesis arriesgada, pero tiene sentido.

—A veces le doy al coco.

—¡Coño, qué sorpresa! —bromeó Mauro para destensar el ambiente. Y pronto Alex entró al trapo dándole un pescozón que mi primo apenas pudo esquivar.

—¡Capullo de mierda! —exclamó y ambos se enzarzaron en una peleílla muy amanerada.

Resoplé al tiempo que esquivaba algún que otro manotazo que se escapaba.

—Bueno, ¿y cuál es el plan, jefe? —intervino Eric ignorando a sus amigos.

—Muy fácil. Llegamos, trincamos a ese tal Joshua y lo linchamos hasta que suelte prenda —explicó Alex, estrujándose los nudillos.

No nos sorprendió, sabíamos que eso era exactamente lo que el de Rossi deseaba hacer.

—¡Genial, Alex! Decisivo y nada comprometedor.

—Ironías las justas, ¿eh, Eric?

La zona muerta de Laurentina, un intento de centro comercial que ambicionó ser el más grande de Italia y tan solo logró convertirse en un monstruoso esqueleto de hierro y hormigón del tamaño de dos campos de fútbol completamente abandonado. Lo que estaba destinado a ser un sector emergente de la ciudad, terminó convirtiéndose en un mercado de droga y punto de encuentro para prácticas ilegales.

Pero no todos los que iban allí se les podía considerar delincuentes, prostitutas o politoxicómanos. Las carreras ilegales hacían las delicias de cientos de jóvenes que buscaban simplemente disfrutar del garrafón, algún

que otro alucinógeno, sexo improvisado y una buena carrera. La llamada adrenalina que un adolescente ambiciona cuando se cree guay.

Incluso nosotros habíamos ido alguna que otra vez a experimentar qué era aquello de lo que tanto hablaban nuestros compañeros de clase. Como cabía esperar, la *Zona Morta* no pasó a formar parte de nuestros lugares favoritos.

No dejaba de ser un tipo de diversión retorcida y perversa, pero a esa gente debíamos considerarlos civiles. Y precisamente ese dato hacía que la estrategia fuera bastante compleja.

—Escuchadme, nada de enfrentamientos abiertos ni de idas de olla —advertí con seriedad—. Según los datos de los hombres de Enrico, Joshua Chiellini y su banda se sitúan en el sector cuatro, junto al búnker de las apuestas. Presuponemos que ellos manejan el dinero.

—Lo que significa que si los humos se caldean el número de contrarios será superior al nuestro —intervino Mauro, ya que había estado conmigo durante la reunión con mi padre.

—De acuerdo —dijeron los chicos atentos a cada dato.

—Pero si la cosa se complica, no tardarán en intervenir. —Les mostré el auricular que nos mantendría en contacto con el equipo.

Llegado el momento, la intervención de nuestros hombres sometería cualquier intento de agresión.

—Solo tendremos que aguantar el chaparrón —sonrió Alex.

—Algo así, sí.

Parecieron bastante entusiasmados con la inclinación que estaba tomando la situación. No éramos unos yonquis de la acción, pero tampoco unos santurrones. Si estaba justificado, pelear era una práctica que se nos daba muy, pero que muy bien.

—Vale, entonces, llegamos, dejamos que el tal Joshua se nos acerque y vamos siguiendo el ritmo que él imponga —dijo Eric frotándose las manos.

—Tiene que vernos interesados en sonsacarle la información sobre Kathia. Él no sabe lo que nosotros sabemos —añadió Mauro y Alex le siguió a continuación.

—Hacerle creer que tiene el control.

—Exacto —corroboró mi primo—. A más dure, más averiguaremos. Y si se pasa de listo... —Todos me observaron a la espera de una respuesta.

—Ya puede rezar todo lo que sepa, porque no pasará de esta noche.

Kathia

Estuve más tiempo del que recuerdo sentada en aquella terraza, observando como una marea de nubes grisáceas engordaba conforme se acercaba a la playa. Sobre mí, continuaba brillando un sol tímido de invierno. Esa tarde no llovería, aunque lo pareciera. Por tanto, podía quedarme allí encogida hasta que cayera la noche.

Habían pasado cuatro días. El primero estuve inconsciente, el segundo apenas salí de mi habitación, aquejada por un fuerte dolor de cabeza. Pero los siguientes tuve que soportarlos perfectamente lúcida. Fue una suerte que Valentino no hubiera aparecido en todo el día. Tan solo le vi por la mañana, ataviado con un traje negro.

La voz de Erika me perseguía allá donde fuera. De nada servía instarme a pensar en otra cosa, ella siempre sobresalía. La culpabilidad me carcomía. Había apretado el gatillo y liberado la bala que le arrebató la vida a la que había creído mi gran amiga. Que mereciera o no aquel final no servía en absoluto. Siempre sería el verdugo de su existencia.

Una maldita asesina.

«No tuviste elección», me decía a mí misma. Pero de nuevo caía en lo mismo. En su última mirada antes de desplomarse en el suelo.

Me llegó el rumor de la televisión. Al echar un vistazo, vi que en el comedor había dos hombres observando las últimas noticias. Una periodista miraba a cámara y exponía la última hora de aquel día antes de dar paso a un reportaje que comenzó con el retrato de Jago Bianchi y su ataúd rodeado de flores.

Me puse en pie y caminé lento hacia el interior de aquella sala, muy atenta a lo que se estaba diciendo.

—El informe pericial ha resuelto que la explosión del barco fue provocada por una accidental fuga de combustible que pasó completamente desapercibida durante la revisión de los operarios horas antes del evento. Aunque no hubo daños extremos, el incidente se cobró la vida del hijo mayor del recién proclamado alcalde de la ciudad, Jago Bianchi, de veintiséis años.

Fruncí el ceño. No me podía creer que una cadena de televisión nacional, la cual emitía para millones de espectadores en todo el país, estuviera contando tal cantidad de mentiras sobre aquella maldita noche y ensalzando la figura de un hombre que apoyó el cañón de un revólver sobre mi cabeza.

No comentaron nada sobre la muerte de Virginia Liotti. Sin embargo, sí hablaron de mi enlace con Valentino y también hicieron referencias al reciente fallecimiento de Fabio Gabbana, alegando que la ciudad apenas salía de un luto para meterse en otro.

«Grandes pérdidas para Roma», dijo una de las civiles a las que el reportero entrevistó por la calle.

—La capilla ardiente, instalada en el ayuntamiento, ha recibido a miles de interesados en darle el último adiós a Jago Bianchi antes de su funeral, que ha tenido lugar hoy en la más estricta intimidad. Desde la sede Bianchi han querido agradecer el enorme apoyo emocional que el pueblo...

Apagué la televisión.

El silencio reinó en el lugar. Tan solo interrumpido por el lejano rumor de las olas. Ambos esbirros me observaron un tanto solemnes. Sentí una fuerte rabia subiendo por mis piernas y me llevó a convertir mis manos en puños.

—¿También manejaís la prensa? —mascullé.

Pero no obtuve respuesta alguna.

Y entonces apareció Sibila.

Apenas había cruzado palabra con ella, ni siquiera para indagar en el porqué de su presencia allí. Aunque, bien mirado, era bueno tenerla conmigo. Se había convertido en lo único que me confortaba de aquella casa.

—Kathia... —murmuró queriendo controlar mis arrebatos.

—No han contado nada de lo que pasó en realidad. ¡Nada, Sibila! Yo salté de ese barco justo cuando explotaba. —Alcé un poco la voz, frustrada y un tanto aterrorizada con la influencia que manejaba mi familia.

Si eran capaces de dominar aquello, no podía descartar que terminaran con los Gabbana y que, para colmo, destruyeran su reputación.

—¿En qué cambiaría la situación?

Aquella voz...

Me di la vuelta y tragué saliva a tiempo de ver a Valentino quitarse la chaqueta de su traje. La lanzó al sofá y me echó un vistazo ajustándose los botones de sus mangas.

—Reinaría la anarquía y, créeme, no es interesante —añadió.

Indagué en su rostro, en su mirada, ansiosa por dar con algún rastro de tristeza o melancolía por la pérdida. Pero tan solo hallé arrogancia y una soberanía terriblemente insolente. Resultó que a Valentino no le importaba ver morir a uno de los suyos si ello le mantenía en la carrera por el poder.

Mi propia rabia se encrudeció y decidí darle el placer de tomar partido.

—¿Qué tal te sientes? —ironicé adoptando una mueca frívola—. Me refiero a lo de tu hermano, ya que vienes de enterrarle y pareces más pendiente de fastidiarme. —Levanté las manos—. ¡Oh, perdona, se me olvidaba que los canallas no tienen alma!

Súbitamente se lanzó a mí más que dispuesto a abofetearme. Me preparé para recibir el contacto, pero nunca llegó. Porque uno de los esbirros detuvo la maniobra a tiempo de impactar contra mi mejilla.

Le miré extrañada, aturdida con el hecho de ver que uno de sus hombres me estuviera defendiendo. Sin embargo, no fue lo más chocante. Valentino le entregó una mirada furiosa que el guardia aceptó desafiante. No le tenía miedo, no parecía responder ante él.

Finalmente, cedió y bajó el brazo, sonriente.

—Debo agradecer a los Gabbana su magnífica estrategia —dijo optando por atacarme de otro modo. Él sabía que las palabras herían en exceso—. La muerte de mi hermano ha supuesto un gran crecimiento en las encuestas de popularidad. Eso, mi pequeña víbora, se traduce en apoyo. Lo que significa que, en el caso hipotético de que tu amado Cristianno se le ocurra hacer algo ilógico, todo el pueblo, absolutamente todos, se les echarán encima. —Se acercó un poco más a mí, consciente de la sombra de su esbirro—. Roma no perdona, Kathia. Así que te invito a que midas muy bien lo que dices, porque si me cabreas, puedo dejar salir a los lobos, y están hambrientos. Eso te lo aseguro.

Me había acostumbrado a las metáforas. Si se les daba la atención pertinente, se lograba una información completa de la situación. Aquello era una amenaza. Algo así como «pórtate bien y no hundiré a los Gabbana».

—Tú... —gruñí, pero Sibila interrumpió.

—Prepararé la cena. Kathia, ¿me ayudas? —No aparté la vista de Valentino. Me dieron igual las protectoras intenciones de la mujer.

—Oh, sí, échale una mano. Tienes mucho que aprender para ser una buena esposa. —Fue lo último que dijo el Bianchi antes de largarse de allí en dirección al pasillo que llevaba a su habitación.

Yo hice lo mismo en dirección contraria y cerré de un portazo antes de tirar todos los objetos que había en la cómoda. Se hicieron añicos al impactar en el suelo.

Entonces la puerta se abrió y entró Sibila. Le entregué un vistazo muy desagradable, algo que no merecía, de eso estaba segura. Pero no podía controlarme en ese momento. Estaba muy furiosa.

—¿Por qué estás aquí, ah? —ataqué observándola como si fuera mi presa—. Una vez me dijiste que tu lealtad era para Enrico. ¡¿Qué demonios haces aquí?!

A ella le dio igual mi carácter. Se acercó a mí y me cogió de los brazos.

—¡Baja la voz o nos meterás en un lío!

Me alejé de su contacto.

—¿Te ha enviado él? —De lo contrario no tenía sentido su presencia.

—Es evidente, ¿no?

La confirmación hizo que, de algún modo, todo mi resentimiento se pausara. Enrico no podía estar allí para protegerme, pero había enviado a personas de confianza para hacerlo por él. Y hablaba en plural porque no descartaba la posibilidad de que algún esbirro fuera aliado de mi cuñado.

—Kathia, escúchame —dijo bajito Sibila—. Ya ves cómo está la situación, no hay modo de contenerla. Ambos bandos permanecen a la espera. En cualquier momento todo puede estallar. No nos conviene ser el detonante, ¿lo entiendes?

—Yo acepté venir aquí para salvar a Cristianno. Pero eso no significa que lo soporte.

Me llevé las manos a la cabeza, sintiendo la tentativa de unas lágrimas. Al darse cuenta, Sibila me acarició la espalda y me invitó a refugiarme entre sus brazos. Acepté el gesto casi con desesperación.

—No durará eternamente —susurró deslizando sus dedos por mi cabello—. Nada lo hace, cariño.

Capítulo · 9

Cristianno

Desde aquella colina, *Zona Morta* tan solo parecía un recinto abandonado. La basura se encontraba dentro, con la música tan alta que incluso podía escucharse a un par de kilómetros.

Había caído la noche, el horizonte ahora era una línea oscura salpicada por las luces de los barrios y pueblos de alrededor. Se respiraba un ligero aroma a escombros y maleza seca y también a humedad debido a la lluvia de los últimos días.

Calculamos los puestos de vigilancia. Pequeños grupos de hombres jóvenes distribuidos por todo el lugar dispuestos a alertar de la llegada de policías.

Mi padre también estaba allí. Dio las últimas órdenes a Thiago y a sus hombres y se acercó a mí.

—Enrico acaba de llegar a Tokio —dijo con la vista al frente, sabedor del escalofrío que me atravesó.

Al parecer, mi hermano postizo no había querido abandonar Roma sin poner al tanto a mi padre y ello significaba informarle de un viaje del que no tenía conocimiento. Para Silvano, Fabio y yo viajamos a Londres y no a Hong Kong a hacer tratos con Wang Xiang a espaldas de todo el mundo. Aunque desconocía si Enrico también le había contado esa parte.

—Esperaba explicarte la situación yo mismo —admití nervioso.

—Parece que no, porque no has dicho nada en todo el día.

—Supongo que es un poco difícil admitir que te he mentado.

—También lo hizo tu tío.

En efecto, Silvano Gabbana ya sabía toda la verdad y me sentí terriblemente deshonesto. Mi actitud no solo había desmerecido el valor de un hombre capaz de dominar un imperio con maestría y habilidades que yo desconocía, sino que además ese hombre era mi propio padre. Actuar

como si yo tuviera mejor y mayor experiencia que él no era otra cosa que un insulto. Pero el instinto de protección era algo que había heredado y no podía controlarlo.

—Papá...

—Proteger. Ya lo sé. —Al fin me miró, pausado, indulgente—. Pero eres un crío. Y te expones demasiado.

Fue su forma de reprenderme por los últimos días, de pedirme que parara. Aquel camino solo me haría acumular errores que pronto dejarían de tener solución.

Había sido estúpido olvidar que el sentimiento de protección iba en dos direcciones. Él odiaba que su hijo se pusiera en peligro y yo no se lo estaba poniendo fácil.

Así que agaché la cabeza y cerré los ojos, porque pedir perdón no resolvía nada. Uno debe arrepentirse de corazón, y eso hice.

—No haré más preguntas por el momento. —Me obligó a mirarle—. Pero te recomiendo ir pensando qué vas a decirle al jefe de la cúpula Gabbana. Ya sabes que tiene un carácter de perros cuando se enfada.

—No es para tanto. Cuatro carantoñas bastan —sonreí.

—Maldito crío —bromeó acariciándome la cabeza—. Ten cuidado cuando entres ahí. Tu apellido no es ningún chaleco antibalas. Cualquiera puede meterte un tiro en la nuca.

Eso ya lo sabía. Aquel lugar estaba lleno de recovecos y nunca se terminaba de saber qué podíamos encontrarnos. El hecho de ser componentes de una familia tan poderosa, suscitaba odio por simple envidia. Razón de más para ser precavido.

—Pero no pasará porque tú serás mis ojos fuera del frente —comenté para tranquilizarle—. Y ahora deja de hablarme como si de verdad fuera un bebé. No me voy a la guerra.

Comencé a caminar en dirección al coche.

—Eres un bebé, solo que tienes unos huevos muy gordos —parloteó tras de mí.

—¿A quién habré salido?

—¡Respetar a tu padre!

Me subí al coche con una sonrisa en la boca. Bromear con Silvano Gabbana en una situación como aquella era lo último que podía esperar, mucho menos después de los eventos de las últimas semanas. Pero logró

apaciguarme y me hizo sentir bien. Por el retrovisor, vi a Mauro subirse a su R8 acompañado de Eric.

—¿Capo Plaza? —Encendí el reproductor. Un poco de música nos vendría bien.

—Capo Plaza, bebé —bromeó Alex.

Le miré frustrado.

—No me importaría llamar a tu novia y decirle dónde estás en este preciso instante.

—Nada de bebés —sonrió alzando las manos.

—Así me gusta.

—¡Maruchi! —gritó refiriéndose a mi primo.

Nos habíamos puesto un sistema de comunicación inalámbrico para estar en comunicación permanente.

—No me llames así, capullo —dijo Mauro arrancándole una carcajada a Alex.

Desde luego estábamos como putas cabras, pero me encantó que el interior de mi coche se llenara de energía.

—¡En marcha! —Puse rumbo al objetivo.

Un rato más tarde, la gente de la zona se sobresaltó con la frenada. Detuve bruscamente el Bugatti bajo un túnel de metal oxidado. Algunos enseguida se acercaron a echar un vistazo al vehículo como si fueran un grupo de cavernícolas ante una fogata, algo que no me hizo ni puta gracia.

Abrí la puerta, salí lentamente y por suerte bastó para que se alejaran intimidados y dejaran una distancia prudencial entre ellos y mi coche. Incluso se escucharon exhalaciones y sonrisas nerviosas.

Comenzamos a caminar en cuanto Mauro y Eric se nos incorporaron sonrientes.

Toda aquella zona era un laberinto de callejones y parcelas en estado de descomposición que apestaban a cloaca. Avanzábamos por un suelo de cemento lleno de surcos de agua podrida. En cada esquina aparecían tuberías roídas por las ratas y algún que otro vagabundo intentando dormir escondido tras un cartón. A su alrededor, todo estaba lleno de cristales y jeringas.

En otro momento no me hubiera importado estar allí. Normalmente tenía un carácter camaleónico, tanto me daba estar en una mansión de lujo que en un hostel de mala muerte. Pero por entonces no era un hombre

enamorado de Kathia y preocupado solamente por la seguridad de los míos.

Tan solo quería salir de allí cuanto antes y volver a casa.

—Bien, nos estamos acercando —dijo Mauro, encendiéndose un cigarrillo.

Me lanzó el paquete de tabaco cuando giramos al final de la calle y descubrimos el tinglado.

Cientos de vehículos gastando rueda. Sus dueños vacilaban apostando sobre el capó, defendiendo la velocidad de sus carros. En un lado, varios tíos se estaban dando una paliza mientras sus amigos animaban; al otro, algunas parejas follando sin escrúpulos ante decenas de espectadores. Pero, sobre todo, había droga y mucho alcohol.

Mujeres medio desnudas bailando frenéticas sobre los grandes altavoces, dejándose manosear. La música las enloquecía hasta el punto de besarse y tocarse entre ellas.

Podía ser considerado cientos de cosas, pero jamás amante de ese tipo de depravación. No lo soportaba. Y los chicos tampoco parecían por la labor, se sentían incómodos.

De pronto, una de las chicas me avistó, se bajó del capó del coche donde estaba bailando y se acercó a mí como si se hubiera escapado de un videoclip. Pegó sus caderas a las mías y me acarició el cuello con sus labios cubiertos de carmín barato. La esquivé a tiempo de ser besado. Pero cuando me dispuse a mandarla a la mierda, descubrí que Mauro había caído en la tentación.

Coqueteaba con una conocida de Eternia, una joven que iba a la universidad católica y vivía la mar de bien en su adosado en Trieste. Si su padre, abogado de uno de los bufetes más reputados de Roma, la hubiera visto en ese momento, no habría dado crédito.

La chica apenas vestía una falda que no dejaba mucho a la imaginación, y supe que era necesario intervenir cuando vi como las manos de mi primo desaparecían bajo la prenda.

—Me estás tentando —cantó ella, coincidiendo con la canción que sonaba.

—Humm... tú a mí también, nena —resopló Mauro y se comieron la boca como si no hubiera un mañana.

—¡Oh, joder! —mascullé acercándome a ellos.

Cogí a Mauro del cuello de la chaqueta y tiré de él mientras los chicos se descojonaban de la risa. No negaría que el inciso fue muy gracioso, pero también me tocó las pelotas.

—¡Mierda! —exclamó Mauro sonriente—. Que conste que ella me lo ha pedido.

—¿Pensabas tirártela ahí mismo?

—¿Qué dices? La hubiera llevado a un hotel. Ya sabes que no me gusta el exhibicionismo.

—Serás gilipollas —sonreí.

De pronto, una voz interrumpió la música anunciando el comienzo de la carrera. El rugido de los motores inundó el lugar al tiempo que un hombre corpulento se acercaba a nosotros acompañado de un séquito de siete tíos.

—¡Cristianno Gabbana! Bienvenido a mi templo. —Joshua Chiellini debería haber sabido que tenía una voz de mierda en persona.

Se lanzó a mí para darme un abrazo. Pero, aunque le permití tocarme, no respondí al contacto como se esperaba.

Le observé con severidad, intimidándole un poco, demostrándole que, por mucho que hubiera logrado llevarme hasta allí, no lograría que aceptara sus reglas, así como así.

La carrera comenzó. El ruido ensordecedor que se alejaba. La música que se reanudó. Y Joshua y yo continuábamos observándonos como si no hubiera nadie más. Él creyó que podría doblegarme, hasta que finalmente agachó la cabeza con la excusa de suspirar.

Estaba claro que el historial de aquel tipo no era para reírse, pero yo no era de los que se acobardaban.

—¿Cómo es posible que mis invitados no tengan nada de beber? —dijo fingiendo asombro. Entonces chasqueó los dedos en dirección a una chica que, como casi todas las demás, iba muy poco vestida. Al parecer era una epidemia—. ¡Sofía, tráeles algo, joder! Mueve ese trasero que tienes. —Le golpeó una nalga que ella aceptó con una sonrisa—. Madre mía, está muy buena, ¿eh? Si quieres puedo presentártela, parece un poco tenso —me dijo por lo bajo.

Apreté los dientes y eché un vistazo a los chicos. Cualquiera hubiera creído que se trataban de esculturas de piedra, que aquellas expresiones serias no daban ni una pizca de información. Pero les conocía muy bien y

sabía que estaban muy asqueados. En el caso de Alex, debía añadirse que estaba empezando a mosquearse.

—Joshua... —Pero no pude terminar.

Un hombrecito saltó a su lado y le miró de forma acusadora. Medía metro sesenta, vestía un chándal, llevaba un pañuelo en la cabeza y lucía varios piercings. Un puertorriqueño vestido de neoyorquino hablando italiano.

—¿Por qué coño siempre ponemos reguetón, Chiellini? —preguntó el tipejo, y Joshua lo fulminó con la mirada.

—Porque me sale de las pelotas, Gómez. Y como no cierres ese puto agujero que tienes en la cara, te coseré a balazos, ¿entendido, pedazo de gilipollas? —Le mostró la pistola que llevaba colgada del pecho.

—Tranquilo, jefe. —Alzó las manos en señal de rendición—. Ya sabes que a mí me encanta esta música.

Joshua suspiró y me miró de nuevo.

—Bien, vayamos a un lugar más tranquilo —añadió.

—¿Adónde? —mascullé entrecerrando los ojos.

—Relájate, hombre. —Puso el brazo alrededor de mis hombros y me instó a caminar—. Tengo un material excelente que te ayudará a relajarte. Y Sofía no es la única. Mirela hace unas mamadas de infarto...

Me alejé un poco y enseguida atrapé su brazo y capturé su cuello para empujarlo contra la pared. Sus hombres enseguida sacaron las armas, sin esperar que mis compañeros hicieran lo mismo.

Clavé mi frente en la suya y apreté aún más su pescuezo.

—Escúchame bien. Me paso por el forro de los cojones quién seas, las veces que hayas estado en la cárcel o cuánto te gusta que te la chupen —gruñí ante el enrojecimiento de sus mejillas—. He venido por la supuesta información que tienes. Así que no busques calentarme y di lo que tengas que decir para que pueda irme de una puta vez, ¿me has entendido?

Al liberarlo, Joshua tropezó, se apoyó en sus propias rodillas y se puso a toser para recuperar el aliento.

—Está bien, sígueme —resolló señalándome la dirección a tomar.

Entramos en un almacén gigantesco, apenas iluminado por unas lamparillas que había sobre un grupo de mesas metálicas. En estas, había restos de narcóticos y jeringas, además de un cenicero con un canuto medio encendido que desperdigaba su aroma por todo el puto lugar.

Joshua, todavía aquejado, señaló un par de butacas, invitándome a tomar asiento.

Miré a Mauro, le tenía a tan solo a unos pasos de mí, y Alex y Eric vigilaban atentos la retaguardia. En aquel momento, nadie podía decir que éramos adolescentes.

—Bien, iremos al grano —comentó Joshua sentándose en la butaca que había al otro lado de la mesa. Sus hombres le rodearon—. Tengo información sobre Kathia.

—No te creo. —Una respuesta que no esperó.

Al principio le desconcertó bastante, pero poco a poco su rostro adoptó una expresión de curiosidad.

—Ah, ¿no?

—Es lo que he dicho.

—¿Y por qué estás aquí? —sonrió echando mano a la bandeja en la que había dispuesto un pequeño montoncito de cocaína. Se puso a crear pequeños hilos con una tarjeta blanca.

—Me considero bastante indulgente, aunque ahora mismo te cueste creerlo, así que he venido a darte la oportunidad de explicarme de dónde cojones has sacado dicha información.

Se tomó su tiempo en esnifar la coca y después me miró.

—Me han dicho que estás loco por ella. Debe de ser increíble si ha logrado cazar al mismísimo Cristianno Gabbana. Con la cantidad de coños que hay esperando por ti ahí fuera.

Cogí mi revólver y lo estrellé contra la mesa. Joshua siquiera se atrevió a mirarme. Solo tenía ojos para el cañón del arma.

—Dime, Mauro, ¿qué sucedería si disparo a esta distancia?

—Que le reventarás la cabeza —sonrió atraído con la idea.

—¿Crees que me salpicará?

—Joder, vas a tener que ducharte durante horas.

—Suenas un poco asqueroso, pero me parece bastante interesante. ¿A ti no, Chiellini?

El tipo tragó saliva y se obligó a mirarme directamente a los ojos. No hallé un miedo literal en él, sino una sensación de opresión muy intensa. Joshua no tenía problema en iniciar una reyerta a tiros, había sido creado para la sangre y la mala práctica. Pero matar o herir al hijo del hombre más poderoso de Italia era otro cantar, y eso sí le asustaba.

—Lo he dejado pasar antes, por respeto a ti y a tus compañeros, pero acordamos que no vinieras armado —expuso un tanto agobiado.

—¿Realmente esperabas que te obedeciera? —Torció el gesto.

—Teníamos un trato, Gabbana.

—No. —Me incliné hacia delante—. Un trato existe cuando la información es veraz. Pero resulta que la tuya no lo es.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó.

—Solo once personas conocen el paradero de Kathia y tú no estás en esa lista. ¿Quién te envía? ¿Para quién trabajas?

Joshua empezó a ponerse nervioso. Ni siquiera la droga que había ingerido unos minutos antes le ayudó a controlar los temblores que empezaban a asomar en sus manos o la sutil capa de sudor que adornaba su frente.

No había contado con que la noche fuera a tomar tal inclinación, él creía tener la situación completamente controlada.

Tras unos segundos perdido en mi mirada, dejándome entrever lo poco que se fiaba de mis arrebatos, tiró de ironía y se echó a reír. Al principio, sus hombres le miraron extrañados, detalle que me dio mucha información. Y es que al parecer Joshua no era de los que reaccionaban de esa manera. Él siempre jugaba a acorralar a su presa y no a ser el acorralado.

—Eres muy divertido, Gabbana. —Eché mano a su bolsillo y sacó un pañuelo para secarse el sudor—. Todos lo sois, de verdad. Tienes los cojones de venir hasta aquí a interrogarme.

—Dame un nombre y llegaremos a un acuerdo —mascullé.

—¿Cuánto estarías dispuesto a pagar? —Los ojos se le iluminaron ante la emoción.

Fruncí los labios y cogí aire.

—No sé hasta dónde alcanzan tus ambiciones, Chiellini.

—Vaya, ¿lo dejas a mi elección?

—¿Qué quieres? —repetí.

De pronto, el hombrecito puertorriqueño saltó junto a Joshua y comenzó a convulsionar.

—¡Cien mil! ¡No, doscientos mil! —exclamó.

—¡Cállate! —gritó su jefe—. Un millón y el historial de antecedentes de todos los que están aquí, limpio como una patena. Sé que tu padre es el

dueño de la policía romana. —Terminó alzando el mentón.

Lo analicé durante unos segundos antes de echarme a reír. A diferencia de la sonrisa de Joshua, la mía fue de lo más sincera. No podía creer que estuviera pidiéndome semejante retribución a cambio de información sin cotejar.

—Desde luego que eres muy gracioso, Chiellini.

—Podrías hundir Roma con tu fortuna. Un millón no es nada para ti, condenado Gabbana. ¿Quieres la información o no?

Súbitamente, lo sentí. Un cosquilleo en el cogote que me advertía de un peligro inminente. Entregar el dinero, borrar el historial. Hacerlo era tan posible como respirar. Pero, ¿nos aportaría algo? ¿Nos guiaría en la dirección correcta?

—Cuidado, Cristianno —me advirtió Thiago por el auricular—. No me huele bien.

—Lo sé —murmuré extrañando a Joshua.

—¿Cómo dices?

—Supongamos que cumplo tus peticiones. —Le ignoré y fui al punto con la intención de averiguar cualquier cosa—. ¿Qué me asegura la veracidad de lo que dirás?

—Tendrás que arriesgarte.

En apenas segundos, Joshua pasó de tener una expresión de pura emoción a aterrorizarse hasta empalidecer. La mirada se le perdió en algún punto por encima de mi hombro. Me bastaron unos segundos para deducir que se nos había unido más compañía y que esta no estaba orgullosa de la inclinación que había tomado la reunión. Quizá porque no esperaban que Joshua negociara conmigo.

—Buenas noches, caballeros. —Me llegó la voz robusta de un hombre—. Es una lástima interrumpir una conversación tan elocuente...

Chiellini se puso en pie rápidamente más tieso que un bloque de hormigón.

—Jefe, yo...

—Calla, Joshua —le interrumpió—. Ya has hablado demasiado. No debimos fiarnos de alguien como tú. Pero resulta que, en cierto modo, nos lo esperábamos.

—Lo esperabais, ¿eh? —intervine dándome la vuelta hasta mirarle.

Fruncí el ceño. No me sorprendía la emboscada, me había preparado para ello e incluso me extrañaba que no se hubiera dado mucho antes. Lo verdaderamente chocante era estar ante uno de los representantes de una familia aliada como lo eran los Calvani.

Hombre de mediana edad, alto, bien ataviado y con un arma entre los dedos enguantados de su mano derecha. Le conocía bien, tan bien que incluso me costó reaccionar.

Eric había convertido sus manos en puños, los nudillos parecían a punto de resquebrajarle la piel. Su mirada clavada en el hombre que portaba un apellido que conocía muy bien. Estar ante un Calvani, ante el hermano de su suegro, rodeados de esbirros listos para matar, fue el modo en que descubrimos quiénes eran los traidores, y Luca estaba entre ellos.

Eché un vistazo rápido a Mauro. Se había centrado en las columnas que había a unos metros antes de comenzar a contar a nuestros adversarios. Siempre lo hacía cuando estábamos en una situación de minoría. Calculó unos cincuenta hombres en total, añadiendo al grupo de Joshua.

Y teniendo en cuenta el shock al que nos estábamos enfrentando, lo mejor era evitar una confrontación abierta.

Capítulo · 10

Sarah

El señor Gadaf estiró todo lo que pudo aquel momento, capturó mis manos con delicadeza y se las llevó a los labios. Eran nuestros últimos minutos juntos después de haber compartido un esplendoroso desayuno.

Mientras tanto, su mayordomo personal guardaba los presentes que me había regalado su jefe en el coche que Mesut había enviado para recogerme.

—Mi querida princesa. ¿Cuándo volveré a verte?

—El tiempo es algo relativo, señor Gadaf. Estoy segura de que a un hombre como usted no le faltarán las excusas.

Ser sumisa, amable, educada, elocuente, eran formas que había aprendido a base de palizas y días de ayuno. Algo que ahora me salía de un modo natural. Ya ni siquiera recordaba haber sido obstinada y valiente.

Rashir sonrió y enroscó un mechón de mi cabello tras la oreja.

—Eres adorable. En fin, contaré los minutos.

—Tenga un buen viaje, señor.

Nos dimos un pequeño abrazo. Por encima del hombro del jordano vi a Vladimir sentado frente al volante del coche. Un fuerte escalofrío me invadió. La simple idea de quedarme a solas con aquel monstruo me inquietaba en exceso.

Me enderecé y caminé hacia el vehículo para acomodarme tras el ruso y tragué saliva cuando aceleró.

Percibí la hostilidad de inmediato. Se palpaba en el ambiente de una forma ácida y muy densa. Los fríos ojos del hombre clavados en la carretera. Sus manos apretadas en torno al volante. Y el hotel a mis espaldas, gritándome que todavía estaba a tiempo de volver. Sabía que Rashir sería generoso.

Pero no me moví. Vladimir era un tipo enorme, con unos brazos muy grandes y una espalda tan ancha que sobresalía del respaldo. Hacía poco más de dos años que le habían expulsado del ejército ruso por tráfico de información y atentados contra los derechos humanos, entre otros desastres. Así que tenía experiencia de sobra en hacer mucho daño. Y transmitir miedo.

Básicamente era lo que siempre sentía cuando estaba cerca de él.

—Odio Japón —me dijo—. Y por tu maldita culpa voy a tener que quedarme un día más.

Al principio no supe a qué se refería, pero cuando llegamos a nuestro destino descubrí que algo no iba bien. Mesut había alquilado un apartamento en el barrio de Minato, curiosamente cerca de la embajada italiana. Se me hizo raro verle sentado en el salón tomando una taza de té. A esas horas, normalmente estaba ocupado con sus asuntos. No solía verlo hasta la noche e incluso había días en los que siquiera coincidía con él.

—No sé cómo lo has logrado, Grecia, pero desde luego tienes unos seguidores muy capaces —dijo Mesut mostrando aquella expresión de imprevisible amabilidad.

Tragué saliva. De pronto, el temor comenzó a enroscarse en mi vientre. Tuve que contraer los brazos para controlar los temblores.

—¿Qué quieres decir? —jadeé.

Cabía la posibilidad de que alguien me hubiera descubierto llamando a Italia. Quizá el propio camarero me había delatado, pero para llegar a una conclusión así, antes debían sospechar y a mí no se me ocurría en qué momento la había cagado.

Me preparé para lo peor.

Mesut se puso en pie de golpe, ajustó la chaqueta de su impecable traje de firma y se centró en los puños cuando comenzó a caminar a mi alrededor.

—Nos ha llegado un inesperado servicio de última hora. Un empresario suizo. Ha oído hablar mucho de ti, y teniendo en cuenta que solo aceptamos clientes de alto rango, debe de tener amigos muy influyentes. Ha pagado cien de los grandes por una noche contigo. ¿No te parece extraordinario? —Lo último me lo susurró al oído.

Volví a tragar saliva. Esta vez tan emocionada como confundida. Ni siquiera se me pasó por la cabeza hablar. Mi pensamiento se convirtió en

un caos.

La posibilidad de que fuera Cristianno quedaba lejos, pues el cliente era suizo. Pero, como fuera, aquel maldito cliente de última hora me daba la oportunidad de arañar una noche más en Tokio.

—Lo curioso es que sabía que estábamos aquí —prosiguió Mesut, volviendo a tensarme—. Y nosotros no vamos por ahí pregonando nuestras salidas, ¿no? —Se colocó frente a mí y me regaló una mirada de lo más aterradora—. En fin, retírate a descansar. Durante el almuerzo comentaremos las preferencias del cliente. Quiere que vayas de rojo.

Vladimir me capturó del brazo y tiró de mí hacia un pasillo. No entendí el porqué de tanta fuerza en la maniobra, no me estaba resistiendo. Pero supuse que al ruso le encantaba sentirse superior a los demás, y había dicho que odiaba Japón. Así que seguramente se estaba desquitando.

Abrió la puerta de un dormitorio y me lanzó a la cama. Creí que a continuación cerraría de un portazo y se largaría de allí. Sin embargo, se me quedó mirando desde el umbral como si en cualquier momento fuera a saltar sobre mí.

Ya le conocía en esa actitud, lo había experimentado anteriormente y sabía que podía dejarme en cama hecha un desastre un par de días. Así que me arriesgué a evitarlo lanzándome a la puerta para cerrársela en las narices.

Vladimir sonrió al otro lado de la madera mientras mis jadeos se descontrolaban.

—Sabes que no me costaría entrar. —Su voz sonó ahuecada.

—¿Le harás perder cien mil dólares a tu jefe solo por complacer tus deseos? —le desafié recibiendo por respuesta un golpetazo.

Deduje que se había ido tras unos minutos y me deslicé al suelo sin apenas fuerzas. Lo que sea que me deparara aquella noche, sería mi última oportunidad.

Fue ese pensamiento lo que me hizo sentir mal. Desear que Cristianno me salvara, responsabilizarle. Quizá era demasiado egoísta, pero necesité tanto que algo bueno ocurriera.

Cerré los ojos, unas tímidas lágrimas resbalaron por mis mejillas.

Cristianno

—¿Sorprendido? —dijo Enzo Calvani.

—Quizá. Pero, cuéntame, ¿a qué se debe vuestra visita? —Señalé a todo su séquito.

—Pasaba por aquí.

—No es el mejor lugar para pasear, señor Calvani.

Dije su nombre con la intención de que todos pudieran escucharlo y saber a qué atenerse antes de iniciar un altercado.

—¿Qué coño? ¿Los Calvani? —Escuché decir a uno de nuestros hombres.

—No juegues conmigo, Cristianno —masculló Enzo—. Tu maldita ironía no servirá de nada.

—Trata de ganar tiempo, hijo. Ya estamos rodeando el perímetro —dijo mi padre.

—Dame datos —pregunté para ambos.

—Me negué a hacerle un préstamo —me advirtió al tiempo que Enzo hablaba.

—Silvano adora a su familia. Siente una devoción por vosotros que a veces escapa a la razón. Le he visto negarse a un sinfín de proyectos con tal de no perder la honorabilidad y el respeto con el que le miráis. Pero siente una especial debilidad por su pequeño. Lo que significa que tú eres su punto débil.

Entonces, mi función en todo aquello no era más que una venganza personal contra mi padre. Habían utilizado de señuelo a Kathia a través de un Joshua que acababa de salir de la cárcel y haría cualquier cosa por algo de efectivo.

Sin embargo, habían descartado la posibilidad de que yo intuyera la mentira, alegando que me emocionaría mucho más reencontrarme con Kathia.

Desde luego había sido una buena estrategia, pero más orientada a personas que no estaban acostumbradas a sospechar hasta de su sombra.

Me guardé las manos en los bolsillos y obvié mirar de nuevo a un Eric que parecía a punto de desplomarse. Había fijado la vista en el suelo y ahora se mordía el labio como si con eso pudiera controlar las lágrimas.

Todavía nos quedaba una oportunidad. Lo que su tío y su padre hicieran, nada tenía que ver con Luca. Y de verdad que quise creerlo. Lo

quise con todas mis fuerzas, aun cuando ya sabía que no sería cierto.

—Oh, entiendo —me obligué a decir con total entereza—. Queréis resarciros utilizándome para someter al gran Silvano Gabbana.

—Lo comentas como si fuera algo banal.

—En cierto modo lo es.

—No le provoques —me advirtió mi padre.

—¡Se lo rogó! —gritó Enzo—. ¡Mi hermano le suplicó ayuda y él se negó a dársela! Merece un castigo.

Abrí los brazos fingiendo un asombro desmedido.

—Entonces, ¿por qué no es Tiziano quien está aquí? —Señalé el entorno—. ¿Te ha enviado a resolver sus problemas? —Me acerqué un poco a él—. En realidad, no me extraña, lo hace a menudo. Así como olvidar las ocasiones en que mi padre le ha ayudado.

Los Calvani se había arruinado tres veces debido a los problemas con el juego que sufría Tiziano, el padre de Luca. Yo recordaba al menos dos instantes en que había visto al hombre rogarle a mi padre.

En la actualidad, acumulaba casi dos millones de euros en préstamos que mi familia le había concedido. Pero jamás vimos retribución alguna. Simplemente pedía y gastaba. Pedía y gastaba. Así una y otra vez.

—Tengo información sobre Kathia. —Apreté los dientes al oírle decir aquello.

Mauro cerró los ojos un instante, tan seguro como yo de lo que estaba por venir. Pero Eric reaccionó queriendo lanzarse a Enzo, acto que Alex supo contener para mi alivio.

—Es la segunda vez que escucho eso esta noche —protesté medio sonriente—. Y sigo sin creérmelo.

El Calvani torció el gesto y su mirada se iluminó traviesa.

—¿Nunca te has preguntado quién dio el chivatazo? ¿No te pareció extraño que Angelo y Valentino se presentaran en el aeródromo? —dijo en voz baja—. Fue Luca... —Contuve todo lo que pude cualquier reacción. No quería mostrar vulnerabilidad—. Ah, el pobre se cagó de miedo cuando su papi le dijo que redujera sus gastos, que debían vender la casa y mudarse a un lugar más austero.

—Basta —le pedí. No necesitaba más detalles. Ni yo ni Eric.

—«No he nacido para ser un vulgar muerto de hambre», creo que dijo —insistió, divirtiéndose.

—Cállate —gruñí, cada vez más enfurecido.

—Aguanta, Cristianno, estamos cerca —informó Thiago más que seguro de mis arrebatos. Por muy cabreado que estuviera, sabía que éramos muy pocos para tantos enemigos.

—Le vendimos la información al Carusso. Nos pagó bastante bien, pero no lo suficiente. Oh, sí, vuestro gran amigo os ha estado acechando y vosotros no os habéis dado ni cuenta.

Me humedecí los labios antes de tragar saliva. Se me había secado la garganta y el corazón me latía a toda velocidad. Soportar aquello por más tiempo era inútil, y nuestro equipo se acercaba, así que podía ir empezando.

Mis labios adoptaron una sonrisa que confundió bastante a Enzo. Mauro me siguió al entender lo que empezaba a pasarse por mi cabeza y le indiqué con solo pestañear que estuviera listo. Eric apretó los labios a modo de respuesta y Alex, simplemente, no soltaría la pistola.

—Interesante. Felicidades, en serio. —Di un par de palmadas—. Ha sido una jugada maestra. Pero te refrescaré la memoria. Regla número uno, nunca te metas con un Gabbana, es demasiado peligroso. —Noté como la adrenalina me acariciaba—. Regla número dos, procura no ser un necio. Y regla número tres, libre albedrío. —Miré a mi primo—. A mi izquierda, Mauro.

Disparé a Enzo en la garganta y me lancé al suelo con una pirueta antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar. Mi izquierda quedó libre, como había supuesto, y Joshua intentó coger su arma para atacar mi retaguardia, pero ignoraba lo bueno que era Mauro con las coberturas.

Me quedé acuclillado y disparé a un esbirro, esta vez al tobillo. El tipo se hincó de rodillas en el suelo y lo silencié con un tiro que atravesó su cabeza. Aquella bala se llevó también al compañero que había tras él.

Ví que Alex trincaba a un hombre del cuello. Forcejearon unos segundos hasta que un crujido le advirtió de su muerte. Enseguida se puso a disparar utilizando el cadáver como escudo.

Mientras tanto, Eric y Mauro se escondieron detrás de la mesa de metal y comenzaron a hacer fuego de cobertura. Los hombres de Joshua ya eran historia, pero todavía quedaban demasiados esbirros pululando por la sala.

—¡Cristianno, a cubierto! —gritó Mauro, señalándome las columnas.

Tenía los muros rectangulares mucho más cerca que cualquier otro refugio. Así que eché a correr hacia allí y me lancé al suelo coincidiendo con una nueva oleada de disparos.

—¿Qué coño has hecho, Gabbana?! Te dije que esperaras —me gritó el segundo de Enrico.

—¡Mueve el culo, Thiago, y deja de quejarte!

Descansé la espalda en la columna y recargué mi arma a toda prisa. Pero apenas escuché el chasquido cuando alguien me cogió del cuello y apretó con brío. Exhalé y me impulsé hacia arriba para levantarme. No tendría posibilidad de deshacerme de él si no me incorporaba.

Apoyé una pierna en la columna y me empujé hacia atrás aplastando al esbirro contra la pared. Al darle un cabezazo escuché que ahogaba una exclamación, pero, aun así, no fue suficiente. Ese hombre era enorme y a mí se me había caído la pistola.

Apreté los dientes y gruñí fuertemente, tanto que el tipo comenzó a dudar. Y eso le costó un codazo en el estómago. El dolor le hizo aflojar la sujeción y pude moverme hasta ponerme frente a él.

No esperé demasiado y le estrellé una patada en el pecho con tanta fuerza que incluso yo me tambaleé. A continuación, cogí su cabeza y la estampé contra la pared una y otra vez. El final se dio cuando su sangre comenzó a resbalar entre mis dedos.

Observé la escena jadeante, un tanto tembloroso. Pero apenas tuve tiempo de recuperarme. El cañón de un arma apuntó mi cabeza.

—En pie, Gabbana—dijo el esbirro.

«Me cago en la puta». Fue muy curioso escuchar como mi yo interior hablaba entre dientes.

Levanté las manos y me incorporé lento, aún asfixiado.

—Date la vuelta, se me ha pedido que te mate de frente —me ordenó. Maldita sea, era increíble la cantidad de personas que me querían muerto, joder.

Obedecí muy despacio, sopesando la situación. Estaba claro que no iba a morir porque mi equipo ya había empezado a tomar la zona. Pero también porque el muy estúpido tenía el seguro puesto. Era un maldito novato.

—Di la verdad, no lo esperabas, ¿cierto? —sonrió—. Nunca creí que tendría una oportunidad como esta. ¡Seré quien te mate! —Al parecer le

hacía tanta ilusión como un décimo de lotería premiado.

—¿De verdad crees que vas a conseguirlo? —Para cuando espabilara yo ya le habría partido el cuello. O quizá mi padre le atravesaría la cabeza con su arma.

—Es increíble que tengas una pistola apuntándote las narices y te atrevas a provocar de esa forma. Eres un estúpido.

Alcé las cejas.

—¿Tú también lo crees, papá? —pregunté desconcertando al tipo.

—A veces —repuso Silvano.

Apenas pudo reaccionar que un hilo de sangre le atravesó la cara, desde la frente hasta la boca. Algunas gotas me salpicaron antes de que se desplomara en el suelo y pudiera ver a mi padre sosteniendo su revólver con esa autoridad tan imperativa.

—¿Realmente piensas que soy un estúpido? —quise saber mientras me limpiaba los restos de sangre con la manga de la chaqueta.

—He dicho a veces.

—Ya...

—Siento haber tardado, había un tráfico de mil demonios —dijo como si nada—. Se ha liado una buena con la carrera.

Yo, en cambio, miré mis manos. Ahora que había pasado todo, la tensión del momento se desinhibió contrayendo cada músculo de mi cuerpo. No podía creer que Luca hubiera sido capaz de traicionarnos y que, para colmo, hubiera utilizado a uno de mis compañeros. Pensar en el dolor que seguiría a esa noche fue como recibir un balazo en el vientre.

—Debería haber accedido a la petición de ayuda —murmuró mi padre.

—¿Y permitirle que se aprovechara una vez más? —Me quejé—. No, papá. Hiciste lo correcto.

Pero ninguno de los dos nos esperamos la participación de alguien más en aquella conversación.

—Tú no tienes la culpa de la ingratitud y la arrogancia de las personas, Silvano. No sabes ser un mal hombre —dijo Eric al tiempo que se incorporaban Alex, Mauro y mi hermano Diego.

—Eric. —Busqué su mirada. No me gustaba ver como mi amigo estaba perdiendo el control sin apenas inmutarse.

Noté sobre mí las miradas extrañadas de mi padre. Se preguntaba por qué demonios aquel muchacho estaba al borde de un llanto tan frágil. Pero

bastaron unos segundos para que lo entendiera.

—Pudo elegir y lo hizo —sentenció mi amigo.

De pronto, Silvano se lanzó a él para rodearlo con sus fuertes brazos. Eric se perdió casi de inmediato en el contacto dándonos la sensación de que estaba llorando. Pero, pasados unos minutos, nos dimos cuenta de que no había derramado una lágrima. El temblor fue el único protagonista.

Se alejó un poco para mirar a su padrino con ojos enrojecidos y mejillas pálidas. Me pareció tan niño.

—Vas a castigarle, ¿verdad? —gruñó para asombro de todos.

Tras un instante de silencio, el mayor finalmente asintió con la cabeza, seguro de lo que significaba afirmar ante uno de sus ahijados.

Pero no dijo más. Eric no necesitaba la verdad dicha con palabras en un momento como ese.

Lentamente fue retrocediendo, sin mirar nada en concreto. Se giró y se encaminó a la salida. Fue su forma de decirnos que quería estar solo, que deseaba llorar hasta que no le quedaran fuerzas.

Me quedé observando la puerta por la que desapareció.

—Síguele, Alex. No lo dejes solo, emplea la fuerza si es necesario —comenté abatido.

—No. Iré yo —interrumpió Diego y enseguida echó a correr.

Mi padre suspiró angustiado. Estaba intentando asimilar lo que acababa de descubrir y pensando en una forma de solucionarlo.

—Si vas echarte atrás porque Eric tiene una relación con Luca, te equivocarás —le espeté.

—Ese chico no solo tiene una relación, Cristianno —refutó—, lo he visto en su mirada. Deberías haberme contado que estaban juntos.

—No es sencillo, tío —intervino Mauro.

—Lo sé... Lo sé... —suspiró y puso los brazos en jarras—. ¿Qué debo hacer? Le voy a romper el corazón.

—El corazón se lo ha roto Luca, papá. Tú no vas a hacer nada que no haría él.

—Sois demasiado jóvenes para comprender la traición. No me gusta que la hayáis descubierto tan pronto.

Bastó para hacerme saber lo mucho que lamentaba que Kathia y yo no hubiéramos cogido aquel avión por culpa de un amigo.

—Esa asquerosa rata hizo que se llevaran a mi Kathia y le dio igual utilizar a mi compañero con tal de seguir vistiendo de firma —mascullé entre dientes—. Le ha dado igual que hayan estado a punto de matarnos, porque para él es mucho más importante una vida de lujo. Si tus dudas se deben a todos los momentos que compartimos a su lado, déjame decirte que se me acaban de olvidar. Y ahora, más que apelar a la amistad que hemos tenido, lo único que quiero es borrarlo del puto mapa.

—Estoy de acuerdo con él, Silvano —me apoyó Alex, realmente furioso.

—Yo también, tío —corroboró Mauro.

Mi padre nos echó un extenso vistazo a los tres, tratando de confirmar por sí mismo si aquella declaración era sincera y no fruto del momento.

—¡Thiago! —gritó de pronto.

El nombrado se acercó casi a trote.

—Zona despejada, jefe —le dijo.

—Deja que tus hombres se encarguen del resto. Necesito que des con Tiziano y su hijo —ordenó mi padre sin quitarme ojo de encima. Asentí con la cabeza—. Trata de ser discreto. Diego ya sabe demasiado y no quiero enseñamientos.

—De acuerdo.

A continuación, Thiago abandonó la nave y mi padre se alejó para hacer una llamada. Yo me quedé inmóvil observando mi entorno. La frustración me carcomía.

Jamás le perdonaría a Luca el daño que nos había hecho. Y, por si no fuera suficiente, la sospecha seguía latente en mi pecho. Como si hubiera algo más oculto bajo toda aquella capa de infamia.

Sí, lo sabía. Había algo más. Mi intuición nunca fallaba.

Capítulo · 11

Kathia

No podía dormir. Tenía los ojos cerrados porque algo de mí quería conciliar el sueño y así ahorrarse unas horas de consciencia. Pero la realidad era bien distinta. Podía diferenciar todo tipo de sonidos, desde el rumor de las olas o el sutil zumbido de la calefacción central. Incluso el casi desapercibido goteo de la ducha.

Pero sobre todo la inestable palpitación de mi corazón. Como si mi cuerpo estuviera prediciendo algo realmente perturbador.

En cierto modo, tenía sentido. Aunque había logrado mantener a salvo a Cristianno y a su familia, nadie ni nada me aseguraba su seguridad durante mi estancia en aquella casa.

Conjeturar hería casi tanto como una certeza negativa.

Eché un vistazo a Sibila. Dormía en la cama de al lado, dándome la espalda y encogida en posición fetal. Siendo una residencia de al menos seis dormitorios, me sorprendió bastante que eligiera compartir espacio conmigo. Supuse que era porque estaba preocupada por mí y mi estricto silencio de los últimos días.

O quizá por algo más.

Pero, en caso de ser lo último, no tenía por qué inquietarse cuando teníamos a cinco guardias custodiando nuestros movimientos constantemente.

Eran hombres de Enrico. Leales terriblemente preparados que no se fiaban de las reacciones del Bianchi. Es lo que había deducido tras verles observar a Valentino como si en cualquier momento fueran a saltar sobre él.

Al principio, había creído que se trataba de su guardia personal. Pero me bastó poner un poco de atención para descubrir lo contrario. Lo que aumentaba un poco mi desconfianza, porque si Enrico había optado por

enviarme a ese lugar rodeada de hombres para protegerme, entonces no se fiaba de lo que Valentino pudiera hacerme.

Pero, ¿por qué exponer a una persona a un peligro y, al mismo tiempo, protegerla?

Con aquella pregunta en mente, me incorporé en el filo de la cama. Respiré hondo un instante antes de ponerme en pie y caminar hacia la puerta evitando hacer ruido.

Al abrir, me sorprendió ver a uno de los guardias acomodado en una silla mientras leía un libro. Ambos fruncimos el ceño al mirarnos, y enseguida echó un vistazo a su reloj. No hacía falta que me lo dijera, yo ya sabía que era más de medianoche.

—¿No duermes? —pregunté conforme cerraba la puerta.

—Hacemos turnos. Hoy me toca guardia.

Tuve un escalofrío.

—Vaya, no es muy halagüeño. —El comentario le hizo reír.

—Y, aun así, tanta seguridad no está logrando que descanses —se sinceró.

—Supongo que la incertidumbre tiene mucho que ver.

Tenía entendido que se llamaba Roberto. Era el mayor del grupo, de unos treinta y cinco años, y quizá el que más poder ostentaba ya que siempre esperaban sus órdenes. Había oído a sus compañeros llamarle con el sobrenombre de Totti, por su gran parecido al jugador de fútbol, supuse. Algo que a él no le hacía mucha gracia.

El silencio aumenta el poder de observación y yo había estado lo suficientemente callada para advertir que aquel hombre era bastante cordial, además de sentir cierta debilidad por una Sibila que se ponía nerviosa siempre que él estaba cerca.

—Iba a hacerme un café. Si quieres... —Señalé el pasillo.

—Buena idea. —Cerró el libro, se levantó y lo dejó en la silla—. Pero antes iré al baño, ¿de acuerdo?

—No creo que en cinco minutos vaya a pasarme nada.

—Tú por si acaso utiliza el microondas.

Me dirigí a la cocina conteniendo una sonrisilla satírica. Creo que aquella era la primera conversación normal, libre de presiones o recelos, lo cual me relajó bastante. Pero una vez volví a quedarme a solas, de nada me sirvió saber que Roberto aparecería enseguida. Mis dudas no se irían

así como así ni tampoco la maldita quemazón por saber qué sucedía en la cabeza de Enrico.

Preparé la cafetera, me apoyé en la encimera y cerré un instante los ojos.

«¿Sabrá Enrico lo de Erika?», me pregunté. Era evidente que sí, ya que sus hombres se lo habrían dicho; de hecho, fue el mismo Totti quien dejó su arma a mi alcance.

—Se me hace terriblemente extraño encontrarte un momento a solas. Qué gran regalo.

La voz de Valentino me sobresaltó violentamente y me giré casi por instinto. Lo encontré apoyado en el marco de la puerta, cruzado de brazos y con una expresión en el rostro a medio camino entre la satisfacción y la expectación.

La primera reacción que tuve fue tensar los músculos, como si de ese modo fuera capaz de contener un golpe o cualquiera de sus reacciones. A continuación, tragué saliva, aun sabiendo que aquel gesto era una clara muestra de miedo.

Sí, enseñé demasiado. Así que me tomé unos segundos para retomar el control y alcé el mentón.

—A mí no me lo parece tanto —dije provocándole una sonrisa.

Se animó a entrar en la cocina y se puso a otear cada rincón conforme avanzaba en mi dirección. Intimidar con amabilidad se le daba muy bien.

—¿No logras dormir? —inquirió.

—¿De quién crees que es la culpa?

—Oh, menudo descubrimiento. —Volvió a sonreír y se detuvo a unos centímetros de mí, apoyando sus manos sobre la encimera para atraparme—. Me he metido en tu sistema. —Su aliento impactó en mis labios.

«No te acobardes, Kathia», me ordené tratando de bloquear la escalofriante inquietud que me provocaba su presencia.

—Por las razones equivocadas, Valentino. Quitá de en medio. —Le empujé y lo mejor fue que me lo permitió.

Traté de actuar con normalidad y llevé mi atención a preparar los cafés para mí y un Roberto que se estaba demorando.

«¿Y si Valentino lo ha atacado o encerrado en el baño?», pensé. «¿Y si lo ha matado ahora que todo el mundo duerme?».

—Verás, Kathia, es mejor aceptar la situación de inmediato. Oponerte a la evidencia provoca demasiados dolores de cabeza.

—Esa definición dice mucho de ti.

El trasfondo sexual quedó muy claro, aunque no hubiera utilizado ninguna expresión concreta. Era la perturbadora obsesión de Valentino, conseguir todo lo que perteneciera a Cristianno. El patrón de un psicópata con delirios de grandeza y serias adicciones a la depravación.

Apreté los dientes y suspiré antes de clavar la mirada en la cuchillera que tenía enfrente, colgando de la pared. Si era rápida, podía coger uno de los cuchillos.

Sin embargo, cometí el error de no tener en cuenta las reacciones del Bianchi. Él era mucho más experimentado que yo en el juego de las artimañas sucias, así que no tardó en deducir lo que me proponía.

Tiró de mí y me estampó contra la pared, alejándome de la encimera y bloqueando todo mi cuerpo con el suyo. Capturó mis muñecas y las apretó hasta dejarme al borde de un quejido de dolor.

—Eres muy inteligente, Kathia —me susurró casi pegado a mi boca—. Y no un vulgar ratoncillo que busca incasable una salida que no existe. Esa inteligencia que tienes, te llevó a apretar el gatillo contra tu mejor amiga. En cambio, no te hace ver la realidad. ¿Qué falla entonces?

—Que no te soporto —gruñí—. Que eres un ser despreciable y rastrero.

Quizá no fue lo más acertado, pero Valentino no cedería ante ningún razonamiento. Así que, puestos a tener un enfrentamiento físico, no me importó desafiarle.

De pronto, me empujó y me capturó de la nuca para estrellar mi cabeza contra la encimera con la suficiente habilidad para reducirme sin hacerme demasiado daño. La postura me dejó expuesta y Valentino se aprovechó de ello pegando sus caderas a mi trasero.

Empecé a forcejear, pero él resistió bien.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —me dijo al oído. Sus labios sobre mi piel—. Lo extraordinariamente bella que te pones cuando te resistes. A más me desafías, más me excitas. ¿Lo notas?

Presionó un poco más, obligándome a percibir la dureza de su entrepierna deseando abrirse paso entre mis muslos.

—Suéltame —mascullé incrementando la violencia de mis embates.

Logré alejarme un poco de la encimera, pero Valentino me empujó con rudeza y me retorció uno de los brazos tras la espalda. Con la mano que le quedaba libre, descendió hasta la cinturilla de mi pantalón.

—Tus caderas son pequeñas, puedo manejarlas. Bastaría un tirón para entrar en ti. —La tela crujió ante la creciente fuerza.

Valentino estaba dispuesto a arrancarme la ropa. No le importaba que estuviera haciéndome daño o que no dejara de resistirme.

Y entonces todo pareció pausarse. El Bianchi continuaba ejerciendo presión, pero esta ya no era tan intensa e incluso pude liberar mi brazo.

Le escuché sonreír por lo bajo. Yo alcé un poco la cabeza y miré hacia atrás. El cañón de un arma apoyado en su sien, el fuerte brazo tatuado de Roberto enroscando su cuello y su mejilla pegada a la de Valentino.

—Hay seis balas en este cargador —masculló el hombre—. Y el gatillo tiene una sensibilidad que responde muy bien a la agilidad de mis dedos. ¿Quieres comprobarlo, Bianchi?

El nombrado volvió a sonreír.

—Tengo entendido que se te ha dado la orden de reducirme, no de matarme.

Por tanto, todos allí temían una situación como la que acababa de vivir. Pero, ¿quién había dado esa orden y por qué? ¿Había sido Enrico?

—Soy de los que prefieren pedir disculpas —ironizó Roberto.

Finalmente, Valentino optó por levantar las manos en señal de rendición y consintió incluso que el guardia le empujara lejos de mí. Pero en ningún momento cambió aquella expresión de cinismo.

Me incorporé un tanto tambaleante, frotándome las muñecas mientras aceptaba con extraña autoridad las horribles promesas que deparaban aquella mirada del Bianchi.

—Es una cuenta atrás —advirtió bajito, muy seguro de sí mismo—. Ya he ganado, así que no me importa esperar. Soy paciente.

—Pues demuéstalo, Bianchi —contraatacó Roberto—. Este es un buen momento. Y ahora, sino tienes pensado compartir mesa con nosotros de forma civilizada, puedes largarte de aquí antes de que te atraviese el puto cráneo.

Frunció los labios y asintió con la cabeza.

—Buenas noches, querida —dijo antes de abandonar el lugar.

Roberto esperó unos segundos, para corroborar que de verdad estábamos a solas y enseguida se lanzó a mí.

—Al parecer, cinco minutos dan para mucho en la selva. —Trató de bromear al descubrir que se me había disparado el pulso—. ¿Estás bien?

Cuando sentí el contacto de sus fuertes manos, esa aspereza amable de la yema de sus dedos, noté el amago de cerrar los ojos y echarme a llorar como una cría de dos años. Pero, aunque Roberto hubiera reaccionado como un padre, no quise mostrarme tan vulnerable, y simplemente me dejé llevar hasta la silla.

—Sí... Estoy bien... —murmuré tomando asiento casi a la par que él. Entonces miré al hombre con ojos entelados—. Tengo preguntas, Roberto.

Su reacción no auguraba lo que yo deseaba.

—Pero yo no tengo todas las respuestas, pequeña —dijo bajito, recogiendo un mechón de mi cabello.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Confiar.

Respiré hondo. La tensión y el repentino miedo que había sentido todavía insistía.

—¿Enrico? —aventuré.

—Exacto. Enrico y el gran jefe. Si ellos piden, nosotros les damos.

«El gran jefe... Silvano Gabbana».

—¿Por qué tal grado de lealtad? —inquirí. La cafetera empezó a sonar con suavidad. El aroma a café caliente inundó la cocina.

—Porque ellos nos ofrecen exactamente lo mismo —respondió Roberto sin duda alguna—. Cada cual con sus motivos, pero terminan en el mismo lugar. Honor, lealtad.

—Confiar, aunque no se sepa el objetivo...

—El objetivo es protegerte.

—De un peligro que no conozco. Por tanto, me estáis mintiendo igual que ellos.

—Ya te he dicho que no tengo todas las respuestas. Pero te aseguro una cosa —apoyó su mano sobre la mía—, el Materazzi nunca, jamás, permitirá que te suceda nada malo. No me preguntes el porqué de ese sentimiento. Pero sé que existe, como que me llamo Roberto Lamberti.

El modo en que lo dijo, señalándose el pecho todo orgulloso de quién era y para quién servía. Me hizo sonreír. Al menos hasta que el Bianchi

volvió a imponerse en mi pensamiento.

—Aun así, Valentino lleva razón —mascullé, agachando la cabeza—. Tarde o temprano...

Roberto no me dejó terminar de hablar. Se acercó un poco más a mí y me cogió por los hombros.

—Escúchame. —Su mirada clavada en la mía, seria, honesta, entusiasta—. Si algo sé es que los Gabbana nunca se dan por vencidos. Y jamás abandonarían a uno de los suyos. ¿Lo entiendes?

Me llené de un orgullo silencioso y pujante. Yo formaba parte de todo aquello y no podía negarme a la satisfacción que me producía por mucho que la situación estuviera al borde del desastre.

Asentí con la cabeza, esta vez con actitud renovada. Roberto sonrió complacido, supo que había conseguido trasmitirme toda la energía posible. Ya ni siquiera me acordaba del escozor en mis muñecas.

—Bien, tomemos ese café —me animó.

Se levantó de la silla, se acercó a la cafetera y apagó el fuego al tiempo que un compañero aparecía en la cocina rascándose las posaderas en mitad de un bostezo. Miré asombrada y un tanto confundida mientras una sonrisa amenazaba en mi boca. Desde luego aquella era una imagen para grabar. Tan solo llevaba puestos unos calzones.

—Doble, con canela y un chorrito de coñac —exigió a un Roberto que le miraba con fuertes deseos de arrancarle la cabeza—. Y de paso hazte unas tortas, me ha entrado hambre. —Fue en ese momento cuando el joven se dio cuenta que el mayor le azotaría—. O mejor, deja que lo haga yo.

—Muy amable, Aquino. Pero antes vístete, pedazo de capullo.

Capítulo · 12

Cristianno

Mi padre no permitió que los chicos y yo nos uniéramos a la búsqueda de los Calvani. Ni siquiera nos dejó coger nuestros vehículos. Fue él mismo quien nos llevó al edificio en el más estricto de los silencios.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó en cuanto entramos al vestíbulo de casa.

—Eric me necesita. Luca está ahí fuera —mascullé—. ¿Realmente esperas que vaya a dormir como si nada?

Él se tomó su tiempo para quitarse la chaqueta y dejarla en la banqueta. Encendió la lamparilla y me clavó una mirada severa.

—¿Y qué podrías hacer que no hagan mis hombres, Cristianno?

Apreté los dientes. Me sentía muy frustrado.

—No me gusta que me subestimes, papá.

—No lo hago. Pero solo tienes dos ojos y una cabeza que ahora mismo no estás usando. —Resoplé una sonrisa hastiada—. Mírate esas ojeras, hace días que no duermes como es debido, apenas comes y lo único que haces es ir dando tumbos por la ciudad desafiando a todo aquel del que sospechas. Dime, ¿en serio crees que puedes superar un operativo de más de cien hombres?

El comentario fue un golpe bajo, pero no se lo atribuí a su intención de hacerme entrar en razón, porque sabía que mi padre era de los que preferían ir directamente a la cuestión.

Aquello era distinto y no comprendía qué objetivo tenía. Fuera cual fuese, cada vez me sentía más y más débil.

No podía hacer nada contra Silvano Gabbana, él conocía caminos que yo ni siquiera sabía que existían. Tratar de ponerme a su altura era una maldita pérdida de tiempo. Yo tan solo era un diminuto insecto frente a un león.

—Me tratas como si fuera un crío —rezongué.

—Eres un crío y no te estás dando tiempo a convertirte en un hombre.

—¡Deja de sermonearme! —exclamé importándome un carajo que pudiera despertar a alguien. Y de pronto empecé a escupir emociones—. ¡Ese maldito hijo de puta nos vendió! De no ser por él, ¡ahora mismo estaría en Londres durmiendo abrazado a mi Kathia! Pero, no. Estoy aquí escuchándote decir que no soy lo suficiente hombre para ti, mientras esa puta rata está campando a sus anchas. Y quieres que duerma o coma...

Súbitamente fui consciente de que había empezado a llorar y se me cortó el aliento. No era un llanto caprichoso o de mera frustración, sino el cúmulo de las emociones corrosivas que había ido copilando a lo largo de aquellas últimas semanas. Desde la muerte de mi tío, que no había querido asumir, hasta la separación de Kathia, que había ocultado tras una cacería sin sentido.

Era eso lo que pretendía mi padre, sonsacar toda la porquería que me aturdí. Mostrarme que continuar por aquel camino, me pondría en peligro y entonces no sería capaz de afrontar nada porque todo me superaría.

No era bueno mezclar las cosas. Nada tenía que ver la muerte de Fabio con la traición de Luca. Y, sin embargo, la emoción que me suscitó fue la misma, pura rabia. Cuando la realidad era que la pérdida de mi tío, más que furia, me provocó vacío y un dolor que ahora asomaba sin restricciones.

Me tambaleé hasta apoyarme en la pared. Las piernas se me aflojaron y me dejé caer para agazaparme en el suelo. Mi padre me observaba atento, no sentía preocupación, sino alivio. Había conseguido al fin destapar todo lo que yo había intentado ocultar.

—Yo... no puedo con esto... Papá... —sollocé olvidándome de lo ridículo que parecía que un tipo de dieciocho años estuviera llorando como un niño.

Mi padre se acercó a mí y se acuclilló para mirarme de frente. Sus cálidas y robustas manos ahuecaron mi rostro, provocando que cerrara los ojos, y limpió mis lágrimas con sus pulgares aun sabiendo que nacerían otras nuevas.

—Perdóname... —gemí abandonándome a sus caricias.

—No, no te disculpes. Por fin has reaccionado por lo que sientes y no por lo que crees que debes hacer. Soportar, resistir. Son emociones

comprensibles, pero terminan hiriendo, Cristianno.

Llevaba razón. Joder, tenía tanta razón que me sentí estúpido.

Apoyé la cabeza en su pecho y dejé que sus brazos me envolvieran, adoptando todos mis temblores.

—Les echo de menos... —Fabio, Kathia—. Les echo muchísimo de menos, papá...

—Mi pequeño... Yo siento lo mismo.

No recuerdo el tiempo que estuve entre sus brazos. Pero, para cuando quise darme cuenta, ya estaba tumbado en mi cama.

Sí, necesitaba descansar, y ahora que mi padre conocía mis demonios, sentía que su peso era un poco más llevadero. Eso quizá fue lo que me hizo dormir. Y soñé con ella, con mis manos sobre su piel, recorriendo cada centímetro. El calor de su cuerpo pegado al mío. Fue un momento tan intenso que no creí que fuera ficción.

Al menos hasta que alguien entró en mi habitación. Valerio ni siquiera encendió la luz.

—¿Qué pasa? —inquirí incorporándome.

Miré el reloj de mi teléfono. Eran las cinco de la madrugada, apenas había dormido tres horas.

—Vamos. Es urgente —Me lanzó varias prendas de ropa y yo obedecí a su exigencia tácita vistiéndome aprisa.

—¿Han encontrado a Luca? —quise saber.

—Más o menos.

—¿Eso qué significa?

Entrecerré los ojos y apreté la mandíbula estrujando el jersey con mis manos. Que mi hermano callara no era una buena señal. Él siempre había sido del tipo de persona práctica, a la que no le gustaba complicar situaciones con silencios incómodos y verdades a medias.

—Valerio —le insté, quieto como una piedra.

—Tienen un rehén.

Tragué saliva.

—¿Quién? —mascullé y supe que sería alguien importante para mí porque Valerio no quiso mirarme a los ojos.

—Daniela Ferro.

Se me cortó el aliento. Sentí como una extraña debilidad me invadía empezando por las piernas. Pronto me sentaría en la cama y me impediría

reaccionar y lo último que Dani necesitaba era mis inquietudes.

Así que me lancé al vestidor, cogí mi arma y varios cargadores.

—Avisa a Mauro y Alex.

—No creo que sea buena idea advertir al de Rossi.

—Hazlo, Valerio.

—Cristianno.

Terminé de ponerme el jersey y me acerqué a mi hermano en actitud tan desafiante como suplicante.

—¿Prefieres ser tú quien le diga que su novia ha sido secuestrada? — dije bajito, apelando a su extraordinaria empatía—. ¿Crees que nos perdonará?

Valerio inclinó la cabeza hacia atrás y resopló antes de coger su teléfono. Se oyeron dos toques y Mauro descolgó soñoliento.

—Al garaje, dos minutos. Hemos dado con Luca. —Aquel simple dato bastaría para que Mauro se lanzara a la puerta como alma que lleva al diablo.

—Vamos. —Quise moverme, pero Valerio me detuvo apoyando una mano en mi pecho.

—Mantén el tipo.

—Lo único que necesito mantener es el pulso, Valerio. Pienso matar a ese tío, y más le vale no ponerle la mano encima a mi amiga, porque de lo contrario tendrá una muerte bastante dolorosa. En marcha.

Salí de mi casa y bajé las escaleras aprisa hacia el rellano de Mauro. Su puerta se abrió de inmediato y le encontré terminando de abrocharse los pantalones. Alex, en cambio, se estaba ajustando las mangas de su jersey.

—¿Dónde? —preguntó mi primo entrando en el ascensor.

—Estamos esperando confirmación del equipo de Thiago —le advirtió Valerio mirándome de reojo.

Sería yo quien le dijera a mi amigo que su novia estaba de por medio.

—Tiene una rehén —dije.

—¿Una? ¿Es una mujer? —Mauro frunció el ceño ante la pregunta de Alex y entonces me echó un vistazo que me anunció sus repentinas sospechas.

Supuse que aquella confirmación silenciosa les valió como respuesta, porque Alex golpeó la pared del ascensor y contuvo una exclamación.

—Joder —murmuró Mauro llevándose las manos a la cabeza.

—Voy a matarle. Voy a matarle —dijo Alex una y otra vez en voz baja.

Apreté su hombro y le empujé fuera del ascensor cuando este abrió sus puertas. Él comprendió el gesto como una señal de celeridad, así que se lanzó al coche sin más preámbulos.

Mi padre nos esperaba, ya sentado en el suyo junto a un Emilio frente al volante. Hablaba por teléfono y me hizo una señal con la mano.

—Canal seis —anunció Valerio antes de irse con nuestro padre.

Rápidamente me lancé al asiento copiloto y sintonicé la radio al tiempo que Mauro arrancaba el motor.

—Vía despejada hasta Palatino. Sin tráfico.

—Recibido —dije antes de mirar a mis compañeros—. No levantes el pie de ese acelerador.

Entonces, Mauro aceleró y salió del garaje maniobrando frenético. En efecto, no había tráfico civil, así que pudimos atravesar la Via delle Pilotta en dirección contraria a su sentido, llegando a Palatino en menos de tres minutos.

—Objetivo localizado. —Nos llegó la voz de Thiago—. Se dirige al campamento nómada de Muratella.

Alex golpeó la tapicería de su asiento y yo me mordí el labio.

—Seguramente han llegado a un acuerdo —se quejó—. Nos recibirán a pedradas.

Los romaníes de aquella zona eran bastante violentos y no muy dados a las visitas. A todo aquel que se aventuraba a su asentamiento se le atacaba sin preguntar. Así que una localización atestada de gente a la que no le importaba un enfrentamiento abierto, nos complicaba la situación, mucho más teniendo en cuenta quiénes éramos y qué representábamos.

Sin embargo, había algo que no encajaba. Tiziano Calvani era alguien asquerosamente selecto, un hombre más bien fascista que detestaba inmiscuirse en círculos tan problemáticos como el de Muratella.

Si para colmo había capturado a una rehén, ello indicaba que había valorado la posibilidad de fracasar en la emboscada conducida por Joshua y Enzo. Por tanto, el secuestro de Daniela era su plan b y no iría a tirarlo por la borda por una nimiedad.

—No tiene sentido... —murmuré—. Thiago.

—Adelante.

—¿Cuándo han capturado a Daniela?

—Recibimos el aviso hace unos treinta minutos. Irrumpieron en casa de los Ferro y se llevaron a la joven por la fuerza.

Justo como había imaginado.

—Creo que es una trampa —admití.

—Lo sé. Muratella parece preparada para un ataque y el objetivo no deja de rodear el perímetro. Sin señal de Daniela.

Lo que significaba que Tiziano había preparado al campamento para una reyerta, seguramente alegando que la policía vendría a desalojarles. Una vez llegáramos, ellos atacarían y ese tiempo les valdría para escapar. Utilizarían a Daniela como medio de extorsión. Por ende, no dejarían la provincia.

Pero sí la ciudad.

—Mierda, ¿qué hacemos? —gruñó Mauro, y se detuvo en el arcén tras haber cruzado el puente Magliana.

Alex siquiera levantó la cabeza. Había apoyado los codos en los muslos y enterrado el rostro entre las manos. No solo estaba devastado con la idea de perder a Daniela, sino también furioso hasta el punto de no poder mencionar palabra.

Traté de pensar en una salida, pero mi cerebro no parecía por la labor. Al menos hasta que me vibró el teléfono, y con el mío, también el de Mauro y Alex.

Me lancé a él sin esperar encontrar el nombre de Eric en el centro de la pantalla.

«Pisana, 950», había escrito en el chat grupal que compartíamos los cuatro.

Nos miramos entre nosotros, un tanto desconcertados con el texto. No sabíamos muy bien qué pensar. Hasta que reparé en algo. Eric nunca era tan escueto con sus mensajes, siempre colaba algún emoticono o palabra de afecto. De hecho, era quien más parloteaba.

Pero nuestro amigo sabía que con aquella información bastaría para entender y enseguida supe que estaba con Luca.

—Es una dirección —pensé en voz alta al tiempo que Mauro aceleraba de nuevo—. Joder. ¡Es una maniobra de distracción! Cambio de dirección, Pisana 950, repito, Pisana 950 —advertí a Thiago casi a voz en grito.

—Atravesar Portuense no es una buena idea, Mauro —indicó Alex con el cuerpo inclinado hacia delante y los dedos clavados en nuestros respaldos.

—Siempre y cuando se respeten las normas, pero yo no he dicho que vaya a hacerlo.

En el fondo, agradecí que aún no hubiera amanecido porque el tráfico en calles tan estrechas habría sido un infierno. Sin embargo, no le dimos mucho valor.

Mauro no se guio por caminos preestablecidos. Cometió todo tipo de infracciones sin levantar el pie del acelerador, y más que tensión por las arriesgadas maniobras que llevó a cabo, sentí la exigencia por llegar cuanto antes.

Alex y yo nos preparamos, verificando los cargadores de nuestras armas, mientras el operativo capitaneado por Thiago se trasladaba a la dirección que les había dado sin preguntarse si quizá era una falsa alarma.

Mauro derrapó para detener el coche en un hueco de la calzada y así calcular el perímetro. Apenas teníamos información sobre la zona y mucho menos sobre el dispositivo de los Calvani.

Bajamos del coche en guardia y avanzamos haciéndonos señales. Alex se adentró en una de las parcelas deshabitadas, indicándonos que haría de cobertura.

Conforme Mauro y yo nos adelantamos empecé a distinguir unas voces. Cuatro hombres armados, Tiziano y su maldito hijo, quien también empuñaba un arma. Desde aquella posición no vi a Daniela, pero no tardaría en descubrirla arrodillada en el suelo, maniatada y amordazada.

Estaba llorando, con la cabeza agachada. Su cuerpo temblaba bajo aquel pijama blanco salpicado de mugre. No era el aspecto de alguien que había sido tratado con respeto.

Me detuve un instante a coger aire. Me había prometido que no decaería, así que tenía que resistir y rogué porque Alex hiciera lo mismo.

Aparentemente no había más oposición que aquella, pero, aun así, miré alerta en rededor y señalé a Mauro. Este asintió con la cabeza y extrajo su teléfono para iniciar una grabación que enviaría a mi padre.

—¿Dónde demonios está, joder? ¿Por qué no llega? —protestó Luca advirtiéndonos que esperaban algún tipo de transporte.

—¡Tranquilízate! —Se quejó su padre—. ¡No te soporto cuando actúas como una marica histérica! Está al caer, ¿de acuerdo?

Pero por la mueca que adoptó su hijo, seguramente Tiziano no había entendido a qué se refería Luca. Y es que este no dejaba de otear cada rincón en busca de algo de máximo interés para él.

«Eric está aquí», me dije.

—Atento, Mauro. Luca está nervioso.

—Te sigo.

Era hora de atacar.

Aprovechando que habían bajado la guardia, no podíamos permitirnos esperar a Thiago y su equipo. Así que miré a mi primo y comencé a avanzar.

Segundos más tarde, un disparo reventó el cráneo de Tiziano. Daniela gritó y Luca se lanzó al suelo mientras sus guardias empuñaban las armas y verificaban los alrededores. Trataban de dar con un Alex que continuaba escondido en las sombras.

Pensé que, habiendo visto la muerte de su padre en directo, Luca se vendría abajo. Sin embargo, tiró de Daniela y apuntó su cabeza con el cañón de un arma. Un instante después, a él le apuntaron dos.

Sus esbirros enseguida formaron un círculo de hombres dispuestos a un tiroteo. Joder, sería el segundo en una puta noche.

Luca tembló. El muy cabrón ni siquiera estaba seguro de lo que hacía. Pude ver el miedo en sus ojos, pero también la obstinación.

Desvié la vista hacia Dani. Había llorado, la habían maltratado y temblaba aterrada. Me impacientó tenerla tan cerca y no poder tocarla. Sentimiento que Mauro compartió en exceso.

—Qué sorpresa tan agradable —tartamudeó Luca—. ¿Dando un paseo, Cristianno?

—¿Quién quiere ser el primero en explicarme por qué cojones mi amiga no está durmiendo calentita en su cama? —pregunté con aire sonriente. Necesitábamos calmar a Daniela y un tono desenfadado ayudaba.

—Estás en minoría, así que procura no ser arrogante, querido.

—¿Arrogante, yo? Me ofendes, Luca —dije mordaz.

—¿Tienes el valor de vacilarme sabiendo que puedo matarla en cualquier momento?

—No, no lo harás —masculló mi primo.

—Y tanto que no, Mauro —repuse.

—Porque antes de que te des cuenta, tendrás un tiro atravesándote la cabeza. Justo como le ha pasado a tu padre. —Me encantaba cuando Mauro liberaba su vena más sádica.

—Está bastante cabreado —bromeé.

—Eso ya lo veo —replicó—. Pero yo también.

—Oh, ¿por qué? Cuéntanos. —Mauro al fin se decantó por la ironía.

—¡No pienso contaros nada!

—Tampoco es que nos importe demasiado. Ya nos hacemos una idea —anuncié.

—No os han salido bien las cosas, ¿cierto? —Mauro adoptó una mueca de tristeza fingida—. Primero Muratella, ahora Pisana. Los sesos de tu papi esparciéndose por el asfalto. Eric devolviéndote la traición. Debe de ser duro, ¿no?

A Luca le dolió la mención porque acabábamos de desvelarle cómo le habíamos encontrado. Pero de nuevo se impuso la obstinación y esa vez trató de ser más incisivo.

—Me sorprende lo bien que llevas ser el segundón, Mauro. Siempre tras el trasero de tu primo.

Seguramente a mí me hirió el comentario mucho más que a él, porque mantuvo el tipo extraordinariamente bien.

—Ah, ese trasero que llevas media vida venerando. Hubieras dado lo que fuera porque te follara, ¿no es así? Y ahora vas a dejar este mundo sin haberte acercado siquiera un palmo. —Mauro me echó un vistazo. Le aturdí tener que hablar así, pero le importaba mucho más salvar a Daniela—. Eres un cabronazo, Cristianno. ¿No te da pena?

Solté una carcajada y aproveché para guiñarle un ojo a Dani. Ella captó nuestro juego casi de inmediato: jugar como niños, luchar como hombres. Y ante eso, no había tacto que sirviera, necesitábamos destruir a Luca por todos los medios, aunque tuviéramos que recurrir a herramientas de las que no nos sentíamos nada orgullosos.

—No te hacía un homófobo, Mauro —ironizó Luca—. Mucho menos sabiendo que fuiste tú quien le dio su primer beso gay a Eric. —Aquel detalle estremeció a mi primo—. Me lo contó después de la mamada que le hice.

—Yo tampoco te hacía un traidor.

—No podrás con él, Luca. —Volví a sonreír—. Sabe jugar mucho mejor que tú. Así que te propongo algo, para ir finiquitando. Hagamos un trato. Tú sueltas a Daniela y yo te dejo ir.

—Siempre mencionas trato cuando no eres capaz de prometer. Vais a matarme en cuanto me dé la vuelta.

—De ti depende si es por las buenas o por las malas.

Saltó una risa melancólica. Estaba recordando tiempos mejores y supe que comenzaba a arrepentirse de habernos traicionado.

Pero ya era demasiado tarde.

Cuando Luca volvió a mirarnos terminó de desaparecer el chico con el que nos habíamos criado. Por más que intenté dar con él no encontré nada. Ni siquiera su sonrisa.

La avaricia lo había engullido todo. O quizá esa era su auténtica versión y no habíamos querido verlo.

—Siempre juntos, ¿eh, chicos?

—Hasta el final —matizó Mauro.

Y entonces le vi. Dibujándose entre las sombras, empuñando un arma con los hombros tensó y un pulso asombrosamente firme.

Eric disparó.

Solo hizo falta que pasara un segundo para que Luca abriera los ojos y comenzara a temblar. Me quedé mirando su rostro con fijeza, el modo en que abrió la boca y se tambaleó liberando involuntariamente a Daniela, que enseguida cayó al suelo.

Ví a Alex salir de su escondite y echar a correr hacia su novia, que ahora yacía trémula entre los brazos de un Mauro que la desataba.

Ví como el equipo de Thiago irrumpía y los esbirros de Luca caían bajo una lluvia de balas, y también vi que Eric me miraba, inmóvil y todavía empuñando el arma. Y todo pareció ocurrir a cámara lenta.

Mi cuerpo no reaccionó, se bloqueó por completo en cuanto comprendí que mi extraordinario amigo había sido el verdugo de su primer amor.

De pronto, Luca se tambaleó hacia mí y me arrastró consigo al suelo. Sentí el calor de la sangre que emanaba de su herida derramándose sobre mi pecho. Y en un último esfuerzo, Luca me miró y acercó sus fríos dedos a mis mejillas.

Sonrió.

—Eric... ha sido un buen reemplazo... —balbuceó—. Es un orgullo... morir en tus brazos, Cristianno Gabbana.

Apoyó sus labios en los míos. Todo mi cuerpo se tensionó y sentí unos fuertes calambres en las piernas. El estupor incrementó de tal forma que deseé que la tierra me tragara.

—Nos vemos en el infierno, mi amor... —jadeó al alejarse—. Esperaré para arder contigo.

Luca murió sobre mí. Dejó su último aliento en mis labios mientras mis ojos absorbían las luces de un amanecer púrpura.

Arder en el infierno poco importaba. Yo solo ansié que aquella pesadilla terminara y dejara de herir a la gente que amaba. Porque la última imagen que Eric tendría de Luca sería besándome.

Y me odié por ello.

Capítulo · 13

Sarah

Me sentí más observada de lo normal aquel día. Cuando salí de haber tomado un baño, Mesut me esperaba con un almuerzo en la terraza. Hizo que me sentara con él a comer y comenzó a parlotear sobre lo mucho que odiaba el pescado crudo o el arroz blanco. Para su gusto, la comida japonesa era insípida y muy desconsiderada en su proporción, además de reducirse solo a *sushi*, detalle que me pareció un tanto necio de su parte.

Habló en exceso, de trivialidades como la humedad que hacía aquel día o lo mucho que le molestaba que un zapato le oprimiera el pie.

Tan solo le había visto actuar de ese modo en dos ocasiones y ambas terminaron de muy mala manera. Así que me pasé todo el almuerzo sintiendo un denso temor pegado a la nuca, pensando que había demasiados objetos en aquella mesa con los que hacerme daño.

Sin embargo, ese día Mesut estaba dispuesto a contradecir todas mis expectativas. Nos conocíamos bien e imaginaba lo que yo estaba pensando, que en cualquier momento me atacaría. Así que optó por la intimidación más sutil.

Me llevó a la habitación.

Sobre la cama esperaba el vestido que llevaría aquella noche.

Su rojo resaltaba encima de las sábanas blanquecinas.

—¿Te gusta? —preguntó tras de mí con los labios pegados a mi clavícula.

Tan solo pude asentir. Mesut jugó a que mi miedo no me permitiera ver por dónde vendría el peligro.

Así que allí estaba, observando cómo caía la tarde al otro lado de la ventana mientras las manos del turco rodeaban mi cintura y se hacían con el control del cinturón de mi albornoz.

Lo deshizo. Y elevó sus manos hasta mis hombros. La puerta abierta, Vladimir observando. Mesut tirando lentamente de la tela, desnudándome tan lento que toda mi piel se estremeció. Cerré los ojos. Resistí como pude los temblores que amenazaban con someterme.

Y entonces la tela cayó al suelo y mi completa desnudez le arrancó un gemido. Tragué saliva. Mesut comenzó a moverse a mi alrededor. Levantó un dedo y lo apoyó sobre la protuberancia de uno de mis pechos. Trazó un camino hacia el otro y después descendió hasta mi centro. Fue suave y delicado, pero esa vez sí temblé y ni siquiera me importó que él lo notara. Porque lo peor no era que me viera desnuda, sino lo que podía suceder después.

Pero volvió a contradecirme, quizá porque tenía pensado algo peor que violarme, y se apartó para coger unas braguitas de encaje. Se arrodilló ante mí y me las colocó con una fineza escalofriante. Enseguida hizo lo mismo con el sujetador y a continuación me puso el vestido.

Mesut actuó de un modo que yo jamás hubiera previsto. Pero siempre advirtiéndome que él tenía el control y que aquello simplemente era un preliminar.

—Ahora deja que te arregle —dijo bajito invitándome a tomar asiento frente al tocador.

Cepilló mi cabello, aplicó rubor a mis mejillas, máscara a mis pestañas, perfume e incluso adornó mi cuello con un colgante. Todo estaba siendo tan terriblemente siniestro que olvidé cómo disimular mi terror.

—Sarah, Sarah... —canturreó Mesut acercándose de nuevo a mi oído—. Si lloras ahora estropearás mi obra. Y no queremos que eso suceda, ¿verdad?

—No... —gemí.

—En pie.

Bajamos al garaje. Mesut me indicó que subiera al coche, que había llegado la hora de visitar a ese cliente tan espléndido que había pagado por mí. Pero no mencionó nada más en los veinte minutos que nos llevó el viaje hasta el hotel Peninsula. Estaba acostumbrada a que me acompañara a las citas, pero jamás se había bajado del coche conmigo.

Esa noche, Mesut me abrió la puerta y me ofreció la mano. El frío me azotó con violencia. Habían empezado a caer unos débiles copos de nieve que se convertían en agua cuando tocaban el suelo. Era cuestión de tiempo

que obtuvieran fuerza y comenzaran a cuajar. Pero el clima poco le importó al turco.

Quería exhibirme, quería imponer su autoridad sobre mí.

—Espalda recta, barbilla alta. Toda una señora, Sarah. Como te enseñé —dijo sonriente enroscando mi brazo al suyo antes de comenzar a caminar hacia el interior del hotel.

La falda de mi vestido ondeando a cada paso, acariciando los moratones y cortes de mis piernas ya curados, pero todavía dolorosos. Vladimir siguiéndonos de cerca. Aquello tenía muy mala pinta. Estaban allí porque no confiaban en mí y mucho menos en el hombre que me esperaba.

Nos adentramos en el ascensor.

—Te estarás preguntando qué hago aquí —comentó ajustándose los puños de su impecable chaqueta.

Contuve el aliento.

—Tus motivos tendrás. Es lo que dices siempre. —El comentario le provocó una sonrisa.

—Buena chica. Muy buena chica, eso es. Entonces, sabrás que me resulta extraño esta cita en concreto, ¿cierto? —El panel no dejaba de subir—. Responde, Sarah.

—Sí, lo imagino.

Pestañeeé rápido para evitar que la vista se me nublara por las lágrimas.

—Dime, ¿tienes algo que ver? ¿Has hecho algo de lo que arrepentirte? Si me lo dices ahora, seré benevolente.

Le miré de frente, echando todo el valor que pude reunir.

—No tengo nada que ver con ese hombre —medié rogando porque así fuera.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Permíteme que lo dude —dijo Mesut antes de salir.

Un camarero japonés nos guió hacia el restaurante, y yo recé todo lo que sabía y en todos los idiomas que conocía porque en esa mesa realmente no estuviera Cristianno Gabbana. Casi pude respirar aliviada al descubrir que, en efecto, no estaba allí.

Un hombre bien engalanado se puso en pie. Me echó un rápido vistazo. Tenía una mirada tranquila y de confianza, además de una presencia

acogedora y elegante. Me sorprendió que alguien que demostraba tanto en tan poco tiempo recurriera a los servicios de Mesut.

Pero mi experiencia en aquel universo me recordó que las apariencias engañaban y que yo simplemente era una insulsa gota de agua en medio de un desierto abrasador.

—Buenas noches, señor Reiner —saludó Mesut—. ¿Lo he dicho bien?
—Se dieron la mano.

—Es Rainer —sonrió el hombre.

—Oh, disculpe.

—Supongo que esta es la belleza de la que tanto me han hablado. —El tipo se dirigió a mí.

—Preséntate, querida, vamos.

—Buenas noches, encantada de conocerle —murmuré aceptando que el hombre cogiera mi mano y la besara. Mesut tomó asiento mientras yo me perdía en aquella extraña mirada—. ¿Les importaría que me ausentara un momento para ir al servicio? —Le hice la pregunta a Mesut, aunque hubiera utilizado el plural.

—Adelante, querida.

Caminé todo lo recta y segura que pude y entré al servicio tomándome un instante para recuperar el aliento. Sin embargo, supe que había cometido un error porque los espasmos y los gemidos me asolaron de súbito.

El aliento se desbordó, el pulso se me disparó, apenas pude mantenerme en pie. Controlar aquel ataque no sería sencillo y mucho menos borrar su rastro cuando tuviera que regresar.

«Ya viene... El final». La voz de mi abuela inundó mi mente. Pero una vez más supe que no era cierto, que mi abuela tan solo habitaba en mis recuerdos y que su voz tan solo era un mecanismo de defensa de mi subconsciente.

No podía haber un final. Al menos no uno bueno.

Me retoqué como pude, me erguí y salí de allí clavándome las uñas en las palmas de la mano.

El restaurante estaba dividido en secciones. El comedor, que estaba al otro lado de la estancia; el apartado para aperitivos, donde una pareja tomaba un vino; y la barra. Aquella noche tenían pocas reservas, apenas

había gente. Razón de más para no comprender por qué sentí aquel intenso escalofrío.

Entonces le vi. Y sus profundos ojos azules me cortaron el aliento.

Estaba solo en aquel rincón, su mirada consumiéndome en silencio mientras todo a nuestro alrededor funcionaba ajeno al caos que detecté en el espacio que nos separaban.

Miles de sensaciones chocando entre sí, volviéndome loca, acelerándome el corazón hasta hacerme creer que estallaría.

Había escuchado cientos de veces que cuando dos personas se miran de esa forma todo lo demás se detiene y desaparece. Pero no era cierto. El mundo comenzó a dar vueltas a mi alrededor a una velocidad estremecedora, como si estuviera en medio de un huracán.

Me ahogué en aquellos ojos, deseé saber lo que ellos observaban, si estarían pensando lo mismo como yo. Creí que sería un buen lugar donde vivir, aunque significara convertirme en un mero recuerdo.

—¡Tú! —La voz de Vladimir me sobresaltó—. ¿Qué estás haciendo? Estamos esperándote.

—Lo siento.

Me cogió del brazo y tiró de mí hacia el comedor. Desvié un poco la vista hacia el desconocido y alcancé a verle apretar la mandíbula, gesto que endureció su increíble rostro. Yo bajé la cabeza y rogué porque no descubriera en quien me habían obligado a convertirme.

—Vaya, sí que has tardado —dijo Mesut disimulando su enfado.

—Disculpádmeme. —Tomé asiento frente al cliente.

—Estás completamente perdonada —sonrió el hombre—. Además, Mesut y yo tan solo estábamos hablando de nimiedades, ¿cierto?

—Según se mire.

Hubo desafío en la mirada que el turco le envió al hombre. Una tensión muy difícil de describir y que no hizo más que incrementar la mía propia. Fue una suerte que el camarero interrumpiera aquel escalofriante silencio.

—Caballeros, señorita.

Sirvió los platos principales con la precisión digna de un cirujano.

—Me he tomado la libertad de pedir por ti, espero que no te importe —me informó el señor Rainer y tuve que fingir una sonrisa.

—En absoluto. Seguro que todo está delicioso.

—Bien, ¿por dónde íbamos? —interrumpió Mesut ignorando por completo la comida.

—Me comentaba que nuestra hermosa invitada —me señaló con el tenedor— le traicionó hace unas semanas. Y supone que tuvo ayuda. Lo que me convierte en sospechoso dado que no figuro en su lista de clientes habituales.

Me heló la frialdad y seguridad con la que resumió la conversación que habían mantenido en mi ausencia. Si en ese momento hubiera caído una bomba, creo que ninguno de los presentes nos hubiéramos dado cuenta.

Rainer se puso a comer como si nada e incluso hizo un gesto de placer ante el sabor, detalle que provocó que Mesut apretara la mandíbula de puro enfado.

Yo ya sabía que el turco había iniciado una investigación paralela a mis torturas. Pero no había logrado nada más que unas imágenes más en el aeropuerto de Hong Kong donde aparecía sola y la dudosa confesión de mi compañera, Rusia; le había costado la muerte no recordar demasiado por estar bajo la influencia de la metanfetamina.

—No recuerdo haber sido tan extraordinariamente sincero —masculló—. Pero es bueno que vayamos al grano. Facilita las cosas.

—Adelante, no tengo nada que ocultar —respondió Rainer con la boca llena.

—Entonces, no le importará ponerme en antecedentes. A qué se dedica, cómo nos ha conocido.

—Oh, eso es sencillo. Imre Harsányi. Le conoce, ¿cierto?

Como para no hacerlo. Ese hombre era un sádico adicto al sexo rudo y el *bondage* violento. Por suerte, jamás estuve con él. Según su punto de vista, yo era demasiado delicada para sus «necesidades».

—Falleció hace semanas —gruñó Mesut, creyendo que había cazado a Rainer en plena mentira. Pero ese hombre parecía tener recursos para todo.

—Cierto, de un infarto de miocardio. Fue terrible, trabajé para él tras sacarme el máster en economía. Universidad Bocconi.

Mesut sonrió.

—Percibo que se toma esto un poco a broma.

—Mire, señor Gayir —suspiró Rainer soltando los cubiertos para limpiarse la comisura de los labios. Después se cruzó de manos—. He

pagado cien mil dólares por una noche mágica junto a esta señorita. Y en cambio me encuentro ante usted siendo sometido a un interrogatorio. Por tanto, he sido estafado. Así que permítame que esta situación me la tome como me plazca, ¿quiere?

Las ocasiones en que alguien le había plantado cara a Mesut de aquella forma no terminaron del todo bien. Tenía sentido que me hubiera entiesado en la silla y que estuviera al borde de rogar porque Vladimir no sacara un arma y le pegara un tiro a Rainer.

Sin embargo, lo único que sucedió fue que Mesut y su segundo se hablaron en silencio, y es que ambos llevaban un auricular por el que seguramente alguien les estaba confirmando toda la información. Detalle que el suizo también advirtió. Pero esperó paciente y confiado, seguro de que Mesut ya había empezado a detestarlo.

Un instante después, el turco sonrió.

—No sabe cuánto lamento este incidente, señor Rainer —se disculpó Mesut—. Ando un poco escéptico con todo esto. Teniendo en cuenta que mis servicios se contratan con anticipación, sospeché de inmediato de usted.

—Es algo lógico. Lo comprendo. Supongo que ha sido una casualidad muy desafortunada.

Aunque se estuvieran disculpando, persistía aquella densa tensión.

—En efecto. En fin, le haré un descuento por el inconveniente. —Se puso en pie y se acercó a mi oído sin quitarle ojo a Rainer—. Grecia, sé buena con él.

No aparté la vista del espacio donde Mesut había estado sentado. Ni siquiera cuando supe que ya había abandonado el restaurante.

—Vaya, creí que no se iría nunca —bromeó el suizo obligándome a forzar una sonrisa. Quedarme a solas con él no cambiaba nada. Seguía siendo un momento abominable.

—Es un hombre bastante persistente. —Traté de ser complaciente mientras él reanudaba su comida.

—Además de intimidante —se mofó—. No sé cómo lo soporta.

—Tampoco es que tenga remedio —dije por lo bajo.

—¿Cómo dice?

—Oh, nada. Pensaba que esta carne está deliciosa.

El hombre sonrió y me echó un vistazo dulce.

—Ni siquiera ha probado bocado.

—Supongo que estoy un poco nerviosa —admití honestamente.

La verdad era que Rainer lograba suscitar confianza, aunque esa no fuera su intención. Yo ya sabía que no podía creer en nada, pero necesitaba un momento en el que no tuviera que estar en guardia.

No creí que duraría tan poco.

—Pues tendrá que soportarlo porque tengo una sorpresa para usted, señorita Zaimis.

Un fuerte calambre atravesó mi cuerpo y me hizo temblar tan violentamente que creí que me caería de la silla. Lo curioso fue que a Rainer le gustó mi reacción y no supe si fue porque era un maldito desquiciado o porque se sentía orgulloso de lo conseguido.

—¿Qué ha dicho? —jadeé.

—Que tengo una sorpresa. —Esquivó la pregunta.

—Me ha llamado por mi apellido.

Se acercó un poco a mí.

—¿He cometido un error? —susurró.

Empecé a asustarme. Ya no podía controlar los temblores de mis manos ni tampoco los escalofríos o el pulso. Me inundaron tantas preguntas que olvidé por completo dónde estábamos o que Rainer apoyara una mano sobre la mía. La retiré de inmediato.

—¿Quién es usted? —gemí.

—Verá, Sarah. —Rainer se puso en pie—. Llevo casi veinticuatro horas sin dormir y soy un hombre que se toma muy en serio su descanso. Así que dejaré que alguien con mayor conocimiento que yo sobre la situación se lo explique todo.

—¿De qué está hablando?

Me encogí aterrorizada. No entendía nada.

—Oh, no hace falta que se asuste —me rogó al tiempo que otro hombre se acercaba—. Vaya, qué alegría. Iré a concretarlo todo.

Y Rainer se fue para dejarme a solas con el mismo hombre que un rato antes había logrado paralizarme. Era desquiciante lo confundida que me tenía aquella situación. Apenas podía pensar con claridad, y su presencia no ayudaba.

Sus labios entreabiertos. Sus ojos clavados en mí, como queriendo disculparse. Sus hombros rectos, sus manos casi convertidas en puños. Tan

nervioso como seguro de sí mismo.

Comencé a hiperventilar. Me sentí tan inestable que creí que en cualquier momento me desplomaría.

—Buenas noches, señorita Zaimis. —Tragué saliva. Lo que fuera que iba a pasar, cambiaría mi vida por completo, de eso estaba segura—. Soy Enrico Materazzi. Me envía Cristianno Gabbana.

Una lágrima resbaló de mis ojos. Se perdió entre mis labios. Y mientras tanto aquel hombre, que decía llamarse Enrico, no dejaba de contemplarme como si yo fuera el centro de su universo.

Así que todo aquello había sido planeado. Mentirle a Mesut, fingir ser un cliente. Cristianno no estaba allí, pero se había asegurado.

«Ya viene... El final», y ahora no sabía si mi abuela se refería al final de todo o al hecho de estar frente a un hombre que se había metido en mi piel en apenas segundos.

—No puedo respirar... —jadeé y sé que Enrico dijo algo, pero no pude escucharle.

Me desmayé.

Capítulo · 14

Cristianno

Catorce horas.

Ese fue el tiempo que nos pasamos buscando a Eric, hasta que mi hermano Diego le encontró en Focene después de haber recibido el aviso de nuestros aliados de la zona.

Tenía sentido que estuviera allí, en la cima de un promontorio que delimitaba una residencia que, antes de ser embargada, había pertenecido a los Calvani. Aquel lugar se había convertido en algo simbólico para él, fue donde empezó su historia con Luca; la misma noche en que salvé a Kathia después de haberla visto caer desde el mismo punto en el que ahora se encontraba mi amigo.

Suspiré tembloroso y agaché la cabeza.

Tenía grabado a fuego en mi memoria el modo en que Eric cerró los ojos y se perdió entre las sombras un instante después de ver morir a su novio en mis labios. Quizá por eso me sentía tan inseguro.

No sabía cómo reaccionaría al verme ni tampoco si habría empezado a odiarme. Ninguno de los dos imaginábamos los sentimientos de Luca, pero mucho menos pudimos sospechar lo infectados que estaban y lo capaces que eran de destruir.

En realidad, Luca nunca aspiró a tener algo conmigo. Siempre supo que yo era alguien imposible, que lo único que lograría de mí sería respeto y un sincero cariño fraterno, libre de perjuicios.

Sin embargo, poco importaba a quién hubiera amado y el porqué. Eric había sido la herramienta, puede incluso que la excusa, y eso superaba cualquier otra traición.

Eché un vistazo a mi hermano. Estaba apoyado en su coche, de brazos cruzados. No había quitado ojo del peñón ni siquiera para mirarnos. Cuando observaba de aquella manera no había persona en el mundo que

imaginara lo que estaba pensando. Así que me limité a acercarme a él sin cuestionarme nada más.

Fue entonces cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —pregunté. Había empezado a caer la noche.

—Ya lo estaba cuando he llegado.

—¿Y por qué no has ido a por él?

—No creo que verme a mí sea lo que necesita, Cristianno.

Diego ya conocía la situación. Su suspicacia para recopilar información sin mencionar palabra era una habilidad muy conocida por todos. De hecho, a veces sorprendía teniendo en cuenta lo terriblemente impulsivo que era.

Empecé a caminar en dirección al promontorio. Sabía que Mauro y Alex me seguían de cerca. Pero no pude escuchar sus pasos porque la brisa, el rumor de las olas y mi propia respiración me taponaron los oídos.

Me detuve indeciso a unos metros de Eric.

—No sé cómo hablarle —dije trémulo.

—No lo hagas —me aconsejó Mauro dándome el valor que necesitaba para continuar avanzando.

Ellos se quedaron atrás y dejaron que me acercara a Eric porque sabían que aquel momento era nuestro, mío y suyo.

Me coloqué a su lado. Quería que fuera algo casual, algo que le ahorrara incomodidad.

Eric me oteó de reojo, pero enseguida devolvió la vista al horizonte. Imité su gesto, guardándome las manos en los bolsillos del pantalón. Y esperé. No recuerdo cuánto, tan solo sé que pasó el tiempo suficiente antes de verle formar una sonrisa nostálgica.

—Sabía que vendrías —murmuró dando por hecho que Mauro y Alex estaban allí.

Era lo que tenía habernos criado juntos, inseparables.

—No ha sido fácil encontrarte —admití y un ramalazo de incertidumbre me golpeó con violencia.

—Pareces inseguro. Pero soy yo quien ha disparado, Cristianno.

—Para mí ha sido como apretar el gatillo contigo.

Nos miramos fijamente. Me vi reflejado en sus pupilas con tanta nitidez que creí que terminaría formando parte de su mirada. Pero no hallé

rencor o rechazo. Fue un vistazo honesto, casi suplicante. Me provocó tal estremecimiento que no me extrañó que mis propios ojos comenzaran a titilar. Agaché la cabeza en señal de respeto.

—¿Por qué tendrías que pedir perdón? —Fue asombroso que Eric entendiera el gesto—. ¿Por qué, Cristianno?

—Lo sabes bien —suspiré.

—¿Y qué culpa podrías tener tú? Ni siquiera lo imaginabas.

Cierto. Tenía tan asumido a Luca como un amigo que nunca le imaginé concibiendo sentimientos románticos hacia uno de nosotros. Incluso me sorprendió el día que supe que Eric le atraía.

—Pero debería haber supuesto que arrasaría con todo antes de marcharse.

La muerte se había dado en el peor momento, dejándonos cientos de preguntas que jamás se resolverían.

—Entonces, tiene sentido —me confesó Eric.

—¿El qué?

—Que me esté culpando.

—Tú no...

—He pensado en cada uno de los momentos que he compartido con él —me interrumpió y se dio la vuelta adoptando una postura que permitió que Alex y Mauro formaran parte de la conversación—. Besos, caricias, secretos... «Vivimos poco, así que debemos darnos prisa» me dijo una vez. Después me tumbó en la cama y comenzó a desvestirme. Me pudo el miedo. Me sentí incómodo, como si algo no funcionara entre los dos. —Frunció el ceño y negó con la cabeza antes de señalar a Mauro.

Mi primo asintió porque sabía lo que Eric contaría a continuación. Visitó el edificio el mismo día que Marzia Carusso presentaba su galería. Así que ambos compartieron un momento a solas mientras yo luchaba por no robarle un beso a Kathia en los jardines del club de campo de su puñetera madre.

Eric había sentido que algo no funcionaba con Luca, que quizá su orientación sexual no estaba tan clara como creía, porque al ser acariciado por un hombre no sintió lo que esperaba.

Sin embargo, mi primo le propuso hacer una prueba que mi amigo aceptó tras reconocer que Mauro le resultaba atractivo. Se besaron, acto que más tarde le confesó a Luca.

Desde entonces todo empezó a fluir. Eric superó el tabú de su homosexualidad y no se opuso a los sentimientos hacia el Calvani, que no dejaban de crecer.

—Hablé con él. Diego acababa de dejarme en casa. Me dije que las emociones jugarían un papel muy importante, así que dejaría que ellas me indicaran qué hacer. —Inclinó la cabeza hacia atrás en busca de aire—. Cuando escuché su voz sentí una presión en el vientre. No era una buena señal. Le odié de inmediato, Cristianno... —Mi nombre sonó como un sollozo—. Pero mentí. Mentí como nunca lo he hecho en mi vida. ¿Y sabes a quién imaginé ante mí en ese maldito momento? —Tragué saliva, sabía a quién iba a mencionar. Me lo dijeron las tímidas lágrimas que se escaparon de sus ojos—. Exacto. A Kathia. Apuntando a su maldito padre con una pistola mientras negociaba por tu vida. Ya imaginas quién dio el chivatazo, ¿cierto?

Apreté los dientes y desvié la vista sintiendo un agotamiento que por poco me asfixia. En realidad, quise gritar. Quise maldecir a Luca con tanta violencia que de haber estado vivo le habría matado con mis propias manos.

Nunca creí que uno de mis amigos pudiera albergar tanta ruindad. No solo nos había expuesto a Kathia y a mí, sino que había jugado con todos nosotros como si nuestras emociones fueran meras fichas de ajedrez.

—Me lo contó todo... Todo. —El llanto de Eric ya era un hecho que no quería disimular—. Hemos estado compartiendo espacio con alguien que tan solo se preocupaba por su estatus, no le importó poner la vida de las personas que amo en peligro y se abasteció de los rencores y deseos de otros para lograrlo. Y yo... —Un gemido le robó el aliento—. Y yo creyendo que él me quería honestamente. Imaginando que lo nuestro podía tener futuro, a pesar de las señales que me gritaba mi cuerpo.

Empezaba a entender la inclinación que estaba tomando aquello. De pensar que Eric podía odiarme, a ser él quien temía que yo le odiara. No me había preparado para una situación como aquella, ni siquiera la había imaginado.

—Eric... —susurré queriendo acariciarle.

—Kathia ha matado a Erika.

Su voz dejó mi mano suspendida en el aire a unos centímetros de su mejilla.

—¿Qué? —jadeé.

No podía creer lo que acababa de escuchar. Tal vez habían sido una mala pasada de mi propio estado. Tal vez...

—Erika le ofreció una recompensa económica por toda la información que pudiera descubrir. Luca siquiera se lo pensó. Aceptó y yo como un gilipollas le conté todo el plan... —Me tambaleé hacia atrás. El pulso se me había disparado. Temí que no me dejara escuchar—. Pero no sabía que Erika estaba negociando con los Bianchi. El resto de la situación la conoces bien.

Claro que sí, terminó en el aeródromo conmigo gritando el nombre de mi Kathia mientras Valentino se la llevaba por la fuerza.

—Erika está en Turquía —dije sin apenas aliento. Siquiera me atreví a mirar a mi primo o a Alex. Seguramente ellos estarían tan impactados como yo.

—No, Cristianno. Mintió. —Eric cerró un momento los ojos y se limpió las lágrimas con el reverso de la mano—. Todo el paripé de la maldita azafata, el hecho de que Angelo y Valentino estuvieran en el *jet*. El puto tiroteo. Fue Erika quien les advirtió después de haber obtenido la información de Luca.

Me llevé las manos a la cabeza. Ahora comprendía por qué Eric había querido estar solo, por qué se sentía tan vacío y desolado. Por qué había sido él quien había apretado el gatillo.

A Eric poco le importaba si la muerte de su pareja le hacía un agujero en el pecho que arrastraría de por vida. Le daba igual su propio dolor. Lo que no soportaba era haber descubierto que toda aquella situación había terminado hiriéndome a mí. A Kathia. A Daniela.

Me miró. Sus ojos ahogados en lágrimas. Un fuerte temblor cruzando sus mejillas. Los dientes apretados. Los hombros encogidos. Todo él transmitía culpabilidad y dolor.

—¿Lo entiendes ahora? —sollozó—. No eres tú quien debe pedir perdón... Que Luca te amara a ti poco importa. El hecho de verte echar de menos a Kathia es por mi culpa. Matarle ni siquiera ha satisfecho mis remordimientos.

No negaría que me sentía devastado, furioso, resentido. Pero Eric no tenía la culpa. No la tenía.

Me acerqué a él y capturé su rostro entre mis manos hasta apoyar mi frente en la suya.

—Escúchame bien, Albori —mascullé—. Yo nunca, jamás podría odiarte. Eres mi compañero, ¿entiendes? —Le zarandeeé mientras él se deshacía en lágrimas—. Eres parte de mí.

Subió sus manos hasta mi pecho y estrujó la tela de mi jersey al tiempo que descansaba la cabeza en mi hombro. La inercia nos empujó a caer de rodillas en el suelo y no dudé en aferrarme a él con todas mis fuerzas.

—Perdóname... —gimoteó.

—Cállate. No tengo que perdonar nada —le susurré al oído.

Dejé que llorara. Dejé que lo hiciera hasta faltarle el aliento. Pero con la tranquilidad de saber que mi cuerpo refugiaba sus temblores y miedos.

No alejaría a ese muchacho de mí, aunque me costara la vida.

Capítulo · 15

Sarah

Empezó en mis piernas. Una sensación hormigueante y delicada. Pequeños escalofríos que avanzaban hacia mi vientre y se arremolinaban en mi pecho. La respiración pausada, el cuerpo inesperadamente relajado. Un alivio desconocido. Síntomas que no recordaba, algunos siquiera los había experimentado.

Después, una sutil bruma inundando mi sueño. Por entre aquel velo fulgurante, vi la silueta de un hombre. Extendió su mano. No le pude ver el rostro, pero supe que sonreía amable, dulce.

«Ya viene... El final». La voz de mi abuela retumbando en mi cabeza.

Creo que en ese instante comprendí que soñaba y entonces me obligué a coger aquella mano. Sin embargo, no llegué a sentir el contacto. La consciencia me reclamaba y me aturdió. No quería irme de aquel universo en el que Cristianno Gabbana me salvaba.

Abrí los ojos. Apenas había luz, un zumbido constante inundaba el lugar. Estaba tendida en una gran cama, cubierta con una colcha esponjosa, en medio de una ostentosa habitación. Aunque no recordara cómo había llegado hasta allí, tampoco me importó. Conocía muy bien la historia.

Pero en aquella ocasión, no estaba desnuda y tampoco había nadie compartiendo la cama conmigo. Ninguna señal de sexo a mi alrededor, sin rastro de resaca de narcóticos. Ni siquiera molestias en la entrepierna.

Me incorporé con lentitud y un poco temerosa. Me costaba hilar mis pensamientos, se amontonaban unos encima de otros empujándome a pensar en los peores escenarios.

«Soy Enrico Materazzi. Me envía Cristianno Gabbana», recordé. Y entonces le vi, sentado en una butaca, observándome expectante.

Tuve un fuerte sobresalto al verle ahí, tan cerca que podría haberle tocado con solo estirar el brazo. Súbitamente, me encogí en un rincón de la

cama, pegando la espalda a la pared y las piernas al pecho.

Él se puso en pie con las manos abiertas en señal de benevolencia.

—Tranquila, no voy a hacerte daño —susurró dando pasos cortos en mi dirección—. Tranquila, por favor.

Pero yo no le tenía miedo. Simplemente había sido la reacción de mis instintos al comprender que ese hombre era un aliado de Cristianno, el mismo que sin saberlo había atravesado todas mis defensas y tocado esa parte de mi cuerpo que creía inútil, un corazón herido.

—Enrico... —suspiré mirándole fijamente.

No esperé que sonriera de ese modo tan fascinante ni tampoco que mi pulso se acelerara hasta hacerme tragar saliva.

—Eso es. Soy Enrico —murmuró bajando las manos.

Esquivé sus ojos para mirar mi alrededor. Era una habitación reducida como para ser la *suite* un hotel tan lujoso como el Peninsula. También estaba el detalle de las ventanas, demasiado pequeñas y con una forma ovalada.

—¿Dónde estamos? —quise saber.

—Terminando de sobrevolar el mar Caspio.

Volví a mirar al Materazzi, esa vez terriblemente impresionada. Los ojos se me empañaron. No recordaba nada, más que intentaba cenar con Rainer cuando Enrico se presentó. Después, todo fue un absoluto silencio que terminó empujándome a ese momento.

—Te desmayaste en el restaurante —explicó Enrico con solemnidad—. No había tiempo que perder, así que aproveché que dormías para salir de Japón. Llevamos unas nueve horas de vuelo, quizá un poco más.

La realidad abrumaba. Ya no solo por los hechos, sino también porque había señales evidentes para creer que Enrico había estado junto a mí todo ese tiempo, velando por mi sueño.

—¿A dónde nos dirigimos? —inquirí.

—Roma. —Su voz me estremeció. Fue como si me lo hubiera susurrado al oído.

«Roma». Un intenso calor me invadió. Quise desprenderme de la colcha y al hacerlo me extrañó ver que no llevaba el vestido rojo. Alguien lo había sustituido por un pijama de camisa y pantalón.

—Clarissa, nuestra azafata, te cambió de ropa para que pudieras estar cómoda —justificó Enrico, sabedor del ramalazo de vergüenza que sentí al

imaginarme desnuda ante él.

—¿Así que he estado dormida todo este tiempo?

La pregunta no llevaba como objetivo incomodarle y mucho menos sonar arrogante. Pero a Enrico le puso un poco nervioso.

—Supuse que necesitarías descansar. Te pido disculpas.

—Disculpas. Tú a mí... —resoplé con una sonrisa triste.

Agaché la cabeza. Tenía la información suficiente como para sentir calma. Pero empecé a sollozar incrédula ante la situación, sin creermelo estar lejos de Mesut y al borde de vivir sin terrores acechándome constantemente.

Tuvo que ser una reacción bastante intensa, porque Enrico enseguida se lanzó a mí y buscó mi mirada reteniendo su intención de tocarme.

—No llores, por favor —dijo bajito—. Sé que tienes miedo, pero ahora estás a salvo.

—No es eso. —Le miré de reojo. Sincerarme con él era lo menos que podía hacer—. Esta es la segunda vez que Cristianno me rescata. Y sé que soy egoísta por sentir felicidad a costa de lo que podría suceder después...

Las lágrimas no dejaban de caer. Estaba preocupando a Enrico.

—Mesut —mencionó y yo asentí con la cabeza.

—Me encontró una vez. Podría hacerlo de nuevo. —Me froté el rostro con las manos—. Soy una estúpida.

—¿Por qué?

—Sabía que era peligroso y aun así llamé. Soy una estúpida y una egoísta y...

—Y valiente —me interrumpió—. Porque llamaste. Porque te arriesgaste. —Temblé y sentí como aquel nudo de aprensión que se había afincado en mi vientre lentamente desaparecía—. Has cumplido tu misión. Así que ahora deja que nosotros nos encargemos del resto.

—¿Y si os hace daño?

Imaginar a Cristianno herido por mi culpa empezaba a atormentarme. Y de pronto caí en la cuenta de que el Gabbana no era el único que me preocupaba. Que el hombre que tenía delante, conteniendo las ganas de acogerme entre sus brazos, le había dado forma a emociones que jamás creí que existirían.

—Mesut no se atreverá a desafiar a un Gabbana —dijo. Sus ojos clavados en los míos—. No dejaré que te ocurra nada.

Mi aliento se contrajo. Me perdí en aquella mirada, en todo lo que me hacía sentir y supe que mi miedo ante la ira de Mesut era tan grande como las emociones que Enrico me despertaba.

—¿Quién eres? —susurré.

—Enrico Materazzi.

—No, tu nombre no.

Silencio. No dijo nada. Tan solo acercó su mano a la mía y cerré los ojos ante el roce de las yemas de sus dedos.

«Maldita sea, has caído estrepitosamente». Lo supe en cuanto volví a mirarle.

Me alejé de su contacto y avancé hacia el filo de la cama para apoyar los pies en el suelo. De pronto, quería alejarme todo lo posible de Enrico. Amar a un desconocido no solo era un error, sino que me arrastraba al borde de un precipicio que quizá no tenía final. Y yo conocía demasiados tipos de sufrimiento como para permitirme uno más.

Además, no tenía sentido. En el dedo corazón de su mano izquierda brillaba casi insultante un anillo dorado. Ese hombre pertenecía a una mujer. Albergar sentimientos por él, permitirme siquiera pensar que podía amarle, era una locura que no debía tentar.

«No existe el amor para personas como yo», me dije y entonces me puse en pie.

—Lo siento... —suspiré retocándome el cabello. Estaba nerviosa—. Ha sido una pregunta estúpida.

Y quise salir de allí, encerrarme en el baño, esconderme hasta que el avión aterrizara. Pero Enrico no lo permitió.

—No... —Me alejé de súbito. Fue una reacción involuntaria. No tenía por objetivo hacerle creer que le tenía miedo.

Volvió a levantar los brazos. Parecía entender extraordinariamente bien mi repulsa al contacto.

—En realidad, no lo es —murmuró al cabo de unos segundos—. La pregunta quiero decir. Es solo que no sé cómo responderla. Supongo que tendremos que descubrirlo con el tiempo.

Que hablara en plural me provocó un escalofrío.

«Detente de una vez. ¿No ves que no eres suficiente para él?», gruñó mi fuero interno mientras mis ojos se perdían en los del hombre. «No aspire a algo que no puedes tener».

—Me gustaría estar a solas —le pedí—. Si es posible.

Enrico supo de inmediato que algo no iba bien. Frunció el ceño y los labios y trató de analizarme sin cohibirme demasiado. No sé si descubrió algo, si lo imaginó o simplemente concibió sus propias conclusiones. Lo que sea que estuviera ocurriendo en su mente no tuvo reflejo alguno en su rostro. Tan solo me miró como lo había estado haciendo todo ese tiempo, con un afecto que me dejaba al borde de rogarle por un abrazo.

—Claro... —dijo y tragó saliva—. Estaré fuera. Puedo pedir que te preparen algo de comer.

—No será necesario. —Fingí una sonrisa. Eso se me daba bien—. Solo necesito estar sola.

—De acuerdo. —Él también fingió.

Simuló que no estaba preocupado, que no le importaba qué estuviera pensando. Y se encaminó hacia la puerta dando pasos cortos y dubitativos. La forma de su espalda bajo aquella camisa blanca, la curva de sus caderas, la línea de sus piernas. Aquella visión era algo espléndido de ver, pero representaba la distancia.

—Sarah —me llamó y volvió a mirarme. Esa vez por encima del hombro.

Justo entonces comenzaron los espasmos. Yo ya sabía que tarde o temprano asomarían, siempre lo hacían. Pero no creí que fuera por culpa de su voz.

Enrico no dijo más. Contuvo todas las intenciones que amenazaban en su boca y se fue como le había pedido.

Agaché la cabeza cuando escuché el chasquido de la puerta y liberé un jadeo que desató toda mi tensión. Mi aliento se precipitó, sentí una fuerte presión en el pecho. Los temblores cada vez más intensos. Y Enrico inundando mi mente.

—Maldita estúpida. ¡Estúpida! —gruñí entre susurros antes de agacharme en el suelo. Mi respiración más y más acelerada. Enredé las manos y me las llevé al pecho. Tenía que contener como fuera aquel ataque—. Para, para, por favor. Por favor —rogué en vano.

Conocía aquel tipo de ataques. Eran puro pánico. Pequeñas dosis muy concentradas que me empujaban a un estado de descontrol absoluto. Me había pasado tanto tiempo sometida que mi cuerpo no resistía nada que no

fuera terror o dolor. Mesut solía contenerlos con alguna sustancia que le aseguraban una actitud dócil de mi parte.

Avancé hacia el baño.

«Abstinencia, Sarah». Aquella maldita voz interior.

Abrí el grifo y me mojé la cara evitando mirarme al espejo. Después regresé a la habitación, me tumbé en la cama y me encogí en posición fetal. No comprendía muy bien el porqué de todo aquello. Todavía era pronto para sentir algún síndrome.

Normalmente me embargaban al segundo o tercer día de una ingesta obligada. Y dudaba mucho que la presencia de Enrico hubiera tenido algo que ver. O tal vez sí, quién demonios lo sabía.

De lo único que estaba segura era del lugar dónde me encontraba. A miles de pies del suelo, cada vez más cerca de Roma. Cuando llegara a la ciudad ni siquiera tenía una idea clara de lo que sucedería con mi vida.

Pero enseguida pensé en Cristianno y en las terribles ganas que tenía de abrazarle. Era increíble que una persona con la que apenas había compartido unas horas, me hubiera despertado un sentimiento tan puro y honesto.

Cristianno no imaginaba cuán importante era para mí. En cuántas ocasiones había recurrido a pensar en su rostro o sus manos para mantener la cordura. Él, sin estar, había sido mi gran apoyo.

No fue diferente en aquella ocasión. Los temblores comenzaron a disminuir hasta que pasaron a convertirse en un sutil hormigueo.

Fue entonces cuando alguien entró en la habitación. Al mirar encontré a Enrico, que cerró la puerta con el pie y caminó hacia la mesa para dejar la bandeja que portaba. A continuación, tomó asiento en la butaca, se cruzó de piernas y clavó sus ojos en mí.

Me asombró el cambio que se había dado en su mirada. Ya no parecía tan tímida y confusa como hacía un rato. Ahora lucía exuberante, osada y extraordinariamente segura de sí misma.

—¿En qué estás pensando? —No podía creer que hubiera dicho eso en voz alta.

Enrico sonrió. Fue una sonrisa tan malditamente hermosa que creí que me desvanecería. Era imposible no adorar su belleza.

—Que deberías comer algo.

Tragué saliva.

—No tengo hambre —tartamudeé.

—Entonces, continuaré observándote.

Maldita sea, parecía que podía escuchar mis malditos pensamientos. Y, para colmo, estaba cómodo con su dominio.

—¿Nunca te das por vencido?

—Si lo hiciera, ¿cómo conseguiría lo que deseo?

Lo peor fue sentir la certeza de que Enrico había mirado mi boca al mencionar aquello. Agaché la cabeza. Estaba claro que cualquier cosa que él hiciera supondría un maldito caos para mi cordura. Así que me debatí entre si ser obstinada y no comer, a pesar de tener su mirada sobre mí el resto del viaje, o aceptar lo que me pedía.

Me incorporé despacio sabiendo que él seguiría cada uno de mis movimientos con su mirada azul. Ni siquiera sé cómo demonios tuve valor de sentarme a la mesa y coger el cubierto. Supongo que fue una suerte que él se pusiera a otear su tableta.

Sin embargo, que no me mirara apenas cambiaba el estado de exaltación que me producía.

—No hace falta que te quedes —le advertí.

—¿Te molesta que esté aquí? —No dejó de prestar atención a lo sea que estuviera leyendo.

«En realidad, me pones nerviosa y haces que me sienta insegura y ansiosa y aturdida y abrumada».

—No —respondí y él volvió a sonreír.

—Entonces, me quedaré.

Suspiré y probé la carne.

—¿Tú no comes? —pregunté.

—Lo he hecho mientras dormías. —Continuó sin mirarme.

Debía reconocer que el silencio que compartíamos no era incómodo, pero su presencia me suscitaba demasiadas preguntas e inquietudes.

—¿Qué lees?

—Un informe pericial. —Fruncí el ceño, no estaba muy segura de lo que significaba y él se dio cuenta—. Soy policía, comisario del distrito de Trevi.

—Vaya... —Tragué saliva.

Me extrañó que un hombre aparentemente joven como él hubiera logrado un cargo tan importante. Desde luego sus superiores debían

confiar mucho. Razón de más para sentirme intimidada. Había hecho que un comisario recorriera medio mundo para rescatarme.

Enrico me echó un vistazo y después miró mi plato.

—Las verduras están deliciosas. Deberías probarlas.

Fue su forma de instarme a que continuara comiendo.

—Sí. —Cogí un trozo de col y lo mastiqué rápido—. ¿Y qué dice ese informe?

—Habla de una reyerta —respondió enseguida. Casi parecía complacido con que yo estuviera interesándome en conversar con él—. Tuvo lugar la madrugada pasada, a las afueras de Roma. Se ha saldado sin problemas, dentro de la gravedad del asunto.

Teniendo acceso a tal información, Enrico reiteró el poder que ostentaba. Lo que me inundó de incertidumbres.

—¿Por qué te ha enviado Cristianno? Pareces un muy hombre ocupado —dije sin preámbulos.

—Tenía asuntos que resolver. Y cualquier cosa que él me pida, se la daré. Es mi hermano.

Tuve un escalofrío. La intensidad con la que se refirió a su relación con Cristianno fue prodigiosa. No hacían falta más detalles para suponer que ambos se adoraban y se procesaban una lealtad absoluta.

—Pero no compartís apellido —dije bajito.

—Ni sangre —susurró regalándome una preciosa mirada—. Sé que esperabas verle a él.

Sonreí cabizbaja.

—En realidad no esperaba a nadie. Estar aquí ya es toda una sorpresa —confesé ganándome su completa atención.

Dejó la tableta sobre la mesa y decidió observarme sin complejos ni límites. Y yo lejos de acobardarme sentí que ser el centro de su atención era lo más increíble que me había pasado nunca.

—Él... Cristianno... Puede parecer precipitado, porque lo es, pero... ha sido el único que me ha mirado a los ojos. A su lado olvidé que soy un mero objeto.

—Eras —me corrigió.

—¿Cómo?

—Has dicho «soy». —Se incorporó hacia delante—. No sé por todo lo que has pasado ni el tiempo que ha durado. Pero conozco el final que ha

tenido y haremos lo que sea para que olvides todo. Cristianno, la familia. Yo mismo.

El corazón comenzó a latirme en la garganta. Me parecía una recompensa gloriosa haber tenido la oportunidad de estar compartiendo espacio con una persona como Enrico Materazzi. Algo que ni siquiera sabía si merecía.

—Fue mi madre —solté de súbito. La mirada empañada. Los ojos de aquel hombre clavados en mí—. Ella... dejó una deuda. Murió. Y Mesut pensó que sería buena idea cobrársela conmigo. Tenía quince años. —Resoplé una sonrisa que pronto se mezcló con unas tímidas lágrimas—. Bueno, dieciséis en realidad. Los cumplí ese día. Todavía quedaba un poco de tarta sobre la mesa cuando los hombres de Mesut entraron en casa... Mataron a mi abuela. No sé cómo, tan solo vi que había mucha sangre... A mí me encerraron en una celda. Me estrené tres meses después... —Fruncí el ceño. Me costaba ver aquel momento. Era como si una bruma lo hubiera enterrado—. Creo... Ya no lo recuerdo... Han pasado cuatro años... Y me parecen décadas.

Me sentía débil, desgastada, torpe e inútil. Alguien que tan solo servía para satisfacer las fantasías de otros.

—Veinte —murmuró Enrico. Su rostro se había tensado.

—¿Qué?

—Tienes veinte años.

Lo dijo con pesadumbre. Había contado el tiempo mientras yo trataba de contener el temblor que amenazaba en la punta de mis dedos.

—Sí... —suspiré y escondí las manos bajo la mesa rezando porque Enrico no se diera cuenta—. ¿Y tú?

Mierda, de nuevo no pude contenerme.

—Varios más —dijo amable.

—Eres enigmático incluso para mencionar tu edad.

Ambos sonreímos, algo tristes y decaídos. Pero lo hicimos con sinceridad y siempre pendientes de mantener aquel contacto visual que tanto me aportaba.

Después Enrico se removió en su asiento. Me pareció agotado y en realidad era algo lógico. En apenas cuarenta y ocho horas había cruzado dos continentes. No había tenido tiempo de descansar como era debido.

Se levantó para acercarse al mini bar que descubrí junto a un tocador. Cogió una pequeña botella de *whisky*, vertió el contenido en un vaso y lo tomó de un sorbo.

No sé qué me dolió más, si saber que me había enamorado de él o vislumbrar la existencia de sus demonios.

—Cristianno no ha podido venir porque era el protagonista de la reyerta —me confesó para mi sorpresa.

Un escalofrío me llevó a ponerme en pie.

—¿Está bien? —exclamé.

—Tranquila. Está esperándote en Roma. —Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás—. Aunque poco queda ya del muchacho que conociste en Hong Kong.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha ocurrido?

Era evidente que no les conocía lo bastante a ninguno de los dos y el tiempo compartido tampoco era suficiente como para albergar sentimientos hacia ellos. Pero estos existían inevitablemente. Cualquier cosa que pudiera ocurrirles, me heriría a mí también.

—Todos los problemas y las incertidumbres que ambos tenemos se reducen a Kathia Carusso.

Me tensé. Algo de mí se había preparado para recibir aquella información, pero en verdad había sido demasiado imprudente. A un sentimiento inesperado no se le puede hacer frente de cualquier manera. Lo que no esperé fue que Cristianno y Enrico compartiera el mismo interés romántico.

—¿Tu esposa? —dije cabizbaja y un tanto consternada.

—No, no... —sonrió Enrico, haciéndose una idea de mis pensamientos—. Ella es... —Se detuvo a coger aire—. Ella es mi vida. Y también la suya. Solo que Cristianno la ama de un modo diferente al mío.

—Está enamorado de ella —susurré.

—Así es.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Kathia está prometida con Valentino Bianchi —carraspeó al tiempo que se guardaba las manos en los bolsillos de su pantalón. Miró al suelo y negó con la cabeza—. Espero poder solucionarlo a tiempo. Espero que las cosas no se compliquen más de lo que ya están. Pero tengo miedo. Temo que nada salga como deseo. Temo que Cristianno sufra. Que Kathia...

No entendí que se escondía tras todas aquellas palabras dichas de súbito y sin control, pero detecté su enorme trascendencia. Y también el peligro que habitaba en ellas. Que un hombre como Enrico, que me había asegurado no temer las reacciones de Mesut Gayir, tuviera miedo tan solo podía significar una cosa: caos.

Avancé hacia su posición y me coloqué frente a él olvidando lo que me hacía sentir su presencia. En ese momento solo quise consolarle.

—Encontrarás la manera —murmuré—. La encontrarás.

—¿Por qué lo crees?

—Es lo que has hecho conmigo, ¿no? Encontrar la manera. Y además, un sentimiento tan puro no puede destruirse tan fácilmente.

Si Cristianno había escogido amar a esa chica hasta ponerse en peligro, entonces merecía la pena creer. Dios y tanto que la merecía.

—Te equivocas. Esto es la mafia, Sarah —admitió él—. En ocasiones, el amor es imposible. Cristianno y Kathia son prueba de ello.

«Mafia». Enrico debía de estar acostumbrado a vivir en ella si no temblaba al mencionarla.

—¿Hablas por ti también? —inquirí y eché un vistazo involuntario a su mano.

La audacia del Materazzi volvió a imponerse.

—Que lleve este anillo no significa que esté enamorado. Al menos no de mi esposa.

La sorpresa fue brutal. Estalló en mí y me atravesó con un violento espasmo. Era cierto que cabía la posibilidad de estar ante un hombre infiel, alguien a quien su esposa le espera en casa mientras se satisface con su amante. Pero conocía a ese tipo de individuos y Enrico no era uno de ellos. No tenía el gen de alguien ruin.

Di un paso al frente, acortando aún más la distancia.

—Has antepuesto la mafia al amor que dices comparten Cristianno y Kathia. Pero tratas de buscar una solución. ¿Cómo puedes creer que es imposible? —le desafié y él me regaló una sonrisa dulce y nostálgica.

—Sabes leer a las personas. Harás que te tenga miedo.

Supe que me había ruborizado por el calor que se expandió por mis mejillas. El corazón se me disparó y su forma de latir casi dolía. Maldita sea, nunca había conocido a nadie tan fascinante como él.

—¿Escondes algo? —pregunté sorprendiéndole.

—Muchas cosas —dijo observando mi boca.

Tragué saliva.

—Dímelas.

Él agachó la cabeza y liberó un profundo suspiro antes de volver a mirarme.

—Sé dónde está Kathia y prefiero guardar silencio para mantener a Cristianno lejos de ella.

—¿Por qué? —No dejé que la confesión me acorralara.

Y de nuevo una sonrisa.

—¿Esa es la pregunta que realmente deseas hacerme, Sarah? ¿No prefieres decirme que soy un maldito canalla?

Quizá era lo correcto, pero intuía que Enrico era mucho más que una fachada increíblemente atractiva.

—Tienes secretos muy poderosos. De conocerlos quizá podría juzgarte, pero supongo que el tiempo juega en contra. —Me mordí el labio. Sentía un extraño ahogo en el pecho. Sus ojos jugando a mirar los míos y deslizarse hacia mi boca—. Me siento privilegiada, porque he conseguido más de lo que podía esperar.

Entonces me estremecí. Sin quitarme ojo de encima, Enrico apoyó sus dedos en los míos hasta saberse con el permiso de ir más allá y enredarlos. No estaba preparada para una caricia así, pero ese resquemor tan solo duró un instante. Después cerré los ojos y me dejé llevar ajena a que terminaría apoyándome en su pecho.

Enrico tardó unos segundos en responder al abrazo, pero cuando lo hizo me envolvió con intensidad y hundió su rostro en mi hombro. Su aroma me llenó por completo. Estaba tan centrada en el extraordinario regalo que acababan de hacerme mis impulsos que ni siquiera me di cuenta de llegada de la azafata.

Quise apartarme y disimular, pero ni a la mujer le importó ni Enrico lo permitió.

—Señor Materazzi. Disculpe la interrupción, pero vamos a aterrizar.

—Bienvenida a Roma, Sarah Zaimis —me susurró Enrico al oído.

Exhalé.

Capítulo · 16

Cristianno

Ni siquiera cogí el coche al salir. Eran poco más de las dos de la madrugada cuando atravesaba corriendo como un loco la Piazza di San Silvestro.

Había recibido un mensaje de Enrico indicándome que se dirigía con Sarah a su residencia personal en Via Frattina para pasar la noche allí. Y podría haber esperado a verla por la mañana, pero me pudieron las ganas.

Llegué a tiempo de ver el vehículo del que se bajó Enrico ajustándose la chaqueta. Me echó una sonrisa cómplice. Y entonces vi a Sarah. Colocó torpemente los pies en el suelo y miró a su alrededor tan desconcertada como fascinada. Todavía no me había visto.

Suspiré aliviado de saberla en mi territorio. Al fin podría darle una oportunidad de verdad.

Avancé muy despacio. Apenas dos metros después, sus ojos dieron con los míos. Al principio, le costó reconocerme. Me observaba sin ver nada, como si una parte de su mente aún no pudiera procesar todo lo que le estaba ocurriendo. Sin embargo, no duró y se llevó las manos a la boca al tiempo que unos fuertes sollozos la embargaban. Creí oírle decir mi nombre cuando echó a correr, no estaba seguro, todavía nos separaban unos metros.

Recibí con los brazos abiertos el brusco embate de su cuerpo y nos abrazamos con tanta fuerza que a punto estuvimos de caer. Ella empezó a temblar con dureza. Tuve que aumentar la firmeza del contacto para contener aquella hiriente reacción.

Enrico observaba pausado. Su agotada mirada clavada en la mía, prudente pero indagadora. Analizando cómo dos desconocidos habían logrado encajar con tanta precisión. Seguramente él ya sabía que Sarah era del tipo de persona por la que no importaba el riesgo.

—Dios mío, me tenías tan preocupado —jadeé acariciando su cabello.

—Creí que nunca volvería a verte —sollozó—. Lo deseaba tanto...

—Y yo, cariño. Y yo. —Me alejé para capturar su rostro entre mis manos—. Pero ya estás aquí, en casa. —Apoyé mi frente en la suya y cerré los ojos—. Menudo susto me has dado.

—Lo siento mucho... No sabía qué hacer... —gimió y se aferró a mi cuello.

Mientras tanto, Enrico despidió a su chófer antes de acercarse a nosotros.

—Lamento interrumpir, pero será mejor que subamos, Cristianno —dijo con solemnidad.

Me pareció que no se atrevía a mirar a Sarah más de tiempo del debido.

—Vamos. —La insté a caminar sin dejar de abrazarla y ella obedeció apoyando la cabeza en mi hombro.

Enrico nos dio paso al interior del portal. Le seguimos por el sendero que cruzaba el jardín y subimos al ascensor.

—¿Te han tratado bien? —bromeé ganándome un vistazo bravucón del Materazzi.

—¿Por quién me tomas, imbécil?

Sarah sonrió y respiró trémula. Las lágrimas quizá insistirían un poco más, pero ya no serían tan crueles.

Al entrar al piso, nos dio la bienvenida el aroma dulce y cítrico que siempre rodeaba a Enrico. Para mí era algo muy frecuente, pues sabía de la fascinación del Materazzi por la botánica, algo heredado de su madre.

Pero para Sarah fue todo un descubrimiento toparse con un entorno tan extraordinario. No sabía que muy pocos habían logrado entrar allí. Ni siquiera Angelo Carusso lo había hecho.

Nos encaminamos a una habitación. Enrico se quedó en el umbral y esperó a que entráramos para cerrar la puerta. Nos dejó a solas, y podía achacarlo a la increíble templanza que siempre le caracterizaba, pero en aquella ocasión me pareció que había algo más. Como que necesitaba tomarse un momento para meditar.

—No sé cómo os lo voy agradecer, Cristianno —comentó Sarah acariciando mi mejilla. Besé la palma de su mano—. Lo que habéis hecho por mí es...

—No es nada, Sarah —la interrumpí.

—Pero en realidad sí que lo es. Recorrer medio mundo, fingir ante Mesut. Ya no recordaba lo que era dormir, incluso eso me habéis dado. Habéis hecho demasiado sin apenas conocerme.

—Te estás preguntando por qué —medié tomando asiento en el filo de la cama—. Te miré. Te tuve delante de mí. Y lo supe, que una mujer como tú no podía estar en un lugar como aquel. Ya te lo dije una vez.

Cuando una voz inundaba la terminal al dar el último aviso de embarque al vuelo con destino a Atenas. Ese día, Sarah y yo prometimos abrazarnos si algún día volvíamos a encontrarnos.

Ella se acomodó a mi lado y capturó mis manos. Hacía poco más de un mes que la había visto y sin embargo me pareció mucho más pequeña que entonces.

—La clase de persona que soy... —resopló cabizbaja—. Hace tiempo que dejé de saberlo.

La obligué a mirarme. No soportaba el rastro de temor que deambulaba por sus facciones.

—Yo te lo diré: eres preciosa, inteligente, valiente... —Mi voz se fue apagando al darle un beso en la frente—. Ahora estás en territorio Gabbana. No hay nada que temer aquí.

—Enrico dice que has cambiado —sonrió dulcemente—. Que ya no eres el chico que conocí en Hong Kong. Pero a mí me sigues pareciendo igual de maravilloso.

«El Materazzi siempre tan certero».

—En cierto modo, lleva razón —me sinceré—. Él nunca se equivoca.

—¿Kathia?

Tuve un escalofrío.

—Kathia... —susurré inclinando la cabeza hacia atrás—. A veces digo su nombre y me parece que todo lo que vivimos fue un sueño. Que solo existe en mi cabeza. Apenas han pasado cinco días y me parecen una eternidad.

—¿Sabes lo que yo creo? —Sarah cogió mi rostro entre sus manos. Le dio igual el enrojecimiento de mis ojos o ese rastro de temblor que me invadía cuando mencionaba a Kathia—. No hay mujer en el mundo más afortunada que ella. Porque tiene a un hombre como tú a su lado.

Suspiré hondamente.

—Tú sabes demasiado —me esforcé en bromear y fue una suerte que Sarah me siguiera el juego.

—Doce horas de vuelo dan para mucho.

—Vaya, te felicito, has conseguido algo inaudito.

—¿El qué?

—Que Enrico hable.

Tras aquello, Sarah se quedó dormida en mi hombro. La tumbé en la cama, le quité los zapatos y arrojé su cuerpo con la colcha antes de apagar la luz y salir de la habitación.

Me encontré con Enrico frente al ventanal, abierto de par en par, que daba a la terraza. Se colaba un frío intenso y un tanto húmedo, pero a él parecía darle igual. Estaba quieto, bajo toda aquella oscuridad, con las manos en los bolsillos, mirando al frente. Inaccesible. Taciturno. Podía leerse más de él espiándole que preguntándole directamente.

—Deja de cotillear. Sé que estás ahí.

Salí de mi escondite y me acerqué.

—Nunca me cansaré de decírtelo, pareces un puñetero vampiro —admití.

Ambos sonreímos y nos miramos de reojo. La luna brillaba exuberante, aún en menguante. Contagiaba de resplandor a la suave nubosidad que la rodeaba.

—¿Sarah?

—Duerme.

—He preparado tu habitación —suspiró—. Deberías descansar.

—Tú también. —Me devolvió la mirada, casi tímido—. Enrico... gracias por ir a buscarla.

Agachó la cabeza y resopló una sonrisa que no entendí hasta que volvió a hablar.

—Ella no lo sabe, pero te ha mencionado mientras dormía.

Se refería a Sarah y a su estado de letargo que Enrico había custodiado de principio a fin. Una fase en la que no se tiene control sobre lo que se dice o se hace.

Enrico jamás insinuaba o aventuraba. Prefería estar seguro de lo que iba a decir antes de mencionarlo. Pero aquel detalle me dejó un tanto aturdido.

—No la aprecio de ese modo y ella a mí tampoco, aunque pueda parecerlo —declaré.

—No estaba buscando una confirmación. De eso ya me he dado cuenta con solo veros.

—Pero... —Silencio. Agachó la cabeza—. Existe un pero, ¿verdad, Enrico?

—Prefiero no mencionarlo en voz alta.

—¿Por qué?

—Será real. —Me miró. Y yo fruncí el ceño.

La ambigüedad de aquella conversación tenía sentido si abría la mente y asumía que el amor súbito e inesperado existía. Maldita sea, y tanto que existía, cobró forma delante de mis narices.

No pude verlo debido a la oscuridad, pero tampoco me hizo falta encender la luz para detectar la inquietud de Enrico. Terminó por confirmarme que en apenas cuarenta y ocho horas había caído en un terreno que yo conocía muy bien.

—¿Sería un problema que lo fuera? —pregunté con la intención de sentenciar.

—Para mí sí. Y quizá para todos.

Era definitivo e irreversible. Pero, por el momento, debíamos contentarnos con el hecho de saber que el sentimiento existía y que empezaba a obtener poder.

Mantuvimos un largo silencio. Ambos asumiendo lo sucedido y cargando con la situación.

Enrico ya estaba al tanto del operativo Calvani y sabía bien cómo había terminado. El propio Thiago había escrito el informe y se lo había enviado. Así que exponer los detalles era estúpido.

Sin embargo, tenía que saber algo y, aunque aquel no fuera el mejor momento para hablar de ello, no pude evitarlo.

—Erika Bruni está muerta. Pero eso tú ya lo sabías, ¿cierto?

—Cristianno.

—No pensaba reprocharte. —Eso era cierto—. Solo... ¿Puedo saber por qué?

Quería información. Quería saber cómo estaba Kathia después de haber matado a su mejor amiga. Porque conocía bien la mierda de

emociones que se desataban justo después de apretar el puto gatillo contra uno de los nuestros.

El Materazzi me analizó un instante, valorando si de verdad estaba preparado para saber.

—Erika te amenazó y Kathia... Puedes imaginarlo.

—¿Por qué iba Erika a amenazarme, eh?

—Cristianno, aunque a veces lo parezca, no eres un crío. Y Erika tampoco lo era.

Lo que me confirmó que la Bruni tenía sus propios objetivos dentro de la mafia y yo era uno de ellos.

—¿Cuándo fue? —quise saber.

—El sábado, después del aeródromo.

Me mordí el labio y cerré un instante los ojos. Quien hubiera sabido que después de despertar desnudos y abrazos en la cama, con la resaca de una apasionada noche todavía navegando por nuestros cuerpos, terminaríamos como lo hicimos.

—Suponía que tenías la situación controlada —confesé—. Que Kathia no corría peligro.

—Lo que Valentino tiene a mis espaldas no es algo que pueda controlar. Créeme, no hay nada que me gustara más. Ni siquiera Angelo tenía constancia de ello.

Nos estábamos metiendo en un camino muy peligroso, ajenos a todo lo que pudiera ocurrir, precisamente porque cualquier cosa podía pasar. Y una guerra como aquella no podía ganarse improvisando sobre la marcha.

—¿Por qué no me lo contaste? —Me acerqué a él, suplicante—. Tuve que enterarme por Luca.

—Pienso en cómo salir de esta, en darle un final, y realmente lo he diseñado en mi cabeza. Nada puede fallar. Pero entonces sucede y por mucho que me haya esforzado, resulta que siempre hay algo más... —Me di de bruces con una confesión que jamás esperé de su parte—. Eras demasiado inestable. Decirte que la mujer que amas cogió un arma y disparó a bocajarro hubiera desatado consecuencias. Y lo último que necesito es perderte a ti también.

Me llevé las manos a la cabeza y cogí aire con fuerza. Me molestaba sentirme tan incapaz de proteger a Enrico y odiaba la idea de verle pensando en mi supervivencia como algo elemental. La historia no iba de

muerte, joder. Aquello tan solo debería haber sido una maldita relación entre dos personas que se amaban y no el detonante de un conflicto tan serio.

—¿Hasta cuándo piensas cargar tú solo con todo? —pregunté mirando a Enrico de soslayo.

Su respuesta fue un abrazo. Ni siquiera cuando era un niño me había estrechado con tanto cariño.

—Con el tiempo me lo agradecerás —me susurró al oído.

«Puede que lleves razón», pensé cerrando los ojos.

Capítulo · 17

Sarah

Me quedé observando la delicadeza con la que el amanecer se derramaba por los ventanales, un dorado sutil y tímido. Hacía un buen rato que había despertado, pero no quería moverme. No me atrevía.

Me había acostumbrado tanto a divagar, había imaginado tantas veces cómo sería mi vida lejos de Mesut que no me creía que estuviera pasando.

Sin embargo, en algún momento tendría que comprobar qué tan real era todo aquello.

Me levanté indecisa. Mis pies temblaron al tocar el suelo. Percibí que mi cuerpo estaba realmente descansado y me incorporé para acercarme al ventanal y abrirlo de par en par.

Una brisa muy fría me rodeó y tomé aire profundamente dejando que el amanecer me envolviera. Estaba en Roma, respirando como nunca antes lo había hecho. Y era tan real como el estremecimiento de mi propia piel.

Entonces, miré al cielo.

«¿Me estás viendo, abuela?», pensé mientras una sonrisa temblorosa asomaba en mi boca. «Este es el final del que hablabas, mi querida *giagiá*».

De pronto, escuché un timbre. Eché un vistazo a la puerta y me encaminé hacia ella. Al abrir oí unas voces femeninas y los ruidos típicos de unos besos. Tal vez era la madre de Enrico que venía a hacerle una visita. Así que cerré de nuevo y me acurruqué en uno de los sillones que había junto a la terraza.

Cristianno

Enrico terminó con las mejillas cubiertas de un popurrí de labiales que llevaban mi madre, mi tía y mi abuela; y, por si fuera poco, Mauro

también lo besuqueó.

Le había costado despertarme. Estaba tan extraordinariamente agotado que no respondí a su llamada hasta el tercer intento, y es que venía de camino a Frattina con las mujeres. No habían aguantado la espera por conocer a Sarah. Después de que mi padre les hubiera puesto al tanto de la situación, estaban de lo más emocionadas.

Para cuando salí de la habitación, Enrico ya estaba entre los brazos de mi abuela.

—¿Cuánto tiempo hacía que no desayunábamos aquí? —dijo adentrándose en la cocina, sabedora de que todo el mundo la seguiría.

—Bastante —comentó Patrizia—. Desde que te casaste con esa estirada apenas paras por aquí.

Mi tía parecía tener mejor rostro. Tras la muerte de Fabio, había pasado varias semanas un tanto ausente y distante, actitud que había compartido con mi abuela, que apenas había salido de su habitación.

Fue por eso quizá que me sentí orgulloso de la llegada de Sarah. Ella no imaginaba cuánto ayudaba su presencia. Les había dado una motivación a nuestras mujeres. De alguna manera, aliviaría la carga.

—Cualquiera explica por qué en la mansión —admitió mi madre, atareada en disponer los platos.

—Hostia, es verdad —añadió Mauro—. ¿Y cómo piensas justificar estos dos días?

Enrico se cruzó de piernas y le dio un sorbo a su café.

—Tengo amigas, Mauro. Y Angelo nunca se opondría a ello.

Principalmente porque el Carusso era uno de los mayores adúlteros que había conocido. Así que cualquier excusa que tuviera contenido sexual, le valía de sobra. Más aun conociendo a las amigas de Enrico. Nadie tenía por qué saber que el Materazzi no era de esa calaña.

—Bribón —se carcajeó mi primo, contagiándome.

—Dejaos de guarradas y venga, despejadme la mesa.

Mi madre comenzó a servir platos cargados de tostadas y bollos como para alimentar a un regimiento. Quizá imaginaba que Sarah tenía un estómago del tamaño del Coliseo.

—Voy al baño —anunció Mauro antes de abandonar la cocina.

—¿Dónde está la muchacha? —inquirió mi abuela sentada frente a mí.

—Creo que todavía duerme —dije.

—Pobre chiquilla. Solo de pensar por donde ha pasado se me pone la piel de gallina.

—Y tan joven —resopló mi madre—. ¿Cuántos debe tener, veinticinco años?

—Veinte —corrigió Enrico.

Le miré. Había dado una respuesta sin tan siquiera levantar la mirada del periódico. Como si tuviera miedo de que todos allí sospecháramos de su atracción.

Me acerqué a él aprovechando que las mujeres estaban centradas en su propia conversación.

—¿Sabes hasta su edad? —bromeé—. Vas muy avanzado, ¿eh?

—Es demasiado temprano para capear estupideces, Cristianno. Deja al menos que llegue el mediodía.

—Ya... —No consiguió disimular la sonrisa.

—Oye, nuestra muchacha está despierta —alertó Mauro terminando de entrar en la cocina. Tomó asiento a mi lado.

—¿Y por qué no viene? —pregunto mi abuela.

—Seguramente, pensará que Enrico tiene visita y no quiere interrumpir. —Sarah podía ser muy tímida.

—Pues yo me muero de ganas por verla, así que voy a buscarla.

Entonces, Enrico golpeó suavemente la mesa y se puso en pie sorprendiéndonos a todos. Al parecer no se fiaba del encanto de Mauro.

—Iré yo. —Y se marchó con los hombros tensos y los brazos pegados al cuerpo.

Podría haberme jurado hasta la saciedad que no estaba nervioso y no le creería, aunque mi vida hubiera dependido de ello.

Respondí al vistazo curioso de Mauro y ambos empezamos a aullar a la par que nos dábamos manotazos. Bastó un instante para que él también sospechara.

—¡Auch! —Se quejó Mauro ante la colleja que le dio Patrizia—. ¡Mamá!

—Calladito y bébete el zumo. —Porque sabía lo chismoso que podía llegar a ser su hijo.

—Prefiero café.

—La cafeína te estimula demasiado.

Sarah

Alguien llamó a la puerta con un toquecito suave antes de entrar. Me puse en pie rápidamente.

—¿Se puede? —dijo Enrico iluminando con su mirada cada rincón de aquella habitación.

Tragué saliva. Seguramente él desconocía lo poderosa que podría llegar a ser su presencia. Pero para advertirle ya estaban mis escalofríos.

—Hola. —Logré decir.

—Hola —susurró guardándose las manos en los bolsillos. Todavía no se había puesto la corbata, así que el cuello blanco de la camisa incrementaba la línea de sus hombros—. ¿Has descansado bien?

—Sí...

—Ha venido mi familia. Bueno, parte de ella.

Sonreí como una estúpida. Me había puesto nerviosa y no sabía qué hacer.

—Lo sé, os he escuchado. Pero no quería molestar —me sinceré.

—En realidad, no están aquí por mí. —Empezó a avanzar con sutileza—. Han venido a verte y a ayudarte con el traslado.

Era lógico. Aquel hermoso lugar no podía acogerme a mí en medio de una convivencia conyugal. No hubiera sido apropiado y desde luego se habría convertido en algo insufrible cuando su esposa viera la irremediable atracción que sentía por Enrico. Así que en el fondo me alegré, porque desconocía cómo me sentaría ver al Materazzi en los brazos de otra mujer.

—Lo entiendo. —Agaché la cabeza y comencé a estrujarme los dedos.

Me sentí indefensa ante mis pensamientos. No quería dejarme llevar por estos, pero era imposible acallarlos.

—Este lugar... normalmente está solo —me confesó Enrico, aturdiéndome—. Quiero decir, tiene mantenimiento y esas cosas, pero no vivo aquí. Nadie lo hace.

—Oh... —exclamé—. Pensaba que esta era vuestra residencia... Tuya y de tu esposa. —Me arrepentí de inmediato.

No era buena idea tomar aquella inclinación.

—No, no. Ella... —Dudó. Pero lo hizo con un rechazo nada propio en él—. No me gusta que venga aquí. Nosotros vivimos en la mansión

Carusso.

—¿Mansión Carusso? —inquirí.

—Es la sede de la familia. El patriarca es el padre de Kathia.

—¿Estás casado con su hermana? —aventuré.

—Exacto.

—Vaya, suena importante.

—Lo es, pero no me impresiona. Nunca lo hizo.

Patriarca, mansión. Eran palabras que invitaban a pensar en jerarquías distinguidas, en clase alta y adinerada. Algo inalcanzable. Un indicativo más de lo lejos que estaba Enrico de mí. Y yo ya sabía que era estúpido sentir fascinación por él tan súbitamente. Pero el sentimiento existía y cada vez era más enérgico. La caída sería terrible.

Un hombre así debía estar con alguien de su rango y no ser idolatrado por una mujer que siquiera soportaba una caricia.

—Hemos creído que el mejor lugar donde podrías hospedarte sería en el edificio Gabbana, junto a Cristianno y la familia —explicó bastante complacido con la idea—. Allí estarás a salvo y siempre en compañía de alguien. ¿Te parece bien?

—Es que... no quisiera molestar.

—Se han ofrecido ellos, Sarah —dijo amable.

Lo que me indicó que la familia Gabbana estaba informada de todo detalle. Me avergonzó de inmediato. No estaba dispuesta a ser una carga.

—Supongo que por unos días estará bien, hasta que encuentre algún trabajo y pueda trasladarme a...

—No será necesario —me interrumpió abruptamente. Enseguida deshizo la distancia que nos separaba y atrajo toda mi atención—. Ahora estás bajo la protección de la familia, mi protección. Así que primero preocúpate de ti misma. Después ya pensaremos sobre lo que te gustaría hacer.

Volví a tragar saliva. El temblor llegó esa vez con una sutil capa de frío que invadió mi cuerpo. Enrico me sostuvo la mirada. Me llené de su aroma, sentí el calor que desprendía su presencia. Si era estúpida o no, poco importaba. Era demasiado tarde para negarme al deseo por cobijarme en su pecho.

—¿Tú vas mucho por el edificio? —susurré. Y entonces él se acercó un poco más.

—Me aborrecerás —dijo bajito. Su aliento acariciando mis labios—.
¿Vamos?

Me extendió la mano.

—Vale —suspiré aceptando el contacto.

Sus dedos se enroscaron a los míos.

Cristianno

Al levantar la vista, no creí que ver a Sarah aferrada a la mano de Enrico me satisfaría tanto.

Sonreí por su timidez, por el modo con el que me devolvió la mirada, por la tensión de sus brazos y por el tic nervioso que asomaba en sus dedos enlazados a los de Enrico. Probablemente era pronto para confirmarlo, pero lo supe. Supe que esos dos ya habían caído.

—¿Pero mirad a quién tenemos aquí? —exclamó mi abuela levantándose de la silla para ir en busca de la joven.

—Buenos días —sonrió ella, toda diplomática y avergonzada.

—Ven aquí, niña.

Enrico se alejó para que Ofelia pudiera abrazarla. Pronto se les unieron mi madre y Patrizia y enseguida comenzaron a parlotear sobre el desayuno y las diversas órdenes del día.

Habían pensado ir de compras. Sarah no tenía ninguna pertenencia y a mi madre no le parecía bien que reutilizara o se abasteciera de las ropas de mis primas pudiendo estrenar sus propias prendas.

—Silvano nos ha citado en la central —dijo Enrico terminando de otear su teléfono.

—Acabo de recibirlo. Vamos —añadí poniéndome en pie.

—Bien, señoritas, tenemos que irnos. —El Materazzi quiso referirse a todas, pero solo tuvo ojos para Sarah.

—Despreocupaos. Nosotras nos encargamos —dijo mi madre.

Hice una ronda de besos y me encaminé hacia la salida mirando de reojo a un Enrico que apenas pudo levantar la mano para despedirse.

Ví a Sarah asentir con la cabeza.

—¿Y ese rubor? —bromeó mi abuela y sé que empezaron a parlotear, pero yo me centré en mi hermano postizo.

—No es el único —susurré.
—Tira anda. —Me empujó.

Capítulo · 18

Cristianno

Pocas veces nos reuníamos en la central y casi siempre había sido por circunstancias muy concretas. Mi padre sabía separar muy bien su labor de comisario general de sus funciones como jefe de la familia. Pero, claro, pocos sospechaban que ambas cosas estaban perfectamente ligadas.

En mi caso, era la primera vez que asistía. Lo mismo se aplicaba a Mauro. Ambos jamás habíamos participado en un comité, dado que estaba reservado para agentes con rango en la policía y cierta experiencia. Pero se nos había permitido participar porque habíamos sido protagonistas; y además aspirábamos a formar parte del equipo en el futuro.

Nos sentamos en un rincón de la sala. Ante mí, el fichero con los informes sobre el operativo que había sido nombrado Caso Morta-Pisana. Al echarle un vistazo, me di cuenta de que se hacía referencia a la incautación de un alijo de droga en el que se llevaba varios meses trabajando. Era una tapadera para no alertar a la prensa y mucho menos causar un caos en la población.

—Bien, caballeros, la situación es la siguiente —dijo el comisario en pie ante un grupo de una treintena de inspectores, entre los que estaba mi hermano Diego—. Tras el incidente de anoche, el operativo se saldó con un total de veintiséis bajas, tres de ellas pertenecientes a los Calvani; y treinta y siete heridos, actualmente bajo arresto en el hospital.

Señaló a Enrico, firme a su lado, para que continuara.

—Por ahora sabemos que quince hombres escaparon y otros nueve pasarán a disposición judicial entre hoy y mañana.

—¿Quién será el juez? —preguntó alguien.

—Ese es el asunto. Es un hecho que quedarán en libertad con cargos ya que intervenimos cuando todavía no se había hecho efectivo el intercambio —continuó Enrico.

—¿Y los roedores? —añadió Diego.

—Sin determinar.

Me di cuenta que se estaba hablando en clave. Aquellos agentes no solo eran policías, sino además leales a la cúpula Gabbana por encima de todo. Había mucha experiencia y grandes habilidades dentro de la sala. Hombres cualificados para cualquier situación, incluso aquella en la que se tenía que fingir la existencia de un falso operativo de narcóticos.

Eché un vistazo a Mauro. Él también se había dado cuenta y estaba llegando a unas conclusiones similares a las mías.

Los roedores representaban a los tipos que obtenían información y la vendían. Enrico no sabía cuántos de ellos habían entrado en contacto con Angelo en las últimas cuarenta y ocho horas puesto que no había parado todavía en la mansión. Pero eso cambiaría en cuanto llegara.

Por tanto, la situación estaba así: Luca Calvani estudiando fuera del país, su padre y su tío imputados por un delito de narcotráfico y cohecho, Joshua Chiellini como intermediario y una reunión clandestina que había terminado en un heroico tiroteo perpetrado por la policía.

Ni rastro de la traición de Luca ni del secuestro de Daniela, siquiera yo existía en el universo de esa mentira. Y precisamente esa sería la verdad que vería la luz. Algo que Angelo como era evidente no se creería.

—Todavía quedan muchos cabos sueltos y no tenemos la suficiente información —advirtió mi padre—. Así que iremos con cautela, no quiero heroicidades. Iniciaremos un protocolo de máxima seguridad, extremándolo en las zonas de mayor conflicto. —Aquellas como el edificio Gabbana.

—Teniendo en cuenta que estamos en plena cuaresma y que la ciudad se prepara para grandes eventos, nadie sospechará ni hará preguntas —añadió Enrico.

—Quiero a toda nuestra red preparada y un informe de situación diario.

—¿Advertimos a la costa? —preguntó Thiago.

—Sí. Diego, encárgate tú. Eso es todo, caballeros.

Mi padre dio por zanjada aquella reunión y todos comenzaron a abandonar la sala con sus objetivos perfectamente establecidos.

A mí, en cambio, me costó determinar qué era lo que tenía que hacer. Porque la idea de esperar sentado no me parecía la más atractiva.

—Diego, perfil bajo, ¿entendido? —le dijo mi padre—. Nada de peleas, palizas o cualquier otra cosa que se le ocurra a ese carácter tuyo.

Mauro se echó a reír y levantó las manos cuando recibió una ojeada furiosa de mi hermano.

—Entendido, comisario —reiteró Diego encaminándose a la salida.

—Déjate de cachondeos. —Entonces me señaló a mí—. Lo mismo va por ti.

Sonreí con cariño. Teniendo en cuenta mi actitud de los últimos días, a Silvano Gabbana no le gustaba la idea de tenerme por ahí dando caza a los informadores del Carusso.

Pero eso ya había terminado.

Le indiqué a Mauro que me esperara fuera. Quería tener un momento a solas con mi padre.

—No me parece lo más acertado esperar sentados a que otros decidan —me sinceré.

—No actuaré hasta tener más información.

—Papá.

—¿Qué pretendes? ¿Qué esperas hacer? ¿Liarnos a tiros en los jardines de la mansión? ¿Con qué objetivo? ¿Qué lograríamos?

—Venganza —mascullé.

Me frustraba verle mantener la calma fríamente. Era como si no sintiera nada, como si no le importara que Valentino hubiera matado a su hermano. Como si le diera igual que Kathia estuviera lejos de mí.

Pero al ver que mis pensamientos llegaban a él sin necesidad de mencionarlos en voz alta me sentí un poco sucio. Estaba delante de un hombre de honor, maldita sea.

Se acercó un poco más a mí.

—¿Me aseguras que después de eliminar a toda una estirpe no aparecerán otros enemigos? —susurró con sus ojos clavados en los míos—. ¿Realmente puedes asegurármelo? Dame una prueba fehaciente, dame una estrategia potente y te juro por la memoria de tu tío que peinaré esta ciudad hasta que no quede ni un solo miembro Carusso o Bianchi.

Sin embargo, no supe responderle. Me consumió un pesado mutismo que ni siquiera busqué. Algo de mí entendía la prudencia de mi padre y de hecho la compartía, porque no se podía hacer frente a un enemigo sin conocer todas sus intenciones.

—Ante un problema como este, lo mejor es conocer todo el terreno y no solo las primeras hectáreas —indicó tras haber apoyado una mano en mi hombro.

—¿Y cuántas hectáreas llevamos ya?

Comprendió bien la doble intención de mi pregunta.

—Al *pendrive* no le queda mucho. Lo hemos enviado a Barcelona. El muchacho de la Duarte está trabajando en él.

Fruncí el ceño. Sabía de su amistad con la señora Duarte y de hecho tenía entendido que su relación no pasaba de lo estrictamente personal, puesto que ella no tenía relación con la mafia. Por eso me asombró.

—¿Valerio no era suficiente? —pregunté.

—Lo ha sido. Pero él no es analista y resulta que la mayoría de los archivos requieren de ese tipo de conocimientos. Es imposible identificarlos sin ayuda.

Cogí aire y lo liberé un tanto agotado. No dejaba de pensar en lo mismo continuamente.

—¿No te parece extraño que Fabio se tomara tantas precauciones?

Como si de algún modo hubiera estado esperando que le eliminaran y temiera dejarnos sin nada con lo que hacer frente a lo que se avecinara contra nosotros. Pero si Kathia no hubiera aparecido aquella tarde en los laboratorios, probablemente ese *pendrive* nunca hubiera llegado a nuestras manos.

—Imagina cuán grandes eran sus secretos —aventuró mi padre.

—Me sorprende aún más que tú no supieras de ellos. —Porque ambos compartían una fuerte relación—. ¿O sí?

—Vayamos a desayunar. Tengo hambre.

Me instó a caminar, pero yo le esquivé y volví a mirarle de frente.

—Papá —le exigí.

—Sospechas, Cristianno —sentenció severo—. Meras sospechas de las que no hablaré hasta confirmar. Por ahora, es lo mejor, hijo mío.

Al parecer, sí. Aceptar su silencio era lo mejor. Aunque me carcomieran las dudas.

—Mamá lleva razón —dije—. He salido a ti en lo de introvertido.

—Me lo tomaré como un cumplido. Invita a tu padre a desayunar, anda.

—Chantajista —bromeé arrancándole una carcajada.

Sarah

Definitivamente las mujeres de la familia Gabbana eran de lo más adorable que había conocido nunca.

Tuve que admitirles que al principio me había sentido muy fuera de lugar junto a ellas, una especie de usurera de su amabilidad. Pero, con el paso de las horas, la tensión fue abandonando mi cuerpo y me encontré a mí misma sonriendo con plenitud en más de una ocasión.

Podía decir, sin temor a equivocarme, que aquel había sido el mejor día de mi vida. Tan lleno de cariño desinteresado, tan desprovisto de malicia, tan sincero y honesto.

No me dejaron pensar en nada que no tuviera que ver con comprar, comer, sonreír y disfrutar. Fue como si me conocieran de siempre y supieran cómo funcionaba mi mente. No hicieron preguntas controvertidas, no me dejaron justificar el porqué de mi aturdimiento ante situaciones tan naturales como dar un paseo.

Ellas, simplemente, me guiaron y trataron de facilitarme las cosas con un gesto de afecto o una palabra bonita.

En más de una ocasión las miré cuando sabía que ellas no podían verme. Quizá eran imaginaciones mías, pero percibí una extraña pesadumbre en cada una. Supuse que la tensión por el tema de Kathia y Cristianno también les había afectado. Sin embargo, sospeché que había algo más. Algo realmente doloroso.

Cuando llegamos al edificio, ya había atardecido. Conocí a Silvano Gabbana y a Domenico, el abuelo de Cristianno. También a Valerio y a Diego; este último apenas habló, pero el primero me estrechó entre sus brazos. Justo como lo hizo Antonella. Tenía que empezar a acostumbrarme al contacto. La familia Gabbana parecía muy dada a las muestras de cariño.

Después de aquello me enseñaron la habitación donde me hospedaría. Quise quejarme en más de una ocasión, no me parecía justo abusar de la hospitalidad, pero me lo negaron rotundamente.

Así que no me extrañó la cantidad de escalofríos que me invadieron cuando me dejaron a solas.

Decidí tomarme un baño. Lo primero que hice fue hundirme en el agua. Estuve allí hasta que empezó a faltarme el aliento y cuando salí noté

que mis músculos se destensaban. Un alivio casi desquiciante recorrió mis extremidades. Me sentí purificada, etérea.

Un rato más tarde, alguien llamó a mi puerta. Tres golpecitos suaves, pero que me costaron un sobresalto intenso.

Me enfundé torpemente en el albornoz y salí del baño. Escuchaba cuchicheos tras la puerta, eso debería haberme calmado. Sin embargo, había empezado a temblar. Me estrujé las manos antes de apoyarlas en el pomo y abrir lentamente.

El espléndido rostro de Cristianno me procuró un bienestar absoluto. Ayudó mucho la sonrisa de Mauro y quizá también el semblante serio y estático de Diego, a quien le habían endosado la tarea de portar una bandeja con refrescos.

—Pizza, mojitos y noche estrellada —dijo Mauro balanceando dos cajas que llevaba en las manos.

—Parece un buen plan —sonreí y me crucé de brazos para disimular el temblor.

—Pues al lío, me estoy quemando los dedos con el puto cartón de los cojones —se quejó Mauro entrando tan ricamente en la habitación cuando de pronto Diego liberó una mano y le soltó un pescozón—. ¿Por qué me pegas? —le dijo a Cristianno.

—Yo no he sido. —Y si Cristianno no había sido, solo quedaba una opción.

Le echó un vistazo extrañado a Diego. Los mojitos no habían derramado ni una sola gota con el movimiento.

—¿Te estás preparando el casting para entrar al Circo del Sol o qué? —ironizó Mauro.

—Se me dan bien los malabarismos. —Diría que aquella fue la primera vez que escuché alta y clara la voz de Diego.

—No hace falta que lo jures.

Ambos salieron a la terraza protestando y dándose pataditas.

—Siempre son así. Ya te acostumbrarás —me advirtió Cristianno—. ¿Estás bien?

Al parecer, no servía de mucho ocultarle las cosas porque tarde o temprano lo descubriría. Era demasiado intuitivo.

—Sí, no es nada. Estaba dándome un baño y he salido demasiado rápido. —Traté de excusarme y supuse que le valió mi respuesta.

—Anda, ve a cambiarte o pillarás un resfriado. —Me acarició un brazo —. Te guardaré un par de trozos.

—No tardo.

Me dirigí al vestidor bastante contrariada y curiosamente feliz. Aquella iba a ser, digamos, mi primera velada de amigos. Jamás había disfrutado de un instante como aquel y, aunque literalmente aún no se había dado, sentía un hormigueo de pura felicidad en mi vientre ante la idea de salir a la terraza y cenar con los chicos.

Miré a mi alrededor. Las Gabbana habían adecuado todas las prendas que habían comprado y se mostraban elegantemente insultantes. No estaba acostumbrada a vivir de un modo tan comfortable. Apenas llevaba unas horas allí y ya me sentía como en casa.

Me vestí con lo primero que cacé y me encaminé a la terraza sintiéndome extrañamente tímida. Pero solo duró unos segundos. Fue relativamente sencillo disfrutar de la cena.

Al menos hasta que la conversación comenzó a tomar un cariz un tanto nostálgico. Allí faltaba gente. Alex, Eric, Daniela, Kathia. Personas que aún no conocía, pero que de algún modo ya formaban parte de mi vida y de mi pensamiento. Porque si Cristianno los había escogido como compañeros, entonces merecían la pena.

No quisieron entrar en detalles, pero deduje la situación. La tensión en la ciudad, la pérdida de seres queridos, amigos convertidos en traidores, el peligro acechando constante. Hilvané cada una de las referencias y me topé con un muro que no dejaba de crecer y bloquear todo a su paso. Razón de más para que mis instintos ensalzaran a la familia. Ante una realidad como esa, se habían detenido a salvarme a mí sin pedir nada a cambio.

Sin embargo, todo empeoró al descubrir que Fabio había muerto pocos días después de su viaje a Hong Kong. Me sentí profundamente dolida.

Ahora comprendía el porqué de aquella pesadumbre silenciosa que arrastraban las Gabbana.

Ya de entrada en la madrugada, Diego y Mauro se fueron a dormir. Cristianno se entretuvo un rato más. Disfrutó de un cigarrillo mientras observaba la panorámica nocturna de Roma que ofrecía aquella espectacular terraza.

—La ciudad eterna —dijo al cabo de un rato—. No importa desde donde la mires, siempre transmite la misma pasión. Algunos dicen que

Roma no puede gobernarse, que como mucho se administra.

—Hablas como un mafioso.

—No está lejos de la verdad —sonrió triste y yo tragué saliva.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —Me miró—. Fabio.

—Simpatizas mucho con las emociones de la gente y ya cargas con demasiado peso.

—Apenas me conoces, Cristianno. Ni siquiera yo lo hago. No puedes decir que soy como me describes —me sinceré—. La situación en el edificio no es fácil y mi presencia la complica aún más.

No me pareció que le sentara bien mi comentario porque enseguida se incorporó y apagó el cigarrillo.

—Tú no tienes nada que ver con las decisiones de un grupo de canallas, ¿me oyes? —rezongó sin tan siquiera mirarme de reojo.

Me acerqué un poco más a él.

—Ha muerto uno de los vuestros. No tenéis tiempo para estar pendiente de una desconocida. —Y era cierto. No quería convertirme en una carga extra a los problemas que ya tenían.

—¿Qué intentas decir, Sarah? —Me clavó una mirada severa.

—Si lo hubiera sabido...

—Mejor no sigas —me interrumpió y supe que continuaría hablando y que lo haría de una forma tajante—. Tu presencia ha dado energía, ¿sabes? Hacía semanas que no veía una sonrisa sincera en el rostro de mi madre. Has conseguido que mi abuela salga de la habitación y que mi tía Patrizia tome una comida completa. Si tanto te preocupa nuestro bienestar, trata de disfrutar de tu vida aquí porque supone un soplo de aire fresco. ¿Puedes entender eso?

Saberme tan importante, formar parte de un todo cuando me había pasado la vida pensando que no era nada, más que una mota de polvo. Fue tal el estupor que apenas pude controlar las lágrimas. Lo que aquella familia me había dado en tan poco tiempo sería algo que guardaría conmigo cada segundo de mi vida.

—Eh, no llores —susurró Cristianno antes de limpiar un par de lágrimas que se me habían escapado.

Creo que el gesto bastó para que le siguieran más, y entonces me abrazó.

—Nunca he tenido una familia —sollocé—. Hoy me he sentido tan bien que apenas puedo creerlo. Ni siquiera sé si lo merezco.

—Acabas de cubrir el cupo de gilipollecés diario en solo una frase. Felicidades por tu récord, *baby*.

—Tonto... —sonreí—. ¿Podrías quedarte conmigo esta noche? No quiero estar sola.

—Ese sofá de ahí es terriblemente cómodo, ¿lo sabías?

Y con esa sensación de plenitud inundado mi pecho me tumbé en la cama y cerré los ojos. Pensé que dormir sería la cumbre de un día precioso, que lograría descansar con la misma placidez que las ocasiones anteriores.

Sin embargo, no fue así.

Regresé a la pequeña habitación de Atenas. La cama plegable en un rincón, un lavamanos cerca, una cómoda de cinco cajones y una pequeña televisión encima. Recuerdo que la ventana no podía cerrarse en condiciones y que la persiana apenas podía subir hasta la mitad.

Con el dinero que me había dado Cristianno podría haber alquilado algo mejor, pero mi plan no era quedarme en Grecia. Así que opté por aquello hasta ultimar mi traslado a España, donde me instalaría permanentemente.

Solo pasaron cuatro noches antes de que los hombres de Mesut, capitaneados por Vladimir, dieran conmigo. Tan violenta fue la golpiza que apenas podía recordarla. Pero la mente es traicionera en el subconsciente y me lo mostró todo, hasta que me desperté empapada en sudor.

Me levanté lo más silenciosa posible. No quería despertar a Cristianno. Fui al baño, los temblores eran demasiado fuertes, los picores en los brazos, un ligero mareo me embargó. Al mirarme en el espejo descubrí las señales. Deshacerme de mis traumas no sería sencillo y eso me empujó a llorar.

Me acuclillé en el suelo y me aferré a mis piernas rogando por que aquella maldita conmoción me dejara volver a respirar.

Capítulo · 19

Cristianno

Sarah aún dormía cuando me fui. Le dejé una pequeña nota en la mesita y aumenté el frío del aire acondicionado al verla con la frente y las mejillas perladas en sudor y la colcha a los pies. Era muy probable que hubiera tenido una pesadilla, pero tras observarla un rato me di cuenta de que había alcanzado un sueño cómodo. Así que la dejé descansar.

Puse rumbo a casa de Daniela. Lo último que había sabido era que sus padres habían llamado al colegio alegando un resfriado y Alex no se había alejado de ella.

Apenas habían pasado dos días del incidente, y aunque imaginaba que mi amiga necesitaba estar sola, pensé que era mucho mejor disculparme por la intromisión que esperar demasiado.

No me costó aparcar en Via Crescenzo. De hecho, lo hice junto al vehículo del padre de Dani, Bruno Ferro. Lo que me indicó que sus padres todavía estaban en casa y me gustó la idea de verles.

Tan solo tuve que esperar un instante antes de que el portal se abriera. Subí hasta el quinto piso y me encontré con el hombre esperándome en el umbral con una sonrisa emocionada en el rostro.

Nos fundimos en un abrazo.

—Mi muchacho. Qué bueno verte por aquí —dijo sonriente. Enseguida me invitó a pasar.

—¿Cómo se encuentra, Bruno? —me interesé analizando el moratón que cubría su sien y casi invadía la totalidad de su mejilla.

Tuve que hacer malabarismos para no lanzar algo. La furia me invadió de repente.

—Vamos avanzando.

—¿Y ese golpe?

—Se tienen pocos reflejos cuando te apalean en la oscuridad.

Cogí aire. La fortaleza mental y emocional de Bruno no tenía límites, eso lo sabía desde hacía mucho tiempo. Era un hombre recto, muy inteligente y un gran profesional en su labor de abogado penal. Pero también era tierno y amable y no había nada más importante para él que su familia y la lealtad a la mía.

—Tranquilo, muchacho —me alentó apoyando su mano en mi hombro—. Lo que importa es que no estamos lamentando cosas mayores. Este golpe se irá.

De pronto apareció su esposa terminando de colocarse unos pendientes.

—¡Cristianno! ¡Ven aquí, pequeño! —exclamó antes de darme un abrazo.

—Hola, Casandra —sonreí analizando con disimulo si ella también había sido herida. Por suerte, no.

—¿Has desayunado? He dejado unos cruasanes en la encimera y también zumo. A ver si logras que coma algo. —Señaló el pasillo que llevaba a la habitación de Daniela—. Alex consiguió que anoche cenara, pero no es suficiente.

—No os preocupéis, yo me encargo —les aseguré antes de coger aire hondamente—. Ah... Yo... Lamento mucho lo ocurrido, pero sinceramente espero que contéis con nosotros para cualquier cosa, por estúpida que sea.

—Digno hijo de su padre. —Me acarició Bruno—. Cuida de mi taponcito y dile a Alex que le espero esta noche. Tenemos una partida pendiente.

—¿Billar? —bromeé mientras él cogía su chaqueta y el maletín.

—Es tan malo jugando que no doy crédito. —Eso lo sabía bien.

—Oh, pobrecito. —Casandra le dio un manotazo que le arrancó una carcajada—. Pasadlo bien, cariño.

—Hasta luego.

Un instante después me quedé a solas en aquel salón que tan bien conocía. Alex, Eric, Daniela. Sus familias y la mía tenían una relación tan estrecha e íntima que se remontaba a generaciones anteriores. No por ello nosotros teníamos que ser amigos, pero resultó que desde muy pequeños fue sencillo ligar nuestras vidas.

Más que amistad, éramos hermanos. Y en ese momento mi hermana necesitaba todo el cariño del mundo para superar la situación.

Me dirigí a la cocina, cogí una bandeja, serví un par cruasanes y unos zumos. Después me encaminé a la habitación de Dani. La puerta estaba entornada, así que apenas tuve que darle un suave puntapié para entrar.

—¿Se puede?

Ella ya estaba despierta y me miró emocionada.

—Cristianno.

Dejé la bandeja en la mesita y nos fundimos en un abrazo intenso que disfruté con los ojos cerrados.

—Creí que no estarías para visitas —dije bajito.

—Tú no eres una visita cualquiera.

Capturé su rostro entre mis manos y besé su frente.

—¿Cómo estás? Tus padres me cuentan que apenas comes. Les tienes preocupados.

Entonces, trincó un bollo, le dio un mordisco y me miró divertidamente desafiante.

—¿Contento? —dijo con la boca llena—. Mi madre debería plantearse dedicarse a la repostería. Se le da de muerte. —Me dio a probar.

—Coño, la verdad es que sí... —Aquello estaba buenísimo.

Le eché un vistazo. Ella agachó la cabeza tratando de disimular, pero nos conocíamos demasiado.

—Dani.

—Tengo pesadillas —me confesó de súbito—. Yo ya sabía que Luca había cambiado, que desde su cumpleaños ya no era el mismo. Pero jamás creí que entraría en mi habitación en mitad de la madrugada y me arrastraría a patadas hasta la calle. —Una bruma líquida asomó en sus ojos. Rápidamente la limpió—. Por un momento, creí que había matado a mis padres.

Apreté los dientes y desvié la vista. Sí, habíamos controlado la situación, habíamos salvado a Daniela de un destino peor y eliminado a los Calvani. Pero nadie cambiaría la traición ni la confianza depositada en un amigo durante años.

Hacer frente a nuestros enemigos está bien, hasta que se descubre que estos son tu familia.

—Creo que nadie se esperaba algo así...

Cometí el error de cerrar los ojos un instante, gesto que me obligó a recordar el contacto de los labios de Luca sobre los míos.

—Y Eric... —suspiró Daniela—. Estaba tan ilusionado aquella noche, pidiéndonos consejo sobre cómo conquistar a Luca. Kathia y yo no dejábamos de reír. —Al oír su nombre tuve un escalofrío—. Quién iba a pensar que semanas más tarde terminaría disparando la bala que acabaría con su vida.

Empezó a sollozar. Lo había estado evitando con todas sus fuerzas, pero no consiguió detener las ganas.

—Daniela... —Acerqué mis dedos a sus mejillas—. Solo hay una cosa igual de dolorosa que estar lejos de Kathia y es verte llorar.

Se lanzó a mí para abrazarme de nuevo. Supe que estaba llorando por los espasmos de su cuerpo y eso me hizo muy difícil la tarea de contener mi propia tristeza.

—La echo tanto de menos, Cristianno. —Hablaba de Kathia y de la increíble relación que habían creado en tan poco tiempo—. La necesito tanto.

—Lo sé, cariño. Lo sé. —Era un sentimiento que conocía muy bien. Pero no quería caer, porque ella me necesitaba fuerte. Así que la obligué a enderezarse y forcé una sonrisa—. Tomarás una ducha, te vestirás y vendrás conmigo. Quiero presentarte a alguien y además te conviene salir y tomar el aire. No acepto un no por respuesta.

Ella sonrió y capturó mis mejillas para acariciar la comisura de mis ojos con suavidad. Los cerré y me deleité en su contacto hasta que sonó su voz.

—Es mi turno de preguntar, Cristianno. —La miré. No estaba muy seguro de obedecer a lo que me pedía. Tenía un poco de miedo a la inseguridad que me despertaba hablar de Kathia en voz alta.

—Trato de soportarlo, como todos. —Una evasiva.

—Pero tú no eres todos.

Agaché la cabeza.

—Decirte que cada mi minuto que pasa es más doloroso que el anterior es algo que ya imaginas. Me conoces bien. —Me detuve a coger aire—. Pero ella merece que resista.

Después de aquello, Dani supo que decir más hubiera sido innecesario. Así que se puso en pie cogió algunas prendas de su armario y se encerró en

el baño regalándome una sonrisa.

Sarah

Graciella me contó que trabajaba en su propia institución dedicada a los más desfavorecidos, inversión urbanística pública y organización de eventos en relación con la iglesia.

Había estudiado administración de empresas y esto motivó a que Patrizia estudiara contabilidad. Así que ambas formaban un maravilloso dúo de empresarias que dominaba el setenta por ciento de las labores sociales de la ciudad.

Aquella en concreto se trataba de una subasta cuyo beneficio iría destinado a la remodelación de la fachada de una importante iglesia. Con motivo de la cuaresma en Roma, eventos como aquel no dejaban de repetirse. Y yo me hallaba en medio de un enorme salón del Aldrovandi de Villa Borghese poblado de flores y sillas tapizadas viendo cómo no dejaba de llegar gente acaudalada.

Asistió incluso la prensa, que abordó a Graciella en cuanto salimos del coche. Ni siquiera la dejaban caminar. Pero ella nunca perdió la sonrisa. Descubrí a una mujer que, no solo era amable e inteligente, sino que además gozaba de una templanza y control que me dejó aturdida.

Se habló poco del evento. Se habló incluso menos de la asistencia de varios obispos. A los periodistas tan solo parecía importarles que Graciella tuviera un descuido. Le preguntaron sobre la muerte de Fabio, qué tal se estaba recuperando el edificio. También mencionaron algo sobre el incidente del yate y del nombramiento del nuevo alcalde, ya que al parecer había habido elecciones anticipadas en las últimas semanas.

Le siguieron más preguntas del estilo e incluso alguna que otra mención al enlace entre Valentino Bianchi y Kathia Carusso. Detalle que me causó un importante escalofrío.

—Esa cabecita está pensando de más —me preguntó un rato más tarde.

—¡Oh, no! No es nada —le sonreí.

—Cuidado, Sarah. Graciella detecta a un mentiroso en tiempo récord, pequeña —bromeó Patrizia, que se había sentado en una butaca y no soltaba su taza de café.

—Es que... no sé qué hacer.

El evento estaba próximo a comenzar. Las obras ya habían sido dispuestas en el pequeño escenario y la gente continuaba llegando. Sabía que me habían animado a ir para no quedarme sola en casa. Pero me vi completamente fuera de lugar.

—Pues lo mismo que yo, preparar sobres —intervino Ofelia—. Venga, coge esas tarjetas de ahí y ponles el adhesivo.

Con una sonrisa, obedecí y comencé a hacer mi labor mientras oteaba a la anciana.

—Vaya, se le da muy bien, Ofelia —le dije.

—Siempre quise hacer algo que tuviera que ver con las manualidades. Pero mi madre se volvía loca cuando lo mencionaba. Ah, tiempos difíciles para la creatividad aquellos. Suerte que pude explotar mi vena artística en la cocina.

—Nunca pruebes sus platos si respetas la integridad de tu intestino. Le encanta el picante —me comentó Patrizia ganándose un pescozón que parecía acostumbrada a recibir.

Graciella soltó una carcajada que enseguida nos animó a Patrizia y a mí.

—Maldita... Por tu culpa se me ha aflojado el esfínter. Desagradecida... Ahora vuelvo... Estirada de cadera ancha. —Y así, Ofelia se alejó protestando por lo bajo tras haber avivado nuestras carcajadas.

—Es una mujer de armas tomar —bromeó Patrizia—. Una buena italiana, desde luego.

—Vaya, qué bien os lo pasáis. Cualquiera lo diría.

Aquella mujer logró que en apenas unos segundos las Gabbana se tensaran y cambiaran su expresión. Incluso Patrizia se puso en pie como un resorte.

La desconocida no iba sola, la acompañaban tres mujeres más. Pero ese detalle me dio igual. Me decanté más por observarla a ella y meditar sobre todo lo que me suscitó.

Era alta y esbelta, bien peripuesta, quizá excesiva para los cuarenta y pocos que seguramente tenía. El cabello engalanado, el cuerpo cubierto de joyas y una actitud realmente altiva, tanto que a punto estuve de apretar los dientes.

Se quitó las gafas de sol y oteó a las Gabbana como si estas fuera cucarachas a las que poder machacar con la punta de su tacón de firma. Pero nunca abandonó aquella sonrisa altanera.

Graciella carraspeó y se humedeció los labios. Pude pensar que se había puesto nerviosa, pero me pareció que entre aquellas mujeres había mucho más que una simple enemistad banal.

—Me alegra verte por aquí, Olimpia —dijo con la elegancia que la caracterizaba.

—¿Seguro? —se mofó la tipa—. Mira que se te da muy bien fingir.

—Nuestros años de relación me han enseñado lo suficiente.

La mujer sonrió y dio un par de pasos en dirección a Graciella.

—Veamos qué será de ti al no tenerme de referencia —le dijo al oído—. ¿Es este el boletín?

Quiso coger una de las tarjetas que estaban apiladas, listas para ser introducidas en los sobres. Algo de mí se agitó y terminé arrebatándole la cartulina de la mano.

—Si me disculpa, señora, lo recibirá con el resto de invitados —rezongué asombrando a las Gabbana—. Así que tome asiento y espere.

Olimpia me echó un odioso vistazo y levantó una ceja.

—¿Y tú eres...? —inquirió.

—Una amiga de la familia probablemente más cercana que usted. —Aunque soné segura de mí misma, había empezado a temblar—. Si tiene el gusto... —Le señalé la dirección a las sillas.

A ella no le quedó más remedio que tragarse su orgullo y largarse de allí. No era plan de enzarzarse en una pelea con la presa presente.

Agaché la cabeza, sabía que había errado y en realidad yo no era del tipo de persona que arremetía; solía estar en el otro bando. Pero no me esperé que Patrizia se carcajeara de aquella manera. Tan intenso fue que terminó contagiando a Graciella.

—¿Has visto esa cara? —dijo entre risas.

—Lo siento... No he podido evitarlo. —No soporté ser testigo de una humillación, por muy sutil y elegante que fuera.

—No sientas nada —sonrió Patrizia—. Esa víbora se merece que le arranquen la piel a mordiscos.

—Bruta —exclamó la Bellucci.

—Me quedo corta.

—¿Puedo saber quién es? —pregunté.

—La madre de Kathia y no entiendo cómo la has dejado asistir, mamá.

—Aquella voz...

Al darme la vuelta me topé con Cristianno siendo sujetado del brazo por una joven. Todo apuntaba a que había querido intervenir y la chica no se lo había permitido.

Graciella se acercó a él y le acarició las mejillas.

—Cariño, de no hacerlo le hubiera dado lo que quiere —dijo con ternura—. Y ante su inesperada presencia, lo mejor será que te vayas. No es bueno para ti.

—Lleva razón, Cristianno —añadió la joven—. Vete, yo estaré bien. Todavía tengo que conocer a esa chica de la que tanto me has hablado. —Me sonrió—. Sarah, ¿verdad? Soy Daniela.

Quise aceptar su mano, darle dos besos, responderle con la misma sonrisa que ella me estaba regalando. Pero me había quedado clavada en el suelo.

Detecté que todos me observaban aturridos. Incluso Cristianno habló, pero no pude escucharlo. Y sabía lo que venía a continuación. Iba a desplomarme. Iba a captar estúpidamente la atención en un evento tan importante, no me lo perdonaría jamás.

Así que apreté los dientes y traté de moverme.

—Lo siento... —jadeé antes de salir de allí dando tumbos.

Cristianno

—

No importó aquella actitud distante ni tampoco su evidente rechazo. Su reacción fue mucho más que todo eso.

—¿Está bien? —preguntó Daniela, algo avergonzada. Pero no supe qué responder.

—Enseguida vuelvo —dije en cambio y me alejé de allí para adentrarme en el pasillo por el que había desaparecido.

Creí que la encontraría con relativa facilidad, que caminando como lo hacía no habría podido ir muy lejos. Pero no había rastro de ella por ningún lado. Ni siquiera en el baño femenino.

—Sarah. Sarah. —La llamé aventurándome a mirar en las escaleras de emergencia.

La encontré acucillada en el suelo, temblorosa, con la espalda apoyada en la pared. En los pocos minutos que había tardado en dar con ella, la palidez se había hecho con el control de su rostro, tenía las pupilas dilatadas y una visible capa de sudor perlaba su frente.

Enseguida me lancé a ella.

—Vete, Cristianno. —Trató de esconderse.

—Sarah. —Tuvo un fuerte sobresalto cuando la cogí del rostro obligándola a mirarme—. Hey, tranquila. No voy a hacerte daño.

—No puedo pararlo. No puedo.

Tomé su muñeca.

—Tienes el pulso disparado.

—Solo tengo que ir al baño. Pasará si me mojo la cara.

Pero aquel ataque no parecía tan sencillo de contener como ella creía. No dejaba de incrementar los síntomas y cada vez eran más severos.

—Tenemos que ir a un médico.

—No...

Ignoré sus negaciones y la cogí en brazos antes de bajar por las escaleras. Dos plantas y llegaría al aparcamiento privado del recinto, así que nadie nos vería.

—Tengo frío. —Se aferró a mí con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Tranquila, pondré la calefacción, ¿de acuerdo?

—Tu amiga...

En todo su caos, Sarah encontró espacio en su mente para pensar en Daniela.

—No te preocupes por eso ahora. Ella lo entenderá.

La coloqué en el asiento copiloto y rápidamente salté a mi lugar antes de arrancar y salir de allí a toda prisa.

Capítulo · 20

Sarah

Había pasado tres horas tendida en una cama mientras una vía intravenosa conectaba mi brazo con una bolsa de suero. La influencia del sedante que me habían administrado pronto calmó los espasmos y ahora tenía dolor de cabeza que casi agradecía.

—¿Cómo se encuentra, señorita? —preguntó el doctor terminando de entrar en la habitación.

Lentamente me incorporé y apoyé los pies en el suelo.

—Mucho mejor —admití.

—¿Sensaciones? —El hombre se acercó a mí y empezó a quitarme la vía con total suavidad. Apenas noté la aguja.

—Solo un poco de jaqueca y un hormigueo en los dedos.

—Eso es una buena noticia. Bien, Sarah. —Terminó su labor, cogió el expediente y me echó un vistazo educado—. El muchacho del Gabbana me ha puesto al tanto de su situación, lo que me ha dejado bastante claro su diagnóstico. Es pronto para dilucidar si estamos ante un síndrome de abstinencia, pero entendemos la presencia de un cuadro de ansiedad severa por estrés postraumático. Disculpe mi atrevimiento, ¿recuerda qué tipo de sustancias le hacían tomar?

—No estoy segura, Rohypnol creo que era una de ellas.

A Mesut no le importaba en absoluto lo que sus malditos estupefacientes causaran en mí. Él siempre decía que sus productos debían tener una buena fachada y una actitud servicial y obediente. Y ambas cosas las lograba a costa de lo que fuera.

El doctor apuntó el dato en el expediente y volvió a mirarme. La verdad fue que agradecí que no me compadeciera y tan solo me observara con solemnidad y respeto.

—De acuerdo. He pensado en ir poco a poco —comentó—. La ayuda psicológica sería recomendable en estos casos. Pero además administraremos un tratamiento basado en benzodiazepinas para controlar los espasmos y así evitar que se repita un nuevo episodio.

—Entonces, ¿qué me ha sucedido? ¿Soy adicta? —Me tensé un tanto asustada con la posible respuesta.

—Oh, no, señorita —sonrió amable—. Repito que es pronto para concretarlo. No descarto que padezca síntomas. Pero me temo que se debe más al cambio que ha experimentado.

Tenía lógica. En apenas tres días había pasado de ser maltratada y vejada a vivir en un ambiente estable y armonioso, sentirme parte de una familia. Un cambio así de repentino no era tan fácil de asumir.

—¿Es indispensable tomar ese tratamiento? —quise saber.

—Puede facilitarle el proceso. Le sorprendería la cantidad de gente que recurre a diario a la ingesta de relajantes, Sarah. —El doctor cerró el expediente y me entregó un documento—. Empezaremos con un tratamiento de choque y después iremos bajando la dosis. Un entorno relajado, una buena dieta y unas sesiones con un terapeuta harán el resto. Le aseguro que lo superará.

—¿De verdad lo cree?

—Confíe en sí misma, no me cabe duda. —Me extendió una mano que acepté un tanto emocionada.

—Muchísimas gracias, doctor —le dije—. ¿Puedo... pedirle algo?

—Adelante.

—Me gustaría que esto quedara entre usted y yo. No quiero preocupar a los Gabbana.

—Pasarlo en compañía sería mucho más sencillo —me aconsejó.

—Para ello tendría que contarles que me he pasado media adolescencia siendo vendida y ultrajada. Y aunque ya lo sepan, no imagina lo deshonoroso que es para mí vivir con esa carga.

Fui bastante dura, lo supe por la mueca de pesadumbre que adoptó el hombre.

—Entiendo. No se preocupe.

Después de aquello me acompañó a la puerta. Cristianno estaba sentado en el pasillo. Se puso en pie de inmediato y me sonrió antes de darme un fuerte abrazo.

—Maldita, me habías preocupado —me dijo al oído, provocándome una sonrisa.

—Lo siento —susurré aferrándome un instante más a él.

Entonces, le vi. A unos metros de nosotros. Enrico me observaba con fijeza. Sus pupilas temblorosas, llenas de duda. Me analizaba, trataba de responder sus propias inquietudes. Mientras que yo me moría por encontrar el valor de ir hasta él.

—Muchas gracias, doctor Terracota —dijo Cristianno al alejarse y estrechó la mano del hombre.

—No las merecen. Cuídese, Sarah. Cualquier cosa, mi teléfono está en ese informe. —Asentí con la cabeza al tiempo que él empezaba a alejarse—. Hasta otra, Materazzi —añadió obteniendo por respuesta un silencio educado.

Cristianno volvió a abrazarme invitándome a caminar hacia el ascensor. No comentamos mucho, más que había sido un simple mareo que podía arreglarse con un par de analgésicos y descanso. Ambos supieron que mentía, pero no indagaron.

Tras eso, reinó el silencio. Enrico evitando cruzar mirada conmigo, mantenido una postura rígida y un tanto intimidante. Yo a su lado, tocando su brazo con el mío debido al reducido espacio. El corazón latiéndome en la garganta. Y Cristianno esforzándose por no echarse a reír. Era evidente que se había dado cuenta de la tensión que había entre nosotros y me pudo la vergüenza.

—Me gustaría volver al Aldrovandi —dije bajito—. Quiero ayudar y además he dejado a Daniela con la palabra en la boca. Me siento mal por ello.

La muchacha me había mirado tan abochornada que cada vez que lo recordaba quería darme de bofetadas.

—Es recomendable que descanses por hoy, Sarah —me advirtió Cristianno—. Además, Daniela no es de las que se enfadan con facilidad. —Enrico carraspeó, como queriendo llevarle la contraria—. Bueno, sí, pero no por tonterías. Chismoso.

Contuve una sonrisilla coincidiendo con nuestra llegada al aparcamiento.

Fue entonces cuando sonó el teléfono del Materazzi.

Kathia

Ahí estaba de nuevo, el rumor de unas lejanas campanadas. Por su intensidad, supuse que se trataba del campanario de alguna iglesia del pueblo.

A mí me daba igual lo que fuera, pero cuando no se tenía mayor entretenimiento que dejar pasar las horas, cualquier detalle marcaba la diferencia. Aquel en concreto me advertía de la hora. Mediodía, quizá un poco más temprano ya que Sibila aún no había regresado del mercado.

Como ya iba siendo costumbre, cogía una botella de agua y me sentaba en el jardín. Al ser invierno, las tardes duraban muy poco, así que esperaba a ver la puesta de sol para después encerrarme en la habitación.

Valentino no molestaba demasiado. Tan solo algún comentario ácido de vez en cuando, pero poca cosa ya que apenas paraba en la casa. Desde que habíamos tenido el encontronazo en la cocina no se había acercado a mí más de lo necesario, seguramente por miedo a las represalias de Roberto.

Podría haberme pasado el día viendo la tele o leyendo un libro, quizá jugando al billar o a los dardos. Había suficiente entretenimiento y los guardias parecían por la labor de distraerme. Pero no quise aceptarlo. Me preocupaba mucho más saberme encerrada solo por capricho de unos descerebrados megalómanos. Sin explicaciones, sin información, sin nada. Más que el paso inútil de las horas, lejos de Cristianno.

Alguien salió al jardín y se acercó a mí. No me hacía falta mirar para saber de quién se trataba. Siempre era el mismo. Roberto. Tan amable y paternal.

—Kathia...

—Dime una cosa, Totti —le interrumpí sin dejar de mirar el horizonte—. ¿No te agobia estar aquí?

—Trato de no pensar demasiado en ese hecho.

—Es una suerte.

—¿Por qué no entras en casa? El día está nublado. Es probable que llueva.

Cierto, parecía que iba a llover y a mí me encantaba la lluvia.

—Suenan bien. —Le miré un tanto desafiante—. ¿Me llevas a dar un paseo por la orilla? —Él agachó un poco la cabeza—. ¿Tampoco puedes

hacer eso?

Silencio. Evidentemente era un no porque cabía la posibilidad de que echara a correr y me perdiera por las calles en busca de regresar a Roma.

Quise entrar en la casa para encerrarme en la habitación. Al menos allí nadie me molestaría con tareas estúpidas como comer o animarme un poco. Sabía que lo hacían porque estaban preocupados por mí, pero la mejor forma de ayudarme era dejándome ir y eso no podían hacerlo. Así que yo tampoco tenía por qué facilitarles la convivencia. Cuanto menos habláramos, mejor.

—Kathia... —Roberto trató de cogerme del brazo.

—No —mascullé apartándome y le eché cara—. Llevo cinco días encerrada en esta maldita casa. No tengo forma de ponerme en contacto con el exterior, nadie me cuenta nada sobre lo que está sucediendo. Solo veo mierdas en la televisión, mierdas y mentiras. Y tú esperas que asuma mi estancia como una especie de vacaciones. ¡¿Realmente crees que podría, ah?! —grité señalándole el pecho con un dedo tieso—. ¡¿Realmente creéis que aguantaré toda esta porquería mientras el hombre al que amo está ahí fuera?! ¡¿Qué demonios hago aquí?! ¡No he hecho nada malo! ¡¡No lo he hecho!!! —Lo último que dije se convirtió en un chillido que terminó por arrancarme un llanto de frustración.

Empujé a Totti y eché a correr hacia la habitación sabiendo que los demás guardias lo habían oído todo. Estaban allí para protegerme, eran hombres leales a Enrico.

Pero no me valía. Me importaba un carajo la protección.

Me hice un ovillo en el sofá y comencé a llorar como una cría. Tan intenso fue que no escuché a Roberto entrar. Le miré de reojo cuando se colocó frente a mí, entristecido, cabizbajo.

—Cógelo —dijo entregándome un móvil—. Es para ti.

Acepté temblorosa y aún sollozante.

—¿Sí? —jadeé.

—Hey, mi reina. —La voz de Enrico rápidamente inundó mi cuerpo y me empujó a llorar incluso con más fuerza—. Kathia, escúchame, cariño. No llores, por favor.

—¿Por qué no vienes? —le supliqué—. ¿Por qué no estás aquí, conmigo?

—Quisiera hacerlo, pero es muy peligroso.

Para un hombre como Enrico, la palabra peligro tan solo se empleaba en situaciones de extrema gravedad. Desconocía que tan peligroso creía él que era todo aquello, pero en mi caso, sentí un extraño pavor. Cristianno estaba en el centro de aquel riesgo y yo no podía hacer nada por él.

—No puedo más. No sé qué está pasando... —La distancia era un castigo, sutil y silencioso.

—Sé que es confuso, mi amor. Pero te prometo que lo estoy arreglando. Te prometo que acabará muy pronto. Tan solo aguanta unos días más, ¿de acuerdo? —me pidió suplicante.

Apreté los ojos y contuve mis lágrimas por un instante.

—¿Cuánto más? —suspiré—. Necesito una respuesta concreta, Enrico.

—La próxima semana. —Sonó abrupto, como si necesitara convencerme con urgencia—. Todavía no me han confirmado el día. Pero habrá un evento. Tu padre quiere que asistas.

Yo ya sabía que Enrico me contaba aquello para que tuviera esperanza, pero sin saberlo consiguió lo contrario. Una pesadumbre me invadió sin control. Me costaba dar con un final positivo para Cristianno y para mí.

—Así que solo volveré a Roma para tener que fingir —resoplé—. ¿Y luego qué? ¿Podré verle? —Su respiración se entrecortó y yo cerré los ojos—. Háblame de él, Enrico. Dime lo que sea.

«Tan solo necesito saber que él está bien».

—Te costaría imaginar cuánto te ama...

Rompí a llorar de nuevo.

Capítulo · 21

Sarah

Enrico zanjó aquella conversación clavando una mirada profunda a Cristianno. Este se la devolvió titubeante, sabía que tan solo tenía que estirar el brazo y coger aquel teléfono para estar un poco más cerca de Kathia. Podría haberlo hecho, incluso yo lo deseé. Pero se mantuvo quieto y soportó las connotaciones de lo que se estaba diciendo.

Cuando Enrico colgó se mordió el labio y agachó la cabeza. No estaba cómodo en su pellejo, no disfrutaba del papel que le había tocado interpretar, aquel de hombre frío y reservado.

—¿Es cierto? —preguntó Cristianno—. ¿Lo imaginas?

Cerré los ojos. La pregunta en sí no parecía alarmante, pero al pensar en el verdadero contexto me topé con una carga terriblemente poderosa. Para ambos.

Cualquiera hubiera podido pensar que un romance adolescente era algo pasajero. Pero lo que había entre Kathia y Cristianno no era pasajero y mucho menos adolescente. Ellos compartían un amor que no me hizo falta ver para detectar.

—Sarah, ¿te importa ir con Enrico? —anunció el joven al cabo de un rato.

Asentí y acepté el beso que me dio evitando con todas mis fuerzas ver cómo se iba. Tan solo escuché que se subía a su coche y arrancaba el motor. Impedir que se fuera hubiera sido muy estúpido.

—Vamos, te llevaré a casa —dijo Enrico.

Me acomodé junto a él en el interior de su vehículo y comencé a estrujarme las manos. Quería hacer algo, pero no estaba segura del qué, ni de si sería bienvenido.

—¿No podrías? —dije de súbito. Mi voz me sonó extraña.

—¿El qué?

Con aquella respuesta, Enrico me invitó sutilmente a continuar, y me encontré ante una conversación que ya no se podía evitar. Debía armarme de valor y terminar.

—Hacer posible... un encuentro. —Me topé con sus ojos al levantar la cabeza—. Dices que sabes dónde está Kathia... He podido deducir el poder que ostentas, no creo que sea complicado para ti hallar el modo de darles una oportunidad.

Enrico sonrió y me apartó la mirada al tiempo que acariciaba el volante.

—Dicho así suena como si yo fuera el mayor enemigo de ambos.

—No era esa mi intención. —Me puse nerviosa.

—Supongo que se me ha ido de las manos —confesó abatido—. Que no he pensado en las consecuencias. Tan solo...

—Estás preocupado por la integridad de los dos —le interrumpí y él volvió a mirarme, asombrado, pero también complacido.

—Juntos son un peligro muy serio —advirtió, estremeciéndome—. Ya no solo para la familia, sino también para ellos mismos.

—Pero te tienen a ti.

Incomprensiblemente, apoyé mi mano en la suya. Ninguno de los dos esperamos el escalofrío que siguió al gesto, libre de disimulos, inquieto y emocionado a partes iguales.

Quizá debería haberme arrepentido, pero no lo hice y Enrico suspiró con serenidad, como si aquel contacto le hubiera aportado el sosiego que necesitaba en ese momento.

—Claro que me tienen, Sarah —dijo bajito—. Pero el poder no compra la habilidad de resucitar a los muertos.

Uno de sus dedos se movió y comenzó a acariciar mis nudillos. Su mirada fija en la mía, su boca entreabierta sobre una expresión tan seductora como atormentada. Sin embargo, ninguno de esos detalles pudo contener la magnitud de su confesión ni tampoco el temor que me invadió.

Enrico hablaba de muerte, de asesinato, de un peligro ciego, pero extremadamente certero. No supe qué tanto debía temer, a qué tipo de problemas se estaba enfrentando. Y me pudo la duda, porque vivía rodeada de esas emociones y no podía hacer nada por menguar su carga. Sino, todo lo contrario. Por mucho que Cristianno hubiera mencionado que mi

presencia aliviaba, las evidencias eran bien distintas. Había llegado en el peor momento.

—Vayamos a casa. —Enrico soltó mi mano y se dispuso a arrancar el coche.

—¿No dirás nada más porque no te fías de mí o es por otro motivo?

—Si no me fiara, no estarías sentada en este coche, Sarah. —Me clavó una mirada severa—. Créeme, soy muy escéptico.

—Entonces... —aventuré.

—Tu estado de salud no necesita más inquietudes.

—Tampoco tú o los Gabbana —dije de súbito, incorporándome hacia él—. No solo cargáis con lo que sea que esté pasando, sino que además le habéis dado asilo a una mujer que está siendo buscada por uno de los mayores proxenetas del mundo. ¿Eres consciente de que Mesut puede aparecer en cualquier momento?

Mantuvo un silencio tan vigoroso que creí que me ahogaría en él. Declarar sin tapujos, sin medir las palabras, sin controlar qué o cómo se dice lo que uno piensa. Enrico me daba todo eso. Tenía la habilidad de extraer cada uno de mis pensamientos.

—¿Qué estás intentando decir, Sarah? —inquirió Enrico.

De pronto me sentí avergonzada, confundida. No tenía claro el mensaje que estaba tratando de enviar. Ni siquiera sabía por qué continuaba hablando.

—No lo sé... —suspiré—. Supongo que habla la frustración.

Acercó su mano a mi barbilla.

—Tener miedo es algo lógico. Todo el mundo lo siente. Pero si tú lo estás sintiendo ahora por Mesut, deberías saber que no consentiré que se acerque a ti. No tendrá el valor. —Dijo todo aquello devorándome con su mirada azul.

Tragué saliva y enrosqué mis dedos a su muñeca, dándome cuenta de que mi mente y mis emociones no iban por caminos tan distintos.

—Me gustaría poder decir que solo tengo miedo por eso. De hecho, era el único temor que sentía hasta hace unas horas. Y no creí que hubiera nada que se comparara.

Cerré los ojos un instante y cogí aire. Quería exponerme ante él, aunque no supiera lo que en verdad quería decirle. Supongo que tantos años de represión habían dañado la habilidad natural de sincerarse. Sin

embargo, Enrico estaba ayudándome a descubrirlo y ahora que estaba padeciendo una confianza momentánea, quise aprovecharme de ello.

—Tres días no es demasiado tiempo, pero sí el suficiente para alguien que ha olvidado cómo era el amor honesto. —Enrico mantuvo sus ojos puestos en mí, más que atento a mi discurso—. Y ya sé que no tengo derecho, pero estoy acostumbrada a observar y no he podido evitar darme cuenta de que está pasando algo. Cristianno, Graciella, tú mismo. Todos. Me pedís que viva en el edificio, me tratáis como una más e incluso hacéis que me sienta especial. —Habían logrado que me enamorara de cada uno de ellos—. Con sentimientos así es muy difícil mantenerse al margen. —Volví a estrujarme los dedos—. Sé que no puedo aportar nada a la situación, pero me gustaría al menos poder apoyaros.

Era lo mínimo que podía hacer después de haber recibido tal cariño y respeto. Ellos eran lo mejor que me había sucedido nunca y, aunque en ocasiones lamentara haber descolgado el teléfono, no podía negar que aquel lugar se había convertido en mi hogar.

Enrico sonrió dulcemente.

—Así que has repartido tu miedo.

—Es una buena forma de decirlo, sí —admití.

—Entiendo. —Pulsó la pantalla táctil del salpicadero e inició una llamada telefónica.

—Dime, Materazzi —respondió un hombre.

—Nono, voy para Frattina. ¿Podrías prepararme algo rápido de comer para dos?

—Eso está hecho, jefe.

Después de colgar, arrancó el vehículo y aceleró con suavidad para salir de aquel aparcamiento.

Desconocía por completo lo que se proponía, ni siquiera pude hacerme una idea de lo que estaba pensando. Enrico era tan hermético como una roca. No mencionó nada en todo el trayecto. Yo tampoco quise cortar aquel silencio, quizá porque no sabía cómo.

Simplemente me mantuve quieta, mirando por la ventana, tratando de contener mis nervios. Mientras me sinceraba, había olvidado lo que significaba estar a solas con Enrico.

Le miré de reojo. Él mantenía la atención puesta en la carretera, no creí que se estuviera dando cuenta de mi disimulada inspección. Enrico

tenía aquel tipo de presencia que incitaba al desconcierto, un erotismo muy difícil de describir, que se adaptaba a una belleza prodigiosa. Desde sus manos tan delicadas y esbeltas hasta la insinuante curva de sus muslos bajo aquel pantalón de pinzas azul oscuro.

Nunca había conocido a nadie capaz de estimular sin proponérselo. Aquella enigmática sensualidad surgía de forma natural en él.

La tensión no tardó en imponerse y me indignó, porque no era el mejor momento para adorar el atractivo de Enrico y mucho menos fascinarme con él.

Un rato más tarde llegamos a Frattina. Enrico evitó entrar en la calle y se dirigió a un garaje privado que había en una vía colindante. Aparcó y nos acercamos al ascensor. Creí que el silencio allí sería similar al que habíamos mantenido durante el trayecto, pero me equivoqué. Estaba tan nerviosa que temí empezar a hiperventilar. Supongo que imaginarme a solas con él en su piso tenía mucho que ver.

Nos encaminamos al comedor. Nono ya había preparado la mesa e improvisado una comida basada en *sushi*, ensalada y unos canapés muy apetecibles.

—Toma asiento —dijo Enrico señalando la silla—. ¿Agua o té?

Se quitó la chaqueta y la extendió sobre uno de los sillones. A continuación, se aflojó el nudo de la corbata y desabotonó el primer botón de la camisa.

—¿El qué? —Tragué saliva.

—De beber. Te ofrecería vino, pero no es lo mejor después de lo que ha ocurrido.

—Té, por favor. Frío. —Me senté mientras él preparaba las bebidas.

Al verle acomodarse frente a mí me fue imposible evitar pensar en su esposa y la suerte que tenía. Enrico lograba que la intimidad, más allá de la incomprensible tensión que a mí me suscitara, fuera un regalo maravilloso.

Le dio un trago a su vaso, cogió un trozo de *sushi* y me miró.

—¿No comes? —preguntó terminando de mascar.

—No creo que a tu mujer le parezca bien que invites a desconocidas a su casa.

«Sarah, el exceso de sinceridad también puede ser un problema, querida», me dije.

—Recuerdo haber dicho que ella no viene por aquí.

—Cierto... —La inquietud me abordó de inmediato.

—Y no es su casa —matizó—. Este edificio es de lo poco que pude salvar de mi familia y no permito que entren indeseables.

Fruncí el ceño. Ardía en deseos de preguntarle por qué una pareja podía ser tan detestable, pero supuse que sería una cuestión demasiado controvertida. Y también temí que pudiera malinterpretarse.

—¿Ella vive en la mansión? —Ni siquiera entendí a qué se debía preguntar aquello.

—Solo cuando no está durmiendo con su amante —confesó con total naturalidad antes de coger un trozo de queso y acercármelo a la boca. Tuve que hacer malabarismos para aceptarlo sin atragantarme con mi propia respiración—. Pero como está muerto, mi esposa no soporta la idea de compartir espacio conmigo. Así que ahora duerme en Portofino, al menos hasta que se le pase el dolor por la ausencia, que espero le dure mucho tiempo.

Finalmente me atraganté y empecé a toser como una loca. Enrico enseguida se levantó y fue a por una botella de agua. Le di un trago enorme y cogí aire.

—Lo siento, no pretendía ser brusco —dijo volviendo a tomar asiento. Parecía nervioso y yo me moría de la vergüenza.

—No te preocupes —aseguré recomponiéndome. Tenía que continuar—. ¿Te hierde?

No respondió enseguida. Intuí que le había pillado con la guardia baja, más centrado en que yo no me ahogara que en la insolencia de su esposa.

—No. —La rotundidad me estremeció—. Supongo que eso me hace ver como un miserable.

De nuevo surgía aquella innata necesidad de mostrarse como alguien que no era. Empezaba a molestarme que una persona que había recorrido medio mundo para salvarme, solo porque un hermano se lo había pedido, se considerara malvado. La malicia tenía formas diferentes a las que presentaba Enrico.

—Tienes un problema con lo que la gente cree de ti —mascullé asombrándole.

—¿Por qué lo dices? —Se inquietó.

—No es la primera vez que te describes como un canalla.

—Quizá porque lo soy.

—Pues yo no lo veo y sé bien cuando un hombre es un ruin —dije tajante, aprovechándome de mi valentía—. Además, estaba pensando en los motivos por los que te casaste con alguien a quien detestas.

Él agachó la cabeza y tragó saliva. Podía decirse que aquel fue el primer instante en que Enrico se mostró nervioso y no trató de disimularlo.

—Cuando la mafia impone, solo te queda obedecer —admitió provocándome un escalofrío.

—No me parece que tú seas un simple instrumento.

—Yo elegí serlo.

—¿Por qué?

Torció el gesto. De pronto yo había tomado el control.

—Es un secreto —susurró.

—¿Qué otros secretos tienes?

—Más de los que me gustaría. —Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante—. Pero hay preguntas a las que sí puedo responder si en algún momento te atreves a formularlas.

Cogí aire y me humedecí los labios.

—Es difícil preguntar cuando no sé qué ocurre —reconocí empezando a estrujarme los dedos bajo la mesa—. Ni siquiera imagino cuánto estarías dispuesto a contar... Pero a veces los secretos son pensamientos que no nos atrevemos a decir en voz alta.

Su expresión cambió. No fui consciente del poder de lo que había dicho hasta que miré sus ojos. Resplandecientes, firmes sobre mí, tan aliviados como inquietos, divagando sobre cientos de cosas. El hermetismo que descubrí me hizo comprender la carga tan severa que debía soportar Enrico. Y la soledad que sentía recorriendo un camino que solo él conocía.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —murmuró y por un momento creí que encontraría la forma de levantarme de aquella silla y atrapar sus labios con los míos.

Sin embargo, se impuso el aturdimiento ante la confesión más bella que me habían hecho nunca. Yo no era el tipo de persona creada para recibir ese tipo de comentarios, mucho menos de un hombre cautivador.

—Ahí fuera... —dije tan bajo que creí que no me había escuchado.

«Esperándote».

Enrico pestañeó con lentitud, como si algo le atormentara. Entonces extendió su mano sobre la mesa, invitándome a cogerla. Esperó paciente a que yo encontrara la valentía de aceptar el contacto. Y cuando finalmente lo hice, él me agarró y cogió aire hondamente.

—Fue Kathia quien lo mato —me anunció casi severo—. A Marcello. Era su primo y mantenían una aventura desde hacía años. Yo simplemente me convertí en su esposo porque debía hacerlo. Porque me interesaba entrar en la mansión como un miembro más de la familia Carusso. —Y con aquella espeluznante confidencia, empezó a hablar.

Enrico saltó de un hecho a otro conforme mis reacciones le alertaban, en busca de dosificar tales revelaciones. Expuso cada momento con tanto realismo que me pareció estar dentro de su mente, viviendo en mi propio pellejo cada uno de los eventos.

Trató de contarlo de una forma neutral, pero no pudo contener su implicación en la situación ni mucho esa extraordinaria lealtad que le procesaba a los Gabbana y a Kathia. Advertí una especial devoción por Cristianno y los sentimientos que este tenía por la joven Carusso. Habló de la relación que compartían como una inevitable conexión cautivadora, digna de preservar. Yo ya sabía de ella, me lo había comentado durante el vuelo de Tokio a Roma. Pero nunca imaginé que fuera algo tan enorme.

Sin embargo, no todo era amor. Ni siquiera era el centro del problema. Lo que Kathia y Cristianno tenían simplemente había sido el detonante, el inicio de una guerra que Enrico no terminó de aclarar.

Sin un principio claro, sin un final aparente. Venganza, muerte, traición. Todos estaban involucrados, cualquiera podía caer. Incluso aquellos que parecían invencibles.

Y entonces mencionó a Fabio.

Llegados a ese punto, no pude soportar mucho más. Me levanté de la silla como un resorte para acercarme al ventanal y así tener una excusa con la que darle la espalda a Enrico por un instante. Necesitaba recuperar el aliento.

Aunque él no estaba dispuesto a dejarme sufrir sola.

Le escuché acercarse. Tenía intención de consolarme incluso cuando a él le había costado mencionar el nombre del Gabbana.

—Estoy bien. Solo tengo que respirar —anuncié.

—Sarah... —suspiró él.

Súbitamente le miré.

—¿Sabes? Apenas tengo recuerdos de mi madre, pero hay uno que siempre insiste —dije consciente del poco control que tenía en ese momento.

Enrico frunció el ceño y apretó los dientes. Ya sabía que no iba a gustarle lo que estaba por contar, y mis lágrimas pronto empezaron a caer.

—Un día se dignó a aparecer por casa, yo tenía seis años... Peleó con mi abuela, pero finalmente consiguió lo que quería. Nos llevó a la playa. Aquel yate de lujo estaba atestado de hombres y mujeres. Ellos vestidos, observando como ellas danzaban, reían y bebían desnudas.

No tenía el suficiente conocimiento como para saber lo que estaba sucediendo. Pero sí entendí que debía tener miedo, que aquel lugar era algo pérfido y desolador por mucho que el sol resplandeciera sobre aguas cristalinas.

—Mi madre se acercó a un hombre, me pidió que le saludará. Dijo que era mi papá y yo le creí porque mi abuela se indignó —sonreí con tristeza—. Ni siquiera me acuerdo de su cara... Pero lo que sí recuerdo es a mi madre metiéndose en aquella habitación con él. Todo lo que ocurrió después es un amasijo de imágenes que terminan conmigo en el agua. Al parecer me caí...

—Sarah... No hace falta que continúes...

No tenía sentido nada de lo que estaba diciendo. Mucho menos hablarle a él de una infancia tan problemática. De hecho, ni siquiera yo entendía por qué había tenido que mencionar aquello. Pero de pronto cogí aire y lo supe.

Clavé mis ojos en los de Enrico. Él me observaba atento, estaba preocupado.

—Fabio no estaba cómodo esa noche —murmuré saltando al momento en que vi a Cristianno entrar en aquella limusina—. Disimulaba. Pero le vi en más de una ocasión apretar los dientes cuando Wang acariciaba a alguna de mis compañeras... Era demasiado íntegro para estar en un lugar como El Manantial. —Podía escuchar la risa estúpida del chino—. Al despedirnos, me echó una sonrisa y después miró a su sobrino. Fue tan admirable ver el modo en que le hablaba a Cristianno. Tan fraternal. Me

acordé de aquel día en el yate y pensé: «Si tú hubieras sido mi padre, seguramente me hubieras cogido de la mano y sacado de allí».

Fabio Gabbana era ese tipo de hombre, de los que abrazaban de verdad y protegían de corazón. Solo me bastó unos minutos para darme cuenta. Maldecía mis habilidades continuamente, pero era innegable que estas me servían para detectar cómo eran las personas.

—Es de locos pensar que días más tarde moriría —susurré y volví a mirar a Enrico a los ojos—. Lo siento... Lo siento mucho —sollocé.

Pero no estuve segura de si pedía perdón por el evidente dolor que le había causado a Enrico perder a Fabio o por mis arrebatos.

Súbitamente, él se lanzó a mí y me envolvió entre sus brazos absorbiendo el espléndido temblor que me atravesó ante el contacto. Le dio igual que en primera instancia quisiera rechazarle. Tan solo esperó a que finalmente envolviera su cintura con fuerza.

«Si pudiera elegir, me quedaría apoyada en su pecho toda la vida».

Y con aquel pensamiento, me aferré a él.

Capítulo · 22

Cristianno

«Te costaría imaginar cuánto te ama». No dejaba de repetirme aquella frase. Había estado tan centrado en ella que ni siquiera recordaba cómo había llegado a la ruinoso casa en las vías.

Me había prometido que no volvería a ir, que en el instante en que Kathia la convirtió en su refugio, cualquier rincón me recordaría a ella. Y en efecto así había sido, pero no me di cuenta de ese hecho hasta que escuché las ruedas de un coche deteniéndose en la explanada exterior.

Cogí aire hondamente y miré a mi alrededor.

Recordé el día que Kathia me miró por entre su flequillo sentada en aquel coche de los carabinieri. Sus ojos grises resplandecientes me engulleron y enseguida me invadió un profundo escalofrío. Esa noche me negué a creer que había caído por ella. Que me enamoraría como un demente.

Después de aquel primer encuentro, todo fueron miradas de anhelo y reproches cargados de odio. Provocarla constantemente se convirtió en el único modo de escuchar su voz, una forma un tanto estúpida e infantil de saber que por un momento yo era el centro de su mundo.

Por entonces, me odiaba por desearla. Después, probé su boca y supe que necesitaría de ese contacto de por vida, que no sería un reclamo pasajero.

Aquello era mucho más. Algo esencial. Y casi pude vernos en aquel sofá agujereado, jugando a contener las ganas por devorarnos en un beso.

Ciertamente, ir a esa casa no había sido una buena idea. Pero mi razonamiento prefirió acorralarme que dejar salir a mis instintos, y le había prometido a mi padre que no volvería a caer. Así que tenía sentido estar allí y recordarme que mi relación con Kathia era demasiado valiosa como para continuar derramando sangre.

Salí al exterior con las manos guardadas en los bolsillos de mi chaqueta. Mauro fumaba un cigarrillo apoyado en el capó de su coche. Le cacé oteando la arboleda que había cerca mientras contenía un ramalazo de frío.

—No cambias, ¿eh? —dije llamando su atención—. Sigues siendo muy malo para soportar el invierno.

—Tres putos grados a las cuatro de la tarde. A ver quién lo aguanta. — Nos echamos a reír y me apoyé a su lado antes de aceptar su cigarrillo.

—¿Cómo has sabido que estaría aquí? —inquirí al cabo de un rato.

—¿Quién te crees que soy? Te conozco mejor que tú mismo. —De eso no me cabía la menor duda.

—¿Por qué no has entrado?

—Pensé que necesitarías un momento.

—Sigo necesitándolo.

—Ya, pero esta vez tendrás que soportar compañía. —Me dio un empujón—. Sube al coche, anda. Ya vendremos después a por el tuyo.

Kathia

—

Mis pies firmes sobre el suelo, mis dedos empuñando un revólver con tan solo dos balas. Mis ojos sobre un único objetivo. Y un sol tímido que apenas había terminado de asomar por el horizonte. El aroma a pólvora, el silencio sepulcral. Unos pájaros gorjeando de fondo y el susurro de una brisa al acariciar la copa de los árboles.

Detalles que no tuve en cuenta cuando decidí apuntar la cabeza de mi padre con el cañón de una pistola. Ni siquiera recordaba el peso o el sutil temblor que me invadió. Las miradas de los presentes, algunas aterrorizadas, otras emocionadas. Finalmente, la de Cristianno, que jamás sabría cómo fue porque me obligué a no mirar. Y me negué a hacerlo porque sabía que dudaría, y al final ni siquiera habría entendido por qué ahora estaba en aquella casa.

Había sido una necia al pensar que yo no tenía nada que ver con las decisiones de mi maldita familia. Alejarme de Roma no tenía sentido si me centraba en ellos.

Sin embargo, escuchar la voz de Enrico me había recordado que estaba allí porque yo misma lo había elegido. Y desde luego no había razón para arrepentirme.

Tirando una lanza en mi favor, tenía lógica mi confusión. Nadie podía imaginar lo que me deparaba ver a Erika en medio de ese salón, a punto de soltar su mala baba, a minutos de morir sobre aquella condenada alfombra blanca. Por mi culpa. Por mis miedos.

Pero ¿qué más podía hacer una estúpida niña caprichosa? ¿Volver a Roma, encontrar una excusa, escabullirse en la sombra y dar con sus labios? Tarde o temprano lo descubrirían y todos mis esfuerzos por salvarle se irían al garete.

Así que mis ganas de ver a Cristianno eran tan peligrosas como el arma de mi padre apuntando su cabeza en aquel maldito aeródromo.

Esperar paciente, contener mis deseos. Intenciones que mantendría. Podía hacerlo. Una guerra no dura eternamente, y yo amaba a Cristianno lo suficiente como para saber que la distancia no agotaría ese sentimiento, no cambiaría nada entre él y yo.

Algo destelló en el cielo. Finalmente iba a llover y yo me encontraba en el jardín mirando el horizonte a través de la valla.

Un trueno estalló coincidiendo con el sonido de unos pasos. Un instante después, sentí el calor de una manta apoyándose sobre mis hombros casi al tiempo que cayeron las primeras gotas de lluvia.

Fue extraño, el contacto tan sutil me invitó a pensar de más y, cuando eso sucedía, Cristianno no tardaba en invadir mi mente.

Comencé por cerrar los ojos y apoyar mi cabeza en su hombro. Su pecho pegado a mi espalda mientras sus brazos rodeaban mi cuerpo. Bastaron unos segundos para sentir su nariz perfilando mi mandíbula.

Pero aquel contacto no era de Cristianno. Él solía acariciarme con erótica delicadeza, me hacía desearle hasta rogar.

«No es real», no podía serlo.

—¿Así que esto es lo que siente el Gabbana cuando te abraza? —El condenado Bianchi—. Sí que tiene suerte...

Me alejé de súbito. No podía creer el desvarío que acababa de experimentar. Un par de segundos más y Valentino me hubiera besado.

Le miré colérica, sentía tal repulsa hacia él que poco importaba su atractivo.

—No confundas suerte con merecimiento —rezongué—. Él se ha ganado algo que tú quieres conseguir por la fuerza.

Me desconcertó que sonriera mordaz aun cuando la exasperación inundó sus ojos verdes. Valentino era así, capaz de capturar la acidez que provocaba el odio o la ira y manejarla a su antojo hasta divertirse o incluso disfrutar de ello, como si fuera una especie de adicto a la vileza más corrosiva.

Jamás terminaría de entender cómo se había convertido en aquella clase de hombre, si es que lo había escogido por sí mismo o simplemente había nacido consigo. En cualquiera de los casos suponía un problema.

—Todavía estoy a tiempo de hacerte cambiar de opinión si me das la oportunidad —dijo seguro de haber logrado mi atención.

—Te hacía más listo. —Traté de entrar en la casa, pero él lo impidió interponiéndose.

—He estado pensando, Kathia, y esta vez es algo que puede interesarte mucho.

El cielo se iluminó previo al potente crujido de unos truenos. Por un momento creí que la tierra se partiría en dos y me engulliría mientras observaba impertérrita mi reflejo atrapado en unas pupilas que parecían dispuestas a darme cualquier cosa.

«Te costaría imaginar cuánto te ama», recordé la voz de Enrico y con ella el amargor de la realidad que me rodeaba.

—No trataré de entender tu encaprichamiento por Cristianno. Pero puedo convivir con ello. —Contuve el escalofrío que me atravesó al verle inclinarse hacia mí—. Puedo, Kathia —susurró y yo sonreí.

—Encaprichamiento, ¿eh? —Alcé las cejas, incrédula—. ¿Eso es lo que crees, que mis sentimientos por él son un mero capricho momentáneo?

—Y no sería el único que lo sabe, amor —contraatacó, disfrutando de aquel momento, importándole un comino que estuviera empezando a llover—. Un incendio tiene varios periodos. La causa, la propagación e irremediablemente la extinción. Tú te encuentras en la segunda fase. En el fragor del momento, justo cuando crees que todos van en tu contra. —Se puso a caminar a mi alrededor, haciendo aspavientos insolentes—. A más negación recibas, más orgullo demuestras. Y lo que no quieres ver es que hasta los incendios más violentos tienen su final, aunque se haya perdido demasiado en el proceso por extinguirlo.

Agaché la cabeza, cerré los ojos, apreté los dientes y los puños. Las gotas de lluvia golpeteando mis hombros y, mientras tanto, la rabia, expandiéndose por mi vientre, erizándome la piel.

Valentino no estaba equivocado, acababa de darle voz a los pensamientos de la gran mayoría al decir que mi relación con Cristianno tan solo era fruto de una fugaz locura. Una maldita obsesión juvenil, como la de las novelas.

Sin embargo, pocos, quizá nadie, habían pensado en las circunstancias. Ni siquiera habíamos empezado, que ya estábamos en medio de una guerra. Los caprichos se olvidan cuando la vida pende de un hilo. Es entonces cuando prima la supervivencia, cuando surge la verdad de los sentimientos, y los míos no eran un simple antojo.

No caería en la trampa de creerme la causante de toda aquella basura.

—¿Sabes lo que pienso yo, Valentino? —Alcé el mentón y le miré desafiante—. Que te cuesta asumir que tú y yo jamás seremos algo más que enemigos.

Se mordió el labio sin esforzarse en disimular lo mucho que le molestó oírme.

—Me satisface conseguir imposibles —rezongó antes de soltar una sonrisa—. Esto me recuerda al día que tu prima Giovanna se me declaró. Ella tan solo quería un romance. Pero yo le propuse algo mucho más divertido. Tan solo tuve que apretar un poco para conseguir ponerla de rodillas. —Se acercó a mi oído y susurró—: Ahora ni siquiera tengo que pedírselo.

Contuve el aliento. Fue muy complicado soportar la aversión que me procuró su condenado discurso. Deseé con todas mis fuerzas abofetear a Giovanna hasta hacerla sangrar. Nunca nos habíamos profesado estima, ni siquiera empatía por cortesía. Nuestro contacto era nulo. Pero nada tenía que ver el afecto con la lógica.

Creía que Giovanna podía aspirar a más.

—¿Has terminado? —mascullé.

—Intercambio —matizó Valentino—. Tu primita me adora, lo hace desde los catorce. Ella quería mi afecto, un «te quiero» susurrado al oído. Es sencillo mencionarlo mientras follamos, hace que se entregue. Tú me das y yo te doy. Es fácil, ¿cierto?

—Eso parece. Pero Giovanna ha resultado ser más ilusa que yo.

Zanjé la conversación, no quería seguir escuchándole decir gilipolleces.

Al entrar en la casa descubrí a dos compañeros de Totti inmóviles a solo unos pasos del jardín. Por la expresión de tensión en sus rostros supe que habían escuchado la conversación, más que listos para intervenir si era necesario.

Sentí un poco de alivio al mirar a Sandro. Con él siquiera había cruzado palabra, pero tenía la habilidad de aparecer en mi campo de visión, mirara donde mirara.

Asentí con la cabeza, confirmándole que estaba bien y que solo quería ir a mi habitación. Pero Valentino no desistiría tan fácilmente.

—Podrías tenerle aquí mañana mismo. —Me sobrevino un escalofrío conforme asumía que se estaba acercando a mí de nuevo—. Imagina cómo sería volver a verle, Kathia. Sabes lo intenso que es, seguramente te abrazaría como un loco, te devoraría a besos.

Le miré por encima del hombro.

—Pero para lograr eso...

—Chica lista —sonrió y chasqueó los dedos.

Así que estaba ofreciéndome la posibilidad de compartirme a cambio de lograr lo que sea que quisiera de mí.

—Serías capaz... —suspiré.

—Soy alguien que logra lo que desea a costa de lo que sea. Lo demás es pura banalidad que la gente como tú o el maldito Gabbana ponéis por encima de cualquier cosa —explicó ignorando por completo la furia que comenzaba a despertar en los guardias de Totti—. Pero en la vida, Kathia, hay que ser prácticos. Quiero algo, lo tengo. Punto.

—A costa de lo que sea...

Levantó una mano y la llevó hasta mi mejilla.

—Puedo darte todo lo que quieras. Puedes tenerlo todo.

—Con tus reglas.

Torció el gesto e hizo una mueca con los labios que cerca estuvo de lograr que le partiera la cara.

—Prefiero llamarlo acuerdos —indicó.

Entrecerré los ojos y negué con la cabeza.

—Y solo porque te has obsesionado conmigo.

Podía parecer sencillo comprenderle, pero en mi caso no entendía en qué momento me había convertido en un trofeo para él.

—El amor tiene muchas formas, Kathia. —Dio un paso al frente—. No seas tan egoísta como para pensar que tú eres la única buena amando. Porque te equivocarías.

Y de verdad lo creía. Valentino estaba muy seguro de sus sentimientos, pensaba que el amor no tenía por qué mostrarse romántico o benévolo para ser precisamente amor. Que la arrogancia o la vanidad también podía serlo.

Fui yo quien se acercó a él esta vez. Vi de soslayo como los guardias se entiesaban aún más.

—Tú no sabes amar, Valentino —dije entre dientes—. El único afecto que conoces es el de la extorsión. Logras lo que deseas mediante chantajes. Estás podrido por dentro y alguien así nunca conocerá lo que es el amor. —Le miré de arriba abajo—. Porque es imposible quererte. Así que, si alguna vez entendiste la decencia, es momento de demostrarlo dejando de venderme engaños y porquerías.

Apenas tuve tiempo de terminar la frase. Valentino se echó sobre mí, capturando mis brazos, y me empujó contra la pared con rudeza. Me golpeé la cabeza, pero no tuve tiempo de dolerme porque enseguida aporreó la pared, justo al lado de mi mejilla izquierda.

Sandro se llevó una mano a su cinturón y la apoyó en su revólver. Iba a intervenir. Supe que no dudaría. Pero no consentiría que se metiera en problemas cuando yo misma podía evitarlo. Así que levanté una mano con disimulo, impidiendo que se acercara.

Él no podía ver el rostro del Bianchi, pero yo sí y me topé con una versión de él muy diferente a lo que había visto. Una pequeña muestra del monstruo que habitaba en su interior. Los ojos dilatados, las mejillas trémulas de furia. Aquel Valentino mataría con saña y para colmo lo justificaría.

—Yo nunca pierdo, Kathia. Nunca —gruñó severo, peligroso—. Pero si alguna vez sucede, deberías saber que responderé con todo lo que tenga a mano. No me provoques... —Se detuvo a coger aire y golpeó de nuevo la pared—. No me provoques, joder.

Muy quieta, observé cómo se apartaba. Parecía pesarle el cuerpo, la respiración discordante, los movimientos muy rígidos. Y de pronto,

cambió. Una sonrisa alumbró su rostro e incluso iluminó sus pupilas.

Fruncí el ceño. Jamás había visto algo igual.

—En fin... Piénsalo —dijo como si nada mientras se retocaba el cabello—. Sería agradable disfrutar de una tregua. Ganaríamos todos, ¿no te parece?

Me guiñó un ojo y se encaminó hacia el pasillo.

—Entonces, me toca recibir.

Fue súbito.

No creí haberlo dicho en voz alta hasta que él y los dos guardias me miraron asombrados. Ni siquiera lo había pensado.

—¿Qué? —inquirió aturdido.

—Yo ya he dado. Ahora te toca a ti. —Me erguí, valiente y renovada, dispuesta a cualquier cosa.

Si él atacaba, yo también podía hacerlo. No me acobardaría ante nadie.

—¿Qué has dado? —Se echó a reír.

—Estoy aquí, ¿no? —Torcí el gesto, sonriendo también, desconcertándole—. Puedes decirme que eso fue decisión de mi padre. Pero estoy aquí porque tú así lo deseabas. —Le señalé con un dedo, llegando a clavárselo en el pecho—. Han pasado seis días, demasiado tiempo como para saber que existen dos puntos ciegos por los que podría escapar y tres cambios de guardia al día que me dan una ventaja de casi cuatro minutos. Soy rápida, lo sabes bien. —Le desafíe sintiéndome poderosa, y entonces abrí los brazos y me pavoneé ante él—. Sin embargo, aquí me tienes. Asumiendo mi parte del acuerdo. Yo he dado. Tú no. ¿Por qué no empiezas ahora mismo? —Me acerqué a su mandíbula y la acaricié con los labios—. Llámale, dile que venga. Intentaremos no hacer ruido.

Me miró de reojo, sonriente.

—Eres una pequeña zorra muy astuta.

—Es bueno que te hayas dado cuenta.

Estuvimos un buen rato matándonos con la mirada, hasta que finalmente supo que aquella conversación no iba a ningún lado, que yo nunca cedería a sus chantajes, por mucho que los disfrazara de acuerdos beneficiosos.

Desapareció por el pasillo y yo liberé un suspiro y tomé asiento en el brazo del sofá, completamente agotada.

—Kathia.

—No voy a hacerlo, Sandro. Tranquilo. —Tan solo quería desafiarle y mostrarle que yo también podía morder.

El hombre asintió con la cabeza. Quería decir tantas cosas.

—De todos modos, ten cuidado —me pidió mirándome afectuoso—. La inteligencia no tiene nada que ver con la malicia. Y tú no sabes ser mala. No te la juegues.

Sin embargo, quizá ya era un poco tarde.

Capítulo · 23

Cristianno

A Mauro y a mí nos pilló la lluvia cuando decidimos regresar a por mi coche. Fue una tormenta tan virulenta que tuvimos que esperar más de tres horas a que escampara para poder abandonar el perímetro. Teniendo en cuenta que el estado de los alrededores era igual de penoso que la propia estructura, el agua inundó la única carretera por la que se podía salir.

Así que el tiempo dio para mucho.

—Enrico tiene razón —dije tras un buen rato de silencio.

Mauro cogió aliento y me echó un vistazo.

—¿Sobre qué?

—No serviría de nada que la encontrara. —A Kathia.

Cuando lo hiciera, seguiríamos estando en el mismo punto de partida y tan solo reiniciaríamos todo lo que había sucedido hasta el momento para de nuevo vivir la misma agonía. Probablemente caería alguien más en el camino y se uniría a la lista de muertes que inauguró mi tío.

Agaché la cabeza y cerré los ojos. Había estado luchando por no mencionarlo en voz alta.

—Cristianno...

—¿Qué cambiaría, Mauro? —le interrumpí dejándome llevar por mis instintos—. Seguiría siendo algo prohibido y lo peor de todo es que nunca sabré por qué. Y eso hace que me sienta estúpido.

Porque algo de mí ya lo había imaginado desde el principio, que amar a Kathia no era una opción. Pero caí por ese abismo cogido de su mano, justo como le había prometido, y ahora ya era demasiado tarde para volver atrás, a los días en los que simplemente no entendía por qué no podía dejar de mirarla.

—Estás dejando que hable tu frustración —me reprendió.

—Eso es bueno, ¿no?

—No.

—Todo lo que siento por ella nos ha traído hasta aquí. Le estoy jodiendo la vida, Mauro. —Le miré—. Sus estudios, el final de su adolescencia. He condicionado cada instante, cada elección que ha hecho.

—Fue ella quién lo decidió, Cristianno —masculló—. Ella aceptó la propuesta de su padre.

—¿Tuvo opción? —Silencio—. No, compañero. Esto era lo que quería evitar, que Kathia tuviera que vivir con el miedo a perder lo que ama por una bala.

No dejaba de perseguirme nuestro último beso. Pero esa vez no pude siquiera imaginarlo. Mauro lo impidió al recomponerse en su asiento y ojearme como si fuera a arrancarme la cabeza en cualquier momento.

—Déjame que te recuerde los detalles que estás olvidando. —Levantó un dedo tieso y me señaló con él—. Es Kathia quien decide, es ella quien toma sus propias decisiones y pudo haber elegido amar a otro. Pudo no enfrentarse a su padre. Pudo incluso haberlo manejado todo de otra manera, no imponiéndose, por ejemplo. —Se acercó un poco más a mí y susurró—: Pudo no ir al laboratorio ese día, Cristianno. Pero olvidamos con frecuencia lo testaruda que es.

Sonreí con tristeza.

—Y arrogante —añadí animándole a sonreír conmigo.

—Osada.

—Insumisa.

Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y cogí aire. La lluvia no dejaba de golpetear la carrocería, el limpiaparabrisas moviéndose de un lado a otro y la calefacción derramándose en el interior de aquel coche, mezclándose con el aroma de un cigarrillo.

—Es Kathia —murmuró Mauro.

—Kathia... —Saboreé su nombre unos segundos antes de volver a mirar a mi primo—. ¿Realmente lo crees, Mauro?

«¿Tendremos la oportunidad de terminar con todo esto y disfrutar de lo que sentimos el uno por el otro?».

—Y si no es así, haremos que ocurra, Cristianno. —Capturó mi rostro entre sus manos y apoyó su frente en la mía—. Encontraremos la manera.

No dijimos más después de aquello. Regresamos a casa y curiosamente logré dormir, incluso cuando los sueños se convirtieron en pesadillas.

Sarah

Me obligué a no pensar demasiado en lo que había ocurrido. No quería caer en una rutina de lamentaciones, de lo que pudo haber sido y no fue.

En cierto modo, entendí por qué Enrico se había referido a mi estado de salud al pedirle que hablara sin tapujos. Él sabía bien de la magnitud de todo y, suponiendo cómo había sido mi vida, no quería hacerme cargar con más daño.

Seguramente lo mejor hubiera sido preocuparme solo por mí, por salir adelante y sobreponerme a mis traumas. Pero, aunque era doloroso, me sentí orgullosa. Ahora podía abrazar a Cristianno de un modo más honesto, ayudar a las Gabbana con toda mi energía y quizá decir o hacer cualquier cosa que les hiciera sentir un poco mejor.

Sí, ahora estaba lista para recuperarme, porque lo haría por ellos. Aprendería a separar lo que había sido de lo que podía llegar a ser y empezaría la tarea en ese preciso instante, cuando amanecía con timidez.

Me arreglé y me encaminé a la cocina, asombrada con la ausencia de temblor en las manos. Las sentía un tanto acorchadas, como las piernas y el resto de los brazos, pero era una sensación agradable si pensaba en lo angustiosos que eran los episodios de convulsiones. Al parecer el tratamiento ya había empezado a hacer efecto.

Al entrar en la cocina, encontré a Valerio leyendo el periódico. Me echó una sonrisa mientras que su hermano mayor me saludaba con un gesto de cabeza.

—Buenos días —dijo el menor.

—Hola —sonreí tímida, tirando de los puños de mi jersey.

Entonces apareció Antonella y se echó las manos a la cabeza.

—Por Dios, casi ni puedo verte —exclamó obligándome a tomar asiento—. Tienes las mejillas tan escuchimizadas que pareces un cadáver. Tenemos que hacerte engordar un par de kilos.

—Ten cuidado, Antonella —añadió Mauro apareciendo de pronto. Me dio un beso en la frente y después se acercó a la mujer—. No vaya a terminar con una barriga que no la deje verse ni el co... —La colleja que le dio no le permitió terminar.

Pero tampoco había que ser muy listos para comprender lo que quería decir, y me eché a reír como una loca en sintonía con Diego. Valerio, en

cambio, casi se ahoga en su propio rubor.

—¿¿Qué te tengo dicho, eh?! ¡Nada de groserías en mi mesa! —Se quejó la mujer azotando a Mauro hasta que se sentó—. Y tú no le rías la gracia que se crece —me dijo.

Como si no hubiera pasado nada, Mauro cogió una servilleta, se la puso de babero y se sirvió un tazón de leche caliente con cacao en el que sumergió un par de magdalenas.

—¿Se te ha olvidado vestirme? —le dijo Valerio al ver que eran casi las nueve de la mañana y todavía estaba en pijama.

—No tengo planes para hoy.

—¿Y tú, Sarah? ¿Tienes previsto algo? —me preguntó al tiempo que Antonella me hacía señales para que comiera.

Cogí una tostada y comencé a untar mermelada. Pero a la mujer no le pareció bien la cantidad que empleé, así que me arrebató el pan y lo preparó ella misma.

—Pensaba ir a ayudar a las chicas. Tengo entendido que hoy es la inauguración del mercadillo de Trastevere —dije un poco asustada con que Antonella me metiera la tostada en la boca por la fuerza.

Por suerte, solo me la entregó y le di un mordisco bajo la coacción de su mirada. Solo entonces regresó a sus tareas. Valerio se echó a reír.

—Entre las tres suman ciento sesenta años —concretó Mauro—. Tenemos un problema con los sustantivos, Sarita.

—¿Me estás llamando vieja, criatura del demonio? —intervino Ofelia entrando en la cocina.

Aquello era lo que sucedía en una residencia en la que vivían tantas personas, nunca se sabía cuándo un desayuno podía convertirse en una tertulia de lo más peculiar. Y Mauro ya se había llevado una colleja, así que tuvo que tirar de labia para evitar la segunda.

—Buenos días, mi bella abuela. —Se levantó para besarla y acompañarla hasta su asiento—. ¿Ha descansado bien esta noche?

—Qué rollo que tiene —susurró Diego.

—Me recuerdas a Fabio cuando tenía tu edad. Él tenía la capacidad de provocarme unas ganas enormes de arrancarle la cabeza y al mismo tiempo comérmelo a besos.

Tragué saliva un poco inquieta. Ahora comprendía por qué su nombre sonaba tan nostálgico en los labios de Ofelia, y es que no había sabido

hasta el momento que su pequeño había muerto. Admiré que tuviera el valor de mencionarle con tanto cariño.

—Me quedo con lo segundo —sonrió Mauro volviéndola a besar.

Y sé que continuaron parlotando, pero yo presté atención a un Valerio que me observaba delicado.

—¿Te encuentras mejor?

Sonreí y asentí con la cabeza.

—El doctor me ha recetado un tratamiento —expliqué—. Todavía es pronto, pero siento una ligera mejoría.

Él suspiró.

—No quiero sonar impertinente, pero... ahora estás en casa. Ya no tienes nada por lo que temer, así que céntrate en recuperarte.

Eso mismo me había dicho Enrico. Pero, mientras que el Materazzi había sonado intimidante, erótico y casi atrevido, Valerio me pareció más una declaración dulce y sensible.

—Gracias, Valerio. De verdad —le aseguré.

—Y siempre puedes contar conmigo. Un café, un paseo. Lo que guste la señorita.

Definitivamente aquel hombre era encantador.

—Diego, observa. Tu hermano está coqueteando en directo —bromeó Mauro.

—Qué tierno. —Y para colmo el mayor le siguió el juego.

—Idos a la mierda —protestó Valerio muy acostumbrado.

Cristianno

—

Iba de camino a la cocina cuando escuché las voces de mis padres. Estaban en su habitación, con la puerta entreabierta. Normalmente no espiaba sus conversaciones íntimas, pero en esa ocasión me alertó el contenido y no pude evitar acercarme.

—¿Es necesario, Graciella? —preguntó mi padre, cogiendo a su esposa por los brazos con una delicadeza exquisita.

Ella le miró sonriente. Se había colocado un pañuelo anaranjado que incrementaba la gran belleza de su rostro, resaltaba aquellos ojos azules enormes que tenía. Estaba tan guapa, tan elegante.

—Cariño... —Trató de decir, pero mi padre la interrumpió.

—No ha pasado ni un mes desde que enterré a mi hermano y tengo a uno de mis hijos en el punto de mira de un par de dementes. Existen motivos para estar inquieto.

Apreté los dientes y cerré los ojos. Ese hijo en peligro era yo y me hirió ver lo preocupado que estaba.

—Silvano. Estamos en cuaresma y ya sabes lo que significa eso para esta ciudad. Tenemos una responsabilidad.

—¿Quieres que te diga por dónde me paso yo la autoridad eclesiástica, mi amor?

—No seas malhablado —sonrió ella.

La organización que manejaba mi madre trabajaba estrechamente con El Vaticano en todo tipo de eventos e infraestructuras. Tenía tal influencia que su dominio había llegado a todo el país. El clérigo confiaba en ella y en sus labores, no había nada que se organizara en la ciudad sin que mi madre supiera de ello. Era esencial su participación. Sin embargo, precisamente ese detalle era lo que más la exponía.

Nadie se atrevería a provocar un atentado en pleno evento católico, pero tampoco podía descartarse. Comprendía muy bien a mi padre.

—Estoy preocupado —dijo él—. Habrá demasiada gente, cualquiera podría...

—Escúchame, Silvano Gabbana. —Fue ella quien lo interrumpió esta vez—. Si ahora detengo todo esto, les daré la razón.

Tragué saliva.

—Puedes delegar. Tienes a más de ciento cincuenta personas en plantilla trabajando para la institución y una junta que está perfectamente preparada para las reuniones con el clérigo.

—Pero si no soy yo la portavoz, como vengo haciendo desde hace más de quince años, será como abrirles la puerta de nuestra casa. La prensa solo quiere un motivo por el que tirar chismorreos y tú ya sabes quién se aprovechará de ello. —Mi padre agachó la cabeza, sabedor del acierto de su esposa—. Debo ir, es mi forma de ayudar. Tú céntrate en mantener a la familia a salvo.

Golpeé la puerta suavemente con los nudillos y di un paso al frente.

—Yo... Puedo acompañarlas —dije algo tímido.

—Eso sí que me preocupa —bromeó mamá. Después nos besó a mi padre y a mí y se encaminó hacia la puerta—. Voy a desayunar —advirtió antes de salir.

—Puedo hacerlo, papá —insistí—. Sé que cuentan con una gran seguridad, pero si les acompaño, será como si fueras tú mismo.

—¿De verdad?

—Te hice una promesa, ¿no?

Él me acarició la mejilla y terminó revolviéndome el cabello. Aquello era un sí al estilo Silvano.

Apenas una hora más tarde me encontraba saludando a varias de las grandes personalidades del episcopado romano, además de algún que otro cardenal cercado por decenas de curas. También se dejaron caer varios ministros y algunos concejales del equipo de gobierno de Adriano Bianchi.

Estaba preparado para verles, a cualquiera de ellos. Me había preparado para mirar sus rostros y no sentir nada. Y creí estar lográndolo.

Hasta que le vi.

Capítulo · 24

Sarah

El mercadillo de Trastevere terminó ocupando todo el trayecto entre la Piazza Giuditta y Piazza di Santa María, además de sus calles colindantes. Había sido montado en forma de puestos de lo más pintorescos y participaba cada una de las tiendas más importantes, ya no solo del barrio, sino también de la ciudad.

Allí todo el mundo parecía comprometido con la causa, obtener el mayor beneficio en pos de ayudar a los menos favorecidos.

—Bueno, la intención de contribuir está —me dijo Mauro por lo bajo mientras amontonaba unas cajas en un rincón—. Lo demás... Pues ya se irá viendo.

Me lo quedé mirando un tanto aturdida y después eché un vistazo a mi alrededor analizando a las personas que poco a poco llenaban la calle. Desde luego, eran personalidades notorias, lo supe por los periodistas que no dejaban de perseguirles, además del modo en que las Gabbana les saludaban.

—Esa insinuación es bastante despreciable —sugerí desalentada, algo que provocó las sonrisas de Mauro y Thiago—. ¿Qué es tan gracioso?

—Lo preciosamente ingenua que eres —me advirtió el segundo de Enrico, confirmando así que todo aquel desglose de caridad no lo era tanto.

Sin embargo, Daniela no consintió que me influyera.

—Piensa que la voluntad existe —comentó por lo bajo.

—No sé si eso me tranquiliza —sonreí.

—¿De verdad es bueno que estés aquí?

Había estado preocupada por mí y no parecía haberle tranquilizado el diagnóstico. Daniela creía que era más adecuado tomarlo con calma, ya que comprendía que en cualquier momento podía repetirse una crisis.

—En realidad, me viene muy bien tener cosas que hacer —le aseguré—. Me mantiene la mente ocupada y además la compañía es muy agradable.

Habíamos conectado muy bien. La Ferro era una muchacha de lo más encantadora y gentil y tenía un poder de conversación extraordinario. En más de una ocasión tuve la sensación de conocerla de toda la vida, su calidez hizo que me sintiera muy cómoda.

Sucedió algo similar con su novio, Alex de Rossi, y también con Eric Albori, aunque este último parecía un tanto alicaído. Tenía lógica después de lo que había sucedido días atrás. De hecho, me asombró mucho la enorme capacidad de superación que demostró con tan solo estar allí.

Pero Eric contaba con un excelente apoyo. Todas aquellas personas que le rodeaban, le adoraban y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por él. Eso no remediaba el dolor, pero desde luego ayudaba.

Estaba organizando unos folletines junto a Mauro cuando de pronto el murmullo excitado de un grupo de periodistas nos alertó. Al mirar, en principio no vi nada, más que un montón de cabezas y *flashes*. Pero no tardé en hallar al causante.

Era un joven rubio, bastante alto y vigoroso. Lucía una sonrisa impecable y una mirada verde genuinamente amable. Todo en él llamaba la atención por su galantería y seductor desparpajo. Se le daba bien encandilar y llamar la atención sin que pareciera intencionado o esforzado. Detalles que enloquecían a todos a su alrededor.

—Mierda... —gruñó Mauro, estremeciéndome.

—¿Qué ocurre? —Pero él me ignoró.

—Thiago, prepara al equipo.

El nombrado siquiera intuía el motivo por el que el Gabbana se había tensado. Tenía la atención puesta en su teléfono. Pero al levantar la cabeza, aquella sonrisa boba que le había provocado lo que sea que hubiera leído, desapareció por completo.

No hizo falta mucho más para que Thiago se contagiara de la preocupación de Mauro.

—Joder —masculló y se llevó la mano a la oreja. Advertí un auricular antes de que hablara—. Atención, alerta grado 1 en Piazza di Santa María. Repito, grado 1. Tenemos visita. Preparaos.

Tuve un fuerte escalofrío y miré una vez más al joven. Se estaba acercando a la posición de Cristianno, sabedor de que los periodistas no podían entrar en ese espacio.

—¿Qué sucede, Mauro? —pregunté un poco asustada—. ¿Qué significa grado 1?

—Extremar atención. ¿Ves a ese gilipollas de ahí? —Señaló al chico rubio—. No estaba previsto que viniera, y Cristianno está en el perímetro.

De pronto, lo entendí todo como si alguien me hubiera dado un puñetazo en la boca del estómago.

—Valentino... —suspiré asfixiada.

—Exacto.

—Buenos días, Gabbana. —Me quedé muy quieta al escuchar su voz. Grave, irónica, rebosante de confianza en sí misma.

Cristianno

—

Antes de clavar mis ojos en Valentino, eché un disimulado vistazo a mi alrededor.

Mi madre había dejado de hablar con unos invitados, los hombres de Thiago habían variado sus posiciones en pos de intervenir si era necesario. Mauro se había quedado a unos metros de mí. Y Sarah estaba asustada. No sabía qué tanto le habían contado, pero ya sabía que aquel bastardo era Valentino Bianchi.

Cogí aire y traté de continuar centrado en la labor de cerrar unas cajas. Sin embargo, nadie esperó que Valentino se armara de valor para darme un abrazo.

—¿No saludas? —dijo pegado a mí.

Apreté los ojos, tensé los brazos. Me ardía el cuerpo.

—Tengo cosas que hacer. —Traté de sonar lo más neutral posible.

Él se alejó y me echó una sonrisa arrogante. Había logrado noquearme y eso le complació en exceso.

—Vaya, es toda una sorpresa verte en un evento tan popular, tú que siempre huyes de los tumultos.

Valentino me conocía bien. Por desgracia, nos habíamos criado juntos, así que sabía lo introvertido que yo era y lo poco que me gustaba ser la

comidilla de la gente. Pero estaba allí precisamente porque su familia y los Carusso habían provocado que la seguridad de cualquier Gabbana pendiera de un hilo.

—Me he levantado espléndido —dije sin más, pensando que mi frialdad bastaría para agotarle.

Sin embargo, en ocasiones, además de introvertido o impulsivo, también era un poco iluso y olvidaba que estaba ante un hombre que gozaba de una paciencia insufrible cuando se trataba de joder a alguien.

—Oh, ¿estás durmiendo bien? —ironizó.

—Como un bebé.

—Se lo diré a Kathia. Parece que no tiene de qué preocuparse.

Contuve el aliento. Sabía que tarde o temprano mencionaría su nombre y estaba preparado para el descontrol que ello me causara, pero no esperé que estuviera al borde de bloquearme.

Esa puta rata había mirado a los ojos a mi novia un rato antes de mirarme a mí. Estaba compartiendo el mismo condenado espacio que ella y había conseguido imponer una distancia que ahora, más que dolerme, me encolerizó hasta el punto de llevarme al borde de gritar.

Apreté los dientes.

«Se lo has prometido, Cristianno», me dije pensando en mi padre y en todas las personas que nos estaban mirando.

—¿Has terminado? —mascullé clavándole una mirada gélida—. No tengo tiempo para tu verborrea.

—No hace mucho incluso eras capaz de soportar que estuviéramos en la misma sala. —Cierto. Ninguno de los dos recordábamos ya por qué habíamos empezado a odiarnos; supongo que la incompatibilidad desde que éramos críos había hecho bien su trabajo—. ¿Qué ha cambiado, Gabbana?

—Dímelo tú. —Torcí el gesto.

Él se encogió de hombros.

—Siempre has sido demasiado inaccesible para mí. Nunca sé lo que estás pensando.

Estaba empezando a agotarme.

—Mira, Bianchi, sé lo que pretendes. Pero déjame decirte que no vas a conseguirlo. —Señalé a los periodistas—. Ya han hecho la foto que querías, ¿no? Así que largo de aquí.

Quise irme, pero su voz me detuvo.

—¿No vas a preguntar por ella?

Tuvo que ser muy evidente lo que me causaron aquellas palabras porque Sarah enseguida se lanzó a mí.

—Cristianno... —susurró acariciándome la espalda.

Le sonreí y asentí con la cabeza, reafirmandome en mi empeño por no caer en la tentación.

—Oh, pero mira que belleza tenemos aquí —dijo Valentino echándole un amplio vistazo a Sarah, quien respondió con una mueca de rechazo—. No ha pasado ni una semana y ya tienes sustituta. Pero que sinvergüenza más listo estás hecho, Gabbana. —Se carcajeó—. No te importará que se lo diga, ¿cierto?

Me quedé allí, muy quieto, imaginando cómo sería lanzarme a su cuello y partírselo ante todo el mundo.

«Muerto el perro, se acabó la rabia. Es lo que dicen, ¿no?». Una persona que no tenía nada que perder no le hubiera importado llevarlo a cabo. Pero, en mi caso, las consecuencias serían tan enormes como la propia existencia de Valentino. Matarle no era una solución. Al menos no hasta saber los motivos reales de aquella guerra.

—Vamos, cariño —me sugirió Sarah, animándome a alejarme de allí.

Tenía intención de obedecer. Quería tranquilizar a mi madre, evitar que mis hombres o mis compañeros intervinieran. No darle un motivo a la prensa para cargar contra mi familia. No decepcionar a mi padre.

Mi padre. Mis promesas.

«Soy un hombre de palabra, ¿cierto?». Sí que lo era. Un paso. Sí que lo era. Otro más.

—Ahora ya no tiene por qué arrepentirse. —Cerré los ojos.

Sabía que existía la posibilidad de que Valentino disparara su último cartucho. Solo tenía que continuar alejándome.

«No escuches. Camina».

Las manos de Sarah sobre mí, subiendo y bajando, llenándome de calor. Podía lograrlo, tenía resistencia.

—Hemos llegado a un acuerdo —añadió Valentino, consciente de mi debate interno—. Ella me da, yo le doy.

Me detuve y tragué saliva. El rencor ya era demasiado denso. Y entonces, le sentí tras de mí. Su aliento me acarició la mandíbula.

Empezaron a temblarme las manos. Las convertí en puños.

«No caigas, Cristianno».

—Le permití mencionar tu nombre —me susurró al oído—. Lástima que se haya vendido por una causa perdida.

Las pulsaciones ascendieron, la ira tocó el centro de mi pecho y se expandió con violencia por todo mi cuerpo. Fue imposible contenerla.

«Tendrás que perdonarme, papá», pensé antes de apartar a Sarah.

Súbitamente me di la vuelta y le solté un gacho en la mandíbula que le empujó hacia el mostrador. Valentino trató de sujetarse a la madera y esta terminó cediendo y lo envió al suelo arrastrando consigo todo el material.

—¡Hijo de puta! —grité al lanzarme sobre él.

Volví a darle un puñetazo, esta vez en plena cara. Pero Valentino no era de los que se quedaban quietos y arremetió con toda su envergadura. Sentí el sabor de la sangre inundando mi boca cuando caí a un lado, acababa de partirme el labio y aun así no bastó para contenerme.

Ataqué de nuevo. Fue visceral. Algo salvaje. Ambos golpeando con todas nuestras fuerzas, ignorando los reclamos de la gente. Solos él y yo, hasta que uno de los dos cayera.

Pero no duró. Sus hombres y los míos no lo permitirían.

Alex me capturó por los hombros y Mauro le ayudó a reducirme alejándome de Valentino, quien estaba siendo contenido por varios de sus esbirros.

—¡Te mataré, rata de mierda! ¡Soltadme! —chillé tratando de arremeter. Eric se interpuso—. ¡Te mataré!

Finalmente, Thiago me embistió hacia uno de los coches que había en la plaza y me obligó a subir en él casi al tiempo que aceleraba. Apenas fui consciente de quien conducía o de si alguien más se había subido conmigo.

Tan solo me desplomé en el asiento trasero, apreté los ojos y dejé que la indignación me cubriera de temblores.

Capítulo · 25

Sarah

Cristianno mantuvo los ojos cerrados todo el viaje. Ni siquiera fue consciente de cómo salté al interior de aquel coche y cogí su mano. Tampoco del persistente latido del golpe que yo había recibido en el hombro. Cuando el Bianchi y él se enzarzaron en la pelea ninguno de los dos pensó en los obstáculos, aunque estos fueran personas.

Pero no me importaba. En realidad, hubiera estado dispuesta a recibir hasta un balazo con tal de ahorrarle a Cristianno una sensación tan nefasta y tormentosa como la que sentía.

Al llegar al edificio, se metió en el ascensor como si fuera un autómata. Le seguí dentro, despidiéndome del chófer con la mano. Un trayecto tan corto como lo era subir a un sexto piso, se me hizo toda una odisea.

Sin embargo, no habría estado mal que durara un poco más. Porque al abrirse las puertas del ascensor, descubrimos a Silvano Gabbana enterado de todo.

Entramos en silencio. Cristianno preparándose para escuchar a su padre y yo sin saber muy bien qué hacer. Así que continué de largo y me fui a la cocina con la excusa de pedirle el botiquín a Antonella. Esperaría allí, no me parecía correcto involucrarme en riñas fraternales.

De pronto, escuché la puerta. Alguien más acababa de llegar.

—¡Cristianno! —La voz preocupada de Graciella—. ¿Estás bien, hijo?

—Es capaz de mantenerse en pie, claro que está bien —dijo Silvano.

—Uno de los puñetazos de ese malnacido terminó en su cabeza. Permíteme preocuparme, Silvano —masculló la mujer.

—Estoy bien, mamá. Ha sido un golpe de nada. —Le oí decir a Cristianno bastante aturdido y serio.

De pronto mis pies comenzaron a avanzar y terminé adentrándome al pasillo que llevaba a la sala principal aferrada al botiquín y con unas ganas espantosas de echarme a llorar. Antonella suspiró a mi lado antes de regresar a la cocina.

Me apoyé en la pared continua a la puerta de acceso a la sala. Por el reflejo del cuadro que tenía enfrente pude vislumbrar a Cristianno. Había tomado asiento, cabizbajo y cruzado las manos tras apoyarlas en las rodillas. Parecía abatido, casi tanto como su madre, que no dejaba de acariciarle los hombros.

Silvano, en cambio, empezaba a agotarse al estar respondiendo a llamadas. Hasta que finalmente apagó el teléfono y lo lanzó al sofá.

—¿En qué demonios pensabas, ah? —le dijo a su hijo—. ¡¿Qué cojones te dije, Cristianno?! ¡No paro de recibir llamadas! ¡Toda la maldita ciudad está hablando de lo mismo!

Cerré los ojos y tragué saliva sin lograrlo con plenitud. La garganta se me había cerrado y el pulso latía discordante. Creo que en ese momento fui consciente de la autoridad e importancia de aquella familia. La gente no hablaba de algo si no era lo suficientemente popular. Y, en cierto modo, me molestó, porque tras todo el reconocimiento, existían personas de carne y hueso que sentían como el resto de los mortales.

—Silvano...

—¡No! ¡No le defiendas, Graciella! —clamó el Gabbana—. Me hizo una promesa. ¡Una maldita promesa!

—Tú no estabas allí. No viste qué pasó.

—A esta ciudad le da igual lo que haya pasado o quién lleve razón. Tan solo se queda con la carnaza.

Tuve un escalofrío. Silvano no había dado mucha información, pero sí la suficiente como para mostrarme que la situación respiraba una tensión muy difícil de administrar.

—¡Valentino lo provocó! —se quejó Graciella.

—¿Crees que me importa? ¿Acaso no puede soportar una provocación? —Vi a Silvano señalar a su hijo antes de referirse a él—. Mírame cuando te hablo, Cristianno. —Levantó lentamente la cabeza. Tenía la mirada empañada por la rabia y la desazón—. Lo prometiste y confié. Porque eres mi hijo. Pero tu palabra no vale nada. Parece que el honor no está diseñado para críos estúpidos.

Cristianno apretó los dientes y volvió a agachar la cabeza. Silvano lo había logrado, el comentario había herido a su hijo mucho más que un puñetazo. Porque sabía que para él, la palabra de su padre era una ley absoluta y por un momento la ira hizo que lo olvidara.

—¡Silvano! —gritó su madre—. Estás siendo injusto.

—No quiero seguir escuchando estupideces, Graciella. —El hombre abandonó el salón sabiendo que su mujer le seguiría.

—A mí no me hables así. Esa sabandija apareció allí para...

La distancia no me dejó escuchar los demás. Y aunque hubiera tenido la oportunidad, seguramente lo habría ignorado. El reflejo de Cristianno captó toda mi atención.

Poco a poco, asomé la cabeza. Le vi allí, abatido, dolido. Tan indefenso que me partió el corazón.

Cogí aire y avancé hasta él. Dejé el botiquín en la mesa y lo abrí para preparar el desinfectante. Había recibido un gancho en la mandíbula que le había provocado una pequeña brecha sangrante en la comisura del labio. Tenía que curarlo.

Humedecí un algodón en antiséptico y me puse de rodillas captando su atención. Esa mirada dulce y devastada me hizo querer abrazarle con todas mis fuerzas.

Apoyé el algodón en su comisura. Él soportó el escozor estoicamente, quizá porque había cosas que le dolían mucho más. Como pensar en Kathia entre los brazos de Valentino.

Suspiré.

—Ha mentido —dije bajito dando toquecitos suaves a su herida.

—¿Quién? —quiso saber.

—Valentino. —Nos miramos con fijeza—. Kathia no sería capaz de hacer algo como lo que ha insinuado.

Cristianno oteó su alrededor tratando de evadir mis ojos.

—No... No lo haría —suspiró.

—Entonces, ¿por qué has caído?

Tragó saliva. El gesto podía no decir nada a simple vista, pero Cristianno lograba con habilidad ocultar sus mayores secretos tras reacciones de lo más normales. Así que supe que estaba escondiéndome la verdad, que su mente había alcanzado conclusiones demasiado dolorosas.

—Cristianno... —Acaricié su mejilla hasta ahuecarla—. Puedes contármelo. Estoy aquí.

Él enroscó sus dedos a mi muñeca y cerró un instante los ojos para reunir el valor para escuchar su propia voz.

—Kathia ya arriesgó su integridad por mí una vez —jadeó—. Y ese canalla sabe jugar con el miedo de las personas, conoce su punto débil. Ella... jamás dudaría perderse a sí misma por salvarme a mí... —Me miró sabiendo que había logrado aturdirme—. ¿Lo entiendes? Nunca, Sarah.

Así que el miedo de Cristianno era el sacrificio de Kathia. El valor de esa joven, dispuesta a cualquier cosa por salvar lo que amaba.

—Pero no lo hará, porque no está sola. —La voz de Daniela nos sobresaltó a ambos.

No nos habíamos dado cuenta de su llegada, ni siquiera escuchamos la puerta. Allí estaba, con los brazos tiesos y una mueca de tristeza y preocupación adornando su bonito rostro.

Cristianno miró a su mejor amiga como si esta fuera un ángel redentor.

—Eso no me ahorra el miedo, Daniela —se sinceró—. Siento que solo soy una maldita excusa con la que Valentino puede jugar para someter a Kathia. ¿Sabes cómo me siento en este momento?

Una fina línea líquida perfiló sus ojos. No me creí capaz de soportar el llanto de Cristianno. Pero el Gabbana no era de los que lloraban en público. Así que se frotó el rostro con toda la intención de mantener el control y a continuación se puso en pie.

—No me arrepiento... —admitió pasados unos segundos—. Y si lo hago no es por haberme liado a hostias con el puto Bianchi.

Fruncí el ceño. ¿Acaso estaba sugiriendo que se arrepentía de haber conocido a Kathia?

—No vayas por ahí, por favor —le reprendió Daniela—. Ninguno de los dos lo buscasteis, simplemente sucedió.

—Sucedió y ahora es nuestra perdición —gruñó acercándose a su amiga—. Y soy tan estúpido que no puedo parar de quererla con todas mis fuerzas, incluso cuando todo lo que siento por ella está destrozándole la vida... —Inclinó la cabeza hacia atrás antes de mostrarnos una sonrisa vacía y atormentada—. En realidad, soy igual de miserable que él.

Su hombro chocó con el de Daniela al pasar por su lado con la intención de abandonar el lugar.

—¡Cristianno! —exclamó ella.

—Olvídalo, Dani. Estaré bien —dijo—. Necesito estar solo.

Y entonces desapareció dejándonos a las dos sumidas en una congoja muy desconcertante.

Tomé asiento con el cuerpo rígido.

—No podría estar más equivocado —susurré al tiempo que Dani se acomodaba a mi lado.

—Pero parece empeñado en creerlo —añadió ella.

Pasados unos segundos, decidió coger mis manos y adoptar los temblores que me tentaban. Ahogué mi sorpresa ante el gesto, creí que solo yo era consciente, pero Daniela no dejaba de sorprenderme. Sonrió dulce, ajena al enrojecimiento de sus ojos aguamarina.

—¿Sabes? La primera vez que les vi juntos se enzarzaron en una pelea en medio de la cafetería del instituto. —Ensanchó su sonrisa mientras que yo me esforzaba en mantener a raya las ganas de echarme a llorar.

La cadencia melancólica de su voz al mostrarme sus recuerdos sobre Kathia y Cristianno me hirió, porque parecían tiempos que jamás regresarían.

—En realidad, estuve las tres primeras horas de clase sentada junto a Mauro comentando la mala pinta que tenía la relación entre esos dos —continuó, luchando por mantener un tono optimista—. Se pasaron toda la mañana tirándose puyas y atacándose. Se odiaban, Sarah. Te juro que era tan evidente que nadie hubiera podido creer lo contrario.

Me eché a reír todo lo alegre que me permitía un momento como aquel. Debía ser bonito contar con aquellos recuerdos.

—Cristianno siempre ha sido muy suyo, sin ataduras, sin compromisos, reservado, introvertido. Algo camorrista y bastante chulo, eso sí, pero un peluche de corazón enorme. —Daniela se detuvo un momento a coger aire—. No era de los que creían en el romance. Y ella parecía ser su versión femenina. Arrogante, sincera, coqueta, divertida... Tan divertida, tan ella. Kathia es como un soplo de aire fresco... —La sincera amistad entre las dos llegó hasta mi corazón en forma de escalofrío—. Estuvo claro para todos desde el principio. Incluso antes de que ellos se dieran cuenta...

»Son puro fuego. Tan leal e intenso que me cuesta imaginarles separados. La existencia de una duda en un momento como este, cuando

todo parece haberse ido a la mierda, duele... Joder, duele muchísimo.

Agachó la cabeza y liberó las lágrimas que habían estado amenazándola. Daniela no solo sufría por su reciente secuestro capitaneado por el que había creído su amigo, quien más tarde moriría. No, ella amaba a los suyos con total intensidad. Compartía el dolor, lo hacía suyo. Cualquier cosa que les sucediera, la hería. Solo quería el bien para sus compañeros, sus hermanos de palabra.

Acaricié su melena y la obligué a mirarme.

—¿Realmente crees que algo así puede terminar? —Torcí el gesto. Las lágrimas empezaban a escocer, pero tenía que retenerlas—. No ha hablado la razón, Daniela. Sino la desesperación, la mera idea de suponer lo que podría haber sido. El famoso y condenado «y si».

Cristianno había indicado en apenas unas palabras lo consciente que era de los problemas que acarrearía su romance con Kathia, pensando que quizá, si no hubiera caído, ambos estarían disfrutando de sus vidas por separado.

Sin embargo, había olvidado el poder de la química y el hecho de estar confeccionados el uno para el otro. Tan solo era cuestión de tiempo que terminaran involucrándose.

Razonamientos que una persona atrapada en las circunstancias podía olvidar. Pero no era mi caso. Yo podía ver todas aquellas cosas porque todavía no estaba lo suficientemente implicada. Por el momento, gozaba de ese beneficio. Aunque estuviera al borde de perderlo.

—Han pasado muchas cosas en las últimas semanas, Sarah —afirmó Dani—. Nuestras vidas ya nunca serán lo que fueron. Y tengo miedo de no saber qué hacer cuando me necesiten.

—Estar. Solo tienes que estar. —Acaricié su rostro—. Tu presencia ya alivia, lo hace todo mucho más fácil, y ellos lo saben. Estarás ahí para consolarles con un abrazo o una caricia. Y será como si dijeras el mejor de los discursos. ¿Sabes por qué? —Sus lágrimas no dejaban de caer—. Porque tienes la habilidad de hablar sin mencionar nada. Yo me he dado cuenta en solo unas horas. Imagina lo bien que lo saben ellos después de toda una vida. —Se lanzó a abrazarme con fuerza—. Nunca seremos los mismos que ayer. Pero piensa en todo lo que seremos mañana. —Terminé susurrándole al oído.

—Tú... Eres maravillosa.

Estuvimos un buen rato allí, fundidas en un abrazo más propio de hermanas o íntimas amigas. Me sentí curiosamente plena, que bajo todas aquellas capas de rutina infectada por las crueles decisiones de otros, podía saborear un cariño sincero.

Esa vez sí escuché la puerta. Esta se abrió de súbito y mostró la entrada precipitada de Enrico, que caminó hasta nosotras y tiró de mí para ponerme en pie. No dijo nada, no me miró ni tampoco miró a Daniela. Él solamente tenía un objetivo y no le importó que su actitud me intimidara.

Enrico empezó a explorarme. Sus dedos sobre mi torso ignorando mis evidentes temblores. Entonces tuve un escalofrío cuando tocó mi hombro.

Al mirarnos lo comprendí todo.

—No... No es nada —tartamudeé con la intención de tranquilizarle.

La idea era decirlo sin parecer estar al borde de una parálisis cerebral. Tal fue la intensidad entre los dos que incluso Daniela se dio cuenta. Enseguida se puso en pie y tragó saliva, retocándose la humedad de sus ojos.

—Iré con los chicos —anunció antes de irse.

Al verla partir, sentí que la vergüenza me consumiría. Creí incluso que lo mejor hubiera sido que la tierra me tragara. Después de su reacción, lo último que necesitaba mi cordura era quedarme a solas con Enrico.

Él se alejó de mí y puso los brazos en jarras.

—Ha salido en todos los medios —dijo bajito, agobiado—. La prensa está revolucionada inventando rumores y rencillas.

No era momento de regocijarse en el hecho de estar escuchando las inquietudes de Enrico, pero me entusiasmó mucho. Demasiado. Era como si fuéramos confidentes.

Di un tímido paso al frente, estrujándome los dedos.

—¿Y qué influencia puede tener en vosotros? —inquirí ganándome un vistazo de reojo.

—Demasiada.

—Ninguna —le corregí. Di otro paso—. Ahora más que nunca sois quienes sois.

La mafia. La familia más poderosa de Italia. Los amos de Roma.

A cualquiera podía intimidarle tal realidad. De hecho, lo hacía, me asustaba. A veces demasiado. Pero no usar ese poder era estúpido. Mucho

más si la gente que me importaba estaba en boca de todos, sometida a la degradación de cualquiera.

Era cierto que había una guerra. Desconocía los objetivos, los motivos, todos los porqués. Una guerra en la que yo no tenía nada que ver. Sin embargo, pocos conocían la auténtica versión de los Gabbana, pocos podían verles desayunar o bromear en pijama. Muy pocos habían visto lo que a mí se me había permitido ver. Y no me importaba si resultaba precipitado o estúpido posicionarme tan pronto.

Tenía muy claro mi pensamiento, les apoyaría con todo.

—Has elegido —susurró Enrico tras analizarme.

—No existía el debate —le advertí dejándome consumir por su mirada.

Tragué saliva. Los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos, acelerándome la respiración. Si hubiera sido un poco menos cobarde, habría encontrado la manera de acercarme a Enrico y acariciarle.

Sin embargo, mi fuero interno tenía otros objetivos, mucho más importantes.

—Perdóname por lo que voy a decirte —advertí.

—¿Y qué es? —Enrico se acercó hasta dejar apenas unos centímetros entre nosotros.

Cogí aire y le miré todo lo confiada que pude.

—Haz lo que tengas que hacer para que esto termine. Pero ahórrame que vea a Cristianno llorar de nuevo —susurré.

Enrico alzó una mano y la acercó hasta mi mejilla. Cerré los ojos, toda mi piel se estremeció bajo el contacto. No pude verlo, pero sí sentirlo, el modo en que capturó un mechón de mi cabello y lo enroscó a mi oreja.

—¿Y por qué tendría que perdonarte por pedir algo así? —murmuró.

—Quizá porque te estoy cargando con demasiada responsabilidad.

Tuve la oportunidad de verle desviar la mirada hacia mis labios.

—Pocas cosas me satisfacen tanto como saber que confías en mí.

—Es difícil no hacerlo —jadeé—. Tú eres... Eres...

Pero no me atreví a decirlo. No encontré el adjetivo que resumiera todo lo que Enrico era.

Él sonrió, no sé si por mi evidente rubor o por mi falta de vocabulario italiano. Pero logró que aquella sonrisa, más que avergonzarme, me encandilara como a una estúpida.

Echó mano a su bolsillo y sacó un teléfono móvil.

—Toma. —Me lo entregó—. He memorizado mi número personal. Solo lo tiene la familia. Puedes llamarme o escribirme cuando quieras.

Alcé las cejas, incrédula. Enrico no sabía la cantidad de posibilidades que me estaba dando, y yo había descubierto que los nervios me hacían de lo más charlatana. Iba a agotarle con tanta tertulia.

—Cuando quiera...

«A todas horas...», pensé ajena a que Enrico me susurraría al oído.

—Incluso si me despiertas... —Me estremecí al sentir su aliento derramándose por mi cuello.

—Eso es demasiado peligroso.

—Veamos cuánto —sonrió y la vergüenza fue tan enorme que no supe para dónde mirar—. Y me gustaría pedirte un favor. Es sobre Kathia.

—Adelante. —No lo dudé.

Capítulo · 26

Kathia

Nada tenía por qué cambiar. Llevar a cabo las mismas rutinas de los últimos días.

Pero ese día los habitantes de aquella casa estaban muy inquietos. Ellos creyeron que no me daría cuenta, que estaría centrada en mi silencio, como venía haciendo desde el principio.

Sin embargo, fue inevitable intervenir. Algo de mí me empujaba a hacerlo, tenía una desagradable sensación oprimiéndome el vientre. Se avecinaban problemas o quizá ya estaban en pleno apogeo. No lo sabía, pero no iba a quedarme con la duda.

Entré al salón. Sandro fue el primero en verme y se entiesó. Le había cazado discutiendo por lo bajo con uno de los guardias de Valentino. Totti, en cambio, estaba pidiendo calma y esperar a los informes preliminares.

—¿Qué está pasando? —inquirí aturdiéndoles a todos.

Sibila siquiera se atrevió a mirarme. Agachó la cabeza y empezó a estrujarse las manos esperando a que Totti tomara la palabra y diera con el modo de evadirme. Pero cualquier banalidad que me dijeran no serviría de nada, en apenas segundos ya había detectado la existencia de un conflicto en Roma.

—No pasa nada —anunció Roberto—. Solo estamos organizando los horarios.

—¿Todo este revuelo por unos horarios de mierda? —Alcé las cejas, incrédula, y sonreí irónica—. ¿Qué soy, el puto presidente de Estados Unidos, que tiene guardias hasta para ponerse los jodidos calzoncillos?

Cacé a varios riendo por lo bajo, al menos hasta que Totti les ojeó de mala manera.

—Kathia...

—¿Qué coño pasa? —le interrumpí incisiva. Se me erizó la nuca.

—Ha... habido una reyerta —confesó la mujer, todavía cabizbaja. Detalle que no le hizo gracia a su superior.

—¡Sibila!

—¡Tarde o temprano lo descubrirá!

Sé que se dijeron algo más, pero no les escuché. Mis instintos habían acertado y enseguida decidieron tomar el control.

Una reyerta no significaba nada para gente tan acostumbrada a una vida de acción. Por tanto, había tenido que ser algo mucho más controvertido.

Y, maldita sea, supe bien que Cristianno estaba involucrado.

Me lancé al mando de la televisión. No tenía mucho sentido tratar de resolver mis dudas en un maldito programa de chismorreos matutino. Pero Sibila había insinuado demasiado con su confesión. Sabía que terminaría descubriendo la verdad, detalle que se antojaba imposible teniendo en cuenta que allí dentro nadie me contaría nada que tuviera que ver con Roma.

A menos que fuera relevante.

Ni siquiera tuve que cambiar de cadena. La primera imagen me mostró un plató con cinco periodistas sentados ante una mesa semicircular. El plano iba cambiando según los tertulianos tomaban la palabra. Pero el detalle más inquietante era el titular que rezaba: «Las familias más importantes del país ¿enfrentadas?».

Apenas unos segundos después, apareció un vídeo. Su calidad fue determinante, se veía perfectamente, lo que indicaba que la prensa estaba presente antes del enfrentamiento y habían podido grabarlo todo con excelente nitidez.

Cristianno. Lanzándose sobre un Valentino sonriente. Enzarzándose en una pelea mucho más seria de lo que la gente creía. No les importó dónde pegar, ni tampoco cuánto daño hacían o recibían. Querían matarse, querían herirse hasta sangrar.

Y yo cerré los ojos furiosa y desesperada. Porque no había estado allí para capturar su rostro entre mis manos y pedirle que me llevara muy lejos, a un lugar donde solo estuviéramos él y yo, devorándonos hasta perder la razón.

El Cristianno que aparecía en ese vídeo, seguramente ahora estaba en su habitación lamentándose por lo mismo que yo, la maldita y condenada

distancia, salpicada de porquería.

—Los rumores que nos llegan tienen que ver con un lío amoroso —dijo la presentadora.

—Si es así, el Gabbana debería enseñarle a su hijo lo que es una retirada a tiempo. No puede ir por ahí obteniendo las cosas por la fuerza —parloteó otro.

—Lo que sorprende aún más es que Cristianno estuviera en un evento benéfico. Es bien sabido por la ciudad que es un chico problemático y muy distante...

—Un maleducado es lo que es.

Alguien apagó la televisión. Dejaron de oírse majaderías y se instaló un silencio que no terminé de apreciar. Mi aliento precipitado lo interrumpía constante. La saliva amontonándose en mi boca, me costaba tragar. Y las lágrimas tentándome, incisivas y dolorosas.

Aquellos malditos canallas hablaban del hombre que había entrado en mi pecho y se había instalado en mi corazón. Pensaban de él que era un insolente miserable, ajenos a la maravillosa realidad. Desconocían por completo lo desgraciados que eran, la poca suerte que tendrían al no cruzarse jamás con una persona tan fascinante y honorable como Cristianno.

—No hay de qué preocuparse, Kathia —dijo Totti, tratando de consolarme—. Se ha solventado sin inconvenientes.

—La prensa está hablando de ello. No te parece un inconveniente, ¿eh? —afirmé echándole un vistazo—. A mi novio le ha partido la cara ese puto psicópata y cuatro mamarrachos están humillándole en un maldito canal nacional. ¡¿Eso no es un inconveniente?!

Ví a Sandro agachar la cabeza, afligido.

—Kathia...

—Empezó él —intervino uno de los guardias de Valentino.

Le clavé una mirada dura y violenta.

—¿Qué?

—Fue el Gabbana quien dio primero —dijo con jactancia—. Valentino solo se defendió.

No lo pensé demasiado. Me lancé a él y le solté un puñetazo con todas mis fuerzas. Debieron de ser enormes porque conseguí tumbarle, y al verle en el suelo creí que era muy estúpido detenerse ahí.

—¿Qué le dijo, ah?! —chillé pateándole—. ¿Qué fue lo que le dijo para que el Gabbana respondiera así?! ¡Dime, gilipollas!

Totti me capturó por la cintura y me apartó del hombre.

—¡Basta, Kathia! —exclamó y yo le empujé.

—¡No! —Le señalé con el dedo—. Ese no era el trato, Roberto. Lo sabes. Acordamos una tregua si yo aceptaba alejarme de él. —Hubiera sonado más rotundo de no haber empezado a llorar—. Y aquí estoy, joder... ¡Se me aseguró su integridad! ¿Es que una promesa no vale nada?

Eché la cabeza hacia atrás. Las lágrimas caían sin control, sentía una corrosiva impotencia, un fuego muy hiriente que me cubrió de espasmos y jadeos.

—Ni siquiera han dicho si está bien... —sollocé ajena a que Valentino entraba en el salón.

—Te preocupas demasiado, mi amor.

La rabia se expandió incrementando su influencia. Fue tan violento que se me olvidó respirar, incluso las lágrimas dejaron de brotar. Solo fui capaz de imaginar al Bianchi desangrándose hasta la muerte.

Si era o no una maldita salvaje ya poco importaba, la furia existía y era imposible de controlar.

Miré a Totti. Solía llevar sus armas en una cartuchera de pecho. Así que estaban perfectamente visibles y a mi alcance. Era una maniobra que conocía bien, ya la había llevado a cabo, sabía que podía hacerlo.

Ni siquiera me permití una cuenta atrás. Capturé el arma con premura y me di la vuelta levantando el cañón en dirección a Valentino. Una marea de exclamaciones le siguió al gesto y a continuación todos los hombres empuñaron sus armas y se apuntaron entre sí.

Todos, excepto Valentino.

Su sonrisa no se hizo de rogar. Parecía complacido, como si le excitara que fuera tan conflictiva, lo que me restaba margen de reacción. El Bianchi podía esperar cualquier cosa, nada le sorprendería.

Pero lo peor de todo fue verle relajado. No tenía miedo a que le pegara un tiro.

—¿Vas a disparar? —Empezó a avanzar lentamente, levantando las manos—. Vamos, dispara. Aquí, justo aquí. —Se señaló la frente—. Si después de matarme logras salir de esta casa con vida, todo habrá acabado, ¿no es así? ¿No es eso lo que estás pensando, Kathia?

No pensaba en nada, más que en ver su maldita cabeza abriéndose en dos, aun sabiendo que las consecuencias serían desastrosas. Nadie me aseguraba la supervivencia de Cristianno después de matar a Valentino. Todavía quedarían enemigos en pie mucho más peligrosos que él. El Bianchi solo era un nombre en una lista poblada de personas que querían la cabeza de un Gabbana.

El porqué, solo ellos podían responderlo.

Quiénes fueran, solo ellos lo sabían.

—Kathia, suelta el arma —me suplicó Totti, que apuntaba al tipo que me señalaba a mí.

Él sabía tan bien como yo lo cerca que estaba de perder la razón. Solo tenía que apretar el gatillo.

—Dispara, Carusso —me animó Valentino. El cañón de la pistola se apoyó en su frente—. Dispara.

Y lo hice, pero solo se oyó un chasquido.

Esos segundos de duda le dieron a Valentino el poder de arrebatarme el revólver. Me quedé allí, muy quieta, a solo un par de pasos de él, observando cómo inspeccionaba el arma.

No había señal de inquietud ni indicativo de tensión. Valentino parecía no tener alma.

—Es una Beretta de nueve milímetros —explicó mostrándome el modelo—. Si lo hubieras sabido, habrías quitado el seguro y cargado el arma. —Hizo ambas cosas con precisión antes de tensar el brazo y apuntarme a la cabeza—. Ahora sí está cargada.

Debería haberme aturdido la rapidez con la que había cambiado la situación o el hecho de estar siendo amenaza con un arma. Sobre mi piel no podía fallar. La bala me atravesaría el cráneo.

—Haciendo referencia al comentario de nuestro querido Roberto hace unos días, el gatillo es altamente sensible... —dijo recordando la noche en que intentó propasarse conmigo—. ¿Qué opinas tú que lo has presionado?

«Solo está jugando contigo, no va a disparar», me dije viéndome reflejada en sus pupilas verdes.

—Que lleva razón —admití para sorpresa de muchos.

El Bianchi se echó a reír.

—Ah, sí, precisión italiana.

—¡Valentino, baja el arma o te coso a balazos! —gritó Totti.

La tensión podía cortarse con un cuchillo. Había sido tan estúpida de provocar un momento como aquel por no saber dominar la ira. Se me ocurrían decenas de justificaciones. Pero que algo tuviera sentido, no salvaba una vida, y no quería que Sibila o lo demás murieran por mi culpa.

—Tranquilos, muchachos, tranquilos. —Valentino soltó el arma y dejó que pendiera de su dedo índice antes de entregársela a su dueño—. Solo es una broma.

Roberto bloqueó su revólver y lo guardó en la cartuchera coincidiendo con la proximidad de unos pasos. Levantó la cabeza, Valentino se echó a reír.

—Pues no tiene gracia —dijo Enrico robándome el aliento.

—Oh, vaya, señor Materazzi —se mofó el Bianchi.

Un fuerte escalofrío, a medio camino entre la desesperación y el alivio, me empujó hacia Enrico y me lancé a sus brazos como si hubiera estado décadas sin verle. Él me aceptó con la misma premura. Se aferró a mi cintura y apretó hasta ponerme de puntillas.

—¿Por qué has tardado tanto? —susurré.

En realidad, no era esa la primera pregunta que quería hacerle, pero había demasiada gente presente y no quería exponer a Enrico más de la cuenta. Él pertenecía a los Carusso, no podía andar por ahí hablando de un Gabbana con normalidad.

—Puedo explicártelo dando un paseo —sonrió al alejarse de mí para acariciarme las mejillas. Me contempló tan lleno de amor que me entraron unas ganas locas de echarme a llorar.

—No saldrá de esta casa —interrumpió Valentino—. Es una orden.

Ambos se miraron con aspereza, se retaron con tanta insistencia que todos los que compartíamos espacio con ellos en aquel salón desaparecimos. No éramos trascendentales.

Enrico torció el gesto y entrecerró los ojos. Fue un gesto que me erizó el vello.

—¿Desde cuándo eres mi superior, Valentino? —ironizó antes de mirarme—. Ve a ponerte el abrigo.

—He dicho que no sale —gruñó el Bianchi y a continuación sacó su arma y apuntó a Enrico.

Súbitamente me puse en la trayectoria de aquel cañón. El resto de hombres cogieron de nuevo sus revólveres y se señalaron entre sí. Sería

una masacre si finalmente se desataba un tiroteo.

Pero, al parecer, Enrico no estaba tan asustado como yo. Sonrió y me empujó con suavidad a un lado antes de guardarse las manos en los bolsillos de su pantalón y comenzar a dar cortos pasos en dirección a Valentino.

—Si disparas, a ninguno de estos hombres les importaría responder. Y eso le daría bastante trabajo a la morgue, ¿no crees? —dijo con una supremacía que jamás había visto en él. Aquel era el verdadero Enrico Materazzi—. Unos cinco cadáveres. Muertos por herida de bala, por no saber guardar las formas y comprender la jerarquía.

—Tenemos conceptos muy diferentes sobre la jerarquía, Materazzi. —Valentino trató de mantener la calma, pero no escapó a mi atención lo mucho que le intimidaba la presencia de Enrico.

—Prevalece el que menos tenga que perder.

—¿Ese eres tú?

—¿Soy yo el que ambiciona Roma?

Tragué saliva. Se estaba diciendo demasiado en muy pocas palabras. Pero logró que Valentino cambiara de opinión y bajara el arma.

—Haz lo que te dé la gana, pero dormiré en esta casa, ¿me has entendido?

Enrico sonrió y tuvo el valor de darle la espalda al regresar de nuevo a mí.

—Vamos —murmuró apoyando su mano en la parte baja de mi espalda.

No había salido de aquella casa en los últimos días, y aunque había podido respirar aire fresco desde el jardín, me embargó un placer enorme cuando bajé la corta escalinata y me subí al coche.

Fue como si me hubieran dado la libertad. Tan solo sería un permiso de unas horas, pero me valía.

Cerré los ojos al oír el ronroneo del motor antes de acelerar. Me sentía nerviosa, no sabía qué decir. Enrico había demostrado ser un hombre hermético, más preocupado por mi integridad que en justificar sus métodos.

Era por eso que debía preguntar con cautela, para poder rascar cualquier información posible sobre Cristianno y la situación en Roma.

—Lo sé todo...

Apreté los dientes y miré hacia otro lado. Había sido demasiado directa, joder.

—¿Qué es todo? —inquirió Enrico como si nada.

—Lo de esta mañana, en el mercado de Trastevere.

—Ah, sí... —suspiró—. Tenemos un buen lío montado. Se me ha llenado la comisaría de reporteros curiosos.

Lo comentó sin darle importancia, restándole la trascendencia que tenía saber que Cristianno y Valentino habían llegado a las manos delante de decenas de personas y la propia prensa.

—No es eso lo que me importa.

Agaché la cabeza y me mordí el labio. Enrico me miró de reojo, pero tardó un momento en volver a hablar.

—¿Por qué no lo preguntas directamente, Kathia? —dijo bajito.

—¿Responderías?

—Yo no.

A partir de entonces, no volvimos a cruzar palabra. Quince minutos más tarde, detuvo el vehículo a pies de un caserío transformado en restaurante y echó mano a su bolsillo.

No me paré a mirar qué buscaba, me centré más en el entorno, rodeado de frondosos árboles que amenazaban con caer sobre el techo de aquella bonita y recóndita finca. Siquiera se veía el cielo, tan solo pequeños destellos de luz amarillenta que simbolizaba más un atardecer oscuro que un mediodía luminoso.

Quizá la idea de Enrico era llevarme a ese lugar para disfrutar de una comida que me haría sentir como en casa y compartir un instante que me hiciera olvidar por un momento la situación que atravesábamos.

Quizá sabía que lo necesitaba, que vería lo sucedido en televisión, que estaría preocupada por Cristianno, y por eso estaba allí, para vaciar mi mente de todo aquello que me infestaba.

De pronto, me extendió un teléfono. La pantalla estaba encendida, mostraba un número bastante largo junto a un símbolo de llamada.

—Es ilocalizable, pero por seguridad, procura no excederte demasiado —me explicó clavándome una mirada que cerca estuvo de arrancarme un sollozo.

En cuanto pulsara aquel símbolo solo tendría que contar los segundos que me llevaran escuchar su voz.

—Enrico... —jadeé.

—Esperaré fuera.

Salió del coche y el silencio que me sobrevino cambió el ritmo de mi pulso. Lo aceleró tanto que creí que el corazón se me saldría por la garganta.

Entonces, llamé y me llevé el teléfono a la oreja tratando de mantener mis temblores.

Cristianno

Habían pasado cuatro horas desde el incidente, y me había encerrado en mi habitación rogando porque nadie apareciera por allí.

«Cómo estás, no deberías haberlo hecho, por qué has caído en la provocación, no te preocupes», frases obvias, sinceras, honestas, que lo único que harían serían hundirme aún más en el fango.

Sabía que había cometido un error. No por enfrentarme a Valentino, sino por no cumplir mis promesas. También sabía que un hombre que no era capaz de mantener su palabra no merecía respeto o consideración.

Lo bueno era que no estaba justificándome.

Me habían superado los impulsos. Había caído en la tentación de ser visceral y salvaje, cualidades que un hombre no necesitaba si luchaba por mantener la razón.

Merecía cada una de las palabras que había dicho mi padre. Y quizá por eso me sentía como un desgraciado.

Porque mi mente me había jugado la mala pasada al imaginar a Kathia en tal situación, porque había fallado en mis principios. Pero, sobre todo, porque ella lo vería como lo había visto toda la puta ciudad.

Sí, Kathia lo vería y tendría que gestionar su propia reacción. Y la probabilidad de que hiciera una locura incrementó en el instante en que golpeé la maldita cara del Bianchi. Así que más que proteger su honor, había puesto en peligro su integridad.

Alguien llamó a mi puerta. Cuatro horas suponían mucho tiempo, había tenido demasiada suerte.

—¿Quién es? —dije desde el alféizar de mi ventana.

—Cristianno, soy yo. —La voz me llegó ahuecada, pero de pronto se entremezcló con el timbre de un teléfono.

—Lo siento, cariño. Ahora no quiero hablar con nadie.

Creí que con eso bastaría. Sarah era una mujer muy prudente; de hecho, me sorprendía que hubiera decidido interrumpirme. Pero insistió.

—Abre, por favor —me reclamó con impaciencia.

El teléfono no dejaba de sonar. Salté del alféizar y me acerqué para abrir la puerta, resignado.

—Sarah, no...

—Es para ti. —Me entregó el móvil toda desesperada y yo fruncí el ceño porque siquiera había sabido que tenía teléfono.

Lo acepté y miré la pantalla, extrañado.

—¿Por qué Enrico te llamaría a ti para hablar conmigo?

—Tú solo... cógelo.

A continuación, me empujó y ella misma cerró la puerta provocando que mi habitación se llenara de aquella melodía y mi propia respiración súbitamente acelerada.

Mi cuerpo supo quién estaba al otro lado de la línea mucho antes que mi sentido común. Se estremeció por completo y me gritó su nombre con tanta vehemencia que tuve que tomar asiento en la cama.

Descolgué, aturdido, ilusionado, nervioso.

—Cristianno... —Un suspiro tembloroso.

Cerré los ojos y liberé un jadeo que hizo que me desplomara. Su voz me atravesó como una corriente eléctrica.

—Kathia... —gimoteé.

—Hola... —Me pareció que ella había empezado a llorar.

—Hey, hola, mi amor. Estás... ¿Estás bien? —tartamudeé.

De todas las cosas que podían haber ocurrido en un día como aquel, escuchar la voz de Kathia ni siquiera entraba en la lista de posibilidades.

—Tranquilo, están cuidando muy bien de mí. Totti y los chicos son muy amables conmigo.

Detecté la resistencia. Kathia había sucumbido a las ganas de oírme, lo que indicaba que, aunque había sido ella quien había llamado, le había pillado tan de sorpresa como a mí. Sin embargo, se exigía mantener la calma porque no quería perder aquella oportunidad por unas lágrimas que podría llorar después de colgar.

Así que me obligué a hacer lo mismo.

Apreté los dientes, cogí aire, miré al techo y me dije que aprovecharía aquel momento como si fuera el último.

—Me alegro... —farfullé antes de coger aire—. Necesitabas unas vacaciones. Últimamente estabas muy mustia. Y a nadie le gustan los chihuahuas mustios, ¿a que no?

Su risa me encandiló. Sonó nasal, inesperada. Kathia había entendido mi juego y lo mejor fue que quiso jugarlo con las mismas ganas que yo. La escuché tragar saliva y recomponerse a toda prisa.

—Precisamente, tengo un compañero de clase que me llama así —bromeó.

—¿En serio? Ese tipo sí que sabe. ¿Qué tal te llevas con él?

Aunque era una tarea muy complicada, traté de normalizar todo lo posible mi voz y mi aliento.

—Bueno, es bastante insufrible y un creído de cuidado, pero me cae bien.

—Ten cuidado con esa clase de chicos, chihuahua, son muy peligrosos —sonreí evitando recordar nuestros días en San Angelo.

Habíamos prometido tácitamente no caer en la tristeza.

—Ya es muy tarde... He empezado a soñar con él.

—¿Y qué ocurre en ese sueño? —Tuve un escalofrío.

—Él entra en mi habitación en mitad de la madrugada. —No me hacía falta tenerla delante para suponer el rubor que se había instalado en sus mejillas.

—Vaya, nos ha salido un delincuente. —Una risita—. Cuéntame más.

—Comienza por darme un beso en la frente... —Volvió a suspirar y esa vez los temblores asomaron—. Después baja a los labios.

La imaginé tendida en un colchón, con apenas una camiseta. Las piernas desnudas, rozando la rígida tela de mi pantalón vaquero, dando la bienvenida a mi cintura. Sus ojos centrados en mi boca, esa dulce y cálida expectación previa al beso.

—¿Cómo fue? —dije bajito.

—Lento. Suave. Ardiente.

Un ramalazo de excitación atravesó mis caderas. Fue tan intenso que apenas me costó dibujar a Kathia tumbada sobre mí, dejando que sus manos resbalaran por mi pecho.

—¿Qué más? —jadeé.

—Me desnuda. Muy despacio.

Tragué saliva.

No, aquello no estaba siendo una excitación sexual. La típica llamada erótica entre parejas. Se trataba de algo mucho más profundo, una manera de estar juntos en un lugar al que nadie, más que nosotros, tenía acceso.

Allí, en ese universo, Kathia y yo podíamos tocarnos, sentirnos, tenernos sin lamentar nada.

—¿Te acaricia? —inquirí en un murmullo.

—Empieza por las piernas... Sube por mis caderas y me abraza.

—¿Qué... más?

—Susurra mi nombre.

—Kathia...

—Así... Justo así. Mientras me llena de besos... —gimió.

—Mientras te llena de besos...

Sollozó. No pudo disimularlo ni yo tampoco. Ella seguramente lloraba ajena a que mis ojos se habían empañado. Jugar a inventar una normalidad había sido sencillo hasta que la necesidad se impuso.

«No caigas ahora, Cristianno. Ninguno de los dos os lo merecéis», me dije obligándome a mantener la calma un poco más.

—¿Te gusta ese sueño? —pregunté apretando los dientes.

—Me encanta.

—¿Y qué harás cuando le veas?

—Dímelo tú. —Aquella sonrisa sonó demasiado nostálgica—. ¿Crees que estaría dispuesto a hacerlo realidad?

—Cómo no iba a estarlo. Ese chico se muere por ti.

—¿Tú crees?

—Me enfadaré si lo dudas.

Silencio. Confortable y espontáneo. Consciente de que había llegado el final, que debíamos despedirnos sin querer. Un silencio que buscaba arañar los últimos segundos que nos quedaban juntos y que se llenó con todas las emociones que ambos compartíamos.

—Te quiero —dije rotundo.

—Y yo a ti —sollozó Kathia—. Te quiero muchísimo.

—No lo olvides ni un instante, ¿de acuerdo?

—No lo haré. Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida, ¿me oyes, Gabbana? Nunca. —Una lágrima cayó de la comisura de mis ojos.

—Necesitaba muchísimo oírtelo decir... No sabes cuánto, mi amor.

—Cristianno...

—Mi Kathia...

Final no siempre es una buena palabra.

A veces, simboliza todo lo que uno no quiere sentir.

No fui yo quien colgó. Simplemente, me quedé allí tumbado, con los ojos cerrados, las mejillas un poco húmedas y el teléfono todavía pegado al oído, como esperando a que en cualquier momento Kathia volviera a hablar.

Capítulo · 27

Kathia

El chasquido de la puerta al abrirse me recordó dónde estaba, dentro de aquel coche, aferrada a un teléfono que, más que un símbolo de beneficio, no dejaba de indicarme cuán lejos estaba de Cristianno.

Miré a Enrico, todavía con lágrimas en los ojos. Por entre la humedad, pude ver su expresión de hastío y preocupación. Él ya sabía que aquello pasaría si me permitía hablar con Cristianno, pero no le ahorraba desazón.

Me tendió la mano. Esperó paciente los segundos que tardé en reaccionar para cogerla. Enredé mis dedos a los suyos y tomé el impulso para salir del coche y aferrarme a Enrico. Sus brazos me rodearon fortaleciéndose en torno a mí. Estuve segura de que en aquel lugar, pegada a su pecho, pocas cosas podían herirme.

Enrico era mi hogar.

Un rato más tarde, tomamos asiento en la mesa más alejada de aquel restaurante. El establecimiento apenas tenía un par de comensales, al parecer era un día tranquilo.

Olía a comida casera, de esa que resucita a cualquiera con solo verla en el plato. El típico lugar que trataba de mantener las raíces sin olvidar la actualidad ni sofisticación. Me sentí bien. Curiosamente cómoda.

—Pareces cansado —le dije a Enrico tras observarle dar un sorbo a su copa de vino.

—Lo estoy —sonrió.

Ciertamente, seguía siendo uno de los hombres más bellos que había conocido. Pero ni los rostros más hermosos pueden escapar de las presiones. Enrico estaba sometido a un gran estrés.

—Me alegra mucho que estés aquí —confesé al tiempo que el camarero aparecía con nuestra comanda.

—Sopa castellana y *schiaffoni*. —Nos sirvió elegantemente, dejando como detalle un pequeño cuenco con tostas de aceite, jamón y oliva negra.

Observé la comida animada por el ramalazo de nostalgia que me azotó. Fue como volver a los días en que batallaba con Cristianno a todas horas. Esos días en que quererle era como la molesta sensación de perder la cartera en el metro en plena hora punta.

—Vaya, es como tener un *déjà vu* —comenté con una sonrisa.

Habíamos pedido lo mismo hacía unas semanas, nos habíamos sentado en la misma orientación, conmigo de espaldas a la puerta de entrada, la misma copa de vino, la idéntica disposición de las manos sobre la mesa. Era como haber viajado en el tiempo y no pude evitar pensar que Enrico lo había hecho para que me sintiera un poco menos sola, para que supiera que yo era tan importante para él como él lo era para mí.

—Recuerdo que ese día por poco tengo una indigestión cuando me contaste que habíais llegado a las manos —explicó cogiendo los cubiertos.

Yo me eché a reír. Por entonces pensaba que el mundo parecía venírseme encima tras aquel momento que Cristianno y yo compartimos en la biblioteca. Una parte de mí ya sabía que él no había querido ser tan canalla como aparentó. Tiempo más tarde descubrí que esa controversia no se reducía solo a mí, él también la había padecido.

—«Incompatibilidad de caracteres» dije —recordé.

—Exacto, mentirosa.

—Era una estúpida ignorante que no quería reconocer que ya estaba enamorada de Cristianno —admití antes de llevarme la cuchara a la boca.

—No te quitaré la razón.

—¡Oye!

Ambos sonreímos, pero esa sonrisa duró mucho menos en Enrico. De pronto, advertí algo más. Fue sutil, un simple pestañeo que varió la profundidad de sus ojos azules.

—Supongo que hoy no es tan diferente —dijo bajito.

—¿Qué quieres decir?

Enrico cogió aire y apretó los cubiertos, indeciso, inseguro.

—Digamos que me encuentro en la misma situación que tú en ese momento. Solo que yo me he ahorrado la fase de negación.

El corazón me dio un vuelco. Detuvo su ritmo y después lo reanudó con precipitación. Probablemente aquella había sido la confesión más

desconcertante que Enrico me había hecho. Porque era muy difícil imaginar a alguien como él perdiendo la cabeza por amor. Enrico era de los «no románticos», él mismo lo había dicho.

Que estuviera casado no justificaba un romance. Odiaba las sensaciones tan dependientes. Él consideraba que el amor romántico no le beneficiaba, que tenía cosas mucho más importantes a las que dedicarles su vida y que había conocido un tipo de amor mucho más gratificante. Era un hombre que no había sido diseñado para enamorarse.

«Pero, al parecer, el destino sí es tan caprichoso como dicen», pensé observando cómo Enrico tragaba saliva.

—Se llama Sarah —suspiró—. Tiene veinte años. Y cuando la miro siento que... todo mi mundo se tambalea. —No quiso mirarme cuando me reveló todo aquello.

—Te has enamorado de ella... —admití por él con una sonrisa en los labios que inundó mi pecho de una emoción muy placentera.

—Y solo bastó un segundo. —Asintió con la cabeza—. Caí estrepitosamente. —Se rio de sí mismo al citar lo que le dije aquella tarde en Latina, dando un paseo.

Me invadió la curiosidad, quería saberlo todo de la mujer que había logrado tal proeza. Si Enrico la había escogido debía ser alguien extraordinario.

—¿Cómo fue? —inquirí.

—¿Recuerdas Hong Kong?

Fruncí el ceño.

—Sí, Cristianno viajó con Fabio para reunirse con Wang. Él mismo me lo contó.

—Pues allí conoció a Sarah.

Al principio me extrañó que Cristianno estuviera involucrado, pero conforme Enrico hablaba se me despertó una empatía que terminó por robarme unas tímidas lágrimas. Estaba demasiado sensible como para no dejarme influenciar por una historia como la de Sarah.

Esa chica, apenas dos años mayor que yo, había tenido que sufrir situaciones que uno siquiera imagina cuando duerme al cobijo de su cama.

—Es por eso que no he podido venir antes —se justificó—. Necesitaba mantener las aguas calmadas en la mansión.

—Evitar sospechas, lo sé.

Dos días fuera era demasiado tiempo, y aunque mi padre adorara a Enrico y confiara en él más que en sí mismo, eso no aseguraba absolutamente nada. En cualquier momento podía cambiar.

—¿Y dónde está? ¿La estáis protegiendo bien de ese bastardo? — pregunté ansiosa.

—No te preocupes, se ha instalado en el edificio —comentó—. A ella no le parece bien la idea de estar allí, pero ya sabes cómo son las mujeres Gabbana.

Allí estaba de nuevo la nostalgia, golpeándome en el pecho y permitiéndome sonreír al mismo tiempo.

—Tan maravillosas que cuesta de creer... —susurré anhelante por poder estar junto a ellas—. Me gustaría conocerla. A Sarah.

Al parecer, no tuve tanto control como esperaba. Se me escaparon un par de lágrimas. Enrico las vio y enseguida las borró con su pulgar antes de coger mi mano.

—Kathia... —suspiró—. Acabará, mi amor. Yo haré que acabe.

—Procura conseguirlo sin caer en el intento, ¿me oyes? —Me aferré a sus dedos—. Te necesito.

Después de aquello, tratamos de comer y comentar cosas banales, detalles sin importancia como la cuaresma o lo bueno que había sido cambiar las ventanas del edificio que Enrico tenía en Frattina por unas de insonorización; el ruido era insoportable debido al turismo que ocasionaba la Piazza Spagna.

Sí, trivialidades que hicieron de aquel momento algo amable.

De cara al atardecer, me despedí de Enrico en la escalinata de la casa. Entré, ahorrándome el momento de verle partir, y me encerré en el baño sin contar con que me echaría a llorar desconsolada. Creo que estuve allí recluida un par de horas porque al salir todo estaba en silencio y fuera ya era de noche.

Decidí tomar un té e irme a dormir o por lo menos intentarlo. Pero al terminar de recorrer el pasillo central, me encontré a Totti y Sandro caminando de un lado a otro, preocupados.

Para cuando me descubrieron yo ya había deducido lo implicados que estaban conmigo. Quizá me habían escuchado llorar.

Miré a mi alrededor. No había nadie más que nosotros tres en ese momento.

—¿Turno de guardia? —pregunté.

—Así es —respondió Totti, bastante frustrado.

A Roberto no le gustaba trasnochar, pero a su segundo parecía importarle menos.

Me tomé la libertad de observarles durante un instante. Si tenía en cuenta sus apariencias, sorprendía su actitud en ocasiones tierna. Eran hombres rudos, de acción, criados en la periferia, acostumbrados a pelear con las manos desnudas. Hombres de la calle que habían escogido entregar su lealtad a los Gabbana y no cuidar de una cría.

Sin embargo, allí estaban, ganándose mi confianza, haciéndome sentir mucho más cómoda por tenerlos a mi lado.

—Hay algo en lo que no dejo de pensar... —Miré a Totti—. Cuando disparé a Erika... no tuve que preocuparme por el seguro.

Había sido la misma arma que utilicé contra Valentino. La misma maniobra basada en la imprevisibilidad.

Pero Totti no hizo falta que respondiera, supe por su mirada fija en mí que él mismo se había encargado de facilitarme el camino ese día porque intuyó cómo terminaría todo.

—En fin... —Cogí aire y tragué saliva—. Parece que no tenemos mucho de lo que preocuparnos. —Valentino no estaba y los tres sabíamos que esa noche no dormiría en casa—. ¿Película?

Sandro chasqueó los dedos, todo emocionado.

—Elige —me señaló.

Entonces, recordé que el tiempo no nos había permitido a Cristianno y a mí conocer los datos más naturales de cada uno, como la música, el cine, la comida. Detalles que incrementan la confianza.

Era un buen momento para empezar a definirlo.

—La comunidad del Anillo. —Era parte de la película favorita de Cristianno y los chicos.

—Hostia puta... —se quejó Roberto. Todo lo contrario a Sandro, que capturó dos mechones de su melena rubia y se los enroscó a las orejas.

—Nena, si vas a sentar tus posaderas en ese sofá de ahí para ver esa película más te vale mentalizarte que después sigue Las dos Torres.

Tomó asiento de un saltó sabiendo que le seguiría. Totti prefirió el sillón, donde se espatarró sin ganas.

—Y termina con El retorno del Rey —advertí.

—Nos vamos entendiendo.

—La madre que os parió, son más de nueve horas de metraje, joder —
masculló el jefe—. Nos va a amanecer viendo esa cosa de bichos feos y
tíos en medias.

Solté una carcajada mientras buscaba la película en el catálogo digital.

—Once horas y media, prefiero la versión extendida.

Totti se cruzó de brazos y apoyó la cabeza en el respaldo antes de
cerrar los ojos.

—Despertadme para el desayuno —bostezó.

—Venga, hasta luego.

Inicié la reproducción al tiempo que me acomodaba en el sofá junto a
Sandro.

—¿Sabías que nunca la he visto? —le confesé.

—Pues prepárate para ver una obra maestra, niña.

Capítulo · 28

Sarah

Mauro tenía razón. Decía que, cuando la introversión de su primo alcanzaba su punto máximo, no saldría de la habitación hasta que fuera capaz de canalizar sus pensamientos. Mientras durara su reclusión, lo mejor era dejarlo a solas consigo mismo. Porque, aunque aceptara compañía, sería como estar junto a un fantasma.

Y después de ver que su padre se reunía con su equipo de asesores para hablar de cómo iban a afrontar el conflicto, casi que agradecí la actitud reservada de Cristianno.

Me encontré a mí misma en más de una ocasión rogando porque no apareciera por el pasillo. No le hubiera hecho ni pizca de gracia saber que se había convertido en el blanco perfecto de críticas deconstructivas y mucho menos que su padre estaba preparando un discurso de disculpas para primera hora de la mañana.

La reunión duró hasta bien entrada la tarde, pero Silvano no salió de su despacho. Esa noche la cena fue servida a solo unos pocos y apenas hablamos entre nosotros. Por más que Mauro tratara de destensar el ambiente, se respiraba cierta calma tensa, fruto de un día abrumador y cargado de incertidumbre.

Más tarde, decidí retirarme a mi habitación y tomar un baño. Había sido un alivio que mis temblores me hubieran respetado, que esa maldita ansiedad no hubiera aparecido en el peor momento. Nadie necesitaba más preocupación.

Me apoyé en la baranda de las escaleras, dispuesta a subirlas. Sin embargo, mis ojos otearon la puerta del despacho. Estaba entornada. Surgía una luz cálida y se percibía el aroma a tabaco. Me acerqué lentamente y asomé un poco la cabeza.

Silvano fumaba mientras dividía su atención entre el papel que tenía en la mano y la vista que le proporcionaba aquellos ventanales.

Golpeé la madera con suavidad.

—¿Puedo? —inquirí tímida. El hombre me sonrió antes de dejar el documento de forma casual.

—Por supuesto.

—Antonella ha preparado una crema de verduras deliciosa —le informé adentrándome en la estancia—. Dice que es su favorita, no le vendría nada mal pararse un momento a comer.

—Mi apetito es un poco caprichoso.

—¿Es su elegante forma de rechazar mi propuesta?

Me fascinó la hermosa sonrisa que iluminó su rostro. Silvano conservaba la belleza arrebatadora de cuando era joven, ahora más penetrante. Fue como estar viendo a Cristianno un par de décadas mayor.

—Cordialidad, ante todo, pequeña Sarah. —Apagó el cigarro en el cenicero y suspiró al mirar de reojo el documento.

—¿Es el discurso de mañana? —Señalé. Pero él no respondió.

Prefirió rodear su escritorio y acercarse a la mesa de ajedrez que había en una de las esquinas.

—¿Sabes jugar? —preguntó.

—Se me da bien fingir que sé.

Ambos sonreímos tratando de no parecer demasiado rígidos al tomar asiento uno frente a otro. Las piezas ya estaban dispuestas, me había tocado el color blanco. Silvano me indicó empezar, así que adelante uno de mis peones sin saber muy bien qué hacer cuando la fila entera cayera.

—Solía jugar con Fabio —comentó al mover su ficha—. El muy cabronazo no tenía piedad, antes de que me diera cuenta ya me había comido hasta los higadillos. Era imposible jugar con él más de quince minutos.

Lo complicado fue contener una risita. La nostalgia azotó con violencia cuando imaginé a Fabio sentado en aquella misma silla bromeando con su hermano mayor. Pero el peso de los recuerdos era casi tan grande como la suerte de poder compartirlos. Así que, más que tristeza, sentí bienestar por formar parte de algo tan maravilloso.

—Seguramente porque le conocía muy bien —añadí.

—Es una buena hipótesis.

—¿Y Cristianno también juega?

A esas alturas Silvano ya sabía qué inclinación tomaría la conversación, pero no se opuso a ella. Lo que me dejó entrever su curiosidad por saber lo que yo pretendía.

—Es demasiado impulsivo a veces —admitió centrado en su próximo movimiento—. El ajedrez es pura estrategia, utiliza la imperiosidad de un modo más intelectual. No hay espacio para los arrebatos. —Dos jugadas y ya había perdido una pieza, un buen ejemplo de lo que acababa de decir—. No estoy enfadado con él, Sarah. Tan solo tengo miedo de ver como se convierte en víctima de sus propias emociones.

Aquella perspectiva daba a Silvano una ventaja más que razonable. Las maniobras de un padre por salvar a su hijo no siempre son del agrado de los demás, pero eso es algo que solo un progenitor entiende.

Quizá por eso Cristianno guardó silencio, porque imaginaba que cualquiera de las palabras que Silvano dijera escondían mucho más que un simple regaño. Ocultaban el temor a un dolor que, al no ser propio, no podría manejar. De nada servirían los buenos gestos, un abrazo, un beso.

No, si Cristianno caía en ese terreno, Silvano sabía que no podría hacer mucho más que mirar y llorar junto a su hijo.

—Lo que dice es... demasiado doloroso —dije bajito, cabizbaja.

—Esta ciudad es una jungla. Hermosa, espléndida, a veces caótica. Pero una jungla, sanguinaria y sin piedad, disfrazada de asombrosas fuentes y enormes plazas. —Dejé que aquella intensa mirada me engullera—. No quiero que mi hijo se convierta en su alimento.

Tuve un escalofrío. Traté de evitar imaginarme todos los desastres que contenían esa declaración, pero me fue imposible. Vislumbré todo tipo de finales y ninguno de ellos me pareció bueno.

—Entiendo...

—¿Seguro? Porque yo creo que hay más.

Era mi oportunidad de exponerle mi punto de vista, de mostrarle la falta que le hacía a Cristianno que su padre subiera a su habitación y le diera un abrazo. Pero después de todo lo que se había mencionado, casi me parecía estúpido intentarlo. Porque la actitud severa de Silvano podía hacer más que mis intenciones.

—El desconcierto —murmuré.

—Continúa.

Cogí aire y le miré de frente.

—Valentino escogió las palabras exactas. Fue diciéndolas poco a poco, poniendo a prueba una paciencia que Cristianno insistió en mantener. — Fue como volver a ese instante. Se me había quedado grabada a fuego la pretenciosa sonrisa del Bianchi—. Para una persona ya de por sí impetuosa es todo un logro que haya soportado incluso un abrazo de ese tipo. Pero tiene dieciocho años, es inexperto en los asuntos del corazón, y de estar al cobijo de su hogar un día, ha pasado a tener que administrar cada paso que da, más la pérdida que todo eso conlleva. Es demasiado desconcertante atravesar tantas emociones al mismo tiempo.

La muerte de su tío, la traición de sus amigos y aliados, la distancia impuesta con la mujer que amaba. Probablemente podía hacerlo mejor, pero Cristianno estaba resistiendo con valor.

Silvano asintió con la cabeza. Supo que ambos puntos de vista eran válidos y que se compensaban a la perfección.

—Supongo que su insistencia por madurar rápido nos has jugado una mala pasada a todos —se sinceró.

—Pero le tiene a usted para aprender esas lecciones. He podido ver cuánto le adora y respeta.

Alcanzó mi mano y la envolvió con la suya.

—Eres una buena compañía, Sarah.

Tras aquello, nos despedimos. Él se retiró a su habitación y yo subí a la mía echando un vistazo a la puerta de Cristianno. No había luz, así que supuse que se habría quedado dormido.

Al entrar, me fui directa al baño, tomé una ducha rápida, me sequé el pelo y me encaminé al vestidor para ponerme el pijama. Me había sentado bien el agua caliente, estaba segura de que podría conciliar el sueño con facilidad.

Sin embargo, avisté algo sobre la cómoda. El teléfono móvil junto a un trozo de papel. Me acerqué tímida.

«Dale las gracias a Enrico de mi parte cuando te decidas a responder su mensaje. Te veré mañana, preciosa», rezaba la nota y no pude evitar sonreír como una boba.

Cristianno se había colado a hurtadillas en mi habitación para devolverme el móvil y se había molestado en escribir unas palabras que

me ayudaran a descansar sin preocupaciones. Pero había mencionado a Enrico, y ahora más que desear dormir, estaba nerviosa.

Una luz verde no dejaba de parpadear en la esquina superior del teléfono. Lo cogí y traté de desbloquearlo para encontrarme con una notificación de Enrico.

Tragué saliva y abrí el mensaje.

«Gracias por ayudarme hoy. Hemos hecho posible que estos dos locos hayan compartido un momento juntos. Buenas noches, Sarah».

Una sonrisa nerviosa me hizo ahogar un gemido y me llevé el teléfono al pecho, apretando con fuerza los ojos. Los latidos de mi corazón me atronaron los oídos, la emoción siquiera me permitía respirar con normalidad.

Me desplomé en la cama mirando al techo, todavía aferrada al teléfono. Miles de pensamientos me abordaron, no tenía ni idea de cómo manejarlos. Jamás había tenido la oportunidad de vivir una situación como aquella.

Miré la pantalla de nuevo. Leí el mensaje una y otra vez, imaginando a Enrico al otro lado del móvil. ¿Cómo estaría sintiéndose? ¿Qué se le habría pasado por la cabeza antes de escribir? ¿Por qué no habría podido esperar a vernos? ¿Qué estaría haciendo en ese preciso momento?

Suspiré hondo y reuní el valor para responderle. Quizá era estúpido avergonzarse por un hecho tan simple, pero lo cierto era que me temblaban hasta los labios.

Pulsé la primera tecla.

«Hola. Supongo que ya estás dormido, así que te daré los buenos días. Quería agradecerte que hayas contado conmigo. Me ha hecho muy feliz».

No lo pensé demasiado y le di a enviar antes de cerrar los ojos y resoplar. Podía decirse que era el primer mensaje que escribía en mi vida y por el que, por supuesto, no esperaba respuesta. Pero, de pronto, el teléfono vibró y el sobresalto me hizo maldecir las seis pulgadas de pantalla en cuanto se estrelló contra mi boca.

Rápidamente, volví a capturarlo. Era un mensaje de Enrico.

Enrico Materazzi

→ No me creas un maestro del sueño.

→ Me desvela cualquier cosa.

23:14

Sarah

¿Te he despertado? ←

¡Lo siento! ←

23:14

Enrico Materazzi

→ No dormía.

→ Estoy terminando el papeleo.

23:14

Sarah

Oh, ¿aún estás en la comisaría? ←

23:15

Enrico Materazzi

→ Soy de los que se llevan el trabajo a casa.

→ ¿Te ibas a dormir?

23:15

Sarah

Esa era la idea... ←

Hasta que he visto tu mensaje. ←

Ahora dudo que pueda hacerlo.

←

23:15

Enrico Materazzi

→ ¿Por qué?

23:15

Sarah

Ah... Bueno... ←

Estoy hablando

contigo. ←

23:16

Pero tras ese mensaje, Enrico no volvió a responder.

Media hora más tarde, me di por vencida. Supuse que se había centrado en su trabajo, que

habría recibido alguna llamada o incluso que se había quedado dormido. Así que no quise molestarle.

Dejé el teléfono sobre la mesilla de noche y me tumbé en la cama.

Respirar hondo, cerrar los ojos, dejar que el sueño me invadiera. Era sencillo, me había prevenido, pero no existía tratamiento para combatir los deseos del subconsciente, siquiera para controlarlo.

El mío era Enrico.

Daban igual mis traumas o mi condicionado rechazo a ser tocada sin previo aviso. Poco importaban los años de sometimiento o torturas. La versión más primitiva de mí tan solo tenía en cuenta las

emociones más
viscerales.

En ese rincón,
enterrado en lo más
profundo de mis
entrañas, no existían
realidades ni hechos
ni sufrimientos o
rechazos. Era un
espacio sin ley,
ingobernable. Y me
creía un poco
miserable al sentir
todo aquello, porque
alguien como yo no
debía amar después
de tanta
contaminación.

En realidad, no
me creía preparada
para reiniciar mi
vida, no asumía que
ya había dejado de
estar bajo el yugo de
Mesut Gayir y que
ahora, más que
nunca, podía decidir.
No, podía aprender a
decidir.

Sin embargo, allí
estaba. El rostro de
Enrico, atrapado en
mis sueños,
observándome
fijamente,
insistiéndome en

que, por más que me esforzara en adornar la razón, el instinto era mucho más poderoso.

Me incorporé de súbito. Alguien había golpeado la puerta. O tal vez eran los latidos de mi corazón. Pero confirmé que se trataba de lo primero al oírlo de nuevo.

Me levanté de la cama y me acerqué hasta la madera para abrir indecisa.

Unos ojos asombrosamente azules me dieron la bienvenida robándome el aliento. Por un momento, había creído que se trataba de Cristianno. Quizá se había desvelado y al ver luz por el filo de mi puerta decidió llamar. Pero no podía estar más equivocada.

Enrico me observaba un tanto tímido,

mordisqueándose el labio inferior. Había sacado las manos de los bolsillos de su pantalón para volver a esconderlas, sin saber muy bien qué hacer o decir.

Al menos él estaba siendo capaz de mostrar sus inquietudes, yo ni siquiera recordaba cómo respirar.

«Definitivamente, estoy enamorada de este hombre».

—Soy una mala influencia —susurró con media sonrisa.

—Creí que te habías dormido... — me obligué a decir.

—Suelo despedirme antes.

—O aparecer en mitad de la madrugada.

No podía creerlo. Había cortado la conversación por teléfono para atravesar la ciudad y venir hasta mí.

—Técnicamente, todavía no hemos

entrado en la
madrugada. Aún no
son las doce. —
Señaló su reloj.

—¿Quieres
pasar? —inquirí
ahogada.

—Me gustaría,
sí.

Tragué saliva y
dejé espacio para
que entrara en la
habitación
aprovechándome de
los segundos que
invertí en cerrar la
puerta para
recuperarme. No era
un buen momento
para que los
temblores afloraran,
por más nerviosa
que estuviera.

Si Enrico había
llegado hasta allí tan
solo para compartir
un instante conmigo,
quería poder
disfrutarlo en todo
su esplendor.

Le miré
cabizbaja. Él se
había detenido en el
centro sin saber muy
bien qué hacer,
como esperando a

que yo le diera permiso para moverse o tomar asiento.

No iba vestido como acostumbraba. Llevaba una sudadera gris de capucha, básica y sencilla, que perfilaba sus hombros y su cintura, y unos vaqueros negros un poco más ceñidos que los pantalones de pinzas que solía llevar. Viéndole de aquella manera casi me parecía un universitario recién salido del instituto y no un hombre al mando de una comisaría.

—Es la primera vez que te veo en ropa casual... —Se impuso mi sinceridad.

Enrico me echó un rápido vistazo y sonrió.

—Para mí es la segunda que te veo en pijama.

Me crucé de brazos súbitamente avergonzada. De pronto me sentí desnuda y esa reacción fue quizá lo que ensanchó la sonrisa del Materazzi.

—¿Prefieres el traje? —preguntó—. Puedo robarle uno a Valerio, si quieres. Tenemos casi la misma talla.

—¡Cállate! — exclamé en un susurro antes de frotarme la cara. Creía que el rubor iba a quemarme las mejillas—. Te queda bien... —Le miré por entre los dedos.

—A ti también.

—El insomnio te hace hablador.

—El insomnio no tiene nada que ver, créeme.

Cogí aire, traté de tragar saliva y me recompuse.

Ciertamente Enrico ya sabía que me moría de los nervios,

pero tampoco era bueno ser tan honesta.

—¿Te apetece algo de beber? — Fue lo único que se me ocurrió.

—Es una buena idea.

—Vuelvo enseguida.

Salí de la habitación como si alguien hubiera gritado que había fuego. Ni siquiera me molesté en calzarme, lo que me ocasionó algún que otro resbalón que pude solventar encaramándome a la barandilla.

Fue toda una proeza llegar a la cocina con todos los huesos en su sitio. Y entonces miré los armarios y el hervidor. Se trataba de no romper nada y preparar un té haciendo el menor ruido posible.

«Yo creo que tú puedes, Sarah», me

dije a mí misma.

Minutos

después, subía las escaleras, tazas en mano, con cuidado de no despeñarme. No solía ser torpe, pero tampoco me había encontrado nunca en situaciones como aquella. Así que podía decirse que era una desmañada ocasional y siempre por culpa del condenado Materazzi.

Me situé frente a la puerta. Daba un poco de vértigo saber que Enrico estaba allí dentro. Pero la timidez se equiparaba con las ganas.

Entré. No había rastro de él en la habitación, pero la puerta de la terraza estaba abierta. Conforme me acerqué, le vislumbré sentado en una de las butacas, observando

la ciudad, con las
manos entrelazadas
y una expresión
seria en el rostro.

Desde el primer
instante en que le vi
había sabido que
Enrico era un océano
insondable, incluso
para él mismo. Pero
justo en ese preciso
momento, deseé más
que nunca colarme
en su cabeza y
navegar por sus
pensamientos.

—Melisa y
pasiflora —dije
entregándole la taza.

Él la aceptó
sorprendido
mientras yo tomaba
asiento a su lado.

—¿Quieres
tumbarme?

—No creo que
sea para tanto. Mi
abuela solía dármele
y yo fingía que me
hacía efecto, pero lo
cierto era que me
pasaba la noche
contando las
estrellas
fluorescentes de mi
techo.

—Una niña rebelde, ¿eh?

Sonreímos. Otra de las cosas que me sorprendían de estar junto a Enrico era la facilidad con la que podía hablar de los pocos recuerdos bellos que tenía. En el pasado, los había enterrado con la intención de evitar el dolor que me causaban. Sin embargo, ahora podía mencionarlos casi con orgullo.

Nos miramos de reojo. Varias veces. Supuse que yo no era la única que no sabía cómo entablar una conversación natural sin que se impusieran las emociones. Pero pensar en ello era un poco arrogante, daba por hecho que mis sentimientos no eran unilaterales.

—Estás agotado —advertí.

—Llevo días sin conciliar el sueño —

se sinceró.

—¿Y no crees que sería adecuado descansar un poco? Así no ayudas a nadie.

En esa ocasión fue él quien me miró como si no existiera nada más alrededor.

—Es difícil dormir en la mansión —admitió para mi sorpresa—. Y durante el día tengo tanto que hacer que incluso lo olvido.

—Podrías ir a Frattina. Dices que allí no va nadie.

—Es una buena idea, pero prefiero invertir mi poco tiempo libre en otras cosas. —Alzó la taza antes de darle un sorbo.

Fue un gesto muy corto, pero me valió para entender que prefería compartir momentos con los suyos mientras pudiera a

dormir un par de horas.

Sin embargo, aunque Enrico parecía terriblemente cómodo allí sentado, percibía que había algo que no le dejaba del todo tranquilo. Conocía parte de sus cargas y era muy lógico que no pudiera desconectar, pero estaba segura de que no tenía nada que ver con todo aquello.

—¿En qué piensas? —pregunté.

—En el silencio. Es raro que Trevi esté tan tranquilo.

—Mentiroso. — Le di un codazo que le arrancó una sonrisa.

—¿Por qué crees que hay más?

—Intuición. — Me hice la interesante.

Por una milésima de segundo, Enrico y yo nos habíamos

convertido en dos
veinteañeros sin
presiones
disfrutando de la
compañía, de la
quietud de la noche,
las estrellas, ese
incesante resplandor
anaranjado que
emitía la ciudad.

Pero no era así.
No lo era por más
que ambos lo
deseáramos con
todas nuestras
fuerzas.

—Mañana
regresa Marzia —
masculló. Sus ojos
clavados en los
míos, rogándome
que no apartara la
mirada.

—Tu esposa...
¿Eso te preocupa?
—susurré.

—No. Ni
siquiera me importa.
Pero lo hará todo un
poco más
complicado.

«Porque la gente
espera verte junto a
ella», pensé
ahorrándome decirlo
en voz alta. Enrico

ya sabía eso, no necesitaba que yo lo mencionara. En cambio, sí precisaba de una palabra o un gesto que lo empujara a resistir.

Podía considerar aquello como una gran muestra de confianza, como una señal de consuelo, quizá convertirme en ese lugar en el que refugiarse siempre que lo necesitara. Pero yo no estaba segura de si podría serlo, de si mis sentimientos por él me lo permitirían.

Eché un rápido vistazo al anillo que llevaba en su dedo, el mismo que le ataba a esa mujer que no valoraba lo que tenía a su lado.

«Si al menos hubiera tenido la oportunidad...». No me permití terminar.

—Después de varios años casado, ya sabes cómo funciona. No tienes

por qué dejar que te
influya —le
aconsejé con
templanza.

—Y no lo hace,
o eso creía... Hasta
que apareciste tú.

Se me cortó el
aliento. Sé que él
percibió el
escalofrío que me
invadió porque
agachó la cabeza
como queriendo
darme un momento
para asimilar su
confesión. Pero lo
cierto era que no
sabía qué deducir de
ella. Hacerme
ilusiones con una
posible reciprocidad
podía empujarme
por un precipicio
demasiado oscuro y
peligroso.

Sin embargo,
Enrico no era de los
que dejaban entrever
las cosas. A él le
gustaba ser
contundente,
rotundo, sin lugar
para la duda. Así me
lo habían descrito y

eso mismo había podido deducir yo.

Por tanto, no había espacio para la especulación. No podía haberlo.

—Interpretar un papel no es tan sencillo como parece cuando la razón te empuja en otra dirección —se sinceró aún cabizbajo—.

Empieza a cansarme ser alguien que no soy.

—¿Y cómo eres?
—dije muy bajito, con el corazón en la garganta y el pulso disparado.

—Te miraría sin reservas —admitió sin titubeos antes de levantar la vista.

Un fuerte calor atravesó mi pecho y se instaló en mi vientre. La sombra de mis temblores comenzó a asomar en la punta de mis dedos, en la curva de mis labios, y no tardó en tomar el

control de mi
aliento.

Reconocía los
síntomas, sabía lo
que me esperaba y
no estaba preparada
para ello. Yo tan
solo quería
quedarme allí,
atrapada en aquellos
ojos azules, detener
el tiempo. Quizá dar
con el valor para
responder con la
misma sinceridad.

Comencé a
estrujarme los
dedos. Traté de
hacerlo con disimulo
mientras me
esforzaba por
encontrar algo que
decir. Creí que lo
conseguiría, que
soportaría el embate
de mis emociones y
hallaría la manera de
eternizar aquel
momento. Pero las
palabras no salieron.
Y el temblor crecía
incontrolable.

Entonces Enrico
levantó una mano.
Intuí que quería
acariciar mi mejilla,

pero esa caricia nunca llegó porque me entiesé, presa de mis heridas.

Aun así, Enrico no cambió de parecer y terminó apoyando la palma de su mano sobre las mías. El calor que emanaba enseguida me atravesó y cerré los ojos.

—He asumido que pueda ser un sentimiento unilateral. —Un comentario inesperado que debería haber sido mío.

Le miré de súbito.

—No quieras ser condescendiente conmigo —le reproché—. Ambos sabemos que no lo es, y tú ya te has dado cuenta.

Frunció los labios. Fue su forma de darme la razón y asegurarme que no era tan estúpido como para ignorar

las señales que sin querer iba dejándole por el camino.

—Quiero abrazarte... — susurró. Sus dedos entrelazándose con los míos. Me erizó la piel.

—Y yo quiero que lo hagas... —me sinceré aferrándome a aquel contacto.

De pronto, Enrico se puso en pie, entró en la habitación y regresó con la colcha de mi cama. Acercó su butaca a la mía y tomó asiento antes de extender la tela de modo que nuestros cuerpos quedaran cubiertos.

Tragué saliva al sentirle tan cerca, disfrutando de una intimidad tan delicada y dulce. Pero Enrico no se conformó con aquello. Había dicho que quería abrazarme y eso

haría, dado que yo le había dado permiso.

Alzó un brazo y me indicó en silencio que me acomodara en su pecho. Los nervios ya habían pasado a devorarme, pero por suerte no me impidieron moverme. Así que me acerqué lento y apoyé la cabeza sobre su hombro mientras su brazo me rodeaba hasta cobijarme por completo.

—¿Estás bien?
—dijo bajito.

Su aliento me acarició la frente, sentía sus labios muy cerca de mi piel. Cerré los ojos. Los latidos de su corazón tan acelerados como los míos. Su aroma impregnándose en mí, acariciándome. Era tan maravilloso que me costaba creer que estuviera ocurriendo.

—Sí... —
murmuré rodeando
su cintura—. Eres
cálido.

El contacto se
intensificó. Enrico
no quería dejar
espacio entre los
dos, me apegó a su
cuerpo todo lo que
nuestros asientos le
permitieron.

—¿Alguna vez
has visto el
amanecer romano?
—inquirió.

—No.

—¿Te gustaría
verlo conmigo?

—Me encantaría.

Capítulo · 29

Cristianno

Ese día amaneció lloviendo, y tenía tan poco sentido poner un pie en el suelo que dejé que el tiempo pasara sin mover un solo músculo. Al menos hasta que la lluvia cesó y me di cuenta de que no resistía estar más de un día sin hablar con mi padre.

Me incorporé, tomé una ducha y me vestí con lo primero que pillé antes de salir de mi habitación. Para entonces ya eran las nueve de la mañana y se oía un murmullo de voces provenientes del salón. Todo el mundo estaba funcionando.

Sin embargo, yo era el único que no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Mauro, trata de calmarte, por favor —sugirió mi hermano. Todavía escuchaba su voz un poco lejos.

—¿Que me calme? ¿Y cómo esperas que lo haga, Valerio? —Mi primo parecía nervioso y algo cabreado—. Se supone que estas cosas se hablan antes.

—Se hablaron.

—Pero nosotros no estuvimos presentes.

—Porque dos críos no podrían hacer mucho en una reunión de la cúpula tan decisiva —se quejó Valerio en un tono de voz más alto que el suyo habitual. Estaba muy frustrado.

—Dos críos... Vaya, primo, no sabía que podías ser tan gilipollas —gruñó Mauro.

Fruncí el ceño y me detuve un instante a recapitular. No sabía de qué estaban hablando, pero Mauro y Valerio no solían discutir por nimiedades. De hecho, apenas tenía recuerdos de algún enfrentamiento entre ambos. Por tanto, algo debía haber ocurrido si habían llegado a ese punto.

Sentí una fuerte presión en la cabeza. Algo de mí ya se estaba preparando para lo que venía. No tenía por qué ser nefasto, pero las noticias más desagradables no siempre llegan con euforia. Algunas se arremolinan en la calma, acechantes, aguardando el momento de mayor vulnerabilidad.

Aquel era un buen ejemplo. Supe que el tiempo que yo había pasado lamentándome en mi habitación, otros lo habían invertido en tomar decisiones que escapaban a mi control e incluso conocimiento.

Entonces escuché la voz de mi padre. No estaba en casa, provenía de la televisión y mencionó palabras de disculpas que se solapaban a las impresiones de la reportera que estaba contando la noticia. Al parecer, la rueda de prensa había terminado recientemente, causando un desconcierto muy positivo en la misma gente que el día anterior no había dejado de criticarnos por mi conducta.

No fui consciente de que había comenzado a moverme hasta que vi el primer plano de mi padre en pantalla junto a un rotulo que rezaba: «Comisario general, Silvano Gabbana: “Honestamente, pido disculpas”».

Contuve el aliento. Pronto se me taponaron los oídos, solo fui capaz de escuchar el drástico cambio de mi respiración. La ira se tornó pegajosa, sentía como se derramaba por mis extremidades.

—Escúchame, Mauro. —Valerio trató de calmarse y apelar al razonamiento—. El equipo de asesores aconsejó a papá que esta alternativa era la mejor para calmar la situación. Sabes perfectamente que lo peor que puede pasarnos es que el humo se convierta en fuego.

Fue justo en ese instante cuando me di cuenta de que Sarah también estaba allí, sentada en el último rincón del sofá, de brazos cruzados y cabizbaja.

Mauro negó con la cabeza y resopló una sonrisa frustrada.

—Lo que tú entiendes por extinción, yo lo entiendo como humillación, y Cristianno estará de acuerdo conmigo en cuanto se entere de toda esta mierda.

—Y tanto que lo estoy —dije de súbito, asombrado a los tres—. Cómo no iba a estarlo.

Terminé de entrar en el salón sin quitarle ojo a la pantalla. De soslayo pude ver que Sarah se levantó como un resorte y que Valerio puso los brazos en jarras seguro de que mi interrupción complicaba el

enfrentamiento. Supuse que en el fondo esperaba poder ahorrarse contarme qué coño pasaba antes de que papá regresara.

Mauro, en cambio, sintió alivio y supe bien por qué. Era el único que se había opuesto firmemente a la decisión de su tío, así que de algún modo mi intervención le alentaba, porque confirmaba que no estaba tan equivocado como Valerio quería hacerle ver.

—Lo que no termino de comprender es por qué mi padre está pidiendo disculpas por algo que solo me corresponde a mí —mascullé clavando los ojos en mi hermano.

Valerio tragó saliva. Odiaba discutir. Detestaba cualquier situación que le expusiera a enfrentarse con alguien. Él defendía el diálogo, por mucho que hubiera nacido en un mundo en que la palabra no siempre funcionaba.

Así que su templanza al responderme no me extrañó en absoluto, como tampoco lo hizo el suspiro que liberó.

—Eres quien eres. Cualquiera de tus reacciones afecta directamente a la familia, Cristianno. Papá solo intenta protegerte.

De eso no me cabía la menor duda. Pero Silvano Gabbana no era el único que podía tomar decisiones.

—Entonces, estarás de acuerdo conmigo en que, si tengo la suficiente influencia para desestabilizar la armonía de esta familia, debería estar presente en cada una de las medidas que se tomen al respecto, ¿no?

—¿Acaso estabas receptivo ayer? —Me desafió.

—No, pero fíjate que ahora sí.

A Valerio no le gustó la inclinación que estaba tomando la conversación, principalmente porque supo que esta ya había terminado. Allí ya no había nada que decir, él no podría responder a todas las preguntas que retumbaban en mi cabeza.

—Mauro. —Le eché un rápido vistazo y señalé la puerta.

Respondió de inmediato. Decirle qué me proponía era innecesario, ambos lo sabíamos bien. Pero, al parecer, nosotros no fuimos los únicos en darnos cuenta. Sarah se lanzó a por mí y me cogió por los hombros. Tenía una expresión triste y tensa.

—Cristianno, por favor. Piensa bien lo que haces, cariño —dijo bajito.

En la intimidad de su pensamiento, seguramente imaginó que armaría un escándalo del que luego me arrepentiría. Pero la realidad se alejaba

bastante. Yo solo quería respuestas y había llegado el momento de exigir las.

—Creo que lo que voy a hacer hoy es lo más coherente que he hecho en las últimas semanas.

Mi hermano no quiso ni mirarme cuando salí de allí y me subí al ascensor. Pero que lo hubiera hecho tampoco habría cambiado nada.

De poco servía lo bien que se viera venir el desastre. Ni siquiera mi romance con Kathia podía considerarse prioritario, nosotros no éramos más que daños colaterales.

Sin embargo, ahí estaba la culpa y mi terrible insistencia, que se extendía hasta Kathia, en que de alguna manera nosotros habíamos sido los culpables de todo. Y no era cierto. Pero nadie me lo decía. Nadie me miraba a los ojos y me contaba qué demonios estaba pasando y por qué estaba tan convencido de que todo se iría a la mierda en cualquier momento.

—¿Lo sabías? —le inquirí a Mauro cuando arranqué el coche.

Escogimos un turismo sencillo con los cristales tintados para no levantar sospechas al abandonar el edificio. Las cámaras de seguridad de la cabina registraron la presencia de algunos reporteros instalados frente a la entrada principal.

—Les vi largarse —me dijo Mauro—. Pero el equipo se reúne cada semana, así que no imaginé lo que se estaría comentando.

Mi padre trabajaba con un gran equipo de asesores que gestionaba nuestros bienes, nos aconsejaban en relación a los actos públicos y nos representaba legalmente. Mauro llevaba razón en cuanto a la normalidad que suscitaba la visita del grupo.

—Deberías haberme avisado —resoplé saliendo del garaje. Pude escabullirme sin llamar la atención.

—No creo que estuvieras en condiciones.

Bastó aquella confesión para advertirme que ya sabía que había hablado con Kathia. Pero Mauro no indagó. Sabía que lo último que necesitaba en un momento como ese era pensar en ella. Por su bien, tenía que mantenerme cuerdo para afrontar lo que sea que me deparara aquella conversación.

Entramos en la comisaría central por la parte de atrás al detectar que el vestíbulo principal estaba atestado de periodistas. Apenas nos cruzamos

con un par de agentes y ni siquiera se atrevieron a saludarnos.

Mauro caminaba a mi lado, mantenía mi ritmo. Para él era tan trascendental como para mí. El asedio nos afectaba a los dos, habíamos perdido lo mismo. Así que lucharía por las respuestas a las preguntas que ambos tuviéramos.

De pronto, lo vi. Al final de aquel pasillo. Apenas terminábamos de subir las escaleras que una enorme comitiva abandonaba la sala de reuniones encabezada por Enrico, Thiago y mi padre.

—¿Estás preparado para lo que sea que vayan a decirnos? —preguntó Mauro, inquieto.

—No lo sabremos hasta que hablen, compañero. —Mantuve la calma, pero lo cierto fue que una parte de mí quería huir de allí.

Me encaminé al despacho de mi padre pasando de largo ante la comitiva.

—Buenos días, señor comisario —dije cruzando una corta mirada con él.

Por el modo en que respondió al contacto, ya sabía lo que le deparaba mi visita.

Tomé asiento frente al escritorio mientras él se despedía de sus hombres. Mauro escogió permanecer un poco más alejado, al igual que Thiago en cuanto entró. Enrico tomó asiento a mi lado y mi padre ocupó el lugar que le correspondía. Fue una coreografía a la que no hubiera prestado atención si no hubiera sido por la extraordinaria energía tácita que fluyó entre nosotros.

—¿Tan urgente es que no has podido esperar a que llegue a casa? —preguntó mi padre mirando de reojo que Thiago verificaba su teléfono móvil.

—Dímelo tú. —Torcí el gesto—. Apenas son las diez de la mañana y tu rostro ocupa todas las cadenas de televisión. Debe de ser importante si has decidido dar un discurso de buena mañana.

—Inhibidores activados, jefe —intervino el segundo de Enrico, detalle que me extrañó teniendo en cuenta que estábamos en el lugar más condenadamente seguro de toda Roma.

—Entenderás, entonces, la poca paciencia que tengo ahora para escuchar tus ironías —continuó mi padre.

—Bueno, no soy yo quien tiene que dar explicaciones y estamos de suerte, porque había pensado dejar que vosotros marquéis el ritmo. —Les señalé con una espléndida sonrisa en la boca. Estaba tan cabreado que no di crédito—. Así que de ti depende cuán irónico pueda llegar a ser, papá.

—Cuidado, Cristianno —me advirtió.

En efecto, estaba siendo muy irrespetuoso y yo casi nunca le había faltado el respeto a mi padre. Las ocasiones en las que había sucedido, o bien no sabía lo que hacía o quizá pagaba con él mis tontas frustraciones. Pero, en ese momento, y dejando a un lado si era justo o no, me apetecía actuar así.

—No justificaré mi comportamiento de ayer. Es lo primero que pensaba decirte —admití—. Pero por entonces no esperaba verte humillarte ante cientos de miles de espectadores por algo que ni siquiera tú has hecho.

Me ardía en la conciencia. Tanto que apenas podía respirar con normalidad.

—Eres mi hijo. De humillación nada —dijo con aplomo y yo no pude soportarlo.

Golpeé la mesa y me puse en pie, irascible. Sentí unas ganas locas de gritarle.

—Me siento asqueado. Estoy cansado de estar dentro y sentirme más fuera que nunca. Esperando a que decidáis por mí, a saber el cuándo, el cómo, el dónde —mascullé señalándoles, irritado con que estuvieran manteniendo la calma cuando yo era un manojo de nervios—. Pensando que estoy rodeado de verdades que nadie me quiere contar. Porque existen, papá. —Apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia él—. Porque es imposible que todo esto escape a tu control. Porque, por más que insistas en decirme que son meras suposiciones, que necesitas pruebas fehacientes, que estás esperando a que tus colegas de Barcelona desvelen lo que hay en ese puto *pendrive*, sé que sabes mucho más. ¡Lo sabes todo y no actúas! —exclamé ansioso—. ¡Y empiezo a suponer que, aunque cuentas con todas las malditas herramientas para vencer esta mierda, estás más cerca que nunca de convertirte en un cobarde!

Ni siquiera tuve tiempo de asimilar la mierda que había confesado. Mi padre se levantó de un saltó y me estampó un guantazo que me giró la

cara, y con ese golpe supe que la había cagado de nuevo. Que había convertido en antagonista a la persona que menos lo era.

—Este cobarde sigue siendo tu padre. ¡Tu jefe! —gritó mientras mis ojos se empeñaban por unas lágrimas que no saldrían.

Había iniciado mal la conversación, pero aun cuando tuve la oportunidad de encauzarla, me equivoqué al insistir en obedecer mis impulsos; ellos estaban tan infestados como yo, no razonarían como necesitaba.

De pronto, mi padre me cogió del cuello de la chaqueta y me empujó hacia la puerta. La abrió y me indicó con un gesto de cabeza que abandonara el lugar. Sin embargo, no pude moverme. Lo único en lo que podía pensar era en lanzarme a sus brazos y quedarme allí hasta que todo pasara.

«Resulta que ahora soy más niño que nunca».

—Fabio decía que tocar fondo no era tan malo —murmuré sin control, cabizbajo y un poco tembloroso—. Creía que le servía para tomar impulso hacia arriba. Así que, de alguna manera, hacerlo es una buena señal. —Levanté la cabeza y clavé mis ojos húmedos en los suyos desconsolados—. ¿Tú crees que llevaba razón, papá? ¿Crees que he tocado fondo? —Se me rompió la voz y apreté los labios al sentir que la mano de mi padre se apoyaba en mi cuello.

—Todos lo hemos hecho, hijo.

No fue necesaria la disculpa. Aquello bastó para que ambos entendiéramos que había llegado el momento que lo cambiaría todo. Mi padre supo que yo no tendría tiempo de prepararme y debería aprender a soportarlo por el camino; y yo supe que ya no había vuelta atrás, que nada volvería a ser lo mismo que antes.

—¿De cuánto tiempo podemos disponer, Thiago? —quiso saber mi padre.

—Deberíamos abreviar. Quince minutos como máximo es lo más adecuado.

—Pues este es un buen momento para ser resolutivo, ¿no crees, Enrico?

Silvano regresó a su lugar mientras mi hermano postizo se preparaba para hablar.

—Será mejor que te sientes, Cristianno —me dijo.

Tuve un escalofrío.

Capítulo · 30

Kathia

Me desperté en mi cama. Al principio me extrañó bastante ya que el último recuerdo que tenía era viendo una película. Pero al parecer siquiera había sido capaz de terminar el primer acto.

«Sandro debe estar odiándome en este momento», pensé incorporándome lentamente.

Me quedé pasmada mirando el exterior. Los cristales estaban salpicados de gotas de agua y las palmeras que había en el jardín se agitaban por el viento mientras de fondo se advertía un mar embravecido. Pero ya no llovía, aquellos debían ser los restos de una madrugada inestable.

Alguien llamó a la puerta. Segundos después, Totti entraba arrastrando un carrito en el que había dispuesto el desayuno. Normalmente era Sibila quien hacía esa labor para asegurarse de que al menos tomara un café caliente; me mostraba una sonrisa tan maravillosa que me era imposible negarle nada.

En cambio, Roberto ni siquiera me dio los buenos días. Arrastró el carrito hacia el rincón de los ventanales, dispuso el desayuno en la mesita que había entre los sillones y tomó asiento más tenso que de costumbre.

Le inspeccioné un momento. Tenía el cabello húmedo en señal de haber tomado una ducha. No vestía como lo había hecho días anteriores, con vaqueros y sudaderas, sino que había optado por un atuendo formal, además de recoger su cabello en una acicalada coleta.

En realidad, no debería ni haber estado despierto. Le había tocado turno de noche, así que su presencia allí añadía desconcierto.

—Deja de mirarme y ven a desayunar —protestó antes de llevarse su taza a la boca.

Obedecí y me acomodé frente a él. Roberto provocaba un extraño efecto. Sin abandonar su actitud intimidante bajo un aspecto rudo, era capaz de suscitar una curiosa sensación de armonía. Él no era de los cariñosos, pero gestos como servir un simple café o untar mantequilla en una tostada simbolizaban incluso más que un abrazo o una palabra tierna.

—Sibila... ¿Está bien? —pregunté.

—Sí, no te preocupes. Le he dicho que quería tener un momento contigo. —El comentario me asombró—. Ahora, come —añadió colocando la tostada en mi plato.

De pronto, el corto espacio que nos separaba se enrareció. Totti podía ser todo lo serio que quisiera, pero esa mañana estaba especialmente ceñudo. Deduje que iba a darme una noticia importante.

—Di lo que sea, Roberto —le pedí terminando de mascar.

Él se tomó su tiempo en analizarme antes de coger aire y mirar por los ventanales.

—Solo quiero que sepas que voy a estar a tu lado todo el tiempo. —Entrecerré los ojos—. Que, si en algún momento sientes que ya no puedes soportarlo, los echaré a todos, aunque me cueste el trabajo, ¿me has oído?

Me clavó una mirada grave.

—Alto y claro, pero ¿por qué dices eso? —hablé bajito, como si fuera un secreto.

—Tu madre viene de camino, con una comitiva de prensa. Dejaré el resto a la imaginación.

Se me cortó el aliento. No hizo falta que imaginara nada, bruscamente comprendí que la vileza se adaptaba a cualquier circunstancia. Mis padres sabían que los Gabbana estaban en un momento de vulnerabilidad y querían aprovecharlo al máximo.

—Hay más...

—Suéltalo —mascullé.

—Silvano ha dado un discurso de disculpa hace unos minutos. —Cerré los ojos un tanto abatida.

—Ahora tiene incluso más sentido —admití.

Un par de horas más tarde, volví a mirar a Totti. A diferencia de mí, él sabía controlar cualquiera de sus emociones, así que por mucho que estuviera furioso, nadie se daría cuenta. Táctica que sus hombres supieron adoptar con bastante destreza. Excepto Sandro. Era el más alejado del

grupo y podía detectarse su irritación con solo echarle un rápido vistazo. Y es que la situación era de los más inverosímil.

Por un lado, estaba mi madre, confeccionando una entrevista surrealista e idílica junto a dos periodistas.

Y por otro, estaba yo, sentada en un sillón en mitad del estudio que se había improvisado en el salón. Engalanada en un vestido de firma, joyas exuberantes y kilos de maquillaje, posando como si fuera una muñeca de porcelana absolutamente perfecta. Cuatro estilistas a mi lado, seis focos rodeándome y un fotógrafo demasiado pendiente de mis piernas.

—Levanta la barbilla, Kathia, queremos que parezcas arrogante sin resultar una tirana. —Pero como una de las estilistas supo que no lo haría, ella misma se encargó de tirar de mi cabeza—. Eso es. Mantén la postura. Ah, impecable. Dadle un poco más de luz a los pómulos. Quiero que brille.

—Si quiere, puedo prender fuego a la casa. Yo creo que con eso tendría suficiente brillo —ironicé provocando una enorme carcajada en Sandro que a mi madre no le sentó nada bien. La exasperación que crecía incontrolable a cada segundo.

Eché un rápido vistazo a Totti. Él pestañeó lento queriendo transmitirme calma, pero lamentablemente para ambos no lo consiguió.

«Lo haces por él y su familia», me insistí con un mantra que yo misma me había impuesto. Nadie me había insinuado nada, pero sentía a la perfección la amenaza flotando en el ambiente.

—La siguiente pregunta debería exponer su incorporación al colegio —mencionó uno de los periodistas—. La gente se preguntará por qué una cría de diecisiete años toma una excedencia recién trasladada a Roma e inevitablemente la mezclará con la tensión que se respira en la ciudad.

La entrevista había pasado por varias fases, desvelándome información que yo desconocía. Aunque fuera la protagonista, un ciudadano de a pie sabía más de mis movimientos que yo misma, como por ejemplo que mi ausencia en clase se debía a un constipado o que vestiría un diseño único de Dior para el estreno de una ópera.

Los Carusso había ideado una agenda perfecta en la que mi asistencia junto a Valentino haría las delicias de más de uno y en la que se incluía una ceremonia de compromiso.

—Quiero dedicarme por completo a esta etapa de mi vida —aventuró mi madre llevándose un dedo a los labios.

«Ten cuidado al pensar demasiado, no vaya a explotarte el cerebro, maldita zorra». Aparté la vista, tentada con decirlo en voz alta.

—Suenan genial, señora, pero necesitamos más carnaza.

Y la tentación finalmente venció.

—Entonces, deberías escribir que no me queda más alternativa que aceptar las decisiones de dos desquiciados si respeto la integridad de mi novio. —Todos los presentes me observaron como si se hubiera aparecido un fantasma. Algunos incluso abrieron la boca de puro asombro—. Más que carnaza, eso se convertiría en un enorme bufé libre. ¿No estás de acuerdo, querida madre?

Pero doña Olimpia di Castro sabía muy bien mantener el tipo. Simplemente alzó las cejas, cogió aire y devolvió su atención a un par de reporteros todavía estupefactos con mi reacción.

—Haz hincapié en la relación que mantiene con Valentino, explica que ambos llevan años esperando el momento de estar juntos y compartir una vida —expuso sin miramientos—. La precipitación no es más que la señal de un sentimiento honesto e inquebrantable. Y comenta también que ansía disfrutar de este momento, que su vida estudiantil no se verá afectada porque tomará alternativas igual de competentes.

Aquellas palabras darían forma a la portada de la mejor revista del país, y al día siguiente todo el mundo podría acceder a diez páginas de entrevista en la que se leerían cosas que yo no había dicho y, mucho menos, sentía. Ese era el poder que ostentaba un Carusso, capaz de paralizar y retrasar la tirada mensual de una redacción, con tal de lograr el propósito de herir hasta no dejar ni los huesos. Poco importaban las pérdidas, ya se solventarían con un soborno.

—Hermoso, Olimpia. Se volverán locos —dijo el reportero mientras escribía enloquecido.

El maldito ruidito de las teclas del portátil por poco me hace levantarme y estrellar el aparato contra la pared.

—Dime, mamá. —Le clavé una dura mirada—. ¿Siempre fuiste tan buena mintiendo o lo has ido perfeccionando con el tiempo?

Ella sonrió.

—Es curioso, me han llamado mentirosa más veces en esta semana que en toda una vida.

—Eso es porque te has rodeado de muchos lameculos. —Me levanté del sillón sorteando los cables y demás instrumentos—. Hemos terminado. Si me disculpan.

Dejé tras de mí un barullo desconcertado. El fotógrafo consideraba que no tenía material suficiente, que todavía faltaba un cambio de vestuario para las imágenes de exterior. Sus asistentes, en cambio, estaban más centradas en el atuendo y en su valor.

«Ni que fuera a robarlo», pensé encerrándome en la habitación.

Traté de coger aire y cerré los ojos. No tardé en ver su rostro. Lo único en lo que podía pensar era en Cristianno y en su reacción cuando me viera en una maldita revista. La enorme soledad y confusión que sentiría, lo poco que podría hacer yo para evitarlo.

Urgida por una oleada de furia, me quité las pulseras de brillantes y las estrellé contra la pared. Probablemente se hicieron añicos, no lo sabía porque no bastaba, y enseguida cogí un jarrón de flores que había sobre la cómoda y lo lancé en la misma dirección.

Quería gritar y perder la cabeza. Saltar las vallas que guardaban aquella casa y correr a Roma, descalza si hacía falta. Me había convertido en cómplice de herir a Cristianno y, aunque había soportado bien la carga de mis decisiones hasta el momento, las lamenté más que nunca.

«Ahora estarías lamentando mucho más», me recliné.

Apreté los ojos y me llevé las manos a la cabeza. Necesitaba respirar, tenía que controlarme. Tal vez un baño me aliviaría. Cristianno entendería, ¿cierto? Sabría que él hubiera hecho lo mismo de estar en mi lugar, que nuestros sentimientos estaban muy por encima de las maldades de la gente. Que amarnos no era un mero capricho.

Pero apenas tendría tiempo de carcomerme con ello. De pronto, escuché la puerta. Ni siquiera me molesté en ver quién era. Simplemente apreté los dientes y detesté el aroma a perfume que inundó la habitación.

—Kathia, hija mía, ¿sabes lo que hiciste cuando me miraste por primera vez? —parloteó Olimpia agitando los cubitos de hielo que había en su vaso. Al parecer se había servido una copa antes de entrar—. Alzaste tu diminuta mano, la colocaste en mis labios y sonreíste. Fue un momento tan maravilloso.

—Lárgate de aquí —gruñí, pero ella insistió en continuar.

—Recuerdo que Angelo tenía miedo de no poder escucharte. Apenas hablabas. Eras tan tímida, tan fácil de controlar. —Su maldita voz llenando cada rincón, poniendo a prueba mis nervios, empujándome a un límite tan desagradable como insoportable—. Con el tiempo, ha resultado ser lo contrario. Has heredado la osadía de tu padre.

Me mordí el labio de pura rabia y la encaré con los brazos cruzados y acumulando la suficiente energía como para lanzarme a ella. Mi propia madre, la misma capaz de vender a su hija.

—Tienes un concepto muy raro de lo que es la osadía—mascullé.

Un inquisidor como Angelo Carusso jamás podría ser descrito como alguien con agallas.

Mi madre se atusó el cabello, colocándoselo a un lado, y después se acercó el vaso a los labios para darle un sorbo. No apartó sus ojos de los míos. Me observó inescrutable, maliciosa. No conocía a esa mujer.

—Te equivocas —sonrió—. Demostró ser tan osado que incluso le ha costado la vida.

Tuve un intenso escalofrío y fruncí el ceño.

—¿De qué coño estás hablando? —jadeé.

Aprovechó esos segundos de confusión para acariciarme la mandíbula. Mostró supremacía. Ella ya sabía que la conversación me destruiría y no le importaba. Tan solo quería centrarse en el deleite que le producía el desastre.

—Llevo años pensando en este momento. Créeme, Angelo se pondrá furioso cuando sepa que lo he adelantado —comentó petulante mientras tomaba asiento en el lugar que Totti había ocupado horas antes—. Es nuestro regalo de bodas, ¿sabes?

—Llámale. Dile que venga —ironicé bajo su atenta mirada—. Supongo que, si has sido capaz de esperar tanto tiempo, no te importará hacerlo unos minutos más.

—Me gusta mucho eso de ti. —Se cruzó de piernas—. Que estés asustada y aun así trates de mantener la calma. Dime, Kathia, ¿quién te da la fuerza?

—Cristianno Gabbana. —Fui rotunda, decisiva. Y a ella le hizo mucha gracia, tanta que estalló a reír.

—¡Ah, el amor! Conozco esa emoción mejor de lo que imaginas.

—Estás podrida —mascullé dispuesta a irme de la habitación.

—Dime, ¿te lo has tirado?

Mi mano se quedó suspendida a unos centímetros del pomo de la puerta al tiempo que una oleada de incredulidad me azotaba con virulencia. Miré a mi madre de reojo, ella no había cambiado de postura, no había disimulado aquella sonrisa pérfida. Tan solo esperaba paciente la respuesta a su pregunta.

No, paciente, no. Expectante.

—Siempre he creído que eres de lo más cínica y maliciosa. Pero nunca imaginé que pudieras superarte a ti misma. —Me costó hablar sin que se me quebrara la voz.

—Has conseguido lo que muchas ansiábamos —contraatacó—. Meterte en la cama de un Gabbana es mucho más complejo de lo que parece, pero tú no solo lo has conseguido, sino que además lo tienes bien amarrado.

«Lárgate de aquí, Kathia, antes de que sea demasiado tarde», me dije. Di un paso hacia la puerta, pero no tuve valor de apartar la vista de esa mujer. Las piernas me pesaban horrores, un extraño temblor se me había instalado en el vientre. Era como si mi cuerpo estuviera a años luz de mi mente, sintiendo cosas muy diferentes de lo que incitaba la situación. Una especie de augurio de lo que estaba por venir.

Ni siquiera había reparado en que mi madre había entrado con su bolso de mano. Lo abrió, cogió un cigarrillo y lo prendió saboreando en exceso la primera calada.

—Follarse a un Gabbana es algo extraordinario, ¿verdad? —dijo soltando el humo, se arremolinó a su alrededor dándole un aspecto casi fantasmal—. Sientes una plenitud absoluta entrando y saliendo de tu interior, un calor absorbiendo cada parte de tu cuerpo. Te invade una sensación única. —Se puso en pie—. Por un instante crees que eres la única mujer a la que podrá amar. Él lo hizo tan bien que a día de hoy todavía soy capaz de sentirlo dentro de mí.

Tragué saliva. El suelo parecía oscilar bajo mis pies.

—¿De qué va todo esto? —balbucí—. ¿Te has montado una especie de fantasía sexual con algún Gabbana o acaso tu esposo no te complace? ¡¿Qué mierda me estás contando, eh?!

—Venganza, Kathia —gruñó ella, entre dientes—. Él me robó lo más preciado para una mujer y yo se lo devolví robándole lo que más amaba.

—¿De qué hablas?! —chillé.

El histerismo hizo su presencia. Se apoderó de mí con una violencia arrebatadora. Necesitaba salir de allí y respirar un poco de aire fresco. Seguía sin entender absolutamente nada. Pero, aunque suponía que podía ser decisivo, no quería escuchar. No soportaba la idea de estar un minuto más encerrada con aquella maldita mujer.

Así que giré el pomo y tiré de él. Por un instante, vi el pasillo y creí que podría recorrerlo sin interrupciones. Pero mi madre cerró la puerta.

—Es tu primo —me susurró al oído.

Y entonces una corriente fría y punzante me atravesó el vientre como si fuera una puñalada. Todo mi cuerpo trepidó con furia, desatando un torrente enfurecido de inquietud que irrumpió en mi mente dándole forma a pensamientos que no eran míos. Como si de pronto se me hubiera dado la capacidad de viajar al pasado y ver cada detalle de la vida de otros.

Imaginé a Fabio con Olimpia, besándose al refugio de la oscuridad. Imaginé a Olimpia con Angelo, quizá consolándose y soñando con alcanzar algo que no les pertenecía. Y a Angelo tratando de gestionar el rencor, canalizándolo para que fuera algo más que la rabieta de un joven adulto.

La gesta de un odio que no alcanzaría su mayor esplendor hasta ese preciso momento, en el que yo no sabía si sería capaz de continuar en pie. En el que mirar a mi madre ya no era tan fácil como debía haber sido.

Había vivido una vida que no era mía, con un nombre que no me pertenecía y tenía un propósito. Ser la herramienta de una venganza perfectamente confeccionada, que escapaba a razones o pretensiones. Que no valoraba honores.

Una carcajada. Empezó como una sonrisa tonta, un poco nerviosa. Pero lentamente creció hasta convertirse en un incómodo estruendo.

Pestañee un par de veces para volver a la realidad en la que la mujer que había creído mi madre estaba disfrutando de mi decadencia. Y una pregunta en el aire, ¿de verdad era cierto que Fabio era mi padre?

Miré a Olimpia. No me salían las palabras. No sabía qué decir en realidad, por mucho que mi mente estuviera gritando cientos de cosas.

—Tengo que admitir que cuando Angelo y yo lo decidimos, pensamos que nos costaría mucho contener a Fabio —comentó con total normalidad—. Pero es evidente que lo conseguimos, ¿no? —Sonrió de nuevo y se

acercó a mí para retocarme el cabello—. De tu madre sé poco, la verdad. Puede incluso que esté muerta, quién sabe.

Comencé a temblar con tanta rudeza que creí que me desplomaría. Sin embargo, empecé a llorar. No fue un llanto constante, sino más bien lágrimas ardientes atravesando mis mejillas. Olimpia se encargó de borrar algunas de ellas frunciendo los labios y murmurando palabrería de consuelo que no entendí.

Pero me daba igual que estuviera viéndome llorar. Yo solo podía pensar en el calor de los brazos de Cristianno. En que, si corría hacia ellos, podría escapar de toda aquella locura.

Entonces, regresé al instante en que Fabio liberaba su último aliento. Mirándome a los ojos. Aferrándose a mi mano. Dándome un perdón que no comprendí en su momento. La partida de nacimiento que habitaba en el *pendrive* que me entregó era mía. Yo era ese niño que murió minutos después de nacer, para resucitar en el seno de los Carusso como una venganza pasional que solo buscaba herir hasta la muerte.

Y lo habían conseguido. Porque ahora mi padre estaba muerto.

—Dime, pequeña Gabbana —parloteó Olimpia—, ¿volverás a meterlo entre tus piernas, ah? ¿Le permitirás que te toque sabiendo que es tu primo?

La rabia se arremolinó en mi garganta.

—Eres una hija de puta —sollocé.

—Cierto. Pero no es mi culpa. Fabio dio forma a esta mujer, me convirtió en lo que soy. —Y realmente lo creía, creía que tanto mal tenía justificación. De pronto me abrazó—. Si él no me hubiera utilizado esa noche, tú hoy no serías mi venganza. Así que no cargues contra mí, lleva tus quejas al panteón Gabbana.

Apenas hallé fuerzas para empujarla. La inercia me hizo dar un traspié. Me beneficié de él aferrándome al pomo de la puerta. Para cuando la abrí, ya sabía que estaba atrapada, que Enrico se había equivocado al decirme que pronto acabaría todo. Aquello no tenía final porque yo era el principal problema.

Salí de la habitación dando tumbos. En realidad, siquiera era consciente de que estaba caminando, simplemente obedecía lo que me ordenaba el temblor de mis piernas.

Logré llegar al salón. Totti fue el primero en advertirme y me alegró porque si iba a desmayarme me tranquilizaba el hecho de hacerlo en sus brazos.

Poco a poco, sentí como se me aflojaba el cuerpo. Empezó con un tirón en los hombros que me atravesó la espalda. Segundos después, cerré los ojos y me abandoné a la suerte.

—¡Kathia! —Apenas tuve tiempo de escuchar el reclamo de Totti antes de caer.

Capítulo · 31

Cristianno

Quince minutos dieron para mucho. Variaron tanto la percepción que tenía del problema que lo anterior casi parecía un juego de niños.

Cuando llegué a la comisaría esperaba cualquier cosa, pero jamás intuí que el estupor más ácido cobraría forma. Cada una de las palabras que se habían dicho quedaron grabadas en mi memoria. Se repetían una y otra vez, incluso cuando encontré el valor para ponerme en pie y salir de allí.

Lo hice agotado, abatido, e imagino que probablemente me hablaron, pero mi conciencia se cerró como una puerta hermética. No quería escuchar más, no cambiaría nada. Porque ya lo sabía todo. Y era demasiado.

Me había creído preparado. Me había supuesto lo suficientemente capaz para soportar lo que fuera. Pero el asunto no iba de inteligencia o madurez. Nada tenía que ver con la resistencia emocional. Era asumir que existían personas capaces de herir como salvajes por un simple asunto del corazón. Y para eso, uno no nace preparado, porque pocos imaginan tal paciencia ante el desastre.

Los Carusso habían demostrado ser maestros del mal, y solo había una manera de combatir contra ellos; estar igual de corrompidos. No sabía si nosotros alcanzaríamos ese grado, por mucho que existiera un plan y todo estuviera preparado.

No supe adónde había ido a parar hasta que prendí los focos violetas de la pista central de Eternia. No era el mejor lugar para recapacitar, pero cuando conecté los altavoces y dejé que la música fluyera comprendí que algo de mí necesitaba con urgencia acallar mis pensamientos.

Me serví una copa de lo primero que pillé y le di un trago. No me gustaba beber en caliente, pero su influencia subía mucho más sin hielo, así que repetí la maniobra hasta que me ardió la garganta.

Después, apoyé los codos en la barra y observé la pista. Las luces se movían de un lado a otro, dando la impresión de estar bajo una noche relampagueante. Mientras, la música sonaba. Un compás suave y contundente, invitaba a imaginar, incluso cuando no quería hacerlo. Entonces la vi, a ella, en medio de aquel lugar, con el mismo vestido que había llevado semana atrás.

Nos miramos y comenzó a moverse al ritmo, oscilando de un lado a otro con una cadencia que pronto me embrujó.

Aquella era mi íntima versión de Kathia que no corría peligro, que nadie acechaba y que era perfectamente alcanzable a mis caricias. Una Kathia que tan solo disfrutaba como una mujer libre, centrada en sus deseos y aspiraciones, compartiendo conmigo una relación honesta y leal, sin la muerte desafiando constantemente.

Una versión que no existía, porque Kathia había nacido para ser una mera herramienta con la que los Carusso destrozarían todo a su paso. El final para ella ya estaba diseñado.

—Me ha costado encontrarte —dijo Mauro, apareciendo de pronto.

Había estado tan centrado en aquel espejismo de Kathia que ni siquiera le escuché entrar. Cogió un vaso, se sirvió lo mismo que yo y le dio un trago antes de apoyarse a mi lado de espaldas a la pista.

—Mi intención no era esconderme —admití.

—Lo sé.

Le miré de reojo. Mauro no era de los que se impresionaban con facilidad y, sin embargo, allí estaba, sin saber muy bien qué hacer o decir. Aturdido con el peso de la realidad. Consciente de que, a partir de ese momento, cualquier cosa que hiciéramos nos podría enviar a la morgue. Esa vez, de verdad.

—Es difícil de asimilar, ¿eh? —aventuró sonriendo con tristeza.

—Tal vez lo hagamos, pero no creo que ese día esté cerca.

—Han dicho que hay más, que existe la posibilidad de toparnos con información nueva. ¿Te haces una idea de lo que supone?

No. No podía imaginarlo. Pero teniendo en cuenta la trascendencia de lo que ya sabíamos, esperaba cualquier cosa.

—Tanto poder al alcance de nuestras manos y no podemos hacer nada. Nada. ¿De qué sirve, entonces?

Una súbita ira me abordó y me llevó a lanzar el vaso. Se hizo añicos en el suelo a unos metros de nosotros. Tuve tiempo de verlo antes de que una densa neblina me empañara la vista.

—Cristianno... —Mauro intentó cogerme del brazo, pero lo esquivé porque no creí que pudiera hacer nada por ahorrarme aquel momento.

De hecho, no me sentía tan frágil hasta que él apareció. Y sabía a qué se debía, Mauro lograba tocar hasta el último rincón de mi alma con solo un vistazo.

—No deberías haber venido —mascullé clavándole una mirada severa.

—¿Por qué? —Lo soportó estoico.

—¡Porque tu presencia me hace sentir vulnerable! —exclamé al borde de las lágrimas.

—Eso es porque en el fondo necesitas sentirte vulnerable, Cristianno. Yo no soy más que una excusa.

Negué con la cabeza.

—¿No te irás aunque te lo pida?

—Sabes que no, hoy no.

Miré al techo, me froté la cara con desesperación, caminé de un lado a otro, todo ello sintiendo un fuego abrasador quemándome las entrañas. Odié ser yo mismo.

—¿Qué pasará cuando ella lo descubra? Ya has oído a Enrico. Y Kathia no necesita más crueldades —gimoteé—. ¿Sabes el daño que le hará? Fabio murió en sus brazos, Mauro. Le vio morir, llevándose consigo el secreto que cambiará su vida.

—Te tendrá a ti. —Se lanzó a por mí y me cogió de los hombros—. Tendrá la mejor compañía que pueda imaginar. No estará sola. No dejaremos que lo consigan, Cristianno.

Me mordí el labio. El llanto ya era un hecho, pero había dejado de importarme lo inseguro y frágil que se me viera. Los trémulos ojos de mi primo jamás me cuestionarían.

—¿Podré? —jadeé—. ¿Me aceptará?

Porque Kathia descubriría la verdad a través de la versión de los Carusso, la misma que iba íntimamente ligada a su relación conmigo. La herida que le ocasionara no cicatrizaría nunca.

—Ya es muy tarde para esa duda. —Mauro capturó mi rostro entre sus manos—. Sabes que tú no tienes nada que ver. No hay razones para que te

culpes. Somos daños colaterales de algo que lleva gestándose desde antes de que existiéramos, Cristianno.

Cerré los ojos.

—Yo solo quiero poder abrazarla.

Entonces mi primo me empujó contra su pecho y envolvió mi cuerpo con sus brazos. Supe que tan solo buscaba confortarme y lo consiguió, pero también desencadenó que empezara a temblar como un loco.

Ambos nos hincamos de rodillas en el suelo. Y me quedé allí, aferrado a mi compañero, esperando despertar de aquella pesadilla.

Sarah

—

Ese día, el mercadillo se llenó de curiosos. Más que contribuir a la verdadera intención de aquella labor, la mayoría de los visitantes tan solo quería ver la zona del altercado, intercambiar opiniones y, en algunos casos, incluso hacerse una foto en el lugar exacto.

Según me habían indicado Daniela, Alex y Eric, las redes sociales estaban ardiendo. Se habían dividido en bandos; unos pocos a favor de Cristianno y la gran mayoría a favor de Valentino, como si aquello fuera una especie de competición.

No tenía ni idea del porqué de esa necesidad casi macabra de la gente por hacer tales cosas. Consideraba que la vida era mucho más que inmiscuirse en sucesos ajenos. Lo que había pasado entre los dos, no habría sido más que una pelea si no se hubiera tenido en cuenta de quiénes eran hijos. Pero, al parecer, en aquella ciudad todo era regido por sus apellidos. Cualquier cosa que hicieran, sería cuestionada por el pueblo.

Tratamos de sobrellevarlo como pudimos. En mi caso, quise estar allí en señal de apoyo a las Gabbana. Ellas eran las más perjudicadas. Decenas de periodistas las habían abordado con preguntas de lo más comprometidas y absurdas. Llegaron incluso a acorralar a Graciella, interesados en saber qué tipo de castigo le daría a Cristianno después de haber demostrado ser un peligro para la sociedad.

En esa ocasión pude intervenir y tiré del brazo de la esposa de Silvano para esconderla en el acceso a personal autorizado.

—Mi hijo no es un peligro —dijo cabizbaja, tras tomar asiento.

—Eso está claro, Graciella. —Me acuclillé frente a ella para coger sus manos—. Pero a ellos no les interesa verle de otro modo.

Era como si hubieran estado esperando todo el tiempo para poder cargar contra un Gabbana, parecían estar disfrutándolo.

—No ha servido de nada la rueda de prensa de Silvano.

—Démosle tiempo. Ya verá como todo esto pasa.

Me dio un beso en la frente antes de que Patrizia interrumpiera, acelerada.

—Graciella, el cardenal está aquí.

—Vamos allá.

Las vi marcharse al tiempo que una ráfaga de viento helado me rodeaba. Cerré los ojos y me tomé un instante para coger aire.

Estaba siendo un día agotador. Ni siquiera el parón para almorzar ayudó a desconectar. Lejos quedaba esa sensación de bienestar con la que había despertado, aun incluso cuando descubrí que Enrico no estaba a mi lado y que el amanecer romano había sido engullido por un clima muy inestable.

«Te miraría sin reservas», recordé y tuve un escalofrío. El modo en que lo había mencionado, tan honesto y nervioso, todavía me encogía el estómago.

Eché un vistazo a mi móvil. No había ninguna notificación. Enrico debía de estar muy ocupado gestionando el humor de Cristianno. Estaba preocupada por ellos.

Me llegó el rumor de una voz bastante incómoda. Al mirar, me topé con una expresión seria en el rostro de Daniela. Los chicos no estaban a la vista y la joven parecía agotada de soportar aquellas visitas.

—Oye, tú eres amiga del Gabbana, ¿verdad? —preguntó un tipo, animado por sus colegas.

—Y además soy su amiga más violenta. ¿Queréis saber por qué, maldito gilipollas? —encaró Dani más que dispuesta a pegarse con él.

Corrí hacia ella y la cogí a tiempo de evitar que le estampara un puñetazo.

—Vete a la mierda, niñata —masculló el tipo bajo las increpaciones de sus amigos. Aquello estaba muy cerca de convertirse en un linchamiento a la joven.

—¡Largo de aquí antes de que te parta la cara, desgraciado!

—¡Daniela! —exclamé forcejeando con ella.

—Estoy hasta las narices. ¿Qué mierda se han creído? —Se llevó las manos a la cabeza y trató de respirar—. Necesito un café. Vamos.

La seguí hasta una cafetería que había cerca y nos sentamos en un rincón que había junto a los ventanales. La televisión que había al fondo del local mostraba de nuevo el rostro de Silvano, variando de vez en cuando con imágenes de la pelea. Pero, por suerte, no tenía puesto el audio. En su lugar, sonaba una de las canciones que se habían presentado al Festival de San Remo.

El camarero nos sirvió dos cafés con leche que acompañó con unos diminutos dulces de regalo.

—Estás demasiado pensativa —dijo Daniela tras darle el primer sorbo a su taza.

—Solo me preocupa todo esto. Es muy injusto.

Fuera, en la calle, la gente seguía yendo y viniendo, no cesaba. Todos ajenos a lo que realmente se estaba viviendo en el edificio, todos creyéndose con la autoridad para decidir qué decir o qué hacer, como si sus rutinas no fueran cuestionables.

—Esto es Roma. Aquí pocas cosas son justas, compañera —alegó la joven Ferro, bastante más indignada de lo que aparentaba.

—Empiezo a hacerme una idea.

El caso de Daniela era digno de admirar, todo un ejemplo de fortaleza. Y sin embargo allí estaba, ayudando con su presencia al mismo tiempo que gestionaba su propio dolor.

—¿Pero...? —aventuró.

—¿Qué pasa?

—Sé que hay más. Esa cabecita no está pensando solamente en Cristianno o en toda esta basura.

Entrecerré los ojos e hice lo posible para que no se me notara el rubor que poco a poco ascendía.

—Eres demasiado aguda para ser tan joven —afirmé y ella se inclinó hacia mí.

—Ví cómo le mirabas —dijo bajito—. No hace falta ser muy lista para darse cuenta. Pero si para colmo lo soy, imagina cuánto he supuesto.

—Veamos, ¿y qué supones? —sonreí tímida.

—Que te gusta Enrico y que tú le gustas a él. Que tenéis una química demasiado evidente. Y que seguramente no querrás reconocerme nada de lo que he dicho porque consideras que no lo mereces o que la situación juega en tu contra. Puede que ambas cosas. —Torció el gesto y chasqueó la lengua—. ¿Qué tal, he acertado en algo?

El corazón me dio un vuelco. De pronto me vi apoyada de nuevo en el pecho de Enrico, tentada por un sueño apacible y gestionando mis absolutas ganas de besarle.

Tragué saliva y cogí mi taza.

—En todo excepto en que sea recíproco —me sinceré.

—Y un cojón —se quejó—. A mí no me engaña. Conozco a Enrico desde que llevaba los pañales. De hecho, me ha puesto más de uno.

Me eché a reír, negando con la cabeza.

—No sé, Dani... Todo esto es tan confuso —dije avergonzada, y miré una vez más por la ventana. Una furgoneta gris se había detenido enfrente—. Hace poco más de una semana mi vida era tan distinta. Tenía tan asumido el desastre que no me creo todo lo que está pasando.

Traté de evitarlo, pero un temblor me atravesó cuando recordé las cadenas en torno a mis muñecas y tobillos. Daniela pudo imaginar mis pensamientos y apoyó su mano sobre la mía ignorando el pequeño sobresalto ante el contacto. Ella solo quería ahorrarme el momento.

—Date tiempo —murmuró amable—. Es normal que te cueste adaptarte, sé que has pasado por mucho. Pero te debes este sentimiento. Te debes ser feliz y estás en el lugar correcto para conseguirlo. Aunque ahora todo esté patas arriba.

No solo acepté la caricia, sino que yo misma entrelacé sus dedos. Aquella chica entraba en mi lista de situaciones maravillosas.

—¿Ya os estáis escaqueando? —intervino de pronto Valerio.

—Este también me cambió algún pañal que otro —bromeó Dani al echarle un rápido vistazo.

—¿Unos pocos solo? —dijo incrédulo al tomar asiento—. Nena, te encadenabas a mi cuello, no había dios quien te soltara hasta que te llevaba a la cuna, y eso que yo era un mocoso de siete años. La segunda palabra que mencionaste fue mi nombre.

—¿Y la primera? —inquirí curiosa.

—Caca.

Solté una carcajada.

—No cuentes intimidades —sonrió Dani.

—Has empezado tú. Y dime, ¿dónde está tu querido novio?

—Ha ido con Eric a cargar el camión. En vista de la lluvia y el gentío, cerraremos antes.

—Mamá y la tía cenarán con la junta directiva y el cardenal. Así que daos prisa y os invito a cenar en algún lugar tranquilo.

—Genial.

Dani se encaminó a la barra y me dejó a solas con un Valerio al que siempre se le encendían las mejillas cuando yo estaba cerca. Era tan hermoso y dulce.

—¿Sabes algo de Cristianno? —dije bajito.

—Poco. Papá me ha dicho que ha estado hablando con él, pero después se ha ido con Mauro.

—Al menos está con él —admití.

—Tranquila, Sarah. Esto solo es un proceso. Lo superaremos.

Valerio utilizó las palabras adecuadas para sosegar me. Y de hecho lo logró en cierta medida, pero no pudo evitar la disimulada tensión que habitaba en su preciosa mirada.

—No me cuesta confiar —repuse con la intención de transmitirle un poco de calma.

—¿Nos vamos? —anunció Dani, ya de regreso.

—Sí, iré al baño.

Me levanté de mi asiento y me dirigí al pasillo un tanto taciturna. Al entrar en el aseo, me apoyé en la encimera y suspiré. Empezaba a conocer a Cristianno y no me costó asumir que aquella reacción quizá se debía a la información que le habían dado. Me aliviaba que Mauro estuviera con él, pero me moría de ganas por verle y darle un abrazo.

Abrí el grifo y me humedecí un poco las mejillas. Una cena caliente en buena compañía me vendría bastante bien. Con suerte, Mauro lograría que Cristianno se incorporara y comiera algo.

Levanté la cabeza. No estaba sola en aquel lugar. El reflejo no solo mostró mi rostro, sino el de alguien más. Alguien que conocía demasiado bien. Y aquello no eran alucinaciones mías. Sino una realidad que por un instante había olvidado.

Me azotó un miedo sobrecogedor al ver aquella sonrisa.

—Hola, Grecia —dijo Vladimir. Y se lanzó a mí para estamparme un trapo en la cara.

«Enrico... Espero que en otra vida tenga la oportunidad de cruzarme contigo de nuevo... Mi amor», pensé antes de caer en un sueño profundo.

Kathia

Me desperté apoyada en el regazo de Enrico, justo como había imaginado.

Durante el letargo, vislumbré que entraba en mi habitación. Alcancé a verle conversar con Totti hasta que finalmente se acercó a mí. Cuando sentí el vaivén del colchón, mi cuerpo reptó en busca de su calor y me aferré a él saboreando el contacto de sus caricias enredándose a mi cabello. Fue lo único que consiguió hacerme sentir en paz, aunque solo durara un instante.

Le miré aún soñolienta. Él dibujó mis mejillas y adoptó una expresión dulce.

—Creí que estaba soñando —murmuré.

—He venido de inmediato. Has asustado mucho a los chicos, ¿sabes?

—Lo siento.

—¿Qué ha pasado, Kathia?

Pero no hablé de inmediato. Nadie sabía por qué me había desmayado, así que Enrico no tenía ni idea de lo que había ocurrido, más que había compartido un momento con Olimpia. Sin embargo, algo de mí no concebía que alguien tan involucrado en la cúpula Carusso no supiera de las verdades ocultas.

—Seguro que tú ya lo imaginas —terminé diciendo al tiempo que me incorporaba en la cama.

Enrico se irguió. No hizo falta que respondiera. Todas las suposiciones que pudiera haber tenido, seguramente se cumplieron en cuanto me vio. O quién sabía, quizá la propia Olimpia se lo había contado.

Daba igual cómo hubiera sido. Lo cierto era que una parte de mí esperaba que Enrico fuera menos astuto. Y eso me hirió casi tanto como la verdad.

Frustrada, limpié las lágrimas que se me habían escapado sin control.

—¿Quién iba a creer que tendríamos este final? —rezongué.

—¿Quién es el loco que ha dicho que esto es un final, Kathia?

—Hasta el mayor necio se daría cuenta, Enrico —ataqué molesta—. Es mi... primo.

—¿Y tú, lo crees así? —protestó y yo negué con la cabeza. La presencia de Enrico no había hecho más que darle mayor veracidad a todo el asunto.

—No estoy preparada para creerlo... —gimoteé.

—Entonces, ignora lo demás.

Como si fuera tan fácil. La realidad era que Cristianno y yo nos habíamos enamorado sin vínculos consanguíneos de por medio. Si ambos lo hubiéramos sabido desde el principio, habría sido difícil contener la atracción, pero lo hubiéramos logrado. Porque era lo correcto. Pero llegados a ese punto, era imposible imaginarme lejos de él.

—En cuanto lo descubra se dará cuenta de que este es un problema que no podemos superar —admití esperando una nueva contraposición por parte de Enrico.

Sin embargo, no llegó. Simplemente, cerró un instante los ojos y agachó la cabeza. Su lenguaje corporal no mostró nada, pero yo le conocía bien.

—Lo sabe, ¿cierto? —dije bajito.

—Nunca he creído en las casualidades, pero al parecer estamos ante una.

La confirmación me produjo un escalofrío.

—¿Desde cuándo?

—Apenas unas horas. —Enrico me miró de nuevo y cogió mis manos tratando de centrar toda mi atención en él—. Él está tan asustado y perdido como tú. Haciéndose las mismas preguntas, atormentándose con los hechos. Pero esto no es culpa vuestra, Kathia. No podíais imaginar nada.

De eso no me cabía la menor duda.

—Pero tú sí. Tú lo sabías desde el principio, ¿no? —mascullé alejándome de su contacto—. Y no has hecho nada por impedir este desastre. ¡Esa maldita mujer ha entrado en esta habitación y ha hecho conmigo lo que le ha dado la gana! ¡Y tú lo sabías! —Le señalé con el dedo—. ¡Sabías que llegaría este momento! ¡¿Por qué no me lo dijiste?! —Terminé empujándole.

Él capturó mis brazos y tiró de mí. Forcejeé. No quería sus caricias de consuelo en ese momento. Tan solo deseaba cargar contra él, gritarle hasta perder la voz. Pero no pude resistirme y finalmente me desplomé sin fuerzas sobre su pecho.

—Perdóname, Kathia. Perdóname —me suplicó.

—¿Qué voy a hacer? —sollocé con la cabeza enterrada en su hombro.

—No tienes que hacer nada, mi amor. Nada. Te dije que iba a arreglarlo, tienes que confiar en mí. Solo te pido eso. —Me hirió escuchar su voz tan vulnerable.

—Confío, Enrico. —Me alejé para mirarle—. Pero no puedes esperar imposibles. Aunque lo arregles, seguiré siendo su prima.

—Nadie conoce esa verdad, excepto nosotros —rezongó con furia.

Aquellos ojos azules, ahora clavados en los míos sin importarle qué hubiera alrededor, escondían verdades que pocos soportaban.

Fruncí el ceño.

—¿Me estás pidiendo que lo ignore? —A sabiendas de lo que suponía.

—Ambos sabemos que cuando tengas a Cristianno ante ti, no podréis conteneros. No seré yo quien prohíba algo tan bello.

Tragué saliva. Por supuesto que no podría resistirme, pero no sabía que aquello era tan veraz incluso para Enrico.

—No está bien que le deseé como lo hago... —jadeé.

—Tampoco que sea recíproco.

Liberé un suspiro ahogado.

—Ha dicho que soy su venganza —gimoteé recordando a Olimpia. No olvidaría nunca aquella expresión en su maldita cara—. Que ni siquiera sabe si mi madre está viva. Si la hubieras escuchado... Ha disfrutado, Enrico. Con cada palabra...

Él se acercó a mí y apoyó su frente en la mía.

—Piensa en lo gratificante que será tu propia venganza.

Aquellas palabras me dejaron entrever una rabia que llevaba mucho tiempo conviviendo con Enrico. Pero me dieron un feroz ímpetu que no me soltaría, así como así.

De pronto la puerta se abrió con sigilo y nos mostró a Sibila.

—Enrico, ¿quieres...? —Me miró y enseguida dejó sobre la coqueta la bandeja que llevaba para lanzarse a mí—. ¡Kathia! —exclamó antes de abrazarme—. ¿Estás bien, cariño?

Los reclamos de la joven debieron sorprender a los guardias porque en apenas unos segundos la habitación se llenó de hombres.

—¡Qué susto nos has dado, niña! —protestó Sandro mientras Totti me acariciaba la cabeza.

Continuaron parloteando, dándome empujones cariñosos y besos hasta en las orejas. Pero pocos fuimos los que reparamos en la reacción de Enrico ante la llamada que recibió. De mostrar una sonrisa dulce, pasó a empalidecer.

—¿Qué ocurre, Enrico? —pregunté asustada.

Tragó saliva y dejó caer el brazo con el que mantenía el teléfono.

—Sarah. —Alcancé a oír.

Me acerqué a él tratando de dar con su mirada. Pero esta ya estaba muy lejos de allí.

—¿Qué le ha pasado? —dije casi a voz en grito.

—Mesut la ha raptado. Se dirigen al puerto.

Nos miramos. Enrico en busca de administrar sus emociones y yo plenamente consciente de lo que significaba que ese maldito hombre estuviera en territorio romano. Iban a matar a esa chica. La matarían vilmente, de eso estaba segura. Y Enrico lo sabía. Pero nunca se había enfrentado a un peligro que dependiera del corazón. Así que le empujé con rudeza.

—Corre —gruñí—. ¡Corre! —Y bastó aquel grito para que Enrico se pusiera en pie y echara a correr como alma que lleva el diablo—. ¡Totti ve con él!

Me quedé mirando la puerta por la que desaparecieron rogando por que no fuera demasiado tarde.

Capítulo · 32

Sarah

Noté una fuerte quemazón en la garganta. Saliva espesa y amarga. Las mejillas palpitantes y una escalofriante capa de sudor ardiendo sobre la piel de mi frente. Un mareo me atravesó la sien, de lado a lado. Navegó por mi cabeza hasta el punto de hacerme gemir de dolor. Enseguida se deslizó por la tráquea y me golpeó el vientre con virulencia.

Tuve el amago de encogerme y llevarme las manos al lugar en busca de consuelo. Pero fue entonces cuando supe que estaba maniatada y que hacía un rato que había empezado a llorar.

Lentamente abrí los ojos. Al principio apenas vislumbré nada, solo una neblina densa y más bien oscura. Pasados unos segundos me di cuenta de que iba en un vehículo y que no solo me habían atado las manos, sino que también me habían amordazado con cinta adhesiva. Quizá por eso me costaba respirar. Por eso y porque percibí un extraño contacto subiendo y bajando por mi muslo.

Me esforcé en mirar. Deduje unos dedos afilados. Uno de ellos portaba un anillo con el símbolo de una espada.

«No puede ser...», pensé. Ese tipo de alianza solo la había visto en clientes muy exclusivos de Mesut Gayir.

—Treinta y siete minutos. —Una voz cruel—. Todo un logro. Déjame decirte que después de tanto bregar, suponía que tardarías mucho menos en despertar.

Comencé a hiperventilar. Trataba de coger aire incluso por la boca, a pesar de tener la cinta. Las lágrimas comenzaron a amontonarse en los agujeros de la nariz y caían con tanta premura que me era imposible ver con normalidad.

Sin embargo, no fue necesario. Yo ya sabía lo que estaba ocurriendo. Y de pronto lo recordé todo.

Regresé a la mesa de aquella cafetería en Trastevere. Me vi hablando con Daniela, cogiendo su mano, echándole una sonrisa. Después, apareció Valerio.

«Os invito a cenar en un lugar tranquilo», había dicho y me produjo un amable bienestar que se prolongó incluso cuando entré al baño.

El rostro de Vladimir. El paño impregnado en cloroformo. El golpe que le di en la entrepierna. Traté de escapar. Me capturó del pie. La maniobra me hizo caer y golpearme la cabeza contra el suelo. El ruso se puso encima de mí. Las imágenes se sucedían una detrás de otra, reviviéndome el instante con una nitidez asombrosa.

Arañé las mejillas de Vladimir hasta hacerle sangrar. Él me golpeó. Trató de arrastrarme. Me dio un par de patadas. Y finalmente logró doblegarme.

Miré a Mesut.

—Hola de nuevo, Grecia —sonrió casi echado sobre mí—. ¿Qué tal te han ido las vacaciones?

Quiso acariciarme, pero esquivé el contacto como pude. Fuera, ya había caído la noche. La furgoneta se deslizaba por una carretera paralela a las vías de tren. Las ventanas de los edificios mostraban la luz de algunos hogares.

«¿Volveré a reparar en eso detalles si salgo de esta?». No lo creía, porque no estaba segura de lograr sobrevivir.

—Oh, vamos, mi pequeña zorra. —Mesut terminó cogiéndome de la barbilla—. Han debido de tratarte muy bien. ¿Sabías que la cortesía Gabbana es legendaria? —Deslizó su mano por mi pecho en dirección a mi entrepierna. Me removí todo lo que pude, pero al final no logré esquivarlo—. Cuando te vi en las noticias italianas junto a uno de los hijos... ¿cómo se llamaba Vladimir?

—Cristianno.

—Ah, sí. El pequeño Cristianno. Oh, por todos los dioses, contra esa familia pocos pueden hacer algo.

Al escuchar el nombre de mi querido amigo en los labios de esos dos monstruos sentí un miedo que apenas pude comparar. Yo ya estaba acostumbrada a mi dolor, pero no soportaría que le ocurriera algo a los Gabbana.

—En un principio, pensé en cobrarme venganza. Es evidente quiénes fueron tus benefactores en ambas huidas. Pero tengo negocios en Italia y no quisiera perderlos por un desacuerdo con la familia más poderosa del país. Entiendes lo que te digo, ¿verdad?

La tensión crecía por momentos, apenas me dejaba mantenerme erguida. Se me habían agarrotado los músculos y el corazón me latía en la lengua. Tenía la sensación de estar al borde del desmayo.

La furgoneta se detuvo junto al muelle. Habíamos llegado a una sección bastante solitaria del puerto, donde nos esperaba un yate blanco custodiado por un grupo de cuatro hombres.

Vladimir fue el primero en bajarse. Rodeó el vehículo y abrió mi puerta.

—Vamos —masculló arrastrándome fuera.

Tropecé al salir hasta el punto de rasparme la rodilla con el asfalto, pero el ruso evitó la caída empujándome con violencia. Temblé al escuchar como cerraban las puertas de la furgoneta, pero creo que fue más por los esbirros del barco y sus armas largas pegadas al pecho.

—Vuelve a dormirla y ácala en las bodegas —ordenó Mesut a su segundo antes de mirar al chófer—. Y tú, prepárame una copa y dile a Somalia que suba. Hoy me apetece una negra. —Se me acercó y acarició mi mandíbula—. Tiene dieciséis añitos, una delicia.

Gimoteé. El llanto era tan intenso que a punto estuvo de hacerme vomitar.

—Camina —gruñó Vladimir intensificando la fuerza.

Obedecí más consciente que nunca de la distancia que me separaba de Roma, esa ciudad que me había devuelto la sonrisa y me había recordado que amar no era un sentimiento repulsivo.

La fortaleza de las Gabbana, la sonrisa de Mauro, la vitalidad de Alex y Dani, la honestidad de Eric, la sabiduría de Silvano, la amabilidad de Valerio.

Mi Cristianno. Mi querido compañero. No estaría en su vida cuando la situación mejorara, cuando los días volvieran a la normalidad y pudiera respirar de nuevo. Tampoco vería el instante en que Kathia regresara y se fundieran en un abrazo. No les vería crecer como pareja.

Iba a convertirme en un recuerdo más. Para todos.

Incluso para Enrico.

«No pienses en él... No lo hagas», pero cometí el error de cerrar los ojos. Y entonces le vi. Tan intenso y enigmático. Tan fascinador. Creí que si hubiera podido estirar el brazo le habría tocado.

De todas las emociones que me llevaría conmigo, haberle conocido era la más dolorosa. Le hubiera besado de haber sabido que mi final estaba tan cerca. Y seguramente ese beso me habría devastado por completo, pero por un momento Enrico habría sido mío. Por un momento amarle no habría sido un desafío para mis traumas.

—¡Gayir! —Un grito. Mis pies al borde de la escalerilla.

De pronto me vi empujada. Vladimir me capturó del cuello y clavó en mi sien el cañón de su revólver. Su jefe, mientras tanto, se dio la vuelta como si hubiera estado esperando la intrusión.

—¡Un Gabbana! ¡Pero qué suerte la mía! —exclamó resignado.

Pestañee con la intención de retirar las lágrimas y poder ver quién era. Allí estaba Valerio, con las palmas de las manos levantadas en señal de pleitesía mientras sus hombres se bajaban de sus vehículos y se ponían a cubierto con las armas empuñadas.

—Suéltala, por favor —le pidió a Mesut evitando mirarme.

De algún modo, Valerio había logrado seguirnos y convocar un operativo. Pero le supe nervioso. No escapó a inspección aquel disimulado temblor en la punta de sus dedos. Ardí en ganas de echar a correr y abrazarle.

—¿Que la suelte? —ironizó Mesut. Tras de él, sus hombres se preparaban para disparar—. Querido, es de mi propiedad y no tengo por qué dar crédito de mis propiedades.

—Podemos llegar a un acuerdo, Gayir.

—¿Mientras tus hombres están apuntándome?

—¡Bajad las armas! —ordenó Valerio y, aunque se resistieron a hacerlo, terminaron obedeciendo.

«Vete, Valerio, por favor», pensé. Me aterrorizaba la posibilidad de verle morir.

—Verás, Gabbana, aprecio tu gesto —comentó Mesut guardándose las manos en los bolsillos de su traje blanco—. Pero vamos a subirnos a ese barco de ahí sin derramar sangre, ¿de acuerdo? No tienes derecho a inmiscuirte en mis asuntos cuando siquiera he hecho ruido en tu territorio. Solo he venido a por lo que es mío.

—¿Qué quieres?

«No, no negocies con él». Sabía que estaba protegiéndome, que lo único que quería era salvarme. Pero conocía a Mesut y a él nunca le habían gustado los finales felices, ni siquiera cuando él mismo vencía. El turco era un hombre de anarquía. Le gustaba el caos más destructivo.

—¿Vamos a negociar? ¿De verdad? —Se burló animando a sus esbirros.

—Estoy dispuesto a aceptar tus peticiones si a cambio liberas a Sarah. Tratemos de hablar de hombre a hombre.

—Sarah, ¿eh? —Aplaudió—. Bien, negociemos. Dame acceso libre a la costa romana con autoridad sobre el mercado y un ochenta por ciento de los beneficios.

Valerio cerró los ojos un instante. No entendí bien la petición de Mesut, pero por el gesto del Gabbana deduje que había pedido algo muy complejo.

Algo de mí sintió alivio. Un extraño consuelo ante la idea de ver a Valerio darse por vencido y dejarme ir. Yo solo quería que esa noche volviera a casa y ocupara su silla durante la cena. Su familia no necesitaba una ausencia más en aquella mesa.

—Sabes que es imposible —dijo ahogado.

—Y por eso no podemos negociar. Porque una simple puta no vale tanto, amigo mío.

Me cogió del pelo y tiró de mí hasta mostrarme como si fuera un producto. Soporté como pude los empujones y el dolor por los tirones. La cuerda en las manos estaba comenzando a herirme, la cinta de la boca me ardía. Las lágrimas no dejaban de caer. Pero resistí porque lo último que quería era potenciar el propósito de Valerio.

—No era mi intención darle un valor —masculló—. Pero podemos llegar a un acuerdo sobre la costa si eso te basta para liberarla. Deja que venga conmigo. —Extendió una mano en mi dirección, apenas nos separaba un par de metros. Cerré los ojos con fuerza—. Llamaré a mi padre y nos sentaremos a negociar. Te aseguro que...

Un coche. Atravesó la penumbra como si fuera un rayo. Se detuvo violento. El chirrido de las ruedas me perforó. Fue tan intenso que nadie escapó a la intención de taparse los oídos. Incluso Vladimir se encogió de hombros.

De pronto, alguien bajó del vehículo. Ni siquiera pude definir de quién se trataba. Tan solo le vi empuñar su arma en mi dirección conforme se acercaba caminando aprisa.

Y entonces disparó.

Un grito murió en la cinta cuando la bala agujereó la cabeza de Mesut y la sangre me salpicó las mejillas. Enseguida se sucedieron los tiros. En apenas segundos, cayeron Vladimir y los esbirros que había en el barco.

Las fuerzas me abandonaron y trataron de empujarme al suelo. Creí que me desplomaría con rudeza, que seguramente perdería el conocimiento por el golpe. Sin embargo, caí en los brazos de ese mismo hombre que había matado a Mesut. Ambos nos hincamos de rodillas.

Aquellos ojos azules. Aquella mirada asustada y furiosa.

Rompí a llorar, desesperada, agónica, revolviéndome entre las ataduras y gimoteando su nombre tras la cinta adhesiva. Necesitaba con muchísima urgencia que me liberara y me abrazara hasta perder el juicio.

Enrico se guardó la pistola en su cartuchera y me desató las manos con impaciencia. Después me quitó la cinta de la boca y capturó mi rostro, apartando los mechones de pelo que se me habían pegado a las mejillas.

—Mírame. ¡Mírame! —dijo frenético, zarandeándome. Clavé mis ojos en los suyos, casi había desaparecido el azul, engullido por un iris negro —. ¡¿Estás bien?! ¡Dímelo!

Asentí con la cabeza entre llantos y jadeos. Me aferré a él como si se me fuera la vida en ello, sin esperar que Enrico reaccionara con la misma ansia que yo. De pronto, sentí que sus dedos se clavaban en mi piel. Me impulsó hasta ponerme en pie y me cogió en brazos.

No me detuve a ayudarlo o extrañarme con la maniobra. Ya todo me daba igual, tan solo me importaba tener a Enrico de nuevo. Me agarré a su cuello y dejé que me llevara hasta su coche.

Prácticamente saltamos al interior. Cerró la puerta y dirigió mi cintura hasta dejarme a horcajadas sobre él con la intención de intensificar el abrazo. Escondí el rostro en su cuello, hiqué mis dedos en sus hombros y lloré. Sollocé como no lo había hecho cuando creí que Mesut iba a matarme.

Fue un llanto tembloroso, asfixiante, estridente. Pero sobre todo doloroso. Y los brazos de Enrico aferrándose a mí, rodeando mi cuerpo y compartiendo cada mota de angustia casi con la misma intensidad que yo.

De pronto se alejó y volvió a capturar mi rostro entre sus manos. La punta de su nariz acarició mis labios. Mis jadeos se estrellaban contra su boca. Ninguno de los dos esperamos que un beso pudiera servir de consuelo.

Pero Enrico me besó. O quizá fui yo quien lo hizo. No lo sabía. Lo cierto fue que no dejamos de repetirlo. Aquel contacto incrementó hasta convertirse en un hecho delirante e impulsivo.

—Estoy aquí, cariño. Estoy aquí —gimió sobre mi boca—. Ya ha terminado todo. Se acabó, ¿me oyes?

Estrujé la tela de su chaqueta al tiempo y me quedé allí, muy quieta sobre sus labios, compartiendo su aliento acelerado, sintiendo que una extraña debilidad me arrastraba.

—Llévame a casa. Llévame contigo —gimoteé y él me acomodó en el asiento de al lado.

—¡Enrico! —gritó alguien.

Vislumbré a Thiago con una expresión de tensión adornando su bonito rostro. Su jefe bajó la ventanilla. Creo que fue en ese momento cuando me di cuenta de que el coche estaba arrancado.

—Encárgate del perímetro y prepara un informe —le dijo a su segundo—. Ya sabes cuál es el procedimiento.

—Hecho.

Después de aquello, metió la velocidad y aceleró con suavidad. Recuerdo que nos incorporamos a la carretera y que su mano se entrelazó a la mía. Segundos más tarde, me quedé dormida.

Cristianno

Lo malo de beber cuando se está devastado es que no se tiene control. Lo bueno es que el alcohol es un potente sedante. Y las consecuencias son una resaca insoportable y la plena consciencia de que los problemas siguen ahí.

Pero yo no bebí para olvidar. Ni siquiera lo había hecho porque me apeteciera. Simplemente enganché una copa tras otra y el resultado me había dejado desplomado en el sofá de un reservado del segundo piso, con

la cabeza sobre el vientre de mi primo y las piernas colgando de la barandilla.

—¡Vosotros dos! —exclamó Luigi dando un golpe en la mesa con una escoba—. Me vais levantando vuestros traseros prietos de una putísima vez. Se os oye roncar desde el almacén, capullos.

Me incorporé atontado y poco mareado. Sobre la mesa había dos vasos y una botella de ginebra casi vacía, además de otra de agua y una tableta de comprimidos que Luigi acababa de poner a nuestro alcance.

—Yo no ronco, lo hace este —protesté mientras observaba a Mauro recomponer su postura.

—Bueno, sí, de vez en cuando —admitió entre bostezos.

—Me la suda, largo de aquí —clamó Luigi. Y yo me llevé las manos a la cabeza porque cualquier sonido me parecía estruendoso.

—Baja un poquitín la voz.

—Oye, Luigi, ¿te van los culos prietos? —preguntó Mauro, todo intrigado.

Me quedé mirándole impasible. Estaba tan acostumbrado a la absoluta falta de miramientos de mi primo, que no me extrañó que preguntara algo así. Lo que me aturdió fue la reacción del gerente de Eternia.

—¿Tienes intención de ofrecerme el tuyo?

—No me veo...

Ignoré aquella extraña conversación que se había iniciado y cogí una pastilla.

—¿Por qué me has dejado beber tanto? —me quejé antes de tragar.

—¿Y yo qué coño sé, si me he puesto a beber contigo? —Mauro repitió mi gesto y se metió la pastilla en la boca—. Bendita química.

De pronto saltó la melodía de mi teléfono provocándonos un pequeño sobresalto. Miré a mi alrededor en su busca hasta que caí en la cuenta de que lo tenía en el bolsillo izquierdo del pantalón.

—Me tienen las llamaditas hasta los huevos —rezongó Luigi—. Responde de una maldita vez si no quieres que cometa un crimen. Ya sabes que me va el sado.

—Uh, acabo de imaginármelo —comentó Mauro.

Pero resultó que no era una llamada, sino un mensaje, uno de tantos que poblaban la barra de notificaciones. Abrí el menú, descubriendo así

que tenía llamadas perdidas hasta de mi madre, y es que se había activado un código rojo mientras yo hacía el tonto durmiendo la borrachera.

Al leer, pronto me sentí devastado y profundamente decepcionado conmigo mismo. La vida no se había detenido por mis problemas. Todo lo contrario, había seguido su ritmo, más frenética que nunca. Y yo no había estado cuando más se me necesitaba porque al parecer era lo suficientemente arrogante.

—Mierda... —mascullé poniéndome en pie.

—¿Qué pasa? —preguntó Mauro.

—Mesut ha entrado en la ciudad.

—¡¿Qué?!

Eché a correr como un loco.

Sarah

Nunca imaginé que una habitación pudiera albergar tanta gente. Acababa de sentarme en la cama cuando de pronto toda la familia entró, acompañada por Dani, Alex, Eric y varios guardias. Intervino incluso Alessio Gabbana, con el que jamás había cruzado palabra alguna.

Daniela y Graciella fueron las primeras en lanzarse a mí, se acomodaron una a cada lado y me cogieron de las manos.

—Bien, no hay de qué preocuparse —comentó el doctor Terracota recogiendo sus cosas—. El golpe en la cabeza bajará con unos inflamatorios y el resto del examen parece normal. Te he administrado un relajante para puedas descansar esta noche. —Después echó un vistazo a todos, centrándose curiosamente en Enrico—. Con cualquier anomalía, no dudéis en llamarme.

—Muchísimas gracias, doctor —dijeron todos a la vez.

—Le acompaño a la puerta —se ofreció Alessio, no sin antes echarme un vistazo que no pude aclarar.

Graciella me abrazó con toda la delicadeza.

—Por todos los dioses, nos has dado un susto de muerte, Sarah —me dijo.

—Lo siento mucho.

—Desalojemos la habitación, señoras —intervino Silvano consciente de mi asombro ante tanto cariño—. Tenemos que dejarla descansar.

—Si te encuentras mal, avísame, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, Graciella.

—Vamos, mujer. —Finalmente su esposo la cogió de la cintura y salió de la habitación aferrado a ella.

El resto también se despidió, dejándome atisbar que no había rastro de Valerio y que Cristianno y Mauro seguían sin aparecer.

Al ver que la habitación poco a poco se vaciaba, me sentí en deuda con aquel cariño. No tenía relación consanguínea con ellos, ni siquiera me conocían desde hacía tiempo. Era una simple desconocida que había sido acogida por la familia. No creí que mereciera tanta atención.

Pero lo cierto fue que al verme rodeada supe que mi vida había cobrado sentido estando a su lado. Que aquella gente ya era parte de mí y que todas mis emociones estaban dedicadas a ellos.

Mi mayor regalo había sido conocerles y mi mayor recompensa recuperarles, después de haber creído que jamás volvería a verles.

«Estoy en casa. Este es mi hogar», pensé. Y ni siquiera Mesut podía cambiar ese hecho.

Miré a mi alrededor. Todos se había marchado. Todos, excepto Enrico. Continuaba apoyado en la pared que había junto a la puerta del vestidor. Tenía las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón y me observaba con fijeza. No apartaba la vista siquiera para pestañear.

Pronto apareció el rubor, que inundó mis mejillas e instaló una intensa palpitación en mis labios. Conforme la tensión me abandonaba, más consciente era de lo que había ocurrido entre los dos.

Su boca había tocado la mía. Por un instante, besarnos fue lo único que nos importó. No podía creer que algo así hubiera pasado.

Sin embargo, Enrico estaba allí para recordármelo.

Lentamente, decidió caminar hacia mí. Tomó asiento a mi lado y acercó su mano la contusión que tenía en la cabeza. Cerré los ojos ante el contacto, esperando sentir una punzada de dolor, pero esta nunca llegó. Porque la caricia fue tan delicada como espléndida.

Sus dedos bajaron suavemente por mi mandíbula y se detuvieron en la comisura de mis labios. Enrico los miró un momento antes de regresar a mis ojos.

—¿Te duele? —preguntó.

Tragué saliva.

—Un poco.

Él agachó la cabeza al tiempo que apartaba la mano.

—Me encantaría quedarme, pero tengo que volver a la mansión.

—Lo entiendo —murmuré echando un vistazo a sus manos.

Enrico había capturado su anillo de casado y no dejaba de darle vueltas en torno a su dedo. Estaba siendo una maniobra tan ruda que me extrañó que no se hiriera.

Esa vez fui yo quien le acarició. Detuve aquel chocante gesto de frustración enredando mi mano a la suya. La maldita alianza ardía y me produjo un escalofrío, pero al menos logré que Enrico me mirara de nuevo.

—No quiero irme —me confesó a solo unos centímetros de mi rostro.

—Y yo no quiero que te vayas.

El silencio nos embistió. Apenas se escuchaban nuestras respiraciones. No nos dijimos nada, tan solo nos miramos como si el resto del mundo no existiera. Y mi corazón latiendo al filo de mi garganta, empujándome a abandonarme a las ganas de lanzarme a ese hombre y perderme en él.

—Trata de descansar, ¿vale? —Su voz rompió aquella aturdidora calma.

Asentí con la cabeza y evité ver cómo se encaminaba a la puerta.

—Enrico... —dije presa de una momentánea valentía. Él se dio la vuelta, lo deduje de soslayo porque no me atrevía a mirarle—. Esta tarde, cuando he visto el rostro de Vladimir en ese maldito espejo, pensé que...

—Tragué saliva de nuevo, creí que el corazón iba a estallarme en mil pedazos... no volvería a verte. —Temblorosa, me decidí a mirarle—. No sé si me estoy equivocando al decírtelo, pero solo quería que lo supieras...

Su expresión no varió. Continuó observándome impertérrito. Sin embargo, no pudo controlar aquel sutil brillo que cruzó sus pupilas azules ni tampoco la disimulada sacudida que atravesó sus brazos.

De pronto, se mordió el labio y liberó un suspiro.

—Yo tampoco sé si me equivoco al decirte que me muero por besarte —exhaló.

Temblé. No como cuando estaba al borde de un ataque de ansiedad. Aquel temblor fue completamente diferente. Me puso en pie y me obligó a caminar hasta Enrico sin apartar la vista ni un instante.

Creo que aquella fue la primera vez que le vi dudar o al menos mostrarse tímido sin reservas. Supuse que a ambos nos asombró que yo estuviera siendo capaz de obedecer mis impulsos.

Sorprendiéndome de nuevo a mí misma, acerqué los dedos a su mejilla. El tacto suave y terso de su piel bajo la palma de mi mano. Me estremecí al verle cerrar los ojos y respirar entrecortado.

Deslicé mi caricia hacia su nariz. La definí por completo hasta llegar a sus labios. Estaban calientes y besaron las yemas de mis dedos al tiempo que sus manos se acomodaban lentamente en mi cintura. Me atrajo hacia su pecho.

Se me disparó el pulso al sentir que apenas había espacio entre nuestros cuerpos, pero no me importó que Enrico viera lo nerviosa que me ponía su cercanía.

Poco a poco, terriblemente despacio, acercó su boca a la mía. Bajé los dedos para darle acceso, quería sentir el contacto de sus labios sin barreras. Y volví a estremecerme cuando me besó.

Se alejó a mirarme un instante. Quería analizar mi reacción, quería saber si podía soportar que continuara haciéndolo. Enrico parecía no darse cuenta que una caricia suya aniquilaba cualquiera de mis traumas. Que su mera existencia conseguía que mi vida mereciera la pena.

Me lancé a sus brazos y, aprovechándome del impulso, le besé una vez más. Y después otra y otra. Quizá fue torpe y pueril, pero su reacción hizo el resto y convirtió aquel momento en algo mágico. Me abrazó con fuerza y dejó que su boca se enredara a la mía.

De pronto, escuchamos unos pasos precipitados. Un instante después, Cristianno abrió la puerta desesperado.

—¡Sarah! —gritó entrando en la habitación seguido por Mauro.

Ambos se lanzaron a mí como si hubiéramos estado décadas sin vernos y yo me aferré a ellos y estúpidamente rompí a llorar de alegría.

—¿Dónde estabais? —gimoteé. Les había echado muchísimo de menos.

Cristianno fue el primero en apartarse y capturó mi rostro entre sus manos.

—¿Estás bien? ¿Qué es esto? —preguntó agobiado.

—Tranquilo. Es solo un golpe.

—Perdóname. —Volvió a abrazarme—. Lo siento mucho.

Empezó a sollozar. Sabía que no se debía al llanto, sino a la frustración que le causaba la culpa por no haber llegado a tiempo. Pero Cristianno ignoraba que lo único que me importaba era tenerle en ese momento

—Pide disculpas de nuevo y tendré que matarte —le dije al oído.

—¡Esa mi chica! —exclamó Mauro provocándonos una sonrisa.

Miré a Enrico de soslayo. Aunque también sonreía, nos observaba de un modo nostálgico.

Extendí una mano en su dirección. Creí que tardaría mucho más en aceptarla, pero me equivoqué, y tiré de él para que se uniera a aquel abrazo conjunto.

Allí, atrapada en los brazos de aquellos tres hombres tan increíbles, supe que no había nada en el mundo que pudiera hacerme sentir más afortunada.

Kathia

—

Sarah estaba a salvo al cobijo del edificio Gabbana. Las garras de ese maldito criminal ya no volverían a alcanzarla porque su cuerpo yacía ahora en una morgue de segunda. Eso me había contado Totti en cuanto regresó y después me abrazó porque odiaba la idea de verme llorar, aunque fuera de alivio.

Poco sabía de esa chica, apenas los detalles que me había explicado Enrico, pero de alguna extraña manera, me sentía en sintonía con ella.

Supongo que me aferré a ese hecho para evitar pensar en la realidad, esa en la que me había convertido en un mero instrumento de usar y tirar para una venganza a la que no le veía sentido.

«Soy una Gabbana», negué con la cabeza. No quería escucharlo. Todavía no estaba preparada para afrontar que Cristianno y yo éramos familia.

—Últimamente pareces muy dispersa... —La voz de Valentino interrumpió mis pensamientos.

No fui consciente hasta ese momento de que había tomado asiento en la mesa y cogido los cubiertos. Más que cenar, solo había sido capaz de mover los alimentos de un lado a otro.

Suspiré agotada. Normalmente, Valentino no cenaba en la casa, prefería llegar un poco más tarde. Desde nuestro último enfrentamiento siquiera nos habíamos cruzado.

Pero esa noche parecía distinto. No había señal alguna de su habitual arrogancia. Era como si se hubiera propuesto ser otro hombre, alguien un poco más dócil.

Le miré escéptica. Su belleza encajaba mejor con esa inesperada actitud amable, pero no me la creía.

—A veces, me sorprendo imaginando qué estarás pensando —dijo algo decaído.

Alcé las cejas y torcí el gesto.

—¿Tratas de mantener una conversación profunda conmigo? ¿A estas alturas? —ironicé.

—Soy muchas cosas que no te has molestado en conocer de mí —repuso tranquilo—. Ni siquiera me has dado la oportunidad.

Sonreí agotada, incrédula. El tiempo en que podía fingir ser un chico encantador y carismático era agua pasada. Ya no había margen de corrección, él mismo se lo había cargado cuando decidió mostrarme quién era, un canalla sin escrúpulos. Ahora me era imposible ocultar esa verdad. Sobre todo, porque sabía a qué se debía.

—Incluso cuando te justificas sueñas arrogante —rezongué.

—¿Qué tiene de malo, Kathia? ¿Qué error hay en desear algo y luchar por ello? —Soltó los cubiertos, cruzó las manos apoyando los codos sobre la mesa y se inclinó un poco hacia delante. Totti y Sandro no le quitaban ojo de encima—. Puede que me consideres un monstruo, y probablemente estarías en tu derecho, pero no deberías ignorar que hay personas con objetivos diferentes a los suyos. —Al menos evitó mencionar su nombre—. No todo lo honorable tiene por qué ser lo único bueno.

Aquello sí era una sorpresa. Valentino no solo justificaba su comportamiento, sino que además lo consideraba necesario para lograr sus objetivos. Y, para colmo, estaba intentado hacérmelo entender. Alguien honesto y decente convirtiéndose en un dictador en pos de un deseo puro y desinteresado.

Sin embargo, el Bianchi no había caído en un detalle. Esa farsa llegaba veinticuatro horas tarde.

Si se hubiera mostrado comprensivo antes de que Olimpia hablara, quizá le habría escuchado un poco menos infestada. Pero daba la casualidad de que yo ya sabía la verdad y con ello me bastaba para distinguir que su conducta no era más que una estrategia.

Valentino cerró los ojos un momento. Parecía francamente abatido y triste.

—No espero que lo entiendas, pero que te deseo es lo más sincero que me oirás decir. —Me clavó una mirada suplicante.

Hubiera bastado para hacerme sucumbir a él. Pero resultó que mi tenacidad era mucho más estable de lo esperado.

—Deseo. Ese es el problema, Valentino —suspiré—. Que desear empuja a la obsesión y la obsesión termina en desastre. Y tú no quieres darte cuenta de que ya estás en esa fase en la que, hagas lo que hagas, no cambiará el concepto que tengo de ti.

Ví de soslayo como Totti y Sandro hacían una mueca de orgullo ante mis palabras. Pero apenas me permití disfrutar de la reacción. Quería zanjar aquella conversación y encerrarme en la habitación. Me sentía muy cansada. Así que me levanté y me dispuse a marcharme.

—Te lo advertí —rezongó Valentino, más desolado que furioso—. Solo quería protegerte del desengaño. Todos sabíamos que no podías estar con Cristianno y utilicé todos mis recursos para evitarte una decepción. —Volvía a justificarse. Se señalaba el pecho con la intención de dotar de mayor credibilidad su confesión—. ¿No puedes ver lo importante que eres para mí? ¿No ves que te quiero?

Se puso en pie. Me miró suplicante. Aquel Valentino era un desconocido para mí. Alguien que producía empatía con solo mirarlo.

—¿Hablas en serio? —Entrecerré los ojos y caminé lenta hacia él. Una densa furia se enroscó a mi garganta—. ¿Eres el mismo que hace unos días me estaba ofreciendo un intercambio? ¡¿Diciéndome que podías tolerar que mencionara su nombre mientras me follas?! —Le empujé—. ¡¿O consintiéndome, como si tú fueras mi dueño, a que mantenga una aventura con Cristianno siempre y cuando me quede a tu lado?! —grité con todas mis fuerzas.

—¡Es tu primo! —contraatacó él. Totti y Sandro dieron un paso al frente.

—¡Eso ya lo sé! ¡Lo sé, maldita sea! —No hacía falta que me lo recordara—. ¿Pero qué esperas que haga, olvidarle?

Por un instante, su habitual malicia se paseó por sus ojos verdes. Estos destellaron al tiempo que su mandíbula se endurecía. A Valentino se le acababa la paciencia, pero insistió en creer que yo no estaba dándome cuenta.

—¿Qué ha hecho contigo? ¿Cómo lo ha conseguido? —habló entre dientes—. Es algo que no me explico. No lo puedo soportar.

—Pero es que no tengo por qué explicarlo —impugnó casi frívola—. Ni tampoco tienes por qué tolerarlo. Esto, Valentino, es un hecho que nada puede cambiar. No soy alguien voluble.

—¿Alguna vez me has mirado como a un hombre? —dijo bajito, fingidamente debilitado—. ¿Has considerado que podría hacerte feliz si me dejas?

La realidad era que mi fuero interno nunca terminó de confiar en él.

—Existes en el mismo universo que Cristiano Gabbana —sentenció—. Buenas noches.

No diría más. Me di la vuelta y me encaminé al pasillo con los hombros rectos y la espalda tiesa. Percibía un extraño vigor navegando por mi cuerpo. De entre toda la devastación, mi naturaleza osada insistía en mantenerse firme. Era mi gran aliada. Pero ni ella ni yo esperamos que la voz de Valentino lograra congelarnos.

—Mañana regresamos a Roma. —Arrogante y cruel—. La prensa seguirá cada uno de nuestros movimientos. Espero que sepas interpretar bien tu papel.

Esperaba de mí una reacción insegura y desalentada. Y realmente lo sentí así. Pero no le daría lo que buscaba. No me consentiría mostrar vulnerabilidad.

Me di vuelta y le sonreí irónica.

—Ahora sí eres Valentino Bianchi.

Capítulo · 33

Cristianno

Pasé la noche con Sarah. Ambos evitamos las preguntas más controvertidas y tratamos de hacernos sonreír con cualquier chorrada hasta que el sueño se impuso.

Me quedé dormido a los pies de su cama. O al menos creí haber estado haciéndolo hasta que el murmullo de la Fontana me lo impidió, y es que olvidamos cerrar el balcón.

Estiré los brazos, me puse en pie y dejé que cada uno de mis músculos me protestara. Una ducha me vendría genial, así que arrojé a Sarah y me fui sin hacer ruido.

Evité mirarme cuando me desnudé y traté de centrarme al máximo en la tarea de lavarme para evitar pensar en todo lo sucedido el día anterior, en todas las cosas que ahora sabía y que se habían convertido en una carga muy difícil de soportar.

Pero, por más que lo intenté, no lo conseguí. No hubo manera de silenciar mi mente ni tampoco de ahorrarme imaginar cómo reaccionaría Kathia cuando lo descubriera todo.

Y de pronto me encontré a mí mismo mirándome al espejo y confirmando que lo único a lo que aspiraba no era ganar aquella guerra o vengar la muerte de mi tío. Sino pasarme el resto de mi vida abrazando a Kathia.

Sí, eso era lo único que deseaba. Aferrarme a esa mujer y dedicar cada uno de mis días a verla sonreír.

Una alerta de mensaje me interrumpió. Me sequé la cara con una toalla y eché un vistazo a la pantalla de mi teléfono.

«Mira esto, Cristianno. Acabo de leerlo, está en toda la prensa», había escrito Daniela, adjuntando un enlace que me llevó a la web del periódico La Repubblica.

El titular fue como un puñetazo, pero su imagen me hirió aún más. Kathia aparecía sentada en un sillón de piel negro, ataviada con un vestido verde de seda que mostraba en todo su esplendor la vertiginosa longitud de sus maravillosas piernas. Su expresión era hermética, seria, casi aburrida. Una mirada vacía.

Cualquiera pensaría que era una mujer de extraordinaria belleza posando con bastante pericia. Pero yo la conocía, sabía qué tipo de persona era y lo difícil que seguramente había sido para ella prestarse a toda esa pantomima.

Cerré los ojos, apreté los dientes y estrujé el teléfono entre mis dedos hasta hacerlo crujir. No soportaba la idea de haberme convertido en la herramienta de los Carusso para extorsionar a Kathia.

Me obligué a ojear el artículo. Hablaba de su relación con Valentino, de los planes que tenía de futuro. Palabras vacías que seguramente Kathia no había mencionado, porque ella no se expresaba así. Ella no era tan banal y superficial.

Pero lo que resultó más impactante fue descubrir que se esperaba su aparición en el estreno del *Madame Butterfly* en el Teatro dell'Opera esa misma noche. Evento al que asistiría toda la alta alcurnia del país, ya no solo relacionado con la política, sino también con el espectáculo.

Kathia regresaba a Roma.

Kathia dormiría en la mansión Carusso.

Estaría a mi alcance.

Y nadie me lo había dicho.

Me vestí a toda prisa y salí de mi habitación hecho una furia en dirección al despacho de mi padre. Con un poco de suerte, todavía podría cruzarme con él y pedirle explicaciones.

Sentía la frustración, la impotencia y una insoportable indignación oprimiéndome el pecho. Era tan denso que temí no poder hablar.

Entré sin llamar. Mi padre me miró por encima de sus gafas, algo asombrado. Estaba de pie, terminando de amontonar unos documentos. Se estaba preparando para irse a la central.

—De todas las cosas que me has ocultado, ¿que Kathia volvía hoy a Roma era una de ellas? —mascullé y me indignó horrores que ni siquiera se molestara en disimular que, en efecto, él lo había sabido desde el principio.

Soltó los documentos sobre la mesa y se ajustó las mangas de su chaqueta. No era un buen momento para andarse con remilgos.

—Con todo lo que ha pasado esta semana, ¿qué momento hubiera sido el adecuado para contártelo, hijo?

—Cualquiera, papá. Cualquiera, joder.

Estaba de acuerdo con que habían sido unos días de lo más desconcertantes, que desde aquel fatídico instante en el aeródromo me había dejado llevar por mis impulsos. Pero no era excusa para ahorrarse contarme algo que, sin duda, me hubiera serenado. Papá sabía que cualquier noticia sobre Kathia bastaba.

Salí de allí.

—Cristianno, ¿a dónde vas? —le escuché decir de lejos.

—Creo que puedes imaginarlo —murmuré antes de entrar en el ascensor.

Kathia

—

Regresar a Roma no guardaba ninguna intención amable. Todas las expectativas que había albergado con volver a la normalidad se convirtieron en los deseos de una estúpida ignorante.

Pero eso nadie me lo dijo. Yo misma lo deduje al ver la prensa de ese día perfectamente dispuesta sobre la mesa del salón, algo que hasta el momento no había sucedido. Valentino y yo éramos portada en todos los medios y revistas de la ciudad.

Hablaban del evento en el Teatro dell'Opera aquella misma noche, de las diversas citas a las que asistiríamos en relación a la investidura de Adriano como alcalde de la ciudad y también de la ceremonia de compromiso. Una agenda muy bien confeccionada, desde luego. Y es que mi regreso sería la estrategia de los Carusso para atacar a los Gabbana sin ser verdugos.

La provocación perfecta.

Rabia y miedo. Ambas emociones convergiendo en mi pecho, advirtiéndome del conflicto que se avecinaba. Me importaron un carajo las ganas de lanzarme a Valentino y arrancarle la piel a tiras. Tan solo deseé

que Cristianno no intentara nada extraño. Realmente recé porque Silvano supiera controlar a su hijo.

Mantuve el silencio incluso cuando me acomodé en el coche junto al maldito Bianchi y el chófer puso rumbo a la mansión escoltado por tres vehículos más. Me hundí en el asiento y me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta hacerme daño. Fue el único modo de mantener a raya la ira, que crecía conforme nos acercábamos a Roma.

Un rato más tarde, abrí la ventana y dejé que el aire frío golpeará mis mejillas. Me concentré en las vidas ajenas, en la señora con su carrito de la compra, en el técnico de electricidad, en una madre con su niño, en los trenes que pasaban por la vía.

Detalles que me ayudaron a respirar.

Sin embargo, todo cambió al llegar a la mansión. Una comitiva de prensa de al menos quince reporteros nos esperaba en la verja principal. Me dio la sensación de estar viviendo una vida que no era mía. Comprendía la popularidad de los Caruso, pero no estaba acostumbrada a ello.

Valentino se bajó del coche para atenderles. Por suerte, no tuve que acompañarle, así que el chófer cruzó el cercado y atravesó el jardín hasta llevarme frente a la escalinata principal.

Giancarlo me esperaba allí. Se acercó a mi puerta y la abrió casi con una reverencia. Estuve a punto de mandarle a la mierda.

—Buenos días, señorita —dijo manteniendo la vista al frente—. Su madre y su abuela la esperan en el comedor principal.

Maldita sea, era tan estirado que molestaba. Salí del coche y me crucé de brazos.

—Pues dígle a ambas que pueden pudrirse esperando —ironicé dándole la espalda—. Retírese, Giancarlo.

Cerré los ojos y cogí aire hondamente. Todavía faltaban unas semanas para la llegada de la primavera, pero su aroma ya se hacía notar. Supuse que la insistente brisa fría ayudó a expandir y prolongar el perfume de toda aquella fastuosa frondosidad.

Así era Villa Borghese, un pedazo de paraíso en medio de una poblada y frenética ciudad. Un bello espacio que contrastaba con la maldad que habitaba en la mansión.

Me alejé un poco, adentrándome en el jardín. Volver no había sido tan bueno. Seguiría atrapada en una cárcel de emociones y decisiones, cualquier cosa que hiciera tendría su consecuencia.

Observé la extensión.

«Podría salir corriendo. Soy veloz, jamás me alcanzarían si me adentro en el bosque», pensé y casi sentí el impulso de intentarlo. Pero volví a cerrar los ojos y esa vez me mordí el labio.

«Si pudiera verte, aunque solo fuera por un segundo». Ya sabía que no bastaría, pero al menos convencería.

Tuve un fuerte escalofrío. Apreté los brazos contra el torso y me encogí de hombros. Lo lógico ante el frío hubiera sido entrar en casa, pero no lo haría.

Porque le sentí cerca.

Oteé el horizonte. Tan solo había árboles, algunos siquiera se distinguían por la proximidad que había entre ellos. Me parecía muy complicado que alguien pudiera llegar hasta allí. Pero tenía las emociones a flor de piel. Trevi no estaba lejos de mí.

Sin embargo, mi cuerpo no solía equivocarse.

El frío desapareció reemplazado por un calor que comenzó en mi vientre y pronto se extendió por mis extremidades.

Contuve el aliento.

Su mirada clavada en la mía. Aquello no eran imaginaciones. Cristianno estaba allí, escondido entre los árboles, gritándome en silencio miles de cosas.

Jadeé y me llevé una mano a la boca dando un paso al frente. Quería echar a correr, quería lanzarme a él y hacerle el amor allí mismo, rodeada de rocas y espesura. Ya pensaríamos después en lo que nos diríamos. Solo quería sentirle pegado a mi boca.

Creí verle sonreír y después se llevó la mano al corazón y asintió con la cabeza. Fue su forma de decirme te quiero.

Las lágrimas me aboraron con desesperación. Se derramaron una detrás de otra. No fue la mejor respuesta, pero Cristianno lo entendió. Supo que le amaba hasta la extenuación y que nada de lo ocurrido podía cambiar ese hecho.

«Es tu primo», recordé la voz de Olimpia.

Pero Cristianno también conocía esa verdad y no pareció importarle. Me observaba como siempre, lleno de amor y pasión.

Di un paso al frente y después otro. Cada vez más rápido, más decisivo. Tenía que ir hasta él, aunque aquella decisión me costara la vida.

Sin embargo, un suave contacto me detuvo. Enrico me mostró una sonrisa nostálgica y a continuación me acarició la mejilla.

—Resulta que la locura es contagiosa, ¿eh? —dijo bajito y lleno de cariño.

Agaché la cabeza y rompí a llorar. Por supuesto que lo era. Pero, qué podía hacer. Contenerse era igual de dañino que arriesgar.

—Enrico... —sollocé antes de que me abrazara.

Apoyó la barbilla en mi cabeza. Supe que estaba mirando hacia los árboles, que había visto a Cristianno y que ignoraba cómo había llegado hasta allí. Pero, sobre todo, supe que Enrico odiaba ser quien frenara mis impulsos.

Capítulo · 34

Cristianno

Kathia no volvió a mirar. Y no la culpé por ello. Comprendía que, por encima de los sentimientos que compartíamos, primaba el deseo de la supervivencia. Pero entender una reacción no facilitaba nada.

Me sentí inútil, maniatado.

Viéndola allí, en mitad del jardín de la mansión, aferrada a un Enrico que me observaba indignado. Me complicó muchísimo creer que algún día olvidaríamos todo lo que estaba ocurriendo y seríamos felices.

Resultaba que lo nuestro había sido un imposible desde el principio. Pero nadie se había molestado en decírnoslo, quizá porque no se habían planteado que llegaríamos a enamorarnos.

Sin embargo, esto ya no iba de amor.

Mauro tenía razón cuando me dijo que yo no tenía la culpa de que la situación se hubiera complicado tanto. Que los resultados no tenían nada que ver con mis emociones. Y era cierto. Pero una marioneta no sabe que lo es hasta que se topa con las cuerdas que lleva pegadas a las manos y los tobillos.

El simple hecho de atravesar ese bosque, acercarme a la mujer que amaba y abrazarla dejaban de ser actos lícitos entre amantes para convertirse en una sentencia a muerte.

Eso era lo que trataba de decirme Enrico en la distancia, que ser impulsivo no ayudaría. Pero es que yo tan solo quería verla.

Me largué de allí más frustrado que emocionado. Había dejado la moto en lo alto de la colina y cuando llegué dos muchachas estaban sentadas en una roca. Me tensé un poco, pero al parecer no me reconocieron y pude irme sin levantar sospechas.

En principio no tenía rumbo fijo, tan solo quería deambular para despejarme un poco. Tenía la mente completamente saturada.

No creí que mis instintos me traicionarían. Me llevaron hasta el último lugar al que quería ir y cuando vi la ostenta grandiosidad del panteón Gabbana supe que ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Cerré los ojos, de pronto me sentía débil y muy pequeño, como si una mínima brisa pudiera tirarme al suelo. Sabía a qué se debía. No había puesto un pie allí desde la noche del asalto de Valentino, la misma en que le arranqué un maldito ojo a mi tío. Pero esa no fue una visita corriente, sino una extrema necesidad. Así que podía decirse que era la primera vez que iba al panteón desde que Fabio había muerto. Y lo cierto era que no estaba preparado.

«¿Por qué me has traído hasta aquí?», me pregunté a mí mismo apoyando las manos sobre el portón.

Empujé. Maldita sea, no quise hacerlo, pero empujé y una corriente viciada me golpeó la cara. Olía a incienso y tierra húmeda y también a carne.

Aún estaba a tiempo de irme. Si evitaba mirar, podría encontrar la fuerza para darme la vuelta, subir de nuevo a mi moto y acelerar. Pero esa destructiva parte de mí no estaba por la labor de obedecerme. Tenía una misión que no me contaría hasta que yo mismo la descubriera.

La tumba de mi tío. Presidiendo aquel santuario, a pies de un exuberante altar plagado de flores.

Avancé lentamente. Toda mi atención se centró en el nombre tallado en la piedra del sarcófago. El primer impulso vino acompañado de una sensación de vacío que pronto empañó mis ojos. La triste ausencia. Pero inmediatamente después sentí algo muy diferente, incontrolable y con vida propia.

La rabia. No por la situación ni por la imposibilidad.

Rabia por mi tío. Rabia por todas las cosas que se había llevado consigo.

Su fallecimiento ya no era lo más lamentable. De hecho, y aunque la herida por su muerte se mantenía vigorizante, ni siquiera primaba.

—Aquella noche, cuando me dijiste que te arrepentirías de aconsejarme que fuera en busca de Kathia... —Me detuve a coger aire—. Dime, ¿cuál de todas tus versiones eras? ¿Mi tío, su padre? ¿O simplemente Fabio Gabbana?

Se me cerró la garganta. Una fuerte presión se me instaló en el pecho, apenas me dejaba respirar. Fue como si una losa me hubiera aplastado contra el suelo, e insistía en mirar un sarcófago que no dejaba de suscitarme rencor.

—Lo peor de todo es que nunca responderás —gimoteé—. Te has llevado tantas cosas. Eres tan diferente a lo que creía de ti que, si por un momento te alzaras de esta tumba, seguramente me lanzaría a tu cuello.

Apreté los dientes. Logré cerrar los ojos unos segundos y tragar saliva. Me hería estar enfadado con alguien a quien adoraba. Era demasiado destructivo. Realmente deseaba tener a Fabio delante de mí y enfrentarle, aun sabiendo que terminaría aferrándome a él. Ese amor que siempre le había profesado, ahora era casi un enemigo.

—Nunca podré perdonarte que te hayas ido de esta manera, tío Fabio. —Apoyé las manos en la piedra e insistí en mirar su nombre—. Sabías que ibas a morir y te diste por vencido, sin importarte todo el caos que dejabas en este lado. Fuiste un cobarde... Un maldito cobarde —Terminé mascullando.

Sin embargo, hacia un rato que había dejado de ser el único vivo que había dentro del panteón.

—La frustración pocas veces es honesta —dijo Enrico.

—Esta es una de esas ocasiones —mascullé.

Le descubrí en el umbral del portón, con las manos guardadas en los bolsillos y una expresión a medio camino entre el malestar y la angustia. Ignoraba las artimañas que había empleado para localizarme. Pero allí estaba, mostrándome una vez más que las circunstancias le habían moldeado hasta convertirle en un hombre mucho más poderoso de lo que aparentaba.

—Cristianno...

—Creo que ya sé por qué he venido —le interrumpí.

Conocía a Enrico. Sabía que antes de un enfrentamiento, prefería dialogar. Pero en aquel momento yo no necesitaba buenas palabras y tampoco era el objetivo.

—Supongo que necesitaba confirmar que todo esto está ocurriendo de verdad —repuse—. Una parte de mí todavía no se lo cree. Todas vuestras decisiones nos han convertido en títeres y ahora estamos pagando las consecuencias.

De pronto, Enrico se lanzó a mí y me cogió del cuello de la chaqueta. Mi comentario le había enfurecido y con razón. Porque él era tan marioneta como Kathia y yo. Él había visto arder a su familia por culpa de esa misma guerra.

—No te consiento que tergiverses mis objetivos. No tienes ni puta idea de todo lo que he tenido que soportar para llegar hasta aquí. Así que mide tus palabras —gruñó.

—Entonces, ¿a qué has venido? —aventuré abatido.

—Eres mi hermano.

Asentí con la cabeza. Los ojos se me volvieron a empañar, pero esa vez escoció mucho más y terminaron por liberar un par de lágrimas que rápidamente sequé con el reverso de la mano.

Enrico me soltó. En realidad, quería abrazarme, pero se contuvo por temor a mis reacciones. Sabía que estaba entrando en una fase un poco inestable.

—Perdóname —murmuré cabizbajo.

—Yo también te debo una disculpa. —Al mirarnos comprendí que no me hubiera ocultado nada sobre Kathia si hubiera sabido que yo no corría peligro—. Hay más...

Fruncí el ceño y contuve el aliento. De algún modo, supe lo que iba a decirme y mi cuerpo se preparó para ello tensando cada músculo.

—Lo sabe.

—¿Quién se lo ha dicho? —hablé entre dientes.

—Olimpia.

Me llevé las manos al rostro y froté con rudeza. De todas las personas que podían contarle aquella verdad, Olimpia era la más destructiva de todas. Se impondría el resentimiento y no le importaría arrasarlo con todo.

Pero mi mente no perdió tiempo en recrear cómo había sido ese instante, las reacciones que había tenido Kathia o qué palabras se habían dicho exactamente. Pensé en nuestro último momento juntos, aquel en el que todavía creíamos que teníamos una oportunidad.

Kathia tendida en la cama, desnuda, bocabajo, con los brazos enroscados a la almohada, mirándome soñolienta y sonriente después de haber pasado la madrugada haciendo el amor. Recuerdo que cuando me levanté todavía me temblaban un poco las piernas.

Tal vez ese había sido el final de nuestra historia y ninguno de los dos habíamos querido darnos cuenta.

Ahora más que nunca existía la posibilidad de que Kathia no pudiera soportar la verdad, que impusiera la realidad que le habían contado, que no podíamos estar juntos porque éramos primos.

Habría dado lo que fuera por que Kathia jamás hubiera descubierto esa versión. Pero ahora, tenía miedo a perderla.

«Cuando me ha mirado esta mañana, ya lo sabía», pensé y su reacción tal vez se debía a que había entendido que no podíamos continuar luchando por algo que era imposible.

Y allí estaba yo, en medio del panteón Gabbana consumiéndome con la posibilidad de un final que ni siquiera nos habíamos dado cara a cara.

Miré al frente notando un cambio de actitud. Una electricidad me recorrió la espalda y me erizó el vello de la nuca.

Mis promesas seguían intactas. Si Kathia quería alejarse de mí, obedecería con todas las consecuencias. Lo haría si ese era su deseo. Pero nunca sucumbiría a una obligación, y precisamente eso tenía que averiguar.

—Cristianno, ni se te ocurra —intervino Enrico de súbito. Había descubierto mis intenciones casi al mismo tiempo que yo—. Sabes que no podré protegerte.

—Tú lo harías. —Una sutil referencia a Sarah que enseguida captó.

Dio un paso al frente. Estaba nervioso y preocupado.

—Eso nunca lo sabremos. No estoy en tú posición.

—Entonces este es un buen momento para empatizar.

—Escúchame. —Me cogió por los hombros y me obligó a mirarle—. Es un coladero, Cristianno. El teatro no está preparado para albergar un refugio estable. Habrá vigilancia en cada maldita esquina. Si vas, me pondrás en una situación extrema —terminó suplicante.

Enrico anteponía la integridad a cualquier otra cosa. No le importaba que tan razonable fueran mis intenciones. Pero no cambiaría de opinión. Tenía que llegar hasta Kathia y averiguar por mí mismo cómo estaba, qué sentía y si amarla era suficiente para ella.

—Sé verdades que ella no sabe —dije un tanto asfixiado—. Verdades que tengo que ocultarle. Y aunque me hiera, lo haré porque la honestidad

la condenaría a morir. Pero merezco un instante con ella. Necesito mirarla a los ojos.

Él negó con la cabeza.

—No bastará, lo sabes.

—¡Pues claro que no! —exclamé. Me faltaba el aire—. Pero por ahora es lo único que tengo.

La simple idea de estrechar a Kathia entre mis brazos me había convertido en alguien muy perseverante y Enrico lo supo en cuanto clavó sus ojos en los míos.

—Para mí, su vida es tan importante como la tuya —susurró cogiéndome del cuello y apoyando su frente en la mía.

—Tengo que correr el riesgo, Enrico. —Respondí al gesto aferrándome a sus muñecas—. Preferiría tenerte de mi lado, pero si decides oponerte, lo entenderé, y no dejaré de quererte por ello.

—Maldita sea, debo de estar loco...

—Hay que estarlo para infiltrarse en los Carusso. —Traté de destensar el ambiente. Él me empujó dejando entrever una sonrisa.

—No conseguirás nada halagándome —protestó y yo tragué saliva.

—Te vi besar a Sarah. Vi cómo la abrazabas...

Ellos creyeron haber disimulado a tiempo, pero abrí la puerta con la suficiente rapidez como para verles. Esa forma que Enrico tuvo de acariciarla, como si en cualquier momento fuera a romperse entre sus manos. Una imagen valía más que mil palabras y aquella me dijo lo suficiente.

Enrico me escrutó con la mirada y terminó asintiendo con la cabeza.

—Si te pones en peligro, juro que no te lo perdonaré, Cristianno.

Sarah

—

Me contaron que lo de Mesut se había solventado alegando que la policía llevaba meses trabajando en desarticular una red de trata de blancas que frecuentaba la costa romana. La operación se había saldado con seis bajas y el rescate de cuatro jóvenes menores de edad que ahora se encontraban en un centro de protección oficial.

La noticia me produjo un alivio agrisulce. Mesut y Vladimir estaban muertos, sí, pero eso no resolvía la cantidad de mujeres que todavía estaban en peligro a lo largo y ancho del planeta. Sin embargo, poco podíamos hacer. El turco trabajaba para terceros y pocos sabían quiénes eran.

Después del desayuno quise prepararme para ir al mercadillo. Se esperaba la llegada de mucho turismo y cualquier ayuda sería poca. Pero las Gabbana no quisieron que interviniera. Decían que debía recuperarme de lo sucedido y que lo último que necesitaba era una buena dosis de gente.

En cierto modo, estuve de acuerdo. Todavía me dolía el golpe de la cabeza y me habían salido algunos moratones en las piernas y en el tórax. Así que pasé casi toda la mañana deambulando de una sala a otra, tratando de echar una mano a Antonella en vano. Hasta que me decidí a encender la tele.

En la mayoría de canales no dejaban de cotillear sobre la familia Carusso, el evento de aquella noche y el maravilloso romance que Kathia mantenía con el hijo del alcalde. Algunas imágenes mostraron incluso a Enrico junto a su esposa. El rostro arrogante de aquella mujer se me quedó grabado a fuego en la memoria.

Apagué la tele y me encogí en el sofá. Había tenido la oportunidad de besar a Enrico. Un contacto cálido y tierno, libre de exaltación, pero un beso, al fin y al cabo, que todavía perduraba en mis labios. Sin embargo, no cambiaba la realidad. Eso no me convertía en una parte importante de él y mucho menos evitaba que Enrico compartiera lecho con esa mujer.

Tampoco era algo que debiera evitar. Yo no era nadie para irrumpir en su vida y desbaratarla simplemente porque me había enamorado. No era digno, no tenía derecho ni nada que ofrecer.

Siendo realista, lo mejor que podía hacer por Enrico era silenciar lo que sentía por él y actuar como una buena amiga.

Se escuchó la puerta de la entrada. Miré hacia atrás para encontrarme con un Valerio al que le sorprendió mi presencia.

—¡Valerio! —Me puse en pie de un salto y fui a trote hasta él para abrazarle.

Él no respondió al abrazo como esperaba, pero lo achaqué al asombro por mi reacción. La verdad fue que incluso a mí me desconcertó tocarle

con tanta normalidad.

—¿Cómo estás? —inquirió distante.

—Algo mareada, pero bien. Tu madre no ha querido que la acompañara.

—Hace bien. Vengo del Trastevere y está atestado de visitantes.

Me mordí el labio y me estrujé los dedos. De pronto me sentía un poco nerviosa. No le había visto desde el altercado con Mesut, ni siquiera por la mañana durante el desayuno.

—Quería agradecerte todo lo que hiciste ayer por mí —dije solemne, absolutamente sincera. Su reacción me regaló una vida.

—Sí, bueno... —Frunció los labios y cogió aire—. No sirvió de mucho.

Me aturdió un poco su respuesta y esa actitud tan sobria. Fue fácil darme cuenta de la frustración que habitaba en su mirada.

Me arriesgué a coger sus manos. El gesto consiguió que al fin me mirara a los ojos, pero le percibí incómodo con el contacto.

—Sin ti, no hubiera tenido oportunidad —le aseguré sin éxito.

—Tengo trabajo pendiente.

Se alejó de mí y se encaminó al pasillo central.

—Valerio.

Fui contundente al llamarle, tanto que logré que se detuviera y me permitiera ponerme frente a él de nuevo. Tenía la cabeza gacha y los brazos tensos. Capturé su rostro y le obligué a mirarme. Necesitaba saber qué ocurría.

—No fui resolutivo, Sarah —dijo plenamente convencido—. Iban a matarte y no se me ocurría nada por evitarlo. El diálogo por poco te cuesta la vida. —Enroscó sus dedos a mis muñecas y a continuación las apartó de su cara—. Así que tus agradecimientos están yendo en la dirección incorrecta. A quién en realidad debes agradecer es a Enrico. Él tuvo el valor que yo no tuve.

Sentí un ramalazo de inquietud mezclado con un gran asombro. Lo que Valerio estaba dejando entrever era mucho más notable que un simple desasosiego. Era algo que crecía incontrolable y no sabía en qué momento había comenzado.

Pero más allá de las emociones, primaban los actos y Valerio había sido tan importante como Enrico en lo sucedido. Verle allí, con las manos

en alto, atemorizado por lo que pudiera pasarme fue tan importante como estar en los brazos del Materazzi, porque por primera vez sentía lo que era pertenecer a una familia.

La idea de que Valerio hubiera estado cargando con la culpa me hería casi tanto como perderle.

—Te arriesgaste por mí, por una mujer a la que apenas conoces. Si tú no hubieras aparecido, ahora no estaríamos manteniendo esta conversación —espeté decidida.

Él sonrió con tristeza y alzó las cejas mirando a su alrededor.

—Es curioso. Fuiste secuestrada y eres tú quien me está dando ánimos.

—¿Lo estoy consiguiendo?

—Quizá.

Atisbé un cambio en sus ojos, una tranquilidad que poco a poco se instalaba entre nosotros.

—Te has enamorado de él. —Aquella confesión fue como un puñetazo en el vientre. Me cortó el aliento y me obligó a dar un paso atrás. Fue como si me hubiera quedado desnuda ante cientos de personas—. No disimules, es innegable.

—Eso no importa.

—A mí sí. Porque él siente lo mismo.

Le miré aturdida, no solo porque creyera que Enrico estaba igual de implicado que yo, sino porque acababa de exponer sus sentimientos.

Se acercó a mí, me dio un beso en la frente y se marchó dejándome en mitad de aquel salón sin saber muy bien qué hacer. Y sabía que esa sensación de desasosiego persistiría incluso cuando llegaran Graciella y Patrizia. Pero entonces vi el rostro de Kathia en la portada del periódico que lanzaron sobre la mesa y, de alguna manera, consiguió eclipsarlo todo.

Ambas estaban indignadas. Me contaron que los periodistas no habían dejado de hostigarlas en busca de la opinión que merecía la entrevista que le habían hecho a la joven Carusso. Pero más allá del jaleo causado, primaba la preocupación por Kathia y el estado de un Cristianno que no había aparecido en todo el día.

La familia terminó reuniéndose en el piso de Patrizia para cenar. Me pidieron que me uniera, pero me sentía demasiado abrumada para acudir. Así que decidí tomarme un analgésico e irme a dormir.

Me detuve un instante a mirar el teléfono. No tenía notificaciones, Cristianno no había respondido a mis mensajes y todavía no había encontrado la valentía para escribir a Enrico. A esas horas ya debía estar en el teatro o quizá de camino, acompañado por su esposa.

Solté el teléfono, cerré los ojos y me apoyé en la encimera, cabizbaja. Ignoraba por completo que alguien más estuviera allí. Hasta que escuché el tintineo de un vaso. Me di la vuelta sobresaltada y encontré a un Enrico sirviéndose un poco de agua.

Había entrado en la cocina sin hacer el menor ruido. Sentí como los nervios se me instalaban en el vientre y me aceleraban la respiración. No me había preparado para verle en ese momento. Bueno, en realidad, nunca lo estaba. Enrico siempre conseguía causarme una irremediable exaltación.

Avanzó un par de pasos y me entregó el vaso. Fue entonces cuando descubrí que no me había tomado el analgésico, que lo tenía en la mano. Enseguida me lo metí en la boca y tomé un sorbo de agua.

Enrico no dejaba de observarme con una expresión hermética. Esa noche estaba especialmente imponente en el aquel traje de gala negro. Hacía que su cabello rubio y el intenso azul cielo de sus pupilas destacaran más de lo normal.

Era muy complicado apartar la vista de él.

—Las niñas... ¿están bien? —pregunté como pude.

—He asignado el caso a unas compañeras excelentes. No se me ocurre nadie mejor para cuidar de ellas —me aseguró.

—¿Lo prometes?

—Más que prometer, ya es un hecho. —Terminó regalándome una sonrisa.

Asentí con la cabeza y cogí aire.

—Te hacía en el teatro —dije bajito antes de darle la espalda de nuevo. Necesitaba recuperar el control.

Pero él no estaba dispuesto a ponérmelo fácil y se acercó a mí para apoyar sus manos sobre mis caderas, muy despacio. Esperé temblar. Sin embargo, me quedé muy quieta y confirmé que mi cuerpo había empezado a crear una dependencia a sus caricias.

El Materazzi pareció darse cuenta y decidió dar un paso más dejando que sus dedos presionaran mis muslos con suavidad. Comenzaron a

ascender conforme su pecho se acomodaba en mi espalda, y rodeó mi cintura. Notaba su poderosa pelvis pegada a mí.

Toda mi atención se centró en aquella sutil coreografía, hasta que sus labios se apoyaron en mi cuello. Se me escapó un pequeño suspiro tembloroso que terminó por erizarme la piel.

—No he querido irme sin verte. —La excitación de su voz me estremeció.

Tragué saliva e inesperadamente incliné la cabeza hacia atrás para darle más acceso a su boca.

—Bien —dije asfixiada.

—¿Bien?

Decidió darme la vuelta y me quedé atrapada entre la encimera y su cuerpo antes de que sus manos subieran hasta mi cuello y capturaran mi rostro. No apartó la vista ni un segundo de mis ojos, pero yo apenas pude soportarlo. Tuve que cerrarlos cuando sentí un beso en la mejilla. Después besó mi nariz, la frente, mis párpados, la comisura de mis labios. Y continuó trazando aquel insinuante reguero de besos que consiguió arrancarme algún que otro gemido.

—Enrico... —suspiré dejando que mis dedos se apoyaran en la hebilla de su cinturón.

Había dejado de importarme disimular el deseo. Me sentía maravillosamente liberada, ansiosa y descontrolada. Poco importaban ahora mis propios desastres o los suyos. Justo en ese momento, éramos solo él y yo, abandonándonos a nuestros impulsos.

—Si te pidiera que me esperaras, ¿lo harías? —susurró a un solo centímetro de mi boca. Acaricié su pecho y colé mis manos bajos la chaqueta para rodear sus hombros—. ¿Lo harías?

—Tú ya sabes que sí. —Logré decir apoyando mi frente en la suya.

Puede que fuera una estupidez amarle sabiendo que nunca podría ser mío. Sin embargo, fingir no sería tan sencillo y reconocerlo me hería tanto como negarlo. Sabía bien que era una equivocación, que cuando despertara de aquella momentánea locura sufriría muchísimo.

Pero, ¿qué más daba?

Ya no había vuelta atrás.

Capítulo · 35

Kathia

Durante el día olvidé lo que era el silencio. No recuerdo un solo instante en que hubiera estado sola. Siempre rodeada de gente. Mi madre, mi abuela, mis tías, Marzia, personas que siquiera conocía moviéndose de un lado a otro, manipulándome a su antojo, parlotando a mi alrededor.

Y yo resistiendo en medio de toda aquella algarabía. Porque una parte de mí se había quedado atrapada en los ojos de Cristianno, observándome desde la distancia.

Las horas se derramaron tan espesas como veloces. Mientras lo soportaba creía que el reloj no avanzaba. Pero, de pronto, allí estaba. Rodeada de un silencio sombrío. No vaticinaba nada bueno.

El sol hacía un rato que se había puesto. Se había alzado una brisa húmeda y cruda. Agitaba las ramas de los árboles que caían en mi terraza. Me dio un poco de miedo. Pero no dejé de observarme en el espejo.

De pie, plantada frente a él. La imagen que me devolvía era la de una mujer bella, pero también agotada. Envuelta en aquel atuendo rojo sangre. Se me ceñía a los brazos y a la cintura, desprovisto de escote en pos de exhibir mi espalda en toda su totalidad. Sensual, ligero, absolutamente hechizante.

Unos pasos, alguien se acercaba a mí. Me obligué a no mirar hasta que se reflejó en el espejo. Clavé la mirada en sus ojos verdes. Valentino no respondió al contacto visual, se centró en observar la piel de mi espalda.

Su presencia, engalanada con aquel traje de gala, más que resultarme hermosa, me suscitó una intimidación que cerca estuvo de hacerme temblar. Quizá tuvo mucho que ver que sus dedos se apoyaran en mi piel.

Los deslizó con suavidad, sin dejar de observar cómo iba estremeciéndome. Terminó por rodearme la cintura con más suavidad de la que cabía esperar.

—Estás increíble. Toda una soberana —sonrió.

—Es de muy mal gusto que nos compares con la realeza.

—Cierto, porque somos mucho más que eso. —Chasqueó la lengua y a continuación escondió su rostro en mi cuello. Trazó una línea con sus labios hasta llegar a mi oído—. Brillarás por encima de cualquier mujer. Te envidiarán.

No podía moverme. Bueno, en realidad, sí. Pero Valentino era alguien bastante violento y no había nadie cerca para evitar lo que pudiera hacerme. Debía mantener la compostura todo lo posible.

—¿Por qué lo harían? —inquirí bajito.

—Son muchos los que desean estar en tu posición, amor. —Me acarició el cuello—. Con Roma a tus pies, conmigo a tu lado.

Al vernos en aquella posición, en medio de un retorcido abrazo, me di cuenta de que mis deseos y los suyos habían entrado en confrontación desde el primer instante. Se había creado una brecha insalvable que solo podría resolverse si uno de los dos caía. Lejos quedaba la idea de vencer o quizá perder. Ambas posibilidades nos arrebatarían algo indispensable.

«¿Cómo estás tan segura?», dijo mi fuero interno. «Simplemente, lo sé», respondí.

—Anoche dijiste que te gustaría saber en qué pienso —me atreví a hablar, logrando que Valentino dejara de prestar atención a mi piel y me mirara—. ¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres saber lo que estoy pensando en este preciso momento?

Él se humedeció los labios, interesado en oírme. Me armé de valor y me di la vuelta para mirarle de frente. No apartó las manos de mi cintura, las acomodó para atraerme hasta su pecho. Pero yo ya contaba con aquello cuando decidí jugar a ser destructiva. Así que alcé el mentón y soporté estoicamente la corta distancia que me separaba de sus labios.

—Eres un necio —murmuré. Su expresión se endureció—. Un necio con aires de grandeza. Incapaz de lograr las cosas por sí mismo. Un maldito farsante. —Apretó los dientes. No me quitaba ojo de encima—. Si la gente supiera eso de ti, la envidia sería el último de los sentimientos.

—¿Pero sabes con qué me quedo, Kathia? —susurró. Su aliento derramándose en mis labios—. Prefiero ser un necio, como tú dices, a ser un valiente convertido en esclavo de las decisiones de los demás.

Tragué saliva al tiempo que sentía como una oleada de rabia ascendía por mi vientre. Que mencionara a Cristianno tan explícitamente fue tan cruel como el hecho de saber que tenía razón. Y yo tenía mucho que ver.

«No muestres vulnerabilidad», me ordené. Y entonces sonreí sin imaginar que él también lo haría.

—Vosotros dos —exclamó Marzia de súbito—. ¡Venga, tenemos que irnos!

Me alejé de Valentino, cogí la chaqueta y salí de mi habitación caminando airoso. El tacón de mis zapatos resonando en todo el pasillo, la rabia convirtiéndose en una extraña sensación de siniestra entereza.

Bajé las escaleras siguiendo los pasos de Marzia. Enrico esperaba en el vestíbulo junto a Angelo y Olimpia. Acababa de llegar.

—¿Dónde estabas? —preguntó Marzia por lo bajo.

—Asimilando que voy a pasar tres horas sentado a tu lado.

La frialdad con la que sonó la voz de Enrico me resultó escalofriante. Quizá porque su rostro no la mostró en absoluto.

Marzia contuvo una exclamación de puro enfado mientras su esposo echaba mano al paquete de tabaco que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta. Cogió un cigarrillo y se lo prendió antes de soltar el humo con una sonrisa.

Indignada, Marzia se lo arrebató y lo tiró al suelo.

—Sabes que no me gusta que fumes —gruñó y entonces Enrico se acercó a ella de modo que parecía dispuesto a besarla.

Sin embargo, le susurró algo que cambió el rostro de la Carusso. Tragó saliva y salió de la casa seguida por sus padres.

Enseguida me acerqué a él.

—¿Qué le has dicho? —pregunté mientras se encendía otro cigarrillo.

—Nada bueno —me aseguró dejándome entrever al mafioso que habitaba bajo su amabilidad y aquel aspecto arrebatador—. ¿Estás bien?

—No.

—Yo tampoco —murmuró.

—Enrico. —Di un paso al frente—. ¿Nuestra vida siempre fue así de perversa?

El asombro cruzó sus ojos. No esperaba que hiciera ese tipo de pregunta y mucho menos que hubiera descubierto que, en efecto, aquella vida era una maldita basura que no dejaba de producir porquería.

—Si hubiera tenido elección, habría dado lo que fuera por ahorrártelo —confesó extrañamente alicaído.

Justo entonces una punzada de dolor me atravesó la cabeza. Fruncí el ceño llevándome una mano a la sien. Ya me había tomado un analgésico, pero no se iba.

—Está maldita jaqueca me está matando —me quejé cuando Valentino apareció y me cogió del brazo.

—Se te pasará en cuanto entremos al teatro. Vamos.

Cristianno

Me había hecho con el control de la cabina de seguridad del teatro. No era el mejor de los escondites, pero me aseguraba dos cosas: no ser visto por ningún invitado y tener acceso a todo el perímetro sin levantar sospecha.

Veintiséis pantallas, la mayoría mostrando una visión de diversos sectores, como las escaleras o la entrada a los baños; también la del aparcamiento de personal, donde esperaba Mauro. Las principales se centraban en los pasillos y en la entrada. Esta última la tenía delante. Así que pude ver la llegada de cada uno de los invitados.

La aparición de Kathia con Valentino suscitó un gran revuelo entre los medios, más incluso que la asistencia de algunos famosos o el propio alcalde de Roma, Adriano Bianchi. Decenas de fotógrafos se habían concentrado a los pies del Teatro dell'Opera, lanzando sus *flashes* para capturar cada segundo.

Estaban encandilados con la presencia de tanto personaje importante y los aclamaban sin imaginar que aquella era la mayor congregación de estafadores que verían jamás. Solo unos pocos se libraban de la ignorancia y eran quienes ayudaban a que la situación no se desmadrara llegado el momento.

Periodistas de plantilla, así los llamaba mi abuelo. Hombres más dispuestos a ser sobornados que responsables con su trabajo.

El guardia gruñó. Estaba despertando del cloroformo y enseguida puso todo su empeño en desatarse las manos. Lo había maniatado y amordazado

en una silla después de enfrentarle al entrar. De eso hacía poco más de una hora, lo que me aseguraba un buen rato más si volvía a dormirle.

Eso hice, y a continuación regresé a mi asiento. Yo ya sabía que había perdido la cabeza, pero tenía que hacerlo.

Respiré hondo y me centré en las pantallas. Pude ver cómo el orgulloso alcalde se apeaba de la limusina, colocándose bien la chaqueta de su esmoquin. Le ofreció una mano a su bendita esposa, Annalisa Costa. Como era habitual, ella iba embutida en un vestido muy poco favorecedor de color dorado.

Enseguida atendieron a los medios. Todo lo contrario a Angelo y Olimpia, que pasaron de largo haciendo caso omiso a las peticiones de los reporteros.

Verles me produjo un fuerte escalofrío. Resultaba muy desquiciante saber todo lo que habían sido capaces de hacer. La maldad en ellos parecía no tener límites.

El bullicio me alertó. La presencia de un nuevo coche oficial anunciaba la llegada de Valentino y Kathia dado que el resto de invitados ya había entrado al teatro y se estaban acomodando en sus asientos.

Tuve un espasmo y el pulso se me disparó. Por más hondo que respiré fui incapaz de controlar mi aliento y empeoró cuando vi a Valentino salir del coche. Su fino rostro mostró una sonrisa exultante antes de extender su mano hacia el interior del coche. Sus dedos se enroscaron a los de Kathia, y apreté los dientes con los ojos clavados en la pantalla.

Lo primero que pude ver de ella fue su largo cabello, que ondeó con la brisa helada que corría. Reaccionó distante cuando Valentino trató de cogerla de la cintura, pero yo no pude ver más.

Tan solo tenía ojos para Kathia.

Pensar que una vez toqué su piel, que estuve dentro de su cuerpo, que pude adorarla sin restricciones.

Acerqué una mano a la pantalla y acaricié su imagen a tiempo de verla temblar. Los *flashes* la cegaron, los gritos la abrumaron. Kathia no sabía hacia dónde mirar. Simplemente soportaba aquel instante encaramada a un Valentino que no la liberaba.

Kathia

Por un segundo, un pequeñísimo instante, creí que me desplomaría. Las piernas apenas me respondían. Mi propio aliento me ensordecía, incluso por encima de todo aquel gentío gritando mi nombre en un distorsionado intento por llamar mi atención. Pero es que no supe qué hacer. De nada me había valido prepararme durante el trayecto o incluso recurrir a los hostigadores consejos que Valentino me había dado mientras yo oteaba las calles.

«Calla, obedece, sonrío, camina erguida, sé amable». Aquel bullicio me exigía algo que yo no era. Ni popular ni merecedora de reconocimiento ni célebre o aristócrata. Simplemente había sido criada en el seno de la burguesía y eso no era motivo de alabanzas, sino un dato como otro cualquiera, joder.

Temblé de frío y de aprensión. La cabeza me iba a estallar, el dolor no dejaba de crecer. Los periodistas me empujaban, me gritaban preguntas que siquiera entendía, y lo soporté aferrada a un Valentino que se abría paso hacia el vestíbulo del teatro con una sonrisa en la boca.

Levanté la cabeza, miré a mi alrededor. Le busqué. Maldita sea, le busqué entre la gente, tirando por tierra mis ruegos. Cristianno no debía aparecer por allí, ya había arriesgado bastante entrando en el perímetro de la mansión. Su atrevimiento podía costarnos caro. Pero solía caer en contradicciones cuando se trataba de él.

«Te necesito tanto», sollocé en mi cabeza. Tenía ganas de llorar, de aferrarme a Cristianno con todas mis fuerzas. Y si ello me convertía en una estúpida y caprichosa descerebrada, bien, lo era y no me importaba.

«No aparezcas, Cristianno. No vengas, por favor».

Finalmente entramos. Me preocupé tanto por recuperar el aliento que ni siquiera me di cuenta de que nos guiaron hasta el segundo piso y entramos al palco que se nos había asignado. Allí dentro nos esperaban dos guardias de Valentino. A uno de ellos ya lo conocía de Pomezia, pero al segundo no y fue quien más miedo me suscitó.

Me apoyé en la pared y alejé las manos de Valentino cuando intentó cogermme para sentarme en la butaca.

—Necesito ir al baño —jadeé. Estaba mareada.

—Giordano puede facilitarte un analgésico y agua. —Señaló al tipo espeluznante—. La obra va a empezar.

—¿Ves que me importe la obra?! —exclamé volviendo a apartar sus manos—. Necesito ir al baño. Tengo que despejarme un momento. —Me lancé a la puerta antes de echarle un vistazo al esbirro—. No hace falta que me sigas.

Y salí de allí casi al tiempo que los primeros aplausos estallaban. Se oyeron ahuecados y distantes, como si el silencio y la quietud del pasillo pertenecieran a otra dimensión, una en la que pude caminar tranquila hacia los baños que había al otro lado.

Mentiría si no admitiera que por momentos tuve que ayudarme de la pared. No estaba segura de cómo soportaría casi tres horas de ópera.

Cristianno

Cuando Kathia entró dentro del palco pensé que tardaría en volver a verla. Valentino seguramente no le consentiría que se ausentara. Pero me equivoqué.

Apenas habían pasado unos minutos, que Kathia salió tambaleante y cerró la puerta de un portazo. Estiró una mano en busca de la pared y comenzó a avanzar con lentitud y una pesadumbre que nunca le había visto. La falda se le enroscaba a los tobillos con el vaivén inestable. Hubo un tramo que incluso lo recorrió con los ojos cerrados.

Seguí su camino a través de las cámaras, impacientándome, preguntándome si aquel sería un buen momento para aparecer ante ella y pedirle que me dejara abrazarla. Pero ante una situación así, no había espacio para los miedos y las dudas.

Se detuvo frente a la puerta del servicio de mujeres y entró. Nadie la siguió. No había seguridad cerca del perímetro ni tampoco en mi camino hacia la zona. Todo estaba despejado. Aquella era una gran oportunidad.

Me puse en pie. Estaba nervioso. La pequeña pantalla que mostraba la sección visible de los baños me dejó ver como Kathia se mojaba el rostro y se contemplaba en el espejo.

Arranqué el cable de conexión y eché a correr. Había memorizado el trayecto, así que no me paré a mirar si me seguían. Tan solo corrí con desesperación y una agonía que apenas me dejaba respirar.

Al llegar y apoyar la mano en el pomo cerré un instante los ojos y traté de recuperar el aliento. Me temblaban la punta de los dedos, creí que el corazón se me saldría por la boca.

«Si entro...». Apreté los dientes, agaché la cabeza. «Si entro, puede que sea el final».

Abrí la puerta.

Sería cauteloso. Tantearía cada paso que diera. Y si la situación se tornaba insoportable, saldría corriendo. Daría una despedida simple y saldría corriendo hasta quedarme sin mundo. Porque después de Kathia, seguramente ya no quedaría nada.

Entré casi al tiempo que ella ahogaba una exclamación. El sobresalto terminó empujándola contra la pared, arrancándole un temblor que atravesó todo su cuerpo. Estuve seguro de que esperaba a cualquiera, menos a mí. De hecho, casi me pareció que se preparaba para enfrentarse a Valentino, tanto que incluso se permitió ojear la ventana que había a un par de metros.

Cerré la puerta, me apoyé en ella, bloqueé el pestillo y lancé el cable a la papelera. De pronto me sentía debilitado. Los ojos grises de Kathia abriéndose de par en par, atrapándome en una vorágine de emociones que por poco me hizo gritar. Titilaban, se habían dilatado, enrojecido y clavado en mí como si yo no fuera algo real. Como si la evidencia fuera demasiado difícil de asumir.

Aquella no era la mirada que esperaba encontrar. Había pensado en las diversas versiones que tendría su rechazo. Melancolía, nostalgia, dolor, tristeza, resignación. En ninguna de esas versiones valoré la posibilidad de toparme con lo contrario. La necesidad, la ratificación de nuestros sentimientos, la negación a ignorarlos. La pasión, más viva que nunca.

Kathia no se había rendido. No olvidaría tan fácilmente lo que teníamos ni tampoco lo rechazaría. Porque no quería. Ninguno de los dos lo queríamos.

Existía la culpa, eso sí. El remordimiento de estar sintiendo algo prohibido, algo que no estaba bien. Pero eso no había sido error nuestro. Y aunque no pudiera decírselo, era bueno que al menos uno de nosotros lo supiera.

Di un paso, muy lento. Me moví por inercia, impulsado quizá por su reacción. Aun así, me sentí inestable. Todavía nos separaban un par de

metros, era demasiado pronto para confirmar que nos teníamos.

Tragué saliva, los nervios habían alcanzado su punto máximo. El aliento convulso, las manos trémulas, el pulso acelerado. Y continué avanzando porque lo único que quería era tocar a esa chica hasta olvidarme de todo.

Kathia

Aquello no eran imaginaciones. No estaba delirando. Cristianno estaba allí, compartiendo el mismo aire que yo trataba de respirar. Me sentí demasiado pequeña para albergar tantas sensaciones.

Pero, sobre todo, debería haber sentido miedo. Su obstinación se había impuesto. Sin embargo, verle fue casi tan desbordante como el error que había cometido al venir al teatro.

El modo en que me observaba, tan intenso y abatido, me abrumó hasta cortarme el aliento. Cerré los ojos un instante, el lugar se había llenado con su aroma, sentía como me envolvía.

A Cristianno no le pesaba quiénes fuéramos y a qué nos exponíamos. Le daban igual todas las verdades que habíamos descubierto por separado. Sencillamente había arrancado todos esos hechos y se había quedado con la esencia.

Una pequeña lágrima atravesó mi mejilla al tiempo que las piernas me flaqueaban. Ya sabía que no caerían, pero aun así apoyé la palma de las manos en la pared y volví a mirarle. Estaba muy cerca, si estiraba un brazo podría tocarle sin interrupciones y esa idea hizo que mi cuerpo se sacudiera con brusquedad.

Inesperadamente, un calor serpenteó por mi pecho y se asentó en la parte baja de mi vientre. Logró arrancarme un gemido cuando asumí que la necesidad de tener a Cristianno se había convertido en una excitante urgencia.

Apreté los muslos. Me ardían y sentía una voraz humedad quemándome por dentro, rogando atención. No lo soporté mucho más tiempo.

«Es tu primo», me recordó mi fuero interno. «No me importa». Y me dieron igual las consecuencias. Aquel momento sería solo nuestro.

Entonces estiré un brazo, estrujé la tela de su chaqueta y tiré de él con violencia. Cristianno se dejó llevar y terminó estrellándose contra mí para empujarme a la pared y atraparme con su cuerpo. La maniobra me arrancó un quejido que se vio asfixiado por su boca. Y me enloqueció porque olvidamos la ternura o la delicadeza y simplemente fuimos lo que queríamos ser. Puramente viscerales.

Nos engullimos entre besos airados y caricias precipitadas, porque de algún modo todavía no podíamos creer que nos tuviéramos.

Capturó mis muñecas y estiró mis brazos por encima de la cabeza. Su lengua abordó la mía iniciando así una coreografía de acometidas que terminaron de excitarme. Jamás nos habíamos besado de un modo tan autoritario y exigente. Nunca había sentido el corazón al borde de estallarme en mil pedazos por culpa de la exaltación.

Cristianno decidió liberar mis manos. Bajó las suyas por mis brazos y capturó mis pechos con rudeza mientras insistía en un beso voraz y cargado de desesperación. Clavé mis dedos en sus hombros. Le empujé aún más contra mí, hasta sentir su poderosa erección pegada a mi pelvis. La estancia se llenó de gemidos y resuellos. Ascendió el calor hasta rayar la locura y aun así no fue suficiente. Quería más, deseaba que fuera más intenso, más primitivo.

Separé un poco más los muslos, traté de mover mi cintura en busca de acoger aquella dureza y abrí la boca cuando la sentí tan vigorosa armada en mi centro. Ambos gruñimos de placer. Nos tembló el cuerpo. Me asaltó un fuerte hormigueo entre las piernas, una apremiante exigencia.

Entonces comencé a frotarme contra su erección. De arriba abajo, de un lado a otro. Noté como crecía cada vez más, hasta el punto de tensar la tela de su pantalón. Cristianno había comenzado a gemir entre beso y beso, y de pronto se detuvo a tragar saliva. Apoyó su frente en la mía con la mandíbula tirante y los ojos apretados. El cuello se le había entiesado. Una fuerte sacudida recorrió sus hombros y yo continué friccionando contra él porque quería empujarlo al límite.

Ni siquiera le di un instante para que recuperara el aliento, me gustó muchísimo lograr aquella reacción en él, tan vulnerable y encendida al mismo tiempo. Fue como si estuviera parándose a asimilar todo lo que deseaba hacer en ese momento y qué tan bienvenido sería.

Pero Cristianno desconocía que yo necesitaba lo mismo que él, de la misma manera que lo imaginaba. Sin cortesías ni consideraciones. Lo deseaba impulsivo, estridente. Incluso áspero.

Decidió arremeter y me devoró en un beso cruel que sentenció con una embestida. Esa vez fui yo la que gimió de placer sin imaginar lo que estaba por venir. Deslizó una mano hacia mi nalga y apretó con fuerza mientras la otra navegaba hacia abajo.

En un movimiento desesperado, Cristianno levantó la falda de mi vestido. Sus dedos acariciaron la cara interna de mis muslos abriéndose paso con premura. Incliné la cabeza hacia atrás y tragué saliva al notar como se apoyaban en mi centro y comenzaban a palpar la zona haciendo perfectos círculos.

En ese preciso instante, Cristianno se dio cuenta de que necesitaba de su rudeza, que quería algo que solo él podía darme. Y de pronto me abordó la realidad de todo aquello. El error tan grave que estábamos cometiendo. Aceptar a mi primo y convertir mi amor por él en algo inaceptable.

—Cristianno... —resoplé convulsa. No me atreví a terminar.

No, en realidad no se debía al atrevimiento, sino a la consciente gravedad de la situación. Pero sus dedos seguían moviéndose y sus ojos se clavaron en los míos. Me desafiaron al mismo tiempo que me revelaron que a él poco le importaba la mierda que existiera tras la maldita puerta de aquel baño.

Encerrados allí dentro no existía nada ni nadie, más que nosotros y nuestras decisiones. Ya no podíamos parar, y contuve un grito al alcanzar el orgasmo confirmando casi a la misma vez que, en efecto, me daba igual quién fuera Cristianno Gabbana.

Me desplomé sobre sus brazos y busqué su boca, ansiosa de más placer. Sus dedos continuaban apoyados en mi entrepierna, pero ya no se movían. Lo hice yo. Fui yo la que le exigió que se saltara todas las reglas y prolongara aquel momento.

—Cristianno... —volví a jadear.

—¿Qué? —susurró en mi boca—. Vamos, pídemelo, Kathia. Pídelo. Necesito oírtelo decir. —Su voz era tan oscura, tan peligrosa.

—Quiero que me folles —le exigí y él respondió de inmediato.

Capturó mi trasero y me empujó hasta subirme a horcajadas. Enrosqué mis piernas a su cintura y enredé mis dedos en su cabello tirando un poco

mientras Cristianno me llevaba hasta la encimera del lavamanos. Me sentó sobre el mármol y enseguida levantó la falda. Dejó que yo me encargara de desabrochar su cinturón y bajarle la cremallera.

Atrapé su labio inferior entre mis dientes antes de meter una mano bajo el pantalón. Capturé su miembro y ahogué con un beso el quejido de placer que eso le produjo. Después miré hacia abajo. Sus dedos clavados en mis muslos, los míos aferrados a su erección, acariciándola de la base a la punta.

Me hubiera gustado tener la oportunidad de desnudarnos por completo, de volver a ver su asombroso cuerpo frente a mí antes de aceptarlo en mi interior, justo como ocurrió la primera vez que lo hicimos. Pero supimos conformarnos con aquello, aunque no fuera suficiente.

Insistí en la fricción, al menos hasta que Cristianno apartó mis braguitas y acarició mi húmeda entrada con uno de sus dedos. Para entonces él tomó el control. Acomodó su pelvis entre mis piernas, cogió su dureza y entró en mí con una fuerte embestida.

Tuve que taparme la boca para acallar el gemido que me abordó. Él, en cambio, optó por esconder el rostro en mi cuello. Esperamos unos segundos para aclimatarnos y entonces comenzó a moverse lento.

Me aferré a sus nalgas, quería que me acometiera con más fuerza. Y obedeció. Poco a poco, se liberó de delicadezas y se dejó llevar por sus instintos más primarios.

Una de sus manos navegó hasta mi nuca, la atrapó bruscamente y apoyó su frente en la mía. Nos miramos con fijeza. Los rudos embates crecían desbordantes. El placer se tornó tan doloroso como extraordinario. Me sentía al borde de una explosión que me quemaba el cuerpo. Ese corto espacio que nos separaba se llenó de gemidos y reclamos tartamudeantes.

Pero no dejamos de mirarnos.

Sus ojos terriblemente azules clavados en los míos.

Cristianno estaba follándome como le había pedido, como él mismo deseaba hacerlo. No dejaba de embestirme contra el frío mármol, y me enloqueció. Me deleité con aquella exuberante plenitud. No nos valía el amor o el sexo, solo buscábamos alcanzar el punto de liberación que nos recordara que todavía éramos nosotros mismos y que nos teníamos por encima de cualquier circunstancia. Como si de esa forma fuéramos a lograr un momento de alivio.

Acerqué mis manos hasta sus mejillas y capturé su rostro. Él cerró los ojos, pero pudo ver que se me habían escapado algunas lágrimas y emitió un quejido antes de que yo pudiera silenciarlo con mis labios.

Aquel gesto lo cambió todo. Mantuvimos el ritmo frenético y desesperado, perfectamente acompasado entre los dos. Pero Cristianno ya no me acariciaba con rudeza, sino que bajó hasta mi cintura y rodeó mi espalda en un intenso abrazo.

Me eché a llorar. La tristeza y el placer más absoluto me abordaron del modo más agonioso, mezclándose entre sí hasta hacerme asumir que, tras ese instante, la realidad nos golpearía de nuevo.

Esa despedida inminente, ya podía verla frente a mí.

Cristianno lo dedujo casi al mismo tiempo y, aunque no pudiera verle, supe lo que significaba para él, porque sus gemidos ahora se parecían más a un sollozo.

Sin embargo, insistimos en ese sexo impulsivo, ahora un poco más cruel y desolador.

El orgasmo me abordó electrizante, atravesando mis piernas hasta la punta de mis pies un segundo antes de que Cristianno también lo alcanzara. Culminó en mí, llenándome de un calor que no tardó en inundarme.

Acogí sus espasmos aferrándome a él, tratando de imaginar cómo sería hacer el amor sin la sombra del miedo acechando constantemente.

Se desplomó sobre mí, agotado, pero sin menguar la intensidad de su abrazo. Acariciaba mi espalda desnuda mientras sus labios se paseaban temblorosos por mi cuello hasta situarse sobre el lóbulo de mi oído. El sonido de su respiración entrecortada me pareció la melodía más desconsolada que había escuchado jamás.

No me gustó, mucho menos después de lo que habíamos hecho. Pero no podía culparle de algo que yo también estaba sintiendo, ese vacío que nos golpeó en cuanto la euforia decidió abandonarnos.

Todavía le tenía dentro, vigoroso y latente, prolongando el calor de una culminación que había sido tan extasiante como feroz. Si decidía buscar sus labios y besarle, estaba segura de que podríamos volver a hacerlo. Porque el deseo que me despertaba Cristianno no se agotaba nunca.

Sin embargo, aquello ya no iba de delirios apasionados.

Ambos sabíamos que el peso de nuestros problemas no nos dejaría siquiera darnos una despedida decente.

Me aferré a él con más pujanza y enterré mi nariz en su cuello dispuesta a memorizar su cautivador aroma. El gesto hizo que Cristianno entrara más en mí, provocándonos un latigazo de placer. Quería absorber aquellos últimos minutos juntos.

—¿Es suficiente? ¿Soy... suficiente? —tartamudeó de improviso, arrancándome una exclamación que terminó muriendo en su mandíbula.

Las lágrimas reclamaron salir. Querían derramarse sin control, arrastrarme a un llanto muy difícil de disimular. Cuando decidiéramos salir de allí, no podría esconderme de nadie.

Tragué saliva, me humedecí los labios con urgencia y traté de mirarle. Al principio, Cristianno se resistía a cambiar de posición, no quería mostrarse ante mí. Seguramente porque no confiaba en mi respuesta.

Mi corazón ya había confesado a través de mi cuerpo. Pero era cierto que la carne no siempre tenía una respuesta concluyente. Que el razonamiento no se basaba simplemente en los deseos primarios.

Tenía que oírmelo decir. Debía saber que era capaz de cualquier cosa por estar a su lado y que todas las malditas verdades que nos arrojaran no cambiaría esa realidad.

Conseguí capturar su rostro y obligarle a mirarme. Tardó en abrir los ojos, pero cuando lo hizo casi lo lamenté. Aquellas pupilas azules, siempre tan llenas de firmeza y seducción, habían sido engullidas por un enrojecimiento que terminó por empañarlas.

Acaricié sus párpados llevándome conmigo la sutil humedad que los definía. Llorar habría sido mucho más soportable.

Extendí el contacto hacia sus cejas, después la sien y a continuación besé cada rincón que había tocado con mis dedos. Cristianno se dejó llevar conteniendo una respiración que de vez en cuando surgía trémula.

Entonces volví a mirarle.

—Lo eres todo —le aseguré—. Lo eres absolutamente todo. —Fue una sentencia que terminó por arrancarle un gemido.

Yo ya sabía que estaba mal, que nuestra relación se vería estigmatizada por la sangre. Pero me daba igual porque estaba muy segura de algo y es que la toxicidad nunca fue nuestra. No cabía en algo tan puro y honesto.

Capítulo · 36

Cristianno

No fue fácil despedirnos después de lo que había pasado. Los restos de un sexo tosco e irracional todavía navegaban por mi cuerpo, mezclándose con el vacío que Kathia había dejado al desaparecer por el pasillo.

Me quedé allí plantado observando su extensión. Los cortinajes rojos, los bancos de madera oscura, las lámparas emitiendo una luz anaranjada. La voz de una cantante de fondo. Detalles que no me importaron. Excepto por mis pies plantados en medio de todo aquello.

Cerré los ojos un momento. El tacto de su piel perduraba en la punta de mis dedos. Mi entrepierna todavía se contraía. No me sentía orgulloso de haber sucumbido a un deseo tan feroz. Jamás me había pasado, ni siquiera cuando gozaba del sexo sin estar enamorado.

Pero es que nunca antes había tenido entre mis brazos a la persona a la que quería entregarle todo de mí. Y me atormentaba saber que de algún modo no estaba siendo leal con ella.

«Lo eres absolutamente todo». Su voz me inundó de nuevo y creo que fue lo que me dio fuerzas para caminar.

«Lo entenderá», me dije. Kathia entendería mis reservas, así como yo había aceptado que ella obedeciera a los Carusso en pos de protegerme. Porque ambos deseábamos lo mismo, aunque ello nos empujara a cometer actos con los que no estábamos de acuerdo.

«Sí, lo entenderá, porque amarla es incluso más importante que respirar».

Cogí el móvil y avisé a Mauro. Tardaría un par de minutos en llegar hasta él. Era un recorrido muy sencillo y sin peligros. O eso creí hasta que se me erizó la piel de la nuca.

Alguien me seguía.

Eché un vistazo rápido. Había llegado hasta la conexión entre dos pasillos, pero allí no había nadie. Quizá mis instintos me habían jugado una mala pasada, era obvio que todavía me sentía muy inestable.

Pero mis brazos se tensaron y mis pulmones trataron de dosificar mi aliento. Estaba demasiado seguro de lo que se avecinaba y lamenté no haber cogido mi arma.

—Parece que la noche se ha puesto muy interesante, ¿verdad, Gabbana? —Aquella robusta voz reverberó a mi alrededor.

Me di la vuelta, despacio. El tipo sonreía complacido. Toparse conmigo le haría ganar puntos con su jefe.

Le conocía. Era esbirro de los Bianchi y trabajaba estrechamente con Valentino como uno de sus guardias personales. Creo que se llamaba Giordano y era un sanguinario. Pero contar con aquella información no fue lo más preocupante.

Torcí el gesto y entrecerré los ojos. Si sus hombres sabían de mi presencia, Valentino también. Lo que exponía a Kathia a una reacción muy violenta.

Cerré mis manos hasta convertirlas en puños. Giordano, mientras tanto, echó mano a su teléfono.

—Creí que el Bianchi había perdido la cabeza cuando me dijo esta tarde que accediera al circuito interno de la seguridad del teatro. —Apreté los dientes. No podía dejar de mirarle—. Pero el muy cabrón no se ha equivocado al sospechar.

Me mostró la pantalla. En la imagen se nos veía a Kathia y mí en pleno acto, aferrados el uno a al otro. Giordano había seleccionado el momento en que culminábamos como si fuera una especie de broma pesada.

Valentino lo había sabido desde el principio y, sin embargo, nos había permitido terminar. Una jugada con la que no había contado, fruto quizá de la pesadumbre y desconcierto.

Pero era muy tarde para lamentarse, ya había captado el mensaje. El Bianchi quería una excusa para eliminarme de forma legítima y yo se lo había servido en bandeja de plata. Así que lo único que me quedaba era actuar ante las represalias y menguar el daño todo lo posible.

Sabía que pronto intervendrían más esbirros. Pero los segundos que les tomara reaccionar podían darme la posibilidad de atacar a Giordano, quitarle el arma y hacer frente al ataque.

Mauro estaba en el aparcamiento privado. Tan solo tenía que bajar las escaleras y advertirle.

«Escaleras», me dije. La puerta de la salida de emergencia estaba a espaldas del tipo.

Podía salir bien. Debía intentarlo y poner a Kathia a salvo de las decisiones de Valentino. Todavía tenía una oportunidad.

—¿Te has divertido metiéndosela a la Carusso? Por sus expresiones, parece que ella ha disfrutado bastante. —Se animó a echar un vistazo—. Lástima que no hayamos podido oírla gemir como la perra que es.

No lo pensé demasiado y ataqué. Me lancé a él con tanta rudeza que la puerta de emergencia resonó tras el impacto. Ambos salimos despedidos hacia el rellano. Apenas había luz, pero había contado con ello.

Le di un puñetazo en el estómago y esperé a que se contrajera para golpear su mandíbula. Surtió efecto y me dio la ventaja de coger su revólver y apuntar a la puerta a tiempo de disparar a un hombre.

Se desplomó casi de inmediato, entorpeciendo la intervención de su compañero. Estaba sentenciado, mis dedos eran veloces y no me costaría atravesar su cabeza. Pero la bala salió desviada hacia el techo al recibir un revés de Giordano.

La pistola se me cayó al suelo y me tambaleé hacia las escaleras. Pero el tipo evitó la caída y me estrelló contra la pared. El gesto me alertó de las órdenes que había recibido y es que Valentino no quería que sus hombres me liquidaran sin estar él mismo delante.

«Quiere que Kathia lo vea».

Gruñí hasta convertir mi voz en un grito severo y arremetí con todo capturando el cuello de Giordano. Sus huesos crujieron, un impulso más y se lo partiría. Él lo supo y lo evitó girando hacia un lado y dándome un fuerte codazo en la cara que me lanzó al suelo.

La pistola estaba a mi alcance. Tan solo debía estirar el brazo. Lo habría logrado si uno de los esbirros no me hubiera empujado hasta ponerme en pie. Volvió a golpearme. Este era un poco más pequeño, no me costó tanto contraatacar. Le di una patada en las pelotas, cogí su cabeza y la estrellé contra la baranda hasta dejarlo inconsciente.

Todo fue muy rápido, torpe y salvaje. De nada sirvieron las destrezas que cada uno tuviéramos. En un espacio tan reducido, tres hombres contra uno podían hacer muchas cosas.

Súbitamente, sentí un dolor punzante en el costado izquierdo. Me abordó con violencia al tiempo que alguien me capturaba por detrás y me estampaba un pañuelo húmedo en la boca. El grito de dolor murió en la tela y no asumí que me habían apuñalado hasta que el tipo extrajo el cuchillo.

Noté como la afilada hoja me abría la carne. Incluso sentí el brote de sangre que se derramó. Pero el daño no fue tan grave como esperaba. El cloroformo lo menguó bastante. Me quedaban segundos de consciencia y en un último intento reuní todas las fuerzas que me quedaban y atacué el costado del tipo.

El golpe fue tan duro que tuvo que soltarme para coger aliento. Me desplomé en el suelo. Quise encogerme y taponarme la herida. Quise convencerme de que aquella lesión no me impediría continuar, que no había inhalado el suficiente cloroformo como para tumbarme.

«Levanta, Cristianno. Kathia te necesita», me insté y lo intenté. De verdad que lo intenté. Sin embargo, poco importaron mis empeños. No pude. Y la sangre no dejaba de salir.

Capítulo · 37

Kathia

Al entrar al palco, me sorprendieron dos cosas y ambas tuvieron que ver con Valentino. Estaba de pie y su rostro mostraba una sonrisa un tanto confusa. No era nada que no hubiera visto antes, al Bianchi se le daba muy bien ser siniestro. Pero esa vez, su presencia escondía intenciones mucho más graves. Algo de mí lo supo bien y por eso un denso terror me inundó de súbito.

Empezó con un intenso escalofrío y se propagó como un virus. Valentino no me quitaba ojo. La penumbra que entrecortaban su cara me permitió ver el destello que atravesó su mirada. Había descubierto mi miedo, le satisfizo y decidió jugar con él.

—¿Cómo llevas ese dolor de cabeza?

Tragué saliva. El temblor se instaló con tanto brío que incluso se adueñó de mis labios. Tuve que apretar los dientes para que no me castañearan. No tenía sentido reaccionar así. A Valentino no le interesaba crear un conflicto en un lugar como el teatro.

Pero Cristianno estaba en el recinto y el Bianchi lo sabía. Maldita sea, y tanto que lo sabía.

Se acercó a mí caminado lento, alargando una agonía que me gritó que echara a correr y me largara de allí cuanto antes.

«Cristianno está en peligro». Pero no saldría del maldito palco hasta que Valentino ordenara lo contrario y así lo obedeció su esbirro al apoyarse en la puerta. Estaba atrapada.

Retrocedí todo lo que pude hasta toparme con la pared. La sonrisa del Bianchi se convirtió en una mueca desquiciada y sus ojos, dos piedras negras. No supe descifrar si sentía odio, repulsa, indignación, rabia. Quizá era una combinación de todas. Pero estaba segura de algo, no sería sencillo

complacer sus emociones. No creí que negociar con él me diera oportunidad alguna de parar lo que sea que estaba por pasar.

Torció el gesto, miró mi boca. Se permitió pasarse la lengua por los labios y coger aire con aparente tranquilidad. El aturdimiento fue en aumento, justo como él quería. Me pareció increíble que aquel hombre, de apenas veinte años, fuera capaz de intimidar de un modo tan cruel.

Inesperadamente, levantó una mano y la acercó a mi mejilla. Apreté los ojos al sentir cómo me acariciaba. El miedo se asentó en mi vientre, no me dejaba respirar. Insistía en buscar una escapatoria que nunca podría darse.

Su mano bajó hasta mi cuello. Observó el gesto con una sádica atención y entonces apretó y terminó de empujarme contra la pared. Una amenaza, tal vez una agresión física como una bofetada, hubiera sido mucho mejor que sentir los dedos de su otra mano subiendo por mi muslo.

Se abrió paso observando cómo contenía el aliento y desviaba el rostro. Evitar sus intenciones fue imposible. Me tenía completamente acorralada. Y gimoteé porque el miedo casi era un ente de carne y hueso. Nadie escucharía mis reclamos por encima de la música, nadie haría nada por evitarlo, y por mucho que asumiera que acababa de convertirme en una marioneta a merced de las decisiones de Valentino, nada cambiaba el pavor que sentía. Por mí, por Cristianno.

«Dime que ya no estás aquí. Dime que te has ido, por favor», rogué al tiempo que una lágrima atravesaba mi mejilla.

Los dedos de Valentino se apoyaron en mi centro. Tragué saliva ante la intrusión, creyendo estúpidamente que mi reacción le detendría, que todavía le quedaba una pizca de decencia y nos ahorraría a los dos el momento de ser ultrajada delante de uno de sus hombres.

Pero esa idea no hizo más que animarle a seguir. A Valentino le encantó poner a prueba su nivel de crueldad y apartó la tela de mis braguitas para tocarme sin restricciones.

Me entiesé de puro espanto, sollocé balbuceando palabras de súplica. Su sonrisa en aumento, su autoridad cada vez más intensa. Me cortó el aliento sentir la punta de dos dedos apoyándose en mi entrada. Entonces me invadió sin cortesías, rudamente, y gimió ante el placer que eso le produjo.

—Ah, todavía está caliente —jadeó agitando los dedos en mi interior—. Quiero que lo compruebes. —Porque no le bastaba con humillarme de aquella manera. Valentino siempre quería más.

Extrajo sus dedos de mi entrepierna y los acercó a mi boca. Yo apreté los dientes, no se lo pondría fácil, pero mi obstinación había olvidado que estaba atrapada y que la mano que tenía en torno a mi cuello se hacía poderosa con cada segundo que pasaba.

Terminé cediendo en contra de mis principios y abrí la boca al tiempo que él introducía los dedos. Acarició mi lengua, un intenso sabor a sexo me abordó. No podía creer que algo tan bello como hacer el amor con Cristianno hubiera terminado en ese punto.

—¿Qué me dices, Kathia? He sido bueno, ¿verdad? —susurró Valentino. Sus labios sobre mi mejilla, los arrastró hasta mi oído—. Os he dejado retozar sin oponer resistencia. Yo te doy, tú me das, ¿recuerdas?

Giré la cabeza con brusquedad para sacar sus dedos y le miré furiosa. Acababa de entender lo que se proponía y no era nada bueno.

—Ahora tenemos un contrato. Camina —me ordenó antes de empujarme contra su esbirro.

El tipo me trincó del brazo mientras su jefe se recolocaba la chaqueta de su traje. Salimos del palco. Mis instintos ya sabían que era inútil contener aquello, pero aun así insistieron en ponerlo difícil. Y comencé a forcejear oteando de reojo la fila de puertas que había en el pasillo. Solo me separaban cuatro marcos de Enrico. Si lograba soltarme podría ir en su busca.

Sin embargo, habíamos empezado a bajar las escaleras y en el vestíbulo nos esperaban dos hombres. Uno de ellos le susurró algo a Valentino. Segundos más tarde me empujaba al interior de un coche.

—¿Adónde vamos?! —grité desesperada.

—Seguro que te interesa mucho más que la ópera.

El coche arrancó. Apreté la mandíbula hasta hacerla crujir para soportar todo lo que prometía aquel maldito silencio. El chófer viró por la Via Torino, llegó a Nazionale y giró en dirección a Piazza della Repubblica.

El corazón iba a estallarme. Latía tan fuertemente que incluso tuve ganas de vomitar. Clavé los ojos en la enorme cruz que había colgada en la

fachada principal de la basílica Santa María de los Ángeles rogando porque, si existía un Dios, ese era un buen momento para que interviniera.

El coche aminoró junto a los arcos que rodeaban la plaza. Miré de un lado a otro, extrañada con la cercanía al teatro. No había nada alarmante alrededor, tan solo algunos vehículos tomando la intersección y algún que otro viandante.

Todo parecía en calma. Una calma tensa. La misma que precede a una fuerte tempestad. Aquello sería devastador.

Valentino se bajó del coche, me cogió del brazo y me arrastró consigo. Una corriente de aire me azotó con fuerza. Enredó la falda del vestido a mis piernas y tropecé hasta precipitarme al suelo. Pero él evitó la caída empujándome hacia arriba. No le costó manejarme a su completo antojo. Supuse que mi desconcierto le ayudó bastante.

De pronto escuché un quejido. Este se convirtió en un gruñido indignado y después le siguieron ruidos sordos, como golpes secos. Conforme avanzaba, más intensos se hacían. Y entonces vi un grupo de cinco hombres.

Uno de ellos miró a Valentino mientras los demás no dejaban de patear algo.

Entré en shock. Por un momento, me aislé, el mundo dejó de funcionar, ya siquiera sentía el frío. Fue como si hubiera entrado en una dimensión vacía en la que no quería ver ni oír ni llorar. Hubo un instante incluso en que no supe cómo demonios estaba consciente, cómo estaba siendo capaz de comprender tan rápidamente. Ni siquiera me pareció estar despierta, tenía que ser una pesadilla.

Sin embargo, continuaba caminando. Cada vez más cerca. Cada vez más agónico.

—Me toca recibir, mi querida Kathia —me susurró Valentino al oído antes de empujarme hacia delante.

Sus hombres deshicieron el círculo y me mostraron al receptor de su violencia. Había sangre en rededor, impregnando su ropa, su cara. Apenas pude vislumbrar el glorioso azul de sus ojos.

Pero Cristianno acometía, ya sin fuerzas seguía luchando, sabiendo que el resultado ya había sido dispuesto y a él le tocaba perder. No, perdíamos los dos.

Grité hasta desgarrarme la garganta y traté de echar a correr hacia Cristianno sin contar con que Valentino me lo impediría. El bloqueo fue tan brusco que me crujieron los huesos del brazo. Pero me importó un carajo. Forcejeé con todas mis fuerzas.

Cristianno contraatacó. Gritaba mi nombre. Yo gritaba el suyo. Apenas nos separaban dos malditos metros. Valentino supo que, si no atajaba mi reacción, tarde o temprano la situación se le iría de las manos, porque mi presencia acababa de fortalecer a su enemigo. Así que me redujo abofeteándome hasta lanzarme al suelo.

Caí de bruces y enseguida lamenté el quejido que emití porque Cristianno recibió una patada en la mandíbula al querer venir en mi busca

Verlo caer de aquella forma fue como si alguien me hubiera clavado un puñal. Nos miramos. Nos entregamos una mirada tan poderosa que nadie dio crédito. Casi pude ver cómo varios de los esbirros se arrepentían de haber participado en algo así.

Cristianno se arrodilló. La sangre continuaba borboteando. Tenía heridas en el rostro. Ni siquiera podía moverse si sentir dolor.

—¿Por qué sangra? —sollocé devastada.

—Porque esa es mi recompensa.

Ahora lo entendía todo. Él me había permitido estar con Cristianno a cambio de saciar sus ganas de hostilidad.

—¡¿Qué has hecho?! —chillé, levantándome con furia.

Empujé a Valentino con toda la rabia y él se aprovechó de la inercia para trincarme de las muñecas y atraerme hacia su pecho. Me cogió de la barbilla y me obligó a mirar, pegando su mejilla a la mía.

—Mira que bien lo hemos dejado —se vanaglorió al tiempo que dos de sus hombres cogían a Cristianno de los brazos. Un tercero se puso en guardia—. Hemos logrado borrar esa condenada mueca de seguridad que siempre lleva en el rostro. ¿Te haces idea de lo bien que sienta someter a un Gabbana?

Le dieron una patada. El gemido de dolor quedó enterrado tras mis gritos. Pero Valentino insistió en que yo mantuviera mi postura y viera como Cristianno escupía sangre. Después se carcajeó.

—Podríamos estar así toda la noche, pero sospecho que no aguantará mucho más.

Asentí entre lágrimas y temblores. Debía obedecer para evitar consecuencias más graves. A Cristianno no le queda mucho tiempo. Estaba herido y sospechaba que los golpes solo eran un mal menor.

—¿Qué quieres? —inquirí entre dientes. Los brazos tensos, pegados al cuerpo, la barbilla en alto, la respiración descontrolada.

Valentino supo leerme y comenzó a caminar a mí alrededor como si fuera un felino a punto de cazar a su presa. El viento volvió a azotarnos y ondeó mi cabello exponiendo mi cuello.

Cristianno negó con la cabeza con los ojos fijos en los míos.

—No caigas en su trampa, Kathia —gimoteó como pudo.

—¿No te recuerda a aquella mañana, mi amor? —dijo Valentino—. Cómo empuñabas el arma, por un momento creí que serías capaz de matar a tu padre.

Apreté los dientes y los puños. Lo expuso como si Cristianno no fuera capaz de hacerle frente y tuviera que depender de mí. Pero resultaba que Valentino había tenido que recurrir a varios de sus esbirros para reducirle, porque de lo contrario sabía que no sería capaz. Cristianno era demasiado letal como para enfrentarle sin estrategias sucias.

—No lo hagas... —volvió a gemir. Y esa vez recibió una fuerte patada en las costillas.

—¡¡¡¿Qué quieres?!!! —chillé mirando a Valentino. Él se explayó en su sonrisa. Estaba disfrutando.

—Yo te doy, tú me das —canturreó antes de ponerse a un solo palmo de mi cara. Enseguida adoptó una expresión seria, casi nostálgica—. ¿Por qué no tiras de imaginación y me besas cómo lo harías con él?

Cerré los ojos. El corazón comenzó a latirme en la garganta. Besar a Valentino no era una tarea compleja, podía asumirla, a pesar del rechazo. Pero hacerlo frente a Cristianno supondría un acto demasiado destructivo. Y él lo sabía.

—¡Kathia! —clamó forcejeando.

Capturé el rostro de Valentino entre mis manos. Tuve tiempo de verle asombrarse con mi decisión, y a continuación cerró los ojos lentamente, un tanto conmovido.

Tragué saliva. Cristianno gritaba. Me acerqué a los labios de Valentino. Contuve el aliento.

«No será un beso por el que tengas que arrepentirte, Kathia», me dije pensando que ver a Cristianno sangrar era mucho más terrible que cualquier otra cosa.

Besé al Bianchi. Él dejó escapar un gemido. Me pareció curiosamente vulnerable en ese momento. Apoyó sus manos en mi cintura. Las lágrimas se derramaban enardecidas y entonces imaginé la primera vez que besé a Cristianno.

No perdí la razón como deseaba, pero conseguí crear un contacto digno de satisfacer a Valentino. Incluso admití su lengua, y maldita sea supe que estaba siendo demasiado canalla, pero yo solo quería que Cristianno dejara de sangrar.

El Bianchi tardó unos segundos en abrir los ojos.

—Suéltale —dije bajito. Aún tenía las manos sobre su cara, las suyas sobre mis caderas.

—¿Y después qué? —susurró él.

—Me iré contigo. —Tuve una sacudida violenta.

Valentino torció el gesto y consintió que regresara su actitud de psicópata.

—¿Piensas que soy tan fácil de convencer? Que estés conmigo no me complace.

—¡¡¡Kathia!!! —chilló de nuevo Cristianno.

Miré a tiempo de ver cómo uno de los esbirros le noqueaba con un puñetazo en la cara. Fue tan duro que sus compañeros no pudieron continuar sosteniéndole los brazos. Así que el resultado fue peor al impactar bruscamente contra el suelo. Chillé y eché a correr hacia él asombrada con que nadie me lo impidiera. Creo que incluso los tipos se aturdieron ante golpe.

Me arrodillé a su lado y capturé su cabeza. Cristianno todavía continuaba despierto, pero ya no parecía estar allí. Tenía la mirada ida y la sangre no dejaba de escapársele por la boca. La limpié dominada por los temblores

—Yo solo quería... tener un... instante contigo... —gimoteó.

—Tienes que aguantar, cariño. —Escuché el chasquido de un arma—. ¡Valentino!

—Concluye tus peticiones, querida. Empieza a aburrirme todo este espectáculo.

—Diles que se alejen. ¡Alejaos!

El Bianchi puso los ojos en blanco.

—Cogedla. —Y sus hombres obedecieron de inmediato.

Me cogieron de los brazos y me alejaron de Cristianno, que apenas fue capaz de moverse.

—¡No, no! ¡Valentino! —bramé liberándome y corrí hacia él. Lo agarré de la chaqueta—. ¡Lo haré, lo haré! Pero detén esto, por favor. Te lo suplico.

—Espero que eso incluya que te pongas de rodillas —sonrió—. ¡Todo el mundo fuera!

Me arrastró hacia el coche. Allí ya había acabado su labor. Dejaría a Cristianno tirado en mitad de la plaza y me llevaría consigo a donde sea que deseara.

Sinceramente, me importó una mierda cuáles fueran sus planes a continuación. Volver al teatro, ir a un hotel, llevarme a su apartamento.

De alguna manera, todo cambió cuando me subí al vehículo. Esos cortos segundos en los que estuve sola en su interior, sabiendo que Cristianno estaba a unos metros de mí, herido hasta sangrar y al borde de la inconsciencia, causaron un efecto imprevisible.

Ya había suplicado en el pasado y no había servido de nada. Ya sabía lo que era dejar a Cristianno atrás y no había valido la pena. Tan solo me había convertido en una mera estrategia con la que divertir a cuatro hijos de puta.

Tristeza y dolor, por un lado. Rabia y coraje, por otro. ¿Por qué siempre debía ganar la parte más débil? ¿Por qué no intentar lo contrario, aquello por lo que nunca había apostado?

Me sentí inerte, como si me hubieran inyectado una dosis de autocontrol frío y casi maligno. No supe comprender lo que se estaba gestando en mi interior, pero tampoco lo impediría. Me alimentaría de los impulsos. Yo no había decidido que aquella noche fuera tan larga. Porque lo sería, y tanto que lo sería.

—Has necesitado de cinco hombres para reducirle —mascullé mirando al frente—. ¿Tenías miedo?

—Cariño, el miedo deberías sentirlo tú —dijo entre carcajadas.

Uno de sus esbirros de confianza se acomodó en el asiento del copiloto y ordenó al chófer que arrancara. Ninguno de los dos prestó atención al

modo en que su joven jefe se acercaba a mí y estampaba su nariz en mi mejilla. Mantuve la postura recta y fría.

—Veamos qué tan valiente eres cuando llenemos esa boca. —Acaricié mis labios con el pulgar y le miré con parsimonia—. Siempre te he imaginado chupándomela...

Y sonreí. Por demente que pareciera, sonreí hasta convertir esa maldita sonrisa en algo hilarante que aturdió a todos. La furia ardió en mi pecho, revoloteó en mi garganta. El coche empezó a moverse. Valentino frunció el ceño. Sus dedos ya no me tocaban por más cerca que estuvieran. Y por un momento supe que deseaba abofetearme hasta dejarme inconsciente.

Me estampó un guantazo. La fuerza me empujó contra el asiento y sentí la sangre en mi boca. Pero, lejos de tragármela, decidí escupir. Saliva y sangre impactaron en su cara. Se llevó la mano al rostro y se retiró el mejunje mirándome iracundo. Si volvía a pegarme, no dudaría en responder.

«Via Firenze. Vamos, Kathia», me dije. Se me agotaba el tiempo.

Saltar, correr. Era fácil. Y si no lo era tampoco importaba, lo haría de todos modos. Regresar a Repubblica no serviría de mucho, apenas me daría unos minutos antes de que Valentino me capturara. Pero si me encaminaba directamente al teatro podría avisar a Enrico.

Miré la manilla de la puerta. El pestillo no se había activado.

—Dime, Valentino... —Le clavé una mirada atrevida—. ¿Tienes la suficiente confianza en mí como para que te haga una mamada?

Al principio le desconcertó mi pregunta porque no asumió que escondía una retórica. Pero cuando sonreí ampliamente y mostré mis dientes, supo que era capaz de arrancarle hasta las entrañas con ellos.

Me siguió la corriente y se echó a reír.

—Las Beretta son muy buenas compañeras en estos casos —me amenazó.

—Ya veo. —Me incliné hacia delante mientras mis dedos se enganchaban a la manilla—. Pero has olvidado algo. La diferencia entre nosotros es que tú le tienes más aprecio a tu polla que yo a mi propia vida.

Congelé su expresión. Era una oportunidad enorme. Sin embargo, me di el gusto de disfrutar de su reacción.

«¡Se acabó el tiempo, Kathia!», me grité.

Súbitamente, le di un puñetazo en la boca y me lancé a la puerta. Tiré de la manilla y me preparé para saltar. Pero no conté con que su esbirro me atacara. Me cogió de la manga del vestido y tiró hasta rasgar la tela.

La maniobra me valió salir disparada del coche. Impacté contra el suelo y rodé varias veces antes de rebotar bruscamente contra el bordillo de la acera. Un dolor agudo se extendió por todo mi cuerpo, me animó a encogerme para consolar el malestar. Sin embargo, también hallé placer. Una satisfacción corrosiva y delirante. Había logrado toda una hazaña y eso me llenó de adrenalina.

Cogí aire, me incorporé de un salto y miré hacia atrás. El coche había frenado en seco, los neumáticos chirriaron desagradablemente. El tiempo de reacción se había limitado y, aunque la distancia que me separaba del teatro era corta, no sería capaz de vencer un vehículo.

Me quité los zapatos y eché a correr ignorando las piedrecillas del asfalto que se me clavaban en la planta de los pies. Tuve una buena arrancada. El vestido no me estaba entorpeciendo tanto como esperaba y me permitió ser todo lo veloz posible.

El aliento brotaba escandaloso e intermitente. Ni siquiera podía oír con normalidad. Pero al menos me consintió ver el teatro. Estaba a tan solo unos metros. Tenía que apretar el ritmo. Me dio igual la gente que había por allí y me miraba asombrada.

Entonces le vi. Reconocí una silueta caminando de un lado a otro junto a la verja del aparcamiento privado del teatro. Alcancé a ver que oteaba su teléfono un tanto preocupado.

«Mauro. ¡Es Mauro!».

—¡¡¡Mauro!!! —chillé al tiempo que el coche de Valentino entraba en la calle.

—¿Kathia? —exclamó asombrado, completamente aturdido.

De algún modo, asumió todo lo que había pasado a través de la sangre que manchaba mis manos, de las magulladuras en mi vestido y el hecho de ir descalza. Y entonces del asombro pasó a la ira y abrió los brazos más que dispuesto a acogerme en ellos y buscar la manera de resolver lo que había ocurrido.

Pero ninguno de los dos contamos con que alguien más intervendría.

Todo ocurrió en unas milésimas de segundo. El coche de Valentino cambió su rumbo y decidió dar marcha atrás. Al otro extremo de la calle,

un segundo coche tomó Firenze en dirección contraria, seguido por una moto. No pude reconocerles porque un esbirro salió de la nada y me capturó del cuello.

Un quejido enfurecido me quemó la garganta. El tipo me tenía bien amarrada y supo cómo contenerme para asfixiarme casi de inmediato. Terminó apoyando el cañón de una pistola en mi sien. Mauro enseguida extrajo su revólver y nos apuntó. Respondió tan rápido que apenas pude ver sus movimientos.

—Menudo harén de Gabbana que te has montado, Carusso —me dijo sonriente, sin quitarle ojo a su oponente—. Desde luego que tienes un gusto refinado, ¿eh? ¿Tú también te la tiras, Mauro? ¿Quizá la compartes con tu primito?

—Has escogido muy mal tus últimas palabras, hijo de puta.

No se anduvo con remilgos. Le disparó a la cabeza y el rugido me desorientó tanto que grité y las piernas se me aflojaron. Mauro me arrastró hacia su cuerpo y me abrazó con fuerza. Me puse a sollozar de un modo delirante mientras me aferraba a sus hombros.

—Está en Repubblica —tartamudeé entre lágrimas—. Tenemos que sacarlo de allí. Hay sangre por todos lados.

—¡Alex, Eric! ¡Reppublica, ya! —gritó echando un rápido vistazo al coche y la moto que me habían llamado la atención hacia unos segundos.

Eric fue el primero en acelerar. Pero una lluvia de balas nos abordó y tuvo que contener la maniobra retrocediendo a destajo. Valentino había pedido refuerzos y al menos media docena de hombres, que habían salido del teatro, nos estaban disparando.

—¡Joder! —clamó Mauro empujándonos tras un vehículo que había allí aparcado. Cogió mi cabeza y me obligó a agacharme todo lo posible—. ¡Cúbrete, Kathia!

Había venido en moto. Estaba a solo un metro de nosotros. Alcanzarla era tan fácil como respirar. Cada minuto que pasaba, ponía en peligro a Cristianno. Y Alex lo supo. Por eso pisó el acelerador y se lanzó hacia el grupo de esbirros.

Arrasó con ellos sin miramientos dándonos la oportunidad de salir de allí.

—¡Vamos, vamos! —Mauro me empujó hacia la moto. Se subió en ella y la arrancó casi al tiempo que yo me aferraba a su cintura.

Salimos disparados de la calle en una maniobra tan brusca que incluso el vehículo se tambaleó. Mauro logró enderezarlo con maestría y tomó la Via Viminale. Le escuchaba respirar atolondrado, tal era la furia que su cuerpo me pareció un bloque de cemento.

Nos estábamos equivocando. Éramos muy pocos para hacer frente a todo lo que se nos venía encima. Lo mejor hubiera sido tomar un instante y llamar a Enrico para que iniciara un dispositivo. Sin embargo, Cristianno no gozaba de tanto tiempo.

Mauro abandonó Viminale y tomó el desvío a Repubblica. Ya podía ver la plaza.

—¡Derecha! —le advertí a voz en grito.

Obedeció de súbito y un instante después descubrimos a un Cristianno al borde de la inconsciencia, sentado sobre sus talones tratando de ponerse en pie. Tenía una mano presionando su costado izquierdo y un charco de sangre a su alrededor. El rostro magullado, la mirada perdida.

Su primo frenó en seco, nos bajamos de la moto y dejó que esta cayera antes de lanzarse a por él. Capturó su rostro. No sé bien qué le dijo, yo enseguida me puse a buscar la herida que tanto sangraba. Un puñetazo no provocaba una hemorragia.

Pero no tuve ocasión de verlo.

Un coche se nos acercaba. Valentino tenía medio cuerpo fuera y nos apuntaba con un arma. El chófer viró para darle más espacio a disparar, y no sería el único. Un grupo de hombres se incorporaron por Nazionale.

Entonces supe que el Bianchi se ahorró venir a buscarme porque había preferido iniciar un tiroteo.

Capturé a Cristianno por los hombros y comencé a arrastrarle.

—¡Son demasiados! ¡Tenemos que ponernos a cubierto, Mauro! — exclamé justo cuando él trincaba los tobillos de su primo.

Nos escondimos bajo los arcos coincidiendo con una oleada de disparos. Los cristales de los escaparates se hicieron añicos, salpicaron todo a nuestro paso. Resonaron estruendosamente, y mis pies desnudos arrastrándose en medio de todo el caos.

Logramos refugiarnos tras una de las columnas. Mauro nos dejó allí, cogió su pistola y comenzó a hacer fuego de cobertura. Yo, mientras tanto, me puse a buscar la maldita herida de Cristianno. Tenía que taponarla como fuera posible.

Hallé un corte de unos tres centímetros en su chaqueta de cuero. La levanté y me topé con una incisión sangrante. Cristianno me escudriñó con la mirada, no le vino bien que yo me asustara. Aquella herida me preocupaba mucho más que ser alcanzada por una bala.

—¿Tiene mala pinta? —farfulló.

—Tengo que sacarte de aquí —mascullé sollozante mientras hacía presión en el corte.

Él se quejó y miró hacia su primo. Se había quedado sin balas y refugiado en la columna que había a unos metros.

—Le dije que no viniera conmigo —gimoteó Cristianno, asustado por la integridad de Mauro mientras su sangre borboteaba a través de mis dedos—. Es un cabezota.

Me eché a llorar. En realidad, no había dejado de hacerlo. Las lágrimas caían sin control y se habían convertido en un hecho tan básico e indispensable como respirar. Aumentaron cuando Cristianno apoyó una de sus manos sobre la mía. Fue su forma de llamar mi atención, y al mirarle me encontré con una sonrisa que no auguraba nada bueno. Nostálgica y dulce. Pestañeaba lento, respiraba entrecortado.

—Si cierras esos ojos, juro que te odiaré hasta el día de mi muerte —le aseguré sin esperar que él tuviera fuerzas para bromear.

—Eso me deja una oportunidad al otro lado.

—Cállate. —Le devolví la mirada a Mauro.

—¡Prepárate, Kathia! —gritó coincidiendo con la llegada de otro vehículo.

Por un instante, no supe entenderle y creí que me advertía de las complicaciones que estaban por llegar. Solos, sin balas. Estuve a punto de indignarme con él y pedirle que utilizara su jodido teléfono para avisar a sus hombres.

Pero entonces vislumbré a Alex al mando de aquel coche justo a tiempo de verle repetir la maniobra que había realizado en Firenze. Frenó brusco a solo unos metros de nosotros.

—¡¡¡Subid, ya!!! —chilló abriendo las puertas del copiloto y la trasera.

Mauro trató de llegar a nosotros, pero resbaló coincidiendo con los disparos de Valentino. Quería matarlo, creí que lo conseguiría. Se había bajado de su coche y no dejaba de apretar el gatillo. Sí, iba a matarle,

estuve segura de ello en cuanto Cristianno gruñó tratando de ir en su busca.

Apreté los dientes, me incliné hacia delante y alcancé a Mauro. Tiré de él con todas mis fuerzas y lo protegí con un abrazo. Ya le tenía a salvo, pero me fue imposible soltarlo.

Maldije la forma en que nos habíamos reencontrado, maldije también el momento en que Cristianno decidió que no soportaba pasar más tiempo sin verme. Si hubiéramos sabido esperar. Si nos hubiéramos querido un poco menos.

—¡Subid al puto coche! —gritó Alex de nuevo.

Entonces, apareció Eric. Estaba siendo perseguido por dos vehículos, lo cual explicaba su tardanza.

Mauro respondió primero. Se aferró a su primo y lo cogió en brazos.

—¡Detrás de mí, Kathia! —gritó y comenzamos a avanzar.

Al mismo tiempo, Eric aceleró y dejó que su moto se tambaleara hasta arrastrarle. Su cuerpo salió disparado por el suelo, le vi adoptar una postura de seguridad para menguar los daños que pudieran causarle los adoquines.

Su moto, en cambio, tomó otra inclinación y terminó estrellándose contra el vehículo de Valentino. Este trató de alejarse saltando hacia delante al tiempo que Eric echaba mano a su pistola.

Al verle disparar con aquella resolución, tan seguro de lo que pretendía, olvidé por un instante que ni siquiera había cumplido la mayoría de edad. Que aquel chico, tan risueño y dulce, tan leal y afectuoso, había conocido la vileza tan pronto como yo.

Disparó al depósito de gasolina de su moto hasta vaciar el cargador. Entonces, una explosión me nubló la vista. Mauro supo contener el sobresalto y metió a Cristianno en la parte trasera del coche de Alex. Me empujó con él y corrió en busca de Eric.

Enseguida me coloqué de modo que la cabeza de Cristianno reposara en mi regazo y volví a taponar la herida.

—¿De dónde sale esa sangre? —preguntó Alex atemorizado.

—Le han apuñalado. No deja de sangrar —gimoteé con la mirada clavada en los ojos adormilados de Cristianno—. No te duermas, por favor. Tienes que resistir, cariño.

—¡Mauro, nos vamos! —Alex aceleró hasta ellos con las puertas abiertas.

Valentino luchó por incorporarse. La explosión le había alcanzado, pero no lo suficiente para herirle. Tuvo que ver desde el suelo cómo Mauro y Eric subían al coche y nos largábamos de allí.

De nada valieron mis súplicas o las de Eric, que se había sentado a mi lado. Cristianno perdió el conocimiento mientras su sangre comenzaba a mojarme los muslos.

Mauro gritaba, Alex recorría las calles a toda velocidad. El interior de aquel vehículo se convirtió en el epicentro del terror de todos. Un miedo que compartimos hasta la extenuación.

Capítulo · 38

Sarah

Nadie podía combatir a Patrizia Nesta. La madre de Mauro era una mujer de férreo carácter y bien lo demostró cuando la vi aparecer por la biblioteca a eso de las diez.

Tras el encuentro con Enrico, la mera idea de subir a mi habitación y tumbarme en la cama me parecía un suplicio; no podría dormir ni aunque me sedaran. Sobre todo porque el Materazzi me había pedido que le esperara. Lo que complicaba aún más las cosas. No tenía ni la remota idea de por qué me lo había pedido, pero todo lo que se me ocurría al cerrar los ojos era su boca contra la mía.

—Niña ingrata —protestó Patrizia poniendo los brazos en jarras—. Preparo un cordero de excelente calidad y así es como me lo pagas. ¿No te ibas a dormir, eh?

—Resulta que hacerlo es más difícil de lo que pensaba. —Cerré el libro que estaba leyendo y le regalé una amplia sonrisa.

Ella puso los ojos en blanco y adoptó una mueca traviesa.

—Tienes el síndrome Materazzi.

—¡Qué dices! —Me ruboricé de inmediato, detalle que le hizo mucha gracia.

—Mueve ese culito, ahora mismo, niña. —Me ofreció una mano que no pude rechazar—. Bastante tengo con una hija escuálida. No quiero tener que soportarlo de nuevo.

Me acomodé en su abrazo y dejé que nos llevara hasta el ascensor. Una sensación de bienestar absoluto me inundó al verme protegida de esa manera. No estaba acostumbrada a las caricias maternas, era algo nuevo para mí, todo un descubrimiento.

—¿Cuándo las conoceré, por cierto? —quise saber.

Mauro tenía dos hermanas mayores que en la actualidad residían fuera de Italia y ardía en deseos de conocerlas. La primera con la edad de Diego, unos veinticinco, y la segunda con mi edad.

—Bueno, Florencia está más despegada —me contó mientras bajábamos a su piso—. Es un ave muy independiente y, desde que se casó, solo la veo tres veces al año.

—¿Y Chiara?

—Está estudiando derecho internacional en Oxford. Pero esa revoltosa no dejaría Roma ni por todo el oro del mundo.

Entramos al vestíbulo. Aunque el edificio respetaba la misma distribución, percibí varios cambios en la residencia de Patrizia y Alessio.

—¿Por qué?

—El amor, querida. El amor. ¿Te gustan las patatas?

Asentí con la cabeza antes de entrar al comedor. La mesa ya estaba dispuesta. Algunos ya habían empezado a comer. Domenico fue el primero en mirarme y me regaló una sonrisa espléndida antes de que su nuera se levantara a darme un beso.

—Hombre, mira a quién tenemos por aquí —dijo el mayor, realmente orgulloso.

Tomé asiento junto a Valerio, que no se atrevió a mirarme. Su hermano, en cambio, parecía muy aliviado. Teniendo en cuenta lo que solía engullir, era todo un misterio que su plato estuviera tan lleno.

—Al menos nos ayudará a vaciar esa bandeja mucho más rápido —protestó por lo bajo.

—¡Diego! —le reprendió su madre.

—Asumamos que la cocina no es tu fuerte, tía Patrizia. Pero tienes otras virtudes muy destacables.

—Como los guantazos que pego —dijo ella.

—Por ejemplo, sí.

Me eché a reír y le di un codazo a Valerio.

—¿Vas a negarme que vea esa bonita cara? —le murmuré. Él me miró e hizo una mueca divertida—. Eso está mejor.

—Ya, ya...

—Cómo me alegra que hayas bajado —me aseguró Silvano, sentado al otro extremo de la mesa—. ¿Te encuentras mejor?

—En esta casa, uno puede sentirse de todo menos mal —me sinceré tratando de restarle valor a todo lo que había ocurrido el día anterior. No quería seguir preocupándoles.

—Ojalá llevaras razón, pero gracias por el cumplido. —Silvano sonrió con nostalgia—. No he tenido tiempo de preguntarte. ¿Estás cómoda en tu habitación?

—No se preocupe, Silvano. Lo digo en serio.

Mi habitación era mucho más de lo que pudiera desear. Disponía de un espacio enorme, con vestidor, lavabo privado y una terraza de ensueño. ¿Cómo no iba a estar cómoda?

—Por Dios, más de una semana viviendo aquí y todavía me trata de usted. Aún no soy tan viejo, niña. —Todos reímos al ver el rostro dramático de Silvano.

—Tienes cincuenta años, papá. No eres precisamente un chaval en pubertad —bromeó Valerio antes de guiñarme un ojo.

—Pienso cortarte la cabeza si vuelves a mencionar mi edad. —Soltó una carcajada que se expandió por todo el comedor—. Un hombre debe tener sus secretos.

—¿Desde cuándo hay secretos en esta familia? —sugirió Graciella sonriendo a su esposo.

—Cierto, cariño.

De pronto, me sentí vulnerable. Congelé aquella imagen, arranqué todo el dolor que escondíamos cada uno de nosotros y nos observé así, sin barreras, sin laceraciones. Simplemente felices, disfrutando de una vida tranquila y bonita.

En aquella foto imaginaria, incluí a Mauro, a Cristianno tomando la mano de Kathia. A Enrico. E incluso a mi abuela.

«Cuánta razón tenías, *giagiá*. Ojalá estuvieras aquí para sentir lo que yo siento», pensé llena de amor.

Entonces lo percibí. Una mirada severa, seria. Pasó inadvertida para todos, excepto para mí. A Alessio le dio igual que su gente estuviera conversando a su alrededor. Esa mirada se paseó por mi cuerpo y me estremeció.

Tragué saliva al tiempo que un teléfono nos alertaba. Ese detalle fue lo que hizo que encontrara el valor para apartar la vista de aquellos ojos amenazantes.

Silvano echó mano a su móvil y miró la pantalla extrañado.

—¿Mauro? —Frunció el ceño—. ¿Por qué me llama a mí y no a ti? —le dijo a su hermano.

—Porque sabe que tú eres más permisivo que yo —comentó Alessio como si nada—. Veamos en qué lío se ha metido ahora.

La familia parecía acostumbrada a que los jóvenes se metieran en problemas. Tan típico debía ser que nadie le dio la importancia que a mí me pareció que tenía. En realidad, ni siquiera pude imaginar qué sucedía. Tan solo noté que mi pulso había cambiado y que un inesperado escalofrío me recorrió la espalda, como si mi cuerpo interno hubiera sido capaz de dilucidar lo que estaba a punto de suceder.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó Silvano al descolgar.

Nadie le prestó atención. Todos pasaron por alto la espeluznante palidez que pronto inundó el rostro del hombre, centrados en cenar y continuar conversando.

Hasta que Silvano se puso en pie. La silla se cayó al suelo, su copa de vino se derramó sobre el mantel, impregnando la tela de rojo al tiempo que cada uno de nosotros nos estremecíamos.

Graciella también se levantó, temblorosa y asustada. No le quitaba ojo a su esposo, él nunca perdía los estribos, a menos que la situación fuera realmente grave. Y en aquella mesa faltaba gente. Faltaba su hijo.

«Cristianno...», pensé y a punto estuve de echarme a llorar.

Sin embargo, Silvano colgó. No dijo nada, no medió despedidas. Simplemente dejó que sus ojos se perdieran. Creo que no se dio cuenta de cómo le temblaba la mano que todavía sujetaba el teléfono ni tampoco que la palidez fue sustituida por un enrojecimiento muy severo. No vio cómo todos caímos presas del miedo. Y no reparó en ninguno de esos detalles porque seguramente solo podía pensar en su hijo.

Empezó a temblar y la respiración se le descontroló. Se llevó una mano al corazón, hizo una mueca de dolor y se tambaleó hacia atrás. Diego evitó la caída sujetándole a tiempo. Cogió su propia silla y le sentó en ella. Pero Silvano ya no estaba allí por mucho que se dejara llevar.

—¿Qué ha pasado, Silvano?! ¿Qué ha pasado?! —clamó su esposa al correr hacia él. Tomó su mano. Su marido no la miró, continuaba con la mirada perdida.

—Mi hijo... Mi hijo... —balbuceó traspuesto.

Bastó aquel simple y cortó comentario para que todos supiéramos la verdad. Y entonces aquel comedor se convirtió en un desastre de sillas por el suelo, copas chocando entre sí, palabras balbuceantes y ruegos sollozantes.

El caos se adueñó de cada rincón y tuvo su respuesta en mí en forma de llanto. Retrocedí hasta topar contra la pared. Miraba y trataba de escuchar todo lo que se daba a mi alrededor, pero solo fui capaz de vislumbrar sombras empañadas y oír mi propia respiración.

Graciella estuvo al borde de desmayarse, Valerio la cogió prácticamente colapsada. Domenico zarandeó a Silvano para que reaccionara mientras un surco de humedad cruzaba sus viejas mejillas. También vi a Ofelia, lloraba sentada en su silla, era la única que no había encontrado la fuerza para levantarse. Y Diego golpeaba la pared y pedía explicaciones, quería saber más.

Fue el único nombre que Silvano pudo pronunciar, el de su primogénito.

—Llama a Emilio —masculló al tiempo que su hijo le cogía la mano—. Quiero la comitiva preparada de inmediato. Y dile que alerte a nuestros hombres y acordonen las inmediaciones del hospital Santa Teresa.

Los ruegos de Graciella se intensificaron al obtener la confirmación. Su hijo había sido herido. De verdad.

Kathia

Un grupo de seis sanitarios se llevaron a Cristianno hacia el quirófano entre gritos y reclamos. Le habían tumbado en una camilla y colocado una mascarilla de oxígeno mientras mi mano sujetaba la suya hasta que la distancia se impuso.

Los chicos y yo nos quedamos en el pasillo, observando el modo en que las puertas batientes se agitaban de un lado a otro. Al detenerse, nos alertó que tras aquella barrera nuestro compañero estaba solo y podía irse para siempre.

Me quedé allí quieta, observando la puerta. Los brazos flácidos, la sangre empezando a secarse entre mis dedos, una fría capa de sudor

helándome la piel. El corazón en la garganta, los ojos entelados. El cuerpo entumecido.

Creí que en aquel estado sería incapaz de advertir otra cosa que no fuera aquella maldita puerta. Pero resultó que lo detecté todo. Desde el sonido de la calefacción central hasta el murmullo de los tubos de luz fluorescentes.

Mauro estaba casi a mi lado. Había adoptado la misma postura que yo, inerte y enajenado. Alex, en cambio, decidió echar toda la adrenalina golpeando cualquier cosa a su paso; la peor parte se la llevó la máquina expendedora de café. La destrozó tanto que incluso los guardias de seguridad de la planta tuvieron que reducirle y tratar de calmarle. Pude ver que uno de ellos incluso le abrazaba.

Y Eric. Eric se tiró al suelo, enterró la cara entre las manos y se echó a llorar entre espasmos y quejidos.

La devastación se había apoderado de nosotros, cada uno la expresó a su manera. Estaba claro que si Cristianno moría aquella noche, de alguna manera nosotros también lo haríamos.

«Tú tienes la culpa», me aseveró mi mente.

Si no me hubiera cruzado en su camino. Si no me hubiera enamorado de él y consentido que él también cayera. Si le hubiera hecho caso el día que dijo que no era una buena idea que estar juntos.

Cristianno hubiera continuado con su vida, haciendo lo que quisiera, sin preocupaciones. Amaneciendo en la cama de la mujer que le diera la gana, divirtiéndose con sus amigos, tal vez preparándose para un futuro en la comisaría, junto a su padre y Enrico.

En el futuro, quizá se casaría con una hermosa mujer y formarían una familia. Yo no sería más que el recuerdo de una adolescente con la que discutía en el instituto. Apenas me recordaría porque no habría sido nada en su vida. Daría igual que no hubiera existido esa intensa pasión que nos había unido.

Si no hubiera jugado a las miradas furtivas y a las provocaciones cuando todavía estábamos a tiempo de evitarlo, ninguno de los dos habríamos llegado hasta ese punto. Amar con fervor, desear con arrebatos. No habríamos conocido esas emociones y hubiera dado igual, porque lo que no se conoce, no se echa de menos.

«Pero resulta que te gusta jugar y ahora su vida está en peligro. Por tu culpa». La parte más destructiva de mí quería hundirme y lo estaba logrando.

—¿Te das cuenta, Mauro? —balbucí aturdida, sin dejar de mirar la puerta—. He sido su mayor enemigo.

—Kathia —me aseveró él, mirándome molesto. Yo le regalé una hiriente sonrisa.

—Le he matado.

—No está muerto —gruñó cogiéndome de los brazos. Me sentí muy débil entre sus manos.

—Pero si muere... —No pude terminar.

De pronto, Eric se levantó del suelo, empujó a Mauro y me trincó por los hombros.

—¡Si lo que quieres es destruirte no nos arrastres contigo! ¡No nos obligues a verlo! —me gritó a un solo palmo de la cara mientras me zarandeaba—. ¡¿No te parece suficiente ya, ah?! ¡¿No te basta con que estemos a punto de perderle, que también quieres que te perdamos a ti?!

No forcejeé ante sus embestidas. Me dejé manejar a su antojo porque consideraba que lo merecía. Merecía eso y mucho más. Y ese hecho fue lo que más le molestó. Eric no quería mi resignación ni tampoco que yo me echara la culpa. Él quería abrazarme, susurrarme palabras de aliento al oído y llorar conmigo, porque todos allí amábamos lo mismo.

—¡Maldita egoísta! ¡Egoísta! —me chilló empujándome hasta tirarme al suelo. Me hincé de rodillas sin apenas aliento, toda flácida y vencida.

—¡¡Eric, basta!!! —arremetió Mauro forcejeando con él.

Finalmente, mi precioso amigo volvió a derrumbarse. Fue Alex quien enseguida se lanzó a él para abrazarle entre lágrimas.

—Me obligaron a mirar... Y no pude hacer nada... —Empecé a llorar entre terribles espasmos—. «Yo te doy, tú me das», eso fue lo que dijo. Pero no paraba de golpearle por más que le rogara. No sirvió de nada todo lo que estuve dispuesta a ofrecerle para que detuviera aquello. —Las palabras se derramaron con desesperación—. ¡Yo solo quería besarle una vez más! ¡Me hubiera valido con eso! ¡Pero de haber sabido que tendría este final, jamás lo hubiera aceptado! —sollocé entre gritos. Y entonces miré a Eric y vi que él no era el único que me observaba devastado—. ¡Sí que tengo la culpa! ¡Tengo la culpa, maldita sea, Eric!

Mauro se arrastró hasta mí y capturó mi rostro entre sus manos con impaciencia. Sus preciosos ojos se clavaron en los míos como si aquella fuera su única misión en la vida.

—¿Y qué si la tienes? Nosotros también hemos participado —clamó antes de apoyar su frente en la mía—. Si ahora tú también caes, ¿qué nos queda, entonces? Parte de la tripulación, Kathia, ¿te acuerdas?

Por supuesto que lo recordaba.

Me aferré a él con toda la fuerza de la que disponía. Como si ese abrazo pudiera borrar todo el dolor. Y Mauro lo aceptó con agonía.

—¡Tengo tanto miedo! —sollocé casi al tiempo que sentía que Alex y Eric también se unían al contacto.

Los cuatro formamos un conjunto de brazos y palabras sollozantes, y pensamos que duraría. Al menos hasta que la voz de Silvano irrumpió.

Capítulo · 39

Sarah

Santa Teresa era una clínica privada que trabajaba desde hacía generaciones para los Gabbana y las familias aliadas al clan. Supe que el bisabuelo de Cristianno había creado ese lugar con la intención de salvaguardar el bienestar de los suyos.

Una mezcla de tanatorio, clínica y laboratorio forense destinado a facilitar la vida y evitar tener que dar explicaciones. Los Gabbana eran la ley, así que lo que se escondía allí o en los laboratorios Borelli no suponía ningún problema. Aunque de vez en cuando tuvieran que guardar las apariencias y sobornar a algún alto cargo.

Por eso apenas había civiles corrientes en las inmediaciones y a nadie le sorprendió lo sucedido.

Cristianno había sido apuñalado mientras nosotros cenábamos en el edificio. Eso nos contó un Mauro que tuvo que echar mano de toda su frialdad para poder mediar palabra si derrumbarse.

Explicó que Cristianno había decidido ir al teatro, que había podido reunirse con Kathia y pasar un instante con ella. Nos mostró el último mensaje que le había enviado su primo. Pero resultó que los hombres de Valentino le tendieron una emboscada en los pasillos. Se daba por sobreentendido que había luchado por resistirse, pero de algún modo la acción terminó en Piazza della Repubblica con Kathia de por medio.

Le habían dado una paliza y sometido con una puñalada en el costado izquierdo. La pérdida de sangre fue lo que hizo que entrara en el quirófano inconsciente.

Aquel lugar se llenó de llantos, de quejidos, de blasfemias. Y allí estaba Kathia. En medio del pasillo, sentada sobre sus talones, dándonos la espalda. Solo tenía ojos para la puerta que había al final. Aquella era la

mujer que había logrado el corazón de Cristianno, la misma que albergaba una culpa que no me costó advertir.

La primera reacción que me abordó fue estrecharla entre mis brazos. Me daba igual que lo aceptara o no y que tan desconocida era para ella, solo quería tratar de confortarla.

Sin embargo, Silvano captó mi atención al mencionar el nombre de Enrico. Ya no pude oír el resto de palabras que le dijo, tan solo pude imaginarle allí, en el teatro, asumiendo todo lo que había ocurrido sin que él se diera cuenta.

Entonces, Silvano colgó y miró a sus hombres. Había al menos una docena de ellos. Los demás estaban rodeando el recinto.

—Preparaos. Esta noche atacaremos la mansión. —Y ese corto comentario se convirtió en la inyección de moral que todo hombre necesitaba.

Rápidamente rodearon a su jefe, algunos, arma en mano, y escucharon atentos cada uno de los detalles que Silvano daba. Le miraron como si fuera un dios, estaban dispuestos a morir por él.

—Los Carusso se encuentran en el teatro —dijo uno de ellos, Marcelo creo que se llamaba.

—Enrico se encargará de trasladarlos allí. —Me llevé una mano a la boca al volver a oír su nombre—. A decretado el estado de emergencia y Angelo confía en él, así que no se opondrá. —Señaló a su jefe de seguridad—. Emilio, distribuye los grupos. Quiero uno controlando la entrada a Villa Borghese.

Silvano hablaba y hablaba. Lejos quedaba el estado de shock que le había golpeado en el edificio, ese que cerca estuvo de provocarle un infarto. Ese hombre era ahora, como nunca antes, el jefe de la mafia. Frío, calculador, aferrado al lema «ojo por ojo, diente por diente». Poco importaban las apariencias, aquello sería tosco, rudimentario, salvaje.

«Y Enrico estará allí», pensé entre lágrimas.

—¡Silvano! —gritó Graciella, acercándose a él—. Ni se te ocurra abandonar este hospital. —Pero su esposo la ignoró.

—Ya me habéis oído. ¡En marcha!

Ella tiró de él y comenzó a propinarle puñetazos en el pecho que Silvano soportó con estoicismo.

—¡No! ¡No irás, no lo permitiré! —sollozó hasta que él se aferró a ella y contuvo el ataque.

—Es mi hijo, Graciella.

—También el mío —protestó enterrando la cabeza en su pecho—. No permitas que esta noche hieran a alguien más.

Tenía que hacer algo, tenía que evitar aquello como fuera posible. Se necesitaba ese punto de inflexión, un instante para pensar con cabeza y no dejarse llevar por los impulsos. Uno de ellos había herido a Cristianno.

Eran mi familia, tenía que protegerla.

Sin embargo, no conseguí mencionar ni una maldita palabra. La tensión era tan grande que no fui capaz de nada, más que observar como todo a mi alrededor se desmoronaba.

—Lo siento, mi amor —susurró Silvano.

—Más te vale volver, hijo —repuso su padre, Domenico, impotente por no poder acompañarle.

Y esa acotación fue lo que hizo que la realidad me golpeará, que cualquier ápice de creencia sobre la posibilidad de estar teniendo una pesadilla se fuera al traste. No me había quedado durmiendo en el sofá de la biblioteca ni tampoco se trataba de una alucinación.

Aquello era la vida real en estado puro.

Silvano se alejó de su esposa e hizo la señal a sus hombres, dispuesto a marcharse. Nadie imaginó que una voz les detendría.

—Silvano.

Kathia se había levantado del suelo y caminado hasta nosotros sin que nadie se diera cuenta. La sangre de Cristianno pegada a sus manos, a su ropa. Por bella que fuera, esa joven estaba destruida. Y Silvano se dio cuenta.

Se acercó a ella, acarició su cabeza y la besó en la frente.

—Mi querida niña —susurró con los labios todavía apoyados en ella.

—Te lo suplico —gimoteó Kathia—. Cristianno necesita abrir los ojos y encontrar a su familia. No querría venganza, ahora no.

Él forzó una sonrisa.

—No estará solo. Eres la mejor compañía que un padre puede desear para su hijo —murmuró y entonces se alejó y puso rumbo hacia la salida.

—¡Es un suicidio! —Pero el hombre no se detuvo—. ¡Silvano! —rogó Kathia desolada.

Súbitamente me lancé a ella y la abracé con fuerza. Supongo que estaba tan centrada en consolarla que no esperé que respondiera, y se aferró a mí como si yo fuera su mayor logro. Nos abandonamos al contacto, a la extraña sinergia que se estableció entre las dos y nos mantuvo en pie. Bastó aquello para darnos valor a soportar lo que sea que quedara por pasar esa noche. No sería fácil, pero no estaríamos solas. Nos tendríamos la una a la otra. Ambas locas de amor, ambas ajenas a ese universo con el que nos habíamos topado.

—Tengo que impedirlo —sollozó en mi hombro antes de alejarse y mirarme. Y sonrió dulce, nostálgica—. Sarah.

Tuve un escalofrío y le devolví la sonrisa.

—Kathia. —Acaricié sus mejillas.

—Hubiera preferido conocerte de otro modo.

—Nos hemos conocido, eso es lo importante.

Supe en ese instante que tenía que dejarla ir, que me entregaba a mí la responsabilidad de proteger a nuestra gente en el hospital mientras ella hacía lo propio en la mansión, dándole igual el peligro al que se expondría.

—¿Qué diré si despierta, Kathia? —gemí. Odiaba comprender sus inquietudes. Odié con todas mis fuerzas entender por qué lo hacía.

—Que yo era la única que podía impedirlo. —Y echó a correr mientras yo respiraba agónica sin dejar de observar el vacío que había dejado.

Kathia

—

No tenía ni la remota idea de cómo lograría llegar hasta la mansión estando al otro lado de la ciudad, descalza, sin dinero y llena de sangre. Pero estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

Me detuve en la acera. Los vehículos de la comitiva empezaban a abandonar la calle a toda velocidad, debía darme prisa y tratar de llegar antes que ellos.

Ví un coche con las ventanas bajadas.

Estaba claro que conducir en esa situación era casi un suicidio, pero no me quedaba opción. Así que me lancé al vehículo.

Nada a mi alrededor auguraba nada, ni siquiera cuando la calle se iluminó con los faros de un coche. Venía de hacer un derrape y se

tambaleó cuando frenó bruscamente para evitar arrollarme. Una humareda blanquecina me envolvió y me desplomé contra el capó.

Entonces, descubrí unos ojos azules. Me miraban perplejos, perdidos en la confusión de los míos. Mauro soltó el volante y se bajó hecho una furia. Había entendido qué hacía yo allí.

—¿Adónde te crees que vas, eh?! —me gritó.

—¡Mauro! —Le cogí de la chaqueta—. Tienes que ayudarme a impedirlo. No podéis ir, no puedes permitir que toda la familia se exponga de esta manera. La mansión es demasiado difícil de controlar sin un plan bien confeccionado, lo sabes —expliqué desesperada.

—Claro que lo sé, pero también sé que mi primo está ahí dentro —masculló arrebatado. Nunca antes nos habíamos gritado.

—¿Crees que nos perdonará que no hayamos hecho nada ante el desastre?

Lamenté casi de inmediato haber dicho aquello. Mauro no se merecía comentarios como ese, necesitaba lo mismo que yo, que Cristianno abriera sus ojos y nos mirara. Que sonriera. Que nos dijera que todo iría bien, aunque fuera mentira.

Acercó una mano a mi mejilla, cerré los ojos.

—Kathia... —dijo bajito. No acompañaría mi nombre de nada más, simplemente quiso mencionarlo. Y me produjo un fuerte escalofrío.

Alguien aplaudió. No pude verlo porque le tenía detrás de mí, pero los ojos de Mauro se abrieron de par en par y apretó los dientes. Me percaté que el cordón de seguridad del hospital enseguida empuñó sus armas y se acercó a nosotros. Mauro me empujó tras él.

Valentino se echó a reír. Le dio igual la desventaja que tuviera. Llevaba una pistola en la mano y nos señaló con ella, desquiciado.

—¿Sabe tu primito que te mueres por su novia? —dijo Valentino, sonriente—. Eres tan transparente, Mauro.

Pero el Gabbana no cayó en su juego. No le importó en absoluto que yo pudiera descubrir que albergaba sentimientos por mí. Eso no tenía valor, porque de algún modo yo sentía lo mismo por él.

—Qué huevos tienes —masculló Mauro, respirando con deliberación. No se pondría nervioso. Calcularía sus movimientos ante cualquier arrebato.

—Me lo dicen a menudo, sí.

—¿A qué has venido? —exigió.

—A por mi prometida.

Negó con la cabeza.

—No la he visto por aquí.

Valentino estalló a reír animando a sus esbirros más confiados.

—Ahora entiendo por qué dicen que eres tan divertido. —Se limpió las lagrimillas que le produjo la risa—. En fin, Gabbana, no creo que quieras terminar como tu primo, así que entrégame a Kathia.

Ví como un esbirro se llevaba la mano al bolsillo interior de su chaqueta. Las palabras de aquel mensaje debieron ser de lo más impactantes porque el hombre miró a Valentino como si se le hubiera aparecido el mismísimo diablo.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó su jefe provocándome un espasmo.

—Una emboscada en Villa Borghese. Los Gabbana se dirigen a la mansión. No tenemos efectivos para contenerlos.

—Estás un poco jodido, compañero —dijo el Gabbana—. Veremos cómo se toma Angelo todo lo que has provocado esta noche.

Valentino chasqueó la lengua y se inclinó hacia delante. Se sentía acorralado, pero no quiso demostrarlo.

Entonces, levantó su brazo y apretó el gatillo. Esa bala era para Mauro, atravesaría su cabeza.

Tiré de él a tiempo de ver como la bala que iba a matarlo se estrellaba con el parabrisas de su coche.

—¡A cubierto! —grité mientras arrastraba a Mauro por el suelo. Este hizo fuego de cobertura hasta vaciar el cargador. Acto seguido, una lluvia de balas nos abordó. No sé de dónde demonios habían salido tantos hombres, pero empezaron a dispararse entre sí, con nosotros en medio de todo.

Cualquier cosa valía para esconderse, un árbol, una barandilla, las puertas de un coche. Mauro se decantó por esto último y me empujó contra él tras recargar su arma. Las balas se estrellaban en la puerta. Era un milagro que estuviera protegiéndonos.

—¡Tenemos que evitar que entren al hospital! —grité resguardando mi cabeza con las manos.

—¡No lo harán! —Porque Valentino sabía que no podría franquear aquella línea de hombres—. Solo te quieren a ti.

—Mauro. —De pronto, me sentí aterrorizada.

Él se dio cuenta y me abrazó.

—No lo permitiré, Kathia. Se lo debo.

De nuevo, los disparos. Nuestros hombres nos estaban protegiendo bien, pero debíamos responder por ellos. Mauro fue el primero en hacerlo. Yo, mientras tanto, alcancé el arma que colgaba de su cintura y la cargué sabiendo que no podría igualar su habilidad. Pero estiré los brazos, contraje los hombros y disparé hasta alcanzar a un esbirro.

—¡Sube al coche! —Mauro me empujó dentro. La inercia me llevó hasta el asiento conductor—. ¡Arranca, arranca! ¡Vamos! —volvió a gritar sin dejar de disparar.

Solté el arma y me aferré al volante esquivando los disparos. Uno de ellos quebró la luna. Las manos me temblaban, fui incapaz de reaccionar. Todo estaba cubierto de cristales, me los estaba clavando en las piernas.

—¡Por Dios, Kathia, arranca! —chilló Mauro.

—No podré hacerlo, Mauro. ¡Ah! —vociferé al tiempo que una bala pasaba por encima de mi cabeza.

Él se detuvo, me cogió del mentón y me obligó a mirarle.

—Sí puedes. Ibas a hacerlo hace un momento.

—No me estaban disparando. —Tragué saliva.

—No buscan matarte. —Lo entendí de súbito. Si salíamos de allí, nos llevaríamos el peligro fuera del hospital—. Ahora, arranca.

Sin más, presioné un botón que había en el salpicadero y aceleré provocando que el motor rugiera agresivo. Al ser un coche semiautomático, no tuve problema para echar marcha atrás. De lo que ya no podía hacerme responsable fue de golpear otro vehículo.

—¡Lo siento!

—Le dejaremos una nota después. ¡Acelera!

Giré con premura y pisé el acelerador sin esperar que el coche saliera lanzado hacia delante con tanta furia. No fue tan difícil enderezarlo y salimos del perímetro del hospital. La luna trasera estalló en mil pedazos, pero, milagrosamente, nos incorporé a la Vía del Fagutale en dirección a Vía Cavour, arrasando con algún que otro contenedor.

—¿Crees que nos seguirán? —pregunté notando unos calambres en las piernas.

—No lo dudes —dijo Mauro. De pronto, asomó medio cuerpo por la ventana y comenzó a disparar—. ¡Tienes que intentar despistarlos, Kathia! —exclamó entre gritos.

«¿Y qué mierda puedo hacer?», pensé.

Cualquier cosa que se me ocurriera necesitaría de mucha destreza y yo carecía de ella, maldita sea.

Alargué el brazo y cogí a Mauro del cinturón, arrastrándolo a su asiento. No le sentó bien que hiciera aquello, sobre todo porque nos estaban disparando. Pero las locuras también tienen su punto de medida y no quería que saltara por los aires.

—Prepárate para disparar a las ruedas en cuanto te diga —anuncié.

La gente que había por allí comenzó a gritar y correr despavorida al verme arrasado con algún que otro puesto de venta ambulante que todavía permanecía abierto y ciertos objetos se colaron dentro del coche. Era lo malo de no tener cristal delantero.

—¿Cuál es la idea? —preguntó Mauro extrañado.

—Tener puntería —grité asimilando que, si mi plan surtía efecto, provocaría un accidente en cadena.

«Puedo hacerlo, puedo hacerlo», me dije, como si fuera un mantra.

De pronto, frené y giré el volante hacia un lado. Fue una maniobra tan brusca que casi nos estrellamos. Sin embargo, mantuve el control del vehículo.

—¡Ahora, dispara! —ordené a Mauro.

Efectuó ocho tiros, los suficientes para vaciar el cargador. Cuatro fueron a parar al neumático delantero. El vehículo tuvo una violenta sacudida y comenzó a dar tumbos como si fuera una peonza. Como había imaginado, los coches que le seguían se estrellaron contra él y contemplé la escena al borde de ponerme a gritar de alegría.

Pero algunos tipos se bajaron y nos apuntaron dispuestos acribillarnos. Poco importaba ya quién fuera yo y cuánto valor tuviera, iban a matarme por rencor.

Maniobré el volante para acelerar hacia la calle que tenía a mi izquierda. Pero el motor no respondía.

—¡Sal de aquí, corre! —exclamó Mauro al ver que Valentino se acercaba. Y me empujó fuera—. ¡Corre!

Eso hice creyendo que me seguiría. Pero apenas pude recorrer un par de metros. Un tipo enorme me capturó por la cintura y me arrastró al interior de un coche que acababa de incorporarse a la acción.

Me dio un puñetazo en la cara que me tumbó en el asiento. Me dejó atolondrada, tanto que me costó ver la sonrisa del Bianchi al acomodarse conmigo.

—Buen intento, mi pequeña zorra —dijo.

Capítulo · 40

Kathia

«Mauro», pensé antes de que una lluvia de tiros nos abordara al llegar a la mansión.

Había hombres desperdigados por todo el jardín, disparándose entre sí. Ni siquiera supe diferenciar quiénes pertenecían a un bando y quiénes a otro.

Cualquier cosa valía para protegerse. La fuente, los árboles, los muros de separación de apenas un metro. Era lo más atterradoramente espectacular que había visto en mi vida.

Agaché la cabeza, llevándome las manos a las orejas y me arrodillé entre los asientos. Mi cuerpo respondía a los estruendos con constantes sacudidas. No teníamos tiempo de reacción; a más nos acercábamos, más nos exponíamos.

Tenía que salir de ese maldito coche lo antes posible, entregarme a mi padre y rezar por que fuera suficiente para detener aquello. También rogué que Silvano supiera comprenderlo y desistiera en su empeño por vengar a su hijo. La improvisación traería mayores consecuencias. Debía hallar la manera de tomar aliento y pensar con la cabeza fría.

Valentino pareció leer mis intenciones y se adelantó aferrándose a mí entre carcajadas.

—No convencerás a tu padre a menos que te acompañe —dijo casi tendido en el asiento conmigo encima.

—Tu solo quieres justificarte ante él. ¡Suéltame! —Y eso hizo, pero no porque yo se lo pidiera.

La cabeza de su chófer impactó sin vida contra el volante tras ser atravesada por una bala. Se estrelló contra el salpicadero provocando que el coche virara bruscamente. Y yo contuve el aliento esperándome lo peor.

Tan solo un instante después, nos estampamos contra un árbol y salí propulsada hacia delante. Los asientos delanteros hicieron de barrera y contuvieron lo que hubiera sido una muerte bastante dolorosa. Pero no fui la única en sobrevivir. Mis quejidos de dolor se mezclaron con unos de frustración al ver que Valentino aún respiraba.

No me detuve a pensar en nada, ni siquiera en lo mucho que me dolía el cuerpo o en las heridas que pudiera tener. Aproveché el desconcierto de la situación para salir del coche por la ventanilla y caí de bruces sobre la hierba.

Poco tiempo tuve para quejarme del dolor que me había procurado la maniobra. Tenía que ponerme a cubierto sino quería ser alcanzada por una bala perdida. Así que comencé a arrastrarme agazapada. Sin embargo, la tos me sacudió y tuve que apoyarme en las rodillas para recuperar el aliento. La boca me sabía a sangre. Apenas podía respirar. Había humo a mi alrededor.

Y entonces levanté la cabeza y me topé con el desastre.

Toda la zona había sido tomada. Hombres luchaban entre sí, arrasando con todo lo que se les cruzaba por el camino. Quién era Carusso, quién Gabbana, continuaba siendo imposible distinguirlo.

Hasta que vislumbré a Enrico.

Estaba en el otro extremo, medio escondido tras un banco de piedra, lleno de sudor y sangre que no era suya. Descargó su arma y la cargó de nuevo mirando en rededor. Cada movimiento ejecutado con precisión, con una elegancia extrañamente agresiva.

Y sentí una pesadumbre muy difícil de explicar. Su posición en aquel caos era muy compleja. Ponerse en contra de los Gabbana era sentenciar lo que amaba. Ir en favor, supondría su muerte. Cualquiera cosa que hiciera le exponía y aun así no dejaba de luchar. Porque él mismo lo había provocado al aceptar la precipitación de Silvano.

Quise gritar su nombre, ardí en deseos de decirle que había conocido a Sarah y que tenía razón al pensar que era una mujer maravillosa. Pero ese era un deseo que le pondría en peligro.

Lo mejor era ir hasta él. Enrico sabría qué hacer cuando me viera y detendría aquello.

Cogí aire y me envalentoné hacia delante. Había que tener unas pelotas muy grandes para atravesar el jardín, pero no me quedaba de otra. Así que

decidí ir de metro en metro, ocultándome tras los obstáculos y aprovechándome de los segundos en que los esbirros se paraban para recargar sus armas.

Ví la oportunidad de esconderme en una arboleda que había a un par de metros. Creí que lo conseguiría, hasta que un fuerte peso me cayó encima.

—No escaparás de mí tan fácilmente —gruñó Valentino ignorando mis quejidos.

Dejé que me levantara y aproveché su inercia para darle un cabezazo en la boca. Su reacción fue admirar la sangre que le había provocado y después estamparme un bofetón.

Me estrellé contra el árbol y no pude evitar caer al suelo de nuevo al tropezar con una de las enormes raíces que sobresalían de la hierba. Valentino quiso aprovecharse de aquello y vino en mi busca.

Sin embargo, alguien apareció de la nada y lo impelió con una fuerza brutal. En primera instancia, me costó averiguar de quién se trataba, pero avisté a Alex aporreando la cara de Valentino un instante después.

Al mirar a mi amigo, no pude evitar pensar en Daniela. Seguramente ella estaría al cobijo de su cama, ajena a todo aquel desastre, sin imaginar que su novio estaría en él y que su amiga había tenido parte de culpa.

El Bianchi respondió y atacó a Alex con todo, pero se había buscado un oponente duro de roer y ambos se enzarzaron en una pelea salvaje. Tenía dos opciones, dejar a mi amigo allí e ir en busca de Enrico o llevármelo conmigo lejos de las artimañas de Valentino.

No pudo ocurrir ni lo uno ni lo otro.

Fuego.

La terraza estaba siendo pasto de las llamas, crecían a toda velocidad por culpa del viento. Habían empezado a extenderse briosas hacia el segundo piso y la vegetación no ayudaba. En pocos minutos, la mansión sería engullida. Y allí nadie parecía darle importancia, seguían luchando.

—¡Kathia! —clamó Alex—. ¡Busca a Mauro y salid de aquí!

«¿Mauro?», me dije asombrada, buscándole entre la gente.

Di con él junto a la verja. Había logrado llegar, no le habían herido.

Respiré aliviada.

Entonces las ventanas estallaron debido al fuego. Dudaba que alguien se detuviera a mirarme en medio de tanto caos, no podría parar aquello. Que la mansión ardiera quizá era lo mejor.

Vi a Silvano. Estaba a unos metros de mí. Acababa de disparar a Carlo Carusso, aun cuando el ángulo no le favorecía. Pero no reparó en mi padre, que le tenía a tiro y ya se preparaba para disparar.

Silvano Gabbana moriría en las inmediaciones de un Carusso.

Sin dudarlo, eché a correr. Todo se ralentizó. Sabía que podían matarme, pero no me importó. No permitiría que Silvano cayera a manos de Angelo Carusso.

Me preparé para el impacto y empujé al Gabbana con todas mis fuerzas. Él liberó un grito desgarrador al caer al suelo, creí que mi rudeza era la causante, pero al mirarle vi la sangre. Borboteaba de su muslo izquierdo.

—¿Qué demonios haces aquí, niña? —se quejó, más preocupado por mí que de sí mismo.

Maldita sea, acababan de dispararle.

Inevitablemente, recordé a Fabio. Dios mío, parecía que el destino estuviera burlándose de mí al hacerme pasar por lo mismo de nuevo. Había sido devastador verle morir en mis brazos, mucho más después de saber que era mi padre. No soportaría que sucediera lo mismo.

Tragué saliva, cogí a Silvano de los brazos y tiré de él. Solo tenía un disparo en la pierna, podía salvarle si contenía la hemorragia.

Logré llegar hasta una fuente de piedra y nos cobijamos tras el muro.

—Kathia, te ordeno que salgas de aquí —espetó autoritario justo cuando me puse a revisar la herida.

—Yo no soy uno de tus hombres, tus órdenes no valen para mí.

Cogí el filo de mi falda y rasgué hasta arrancar un tozo de tela. Eso valdría para hacer un torniquete.

—¡Maldita niña, tienes que irte! —Trató de empujarme.

—¡No! —grité apartando sus manos.

El corazón a mil pulsaciones, la garganta seca y los ojos amenazándome con un millar de lágrimas. Si me ponía a llorar, no pararía hasta que amaneciera y seguramente entonces seguiría haciéndolo. Así que debía resistir, por el bien de todos.

Terminé el torniquete. Silvano protestó ante el dolor. No dejaba de mirarme.

—Sé que estás enfadado —le dije bajito, controlando de soslayo que nadie nos viera—. Pero tienes que entender que no pienso abandonarte.

Anudé con fuerza y entonces el Gabbana capturó mi mano y enredó sus dedos ensangrentados a los míos.

—Así que es esto lo que ha hecho que mi hijo pierda la cabeza por ti —me confesó arrancándome un sollozo—. Viéndote ahora mismo, me doy cuenta de lo equivocado que he estado.

—¿Por qué? —gimoteé.

Levantó la otra mano y acarició mi mejilla. Yo cerré los ojos, había empezado a temblar por su caricia cuando las balas no lo habían conseguido. Me hizo sentir como si fuera una chiquilla desamparada.

—Porque le hice prometer cuando menos podía —me contó—. Porque le dije que no tenía honor. Pero es que no pensé que, en su lugar, yo hubiera hecho lo mismo por una mujer como tú. Lo haría por mi Graciella.

Ya no pude controlar las lágrimas. Salieron una detrás de otra. Hasta que el fuego volvió a reclamar atención con otro estallido.

—¿Vas a dejar que te saque de aquí? —le pedí a Silvano.

—Siempre y cuando prometas que nunca soltarás a este tonto.

—De tonto nada. —Besé su frente y me asomé al jardín.

Diego estaba a solo unos metros, le llamé a voz en grito un par de veces. El Gabbana no dudó y corrió hasta mí al tiempo que varios disparos sobrevolaban nuestras cabezas. Me agaché para cubrir a Silvano.

—¡¿Qué coño ha pasado?! —clamó Diego al mirar a su padre—. ¿Quién ha sido?

—Eso no importa. Tenemos que sacarle de aquí. ¿Cuál es el coche más cercano, Diego?

Pero antes de contestarme, mató a un par de hombres que teníamos encima. Después, me miró, frunció el ceño y tragó saliva. No le cuadraba mi presencia, me había dejado en el hospital.

—El Maybach —dijo tras unos segundos—. A unos metros de la verja principal.

Silvano jadeó. La tela del torniquete no dejaba de oscurecerse. Estaba perdiendo demasiada sangre y seguramente se debía a que la bala todavía estaba alojada dentro.

—¡Tenemos que darnos prisa! —grité nerviosa. Silvano empalidecía por momentos.

—¡Papá, no me jodas! —Diego lo cogió por los hombros.

—No es mi intención, hijo.

—No te desmayes, ¿vale? —le pedí—. Aguanta un poco, por favor.

—Lo intentaré.

Diego miró a su alrededor, buscando una salida que le permitiera llegar al Maybach sin correr más peligro. Por su modo de respirar, supe que se estaba planteando la idea de coger a su padre y atravesar el jardín él solo.

Llamé su atención cogiéndole del brazo.

—Diego, tenemos que pedir ayuda —le insté.

Asintió varias veces y entonces echó a correr.

—Háblame, Silvano. —Acaricié su frente—. Cuéntame cómo conociste a Graciella.

—La conocí en... Terracina —jadeó con una ligera sonrisa en los labios. Cerró los ojos y asió mi mano con más fuerza—. Ella me miró con sus ojos amatista... y sonrió... Supe en ese instante que debía pasar el resto de mi vida a su lado.

Me contagié de ese amor en cuanto abrió los ojos.

—Eres preciosa... —gimió.

—Te creeré después de tomar una ducha —traté de bromear.

Los labios se le habían resecaado demasiado, agrietándose en las comisuras. Alcé una mano, la colé en la fuente y humedecí mis dedos con el agua. Enseguida, derramé unas gotas en su boca.

Y entonces regresó Diego. Se hincó de rodillas a mi lado, asfixiado por la carrera. Venía acompañado de Valerio.

—Eric está en el coche —dijo el mayor cogiendo un brazo de su padre—. No podrá aguantar mucho, así que tenemos que darnos prisa.

—Kathia, ve detrás de mí y no te separes, ¿de acuerdo? —añadió Valerio cogiendo el brazo que quedaba libre.

—Entendido. ¿Quién nos cubrirá?

—Todos —contestó Diego—. Acabo de avisar a Enrico y Thiago. Totti está al otro lado.

Ambos levantaron a su padre mientras que yo obedecía las órdenes de Valerio y me colocaba tras él. Tuve oportunidad de coger la cabeza de Silvano para no tuviera que esforzarse por erguirla y salimos del refugio coincidiendo con un fuego cruzado, ahora mucho más crudo.

Supongo que los Carusso pensaron que matar al eslabón más importante de la cadena Gabbana les traería muchas alegrías. Pero

nuestros hombres no se lo pondrían fácil. Nos estaban cubriendo bien y los esbirros más atrevidos iban cayendo a nuestros pies, ya sin vida.

La imagen de uno de ellos abriendo los ojos de par en par y desplomándose rudamente en el suelo hizo que me detuviera a pensar dónde estaba en realidad. El instinto de supervivencia nubla las consecuencias, solo permite que uno se centre en sobrevivir por encima de cualquier cosa. Sin embargo, va dejando todo un desastre a su alrededor.

El jardín estaba plagado de cadáveres, de sangre, de pólvora, chillidos, humo. El odio era lo más notable. Podía sentirlo pegándose a mi piel, gritándome el poco sentido que tenía. Rencillas del pasado convertidas en alimento esencial del presente. Con fundamento o sin él, Cristianno y yo estábamos atrapados en todo eso.

Y de pronto quise que la tierra abriera una zanja y me engullera. Terminar así, no me parecía tan mal final. Porque me llevaría conmigo toda aquella desgracia.

—¡Kathia, no te detengas! —me advirtió Valerio, que había visto cómo mis pensamientos me nublaban.

Llegamos a la verja principal. El coche apenas estaba a un par de metros, me pareció relativamente sencillo llegar hasta él. Hasta que aparecieron cuatro hombres y respondieron al fuego que nos alcanzaría por la espalda.

Súbitamente me vi empujada hacia el suelo. Alguien me arrastró hasta ocultarnos tras un muro de piedra y enseguida me abrazó.

—Tengo que sacarte de aquí —suspiró Enrico con voz agotada.

Olía a pólvora, a sudor, pero continuaba predominando ese seductor aroma cítrico de siempre. Por un segundo, sus brazos me hicieron olvidar todo lo que había ocurrido esa noche.

—¡Le han dado una paliza, Enrico! —Rompí a llorar—. ¡No he podido hacer nada por evitarlo y ahora está en el hospital y Valentino ha aparecido allí y se ha puesto a disparar como un loco y yo...!

—Respira, mi amor. Tranquila —me pidió capturando mi rostro entre sus manos—. Se pondrá bien. Te aseguro que esto tan solo será un susto.

Nos abrazamos de nuevo al tiempo que varios de sus hombres de confianza nos rodeaban agazapados. Pude ver cómo Eric aceleraba y se llevaba a Silvano. Valerio se marchó con ellos.

Entonces miré a esos hombres. Thiago, Totti, Sandro, Diego y dos más que apenas conocía.

—Tenemos que retirarnos —empezó diciendo Enrico—. Hay que evacuar la casa y pedirle a Angelo un alto al fuego.

Con aquel simple comentario supe que toda la familia Carusso estaba dentro de la mansión atrapada en el fuego. Hice el amago de mirar. Las llamas mostraban una belleza sumamente aterradora.

—Una capitulación es lo peor que puede pasarnos, Enrico —dijo uno de los muchachos.

—¡No estamos capitulando! Estoy ordenando una retirada sabia. — Enrico se inclinó hacia delante y miró a cada uno de ellos con una autoridad extraordinaria—. Hemos perdido compañeros y tenemos bajas importantes. ¿Alguno de vosotros cree que sacaremos algo bueno de esta noche?

Fue como un puñetazo en el estómago. Enrico era consciente de la gran equivocación que habían cometido al decidir sentenciar a los Carusso sin establecer un plan previo. La improvisación y la rabia les había jugado una mala pasada a ambos bandos.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó Thiago.

—Evacuar la casa. Adriano tiene la reserva en el hotel Hassler, así que eso nos servirá.

Fruncí el ceño. ¿Qué había querido decir con aquello?

—La planta sigue vacía, pero ya han llegado las primeras visitas.

—¡Pues deshazte de ellas! Nuestro maldito alcalde deberá posponer sus placeres y negocios para otra ocasión.

Tragué saliva. No me gustó toparme con aquella realidad, la percibí demasiado corrompida. Era asumible que hombres como Adriano o Angelo tuvieran sus negociaciones y que además disfrutaran de aventuras sexuales. Pero lo que aquel sutil comentario indicaba, era mucho más que una simple infidelidad. Daba repugnancia.

—Sandro, encárgate de Kathia. Los demás, iniciar la evacuación. Yo avisaré a Emilio de la retirada. ¡En marcha! —ordenó Enrico casi al tiempo que sus hombres desaparecían.

Me agarré a su brazo. No quería irme sin saber que todos estarían a salvo.

—Tranquila, de acuerdo. No pasará nada. —Me empujó con suavidad hacia Sandro, que me abrazó por la espalda—. Idos de aquí.

—Vamos, pequeña.

Y me dejé llevar.

Capítulo · 41

Sarah

El diagnóstico de Cristianno fue mucho más positivo de lo que cualquiera imaginaba. Resultó que la puñalada no había tocado ningún órgano y que su magnitud se debió a que no se había cauterizado a tiempo. Así que los médicos tan solo tuvieron que limpiar la herida, coserla y controlar los niveles de sangre.

Con respecto a las contusiones, la situación cambiaba. Al parecer, la paliza había sido tan intensa que lograron fisurarle un par de costillas, además de partirle la ceja y el labio interior. Nos dijeron que las magulladuras se extendían por todo el cuerpo, que aquella contienda había sido bastante seria. Pero también que se había evitado a tiempo de empeorar.

Todas las pruebas efectuadas indicaban normalidad. No había de qué preocuparse. Incluso el desmayo pudimos considerarlo una mera reacción de alivio. Así que Cristianno podría ser dado de alta por la mañana.

Sin embargo, mientras él dormía, hubo otros ingresos de urgencia.

Entre ellos, Silvano, que había sido herido de bala en la pierna. Y seguramente a esas horas hubiera estado en la morgue con un agujero en el pecho de no ser por la intervención de Kathia.

Eso me contó Mauro cuando ambos nos sentamos en el pasillo de la planta, convirtiéndome en una de las pocas personas que conocía esa realidad.

Hacia un rato que habían instalado a Cristianno en una habitación privada, Graciella se había quedado dormida a su lado y Patrizia se había llevado al resto de la familia al edificio pensando que todo estaba controlado.

En realidad, nos había costado convencer a Ofelia. Ella quería quedarse junto a su nieto y esperar nuevas de la situación. Conocía bien la

furia de la mafia; supe incluso que su propio padre había sido asesinado en una emboscada en Focene una calurosa tarde de verano de hacia cincuenta y dos años.

—Deberíamos advertirles —dije cabizbaja y estrujándome los dedos.

—El cirujano nos ha dicho que su vida no corre peligro. Que la operación les llevará un par de horas. No me parece buena idea terminar de joderles la noche después de cómo ha empezado.

No deshizo su postura. Se había repantigado en la silla, con los brazos cruzados apoyados sobre el pecho y las piernas entreabiertas, sin apenas fuerza. Su ropa tenía sangre, su aspecto era el de alguien agotado. La reyerta había sido un desastre, pude verlo con solo echarle un vistazo.

Pero Mauro Gabbana no se movería de aquel pasillo, no abandonaría a su compañero.

—Me sorprende tu entereza —murmuré mirándole de reojo.

—Porque se me da bien mentir.

Tragué saliva. Me devastó la enorme cantidad de temores y dudas que albergaba su comentario.

—Mauro... —Apoyé la cabeza en su hombro y apreté los ojos.

—Ese maldito engreído de ahí dentro es mi puta vida, ¿sabes? —Se acomodó en mí—. Estoy tan acostumbrado a tenerlo a mi alrededor, que la simple posibilidad de perderle me vuelve loco.

Nos dimos la mano.

—Pero tan solo duerme. No está inconsciente ni tampoco grave. Mañana abrirá los ojos y te mirará, como lleva haciendo desde que tiene uso de razón. Así que no decaigas ahora —traté de animarle, logrando al fin que me echara un vistazo.

Sonrió con tristeza y me dio un beso en la frente.

—Eres más fuerte de lo que cabe esperar.

—Creo que soy tan buena mentirosa como tú. —Cogí aire y volví a tragar saliva.

El corazón seguía latiéndome en la garganta, no cesaba la inquietud. Y quizá tenía que ver el hecho de no haber recibido respuesta. Había enviado un mensaje a Enrico hacía más de una hora. Un acto estúpido teniendo en cuenta dónde se encontraba y qué estaba pasando. Pero el miedo era mal consejero.

«Dime que estás bien», le había escrito.

—Estoy cagada de miedo. —Me asombró mi honestidad.

Mauro apretó aún más mi mano.

—Enrico está bien. Puedo asegurarte eso —comentó y enseguida recordé que esa misma noche, hacia unas horas, Patrizia había llegado a la misma conclusión que su hijo.

—Parece muy evidente —sonreí avergonzada—. Tu madre también se ha dado cuenta.

—Pero ella lo ha deducido por ti.

Tuve un escalofrío. Podía suponer que Mauro había respondido sin más, pero lo cierto era que acababa de anunciarme que Enrico era tan malo fingiendo como yo.

—No me des esperanzas —dije incorporándome. De pronto me sentía muy nerviosa.

—No te hagas la tonta. No lo eres.

Creí que la mirada que nos dimos duraría toda la madrugada, que Mauro lograría derrumbar mi fortaleza y toparse con cualquiera de mis introversiones. Pero se escuchó el timbre de un teléfono y tuve un sobresalto.

—¿Qué es eso? —inquirí aturdida, notando una vibración en el muslo. Tenía el móvil guardado en el bolsillo de mi vaquero.

—Enrico... —sonrió Mauro y se levantó—. Iré a por un café.

Me dejó allí sola, con el teléfono entre las manos y el pulso acelerado. No sabía si sería capaz de mediar palabra.

Kathia

—

Abrí el grifo de la ducha. Solo tuvieron que pasar unos segundos para que el agua caliente empañara de vaho todo el baño. Impregnó los azulejos, la mampara. Enterró mi reflejo en el espejo. Así que ahora no era más que una difusa sombra vestida de rojo, un poco trémula y bastante más lánguida de lo que esperaba.

Todavía podía escuchar el sonido de los disparos, cada uno de los gritos. Podía sentir los cristales o las piedras hiriéndome los pies. Continuaba conservando el instinto que me empujaba a echar a correr.

Sin embargo, aquello ya hacía un rato que había terminado. Cristianno estaba en una sala de hospital. Silvano con un tiro en la pierna. Varios de sus hombres heridos, otros muertos. La mansión calcinada. El cadáver de Carlo Carusso a los pies de la escalinata. Y yo, en aquella *suite* de lujo en el hotel Hassler todavía aturdida.

Avancé hacia la ducha conforme me quitaba el vestido y me coloqué bajo el agua. Me quemó un poco la piel, pero con el tiempo me adapté a su calor e incluso me confortó, porque el frío que habitaba dentro de mí no se iría tan fácilmente.

Apoyé la espalda en la pared y cerré los ojos. Poco a poco, me dejé caer hasta sentarme en el plato de la ducha. Encogí las piernas y me aferré a ellas sin saber que de pronto me echaría a llorar y no disimulé los sollozos. Dejé que surgieran sin control, algunos mudos, otros sofocados.

Tuve que ser alarmante porque Enrico entró enseguida. Me encontró tan desolada que no le importó mojarse para llegar hasta mí.

—Hey, cariño. Ven aquí —suspiró preocupado al abrazarme.

Me sacó de allí entre sus brazos y me acomodó en la cama antes de regresar al baño y coger un albornoz y una toalla. Rápidamente, me cubrió con la prenda y se puso a secarme el cabello. Sentí el frío calándome los huesos y me hizo tiritar, pero aun así no dejé de llorar. Esa vez, lo hice por lo bajo.

—Lo siento —gimoteé atenta a la culpabilidad que atravesó el rostro de Enrico.

—No pidas perdón por algo que no has hecho.

—No lo hagas tú también —protesté—. Eric dice que yo no tengo la culpa, pero no puedo dejar de pensar en lo contrario.

—Cariño. —Tomó asiento a mi lado y me cogió las manos—. Lo que sea que suceda no tiene nada que ver contigo. Lo único que podemos odiar es que esa maldita gente te haya metido en esto.

Había tanto escondido tras aquella mirada triste que por un instante no supe qué hacer. Si una persona como Enrico medía tanto sus palabras, entonces no estaba tan mal sentirme preocupada.

—Y sin embargo no me importa —le aseguré—. Yo solo necesito saber cómo está Cristianno.

Enrico me acarició la mejilla.

—Duerme en la habitación de la tercera planta del Santa Teresa. Esa es una buena señal, ¿no te parece? —Trató de sonreír.

—¿Y el corte?

—Cosido y cauterizado. Acaban de informarme. Está bien. Está bien, mi amor.

Tragué saliva y me aferré a sus muñecas.

—Pero Silvano...

—Silvano saldrá de esta. Es un hombre fuerte.

Decidí abrazarle. Los brazos de Enrico me acomodaron en su pecho y me envolvieron con entereza. Hallé tanto calor en el gesto que poco a poco dejé de temblar.

—¿Cómo lo soportas? —quise saber. Los latidos de su corazón pegados a mi oído—. Estás tan preocupado como yo, pero mantienes el tipo e incluso tratas de animarme.

—Tengo mis trucos. —Besó mi frente—. Tú eres uno de ellos. Mi preciosa niña.

—No me ha gustado verte en medio de todo ese caos. Tenía tanto miedo.

—Lo sé, cariño. —Enmarcó mi cara y volvió a besarme—. Pero ahora estamos aquí, a salvo, y debes descansar un poco. Te curaré esas heridas antes de que te vayas a dormir.

—¿Crees que podré hacerlo?

—Te obligaré si no.

No podía decir que el terror y la adrenalina me habían abandonado, pero sí percibí que menguaban y que, aunque persistentes, ya no eran tan insoportables.

Dejé que Enrico me curara las magulladuras de mis piernas y mis tobillos. Después me sirvió una infusión caliente que se había encargado de pedir al servicio de habitaciones y me obligó a beberla ya metida en la cama. Curiosamente me sentó bien. Supongo que el hecho de tenerle conmigo ayudó bastante.

Un rato más tarde, apagó la luz. Yo ya me había acomodado en posición fetal y de alguna manera el cansancio tomó protagonismo. No tardaría en dormirme. Pero, aun estando cerca del letargo, pude ver a Enrico paseando por el salón.

Deshizo el nudo de su corbata hasta deslizarla por su cuello. La dejó sobre la mesa a la vez que empezaba a desabotonar su camisa. Un instante más tarde, la línea de su torso se dibujó gloriosa y agotada entre la penumbra.

Entonces se detuvo a servirse una copa. El hielo tintineó al caer en el vaso y crujió al sentir el contraste de la bebida. Tomó asiento en uno de los sofás y se prendió un cigarrillo antes de darle un sorbo.

Enrico desconocía que yo le miraba. Así que pudo ser él mismo creyendo que la oscuridad ocultaría todas sus inquietudes. Parecía tan solo, tan atrapado.

De pronto echó mano a su teléfono. Oteó la pantalla con nostalgia y se mordió el labio. Intuí que había leído algo que le había afectado, porque no pudo evitar un escalofrío.

Trasteó el móvil, liberó un suspiro y se lo llevó a la oreja. Para cuando su interlocutor respondió yo perdí todas mis fuerzas y caí presa de un profundo sueño.

Capítulo · 42

Sarah

Cerré los ojos al escuchar su aliento al otro lado de la línea. Solo con ese detalle ya supe que Enrico estaba agotado y tenso.

—Hola —murmuré.

—Estoy bien.

Escogió responder al mensaje que le había escrito. Y realmente me gustó escuchárselo decir a él mismo, pero algo de mí no sintió satisfacción. Porque su seguridad no menguaba el riesgo. Porque aquella maldita noche no desaparecería tras esa confirmación.

—Eso me han dicho. —Traté de sonar confiada.

—¿Y tú?

Tuve un escalofrío que me llevó a encogerme en mi asiento.

—Nerviosa, asustada —me sinceré—. ¿Cómo está Kathia?

—Duerme. Estoy con ella.

—Me alegro.

No sabía qué más decir. Tenía la sensación de estar siendo irresoluta, una maldita caprichosa. Pero en realidad cientos de palabras estaban luchando entre sí en la punta de mi lengua. Palabras que no se atrevían a salir.

—Sarah...

Y como si de un río desbocado se tratara, hablé. No esperé a oírle, simplemente le interrumpí ansiosa.

—Lo siento. Por hacerte cargar con mis preocupaciones, por obligarte a tener que dedicarme un instante para tranquilizarme. Ya sé que no necesitas mis inseguridades en un momento como este. Pero me has asustado. Me has asustado muchísimo —terminé sollozando.

Hubo silencio al otro lado. Su aliento un poco más precipitado.

—Tú y yo no tenemos ningún compromiso, Sarah —dijo de pronto, y me mordí el labio con frustración porque sabía que tenía razón—. No estoy obligado a darte explicaciones de nada y mucho menos llamarte para asegurarte que estoy bien. Así que debería bastarte con que esté al teléfono ahora mismo para hacerte creer lo contrario a lo que acabas de decir. —El pulso se me detuvo un instante para regresar adoptando un ritmo frenético—. Me molesta que pienses que no eres importante. Porque lo eres. Lo eres —gruñó. Y tuve que taparme la boca para que no escuchara mis gimoteos.

Las lágrimas se derramaban una detrás de otra sin control. El temblor, que había comenzado en la punta de mis dedos, pronto se extendió por los brazos. Me erizó la piel. No hubo rincón de mi cuerpo que no sucumbiera a aquel efecto narcótico.

—Te necesito —dije de súbito, abandonando los disimulos—. Necesito abrazarte, ver con mis propios ojos que estás bien. Y quizá te parezca demasiado insolente o tal vez problemático, pero esto es lo que siento y es estúpido fingir que ninguno de los dos nos hemos dado cuenta. Yo... te necesito.

De algún modo, me preparé para la negación, para el final de aquella llamada y la vergüenza que me embargaría después. Pero Enrico parecía dispuesto a contradecirme.

—Ve a Frattina.

Y colgó dejándome echa un mar de dudas en medio de aquel pasillo. Pero es que no existían incertidumbres en lo que acababa de decir.

Me encaminé aprisa hacia el rellano de los ascensores. Mauro estaba allí terminando de agitar un café. Un guardia le acompañaba. Ambos me miraron aturdidos al verme llegar.

Pero el Gabbana dedujo demasiado a través del rubor en mis mejillas.

—Mauro... —Cogí aire—. ¿Crees que sería demasiado cínico de mi parte si me marchó?

Él alzó las cejas, incrédulo. Había adoptado una expresión traviesa.

—¿Realmente necesitas que responda a esa pregunta?

—Sí...

Miró a su compañero.

—Gio, ¿puedes llevar a Sarah a Frattina, por favor? —Se acercó a mí y me susurró al oído—: ¿Te vale como respuesta?

Tras eso, un hormigueo se me instaló en la boca del estómago. Convertí mis manos en puños para controlar la tensión. Los temblores no eran visibles, pero me hacían sentir muy inestable. Era como si estuviera entrando en hipotermia frente a una maldita chimenea.

No presté atención al condenado trayecto. Estaba tan centrada en contener la ansiedad que no me di cuenta de que Gio detenía el coche a pie del portal de Enrico.

Observé la fachada como si fuera un fantasma.

—¿Te encuentras bien, Sarah? —me preguntó el joven y yo asentí por inercia.

—La verdad es que no lo sé. —Le fui sincera, provocando que el pobre muchacho empezara a preocuparse.

—¿Quieres que te acompañe arriba?

—En algún momento tendré que echar coraje —bromeé. Me gustó su sonrisa—. Gracias por traerme.

Me bajé del coche, suspiré hondamente y toqué el telefonillo. Gio se alejó en dirección a Piazza Spagna. Estuve centrada en el trasero de su vehículo hasta que desapareció.

Entonces la puerta se abrió con un chasquido. Entré rápidamente y cerré tomándome los segundos que duró la maniobra como una oportunidad para animarme a mantener la calma.

Atravesé el patio interior y me metí en el ascensor. Sabía que Enrico se hallaba en el último piso, que en cuanto terminara de subir, las puertas serían lo único que me separaría del umbral de su vestíbulo. Que quizá él estaría esperándome allí, tan impaciente como yo.

No fue así como sucedió.

Todo estaba en penumbra. No había ninguna luz prendida. Fue incluso molesto que la iluminación del interior del ascensor interrumpiera aquel extraño y solitario ambiente.

Me adentré en el piso. Las puertas se cerraron tras de mí y permitieron que la oscuridad me atrapara. No se oía nada. Ni siquiera el murmullo de la noche. Aquel hogar parecía lejos del mundo real.

Me estrujé los dedos hasta herirme. No fue un dolor molesto, sino aliviador y me aportó el valor para dar un par de pasos, aunque estuvieran llenos de timidez. El pecho subiendo y bajando, la boca entreabierta en busca de aire.

Enrico no estaba allí. No había rastro de él por ningún lado. Era cierto que no tuve valor a ir más allá del salón, pero tampoco me hizo falta. Era evidente que estaba sola. O al menos eso creí hasta que escuché un pequeño chasquido tras de mí.

Me giré de súbito, los latidos de mi corazón comenzaron a zumbarme en los oídos. Por un instante siquiera supe si estaba respirando, tan solo tenía ojos para Enrico.

Nos separaban unos metros. Yo en medio de aquella sala; él al otro lado apoyado en el marco de la puerta. La camisa entreabierta, por fuera del pantalón. Se había descalzado. Tenía el rostro cansado y el cabello húmedo. Las manos en los bolsillos, los hombros decaídos y la mandíbula tensa.

Todo en él indicaba la impotencia ante lo que había sido una noche nefasta. Pero, por más que se hubiera esforzado, no conseguiría menguar su fascinante y seductora presencia.

El hecho de verle allí de pie, engulléndome con su poderosa mirada, hizo que el mundo que nos rodeaba me pareciera un poco menos cruel.

«Él vive en ese mundo, no puede ser tan malo».

Eché a correr. Enrico contuvo el embate y respondió al abrazo envolviéndome hasta ponerme de puntillas.

—¿De verdad estás bien? —Me alejé para mirarle. Reparé en las salpicaduras de sangre que había en la camisa y toqué su pecho en busca de alguna herida—. ¿Qué es esto?

—No es mía, estoy bien. De verdad —murmuró él cogiendo mis manos. Las besó.

—Tenía tanto miedo —sollocé antes de volver a abrazarle.

Enrico enterró su rostro en mi cuello y cogió aire.

—No vas a perderme —dijo bajito y a mí se me escapó un jadeo porque acababa de responder la pregunta que no había querido mencionar en voz alta.

Entonces se alejó. Acercó sus dedos a mis mejillas, yo cerré los ojos. No tenía ni idea de lo que iba a pasar, pero me daba igual. Tan solo quería estar con él, sentir sus caricias.

Repasó la comisura de mis labios con la yema de sus dedos y bajó hasta mi cuello para rodearlo con delicada firmeza. Le miré. Enrico no

haría nada hasta que una mirada mía le diera permiso. Pero es que ya lo tenía.

Me tenía en todos los sentidos.

Nuestras bocas se tocaron despacio, sin la intención de sellar un beso. Fue más bien un gesto de confirmación, una especie de sentencia entre los dos. Enrico acercó su lengua a la mía y enseguida repasó mis labios.

Incliné la cabeza hacia atrás, sentí una súbita debilidad que terminó azotándome en la parte baja del vientre. Trepó entre mis piernas. Supe que Enrico se tomaría su tiempo, que se movería con toda la intención de enloquecerme y había empezado bien. Yo ya estaba temblando de deseo.

Me devoró en un beso. Engulló por completo mi exhalación y rodeó mi cintura para empujarme contra la pared. No dejó espacio entre nuestros cuerpos.

Me aferré a él, aceptando su boca como nunca antes lo había hecho. Con total plenitud y control, dejando que nuestras lenguas se enredaran entre sí, dispuestas a separarse solo para coger aire.

Lentamente, el deseo ascendió y nos empujó a olvidar las finezas y ser un poco más desabridos. Daban igual las ocasiones en las que hubiera terminado en la cama junto a un hombre, aquello no podía compararse, ni siquiera disponiendo de total destreza para llevar a cabo aquel tipo de actos.

Pero es que yo nunca había hecho el amor.

No sabía lo que era ser besada de aquella manera y mucho menos sentirme deseada como mujer y no como mero producto.

Enrico llevó sus besos hacia mi mandíbula. Justo allí, inició un reguero que deslizó hacia mi cuello conforme sus manos bajaban a mis pechos. Los rodeos con firmeza, provocando que la caricia tuviera su respuesta en mi vientre y de nuevo mis muslos temblaron.

Aprovechó aquella reacción de mi cuerpo para mostrarme cómo estaba reaccionando el suyo. Su pelvis empujó la mía. Sentí la prominencia de su miembro, una poderosa dureza que me arrancó un jadeo, y clavé las uñas en sus hombros.

Lo empujé aún más contra mí, realmente no quería que hubiera espacio alguno sin cubrir. Pero me di cuenta de que no bastaba, que la piel nos ardía y la necesidad apretaba. Enrico volvió a besarme. Sus manos ya se

habían colado bajo mi jersey. Tiró de él para quitármelo antes de enterrar su boca en mi clavícula.

Mientras tanto, mis dedos empezaron a desabotonar su camisa. Enrico se detuvo coincidiendo con el último botón. Quiso darme aquel momento, quiso regalarme la oportunidad de ver el poder que tenía sobre él, y aparté la camisa acariciando su pecho en toda su plenitud.

Él cerró los ojos. Su preciosa piel completamente erizada. La prenda cayendo a sus pies. Dejé que mis dedos resbalaran hasta su ombligo. Una vez allí creí que se detendrían, pero continuaron bajando y descansaron sobre la hebilla del cinturón. Me estremeció imaginar cómo sería sentir aquella protuberancia abriéndose paso hacia mi interior.

—Estoy nerviosa —dije antes de tragar saliva.

—Yo también. —Enrico apoyó su frente en la mía. Encontré el valor para mirar sus ojos.

—¿Por qué lo estás tú?

—Porque voy a hacerte el amor y eso es mucho más de lo que puedo soportar —me aseguró.

Capturó mis caderas, las empujó contra su erección y deslizó las manos por mis piernas para subirme a horcajadas. Continué mirándole mientras él se encaminaba a la habitación. Quizá estaba siendo atrevida, probablemente me avergonzaría al amanecer, pero no me permitiría invertir tiempo en tonterías.

Tenía a Enrico. Estaba tocándole, besándole, estaba siendo receptora de sus caricias y deseos. En ese preciso instante, existíamos los dos. Ya habría tiempo de preocuparse por la mañana.

Flexionó una rodilla sobre el colchón, se inclinó hacia delante y me tumbó en la cama. Manteniendo su postura, me observó. Las pupilas encendidas en pasión. Sus dedos acariciando el contorno de mis pechos.

Podía ser cierto que estaba nervioso, respiraba entrecortado y le temblaba un poco el pulso. Pero desde luego no le contuvo. No le impidió que se alzara sobre mí tan impetuoso y exuberante.

Bajó sus caricias hasta el borde de mis pantalones y desabrochó el botón. A continuación, introdujo los dedos bajo la cinturilla, se estaba preparando para tirar y cerré los ojos, incapaz de ahorrarme el asombro que me producía todo lo que estaba pasando.

Retiró la prenda, la rigidez de la tela estremeciendo mi piel. Sus ojos aún sobre los míos cuando decidí mirarle de nuevo. Llegué a tiempo de ver como apoyaba una de sus manos en mi rodilla y la deslizaba hacia el interior de mi muslo.

La respiración comenzó a surgir desbocada, estaba al borde de contraerme, y sus dedos cada vez más cerca de mi centro. Latía con fuerza, sentía la humedad empapando mi piel, un intenso calor ardiendo en mi vientre.

Pero Enrico no me acarició como cabía esperar. Esquivó la zona, se desvió hacia mi cintura y se acercó a mi boca de nuevo. Acogí sus caderas entre mis piernas cuando decidí aferrarme a él e incrementar la intensidad de aquel beso.

Sus manos colándose bajo el sujetador. Las mías tirando de su pantalón. Hubo un instante en que el frenesí se hizo con el control de todo y nos convertimos en besos ansiosos y caricias precipitadas, en jadeos cercanos a reclamos.

Finalmente, Enrico decidió desnudarme por completo. Las mejillas le ardían cuando decidió retirar mi sujetador y contuvo el aliento al tiempo que sus dedos se enredaban a la goma de mis braguitas. Iba a quitármelas.

Pero se detuvo y me miró. Ahí estaba de nuevo su silenciosa petición de permiso. Porque incluso cuando más excitado estaba, no olvidaba mis traumas.

Enrosqué sus muñecas, tragué saliva y le insté a continuar. Él deslizó la tela con lentitud sin apartar la mirada de mí. Me tenía completamente desnuda ante su atento escrutinio y, yo lejos de sentir vergüenza, me expuse a él porque por primera vez sentí que aquello era el acto más puro y maravilloso que podía experimentar un ser humano.

Se humedeció los labios y tragó saliva. Tenía las de ganar en cuanto a timidez se refería, ya que yo estaba desnuda a diferencia de él. Pero comprendí que para Enrico aquel acto era igual de importante. Algo que le exponía como nunca antes.

—Debería haberlo sabido cuando te vi por primera vez —susurró adoptando una mueca de nostalgia.

—¿El qué? —Fruncí el ceño.

—Que una cría de veinte años cambiaría mi mundo.

Me incorporé de súbito para abrazarle. Mi pecho sobre el suyo, sus manos sobre mis nalgas. Un beso jadeante y exigente. Tiré de sus pantalones. La maniobra fue tan apresurada que terminó por empujarnos.

Caímos en el colchón en medio de aquel beso que todavía insistía en ser apremiante. Hasta que su miembro acarició mi centro. Gemí al tiempo que me contraía. Fue como si mi cintura tuviera vida propia y prolongué aquel placer friccionando contra un Enrico que había bloqueado mis brazos para acariciar mi cuerpo en toda su plenitud.

De pronto todo se pausó. Sentí su dureza apoyándose en mi entrada. Nos miramos. Su nariz tocando la mía. Enrico apretó los dientes, la excitación ya lo estaba volviendo loco. Acaricié sus labios con la punta de la lengua. Él se aferró a uno de mis muslos y lo empujó hacia arriba, gesto que hizo que mis caderas se abrieran aún más. Quería asegurarse de entrar por completo.

Y así fue. Se abrió pasó con lentitud, evitando sucumbir al escalofrío que nos produjo el intenso contacto. Bajé los brazos, estrujé las sábanas entre mis dedos y arqueé la espalda. Pero no aparté la vista. No quería perderme la cantidad de emociones que atravesaron su rostro una vez supo que estaba completamente dentro de mí.

Se quedó muy quieto y echó un vistazo hacia la conexión entre nuestros cuerpos para ver con total claridad cómo sería la primera acometida. Y entonces hizo retroceder su cintura y empujó.

Apreté los dientes de puro placer, y repitió la maniobra, cada vez más hondo, mucho más duro. Navegué hacia sus caderas, las apreté cuando estas decidieron abandonarse a la creciente necesidad. Y dejó que el ritmo se desbocara. Lento y rápido. Suave y brusco.

Se movía con autoridad, con la exigencia que imponían nuestros deseos. Gruñía mi nombre, temblaba cuando yo jadeaba el suyo. Las embestidas cada vez más duras, obedeciendo mis reclamos.

Enrico se tumbó sobre mi cuerpo, apoyó su boca en la mía y llevó una mano hacia mi entrepierna. La poderosa línea de los músculos de su espalda bajo la palma de mi mano, mis uñas hincándose delicadas en su piel. Una fina capa de sudor instalándose entre nosotros.

Capturé su rostro. Él apoyó de nuevo su frente en la mía. El ritmo de las embestidas había tomado una cadencia sólida, pero también profunda. Sus dedos iban a llevarme al orgasmo al tiempo que me hacía el amor.

No tardé demasiado. El placer estalló en mí con una fiereza insólita. Estremeció hasta mis pies y me contraí contra su cintura en busca de prologar la satisfacción.

Fue en aumento cuando noté como su cuerpo se contraía. Y se aferró a mí para alcanzar el clímax en un profundo jadeo que absorbí con un beso.

No recuerdo el tiempo que pasamos enredados el uno al otro, tratando de tomar las riendas de nuestros alientos. Pero lo cierto fue que cuando Enrico decidió salir de mí me sentí un poco vacía.

Pensé que se alejaría, que tal vez se levantaría y se encerraría en el baño, esperando que yo aprovechara ese tiempo para vestirme e irme a casa, al edificio. Supongo que mis heridas me jugaron una mala pasada tratando de infestar un momento que había sido mágico.

Pero Enrico no se alejó. Se tumbó a mi lado y me acomodó sobre su pecho para envolverme en un abrazo, todavía un poco trémulo por la resaca de aquel orgasmo. Me entiesé un instante, no supe siquiera cómo tocarle. Pero, poco a poco, mi cuerpo fue cediendo.

Nos miramos. Acarició mi mejilla, me dio un beso. Yo me aferré a él con más fuerza, asombrándome con que Enrico acogiera aquel contacto como si todavía estuviéramos haciendo el amor.

—Ah, ¿qué me has hecho? —dijo en mi boca.

—Eso mismo me pregunto yo.

Cogió mi mano y la apoyó sobre su corazón. Latía desbocado.

—¿Lo notas? —susurró, y tragué saliva.

—Sí... —tartamudeé.

—Yo... te pertenezco.

Contuve el aliento. De pronto, los ojos se me empañaron. No podía creer que estuviera recibiendo tal declaración. Pero Enrico no dudó al mencionarla. Era su honestidad lo que había hablado y sus palabras me empujaron a besarle una vez más para, de algún modo, cerciorarme de que aquello no era un sueño.

Capítulo · 43

Sarah

Aún no había amanecido. Lo supe porque al cambiar de postura descubrí que Enrico ya no estaba en la cama, y tuve que abrir los ojos.

Me consternó saberme desnuda y sola bajo aquella penumbra. Seguramente se había ido antes de que los primeros destellos del día asomaran en el horizonte y me entristeció haberme perdido la oportunidad de despertar a su lado.

Pero su decisión había sido lo mejor. Enrico tenía tantos obstáculos a los que enfrentarse, que estar conmigo suponía una complicación. Podía sentirme satisfecha con la madrugada que me había regalado.

Entonces, escuché una voz. Extrañada, miré alrededor. Pensé que mi imaginación me había jugado una mala pasada, fruto de las ganas de volver a ver a Enrico.

Sin embargo, allí estaba él. De pie frente a los ventanales, completamente desnudo. Atendía una llamada.

Al principio, sentí un fuerte hormigueo en las piernas. Mi cuerpo había memorizado cada una de las sensaciones que había sentido mientras hacíamos el amor y regresaron a mí de nuevo.

Me incorporé al filo de la cama. Iría en su busca, besaría sus labios y le pediría que me abrazara de nuevo. Pero Enrico no parecía cómodo. Quien sea que estuviera al otro lado de la línea había conseguido que sus hombros se entiesaran.

Una llamada a esas horas, cuando aún podía considerarse de madrugada, no tenía buenas intenciones, de eso estaba segura. Así que me costó ignorar el escalofrío que cruzó mi nuca.

—No deberíamos estar manteniendo esta conversación, Angelo — gruñó Enrico por lo bajo. Yo tragué saliva—. Espera al menos a enterrar a

tu hermano. Después, ya veremos cómo soluciono los errores cometidos por ese maldito crío arrogante.

Colgó y lanzó el teléfono al sofá que tenía al lado. Después suspiró con fuerza e inclinó la cabeza hacia atrás.

Lentamente me acerqué a él caminando de puntillas. Empecé apoyando mis dedos sobre sus caderas y después las envolví hasta descansar mi pecho en su espalda.

Enrico suspiró de nuevo y acarició mis brazos acomodándose en aquel abrazo. Creo que fue lo único que consiguió que su agitado pulso se apaciguara. Pero, aun así, no me convenció. Supe que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre? —murmuré.

—Hemos encontrado al hombre que hirió a Cristianno. —Esa era una gran noticia.

—Entonces, ¿por qué te siento tan lejos de aquí? —Mi aliento se derramó por su omóplato. Detalle que le estremeció.

No respondió enseguida. Se tomó su tiempo, como si se estuviera preparando para mi rechazo. Le miré de soslayo, se estaba mordiendo el labio. Tenía el ceño fruncido y una expresión de gran angustia.

—Enrico... —jadeé preocupada.

—Angelo me ha pedido que elimine a Cristianno —dijo de pronto y cerró los ojos.

Retrocedí tambaleante, alejándome del calor de su cuerpo. El corazón se me contrajo y el aliento comenzó a amontonárseme en la boca. Las pupilas temblorosas, abrí tanto los ojos que creí que se me saldrían de las cuencas.

Sentí mareo. Sentí un miedo atroz ante algo que de pronto me parecía inevitable. Y regresé a la cama dando tumbos. Cogí la sábana y me cubrí con ella sabiendo que cada uno de mis gestos estaban siendo mucho más duros de lo que esperaba. Buscaban darme una dosis de realidad. Buscaban despertarme de aquella pesadilla.

—Sarah —medió Enrico, siguiéndome.

No quise mirarle y toparme con la tristeza en su mirada. Necesitaba al Enrico de hacía unas horas, él mismo que había tomado mi cuerpo como si fuera su único propósito en la vida.

—No, no. —Le negué que me tocara cuando se acomodó a mi lado.

—Sarah, por favor... —Me cogió del brazo.

—No es cierto, ¿verdad? —Le supliqué—. No puede ordenar algo así como si nada.

—Claro que puede —gimió.

—¡No! —Le empujé varias veces. Él soportó cada embestida porque supo que a continuación me echaría a llorar y necesitaría de su contacto—. Cristianno no va a morir. No vas a consentirlo, ¿cierto? —sollocé. Pero no respondía—. ¿Enrico?

—Yo... no sé qué hacer. —Tembló desconsolado.

Daba igual que yo estuviera allí con él. Justo en ese momento, Enrico estaba tan solo que ni la mejor de las compañías servía.

Me alejé de él y le cogí del cuello. Seguía llorando, pero ya no era de miedo sino de furia. Nadie le pondría un dedo a Cristianno mientras yo existiera.

—Evitarlo. Eso tienes que hacer —mascullé captando su completa atención—. Encontrarás la manera. Tú siempre encuentras la manera. Siempre das con la solución, por compleja que sea —sollocé alcanzando a ver que sus ojos se habían empañado. Apoyé mi frente en la suya—. Eres Enrico Materazzi, ¿recuerdas? Eres mi Enrico... Encontrarás la manera. Dímelo, por favor.

Se aferró a mi cintura hasta ponerme a horcajadas sobre él. Entonces acercó sus labios a los míos.

—Encontraré la manera, mi amor —jadeó y me devoró con rudeza.

Kathia

Desperté de súbito. Sentía la piel húmeda por el sudor y apenas podía respirar. Lentamente me incorporé en la cama, un fuerte mareo me atravesó y me llevé las manos a la cabeza. Me dolía lo bastante como para tumbarme de nuevo.

Sin embargo, mi conciencia ya estaba funcionando y había recopilado la suficiente información como para impedirme volver a dormir.

No estaba sola en la habitación. Totti permanecía de pie, custodiando el umbral de la puerta que me separaba del salón. La tele estaba encendida, podía escuchar la voz de una reportera y también el tintineo de una cucharilla dando vueltas a un café.

Angelo se había acomodado en el sofá. La mesa que tenía delante había sido inundada de alimentos perfectamente dispuestos. Él mismo tenía un aspecto espléndido. No parecía que unas horas atrás hubiera estado pegando tiros a todo hombre que se le cruzara por delante.

Puse los pies en el suelo. Las heridas me dolían un poco, pero no me impidieron caminar. Me ajusté el albornoz más que dispuesta a salir. O eso creía, al menos hasta que Totti me miró.

Por su aspecto, supe que no le hacía ni pizca de gracia que yo fuera a cruzarme con el maldito Carusso. Pero ambos supimos que, cuanto antes le hiciera frente, antes se marcharía de allí.

La pantalla de la televisión me mostró el primer plano del rostro de Adriano Bianchi rodeado de micrófonos. Deduje que estaba en el vestíbulo del ayuntamiento atendiendo a la presa con una falsa expresión de aflicción en el rostro.

A pie de la imagen rezaba el título «Caos en Roma». Cerré los ojos. No fue complicado recordar cada detalle de lo ocurrido. Fue como vivirlo de nuevo. Ardía en mi pecho, todavía sentía la sangre de Cristianno en mis manos.

—No encuentro calificativos con los que describir los disturbios de anoche —decía Adriano Bianchi—. Fueron actos de violencia sumamente reprochables y desmesurados, un atentado contra nuestra ciudad que se ha cobrado vidas inocentes y honorables, además de dejar cuantiosos heridos.

La furia me hizo convertir las manos en puños. Creí que me detendría en medio de aquel salón. Pero seguí avanzando, compartiendo mi atención entre la pantalla y un Angelo que continuaba agitando su café.

—Pero puedo asegurar que ya estamos trabajando en encontrar a los culpables y establecer de nuevo la seguridad en nuestras calles. Roma no será sometida por un grupo de delincuentes, eso os lo puedo prometer. Muchas gracias.

La reportera tomó la palabra y comenzó a hacer un resumen de lo que había dicho nuestro alcalde mientras se mostraban imágenes de los altercados.

Estuve segura de que todos aquellos periodistas sabían que Valentino Bianchi había participado, que Cristianno y yo estábamos de por medio.

Sin embargo, la mentira parecía mucho más jugosa, quizá porque se había convertido en un bonito cheque. Quién sabía.

—Oh, buenos días, querida —dijo Angelo fingiendo asombro—. Adelante. —Tomé asiento frente a él, echándole un vistazo a Totti y al guardia que acompañaba al Carusso; se había colocado a sus espaldas—. He pedido un poco de todo ya que no sabía qué te gustaría para desayunar.

—¿Qué haces aquí? —mascullé. Ver toda aquella comida delante de mí por poco me hace vomitar.

—Compartir un desayuno con mi hija. —Alzó las cejas, dando por hecho la obviedad de su presencia.

—Ya sabemos que no lo soy.

—Pero te he criado.

—Si pasar media vida en un internado es criar a alguien...

Él dejó su taza sobre la mesa y me echó una sonrisa. Estaba orgulloso, a pesar de lo sucedido.

—Al menos nos hemos ahorrado ver crecer tu maldita insolencia —comentó a modo de broma.

Apreté los dientes y clavé las uñas en los brazos de aquel sillón.

—¿Has participado en la creación de ese discurso? —quise saber, porque de algún modo no daba crédito a tanta mentira.

Ya había sucedido con anterioridad, cuando tuvieron que justificar la explosión del yate de Annalisa Costa.

—Se me da bien la gramática.

—Además de mentir. —Torcí el gesto y entrecerré los ojos.

—Tienes que dominar ambas artes para poder acceder a mi posición. Pero, parece que no te ha dejado satisfecho. —Comenzó a untarse una tostada con mermelada.

—¿Debería? —reproché.

—Teniendo en cuenta que tenía a mi alcance exponer a los Gabbana, sí. Debería.

Cuando Angelo decidió visitarme, se olvidó mi percepción de las cosas. No era ciega y después de haber descubierto que ni siquiera era una Carusso, debería haber contado con que ninguna de sus artimañas le valdrían conmigo.

—Podría convencerme si no te conociera. Pero resulta que empiezo a saber cómo funciona este mundo —le aseguré bastante más arrogante de

lo que esperaba—. No te daré las gracias por mentir sobre la realidad de anoche. Porque de lo contrario tú solito te habrías expuesto. Si no, ¿cómo explicarías que tu hogar se calcinara a manos del comisario general de Roma?

Angelo creía tener la situación a su favor. Pensaba que, con tan solo mencionar a un Gabbana, todo el mundo asumiría su versión sin preguntarse nada. Pero es que Silvano Gabbana era incluso más importante que él en la ciudad.

Un comisario declarando la guerra a un juez del supremo. Esa historia era inverosímil para cualquiera. Y en el caso de haber sido creíble, nadie le aseguraba un respaldo completo.

En realidad, Angelo conocía perfectamente los detalles. Pero supuso que yo sería lo bastante tonta.

—Tu inteligencia también me resulta muy molesta —confesó al tiempo que alguien llamaba a la puerta.

Segundos más tarde, entró un esbirro con una tirita en la nariz. Las mejillas inflamadas y los ojos un poco irritados. No recuerdo haberle visto en la reyerta, pero estaba claro que había participado si presentaba tal aspecto.

Acto seguido irrumpió Valentino. Me entiesé en mi asiento y no fui la única en inquietarse. Sandro cerró la puerta de la habitación y echó un rápido vistazo a Totti.

El mayor se acercó a mí y se colocó bien pegado a mi derecha mientras que su segundo hacía lo propio a mi izquierda. Ambos me franquearon preparados para cualquier cosa. Lo que dejó bien claro que no permitirían que nadie se acercara a mí.

El Carusso sonrió ante el gesto.

—Desde luego que tienes la arrogancia de una soberana —dijo asombrado antes de señalar a los hombres—. Incluso has encontrado tus propios súbditos.

Sandro y Totti, lejos de molestarse con el comentario, levantaron sus barbillas y fortalecieron su postura.

—Angelo —trató de decir Valentino al tomar asiento.

—Cállate. No os he reunido porque tenga ganas de compartir tiempo con vosotros. Tan solo veo de máxima urgencia ponerlos al tanto de los cambios en nuestra agenda.

Pegó un mordisco a su tostada, la dejó en el plato y se limpió las manos con una servilleta. No había ni rastro de pesadumbre en él. Daba igual que su hogar hubiera sido engullido por las llamas o que Carlo hubiera muerto. Angelo parecía no tener sentimientos.

—El cadáver de tu hermano todavía caliente y tú pensando en el qué dirán. —No pude contenerme y él dio un porrazo en la mesa.

Tuve un escalofrío al ver cómo estiraba los músculos de su cuello.

—Pensaba anunciar la fecha de enlace en la fiesta de compromiso —continuó como si nada—. Pero teniendo en cuenta los percances, debemos aplazarla. Aunque sí puedo daros la noticia. Os casáis en ocho semanas —sentenció.

—Dijimos que lo adelantábamos —protestó Valentino, ignorando mi asombro.

—¡No, tú hablaste de adelantar! —gritó Angelo, señalándole con el dedo. De un salto se puso en pie. Parecía querer arremeter contra él—. ¡Y a continuación te pusiste a jugar a los delincuentes por las calles de mi puta ciudad! ¿Tengo que recordarte cuántas veces he pedido que te comportes?

Aunque asustada por lo que estaba viendo, me aturdió ver a Valentino agachando la cabeza.

—Ocho semanas —matizó Angelo encaminándose a la puerta. Su esbirro le siguió de cerca—. Ahora preparaos, nos trasladamos a Prati.

Cerró de un portazo y me dejó a solas con un Valentino rojo de la rabia. Había apretado tanto los dientes que creí que se los partiría.

—No le tienes muy contento, ¿eh? —me mofé.

Súbitamente se levantó y estiró los brazos en busca de cogermelo del cuello y quizá darme una paliza. Pero cuando sentí las yemas de sus dedos, Totti le propinó un puñetazo que lo tumbó en el suelo.

Me alejé de inmediato, apegándome a la pared como si fuera una cría asustada. Tanta tensión me había restado reflejos y tal vez un poco de valentía. Me sentía estúpidamente perdida.

—Lárgate de aquí —le ordenó Totti dándole patadas para acelerar su maniobra de escape.

En cuanto supe que se había ido, me hincé de rodillas en el suelo y sentí el amago de las primeras lágrimas.

—Eh, niña, tranquila —dijo Sandro frotándome la cabeza.

Roberto fue un poco más delicado y optó por darme un abrazo.

Cristianno

Mauro estaba sentado junto a la cama con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha. En realidad, se había quedado dormido. Ni siquiera los dos vasos de café que había en la mesilla habían evitado que el cansancio le venciera.

Traté de incorporarme para despertarle y decirle que se fuera a su cama. Pero entonces sentí una punzada de dolor. Atravesó mi vientre arrancándome un gemido. Aquello fue lo que hizo que recordara todo.

El teatro, la pelea en las escaleras, el instante en que me metieron en aquella furgoneta. Salté de ella cuando nos disponíamos a atravesar la Piazza de la Repubblica. Los golpes, los gritos de Kathia. El beso que le dio a Valentino. Y después un maldito desorden de imágenes dando tumbos de un lado a otro. Todo estaba demasiado difuso. Solo el rostro de Kathia bien grabado en mi memoria.

«No te duermas, por favor. ¡Cristianno!», me había dicho, pero no pude darle lo que me pedía ni aun luchando con todas mis fuerzas.

Sí, su precioso rostro era el último recuerdo que tenía antes de abrir los ojos y encontrarme en aquella habitación de hospital.

Miré en rededor. Me habían conectado una vía intravenosa y adecentado con un pijama del centro. Sobre la cama de invitados estaba mi madre, hecha un ovillo. Alguien la había tapado con un edredón y sabía que no había sido ella porque no se había quitado los zapatos.

—Mierda... —farfullé observándola. No me hizo gracia la idea de haberla preocupado.

«Papá se enfadará muchísimo», pensé presionando la herida para que el dolor no fuera tan punzante.

Entonces, Mauro se despertó como si alguien le hubiera dado un puñetazo. Apenas se dio tiempo para entrar en sí mismo que saltó sobre mí.

—Cuidado —siseó cogiéndome de los hombros. Bastó aquel soporte para poder enderezarme y apoyar los pies en el suelo—. ¿Estás bien?

—Como una rosa —me quejé con una mueca de dolor.

—Qué gilipollas, pero si estás hecho un puto desastre —sonrió sentándose a mi lado. Le di un manotazo en el hombro. Me encantaba verle reír de aquella manera—. En serio, ¿cómo estás?

Me levanté la camiseta y ambos descubrimos la venda que rodeaba mis costillas. La piel estaba manchada de yodo, dándole un aspecto amarillento bastante espeluznante.

—Es mi primera puñalada, ¿no? —Quise quitarle hierro al asunto al ver que Mauro observaba la zona con los ojos trémulos.

—Enzo Mancini, compañero. —Se esforzó en seguirme el juego echando mano de nuestros recuerdos.

—Pero ese capullo solo me rasguñó como si fuera un gato —le corregí.

Había empezado la secundaria y apenas pasaron dos semanas que ya nos habíamos peleado con los bastardos del último curso. Un día nos acorralaron en el patio y nos atacaron con una navaja.

—Eso es cierto —secundó Mauro—. Después, Alex le metió un pescozón que lo atontó para todo el trimestre.

Más bien le dio una paliza que lo mantuvo cuatro días ingresado, detalle que hizo que el tipo y su grupo no volvieran a acercarse a nosotros.

Pero, aunque nos esforzamos por tomárnoslo con humor, el escenario se encargó de golpearnos con la realidad. Mi primo estaba demasiado afectado, por mucho que se empeñara en disimularlo. Y lo comprendía porque su posición era más dura que la mía, y no sabía cómo demonios lo hubiera soportado de haber estado en su lugar.

—Mauro. —Acaricié sus hombros.

—Las cosas se complicaron, Cristianno.

Tragué saliva. Ya lo había imaginado. Era una pregunta que no me atrevía a formular.

—¿Qué ha pasado? —Le eché valor.

—No dejabas de sangrar. Kathia trató de taponar la herida.

Agaché la cabeza y fruncí el ceño. Tenía retazos de ese momento.

—Hubo una pelea en las escaleras de emergencia —le conté—. Me acorralaron entre varios tipos justo cuando terminé de enviarte el mensaje.

—Pudimos sacarte de allí. Alex corría como loco, Eric estrelló su moto contra el coche de Valentino. Estalló.

Le miré de súbito, asombrado. No tenía ni la menor idea de que nuestros amigos hubieran participado. Bien mirado era materialmente

imposible que les hubiera dado tiempo a llegar. Alex vivía en Ottaviano, bastante cerca de Daniela, y Eric al norte del barrio Pinciano. Direcciones demasiado apartadas de las inmediaciones del teatro. A menos, claro, que hubieran estado allí todo el tiempo.

Entrecerré los ojos.

—Les llamé, Cristianno —se sinceró Mauro—. Tenía un mal presentimiento cuando llegamos. Ya era demasiado tarde para advertirte, así que les avisé para que estuvieran preparados por si sucedía algo.

Incliné la cabeza hacia atrás y cogí aire. Era un gesto sencillo, pero la herida no parecía tan de acuerdo. Tuve que encogerme y llevarme la mano al lugar para menguar los efectos.

Sabía que aquello no era lo único por escuchar. La actitud contenida de mi primo reveló mucho más de lo que él creía. Estaba nervioso y preocupado por todo lo que había pasado.

Tardó unos minutos más en hablar y me prometí a mí mismo que no interrumpiría siquiera cuando llegara a las partes más controvertidas. Quería gozar de la información completa, necesitaba saberlo todo y para ello tenía que tirar de frialdad. Pero, a más explicaba, más inquieto me sentía.

—Nada salió bien —se quejó Mauro—. La mansión comenzó a arder, hemos perdido a varios hombres... —Las pulsaciones empezaron a martillearme en la boca del estómago—. Angelo... disparó al tío Silvano.

Noté que un persistente zumbido me atravesaba la cabeza. De pronto un mareo me golpeó y por poco me tumba. Me vi incapaz de mantenerme erguido. Las manos me temblaban, la garganta se me cerró, me faltaba el aliento.

Mi padre herido. Por un Carusso.

Ahora entendía por qué no estaba allí. Él probablemente siquiera estaba despierto.

—Fue un disparo en la pierna, han estado toda la noche interviniéndole —añadió Mauro y yo eché una ojeada a mi madre.

—¿Lo sabe? —Seguramente, no.

—¿Tú que crees?

De lo contrario, no hubiera podido conciliar el sueño.

—¿Y los abuelos?

—Todavía no les hemos avisado. Solo lo sabemos nosotros... Y Kathia.

Esa corta pausa que dio antes de mencionar su nombre me produjo un escalofrío.

—¿Qué quieres decir? —inquirí asfixiado.

—Ella... —Mauro tragó saliva—. Estuvo allí. Valentino nos encontró, tuvimos un enfrentamiento en la entrada del hospital. Hice lo posible por alejar a Kathia. Pero... —Se llevó las manos a la cabeza, siquiera se atrevía a mirarme—. Fallé.

Apreté los ojos. Entendía la pesadumbre de Mauro, pero ninguno de los dos hubiéramos podido hacer nada por evitar que algo así sucediera.

Me levanté como pude. Mauro reaccionó tratando de impedírmelo, pero lo evité porque lo único que quería era cogerle de cuello y acercarlo a mí.

—No es tu culpa —dije apoyando mi frente en la suya—. Tú nunca fallarías, ¿me oyes? Nunca, Mauro. —Y le abracé con fuerza. No consentiría jamás que un hombre como él dudara de sí mismo. Era mi compañero, una parte fundamental de mí—. Dime que ella está bien.

—Sí. Ha pasado la noche en el hotel Hassler junto al resto de los Carusso. Pero está a salvo. Totti y Sandro están a su lado.

Me alejé un poco y tragué saliva antes de frotarme la cara.

—Quiero ver a mi padre —suspiré y a Mauro le costó aceptarlo, pero finalmente me ayudó a quitarme la vía y salir de la habitación.

Me sostuve de su brazo para poder caminar con un poco más soltura. Las contusiones dolían un copón y los puntos de la puñalada se quejaban continuamente. Pero lo cierto era que me encontraba mucho mejor de lo que esperaba.

Subimos al último piso. Al ver que tomábamos inclinación hacia el pasillo de cuidados intensivos, me asusté un poco. Pero Mauro se encargó de tranquilizarme al decirme que tan solo era una medida de seguridad, ya que la intervención había durado más de tres horas.

Resultó que la bala se le había quedado alojada en la rótula y había perforado una de las arterias principales de la pierna, además de dañar el músculo. Tendría que caminar de por vida ayudándose de un bastón.

«Y pensar que esa bala podría haberle matado». Abrí su puerta.

Mis hermanos estaban allí. Diego se había quedado dormido en el sillón y Valerio estaba tendido en la cama de invitados. Ambos todavía con la misma ropa que habían llevado durante el altercado, igual que Mauro. Lo que me confirmaba que no habían pasado por casa.

Me acerqué a mi padre con cuidado de no despertarles. Él dormía relajado, demasiado pálido para mi gusto. La pierna en alto. Las manos cerradas y una expresión un tanto angustiada en el rostro.

De pronto me pareció mucho más anciano y me sobrevinieron unas ganas de espantosas llorar. Tomé asiento en el taburete que había junto a la cama y apoyé los codos en el colchón. Mauro se quedó rezagado, tomó asiento en el sofá que había libre.

Cogí la mano de mi padre y la besé. Estaba mucho más fría de lo que imaginaba. Apenas un rato más tarde, sus dedos se contrajeron en torno a los míos. Fue como si su inconsciente hubiera estado esperando por mí.

Le miré ansioso a tiempo de ver que abría los ojos. Los clavó en mí y entonces apoyó la cabeza en su pecho y me eché a llorar.

Capítulo · 44

Sarah

Enrico y yo nos despedimos en el garaje del edificio Gabbana. Habíamos tardado alrededor de diez minutos en decidirnos a soltar nuestras manos, pero cuando finalmente encontrarnos el modo, me aferré a él en un poderoso abrazo. El beso que nos dimos no fue suficiente.

Le vi partir y no entré al ascensor hasta que la puerta del garaje se cerró por completo porque una parte de mí temía que, al moverme, todo desapareciera.

Sin embargo, allí seguía, correteando por mi cuerpo incluso cuando entré en mi habitación y me encerré en el baño.

Ni siquiera aquella ducha fue capaz de despejarme. Todas las emociones que había albergado estando entre los brazos de Enrico, se vieron sepultadas con la realidad que impuso Angelo Carusso.

«Encontraré la manera». Enrico no dijo nada más después de aquello. Me bastó para confiar, pero aun así no pude deshacerme de la incertidumbre.

Terminé rápido y enseguida me dirigí al ropero y cogí un par de prendas limpias. Quería llegar cuanto antes al Santa Teresa y saber cómo estaban Cristianno, Silvano y los demás heridos.

Alguien llamó a la puerta cuando me calcé. Salí corriendo y abrí para toparme con el rostro desesperado de Patrizia.

—Acaban de avisarme —gimoteó—. Silvano ha sido herido. Dicen que el operativo fue un desastre. Ofelia no deja de llorar.

—Patrizia... —Me lancé a sus brazos.

La mujer se aferró a mí entre temblores. Realmente estaba muy preocupada.

Me alejé de ella para coger el abrigo y salí de la habitación arrastrándola conmigo por el pasillo. Yo ya sabía que Silvano estaba bien,

pero al parecer no les habían dado toda la información.

Al llegar al salón me encontré a Domenico abrazando a su esposa. Enseguida me lancé a ellos y acaricié sus brazos.

—No hay de qué preocuparse —les dije un tanto ansiosa—. No sé qué os habrán dicho, pero Silvano solo recibió un disparo en la pierna. Está fuera de peligro, ¿me oís?

Domenico cerró los ojos de puro alivio y su esposa soltó un gemido que me estremeció por completo.

—¿Cómo lo sabes? —tartamudeó Patrizia.

—Me fui mucho más tarde, ¿lo recordáis? —advertí—. Pero eso no importa, vamos inmediatamente para el hospital.

Patrizia se aferró a su suegro y se lanzaron a la puerta mientras yo cogía a Ofelia y enroscaba uno de sus brazos al mío. La pobre mujer caminaba lánguida y sin apenas fuerzas.

—Querida mía —susurró apoyándose en mí.

—Ya verá como no es nada, Ofelia. Trate de respirar.

—Mi niño...

Cristianno

—

Me había pasado la vida bromeando con lo aprensivo que me resultaba ver a mis padres besarse. Pero en aquella ocasión no pude evitar observarles maravillado.

Mi madre había irrumpido en la habitación entre gritos y llantos que terminaron por despertar a mis hermanos abruptamente. Incluso Diego se encaramó a su arma y después tuvimos que tumbarlo en la cama tras haberse mareado.

Un rato más tarde, la habitación se llenó de gente. No solo vinieron mis abuelos, sino también jefes de otros clanes hermanados, como las familias de nuestros amigos. Incluso Daniela, que no paró de llorar hasta que mi abuelo le tiró de las orejas y le arrancó una risa.

Todo el mundo allí estaba preocupado por mi padre. Pero Silvano solo tenía pensamiento para los nueve hombres que habían caído esa noche. Tan preocupado estaba que ordenó a Emilio que dispusiera cualquier tipo de ayuda a las familias.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó Sarah encaramada a mi cuello.

—Segurísimo —le dije al oído.

Cerca del mediodía, apareció Enrico acompañado por su segundo, Thiago. Al verle sentí que el corazón se me saldría del pecho. Su presencia era lo más cercano a Kathia. Los presentes asumieron que la llegada del Materazzi simbolizaba información y lentamente fueron abandonando la habitación.

Tan solo nos quedamos los que formábamos parte de la cúpula, y yo escogí sentarme en el bordillo de la ventana porque necesitaba todo el aire posible.

—Informe de situación, Enrico —exigió mi padre incorporándose.

Pero esté no habló de inmediato. Se quitó la chaqueta de su traje y se acercó a mi padre para fundirse en un abrazo que apenas pude ver. Enrico no solía ser sentimental, si hizo aquello fue porque el miedo le había atenazado y no soportaba perder a otro padre.

—Tranquilo, muchacho, no ha sido para tanto.

—Podrías haber avisado antes y ahorrarme la preocupación —bromeó Enrico.

—No será para tanto, ¿no?

—En realidad, no.

—Canalla. —Mi padre le dio un manotazo cariñoso.

—¿Podemos, por favor, pasar a los detalles de una vez? —interrumpió tío Alessio. Estaba más serio de lo normal. Bastante ausente. Prácticamente no le reconocí.

—Tranquilo, muchacho —le advirtió el abuelo—. Siempre hay tiempo para los problemas.

Enrico, mientras tanto, se prendió un cigarrillo, le dio un par de caladas y se lo pasó a mi hermano Diego. Solían compartir el tabaco siempre que nos reuníamos, solo ellos sabían por qué; quizá era una costumbre.

—Como bien sabéis, Adriano ha dado un discurso esta misma mañana anunciando que los causantes de los disturbios de anoche todavía están por identificar —empezó a explicar—. Mi comisaría se ha hecho cargo de la operación. El recuento de bajas asciende a diecisiete hombres entre los que se encuentra Carlo Carusso. La mansión ha sido gravemente dañada,

haciendo imposible que se pueda vivir allí. Así que la familia ha decidido trasladarse a la residencia de Prati mientras se lleva a cabo la rehabilitación.

También contó que Valentino había sembrado la duda. Supo que Angelo se enfadaría por su actitud y se encargó de utilizar toda su verborrea para convencer al Carusso de que existía un topo demasiado próximo a ellos. De lo contrario, nadie se explicaba que Enrico hubiera tomado la decisión de trasladar a la familia a la mansión y al tiempo nosotros nos hubiéramos dirigido allí.

Pero el Materazzi era un hombre de recursos y ya había dado una solución a ese inconveniente. El mismo tipo que me había apuñalado cargaría con las represalias. Y es que Enrico ya había creado las pruebas para que Angelo no dudara.

—Hemos registrado una serie de ingresos en su cuenta corriente para corroborar la venta de información. Así que esa venganza está servida —sentenció Thiago.

—Muy buen trabajo, muchachos —dijo mi padre, pero el comentario no hizo que la expresión seria de Enrico cambiara.

—La situación se ha estancado, Silvano —comentó—. Hay demasiadas brechas y Angelo está muy cabreado.

Mi padre resopló una sonrisa.

—Supongo que duele perder a un hermano. Pero él me arrebató a Fabio. Así que ahora estamos en igualdad de condiciones.

—Es difícil decidir qué hacer —intervino Thiago—. Con la ciudad tan revolucionada por los disturbios de anoche es imposible actuar.

Entonces Diego se puso en pie y nos señaló a todos con el dedo.

—Porque estáis pensando como policías y esto no va de leyes. Esto va de mafia. —Se golpeó el pecho con enfado. Él quería entrar en acción, llenar las calles de sangre si era necesario y, aunque mi abuelo no era muy afín a las reyertas, pareció decantarse por la opinión de su nieto.

—¿Quieres ponerte a pegar tiros en mitad de la calle? —protestó Valerio—. De paso, nos ponemos a vender entradas a la gente para que asista al desastre. Menudo espectáculo. Deja de decir gilipolleces.

—En realidad, no las dice, Valerio. —Que Enrico estuviera de acuerdo fue algo inesperado—. Lleva razón.

—Me parece increíble que un comisario hable de esa manera.

—Tu padre es mi superior y mueve los hilos del crimen organizado de toda la región. ¿Sigue pareciéndote increíble?

Podían seguir parlotando, pero mi mente ya no estaba allí. Algo de mí había dado con la razón, había descubierto que estábamos más atrapados que nunca y que cualquier movimiento nos aseguraba un desastre. Ahora entendía el porqué de la pesadumbre de Enrico. Él había cargado con ese hecho todo el tiempo. Había tenido que soportar paciente mientras todo a su alrededor se desmoronaba

Era tan fácil como plantarse delante de Angelo y gritar la verdad. Pero entonces nadie nos aseguraba la supervivencia de los nuestros. Iríamos cayendo uno a uno de la peor manera y ni todo el dinero, poder o lealtad del mundo nos salvaría de la catástrofe.

Esa maldita realidad se me pegó a las entrañas y me asfixió.

—Esto es de locos —escuché decir a Valerio.

Y volví a la realidad, instado por los ojos de mi hermano postizo. Se había dado cuenta de mis razonamientos.

—Lo que es de locos es que un hombre como tú, papá, rodeado de personas tan competentes como vosotros, haya sido capaz de ordenar tal descalabro —intervine por primera vez, logrando captar toda la atención.

Mi padre frunció los labios y después los humedeció, le había molestado escucharme decir algo así. Pero debía soportarlo porque era él quien estaba postrado en una cama. Yo solo tenía una herida.

—¿Esperabas que me quedara de brazos cruzados viendo cómo apaleaban a mi hijo? —gruñó.

—Tú siempre dices que no es bueno pensar en caliente.

—Cuidado con las hipocresías, Cristianno —me advirtió con una dura mirada.

Y llevaba razón. Si yo no hubiera asistido al teatro, no habría lamentado nada de lo sucedido esa noche. Su vida no habría corrido peligro y ninguno de nosotros hubiéramos terminado reunidos en una maldita habitación de hospital.

Pero salté del alféizar hecho una furia y me lancé a mi padre olvidando que yo tenía tanta culpa como Valentino. Porque las razones no cambiaban los hechos.

—Esa bala iba a tu corazón, papá —mascullé a un solo palmo de su rostro—. Si Kathia no hubiera estado allí, probablemente ahora estarías

muerto. ¿De verdad querías hacerme cargar con esa tristeza?

—Dios mío, Angelo ha perdido la cabeza —farfulló mi abuelo, asombrado.

—En realidad no quería ponerla en peligro —mascullé mirando a Enrico—. Sabe que todo esto acaba si la pierde.

—¿Y por qué esa niñita tiene tanto valor? —quiso saber mi abuelo.

El Materazzi torció el gesto. Bastó aquel sutil movimiento como advertencia a que midiera mis palabras. Pero debería haber sabido que mi boca no escupiría sus verdades. Todavía era demasiado pronto.

—Es la hija de Fabio. —Mi padre se adelantó.

—¡¿Qué?! —exclamaron todos a la vez.

Mi abuelo incluso se puso en pie de un salto.

—¡¿Mi nieta?! ¡Habla, muchacho! —impuso mientras Valerio tomaba asiento y Diego se llevaba las manos a la cabeza.

—Fabio tuvo una aventura con una mujer inglesa —empezó a explicar Enrico.

Volver a escuchar toda la historia de nuevo me resultó incluso más insoportable.

Un frío estremecedor recorrió mi cuerpo. Inconscientemente, mis manos se aferraron a los brazos de la silla cuanto tomé asiento. Apreté tan fuerte que la sangre dejó de circular por mis dedos.

—Por todos los santos... —resopló mi abuelo—. Ahora entiendo todo este desvarío.

—En fin, sugiero esperar a que las aguas vuelvan a su cauce para decidir qué hacer —añadió Enrico.

—¿Y ya está? —inquirió Diego—. ¿Vamos a dejar que mi prima siga durmiendo junto a esos hijos de puta? —Me desconcertó que lo hubiera asumido tan rápido—. Coño, y para colmo es tu novia —me dijo—. Qué atino has tenido.

—Diego, tus ideas tienen consecuencias que preferiría evitar —admitió el Materazzi.

—Pero son las más fiables.

Apoyé la cabeza en el respaldo. Me sentía muy agotado.

—Me gustaría hablar con Cristianno sino es molestia.

Le miré de súbito, un tanto atolondrado. Que quisiera despachar a todo el mundo para quedarse a solas conmigo activó todas las alarmas. Aquel

gesto no era portavoz de buenas noticias.

Pero Enrico solo tenía ojos para Silvano, que asintió con la cabeza e invitó a los demás a que se marcharan.

Alessio fue el primero en abandonar, lo hizo abriendo de un golpetazo. Nadie entendió el porqué de aquella reacción, pero tampoco le dimos demasiada importancia. Valerio besó a mi padre y enseguida ayudó a mi abuelo.

Diego fue el último en irse.

—Mauro, tú también, por favor —exigió un Enrico en exceso prudente.

Sin embargo, mi primo negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no pienso dejarle solo, sea lo que sea que vayas a decir —aseguró acercándose a mí. Y viendo la firmeza con la que habló, nadie se atrevió a llevarle la contraria.

Así que Enrico, simplemente cogió aire, se acercó a la cama, capturó la mano de su padrino y tragó saliva.

Dudaba, temía por algo. Aquel no era el Enrico inquebrantable que conocía.

Un silencio espeluznante se instaló en la habitación hasta que mi padre decidió interrumpirlo.

—Habla, Enrico —le instó algo aturdido.

—Angelo... —Se contuvo unos segundos—. Me ha pedido que elimine a Cristianno.

Un extenso pánico correteó por mis venas, se me instaló en el vientre y ardió en mis heridas. Debía haber esperado algo así, y es que el maldito Carusso sabía bien que el Materazzi no fallaría.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó mi padre.

Enrico clavó sus ojos azules en los míos como nunca antes lo había hecho.

—Cumplir órdenes —dijo con dureza—. Mauro, cierra la puerta.

Capítulo · 45

Sarah

Había conseguido que Ofelia comiera algo en la cafetería del hospital. Patrizia y Antonella se había llevado a Graciella a casa para que pudiera tomar una ducha.

Sentí un poco de alivio cuando se nos incorporaron Domenico y sus nietos mayores, pero allí faltaba gente y cuando pregunté recibí una respuesta muy vaga. No parecía que supieran de la petición de Angelo. Quizá Enrico no se lo había contado todavía.

Más tarde, cuando supimos que podíamos regresar a la planta, cogí a Ofelia del brazo y la acompañé hasta el ascensor. Recorrimos juntas el pasillo en silencio. Y entonces vi la silueta de Cristianno en la terraza del fondo.

Dejé a la anciana en el umbral de la habitación, evité mirar a Enrico y me encaminé hacia su hermano postizo. Llegué a tiempo de verle tirar su cigarrillo y mirar al cielo. El gesto me produjo tal nostalgia que por poco me arranca un par de lágrimas.

Me acerqué lentamente y apoyé mis manos en su hombro. Cristianno me regaló una mirada a medio camino entre el asombro y el hastío. Enseguida lo estreché entre mis brazos.

—Sé que lo sabes —me dijo al alejarse.

Fruncí los labios y desvié la mirada hacia la calle. Desde aquella terraza podía verse parte del Coliseo y la gente que había a su alrededor. Nos llegó incluso el murmullo de aquellas voces. La vida seguía ajena al desastre que nos rodeaba.

—Pero también sé que saldremos adelante —me atreví a decir, aferrándome a la esperanza.

—Yo no estoy tan seguro.

—Cristianno... —Traté de acariciarle, pero él volvió a hablar y mi mano se quedó suspendida en el aire.

—Se supone que es mi prima. La heredera de Fabio.

Me contraje. Mi cuerpo entero se entiesó para evitarlo y tuve que soportar las consecuencias. Calambres en los brazos, visión trémula, aliento precipitado.

—¿Qué? —jadeé.

—Fue vendida a los Carusso por su propia madre nada más nacer y todo por un puñado de rencillas entre amantes y varios miles de euros —explicó Cristianno apoyando los brazos en la baranda—. En cuánto cumpla los dieciocho, Angelo podrá acceder a su parte proporcional del imperio Gabbana y pasará a ser el administrador de los bienes de Fabio. De eso va este juego.

Todo se desmoronaba. Y yo me sentía como si estuviera cayendo por un precipicio. Cientos de cuerdas a mi alrededor y no podía alcanzar ninguna. Me llevé las manos a la boca, no daba crédito a todo aquello.

—Lo siento, no debería haber sido tan sincero —se disculpó Cristianno, frotándome el brazo al ver que su confesión me había trastornado tanto.

—Pero, siendo mayor de edad, Kathia podrá decidir. —Tuve que tragar saliva al final de la frase.

—No si se casa en ganancias.

—Valentino. —La exasperación hizo acto de presencia.

—Bingo —ironizó Cristianno. Ni él mismo sabía cómo demonios estaba siendo capaz de mantener aquella conversación conmigo—. Ese puto enlace es la segunda parte de la condena. Al menos hasta que tengan el control absoluto del patrimonio de Fabio. Después, Kathia no será necesaria. Y seguramente yo ya seré historia.

Tuve un escalofrío. Podía haberme puesto a pensar en todos los secretos que escondía la alianza entre los Carusso y los Bianchi. Pero mi atención solo tuvo un objetivo, y es que Cristianno ya había asumido la petición de Angelo como si realmente fuera a morir.

Mi primera intención fue abofetearle, decirle que me gustaba más cuando era impetuoso. Pero finalmente elegí apoyar mis manos sobre su pecho y atraerlo hacia mí para volver a abrazarle.

Cristianno no necesitaba que le diera lecciones, él ya las conocía. Lo que realmente le ayudaría sería sentirse querido y apoyado. Y eso traté de hacer.

—Lo conseguiremos —le susurré.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Prefieres que te mienta?

—La mentira, en este caso, es la única verdad que tenemos.

Y quise rebatirle. Porque realmente creía que podíamos lograr salir de todo aquello. Pero entonces vi a Enrico y el corazón comenzó a latirme como loco. Por primera vez no quise correr hacia él y besarle como una demente. Sino golpearle hasta conseguir que me explicara por qué Cristianno Gabbana estaba dudando.

—Cristianno —espetó Enrico.

—Tranquilo, compañero —sonrió el nombrado y levantó las manos.

Comprendí que el Materazzi le había hecho una advertencia.

—En fin, tengo que irme a Prati —anunció el mayor—. Los Carusso ya han llegado y quieren iniciar los preparativos para el velatorio de Carlo.

—Bien, ya tenemos un problema menos. —Me empezó a molestar aquella sonrisa irónica de Cristianno. Y a Enrico también porque entrecerró los ojos y apretó los dientes. Había tensión entre los dos.

—Es bueno que lo veas de forma práctica.

Aquel comentario bastó como despedida y el Materazzi se guardó las manos en los bolsillos y se adentró en el pasillo. Ni siquiera me miró.

De pronto sentí la enorme necesidad de gritarle y avancé un par de pasos. Mis impulsos me estaban animando a echar a correr, tan evidentes fueron que incluso Cristianno se dio cuenta.

Me cogió del brazo. Yo le miré un tanto furiosa.

—Sarah. No preguntes lo que no estás preparada para escuchar —murmuró apesadumbrado. Pero el comentario no hizo más que aumentar mis ganas de ir en busca de Enrico.

Me liberé y eché a correr. Resultó muy complicado controlar mis emociones mientras atravesaba el pasillo. A cada paso que daba, más intensa se hacía la ansiedad. Tenía un mal presentimiento.

Apoyé la palma de las manos en la pared para detener el ritmo y miré a mí alrededor. Allí estaba Enrico, dándome la espalda, a punto de entrar en el ascensor.

—¡Enrico! —exclamé y salté dentro empujándole.

Sus brazos me rodearon para evitar una caída y entonces las puertas se cerraron y yo presioné el botón de detención. El suelo vibró a consecuencia de la maniobra e incluso la luz titiló. Me aferré a su chaqueta, sus manos en torno a mi cintura, ambos con una expresión de angustia.

—Has encontrado la manera, ¿verdad? —gemí. Las lágrimas amenazaban con salir—. Dijiste que lo harías, que salvarías a Cristianno. ¿Por qué tengo la sensación de que no es así?

—Sarah, escúchame... —Trató de capturar mi rostro.

—No. Tan solo tienes que decirme que saldremos de esta.

El llanto ya era un hecho. Quizá fue una reacción desmedida, pero mi fuero interno predecía que algo malo se aproximaba y que Enrico no haría nada por evitarlo.

—Necesito que me escuches —me dijo ansioso, acorralándome con su cuerpo.

—Si le pasa algo, yo...

—¡Sarah! —clamó a unos pocos centímetros de mi boca. Finalmente cogió mi rostro y me obligó a mirarle. Aquella mueca de agonía me hirió en exceso—. No será fácil, eso ya puedes imaginarlo. Pero lo último que necesito en este momento es que dudes de mí.

No supe qué decir, le certeza insistía en mi garganta y no conseguí mencionarla en voz alta. Confiar en Enrico se había convertido en una reacción tan natural como cualquier exigencia orgánica.

Por supuesto que confiaba, creí en él desde el primer instante en que le vi, incluso cuando no sabía que me salvaría de las garras de Mesut. Pero la sombra de la tormenta ya estaba sobre nuestras cabezas y no sabía cómo enfrentarla.

De verdad que no sabía cómo.

Enrico apoyó su frente en la mía y apretó los dientes. Sus dedos clavados en mis mejillas, los míos rodeando sus muñecas. El aliento precipitado, mezclándose en ese corto espacio que separaba nuestras bocas. El interior de aquel ascensor se convirtió en nuestro único universo y me hirió que fuera tan opresor.

—Yo... Tengo que saber que confías en mí. Tienes que hacerlo, ¿me oyes? —jadeó trémulo, inseguro—. Por muy complicado que te parezca,

por muy estúpido que sea. Me pediste que encontrara la manera y eso he hecho.

Tragué saliva.

—Cuéntame cómo —le exigí sollozante.

—Por eso necesito que confíes en mí.

Aquella no era la respuesta que deseaba. Una mentira hubiera sido mucho más aceptable, por tonta que pareciera. Me vine abajo, las rodillas se me aflojaron. Enrico insistió en el contacto y apoyó su cuerpo en el mío para mantenerme erguida.

—Mírame, Sarah. —Clavé los ojos en los suyos—. Las cosas se pondrán feas, te mentiré con vileza, te haré daño. —Me eché a llorar porque de algún modo ya lo imaginaba—. Pero te aseguro una cosa, cariño, todavía no ha llegado ese momento. Esta es mi versión más auténtica, necesito que confíes en ella. Que me creas ahora, cuando puedo decir sin temor a represalias que te quiero y que conocerte me ha cambiado la vida, ¿me oyes?

Debería haber sentido que el tiempo se detenía, que todas las cosas malas por las que había tenido que pasar ya no eran tan importantes, porque ese glorioso hombre estaba enamorado de mí.

Pero no ocurrió porque me supo a despedida. Un te quiero como aquel era la confirmación de todo lo que estaba por venir.

—Enrico... —supliqué.

—Prométemelo, Sarah. Promete que no dudarás de lo que sea que haga.

Y en realidad no lo haría. No podría por muy mal que fueran las cosas. Yo le amaba y creía en su integridad por encima de todo.

—Lo prometo —suspiré—. Confío en ti. Confío.

Le besé. Él respondió con desesperación, como si de algún modo no se creyera que yo pudiera quererle. Nos aferramos el uno al otro con precipitación cuando sus besos comenzaron a bajar por mi barbilla, en dirección a mi clavícula. Su aliento acarició mi piel mientras sus dedos se colaban bajo mi camiseta. Los míos, en cambio, decidieron navegar por el filo de sus pantalones.

Enrico jadeó y yo tuve un espasmo.

—¿Me quieres? —susurré.

—Como un loco.

Cogí las solapas de su chaqueta y le exigí que continuara besándome. Se me erizó la piel al notar sus manos sobre mis pechos. Pero no se quedaron allí, sino que me rodearon hasta capturar mis caderas y empujarme contra su pelvis.

Podríamos haber hecho el amor en ese ascensor, de eso no me cabía la menor duda. Pero la alarma comenzó a sonar. Teníamos que despedirnos.

Cristianno

El silencio fue como una patada en las pelotas. Creí que se rompería en cuanto me dieran el alta y saliéramos del hospital, pero Mauro no medió ni una maldita palabra. Dejó que el coche se llenara de suspiros y miradas reservadas.

Nada más. Tan solo el ruido del tráfico, del turismo, de los establecimientos. Estábamos tan lejos el uno del otro que no tardé en sentir las consecuencias arremolinándose en mi vientre.

Mauro y yo no sabíamos lo que era negarnos el habla. Ni siquiera cuando discutíamos por tonterías habíamos soportado más de dos horas sin buscarnos. Mi tía Patrizia nos llamaba los siameses porque íbamos juntos a todas partes. Detalle que incluso aumentó cuando alcanzamos la adolescencia.

Un maldito equipo. Eso éramos.

—Cruza el río, no quiero ir a casa todavía —le pedí justo antes de que él bordeara Piazza Venezia en dirección al Puente Palatino.

Pensé que se negaría, que lo último que necesitaba era pasar tiempo a solas conmigo. Pero obedeció de inmediato y nos llevó hasta Doria Pamphili, donde detuvo el coche en mitad de una solitaria pradera. Supongo que entendió mis intenciones, aquellas que pretendían darle la oportunidad de liberar un poco de tensión antes de regresar. El edificio parecía demasiado pequeño para tanta carga.

Le miré de reojo, él ya lo estaba haciendo de antes. Nuestras pupilas conectaron llenándome de vacilación. Más que abatido, Mauro se sentía furioso. Porque había entendido tan rápido como yo que la única alternativa que teníamos era demasiado destructiva.

Quise tocarle, pero él tembló y se aprovechó de la sacudida para saltar fuera del coche. Cerró de un portazo, camino hacia delante y le dio una patada a un arbusto antes de gritar con todas sus fuerzas.

Agaché la cabeza, apreté los puños y cerré los ojos. Enrico había dicho que la alternativa sería compleja y bastante dura. Aún no había empezado y ya estábamos notando las consecuencias.

Mauro se llevó las manos a la cabeza y la inclinó hacia atrás para mirar a un cielo de principios de tarde sin apenas nubes. Fue entonces cuando decidí seguirle fuera. Me acerqué tímido, todavía resentido por las contusiones.

Él me miró circunspecto. Puso los brazos en jarras y empezó a negar, extrañamente sonriente.

—Qué hijo de puta... —medió en voz baja.

No le estaba gustando que me hubiera inclinado por mantener la calma.

—¿Crees que no es duro para mí? —le dije.

—Lo malo no es irse, Cristianno, sino la ausencia que deja el que se larga. —Casi escupió sus palabras.

—¡Eso ya lo sé! —clamé y le di un empujón que no dudó en devolver.

—¡Pues si lo sabes deja de hacerte el estoico conmigo, joder!

Me mordí el labio. La herida interior soltó un poco de sangre, pero me pareció muy satisfactorio. Quizá porque estaba tan abrumado que el dolor físico se había convertido en el último de mis problemas.

—¿Prefieres que me vuelva loco, ah? —ataqué.

—Al menos sabríamos que no soy el único inseguro aquí.

El modo en que nos miramos, furiosos, violentos. Cualquiera que no conociera nuestra relación pensaría que estábamos al borde de matarnos el uno al otro. Pero no era así. No nos estábamos odiando, sino asfixiando en un compromiso que ninguno de los dos queríamos.

Me acerqué a él de nuevo y le cogí del cuello.

—No lo eres, Mauro —jadeé—. Estoy cagado de miedo.

—Pues lo disimulas de puta madre —gruñó.

—No te enfades conmigo, por favor.

—Y tú deja de cuestionar mis emociones.

Apartó mi mano de un manotazo y tiró de mí para darme un abrazo.

—¿Eso he hecho? —le dije al oído, refugiándome en el contacto.

—En realidad, no.

No recuerdo bien cuánto tiempo estuvimos allí, abrazados. Pero para cuando regresamos a casa, el sol ya se ponía en el horizonte.

Kathia

Todo el ala oeste de la residencia de Prati había sido habilitada para albergar el velatorio de Carlo. Se había dispuesto también una ofrenda floral exuberante y un banquete con alimentos para amenizar el momento.

Decenas de conocidos entraban y salían para darle el último adiós al menor de los Carusso mientras su viuda lloraba junto a sus hermanas y cuñadas como si de una función teatral se tratara.

Era indignante tener que soportar aquello. Por eso me refugié en el porche de la cocina. Por allí no pasaba nadie, los periodistas no me alcanzaban con sus *flashes* y podía respirar, aunque no me saciara.

Esa noche no habría cenas engalanadas ni conversaciones banales durante la sobremesa. Cada uno podría hacer lo que le diera la gana. Así que no me fue complicado alejarme del tumulto.

—No eres bienvenida aquí —espetó Giovanna al cruzarse conmigo.

Me dirigía a la habitación que me habían asignado, la misma que estaba en la planta baja, al final del pasillo.

—Quéjate a tus tíos, me han obligado venir. —Quise esquivarla, no quería tener un enfrentamiento con ella. Pero Giovanna era adicta a los desafíos. Me trincó del brazo.

—Te vi anoche —gruñó por lo bajo, adoptando una mueca de repulsa—. Salvando a Silvano Gabbana después de disparar a mi padre.

—No esperes que lamente su muerte. —Me liberé de sus garras.

—Ni yo que me guste tenerte en mi casa.

—Entonces estamos de acuerdo en que nos detestamos.

Giovanna dio un paso al frente.

—Algún día borraré esa expresión de arrogancia que tienes en tu puto rostro.

—No he tenido la culpa de la muerte de tu padre. —Decidí enfrentarla notando un extraño estímulo en el pecho. Algo de mí quería enzarzarse en

una pelea a golpe limpio—. Y a Valentino nunca le he querido. Ni siquiera llegué a apreciarle.

—¿Realmente crees que ahora mismo estoy pensando en él? —Torció el gesto—. No me conoces.

—Eres lo suficientemente frívola como para complicarme el conocerte. Así que deja de hacerte la ofendida y vela a tu padre. No eres la única que ha perdido aquí.

Supé que había logrado enfurecerla al ver el destello de rabia que atravesó sus pupilas verdes. Me cogió del cuello y me estampó contra la pared. No me costó deshacerme de sus manos con un ligero golpe en las muñecas, pero enseguida volvió a atacar y esa vez se encaramó a mi cabello.

Le di una bofetada a tiempo de ver que Enrico se acercaba a nosotras.

—¡Basta! —exclamó separándonos—. Giovanna, regresa al salón.

—Procura que no vuelva a cruzarme contigo —me amenazó señalándome con el dedo.

Finalmente desapareció por el pasillo y con la misma rapidez con la que me abordó la ira, esta me abandonó dejándome sin fuerzas.

Me apoyé en la pared. El pecho me ardía, se me aceleró el pulso. Todo empezó a darme vueltas. No entendía qué me pasaba. Supongo que estaba llegando a mi límite, que tantas idas y venidas terminarían por pasarme factura. Y allí estaba, inestable, sintiéndome más débil que nunca.

—No puedo respirar... —jadeé.

Enrico se lanzó a mí. Me obligó a darme la vuelta, apoyó su pecho en mi espalda y me abrazó.

—Tan solo es un ataque de ansiedad, pequeña. Concéntrate en mi respiración, ¿la notas? —La suya estaba un poco precipitada, pero Enrico se mantenía fuerte por el bien de los dos. Como siempre había hecho—. Respira conmigo, Kathia. Respira.

Cerré los ojos.

—Haz que pare, Enrico.

Capítulo · 46

Sarah

Dormía. Por complicado que pareciera al principio, logré dormir. Y fue muy reconfortante. Por eso creí que aquel efecto de intenso bienestar era fruto de mi mente. Lo supe por el peso de mis párpados.

Pero entonces noté un beso en la comisura de mis labios. Le siguió el rastro de un cálido suspiro resbalando por mi mandíbula, las yemas de unos dedos acariciándome las mejillas.

No quería echar a perder tales sensaciones despertando. Sin embargo, su voz me lo pidió.

—Mírame —dijo deslizándose sus caricias hacia mi vientre.

Obedecí preparada para el estremecimiento que me causaría encontrarme con sus pupilas azules. Resplandecieron al verme. Apenas había amanecido, pero los débiles destellos de luz que se colaban por entre las cortinas bastaron para que pudiera disfrutar de la extraordinaria belleza de ese hombre.

Acerqué una mano a su rostro. Él cerró los ojos y me dejó repasar cada rincón. La pesadumbre amenazó con salir. El peso de todo lo vivido en los últimos días, de las cosas que estaban por venir, no se iría tan fácilmente. Pero me dije que, si Enrico lo estaba soportando, yo también debía. Era lo menos que podía hacer.

Él pareció darse cuenta y me oteó con timidez. Me recordó al momento en que desperté en la cama de aquel *jet* privado.

No me lo pensé demasiado y le di un corto beso en los labios. Todavía me costaba comprender cómo demonios conseguía ser tan atrevida, en qué momento me había convertido en alguien así. Pero es que Enrico provocaba todo eso.

—¿Qué haces aquí? —susurré.

—Te debo un amanecer.

Tragué saliva, de pronto me había puesto muy nerviosa.

—En realidad me debes dos. —Traté de bromear.

—Espero poder compensarlo.

—¿Y cómo?

—Decide. Soy todo tuyo hasta la tarde —murmuró en mis labios antes de besarme la punta de la nariz.

Intenté no pensar en el límite ni tampoco en el hecho de haber iniciado una aventura con él. Su esposa lo esperaba en casa y, por más que ambos nos quisiéramos, no cambiaba esa realidad.

—Yo solo quiero que nos encerremos en una habitación y nos comamos a besos —pensé en voz alta.

Como la gran mayoría de las veces, Enrico supo leer mi mente y sospechó de mis empeños por aparentar normalidad, más allá de la típica inquietud que su cercanía me causaba.

—Se me ocurre el lugar perfecto. —Me animó a incorporarme.

Enseguida fui al vestidor y me vestí. Salimos sin hacer ruido y nos acomodamos en su coche para poner rumbo a un destino que solo Enrico conocía.

Media hora más tarde, atravesamos el vestíbulo de una preciosa *suite* a pie de playa. Aquel lugar era mucho más de lo había pedido, un espacio enorme exquisitamente decorado. Nos daría la falsa sensación de estar compartiendo una vida juntos.

Eché un disimulado vistazo a Enrico. Él trataba de ocultar su timidez colgado la chaqueta en el respaldo de una silla y toqueteando el filo de la mesa. No podía negarme que estaba tan nervioso como yo.

Sin embargo, mis inquietudes seguramente diferían de las suyas. Salí a la terraza. Los empleados de aquel lujoso complejo habían dispuesto un succulento desayuno. Corría una brisa estupenda, la misma que acariciaba las palmeras creando un sutil rumor que no tardó en estremecerme. El mar a unos metros, apenas había olas. Era el comienzo de un día precioso.

Pero la paz que se respiraba no acalló mis pensamientos. Al menos hasta que Enrico se acercó a mí para abrazarme.

—¿En qué piensas? —me dijo al oído.

—En lo bonito que sería que todo esto fuera real. —Mentir hubiera sido estúpido.

—¿No lo es?

Me di la vuelta lentamente y le sonreí mientras acariciaba sus mejillas. Él se acomodó en nuestra nueva posición y cerró los ojos.

—Sabes que no.

—Te arrepientes —añadió.

Ahugué una exclamación. Me molestó que creyera tal cosa.

—Nunca podría arrepentirme de haberte conocido y muchos menos de haber dormido contigo —dije casi apoyada en sus labios—. Pero...

La valentía me abandonó velozmente. Ni siquiera pude sostener aquel extraño abrazo. Di un par de pasos hacia atrás y traté de entrar en la habitación.

Enrico lo evitó interponiéndose en mi camino.

—Sarah —espetó—. No eres mi amante.

—Y tú no eres un hombre libre.

Nos escrutamos con la mirada. En la suya, frustración e irascibilidad. En la mía, seguramente, miedo y desesperanza. Hacía unas horas ninguno creímos que terminaríamos sintiéndonos así, tan lejos y cerca, al mismo tiempo.

Sin embargo, Enrico no podía contradecirme. Él sabía bien qué sucedía a nuestro alrededor. Sabía lo peligroso que se había vuelto caminar por la calle. Por más que nosotros tratáramos de aparentar normalidad, la tensión nunca nos abandonaba. Era como si se nos hubiera encadenado a los tobillos.

—Ella forma parte de un plan —dijo en referencia a su esposa—. Un plan que llevo media vida gestando. Jamás la he amado. —Y supe que no diría mucho más, que no quería manchar aquel instante hablando de una mujer ruin. Pero tampoco quiso que el tiempo que teníamos lo perdiéramos preocupándonos.

—Tus secretos... —murmuré antes de apoyar las manos en su pecho y empujarle.

Enrico se desplomó en la hamaca un tanto desorientado. La confusión incrementó cuando me vio subirme a horcajadas sobre su regazo. Tragó saliva y acarició mis caderas para acomodarme en sus piernas.

—Eres como un sueño hecho realidad —susurré sobre su boca—. A los sueños no se les pregunta de dónde vienen. Así que esperaré a ver hacia dónde vas.

Enrico no me contaría sus secretos, al menos no todos, porque sospechaba que yo no podría soportarlos. O quizá me estaba protegiendo. No lo sabía, pero tampoco me convertiría en su soga. Le había conocido con tales cargas y esperaría paciente hasta que decidiera librarse de ellas.

—¿Estarás al final del camino? —inquirió aferrándose a mí. Inició un reguero de besos que comenzó en la comisura de mis labios.

—Por supuesto que sí. Tú solo evita ponerte en peligro, por favor —suspiré.

—¿Crees que dejaría esta vida sabiendo que tú estás en ella?

Y seguro de haberme estremecido, Enrico me cogió entre sus brazos y me llevó a la cama. Hicimos el amor a plena luz del día y sin apartar la mirada ni un instante.

Capítulo · 47

Kathia

El coche fúnebre esperaba en la puerta rodeado de prensa, amigos y curiosos. Todos querían ver cómo salía el ataúd de Carlo de la casa. Lo seguirían hasta la basílica Santa María del Popolo aun sabiendo que la mayoría no podría entrar. Pero es que fueron muchos los que sucumbieron al morbo. El hecho de ver el cadáver de alguien influyente facilitaba una anécdota de lo más interesante; la foto de varios miles de «me gusta» en redes sociales.

Solo una persona me pareció estar viviendo aquello ajena a todo.

Giovanna estaba retrasando la agenda establecida. Su madre, Úrsula da Fonte, ya había discutido con ella varias veces, y es que la joven no comprendía por qué tenían que hacer del funeral de su padre un maldito circo mediático.

Curiosamente, secundé aquella opinión, aunque me lo guardé para mí. Y simplemente esperé sentada en el último rincón de aquel salón, reconvertido en velatorio, observando atenta cómo se estaba desarrollando todo a mi alrededor.

Mi dichosa prima no podía apartar la vista del ataúd. Carlo yacía dentro con las manos cruzadas sobre el vientre y los ojos cerrados. La muerte aún no se había apoderado de él, pero empezaba a mostrar los primeros signos, como la palidez o unas manchitas en las mejillas.

A Carlo le hubiera asombrado que la única dolida de verdad por su muerte fuera su hija pequeña. El resto simplemente se limitaba a fingir llanto, conversar con los invitados, comer y hasta sonreír, como fue el caso de Olimpia, que no había dejado de parlotear sobre el retraso de la ceremonia de compromiso.

Aquella sensación de no saber muy bien qué hacía allí aumentó exponencialmente cuando llegamos a la iglesia. Tuve que tomar asiento

junto a mis padres con la espalda recta y las rodillas pegadas.

Me escocían las heridas. Los zapatos eran muy incómodos y el maldito vestido demasiado coqueto. Desde luego, no era de extrañar que algunos me consideraran una frívola de mierda, porque lo único de luto que tenía mi aspecto era el color negro.

Más de una hora después, cargada de discursos y alabanzas en honor al fallecido, nos trasladamos al cementerio protegidos por una comitiva de seguridad que impidió seguirnos a todo aquel que no estuviera invitado.

Aunque no pudieron evitar, eso sí, que todos los alrededores del camposanto estuvieran atestados de gente.

Fueron los hijos de Carlo, Angelo, Adriano y otros tres hombres más los que subieron el ataúd a sus hombros e iniciaron el trayecto a la tumba. Tuve que caminar entre falsos gemidos de pena y rezos por lo bajo mientras un monaguillo rociaba el camino de incienso.

Estaba atardeciendo. Hacía un frío espantoso. La hierba se había escarchado. Y el tiempo parecía no correr. Yo solo quería que todo aquello terminara y pudiera pensar en la manera de ver a Cristianno y Silvano. Aunque supiera que ambos estaban bien, necesitaba verlo con mis propios ojos.

De pronto el corazón comenzó a latirme sobre la lengua. Creí que se debía a que no dejaba de pensar en Cristianno. Pero no tenía nada que ver. Aquella sensación tenía por objetivo advertirme de dónde estábamos.

Entonces lo vi.

El panteón Gabbana. A mi izquierda, medio oculto entre la exuberante espesura. Alzándose arrogante e impetuoso como un castillo.

Súbitamente me abordaron los recuerdos. Ellos fueron los que me empujaron a desviarme del camino y dirigirme hasta aquellas puertas. Me dio igual lo que pensarán de mí. Y en realidad pocos se darían cuenta de mi ausencia entre tanta gente.

Uno de ellos fue Valentino. Vi de soslayo como apretaba la mandíbula y se preparaba para venir en mi busca, pero Enrico le detuvo. Lo que sea que le dijera tuvo que ser importante porque el Bianchi le miró con rabia.

Continué alejándome hasta que los árboles me escondieron. Y cuando atravesé la puerta sentí sobre la palma de mi mano una fuerte sensación de frío. La misma que tuve la noche en que abrí la tumba de Fabio.

Estar sola en un cementerio podía resultar incómodo o perturbador. Pero sucedió todo lo contrario. Sentí calma por primera vez en días, como si las almas de aquellos Gabbana que habitaban dentro del panteón quisieran transmitirme esa sensación.

Entré. Las puertas crujieron, el aleteo de unas palomas me aturdió un instante. Contuve la respiración, abrí bien los ojos. Fabio ya no estaba en el altar central.

Ahora había un hueco vacío.

Me habían contado que la tradición era dejar a los fallecidos recientes en el estrado principal hasta celebrarse la misa del mes, y para ese momento todavía faltaban unos días.

No se daba tal situación a menos que hubiera un nuevo fallecido, y dudaba que Enrico hubiera mentido con la integridad de algún Gabbana. Pero los hechos hablaban por sí solos y motivaron mis inquietudes.

De ser cierto que alguien había muerto, quizá los Gabbana querían posponer su entierro hasta saber que no se cruzarían con los Carusso en el cementerio, evitar conflictos dado el clima entre ambas familias.

Esa maldita posibilidad por poco me tumba. Tuve que apoyarme en la superficie y esforzarme por recuperar el aliento. Creí que la ansiedad no me dejaría escuchar nada por encima de los jadeos, pero de pronto supe que no estaba sola.

Me di la vuelta algo desorientada y al principio pensé que respirar como Enrico me había enseñado no servía de mucho porque me había empujado a delirar.

Sin embargo, aquel Cristianno era de carne y hueso. Ni siquiera una alucinación exacta hubiera recreado tan bien sus movimientos y su asombrosa belleza.

Me llevé las manos a la boca. Las lágrimas enseguida empañaron mi visión, me costó mucho continuar vislumbrando su silueta. Él suspiró aliviado de verme. La tristeza o el dolor podían ser preocupantes, pero solo le importó que estuviera erguida sobre mis piernas. Y comprendí que hubiera tenido miedo por mi integridad, porque a mí me había aterrado verle desangrarse entre mis brazos.

Eché a correr hacia él. No pensé en por qué estaba allí, cuándo había llegado, cómo había sabido que terminaríamos encontrándonos en el panteón. Simplemente me lancé a él, ansiosa y sollozante.

Cristianno respondió con la misma urgencia. Me abrazó con tanta fuerza que incluso me levantó del suelo. Contuvo un quejido, tensó los brazos en torno a mi cintura. La maniobra le había herido y yo quise alejarme para evaluarle. Pero no me dejó.

—No, no me sueltes —me pidió. Su voz derramándose por mi cuello—. Quédate así un momento. —Y el abrazo se hizo más intenso.

Nos sostuvimos como si aquel contacto fuera lo único necesario para seguir existiendo, llenándonos de una fortaleza que hacía tiempo que nos habían arrebatado. Él y yo, sin que importara nada más.

—He conocido a tu compañero de clase —me susurró al oído—. Me ha contado que también sueña contigo.

Contuve una sonrisa nostálgica. Cristianno se había decantado por dotar de naturalidad aquel momento. Quiso que lo que sea que nos dijéramos fuera nuestro y no se basara en las porquerías que iban causando los demás.

—¿Y qué tipo de sueño es ese? —Me alejé para mirarle de frente.

—Uno en el que hacéis el amor sin miedo. —Cerró los ojos y apoyó su frente en la mía—. Me ha pedido que te pregunte algo.

—¿Qué? —Acaricié sus mejillas. El corazón me latía en la garganta.

—«¿Crees que amarnos será suficiente?».

El viento azotó la copa de los árboles. Estuvo cerca de ocultar su voz, pero aquella pregunta llegó a mí sumamente nítida. No la estaba haciendo la versión de Cristianno más segura de sí misma, sino aquella que dudaba y tenía miedo.

Debería haberme intimidado sentirle tan inseguro, pero lo que Cristianno necesitaba era oír de nuevo una confirmación. La ratificación que ya no iba de mis propias decisiones, sino de nosotros como una pareja unida.

—La próxima vez que le veas dile que es lo bastante —le aseguré en un susurro—. Y de paso golpéale por no creerlo con la misma fuerza que yo.

—Mi Kathia...

—No hables así, no me gusta. —Parecía como si se estuviera despidiendo de mí. Y el vacío del estrado me pesó demasiado.

—No te he dado las gracias por salvar a mi padre —me dijo recogíendome un mechón de cabello.

—Ni yo a ti por quererme.

—Quererte es algo natural. Es una necesidad orgánica.

Lentamente acercó sus labios a los míos. Me estremeció el modo en que dejó que se enredarán, tocándose sin terminar de sellar un beso. Fue más bien una caricia, salpicada de aliento apresurado. Su lengua se abrió paso hacia el interior de mi boca, le di la bienvenida con un gemido. Las manos apoyadas en mis caderas, clavándome los dedos. Sentí que me ardían. Deseé que me consumieran.

Y entonces volvió a mirar.

—Ven conmigo —murmuró súbitamente renovado.

—¿Adónde? —inquirí.

—A cualquier lugar.

Me detuve a coger aire un instante. De pronto habíamos viajado en el tiempo al momento en que mencionamos aquellas mismas palabras a pie de la escalinata de San Angelo, cuando ni él sabía que quererme lo ponía en peligro ni yo que mi vida era una burda mentira.

—Es demasiado peligroso. —No era la respuesta que quería darle. Y Cristianno se dio cuenta.

Me empujó contra él y sonrió.

—Diremos que yo tuve la culpa.

Cristianno

Kathia no mencionó una palabra en todo el trayecto. No preguntó a dónde íbamos o qué demonios pasaría después. Ni siquiera pensó en las consecuencias que nos acarrearía.

Ella era quien ponía la cautela en nuestra relación, la más sensata de los dos, y creí que sería muy complicado conseguir que se viniera conmigo después de lo que había provocado el último encuentro entre los dos. Pero supuse que había sabido leer el ambiente, que puestos a estar condenados, ¿qué más daba echar un poco más de mierda?

La idea no era ir muy lejos.

Todo estaba calculado al detalle.

Habíamos medido cada movimiento con una precisión exacta. Teníamos el control absoluto de la situación y me había llenado de una

retorcida confianza. Era tan enorme que se equipara al sentimiento de decepción. Porque, por más que me dijeran que no había otra salida, no me sentía orgulloso de lo que iba a pasar.

Ni siquiera me dolía la herida. Pero sí ardía como un demonio. Me centré en el contacto de nuestras manos. Kathia había enredado sus dedos a los míos nada más subirse al coche. Ahora miraba el paisaje, y empezó a hacerse una idea de hacia dónde íbamos cuando vio que dejábamos atrás la estación de Tiburtina.

Nueve kilómetros más tarde, la mansión comenzó a dibujarse en el horizonte.

Miré a Kathia de soslayo. Había apoyado la cabeza en la ventanilla. El cabello reposaba largo sobre su pecho. Tenía los ojos casi cerrados, un aspecto de curiosa relajación, como si estar conmigo fuera suficiente para sentirse en paz.

Apreté los dientes, respiré hondo, me concentré en la carretera. Mis decisiones eran el único mal que habitaba dentro de ese coche. No podía permitirles tanto protagonismo en ese momento.

Tomé el desvío de grava y traté de sortear todos los socavones que había en el camino hacia la casa.

Al detenerme justo enfrente, Kathia se incorporó y observó el lugar como si fuera la entrada a un paraíso. No olvidaba que aquellas paredes vieron nuestro primer amanecer juntos.

Cerré los ojos. Las cosas habían cambiado demasiado en unas pocas semanas.

Me armé de valor y bajé del coche. Kathia me siguió fuera, imitó cada uno de mis movimientos en dirección al interior de la casa, y continuaba sin preguntar qué hacíamos allí.

Nuestros pasos resonaron en el vestíbulo. Nos dio la bienvenida una penumbra intensa y un fuerte aroma a madera húmeda. Nos miramos de reojo, pensando que nada había cambiado desde la última vez que habíamos ido juntos, que lo único diferente éramos nosotros mismos.

Aun así, con toda la carga emocional que arrastrábamos, supimos alargar aquel contacto visual y devorarnos en silencio, a distancia, sin tocarnos. Cualquiera podía pensar que éramos demasiado jóvenes para creer que el amor podía ser infinito, pero así lo sentimos. No me costó imaginarnos explorando la vejez juntos. Dejamos claro que ninguno de los

dos podría hacer su camino en solitario, que su vida y la mía estaban demasiado ligadas.

«Lo lamentaré», me dije. Y entonces tragué saliva y me encaminé a la sala de música.

Escuché a Kathia tras de mí, el rumor de sus dedos cuando se apoyaron en la pared y trazaron una línea invisible. Estuve muy cerca de darme la vuelta, empujarla contra mi pecho y devorarla a besos.

Pero continué caminando y tomé asiento frente al piano. Acaricié las teclas sorprendido con mi reacción. No tenía previsto aquel movimiento.

A Kathia le gustó. Se apartó el pelo de la cara, tomó asiento a mi lado y esperó paciente a que tocara de nuevo para ella. La música fluyó sin control. Ni siquiera me detuve a pensar en la melodía, simplemente toqué lo primero que vino a mí y no fue una pieza grata ni dulce o seductora.

Aquella composición hablaba de tristeza, de despedidas, de separaciones llenas de dolor, de un amor que no fue fácil, que coqueteó con el rencor. Una cadencia que mostraba un universo imposible de alcanzar, cientos de miles de estrellas que no se podían tocar.

Pero Kathia disfrutó, aunque hubiera entendido lo que contenía cada nota.

Cambié de postura y la cogí de la cintura para empujarla entre mis piernas. Me acomodé en mi nueva posición y tomé sus manos. Ella se dejó llevar, me observaba emocionada. Situé sus dedos sobre los míos.

—¿Lista? —le susurré al oído. Cerró los ojos y suspiró antes de asentir con la cabeza.

Reanudé la pieza. Ahora sonaba un poco menos dolorosa y comprendí que se debía al contacto de Kathia. Pegó su nariz a mis mejillas y comenzó a darme pequeños besos que llevó hasta la comisura de mis labios.

Me expuso su cuello al inclinar la cabeza hacia atrás y acomodarla en mi hombro. Escondí allí mi boca y dejé que mi lengua saboreara su piel.

—Recuerdas aquella noche —musitó.

—Recuerdo que una malcriada me obligó a tocar para ella —jadeé subiéndome por la curva de su mandíbula—. No sabes lo difícil que se me hizo no besarte.

Dejé de tocar y mis manos cayeron sobre sus rodillas para empezar a ascender por sus muslos arrastrado consigo la falda de su vestido. Kathia

empezó a respirar acelerada. Se abandonó a mis caricias abriendo un poco las piernas y arqueando su espalda.

—Si lo hubieras hecho habrías recibido respuesta. —Se giró a mirarme—. Como ahora. —Y me besó con ímpetu, cogiéndome del cuello en un abrazo que no hizo más que empujarme a una fuerte excitación.

Me aferré a su cintura y tiré de ella hasta levantarnos. No rompimos el beso, siquiera cuando aparté la banqueta con el pie y subí a Kathia a horcajadas. Ella enroscó sus piernas a mis caderas y dejó que la sentara sobre la superficie del piano.

Pensó que no cesaría, que nos devoraríamos hasta que perdiéramos la sensibilidad de nuestras bocas. Pero la excitación me exigía algo mucho más intenso. Notaba como poco a poco crecía entre mis piernas y empezaba contraerse.

Animé a Kathia a que se tumbara. Lo hizo con los ojos cerrados, liberando continuos gemidos. Incluso estiró los brazos invitándome a navegar por ella sin control. Y eso hice. Colé mis manos bajo la falda y escalé hacia arriba. Su piel estremeciéndose al contacto, mi voz surgiendo en un gruñido gutural.

Le advertí con una mirada que todo lo que hiciéramos sería de lo más apasionado y que no me detendría hasta hacerla gritar de placer.

Capturé la goma de sus braguitas y comencé a tirar. Ella ahogó una exclamación y se mordió el labio. Intuyó lo que iba a hacer, la idea ya la estaba empujando al límite. Y gimió al notar mis labios apoyándose en la cara interna de uno de sus muslos.

Descendí lento, sin apartar la vista de ella. Su reacción me había enardecido, me quemaba y terminó de enloquecerme cuando mi boca llegó a su destino. Un fuerte escalofrío me inundó al saborear la esencia de Kathia. Me deleité en cada una de las caricias, en el suave contacto de mi lengua acariciado su centro. Y ella se contorsionó, jadeó mi nombre, me pidió más. Dejó que sus dedos se enredaran en mi cabello. Kathia estaba alcanzando el mismo punto de locura que a mí me asfixiaba.

Entonces tiró de su vestido. Quería desnudarse, quería más piel. Vi cómo se lo quitaba al tiempo que yo hacía lo mismo con mi chaqueta y el jersey. Y enseguida regresé a su boca mientras mis manos envolvían sus pechos. Kathia me devolvió el gesto clavándome los dedos en la espalda,

empujando sus caderas contra las mías, friccionando mi dureza, haciéndonos temblar.

Respirábamos entre beso y beso, nos acariciábamos apasionados. Disfrutando con calma del contacto, pero conscientes de la creciente necesidad. Ninguno de los dos soportaríamos tal provocación por más tiempo. Éramos demasiado ardientes.

La cogí entre mis brazos y nos llevé hasta el sofá. No era el lugar más adecuado para hacer el amor, pero desde luego era mejor que un lavabo.

Kathia se hizo con la hebilla del cinturón, me ayudó a desabrochar el pantalón, y entonces me miró. Le brillaban los ojos, las mejillas encendidas, la boca entreabierta.

Me acerqué muy despacio hasta sus labios y tomé aliento de ellos antes de besarnos un poco más lento. Retomamos nuestras caricias con parsimonias. Sin saber cómo, logramos que el ritmo descendiera maravillosamente.

Mis caderas se armaron entre sus piernas. Kathia deslizó sus manos hacia mis nalgas, me invitó a entrar y, con sosiego, fui abriéndome paso. Su cuerpo aferrándose al mío. Su interior oprimiéndome. Me estimuló hasta arrancarme un gemido.

Y creí que aquello bastaría. No habría pensamiento que me impidiera disfrutar de hacerle el amor. Pero por más que el placer y la satisfacción me golpearan, nada pudo cambiar el final que tendría esa noche.

Capítulo · 48

Kathia

Seguíamos enredados el uno al otro. Había pasado un rato, pero la sensación de plenitud no se iba, temblaba en mi vientre.

Cristianno se había acomodado en mi pecho, con los brazos enroscados a mi cintura y sus caderas entre las mías. Yo le tenía completamente abrazado, en un ademán posesivo. Nuestros cuerpos perlados en sudor, fatigados.

Debería haber sido un momento glorioso, pero no me liberé de especular. No tenía ni idea de qué sucedería cuando tuviera que regresar, ni siquiera sabía si mi ausencia había provocado algún problema. Probablemente los Carusso se habían puesto a buscarme en el edificio o en el hospital. Que Cristianno y yo estuviéramos allí, quizá era un peligro para su familia.

Pero al pensar en los Gabbana, enseguida recordé el hueco vacío en estrado del panteón. Ese lugar que todavía debía ocupar Fabio. No estaba segura de si Cristianno lo sabría, pero tampoco me atreví a preguntar.

Entonces, desvió un poco la cabeza y echó un vistazo a su reloj. Eran poco más de las siete de la tarde y si no hubiera sido por el gesto, seguramente no habría pensado en el tiempo. Pero lo hice y sentí un nudo en la garganta.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuré de súbito, asombrándome incluso a mí misma.

—No lo sé —dijo él.

Esperó un rato más, como si quisiera memorizar aquel abrazo, y a continuación levantó la cabeza para mirarme. Cristianno pudo ver que la realidad acababa de golpearme y de pronto me convertí en su maldita marioneta.

Le alejé para incorporarme. No quería hacerlo, pero ahora más que nunca sentía que no me bastaba tener a Cristianno de aquella manera, no me satisfacía.

Alcancé mi vestido y me lo puse sin apenas fuerzas. Mientras tanto, Cristianno hizo lo mismo con sus pantalones y se quedó sentado en el filo del sofá con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha.

—Kathia... —murmuró.

Rápidamente, me di la vuelta.

—¿Cuánto más tenemos que soportar? ¿Por qué demonios tiene que ser tan difícil? ¡Yo no quiero esto! ¡No quiero tener arañar un momento contigo! —grité lo primero que se me pasó por la mente, todo lo que empezaba a torturarme. Y él me observó devastado, perdido. Las lágrimas comenzaron a escocerme—. Ni siquiera podemos mantener una conversación decente sin temer que te metan un tiro. Es muy difícil pensar que cualquier momento juntos puede ser el último. Estoy cansada de tener que disfrutarte con aceleración porque de otro modo ni siquiera podríamos tocarnos. —Me golpeé el pecho, me convertí en pura frustración—. ¿Y después qué? ¿Te vas, me voy, te dan una paliza, me obligan a verlo? ¿Qué más queda, que te maten, que tenga que llorar tu muerte?

—¡Kathia! —gritó Cristianno lanzándose a mí.

Me cogió por los brazos y trató de consolarme, pero le empujé.

—¡No! ¡¿Por qué es tan difícil?! —clamé entre sollozos—. ¡Yo solo quiero una relación normal contigo! ¡Que se queden con lo que les dé la gana, yo solo te quiero a ti!

Cristianno logró abrazarme y hacerse con el control de mis temblores. Los absorbió por completo y ahora era él quien temblaba.

—Kathia... Pasará —me susurró al oído.

—¿Cuándo? —gimoteé.

Me sobrevino la agonía, apreté los ojos y me abandoné a aquel contacto tan desesperado como amargo. Me apretó contra su pecho, asegurándose de que no quedara ningún espacio entre nosotros, y cruzó sus brazos en mi espalda, dejando que una de sus manos apresara mi nuca con suave firmeza. Ni siquiera cuando hicimos el amor habíamos estado tan unidos.

—Todo acabará... —dijo con una voz distante y herida—. Un día olvidarás que nos dimos este abrazo y pensarás que todo esto simplemente

fue una pesadilla de la que despertaste más poderosa que nunca. —Sonó tan gélido que el aturdimiento me noqueó.

Sus palabras no estaban ayudando en nada, sino dándome más desconcierto. Sentía que aquello era una inevitable despedida, no me gustaba el color que estaba tomando la situación.

Intenté mirarle para pedirle que dejara de mencionar un futuro en el que no se incluía. Pero no me dejó deshacer el contacto. Sus brazos se tensaron en torno a mí.

—Cristianno... —gemí nerviosa.

—No lo lamente —masculló, sentí que apretaba la mandíbula—. No hay nada que lamentar, ¿de acuerdo? Tú solo camina con la cabeza erguida y no mires atrás.

—¡¿Qué estás diciendo?! —le rogué arañando su espalda.

Nuestros corazones se habían desbocado. Ni siquiera sabía dónde empezaba el suyo y terminaba el mío.

Cristianno no era así. Enigmático, seductor, concluyente, sí. Pero jamás alguien que hablaba sin decir nada, que decía sin esclarecer y mucho menos abrazaba para transmitir soledad.

Pude alejarme un poco de él y al fin mirar sus ojos con la esperanza de hallar la verdad de lo que estaba ocurriendo. Pero no encontré nada, su mirada estaba vacía.

Acercó sus pulgares a mis labios al tiempo que capturaba mi rostro.

—Tu boca... —musitó casi pegado a ella—. Me vuelve loco.

—Cristianno, mírame...

—Ya lo hago, mi amor. Solo que de otra forma.

Me besó.

Entonces se oyó un golpe seco.

Una sacudida atravesó los brazos de Cristianno, sobrecogiéndome.

Alguien sonrió con malicia.

Pensé que mi miedo me estaba jugando una mala pasada. Pero lo cierto fue que nos habían encontrado y que para cuando quise reaccionar ya era demasiado tarde.

Cristianno se desmayó llevándose consigo un beso amargo que me robó el aliento. Traté de cogerlo a tiempo de que se desplomara, pero caímos juntos al suelo.

Impacté con brusquedad contra la madera en pos de evitar que Cristianno se golpeará la cabeza. Su cuerpo se tambaleó hacia un lado mostrándome quién había sido el causante de aquella violenta interrupción.

No di crédito. Había visto cientos de veces la silueta de ese hombre y nunca creí que mostraría tanto conflicto.

—Enrico —jadeé aterrada.

Él sonrió y ladeó la cabeza, gesto demasiado perverso e inédito en él. Me observaba impasible, sin ningún ápice de remordimiento por lo que acababa de hacer. Un revólver colgaba de sus dedos, era lo que había empleado para golpear a Cristianno. O quizá el porrazo había sido un disparo.

Me incorporé aprisa, con el corazón laténdome atropellado en la boca, y registré a Cristianno en busca de sangre. Su piel estaba limpia, no había señal de heridas sangrantes, más allá del rastro de contusiones o el apósito, ahora un poco despegado por las esquinas.

Miré interrogante a Enrico.

—Tengo un mejor final para él, pequeña —dijo con voz gutural—. No voy a desaprovechar esta oportunidad pegándole un simple tiro.

Lo entendí todo de golpe. Fue como si me hubieran dado un puñetazo en la boca. Iban a matar a Cristianno definitivamente, y supe que Enrico tendría la ayuda que más disfrutaría de ese momento.

El piano emitió una melodía escalofriante. Valentino dejó que sus dedos macharan las teclas con rudeza mientras sonreía. No había venido solo, un séquito de al menos seis hombres le acompañaba y rápidamente se repartieron por la estancia.

Apenas pude ver su rostro afilado. El terror más profundo me había nublado la vista y menguado por completo mis sentidos. Sentí que podía llegar a asfixiarme con mi propio aliento. Porque supe que sería imposible encontrar una salida, aunque luchara con uñas y dientes. Y Cristianno no despertaba. Seguía inconsciente, ajeno a que se había convertido en el trofeo de un grupo de dementes.

—¿Cómo eres tan cobarde? —le dije a Enrico, masticando una rabia demasiado intensa. Incluso me agarrotó los músculos.

—Es curioso —intervino Valentino, acercándose a nosotros—. Ahora que me detengo a miraros, es cierto que existe una exuberante química

entre vosotros. Lástima que el Gabbana no vaya a escuchármelo decir nunca. —Le dio una patada a su tobillo creyendo que me tenía lo suficientemente sometida.

Ignoré la evidente flaqueza de mi cuerpo y me puse en pie ayudándome de las rodillas. Ni siquiera me detuve a pensar en mis posibilidades, me lancé a su maldito cuello.

—¡¡Hijo de puta!!! —clamé y a ambos nos sorprendió mi rudeza, pero Valentino supo controlarme.

Tan solo tuvo que darme un empujón y me soltó una dura bofetada. La brusquedad me tiró al suelo y no hubiera sido tan dolorosa si Cristianno no hubiera abierto los ojos a tiempo de verlo. Algo de él se abrió paso a la inconsciencia y estiró lentamente sus dedos.

Quise cogerlos, llegué incluso a acariciarlos.

—¡Qué bonito! —canturreó Valentino, provocando las carcajadas de todos, incluido Enrico—. En fin, sacadla de aquí para que disfrute del espectáculo sin sufrir un percance. —Me trincó del pelo—. No queremos que la joya de nuestra corona arda hasta convertirse en polvo, ¿cierto? —me susurró pegado a mi mejilla.

Maldije la lágrima que se me escapó y todas las emociones que me abordaron hasta hacerme llorar como una demente. No imaginaba qué se proponía y, sin embargo, lo sabía todo.

Lo sabía, lo sabía. Lo sabía tan bien que casi podía ver el desastre delante de mí, a un solo centímetro de mi cara. Asfixiándome por dentro. Quemándome, destruyéndome. Y las lágrimas continuaban saliendo, me empañaban la vista, aumentaban mis temblores.

«Este no es el final, no puede serlo. Tiene que haber una manera, tiene existir una oportunidad», me grité por dentro.

—No me hagas esto... —tartamudeé, pero no supe bien a quién se lo decía, si a Enrico o Valentino.

Fue el segundo el que decidió responder, con arrogancia y orgullo. Como quien sabe que ha ganado y podrá caminar triunfante.

—Tal vez si te hubieras arrastrado antes...

«Yo te doy, tú me das». De eso iba el juego. Me había invitado a ser sumisa y advertido de las consecuencias que habría si decidía no serlo. Y allí estaba, a punto de ver cómo mataban a Cristianno.

«Deberías haber entrado en su habitación, haberle convencido de tu atracción hacia él y atravesarlo con un cuchillo cuando más encendido hubiera estado», me recriminó mi fuero interno, recordándome que había tenido la oportunidad de eliminar a Valentino mientras compartí techo con él en Pomezia. Y lamentablemente tenía razón, aunque hubiera escogido el peor momento.

«Tus principios de mujer leal y fiel van a matar a Cristianno», continuó. «No, no lo permitiré», me dije y justo entonces un esbirro me cogió del brazo y me puso en pie.

—¡No, no! ¡¡¡Suéltame!!! —Pero aquellas enormes manos no me liberarían. Me empujaban como si fuera una insignificante muñeca de trapo.

Sin embargo, Enrico me dio el valor cuando vi que había comenzado a arrastrar a Cristianno por el suelo.

Arremetí con todas mis fuerzas y mordí el brazo de aquel tipo hasta atravesar su carne. Él profirió un grito desgarrador y me empujó al tiempo que yo me limpiaba la sangre de la boca.

—¡Hija de puta! ¡Me ha mordido! —se quejó.

Era un hecho que el terror se había adueñado por completo de mí, pero la ira luchaba por abrirse paso y se asentó en mi vientre, convenciéndome de ser capaz de cualquier cosa.

Me levanté entre tumbos y corrí hacia Enrico. Le solté un puñetazo conforme ralentizaba mi ritmo, lo que me procuró mucha más fortaleza y terminó por lanzarle hacia atrás.

—¿¿Qué estás haciendo, ah?! —grité mientras él se llevaba las manos a la nariz—. ¡No le toques! ¡No te acerques a él!

No podía creer que le hubiera pegado a mi cuñado. Ese maldito hombre al que tanto amaba, en el que tanto confiaba y que tantas veces me había protegido me estaba traicionando de una forma cruel y miserable.

«Enrico ha sido el traidor todo este tiempo». Ni Erika ni Luca ni cualquier otro. Él era quien había movido los hilos. Había hecho un trabajo impecable convenciendo a los Gabbana de su lealtad.

Me hincé de rodillas y capturé el rostro de Cristianno entre mis manos. Los temblores eran tan severos que incluso temí hacerle daño. El

aliento se me amontonaba en la boca, me estaba asfixiando y las lágrimas no ayudaban.

—Cristianno, ¡Cristianno, mírame! —exclamé desesperada y tras un quejido, abrió los ojos—. Eso es, mi amor. Eso es.

Una sacudida de esperanza me golpeó el vientre. Duró solo un instante y me invitó a pensar que Cristianno lograría ponerse en pie y facilitarme el modo de sacarnos de allí a los dos, juntos. Pero sus brazos estaban flácidos, las piernas no le respondían y en su rostro brillaba una mueca de vencimiento.

Él ya sabía que iba a morir, habías tenido tiempo de prepararse, y yo le odié con todas mis fuerzas. A él y a mí misma. Porque cuando apareció en el panteón ya conocía el desenlace de esa tarde. Porque su modo de hacerme el amor fue una maldita despedida. Y yo, como una estúpida, me dejé llevar, aun cuando las señales se habían ido acumulando a mi alrededor.

—Voy a sacarte de aquí, ¿de acuerdo? —sollocé. Él quiso cerrar los ojos—. No, cariño, no dejes de mirarme, por favor. No dejes de mirarme.

Una de mis lágrimas cayó en sus labios. Él la saboreó unos segundos antes de encontrar la fuerza para hablar.

—No saldré de aquí —gimió desencadenando un tipo de terror desconocido para mí. Me golpeó con violencia, desinhibiendo mis pulsaciones, convenciéndome de que explotaría en mil pedazos en cualquier momento. Me ardía en la garganta.

—Sí que lo harás —mascullé—. Conmigo. Vendrás conmigo.

—Contigo...

—Siempre, mi amor. —Besé su boca—. Pase lo que pase.

—Pase lo que pase...

El modo en que lo dijo, tan lejos de mí, bloqueó por completo mi mente. Ya ni siquiera tenía valor para llorar. Estaba tan perdida y consumida. No entendía qué demonios le había hecho desistir. Tan solo había recibido un golpe en la nuca. Su gravedad no era tan importante como desangrarse en la Piazza Repubblica después de haber sufrido una paliza. No tenía sentido que Cristianno hubiera sido sometido tan fácilmente.

Me preparé para gritárselo, para obligarle a reaccionar e incluso abofetearlo si era necesario. Pero Enrico se acercó a nosotros en actitud

cínica y trincó un brazo de Cristianno para apresararlo con el aro de unas esposas. A continuación, cogió el otro aro y lo cerró en torno a una tubería de cobre que sobresalía de la pared.

Acababa de encadenarlo a la casa. Y yo ya no podría hacer nada por sacarle de allí. A menos que intentara arrancar la tubería.

Me levanté impetuosa y me lancé al cobre toda sofocada para tirar. Aquella casa era muy vieja, las paredes no resistirían los embates violentos y mucho menos soportarían el desprendimiento de una tubería.

Sabía que podía hacerlo, que si me centraba en la fuerza y hacía la presión suficiente con brazos y piernas, terminaría arrancando aquel conducto. Pero la tubería tan solo vibraba y continuaba alzándose impetuosa e inquebrantable por más que tirara de ella.

—No lo conseguirás —rezongó Enrico a mi espalda, observándome.

Me detuve y apoyé la frente en la tubería algo más devastada que hacía unos minutos. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había herido las manos y ahora me sangraban un poco.

—Sé que tienes una llave. Dámela —le ordené provocándole una sincera carcajada.

Le miré furiosa, podía masticar la ira. Nunca fue tan densa, tan espantosa. El corto instante que duró el movimiento pensé que podría conseguir traer de vuelta al Enrico de siempre. Pero no podía esperar dar con algo que jamás había existido.

Fue fácil suponerlo al ver el bidón que colgaba de su mano derecha.

—Enrico... ¿Qué demonios estás haciendo? —tartamudeé hincándome de rodillas en el suelo.

En respuesta, el Materazzi empezó a verter el fluido alrededor de Cristianno. Enseguida me arrastré hacia él y traté de cubrirlo con mi cuerpo para que no fuera rociado.

—¿¿Qué estás haciendo?! —chillé asfixiándome con el fuerte olor a combustible.

«Se quemará... Van a prenderle fuego», jadeó mi fuero interno sepultado tras una gruesa capa de trémulo pavor.

—¡¡¡Para, no puedes hacerlo!!! —Me desgarré la garganta al ver como lanzaba el bidón, ya vacío.

—Ya está hecho, Kathia —me dijo indicándome que mirara a mi alrededor, y es que mientras que yo había estado intentando arrancar la

tubería, los malditos esbirros había empapado de combustible la sala entera.

Se incendiaría con tan solo una chispa. El fuego consumiría el lugar en cuestión de minutos.

Enrico sonrió al mostrarme el mechero que se sacó del bolsillo de su pantalón y el gesto me arrancó un fuerte quejido. Pero Cristianno encontró el modo de coger mi mano.

Le miré sobresaltada. Por una fracción de segundo creí que se alzaría o incluso me zarandearía para despertarme de aquella pesadilla. Quizá me había quedado dormida en el sofá y la tensión de los últimos días había infestado mi subconsciente. Pero ese hecho era demasiado pretencioso.

Cristianno tan solo quería mirarme una última vez y dejó que sus ojos destellaran, a pesar de la tristeza que me causaría.

—Te quiero... —jadeó y me lancé a su boca.

—No, no lo digas... —resollé clavando la yema de mis dedos en sus mejillas—. Ni se te ocurra despedirte de mí...

No supe cómo, pero Cristianno consiguió enroscar una mano a mi cuello y tirar de mí hasta apoyar su frente en la mía.

—No pierdas el tiempo, Kathia —tartamudeó en mi boca con mucho más control sobre su voz de lo esperado—. No merece la pena, mi amor.

—¿Qué estás diciendo? —Me calló con un beso.

Un beso que pronto se convirtió en un acto desesperado y agónico que solo buscaba guardar en mi memoria nuestro último instante juntos.

—Se acabó. —Enrico me alejó del contacto tirando de mi cintura con violencia.

—¡No! —grité mientras me arrastraba. Estiré los brazos todo lo que pude para alcanzar a Cristianno de nuevo—. ¡Tienes que levantarte! ¡Cristianno, tienes que levantarte! ¡Quédate conmigo! ¡No puedes dejarme!

Pero él cerró los ojos. No quería ver, no quería luchar. Y simplemente apretó los dientes y agachó la cabeza. Tal vez creyó que podría ocultarme sus lágrimas.

—¡Llévala fuera! —exclamó Enrico lanzándome a los brazos de un esbirro.

El forcejeo me valió para arañar los segundos que me mostraron a un Enrico dispuesto a prender fuego a la sala. Sería él quien terminaría con la

vida de Cristianno. Él le mataría.

—¡¡¡Nooo!!! —grité como nunca antes lo había hecho—. ¡Soltadme!
¡Cristianno! ¡Cristianno, escucha mi voz! ¡Tienes que moverte! ¡¡¡Nooo!!!
¡Soltadme, por favor!

Capítulo · 49

Cristianno

—¿Me va a doler? —le pregunté a Enrico con los ojos empañados. Lo peor ya estaba hecho, ahora era el turno de morir.

—De eso no te quepa la menor duda —me aseguró antes de acuclillarse a mi lado. Cogió aire hondamente. Me miró con fijeza. No le temblaba el pulso, siquiera parecía consternado. Y entonces sonrió—. Ha ido bien, ¿cierto?

—Es lo que tú querías, ¿no? —mascullé con resentimiento. Todavía sentía los labios de Kathia sobre los míos. Notaba el sabor de sus lágrimas.

—Qué bueno que hayas confiado —sonrió Enrico—. Nos ha facilitado las cosas.

—Prepárate para no poder dormir tranquilo.

—Eso ya sucede, compañero. —Sus labios se adornaron con una mueca de resignación—. Una muerte más en mi conciencia no me cambiará tanto como imaginas.

—Seguirás siendo igual de persuasivo. —Capaz de influenciar hasta convertir una mentira en una verdad absoluta. Se le daba bien ser tirano, porque aparcaba cualquier tipo de emoción en pos de un beneficio mucho más valioso como era la venganza.

—Esa es la intención. Convencer —sentenció.

—Te ha tocado la parte difícil, entonces —mascullé. Una parte de mí quería terminar con aquello de una vez por todas. Había pensado que sería mucho más rápido y sin embargo me parecía que el tiempo no corría.

—Es bueno que lo sepas. —Me dio un toquecito en el hombro a modo de despedida y se puso en pie—. En fin, buen viaje, Cristianno Gabbana. —Me mostró el mechero.

La llama iluminó sus ojos todavía clavados en los míos, y entonces lo lanzó lejos.

Así moriría. Atrapado en el fuego que se originó en uno de los extremos de la sala y que pronto me engulliría.

Enrico se marchó cuando un relámpago naranja y ardiente me rodeó. De momento, no sentía dolor físico. Solo un ligero picazón en la extremidad de mi cabeza y una sutil molestia en la muñeca que me había encadenado a la tubería. Resonó cuando quise moverme para masajear la herida de mi costado.

Y lentamente las llamas fueron devorándolo todo. Un paraíso infernal cubierto de un follaje tembloroso. La espesura y la consistencia del fuego iba creciendo a cada segundo que pasaba. La pared de enfrente fue lamida por una cascada resplandeciente. Las cortinas se tornaron mantos de humo y fuego y el suelo se convirtió en un mar de ascuas.

«Me voy...», pensé oteando el sofá en el que había yacido con Kathia. Al cerrar los ojos enseguida vi su cuerpo desnudo bajo el mío, aquella expresión de profundo placer.

No había hecho bien llevándola allí para compartir ese momento con ella. Sería un recuerdo que la perseguiría hasta el final, torturándola. Porque siempre lo vería como una despedida terrible.

Siquiera pudimos hablarnos como es debido, terminamos convirtiéndonos en pasto de nuestros temores y al final solo pudimos discutir por algo que ninguno de los dos habíamos provocado.

Pero yo tenía la culpa. Había sido demasiado egoísta. Yo sabía que iba a morir, lo supe desde el principio. Y, aun así, fingí ignorarlo cuando todavía tenía la oportunidad de escapar.

Sin embargo, no podía ni debía arrepentirme.

«Convencer», estaba seguro de haberlo logrado. Como también lo estaba de la brecha que abriría en Kathia una vez terminara todo.

No quería verla sufrir. Mi meta había sido alejarla de cualquier tipo de sentimiento nefasto y al parecer había fracasado.

—Cuánto lo siento, mi amor —exhalé y su rostro fue lo último que pensé antes de que una lluvia de cristales me salpicara.

Había llegado la hora de morir.

Kathia

—

Corría una suave brisa cuando me empujaron contra el coche. Los últimos destellos de luz vespertina se resistían en el horizonte, bañándolo todo de un corrosivo color púrpura.

No consiguieron reducirme. Cuatro hombres empleando todas sus artimañas no lograron encerrarme en el maldito interior de aquel vehículo y vieron tan asombrados como yo que encontré la manera de echar a correr hacia la casa, importándome un carajo que las llamas ya sobresalieran por las ventanas.

Tenía que salvar a Cristianno. Quizá era inútil intentarlo, demasiado tarde. Pero mi obstinación se resistía a imaginar un mundo sin él. O los dos o ninguno. Ese era el plan.

Si debía perderle quería que sucediera cuando la vejez ya fuera insoportable, cuando los años juntos apenas pudieran contarse. Pero no cuando la adolescencia ni siquiera nos había abandonado y mucho menos cuando faltaban tantas cosas por decirnos.

Me preparé para saltar al vestíbulo justo cuando Enrico se interpuso en mi camino. Se inclinó hacia delante, clavó uno de sus hombros en mi vientre y me levantó como si fuera un vulgar saco de arena.

No prestó atención a mis chillidos ni tampoco se quejó de las patadas que le propinaba. Incluso le arañé el cuello y las mejillas. Toda la fuerza que se había apoderado de mí al enfrentarme a los esbirros, me abandonó en cuanto el Materazzi apareció.

Y por más que rogué, continuó ignorándome. Al menos hasta que me soltó. Por un segundo vi un atisbo del maravilloso hombre que tanto quería. Me observó suplicante, pero no duró lo bastante como para que me convenciera.

Tal vez porque habló.

—Ya está muerto, Kathia —mi dijo demasiado seguro de ese hecho—. Se acabó.

Empecé negando con la cabeza. Le empujé con toda la saña.

—¡¡¡Nooo!!! —grité y volví a correr.

Nadie se interpuso esa vez. Mi camino estaba gloriosamente despejado. Un silencio atronador. Mi agonía suspendida en la garganta. El aliento quemándome las fosas nasales.

«Está vivo, está vivo», pensé. Y entonces hubo una explosión.

Solo tuve tiempo de ver cómo desaparecía la puerta principal engullida por una bola de fuego cegadora antes de saltar por los aires.

El tiempo se detuvo. Me pareció haber salido de mi cuerpo y estar viéndome flotar a varios palmos del suelo. Tuve tiempo incluso de pensar en que todo se había acabado, que todos mis esfuerzos por preservar la vida de Cristianno no habían merecido la pena. Y que finalmente había sido sometida.

Me estampé contra el suelo con demasiada violencia. Ni siquiera pude gemir, el dolor se propagó tan veloz que apenas pude reconocer todo lo que había pasado. La sangre me inundó la boca, los latidos de mi corazón me zumbaron en los oídos y las llamas haciéndose vigorosas.

La mafia acababa de devorarme. Mi vida se había ido con Cristianno.

Clavé las manos en el suelo. Temblorosa, intenté sentarme sobre mis tobillos. Repetí la maniobra al menos tres veces hasta conseguirlo y aun así no dejé de ayudarme de mis brazos.

Devastada, con el aturdimiento incluso prohibiéndome llorar, asolada por los espasmos, miré la casa. Unos minutos más y sería otro cadáver calcinado. El fuego se había propagado, ya podían verse los cimientos.

—¡¡¡Cristianno!!! —grité al cielo. Y continué allí tirada, viendo aquel horrible espectáculo.

Sin embargo, por entre toda la desolación que me consumía, noté que alguien se acercaba.

—Querida mía... —susurró

A continuación, los brazos de Valentino me rodearon. Tenía tan poca entereza que no pude evitar que me acunara contra su pecho. Desplomé la cabeza sobre su hombro. Su aliento se derramó sobre mi mejilla y acercó los labios a mi oreja.

—Ya te lo he dicho, Kathia —me susurró—. Yo. Nunca. Pierdo.

Cerré los ojos.

·CRÉDITOS·

Algunos de vosotros ya habíais leído esta historia antes. Por ello seréis más conscientes de los cambios y notaréis que algunas cosas toman un rumbo algo diferente. Solo deseo que os haya emocionado tanto como la anterior, pues esta es la versión que en verdad habita en mi cabeza desde el principio.

Para aquellos que habéis experimentado BCPR por primera vez, quiero deciros que esta aventura no ha hecho más que empezar y espero de todo corazón haberos hecho disfrutar, además de volver a veros.

Como suelo decir, el proceso de creación de un libro es realmente intenso y agotador. Me enorgullece enormemente que ahora mismo tú lo tengas en tus manos.

Gracias por acompañarme.

Nos vemos muy pronto. Hasta entonces, un gran abrazo.

Alessandra Neymar

¿QUIERES SEGUIR DISFRUTANDO DE TU LECTURA?

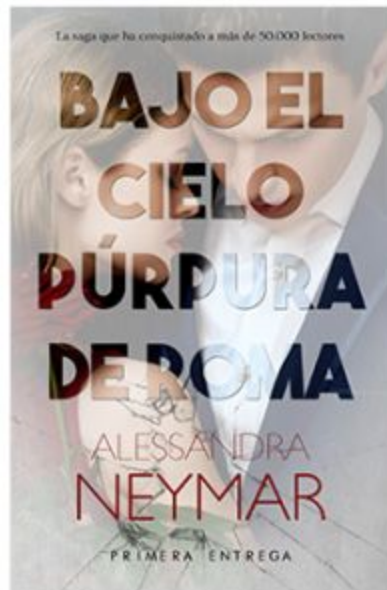
BAJO EL PÚRPURA CIELO DE ROMA

Disfruta de la saga BCPR como nunca antes en su versión más original y sin reservas.

Escenas inéditas y exclusivas en una edición revisada y mejorada.

PRIMERA ENTREGA: PASIÓN

¡YA A LA VENTA!



Hazte con tu ejemplar solo en:



Disponible en físico y en digital.

¡No te lo pierdas!

LOS HIJOS DEL CAOS



Hazte con tu ejemplar solo en:

amazon

Disponible en físico y en digital.

Advertencia: Esta trilogía contiene fuertes spoilers de BCPR.

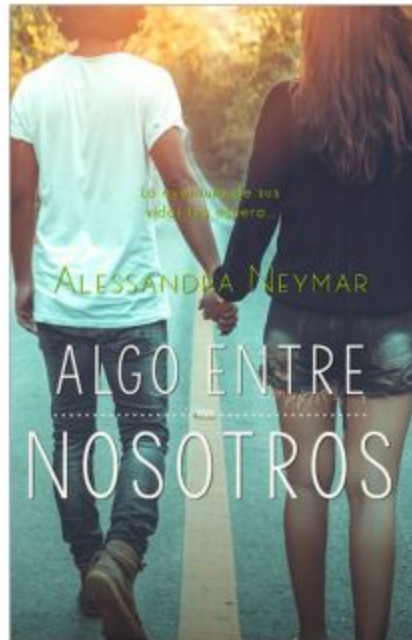
COLECCIÓN *Crazy Love*

Disfruta de tu lado más romántico y divertido con la colección Crazy Love. Relatos cortos con finales concluyentes que te emocionarán y sacarán una sonrisa. Déjate cautivar por los protagonistas de estas peculiares y entretenidas historias.

Para más información, visita la web

www.alessandraneymar.com

Ya disponible el primer título de la colección.



Hazte con tu ejemplar solo en:

amazon

Disponible en físico y en digital.